

LA ESPERADA SEGUNDA PARTE DE LA EXITOSA SAGA LEAH ES UN DESASTRE

# La UNIVERSIDAD ES UN DESASTRE

Soy Leah y siempre creí que no habría nada peor que reprobado un ramo, pero... ups, me equivoqué: lo peor es reencontrarse con un ex amor y estar en la friendzone de tu mejor amigo.

Lily Del Pilar

La universidad es un  
DESASTRE

LILY DEL PILAR

# La universidad es un DESASTRE

Segunda entrega de la saga  
*Leah es un desastre*

 Planeta

Lily del Pilar

La universidad es un desastre / Lily del Pilar. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN edición digital 978-956-360-341-5

1. Narrativa Infantil y Juvenil Chilena. I. Título.

CDD Ch863

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2016, Lily Ibarra

Diseño e ilustración de portada: Alejandra Acosta

Diagramación y corrección de estilo: Antonio Leiva

Derechos exclusivos de edición

© 2016, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: enero de 2017

ISBN edición impresa 978-956-360-209-8

Diagramación digital: ebooks Patagonia

[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)

[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

*A los que siguieron apoyándome a pesar de todo,  
a los que se fueron,  
a los que llegaron a medio camino,  
a los que están conmigo desde el principio.  
A Ángela y Bárbara por ayudarme en mi época Wattpad.*

## ÍNDICE

- [1. La loquera de Leah](#)
- [2. La prestigiosa UE](#)
- [3. ¡Feliz pre-mechoneo, polluela!](#)
- [4. Manual contra el aceite de motor](#)
- [5. ¡Mamá morirá contigo!](#)
- [6. El gato volador 2.0](#)
- [7. Promételo sin el pro](#)
- [8. Al agua pato](#)
- [9. Dime, ¿era ella?](#)
- [10. Todo mal día comienza con un desnudo](#)
- [11. El compañero de universidad](#)
- [12. Sentimientos dormidos](#)
- [13. Mechoneo](#)
- [14. O'Connor, quiero tu Demetrio](#)
- [15. Que nu estroy ebia](#)
- [16. Arrepentimiento](#)
- [17. Los tres mosqueteros](#)
- [18. Quiero una novia](#)
- [19. No lo supero](#)
- [20. Estúpida](#)
- [21. Ayudantías con Demetrio](#)
- [22. Erika, todo lo que buscas](#)
- [23. Amiga mía](#)

- [24. El caballero de la armadura oxidada](#)
- [25. Leah tiene problemas con Cálculo](#)
- [26. Pedirle ayuda al enemigo](#)
- [27. Leah quema un departamento](#)
- [28. \*Behind blue eyes\*](#)
- [29. ¿Por qué no te decides?](#)
- [30. La contienda interminable de una declaración de amor](#)
- [31. La felicidad de cuando te rindes](#)
- [32. Dos Leah con veinte James y cincuenta Derek](#)
- [33. \*Love\*](#)
- [34. Él siempre dice \*te amo\*](#)
- [35. Dímelo al oído](#)
- [36. Tanto tiempo](#)
- [37. Estoy harto](#)
- [38. Madeleine](#)
- [39. Arrepentimiento](#)
- [40. Nuestra traición](#)
- [41. Claustrofobia](#)
- [42. Un final demasiado inminente](#)
- [43. Labios compartidos](#)

## La loquera de Leah

—Estoy loca, ¿cierto?

Con la vista clavada en el reloj que marcaba las 9:34, esperé en tensión la respuesta a mi pregunta. Por más que me esforcé en parecer relajada —cruzando los brazos sobre el pecho y negándome a mirar a la psicóloga a los ojos—, ambas sabíamos que solo estaba fingiendo desinterés; y lo hacía porque mi brillantez de mente quería creer que, al no preocuparme por las cosas, la probabilidad de que estas me afectaran era más baja.

Me mordí el labio con fuerza y, por fin, llegando al límite de mi casi nula paciencia, dejé de observar el feo reloj cuadrado con números romanos y me enfoqué en mi propio reflejo.

—Muy bien, Leah —me felicitó mi loquera con voz plana desde un sector de la habitación ubicado a dos metros de mí y del espejo.

Solté un resoplido para nada femenino. Estaba indignadísima (*ísima* porque mi indignación crecía en proporciones monstruosas) con la nueva terapia, que consistía básicamente en mirarme al espejo como una retrasada y decirme cosas bonitas. ¿Cómo era posible que Juliana me hiciera perder el tiempo en eso? Si había algo que reconocer, era que tenía serios problemas mentales, como por ejemplo el de la ira y la estupidez innata, pero autoestima me sobraba, porque yo tenía belleza hasta para regalar, jejeje; por lo que sí, era absurdo que estuviéramos reforzando mi autoestima cuando existía y por montones.

—Ay, *July*, ¿tengo que hacerlo? —Como mi loquera no tenía más de treinta años (aunque intentaba aparentar más profesionalismo y edad con un apretado moño en la nuca), en cada consulta yo intentaba hacerle perder los estribos refiriéndome a ella como «*July*»; aún no funcionaba.

—Sí, tienes que...

Solté otro enorme resoplido solo para hacerle entender lo poco entusiasmada



que estaba con la idea.

—Tengo problemas mentales más serios para corregir que ese —protesté.

—¿Como cuáles, Leah?

—Como el de... no sé, ¿no podrías hacerme más simpática? Tampoco me enojaría si me pusieras un filtro en la bocota.

—Leah...

—Ya sé, ya sé —la interrumpí—. De mi *bocota* hablaremos en la siguiente sesión.

Asintió de manera distraída mientras escribía algo en el cuaderno de hojas amarillentas que tenía apoyado sobre sus rodillas huesudas enfundadas en medias negras.

—Ahora dime, ¿qué ves? —insistió, apuntando el espejo.

Me rendí ante ella.

Mi reflejo tenía una insoportable expresión de aburrimiento máximo.

—Veo a una pelirroja que se le acabó esta mañana su crema de peinar.

Juliana golpeteó las hojas con el lápiz. Calculé que faltaba poco para llevarla al límite, porque nadie me soportaba demasiado tiempo, en serio, la única persona capaz de tolerar mi imbecilidad, que se agravaba día a día, era mi prima Adela, pero ella tenía dieciocho años de práctica, por lo que no servía como referencia.

—¿Qué más ves? —insistió.

—A una chica de dieciocho años que lo único que quiere saber es si está loca o no. Lo estoy, ¿cierto?

—¿Y por qué crees eso, Leah?

Lo medité unos segundos.

—Tal vez no esté en extremo loca, así como para colocarme un cartel de «LOCA» en la frente, ¿entiendes? Pero sí considero que tengo algunos problemas mentales y unos traumas serios que no he solucionado.

Las delgadas cejas de Juliana se alzaron levemente. ¿Por qué se las depilaba tanto? Parecía estar en un estado de sorpresa constante.

—Leah, debes recordar que ya tratamos uno de tus problemas.

—Bueeeeno, he de reconocer que por lo menos ahora duermo sin tener que doparme como para matar a un caballo. Y tampoco corro ni me pongo *tan* histérica si un chico me pide una cita.

Como Juliana tenía una suave sonrisa en el rostro, mi lado antipático se vio en la necesidad de bajarle los humos.

—Pero tampoco digamos que he intentado ponerlo a prueba.

—¿Poner a prueba qué, Leah?

Me exasperé. Llevábamos meses (¡malditos y agobiantes meses!) de terapia y esa mujer aún era incapaz de seguirle el hilo a mis conversaciones. Tampoco era tan complicado, ¿o sí?

—Que todavía no he intentado besar a un chico... o chica, en su defecto.

La boca de Juliana se frunció levemente.

—Leah, habíamos quedado exactamente hace...

—Dos meses —le ayudé.

—... sí, hace dos meses habíamos quedado en que lo intentarías, ¿has hecho eso aunque sea?

Eh...

Me miré las uñas con desinterés.

—Creí haber dejado claro que no lo había hecho.

Juliana escribió algo en su cuaderno de notas. De seguro había puesto algo como «irresponsable, no cumple sus promesas».

—Leah, si no lo intentas jamás podremos saber si realmente ha habido una evolución en la terapia.

Lo sabía, lo sabía perfectamente, Juliana no tenía que repetirme eso en cada maldita sesión a la que iba. Pero... demonios, era difícil, era difícil pensar en besar a un hombre cuando, la verdad, solo se me venía el Gran Satanás a la cabeza.

—Lo intentaré, lo juro —susurré decaída.

Sentada con el respaldo de la silla contra mi costado derecho, apoyé el brazo

en él y afirmé mi cabeza con la mano.

—Leah, ¿por qué es tan importante para ti conocer tu estado? ¿Ha ocurrido algo en particular que te ha hecho cuestionártelo?

Me mordí el labio y mis ojos se desviaron a la ventana que estaba detrás de Juliana y que iluminaba tan suavemente la habitación. Tenía un bonito pero desgastado marco de madera oscura, algo que no se veía con regularidad en las oficinas.

—Sí.

—¿A eso se debe tu inquietud? —quiso saber, fijándose en mi pierna que no dejaba de moverse.

—Sí.

—¿Y eso es porque...?

—Porque me parece extremadamente ridículo que me obligues a mirarme al espejo; no es que tenga problemas de autoestima, precisamente... —afirmé abriendo bien los ojos—. Sé que soy bonita. Algunos incluso dicen que soy la encarnación de un ángel hecha mujer, aunque creo que son un poco exagerados. —Solté un resoplido con la nariz que me asemejó a un cerdo—. No soy fea y no creo que lo sea, fin de la historia.

—Entonces, ¿por qué cambias de tema?

—Porque me parece ridículo que... ah, olvídalo. —Se me habían quitado las ganas de pelear. Me volteé al espejo y me quedé frente él—. ¿Ahora estoy bien?

—Dime qué ves.

—Ya lo dije: a una pelirroja que se le acabó su crema de peinar. Parece un maldito león rojo.

—¿Y qué más?

El reflejo ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Tengo que referirme a mí misma en tercera persona o...?

—Como quieras.

Me concentré.

—Bueno, diría que es independiente por su postura, que es orgullosa y

demasiado terca. Su problema no es la falta de autoestima, el problema de ella es...

La chica del espejo tenía una mirada triste y gris, sus grandes ojos estaban rodeados por enormes ojeras y lucía demacrada. Sus labios estaban apretados en un rictus amargo y sus hombros se inclinaban ligeramente hacia adelante, como si quisiera expresar lo derrotada y cansada que se sentía. Ella era yo y yo me sentía derrotada y cansada por el rumbo que había tomado mi vida. Estaba harta de las estaciones cambiadas, de esa cultura fría y distante donde no se escuchaba el festivo y animado ritmo de la cumbia por las calles, ni a la gente yendo los sábados y domingos por la mañana a comprar a la feria, ni a las dueñas de casa haciendo aseo con la música a tope y las puertas y ventanas abiertas. Harta de que enero fuera helado y julio caliente, las navidades nevadas y el otoño y primavera estaciones casi inexistentes.

Estaba harta, cansada de muchas cosas. Harta, por ejemplo, de sentirme constantemente inadaptada y sola, con esa soledad hija de puta que se venía prolongando desde el instante en que abordé el avión y observé a la cordillera de mi país alejarse, para luego llegar a un aeropuerto donde un desconocido me había recibido y llevado a un solitario departamento, en un barrio de mierda donde no conocía a nadie, por lo que no había tenido a nadie que me abrazara cuando rompí en llanto en el corredor sin fuerzas para llegar a la cama.

Suficiente había tenido con esos primeros días llenos de recuerdos confusos y detalles dolorosos para ahora tener que revivirlo; no quería sentirme de nuevo perdida y desorientada, o volver a ese departamento oscuro y húmedo, y descubrir que era un desastre en la cocina y que tendría que sobrevivir a base de comida instantánea.

Ya no quería seguir descolgando diariamente mi maltrecha armadura para ponérmela y refugiarme tras ella, porque la había necesitado cada segundo para enfrentar esa nueva vida que ya no tenía tanta vida. Probablemente, me habría adaptado mejor al cambio si hubiera tenido algo que hacer, pero habían planificado mal el viaje y había llegado una semana antes de que las clases comenzaran, por lo que tenía todo el tiempo del mundo para lamentarme, hasta el punto de llegar a entender a Bella y su desesperación por ser abandonada a su suerte, por depender sentimentalmente de una persona y darlo todo por ella cuando esta tenía otras prioridades y tú no formabas parte de ellas.

¿Por qué tenía esa necesidad de ser aceptada en alguna parte de la cadena

social hasta el límite de llegar a preferir las burlas y el rechazo que volver a sentirme irrelevante y despreciable para el mundo? Estaba harta de sentir pánico cuando descubría que irme del país había sido la peor decisión de mi vida, a pesar de haber conocido a Avril, quien se había convertido en mi amiga más cercana tras habernos agarrado de las mechas en medio de la cafetería cuando me catapultó a la categoría de *impopularmente popular*<sup>1</sup> porque su novio me quería comer con papas fritas. Sí, sabía que había tomado la peor decisión de mi vida, a pesar de Avril y de Alex, mi mejor amigo de la infancia. Alex seguía siendo mi mejor amigo y era una de las mejores cosas que tenía en la vida, pero él no podía llenar el vacío de mi familia ausente y de todo lo que había amado y dejado atrás; por mucho que lo intentara y se esforzara por hacerlo, no podía y sus intentos solo empeoraban la situación porque...

Alex era todo lo que tenía en ese momento y me estaba aferrando a él con una desesperación tal, que los sentimientos estaban mutando, dejando atrás los matices de hermandad para pasar a lo que sucedía ahora: que ya no miraba a Alex simplemente como mi amigo y no me conformaba solo con ese tipo de cariño. Y eso era lo que más harta me tenía. Podía soportar —adolorida e inestablemente— sentirme sola, pero no ese cambio de sentimientos, esa necesidad que rebrotaba en mí de querer entregarle todo a una persona.

Por eso me sentía así: desgarrada.

—Ella está triste —finalmente le respondí a la loquera.

—¿Por qué?

—Extraña a su país, extraña a su familia. Ella quiere volver pero... sabe que eso es una completa locura. Por eso... por eso quiere saber si está loca o no, porque es una locura, ¿cierto?

—¿Por qué ella cree que es una locura?

—Porque ¿cómo alguien querría volver a un lugar en el que sufrió?

—Las cosas cambian, ¿por qué ella sigue temiendo volver?

—¿No es obvio, Juliana?

Le alcé una ceja incrédula y volví a mi reflejo.

—Para nada...

—¡¿Cómo que no es obvio?! —la interrumpí—. Llevamos hablando de eso

más de seis malditos meses, Juliana. Seis malditos y terribles meses. Seis meses donde me has obligado a levantarme temprano para venir aquí y ¿aún no te das cuenta? —Siguió inmutable—. Pa-sa-dooooooo, Juliana, mi pa-sa-doooo. No me quiero encontrar con mi pasado.

—¿Por qué?

Me quise tirar los pelos de la cabeza, ¿esa mujer no entendía o hacerse la imbécil era parte de su terapia?

—Poooooorqueeeeeeeeeee sooooooy una maldita gallina cobarde y asustadiza. ¿Y si me lo encuentro y todo vuelve así ¡paf! y no soy capaz de controlarlo?

Dejándome descolocada, Juliana se puso de pie y se colocó en cuclillas a mi lado, algo que debía costarle horrores con la falda y los zapatos con taco de aguja.

—Leah, estás olvidando que lo superaste.

—¿Lo hice? —chillé.

Juliana apretó los labios.

—Sí.

—¿En serio?

—Sí.

—Y si lo superé, ¿por qué otra persona me lo tiene que recordar?

Punto para mí.

—Bueno, porque...

—«Bueno, porque» nada. ¿Es que no te das cuenta de que el pasado me pesa toneladas?

—Leah...

—¡Qué «Leah» ni que nada! —Me puse de pie, enojada—. Esto es una pérdida de tiempo, he malgastado meses para intentar superar algo que claramente sigue estando ahí.

Más que encontrarme molesta, quería llorar. ¿Cómo podía ser tan patética, Dios? ¿Cómo después de tanto tiempo yo y...? ¡Argh! No, ni siquiera iba a pensar en ese subnormal, peeeero el lado oscuro de la fuerza todavía era muy

fuerte en mí, y rápido como un destello apareció en mi cerebro.

Mi primera reacción fue querer estrellar mi cabeza contra una pared a ver si así, de una vez por todas, el muy imbécil se borraba de mi mente. Si el bastardo no quería abandonarme por las buenas, no me quedaba más que hacerlo por las malas; pero fuera como fuera, aunque tuviera que quebrarme el cráneo contra una roca hasta quedarme inconsciente, ¡lo sacaría de mi sistema! No me decían que era terca por nada.

Con la espalda tensa, mi loquera se puso de pie. Me sacaba casi una cabeza, por lo que tuve que alzar la mirada para no quedarme viendo sus tetas.

—Leah, siéntate.

Le di una patada al suelo; era una pataleta digna de una princesita de papá: Lady Leah desea su carruaje en la entrada para marcharse de ese recinto inmundo, muchas gracias.

—No, no me voy a sentar. Ya te dije que no seguiré perdiendo mi t...

Lo había conseguido: la paciencia de Juliana se había acabado.

—¡HAZLO!

Mi trasero aterrizó de nuevo en el asiento. Alcé las manos en son de paz. Lady Leah ya no quería nada, muchas gracias.

—Ok. No había para qué alterarse.

—¿No había...? —Se masajeó la sien y tomó aire. Poco a poco recuperó la compostura—. Quiero que pienses en Derek Blair.

Las aletas de la nariz se me inflaron por la indignación.

—Me niego.

—¿Cómo?

—No pienso hacerlo.

—Por favor, hazlo.

Fruncí los labios como orangután mosqueado.

—No. ¿Para qué? Es inútil.

—¿Qué es inútil?

—Derek Blair.

Se mostró aliviada.

—Eso es un progreso. Por lo menos no te quejaste de la nueva terapia.

—Ah, eso es porque no me dejaste terminar. Después venía «y la terapia nueva».

Se tocó el puente de la nariz.

—Muy bien, entonces, quiero que pienses en Derek Blair —insistió.

—Creí haber dejado claro que me parecía una inutilidad del porte de un buque.

—Lo hiciste, Leah, lo dejaste perfectamente claro. Ahora necesito que pienses en Derek Blair.

Nos quedamos mirando fijamente, un duelo de miradas que tendría a una como perdedora. Yo no pensaba ceder bajo ningún punto de vista, sin embargo Blair inevitablemente se hizo presente en mi mente como una mosca molestando en tu almuerzo. Recordé su cabello lacio castaño oscuro casi negro y su sonrisa burlona. Lo recordé hablándome, burlándose de mí. Maldito, se reía de mí incluso cuando yo me lo estaba imaginando. ¡Qué rabia, oh!

—¿Qué sientes al pensar en él? ¿Cómo lo ves?

—Yo... —Pestañeeé con fuerza hasta que Blair se esfumó—. ¿Quién dijo que había logrado recordarlo?

Duelo de miradas.

—Podrás irte de aquí tan pronto como terminemos con esto, Leah.

De vez en cuando ella sabía cómo ganarle una batalla a mi testarudez de mula.

—Estáaaaaa bien. Se estaba burlando de mí, ¿puedes creerlo? Me lo imagino, ¡yo me lo imagino!, y él se ríe de mí. Ni mi subconsciente me respeta; nadie me tiene ningún respeto, es indignante.

Juliana sonreía.

—Ahora quiero que pienses en James O'Connor.

Fue como una patada directa al estómago. James O'Connor se materializó en



mi mente de manera inmediata. Fue como tenerlo frente a mí otra vez, de carne y hueso, tan cerca que fue inevitable estirar la mano para tocarlo. Era tan hermoso, el condenado; tan hermoso.

—¿Cómo lo ves?

James desapareció con un chasquido.

Pestañeeé confundida y dejé caer el brazo cuando lo vi alzado en el aire intentando tocar algo que no estaba ahí realmente. Yo daba lástima algunas veces, lo sé.

—Como un fantasma —mentí. ¿La razón? No quería verme tan patética, por el amor de Dios. Después de todo ese tiempo y yo todavía sufría taquicardias con su recuerdo. Patética, Leah, das asco.

—¿Y qué sientes ahora?

Como si un maldito gnomo hubiese estrellado su cabeza contra mi estómago.

—Siento que lo estoy superando —seguí mintiendo.

Juliana parecía mucho más emocionada que yo, pero, claro, no sabía que a James O'Connor lo seguía recordando con todos sus malditos matices.

—Ahora necesito que recuerdes a Bella Armstrong y me digas lo primero que se te viene a la ca...

—Perra —la corté.

Ese había sido fácil.

Se quedó horrorizada.

—¿Qué? —quise saber—. Tú y yo sabemos que es una perra.

—Leah, se supone que eso ya lo habíamos superado.

—Que lo *haya*... por mí misma, muchas gracias, nada de *nosotros*, que esa palabra me da urticaria... superado, no quita el hecho de que Bella es y seguirá siendo una real perra para toda la vida.

Juliana dio un largo suspiro.

—Eres dura de roer, ¿eh?

—No empieces, porque tuya fue la idea.

—¿Qué idea?

—La de llamarla «Bella, la perra».

Los corrientes ojos se abrieron, enormes.

—¡Eso es mentira, Leah!

—Te cito: «Dime lo que piensas de Bella», y ya sabes que eso es lo único que pienso de ella.

Cerró los ojos unos instantes. El dolor de cabeza comenzaba a hacerse presente, intuía.

—Leah, necesito que te los imagines a todos ellos —continuó, intentando controlar sus deseos de echarme de su consulta para siempre— y les digas todas las cosas que no pudiste decirles en su momento.

Bella intentó hacerse presente de manera inmediata, pero la mandé a patadas mentales hasta el fondo del Tártaro. Perra. Con O'Connor y Blair mi ira no fue tan efectiva, había agotado toda mi fuerza mental con una *genkidama* para Bella y no podía hacer otra para matar a esos dos, ni por mucho que le pidiera al mundo que alzaran los brazos al cielo y me enviara su energía. No me quedó más remedio que darle la bienvenida a mi humilde hogar.

—Les diría...

—¿Sí?

La imagen de James fue como si me rogara que volviera y que lo perdonase. *Solo tomé malas decisiones, decía, lo siento por equivocarme.*

Me relamí los labios.

—No lo sé —susurré finalmente. James y Derek se evaporaron en el aire—. No sé lo que les diría si los viera.

—Si llegases a encontrarte con ellos, ¿no sabrías qué decirles? —insistió.

Me puse de pie, frustrada.

—¡No, no lo sé! —exclamé, perdiendo los estribos—. ¿Cómo quieres que sepa qué les diría si nos encontráramos? ¡Yo estoy aquí y ellos a miles de kilómetros!

Juliana también se puso de pie y se acercó a mí.

—¿Segura que ellos estarán a miles de kilómetros en diciembre?

Impacto.

—¿Qué...?

—Sé lo que me vas a decir.

Doble impacto.

¿Cómo lo había averiguado? ¿De pronto me había convertido en un libro abierto? Yo quería ser el *Monstruoso libro de los monstruos*<sup>2</sup>, no un maldito libro que podía abrir cualquier desgraciado.

—¿Ahora no solo eres psicóloga, sino que también psíquica? ¿Algo más con «p» que agregar?

«Perra», por ejemplo. No lo dije claramente.

—Entiendo, estás siendo sarcástica. —¿No me digas? Fíjate que yo pensaba que estaba siendo simpática—. Estás usando el sarcasmo para ocultar lo que realmente sientes.

—¿Y eso es malo?

—¡Por supuesto! —aseguró con vehemencia.

Apoyó sus manos sobre mis hombros.

—No creo que eso sea muy profesional —comenté.

Las alejó de inmediato.

—Leah, sé que vas a volver.

Triple impacto.

—No, no voy a hacerlo.

—Sí, sí lo harás.

—Que no...

—Leah, basta —me cortó. Tomé asiento con una exhalación—. Sé que esa idea viene rondando tu pequeña cabecita hace mucho tiempo.

—Ni yo misma sabía que tenía una idea rondando en mi «pequeña» cabezota, pero en vista de que cree conocerme... adelante, quiero ver cómo se equivoca.

—Vas a volver —me aseguró.

—Yo no he dicho...

Apretó los labios.

—Si es mentira lo que digo, entonces respóndeme, ¿por qué postulaste a una universidad en tu país?

Cuádruple impacto.

Intenté fingir desinterés.

—Estaba aburrida y la gente al aburrirse estudia.

—¿Y no podías hacerlo aquí en Estados Unidos?

Me encogí de hombros.

—Me pareció más interesante hacerlo en mi país; ya sabes: será todo un reto volver a pensar en español y no en inglés, ¿no lo crees?

—¿Por eso has estado ahorrando?

—Por supuesto que no, ahorro para darme unas vacaciones de lujo y tirarme en bikini desde un crucero.

Juliana contó mentalmente hasta diez; lo supe porque yo misma lo hice para corroborarlo.

—Ven conmigo.

Sin importarle si la seguía o no, caminó hacia el escritorio que estaba al otro extremo de la habitación y se sentó tras la computadora. La vi apretar unas cuantas teclas y esperar a que me acercara. Lo hice con el entrecejo fruncido.

—¿Me vas a enseñar cómo utilizar una computadora? Si es eso, te aseguro que llegaste unos años... diría unos diez años... atrasada en mi educación.

Se limitó a apuntar la pantalla.

—¿Qué es eso, Leah?

La imagen era un tipo de factura.

Quíntuple impacto. Si seguía con esa clase de vida llena de emociones extremas, me moriría.

—Dah, un pasaje de avión.

—¿Y qué dice el pasaje? —insistió, presionando y presionando. Jesucristo, ¿por qué nadie me dejaba ser cobarde? Podría imponer la moda de ser una gallina y no me dejaban ser famosa.

Apreté los puños.

—¿Cómo descubriste esto?

Apareció una sonrisa levemente arrogante que le curvó el costado de la boca.

—Tengo mis informantes.

Alex, el muy puto.

—Te aclaro que tu informante secreto —alias mi estúpido mejor amigo— no sabe que regreso para postular a la universidad y no para disfrutar de unas «refrescantes vacaciones» como él cree.

Su expresión fue victoriosa: me había delatado yo misma.

—No sabías que estaba inscrita en el examen para entrar a una universidad en mi país, ¿cierto? —No me contestó—. Me sacaste mentira por verdad. —Su silencio me otorgó la razón—. Ya, entonces, ok, lo admito. Sí, me compré un pasaje. Sí, postularé a la universidad en mi país natal. Sí, me voy a fines de noviembre para rendir la prueba y ver si quedo. ¿Contenta? ¿Feliz ahora?

—No, Leah, no estoy feliz.

—Crees que es una locura, ¿cierto? —No la dejé hablar—. ¿Ahora comprendes por qué quería conocer mi estado mental?

Asintió de manera distraída y después enfocó su atención en mí.

—Leah, aún nos falta tanto por avanzar, ¿estás segura de que te sientes lista para volver?

—Creí que tenías más esperanza en tus pacientes. —Me alejé y caminé hacia la puerta—. Solo iré a rendir la prueba y a ver a mi familia; volveré. Serán como unas minivacaciones, nada más que eso.

Mi mano tocó la manilla y ahí quedó esperando algo, aunque no tenía del todo claro qué.

Juliana me sonrió suavemente.

—Y las puertas de mi oficina estarán abiertas para cuando regreses.

Le devolví el gesto y saqué todo mi lado de despedidas dramáticas.

—Lo siento, Juliana. Esto es un adiós, no un «nos vemos».

Se puso de pie tan deprisa que volcó su asiento.

—Leah, tienes que volver. Tenemos que tratar ese tema de la ira que mencionaste hace un rato y... y tantas otras cosas.

Abrí la puerta.

—Juliana, si manejara el enojo como cualquier persona normal no sería Leah Howard.

Salí de su oficina sin volver la mirada atrás.

## La prestigiosa UE

«Srta. Leah Nicole Howard:

Por medio de la presente carta se le informa su admisión en nuestra prestigiosa Universidad del Estado, en la sección de Plan Común de Ingeniería, después de haber logrado suficiencia en el examen de admisión que presentó el día 1 de diciembre.

Para finiquitar su admisión es necesario que se presente en la rectoría de la universidad el día 17 de enero, con la lista de documentos indicados en la siguiente página. De no encontrarse en dicha fecha, puede presentar un tutor legal para la entrega de los mismos.

El 6 de marzo se hará la entrega del horario y su correspondiente credencial universitaria. Las clases comenzarán el día 16 de marzo.

Se le comunicará, mediante la plataforma virtual de la universidad, el programa a cumplir junto con la información actualizada sobre el comienzo de clases.

Estaremos esperando su incorporación.

ATENTAMENTE,

Área de Inscripciones y Admisión  
Universidad del Estado»

Doblé cuidadosamente la carta que había leído por lo menos una docena de veces. Con piernas temblorosas y manos húmedas, me acerqué a las enormes rejas negras abiertas de par en par. Colgando en la entrada había un halcón de metal con las alas extendidas y mirada al frente que sujetaba el escudo de la universidad con un «UE» impreso en él. Debajo suyo y en enormes letras en latín, rezaba:

*«An nescis, mi fili, quantilla prudentia mundus regatur».*

Desorientada, fui empujada por un mar de estudiantes universitarios que me exigían entrar al campus, mientras recorría un caminito rodeado por sectores verdes que llevaba directo a un majestuoso, blanco e inmaculado edificio principal. Con el corazón resonándome en el pecho por los nervios, subí las cortas escaleras y traspasé las puertas de roble abiertas de par en par, dándonos la bienvenida a cada uno de los nuevos y viejos estudiantes. El ambiente y la temperatura cambiaron apenas el umbral ocultó el sol; el calor asfixiante de comienzo de marzo quedó atrás y llegó el frío de los altos techos, del suelo de mármol, del antiguo y exquisitamente elegante palacio que había sido en la antigüedad. Dos escaleras serpenteaban a cada costado y puertas, miles de puertas, abiertas y cerradas, llenaban el corredor que finalizaba en otro par de puertas de roble abiertas.

Di un paso para adentrarme a ese nuevo y antiguo mundo.

—Pisas el escudo y reprobarás una asignatura —advirtió una voz—. Nadie quiere empezar mal el año, ¿no?

Una chica, mucho más alta que yo, con una tirante cola de cabello que le hacía perder su atractivo, estaba de pie junto a mí. Me fijé donde había estado a punto de pisar: era un escudo con el halcón grabado en el suelo.

—¿En serio? —quise saber.

Apareció una sonrisa tan bonita que le iluminó el rostro; su cualidad recaía netamente en eso.

—Quién sabe, pero no hay dudas de que todos lo creen. —Apuntó el escudo.

Era como ver a Moisés (¿era él? Necesitaba clases de religión con urgencia) abrir el mar Rojo: todos los estudiantes, por distraídos o dormidos que fueran, esquivaban el grabado del suelo de manera automática; incluso los que parecían nuevos, porque iban mirando todo con la boca entreabierta como lo había estado haciendo yo hace unos instantes, imitaban a último segundo la acción de los más sabios. Mejor prevenir que lamentar, decía el dicho.

Me giré hacia la chica y entre nosotras se instaló un silencio incómodo, que ella aprovechó para mirar la hora en su reloj de pulsera.

—Bueno... ¡adiós!

Se fue caminando rápido, perdiéndose mientras salía del edificio hasta que el cambio de luz la engulló. Me quedé en eso hasta que me golpearon



accidentalmente, volví a la realidad, rodeé el escudo (si iba a reprobar una asignatura que fuera por mi falta de cerebro y no por una maldición) y recorrí el edificio principal con diligencia. Al salir de la oscuridad, la luz me encegueció por unos segundos. Otra vez desorientada, bajé torpemente los escalones ciega como un murciélago.

El caminito que había de este lado del edificio tomaba una ligera curva hacia la izquierda serpenteando por altos árboles que brindaban sombra. Por donde mirase, había cientos y cientos de metros de césped y edificios por doquier, algunos con una fachada clásica y antigua, como la construcción que acababa de abandonar, y otros modernos y recién construyéndose.

Perdida y sin saber qué más hacer, seguí la dirección del camino de cemento por unos metros, hasta que llegué a una rotonda con una pileta en el centro, la que tenía nuevos caminos que iban en otras direcciones; a su lado había un cartel informativo y uno de direcciones. Lo más lógico sería centrarme en el informativo, que incluía un mapa completo de la universidad con números sobre los edificios existentes en los más de 380.000 metros cuadrados de superficie que tenía la prestigiosa Universidad del Estado.

Recorrí cuatro veces el cartel en busca de un lugar llamado Auditorio Central, que no estaba... o que no vi, lo que era extremadamente probable, dado que todavía me sentía ciega. Era el momento de preguntar.

—Hola, dis...

Fui ignorada monumentalmente y me sonrojé de manera estúpida. Cuadré los hombros: no me rendiría tan fácil.

—Hola, disculpa...

Nuevamente ignorada. Esto no estaba saliendo ni cerca de cómo me lo había estado imaginando desde que había recibido la carta de aceptación. Frustrada, observé la hora en mi celular: eran las 10:20. Hacía veinte minutos había comenzado la reunión en el Auditorio Central y yo seguía perdida en una rotonda, siendo ignorada e incapacitada de encontrar un nombre en un maldito cartel.

Me iba a acercar a otro estudiante cuando el sonido del celular me distrajo. Era un mensaje de Alex Cromwell, mi mejor amigo desde que era un duende sin colmillos y con mechas colorinas desordenadas. De inmediato, por el solo hecho de ver su nombre en la pantalla, me puse nerviosa, como lo llevaba haciendo

desde hacía unos meses cuando Alex, con su pelo rubio y sus ojos verdes, se acercaba a mi lado totalmente despreocupado y sin la menor idea de que a su mejor amiga se le aceleraba el pulso cada vez que lo veía. Y no emoción de amigos ni tampoco miedo ante el recuerdo del horrible beso que nos habíamos dado de chicos y que me había provocado una fobia a ser besada. No, no era nada de eso. Era algo mucho, mucho peor.

Alex: «¿Cómo va el primer día de clases?».

Las manos me temblaron ligeramente al leer el mensaje y me regañé a mí misma por una reacción tan estúpida, tan de niña de cinco años ante su héroe. Sí, Alex era guapo y amable y tenía una paciencia que rivalizaba con *ese* Satanás innombrable y mi prima Adela, pero era mi mejor amigo y por eso no podía sentir esas cosas, mucho menos ahora que nos habíamos reencontrado. Se suponía que yo había aprendido una lección, se suponía que los hombres eran unos desgraciados e infelices que no merecían mi amor. Se suponía que había aprendido... pero no, no había aprendido ni una mierda, eso estaba más que claro.

Si tan solo... si tan solo pasara algo...

Una chica se estrelló contra mi espalda y casi me desnucó con el golpe mandando al infinito y más allá todos mis pensamientos tóxicos. Me pidió disculpas en un escueto susurro y se marchó sin preocuparse por mi celular caído. Furiosa, me agaché a recogerlo —por suerte no se había roto—, le puse la batería, que había saltado con el impacto, y lo encendí. Le respondí el mensaje a Alex cuando mi celular marcaba las 10:24.

«Estoy perdida».

Recibí un mensaje de inmediato.

«¿La clase introductoria no era a las diez, pequeña Leah?».

*Pequeña Leah.* Alex era el único ser en el universo que podía decirme así sin recibir como respuesta mi puño contra su carota.

«Estoy perdida, so imbécil, ya te lo dije».

Tal vez me pasasen cosas con él, pero eso no significaba que lo iba a tratar distinto al resto. No podía arriesgarme a perder mi esencia llena de encanto. Si con O'Co... digo, Voldemort (porque ese imbécil se había convertido en El Innombrable de mi vida) no lo había hecho, con Alex tampoco podía ocurrir.

Alex: «Debo estar enfermo para reírme de algo así».

Yo: «Tu veredicto es acertado, querido amigo».

Alex: «Qué simpática mi amiga».

Golpe al ego: «amiga». Era su *amigui*, podría llorar de maldita felicidad.

Alex: «La directiva me está esperando, te pasaré a ver en la tarde».

Alex: «Y báñate, por favor».

La indignación me llenó.

Leah: « ¡Me bañé esta mañana!».

Alex: «Pero necesitarás otro. Y socializa, pequeña Leah, haz algún amigo».

¿Que me bañara? Pero... pero... ¡si yo jamás olía mal cuando Alex estaba cerca! Buenooo, por lo menos en los últimos meses no, excepto esa vez que... mejor ni recordarlo. El punto es que su comentario me hirió el ego, y la molestia persistió mientras me acercaba a un chico con paso decidido y postura que se negaba a recibir un *no* por respuesta.

—Tú, detente. Tienes las respuestas que necesito y me las darás ahora —ordené.

El joven se quedó plantado a medio camino.

—¿Ah?

Dos pasos y estuve a su lado. Puse las manos en mi cintura.

—Dime ahora dónde está el Auditorio Central. —Siguió desconcertado.

—Eh... soy de primer año, no lo sé. Yo estoy buscando el Auditorio C, ¿no sabes dónde está?

Me encogí de hombros y el muchacho se fue rápidamente. No me rendí.

—Hola, disculpa... —Un veinteañero con grandes ojeras, un cigarro en la mano derecha y un café en la izquierda, se detuvo—. ¿Me podrías decir dónde está el Auditorio Central...?

Sonrió, seguido por un sorbo al vaso. Me apuntó con la mano que tenía el cigarro.

—Ah, así que eres de primer año: una polluela.

¿Polluela? Seguramente era por el halcón en la insignia de la universidad y estaba haciendo esa referencia porque éramos de primer año y, por lo tanto, hijos de los halcones: sus polluelos.

—Eso creo —contesté.

—Prepárate para la bienvenida —me advirtió.

Los vellos del brazo se me erizaron. «La Bienvenida» (en mayúsculas porque era demasiado importante y grande) era una iniciación a la universidad que les hacían los niveles más altos a los alumnos nuevos. Como era nueva, *una polluela*, como el chico había mencionado, lo más probable es que terminase la semana con la ropa cortada y oliendo peor que basura al sol... aaaaaah, por eso Alex me había aconsejado bañarme (mi orgullo se recuperó del dolor).

—¿Por qué la bienvenida? —pregunté extrañada—. Hoy solo hay una presentación y entrega de documentos, ni siquiera tenemos clases... no pueden hacernos la bienvenida. Y es viernes —añadí con voz débil.

El chico lanzó el cigarrillo al suelo y lo apagó con la suela del zapato.

—Pues si estás tan segura...

—Espera, ¿la harán hoy?

Sonrió.

—Yo solo te daba una advertencia. Pero como tú dices, es viernes y solo es entrega de documentos para los polluelos, los de cursos superiores no tenemos clases hasta el 16.

Eso quería decir que...

—Espera. Tú eres de... ¿segundo año? —Asintió. Me puse alerta—. ¿Entonces qué haces aquí?

Le dio un sorbo a su vaso.

—Matrícula —explicó—. Hoy es el último día para matricularnos y por eso anda tanto alumno. La responsabilidad no es mi punto fuerte.

—Ah, bueno —susurré—. Pensé que habían venido para torturarnos.

Su sonrisa creció: tenía las paletas ligeramente separadas.

—Son nuestros últimos días de vacaciones... ¿crees que nos levantaríamos

temprano para algo así? —Apuntó hacia atrás a uno de los tantos caminitos—. Sigue derecho por ese y dobla hacia la izquierda en el segundo cruce.

Me quedé marcando ocupado.

—¿Cómo?

—El camino al auditorio —me recordó—. Es por ahí.

—¡VERDAD! ¡NOOOOOOOOOO, VOY SÚPER ATRASADA! —Comencé a alejarme—. ¡Muchas gracias por todo!

—¡Eh, por cierto! —Me llamó. Volteé el rostro mientras seguía caminando—. Para la bienvenida ten cuidado con los de Ingeniería Mecánica: tienen como tradición echarle grasa de motor a los polluelos que pillen.

Mi corazón dio una voltereta mundial.

—¿Y cómo sé quiénes son de Mecánica?

—Yo supongo que andarán con un tarro con aceite de motor.

Por segunda vez me sonrojé.

—Ah, gracias.

Me fui antes de sonrojarme una tercera vez y tomé el camino que me había indicado. No me costó encontrar el auditorio cuando estuve cerca de él. Era imposible que pasara desapercibido, porque era un enorme edificio con un tablero que decía «Auditorio Central» y bajo él colgaba otro que decía «Bienvenidos alumnos de primer año Plan Común de Ingeniería».

Corrí los metros que me faltaban, no queriendo llegar más tarde de lo que iba. Cuando estaba a punto de frenar para abrir la puerta, mis zapatillas, de esas malas y casi sin suela, se resbalaron por la baldosa. Patiné unos centímetros (Jesucristo noooooooooooooooooo, por favor, noooo, el maldito primer día noooooooooooooooooo) y me estrellé ¡paf! con fuerza y sin una pizca de decoro contra la puerta de metal. Desorientada, observé el cielo. Sí, efectivamente había hecho el ridículo el primer día sin siquiera presentarme aún.

La puerta se abrió.

—¿Está bien? —preguntó un hombre.

Me tomaron de la mano y pusieron de pie. Dentro del auditorio se podía oír un coro de risas. Como siempre, yo era el hazmerreír de todos.

—¿Necesita ir a la enfermería? —dijo una mujer.

Quise decir: No, Einstein, no estoy bien. Acabo de sufrir la peor humillación de mi vida frente a dos mil personas, así que ahora, si fuera tan amable, déjeme ser una rata miserable para esconderme en la basura y así poder revolcarme en mi dolor.

Pero dije:

—Estoy bien —porque lo último que me faltaba era que la mujer se pusiera a gritar como mamarracho histérico.

—Pase, entonces —pidió.

No, no, no, no, necesitaba todavía unos segundos más de paz para afrontar la pronta humillación. Solo unos segundos más de... a la mierda, abrió la puerta y aproximadamente dos mil pares de ojos se clavaron en mí.

Auxilio, mamá, ¿dónde estás? Aparece y abrázame, aunque, más que necesitarla a ella, era la hora de que mi amiga Hermione Granger llegara corriendo por una esquina y me regalara su giratiempo. Vamos, Hermione, puedes aparecer en cualquier momento, en cualquier momentooooo, tú tienes el carné de aparición, solo debes veniiiiiiir y ayudarmeeeeeeeeeee...

Me empujaron suavemente y mis pies se movieron por el impulso (probablemente, Hermione andaba demasiado ocupada en la búsqueda de Horcrux como para preocuparse por mí). No me quedó más que mirar el suelo, que de pronto se había vuelto extremadamente fascinante mientras activaba el modo *cortina* de mi cabello para ocultarme. Las risas me rodearon cuando me adentré por el pasillo buscando de reojo algún puesto desocupado, pero estaba tan nerviosa y apurada que recorrí apresuradamente hilera tras hilera de asientos y llegué hasta el escenario sin encontrar nada. Más humillada aún, tuve que girar y enfrentarme a toda la multitud que seguía mis pasos con sonrisas burlescas en el rostro. Volví por el pasillo con los *jejeje* persiguiéndome (¿por qué mejor no se metían esos *jejeje* por donde mejor les cabían?). La señora que me había rescatado me hizo señas al final de la sala apuntándome un asiento vacío: era el que estaba ubicado al lado de la puerta. Me tuve que contener para no golpearme la cabeza en busca de mi maldito cerebro.

Al llegar a la salvación, por no querer levantar la mirada, choqué contra el asiento y mi cara terminó aterrizando en las piernas de una chica. Roja como un tomate, palpé buscando el puesto y me senté apresuradamente, hundiéndome en

el asiento para que nadie me viera.

Tuvieron que pedir tres veces silencio para que la gente dejase de voltearse y reír como descerebrados. Lo único que faltaba es que los muy putos me sacaran fotos y salieran en el diario semanal de la universidad... Un flash me iluminó. Me retractaba, faltaba solamente el diario.

Suspiré. Ahí se iba por la borda otra oportunidad para conseguir novio. Por cómo iba respecto a mi soltería, era más probable que muriese aplastada por un elefante anoréxico, que conseguir un hombre para satisfacer mis necesidades carnales.

«Te extraño, Demet...». Detuve en seco el pensamiento. Dios, ¿por qué me hiciste tan patética?

La charla que había interrumpido continuó por demasiados minutos. Estaba quedándome dormida con la cabeza en una extraña posición, cuando la presentadora empezó a indicarnos que teníamos que ir hacia no sé qué lugar para sacarnos la fotografía de la credencial universitaria; al mismo tiempo que eso sucedía, se oyó a lo lejos un clamor, algo como el bullicio de voces mixtas protestando. Agudicé el oído para darme cuenta de que estaba muy equivocada, porque no eran gritos de protesta; no, eran de sed de sangre, de estudiantes gritando «¡Pelo, pelo!» y «¡A desplumar los polluelos!».

Fue como si cientos de dementores hubieran entrado por la ventana: todos se paralizaron y se miraban los unos a los otros.

*Mechoneo*, eso significaba su antiguo y subnormal cántico. Nos iban a *mechonear*, ¡y justo me había puesto un vestido nuevo! ¡Y blanco! ¡Y... y...! ¡Oh, no, no, no, no, no! Se iban por la borda las dos horas intentando hacerme la línea negra en el párpado superior, maldición.

—¿Qué *suced*er? —preguntó en un pésimo español la chica a la que le había besado las rodillas.

Miré su cabello rubio y sus ojos azules. No tenía que ser una genio (que lo era, por cierto) para darme cuenta de que era extranjera.

—Analizando las variables, creo que posiblemente nos van *mechonear*.

—¿*Mellioniar*? ¿Qué *ser*?

Quise burlarme de ella por su mala conjugación y pronunciación de las

palabras, de la misma manera que lo habían hecho los gringos cuando escuchaban mi inglés, pero me contuve.

—Es *mechonear*, no *mellionare* o como le dijiste.

—¿Qué?

Lo siento, era incapaz de resistirme a no molestarla.

—*Mechonear* es la bienvenida que hacen los de niveles superiores a los alumnos nuevos.

Se puso feliz, no sabía lo que le deparaba a la pobre desgraciada.

—¿*Is...* comida?

La puerta del auditorio se zamarreó con fuerza; los gritos de «¡Pelo, pelo!» se intensificaron. El murmullo de los alumnos nuevos creció. Parecía un gallinero alborotado; con razón nos decían polluelos.

—No, querida —le contesté—. Prepárate para ser humillada en todos los ámbitos. Eso es ser *mechoneado*.

La chica palideció y apoyó la cabeza en el asiento de adelante.

—¿Por qué *gritar* palabra?

¿Es que no era capaz de conjugar ningún verbo?

—¿«Pelo»? —pregunté.

La extranjera asintió y le tiré su larga coleta rubia en broma.

—Tal vez sea por el hecho que nos lo cortarán.

Me quitó la cola de las manos y se la afirmó con fuerza.

—¿*Decir* eso en serio?

Jugueteé con mi propia melena con aire distraído.

—Por supuesto. Yo solo espero que no me corten el pelo al estilo pixie. La idea de ese peinado es tener una apariencia medio élfica, y claramente yo la tendría... pero sería más como un elfo de *Harry Potter* que de *El señor de los anillos*. —Me aplasté el cabello al casco—. *Leah no tiene amo, Leah es una elfa libre*.

Mi actuación fue recibida con un pestañeo confundido. Fui salvada de la



humillación porque la presentadora se paró en el escenario y pidió silencio.

—Calma, chicos, no les sucederá nada. La universidad tiene estrictamente prohibido el *mechoneo*, así que los alumnos no se atreverán a hacerlo.

Algo me decía que a los alumnos mayores les importaba un reverendo pepino lo que decían las autoridades de la universidad. La extranjera a mi lado soltó un gimoteo, parecía a punto de ponerse a llorar. Rodé los ojos. La puerta se movió y la golpearon con ímpetu, la volvieron a golpear y «¡paf! ¡paf! ¡paf!» y más golpes y más «¡paf!» y «¡pelo!», que no lo soporté un segundo más. Me puse de pie, me paré frente la puerta y agarré el pomo con la mano.

—¡*No la abrir!* —chilló la extranjera.

—¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO! —gritó el resto de los polluelos.

Miré a la chica. En mi fuero interno y en línea con la pausa de mis procesos neuronales, de verdad creí profundamente lo que dije a continuación:

—Entre más rápido se termine esto, mejor.

Giré el pomo y la puerta se abrió. Solo fui capaz de pensar una cosa: «Quiero a mi mamá».

### ¡Feliz pre-mechoneo, polluela!

Una multitud que parecía no terminar y cubierta con bolsas de basura negras, mascarillas desechables y portando en las manos bolsas y botellas que expelían un olor asqueroso, apareció frente a mí. Fue como si el universo se hubiera congelado con esa escena.

—¡La primera polluela! —dijo alguien, agarrándome de un brazo y tirándome hacia ellos.

Reventaron una bolsa en mi cabeza y una sustancia resbaló por mi cara. A continuación, plumas volaron por el espacio y se pegaron a mí. Oh, mira qué maravilla, ¡por fin había logrado disfrazarme de mi gallina interna! Logro desbloqueado.

—¡Feliz pre-mechoneo, polluela!

He de admitir que ya no me parecía tan buena mi idea de: «Entre más rápido se termine, mejor».

—¡Pelo, pelo, pelo! —corearon los alumnos.

Presentí que se acercaba un corte de cabello para *mademoiselle* Leah.

—Supongo que es una broma, ¿cierto? —pregunté, soltando una risita que intentó ser coqueta, pero como yo era tan espinosa como un puercoespín en modo autodefensa, salió algo bastante irónico; fue como si me estuviera burlando de ellos. Genial. Como respuesta recibí una detonación de un huevo en la cabeza, pero no me inmuté en lo más mínimo; de hecho, si tantos huevos les sobraban, podían ponerme otro: me servía como tratamiento capilar, mira que tenía hasta medio seco el pelo y... aparecieron unas tijeras.

—Hora de la peluquería.

—*Bromi*, ¿cierto? —dije entre risitas.

—¿*Bromi*? No, ni *bromi* ni broma. —El chico sonrisitas me agarró un mechón

y cortó unos centímetros.

Fue como haber hecho detonar, no una bomba atómica, pero sí una de hidrógeno. Me transformé en un monstruo pelirrojo, en Chewbacca versión mejorada.

—¡NOOOOOOOO! ¡NO LO HARÁN, NO ME TOCARÁN! ¡SUÉLTENME!  
¡INFELICES!

Me retorcí y me retorcí y maldije y grité tanto, que rápidamente comenzaron a lanzarme miradas asustadas.

—Tranquila, mujer...

—¡NO ME HABLES CON ESE TONO CONDESCENDIENTE,  
HOMBRECILLO!

—Vale —aceptó. Yo seguí en lo mío: retorciéndome como un monstruo—. Mira, te soltaremos pero no podrás marcharte, ¿entiendes?

Me calmé al instante. ¿Lo vieron? Si no era tan difícil hacerme entrar en razón.

—Okey, pero ya suéltenme. —Libre, me agarré la tira del vestido que se me había bajado por el hombro—. Pero miren lo que hicieron, ¡destrozaron mi ropa!

—Esa es la idea, muj... —Mi rostro se crispó y el chico se interrumpió en seco.

Intenté apartar un par de plumas, pero era inútil. Al parecer, me habían echado pegamento en el vestido. Suspiré.

—¡Pasé una hora completa delineándome el ojo y eligiendo mi ropa y ustedes lo arruinaron! —insistí—. ¡¿Cómo quieren que salga bien en la foto de la credencial?!

Todavía con la batalla campal desarrollándose a nuestro alrededor, uno de mis torturadores sacó una billetera de su bolsillo y me la tendió. La agarré y vi lo que me mostraba: era una fotografía de un chico con plumas y aceite de motor en todo el cuerpo; sonreía a la cámara, sus dientes eran lo único blanco en la fotografía.

—No eres una estudiante de esta universidad si no sales en la foto oficial así —informó muy orgulloso.

Una chica que iba pasando por mi lado, seguramente envidiosa de mi belleza despampanante, me estampó una bolsa de pintura amarilla en la mejilla. Perra... ¡un momento! ¡Debía aprovechar ese segundo de distracción! Rápida como una ninja, lancé la billetera, le di un empujón al chico y hui. Ni loca iba a permitir que me lanzasen aceite de motor a la cabeza; no, señor. Unos metros más allá me escondí tras un árbol y tomé aire con una mano sobre el pecho; el físico no me había dado para esconderme en un lugar más alejado.

Dios, eso había estado cerca. Muy cerca. Por poco había sido una gallina, digo polluela, violada. Ahora...

—Hola, polluela.

El muchacho con el que había hablado esa mañana estaba frente a mí, pero esta vez no llevaba ni un cigarro ni un café, sino que un enorme tarro en las manos: aceite de motor.

Grité.

—Es mejor que cierres la boca —me advirtió.

En el mismo instante que mis labios y ojos acataban la orden, el aceite negro cayó sobre mi cabeza, por mi vestido, por mis plumas de gallina cobarde y goteó por mis piernas. Pasé el dorso de la mano por mi boca y chillé:

—¡TRAICIÓN!

—Te lo advertí.

Me agarró las manos y las anudó con una cuerda. Mientras yo intentaba limpiarme los ojos con el brazo (¡que necesitaba ver por dónde iba, miércoles!), me hizo volver al ganado, cual oveja descarriada. En los cuatro minutos que había durado mi liberación, la balanza se había inclinado notoriamente hacia los maltratadores y cientos de polluelos estaban en una filita india agarrándole la camiseta al compañero de adelante.

Me alegré de ver que no era la única desgraciada con aceite de motor, mas mi felicidad se prolongó solo hasta que el chico traicionero alzó mis brazos anudados y dijo:

—¡Polluela rebelde!

Algo me decía que eso no era nada bueno.

—Irá primera —ordenó una chica de metro y medio. Era una Demetria, solo

ese hecho me hizo no odiarla con todo mi ser. Me empujaron a la filita india de las primeras.

—¡ANDANDO, QUE NO SE LES SUELTE EL COMPAÑERO! —rugió un chico.

La polluela de atrás tiraba de mi vestido para afirmarse mientras nos poníamos todos en movimiento.

—¡Recuerden que este solo es el pre-mechoneo! —gritaron—. ¡Si ya están llorando hoy —apostaba mis tetas a que la extranjera era la que lloriqueaba unos metros atrás, intentando expresarse en un pésimo español—, para el mechoneo será peor!

Tragué saliva y recé para que mi pelo sobreviviera al mechoneo, aunque tal vez era hora de un nuevo peinado. Dios no quisiera hacerme parecer a Dobby.

—Por ahí, PR<sup>3</sup> —me indicaron.

Doblé por el pasillo que me indicaban, caminé por debajo del arco que unía dos edificios y me detuve en seco; en consecuencia, la chica de atrás chocó contra mí.

—Santa cachucha... —susurré.

Frente a nosotros se alzaban dos edificios separados por unos metros, con cada uno de los tres pisos repletos de universitarios con globos rellenos para dejarlos caer sobre nuestras cabezas. Del otro lado se veía un enorme toldo blanco.

—Muy bien, polluelos. —El chico apuntó el toldo con la mascarilla colgando bajo la barbilla—. Es ahí donde deben dirigirse para poder sacar su documentación universitaria, pero para llegar a él deben pasar por este pasillo. —Sonrió—. Mi consejo es que corran por... ¡Eh!

El llamado de atención había sido dirigido a mí, que iba ya a propulsión máxima corriendo por el pasillo. Mi reacción detonó el caos. Los polluelos rápidamente me imitaron y empezaron a moverse como una masa tenebrosa de gente que se empujaba entre ella. Eran *Los juegos del hambre* versión universidad; yo solo esperaba ser Katniss, o en su defecto Peeta, y tener a un(a) Katniss que me salvara.

Por suerte iba unos dos metros delante de ellos... me alcanzaron. Cubrí mi

cabeza con los brazos y los globos con pintura, vinagre, mostaza y cosas varias, llovieron por sobre nosotros mientras yo le pedía fuerza al universo para darle potencia a mis piernas: no resultó, seguía a mi paso tortuga de trescientos años. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, salí del pasillo y llegué hasta el toldo blanco. Con la respiración agitada, me volteé para ver a los otros polluelos llegar a la salvación.

—Eso fue... —decía un chico que parecía arcoíris con tanta pintura que le había caído—. Eso fue...

—¿Horrible? —lo ayudé.

—¡INCREÍBLE! —Los ojos le brillaron—. ¡Fue tan...! ¡TAN INCREÍBLE!  
¡ADRENALINA PURA!

Me alejé de él antes de que se me pegara la locura y caminé, aún con las manos atadas, hacia unos puestos que tenían un letrero con el número uno. Como la mayoría todavía no llegaba y los pocos en el toldo estaban demasiado ocupados recuperándose del ataque, me atendieron de inmediato en el puesto.

—Tome asiento, por favor —me pidió una de las encargadas.

Lo hice con la vista fija en la cámara que me apuntaba.

—¿Lista para la foto? —preguntó, mientras yo subía los brazos para rascarme el mentón.

—¡No, espere...! —El flash me cegó por unos segundos.

—Excelente, has salido preciosa —comentó con voz aburrida—. Puedes retirar tu credencial en media hora. ¡Siguiente!

—Pero... —intenté decir.

—¡Siguiente!

—¡Salí hablando!

—¡Siguiente!

—¡Y con los brazos arriba! ¡Y...!

Un guardia me sacó del asiento sin contemplaciones y me empujó hacia el siguiente stand.

—¡Eh, quítame las manos de encima! —reclamé.

Llegamos al siguiente puesto, donde se alejó de mí con rostro malhumorado.

—Imbécil —susurré.

—Los guardias de aquí tienen un serio problema de genio. —Me giré, la que había hablado era la misma muchacha del escudo—. Nos volvemos a encontrar, ¿eh? —Sonrió y por unos instantes estuve demasiado maravillada por el encanto que desprendía—. ¿Te ayudo con las amarras? —Reaccionando por fin, le tendí las manos. Las desató con dos movimientos rápidos—. ¿Por qué estabas atada?

—Por ser una polluela rebelde —le contesté, masajeándome las muñecas y dándome aires de grandeza porque, claro, ser rebelde siempre era genial. Miré su stand—. ¿Qué es lo que tengo que recoger aquí?

Soltó un «¡oh!» sorpresivo y reaccionó.

—Tu horario y clave de acceso para la página donde podrás comunicarte con los profesores, tomar ramos el semestre que viene y todo eso.

Asentí y esperé a que la chica me entregara algo o me preguntara el nombre, pero siguió simplemente mirándome. Estaba embelesada con mi belleza, seguro.

—¿Te doy mi nombre?

Se sonrojó. Sí, estaba enamorada de mí.

—Sí, lo siento, es que es la primera vez que me ofrezco para estar aquí.

Ah, no, no estaba enamorada de mí, solo nerviosa por... mí. Jajaja, era tan encantadora.

—¿No te pagan? —quise saber.

Acarició su cabello.

—No, me ofrecí. La verdad es que hago clases aquí.

—¿Eres profesora?

La chica no parecía tener más de veintiún años. Me sentí como una inútil porque ahí estaba yo con mis diecinueve años y con un futuro de mantenida por los próximos seis si no reprobaba nada... dejémoslo en siete para no decepcionar a nadie, siempre cabía la enorme probabilidad de repetir un curso porque uno se enamoraba de la clase.

—Algo así. Hago clases de *spinning*, pilates, yoga y *aerobox*.

Ahora entendía por qué no tenía brazos de murciélago.

—Ah...

Volvió a quedarse prendada de mí.

—Una pregunta medio imprudente, ¿eres pelirroja natural?

Me quedé descolocada.

—Eh... sí, ¿por qué?

—Espérame un segundo —pidió y de inmediato sacó su celular y empezó a escribir algo a toda velocidad, mientras yo para distraerme leía su nombre en su camiseta: Shanelle. ¿Cómo se pronunciaría eso?

—Por cierto, mi nombre es Leah Howard —dije cuando se guardó el aparato en el bolsillo.

Se volvió a sonrojar, dirigió apresuradamente las manos hacia el teclado y dudó.

—¿Cómo se escribe?

—L-E-A-H —deletreé—. Pero se dice Lía.

Tecleó mi nombre y me entregó una bolsa con una libreta, lápices, horario de clases y de los deportivos, mapas, contraseña y demases; todo tenía la insignia de la universidad.

—Una pregunta —comencé mirando el horario—. ¿Qué tengo que hacer para inscribirme en un deportivo?

Ya no quería seguir pareciendo un murciélago, todavía me dolía el ego al recordar las bromas de Josh respecto a mis brazos.

—La primera semana de clases estarán abiertas las inscripciones por la plataforma de internet o puedes inscribirte directamente en el Departamento de Deportes ubicado en el edificio al costado del gimnasio.

Asentí.

—Tal vez sea el momento de hacer algo con mi elasticidad mediocre. —Me quedé en plan ardilla asustada. Odiaba las despedidas y los silencios incómodos—. Buenooooo, ¡adiós!

Me alejé de ella sin decir más.



«Nota mental:

Por la Virgen María, Leah, es hora que comiences a pulir tus asperezas.

Fin del comunicado».

Tuve que esperar unos minutos para que en el stand 3 me pasaran la credencial universitaria con mi foto deforme, pero cuando me la entregaron y le eché un vistazo a *eso* (¿en qué clase de espécimen me había convertido?), decidí que lo mejor hubiese sido que destruyeran cualquier evidencia de ese monstruo con mutación genética. ¿Cómo alguien tan guapa como yo podía haber salido tan condenadamente mal? Parecía una barata cubierta de plumas, con las manos amarradas a la altura de mi cuello, la boca formando una extraña mueca que parecía una parálisis labial y con un ojo abierto y el otro cerrado.

*Ge-nial*, completamente *ge-nial*. Suspiré. Miré la hora, eran las 12:30 y ya no había más stands que recorrer. No me quedaba más que irme a la casa a bañarme. En el momento en que me alejaba del toldo blanco y comenzaba a caminar hacia la salida, alguien gritó:

—¡James!

No me alteré en lo más mínimo, ni un poquito. Ya había superado ese trauma en mi vida, así que ya nunca más me pondría a correr como una cobarde cada vez que oía ese nombre.

—¡Eh, James! —repiteieron.

No pude soportarlo. Me invadió el pánico de solo pensar que podía ser él... mi James. No fui capaz de averiguar si era él o no, simplemente me giré y salí corriendo como la gallina que era.

\* \* \*

A los minutos hice detener el autobús para así no volver a escuchar ese apestoso nombre nunca jamás de todos los jamases. Como yo era tan servicial y preocupada por alguien más que no fuera yo, me fui hasta el final del bus y tomé asiento ahí para no molestar al resto con mi repulsivo olor a huevo podrido, vinagre y aceite de motor usado. No había terminado de acomodarme cuando la multitud cercana a mí abandonó sus puestos y se dirigió hacia adelante, alejándose tanto como les era humanamente posible.

Tras una hora de viaje que me la pasé con la frente pegada al vidrio en estado de coma, me bajé del bus y caminé arrastrando los pies. Uf, qué cansada estaba, llegaría a... me agarraron por los hombros y tiraron hacia atrás. Mi primera reacción fue gritar como bocina de incendios y continué con un feroz golpe (Marca Registrada Leah Howard). Mi mano conectó con un cráneo y escuché un suave «¡ouch!». Sin perder el tiempo y con el corazón a mil, me volteé para rematar al desgraciado con tantas patadas voladoras y golpes como pudiera darle. Alcé el brazo...

¡DAME TU FUERZA, PEGASO!

... y golpeé. Mi puño conectó contra un hombro.

—¡Leah, soy yo!

La voz penetró en la neblina de locura y la dispersó. ¿Ese era...?

—¿Alex?

Mi mejor amigo de la infancia, rubio y demasiado guapo para lanzarlo con tranquilidad a la categoría de *amiguís*, se masajé el hombro con expresión adolorida.

—¿Quién más podría ser, pequeña Leah?

Me obligué a desacelerar los latidos del corazón, que ahora enloquecían por una razón completamente diferente y que para nada involucraba a la adrenalina del frustrado asalto.

—Golpeas como camionero. —Sus ojos verde musgo mostraban una clara chispa de humor.

—¿Los camioneros golpean de una manera en particular?

—Sí, fuerte y sin precisión.

Le lancé una mirada al cuerpo, fingiendo desprecio. Llevaba una camisa blanca que resaltaba su tez bronceada. Debería ser pecado tanta belleza expresada en *friendzone*. Ojalá fuéramos más *follamigos* y menos mejores amigos; la vida era injusta conmigo. Carita triste.

—Mi puño golpeó a la perfección tu hombro, llorica. No soy como un camionero, soy como...

—Como... —me animó a seguir.

Intenté pensar en algo.

—Como... ah, olvídalo.

Soltó una risa que murió suavemente mientras recorría mi cuerpo con la mirada.

—¿Y a ti qué te pasó?

—¿Lo preguntas por la nariz roja o por la suciedad?

—¿Tienes cara bajo todo eso? —Sonrió—. Lo único que se te ven son esos ojos de muerto que tienes.

Le di un empujón suave.

—Son grises, no de muerto.

Se inclinó ligeramente hacia adelante y arrugó la nariz.

—¿Te caíste en un basurero que hueles como basura al sol?

Respondí lo mismo que me había dicho Derek Blair hace dos años cuando comenté su mal olor tras un entrenamiento.

—Gracias, me perfumé para ti.

La razón del por qué tuve que recurrir al plagio, fue netamente porque el cerebro se me había secado. Me dolía admitir que me había vuelto a atacar la misma extraña enfermedad que padecía hace dos años cuando O'Co... digo, *El-que-no-debe-ser-nombrado* andaba cerca.

—Un perfume muy refrescante, diría yo. —Apuntó hacia adelante—. ¿Vamos?

Caminamos uno al lado del otro. Mi casa no era la misma de la de hace unos años, ya que la antigua siempre la habíamos arrendado, así que cuando había sucedido *eso*... ya saben, los tiempos oscuros y toda esa desgracia, mis padres habían tomado la decisión de cambiarse de casa cuando me fui al extranjero. Igual el cambio no había sido brutal, solo se habían desplazado tres calles.

—Por lo menos no te dejaron pelada —dijo Alex sorpresivamente.

—Una mierda tu comentario de consuelo, Alex. —Le entregué mi bolsa con las cosas de la universidad—. Ya puedes comenzar a reírte con mi foto de la credencial.

Buscó en su interior, sacó la tarjeta y explotó en carcajadas, sin una pizca de compasión por mí. ¿Para qué uno quería amigos si eran más malvados que tu peor enemigo?

—¿Y las manos atadas por qué?

—Ah, ya basta, no te burles. —Puse mala cara—. Se supone que eres mi mejor amigo y los mejores amigos están para hacerte la vida menos miserable.

Me agarró una mejilla y la apretó: típico de Alex el abuelo.

—La pequeña Leah está amurrada.

Fruncí el ceño y me detuve.

—No lo estoy.

Alex me encaró.

—La pequeña Leah está con una rabieta.

Golpeé el piso con el pie. Volvió a apretarme un cachete.

—¡Qué no, Alex, ya déjame! Te crees muy maduro porque eres más anciano que yo.

Sus ojos se curvaron adorablemente en las esquinas, sonriendo con la mirada al igual que... Voldemort. Puse mala cara cuando su recuerdo reapareció en mi cabeza. Mira, maldito cerebro malnacido, Voldemort solo tiene siete vidas y yo ya lo he matado seis veces, una más y desaparecerá de mi vida, ¿me entiendes? ¡¿ME ENTIENDES?! Así que déjame en paz, ¿quieres? No estoy de humor.

Por suerte su recuerdo se esfumó, pero vino otro más fuerte y más terrible: Alex estirándose por sobre la mesa, Alex acercándose, Alex posando los labios sobre los míos, Alex enredando su mano en mi pelo húmedo y su lengua invasora obligándome lentamente a abrir la boca para...

—¿Estás bien? —Alex sacudía una mano frente mi rostro.

El recuerdo se dispersó. Sacudí la cabeza para despejarla.

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Segura?

El estómago se me contrajo y la garganta se me cerró, el corazón me latía como loco de pronto y mis dedos picaban por querer acercarme y acariciarlo de

una manera que no involucraba solamente una simple amistad. No, ¡no, no, no, no! ¡Ya basta, cerebro, basta de tanto pensamiento insano, basta! ¡Basta o sabes lo que ocurrirá: nos enamoraremos y sufriremos! ¡Y él es tu mejor amigo, casi tu hermano! «Pero él cambió, no es el mismo de antes y lo sabes. Ya no es ese niño flacucho y larguirucho al que su madre le cortaba el cabello con un recipiente de cereales. ¡Ni siquiera se apellida igual! Ya no es el chico González, es el hombre Cromwell. Hombre, no niño. Él no provoca en ti solo sentimientos de cariño. Lo quieres como mejor amigo, pero te gusta como hombre, lo sabes, admítelo. Míralo y admítelo».

Lo hice, lo observé y lo admití. Alex me gustaba como hombre, lo quería como amigo, pero me gustaba como hombre también. Y eso no podía ocurrir, la regla tácita decía que no podía empezar a gustarte físicamente tu mejor amigo, porque cuando existía una conexión emocional tan fuerte como la amistad, cualquier indicio de atracción física era como una explosión de sentimientos incontrolables que llevaban al enamoramiento.

¿Y yo enamorada de él? ¡Imposible! A Alex lo conocía desde que se le caían los mocos, por el amor de Dios; se supone que debería parecerme despreciable físicamente, pero...

—¿Qué te pasa? —me preguntó, interrumpiendo en seco el pensamiento.

Pestañee con fuerza para salir de la ensoñación solo para darme cuenta de que Alex estaba casi pegado a mi nariz con el entrecejo fruncido. Las mejillas se me enrojecieron y lo empujé rápidamente para despistarlo, mientras me ponía a caminar para dejarlo atrás.

—Oye, Leah, ¿estás bien? —insistió.

Me alcanzó y agarró de la muñeca. De inmediato, miles de chispas estallaron en mi brazo y me solté de él de manera brusca.

—¡No me...! ¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!

Caí pesadamente al piso con un par de patas clavadas en la espalda, al mismo tiempo que mis piernas eran afirmadas y alguien jadeaba meciéndose contra ellas. Cuando me apoyé en los codos y voltee la vista, me encontré a Alex tirando a un perro que jadeaba, mecía y frotaba contra mi pierna. Jesucristo, ¿esto realmente estaba sucediendo? Es que ¿realmente, pero realmente estaba sucediendo? Otro perro se acercó para olisquearme el culo. Sí, efectivamente sí.

—¡Alex, haz que se detengan! ¡Haz algoooooo! ¡Me está violando un perro!  
—chillé.

Con la fuerza de mis brazos, me arrastré unos tres centímetros por el suelo, cuál serpiente en el Amazonas, e intenté pararme. Estaba siendo acosada ante la presencia inmaculada de un ángel; y como si fuera poco, llegó un nuevo perro que, al comprobar que mis dos piernas tenían propietario, no se le ocurrió la mejor idea que montarse a otro de sus compinches caninos.

—¡Leah! —jadeó Alex, haciendo todo lo posible por despegarme de uno de ellos—, ¡ponte de pie!

¿Ese hombre estaba loco?

—¿Es que quieres que me monte en cuatro? Prefiero que sigan entretenidos con mis piernas si con eso... ya sabes, me mantengo en libertad. No quiero ser como esa señora del video... ¡QUÉ HAGAS ALGO, MALDICIÓN! ¡¡NO TE QUEDES AHÍ MIRÁNDOME COMO IMBÉCIL!! ¡PERO, ALEX, QUE ME LO QUITEEEEEEEEES! ¡PERO, ALEX, AYÚDAME, TE DIGO! ¡TÍRALO! ¡QUÉ TIRES TE DIGO! ¡CON MÁS FUERZA! ¿A ESO LE LLAMAS TIRAR CON...?

Un chorro de agua me cayó directo en la cara. Me revolví en el piso como una babosa en la sal.

—¡Deten...! —El agua llenó mi boca. La escupí y jadeé—. ¡Detenga...! —El chorro volvió a impactarme en la cara metiéndose hasta por mi nariz. Giré el rostro y me arrastré por la vereda. Los perros me siguieron, parecía que poco les importaba que los empaparan. Desesperada, me arrimé contra el tronco de un árbol y lo abracé con las manos temblorosas. Oh, Dios. Estaba viva.

—Leah, ¿estás bien?

Alex también estaba empapado, con el cabello pegado a la frente y la camiseta marcándole el...

—¡Squirtle, usa tu chorro de agua!

El agua volvió a golpearme de frente. Ante tal situación, no me quedó más que hacerme un ovillo. Por fin el ataque terminó. Alex de inmediato me tomó de la mano y me puso de pie.

Mi hermano Josh, que tenía serios problemas de personalidad y quien se creía

maestro Pokémon si cogía una manguera (Dios, nunca le entregues dos cables pelados que podría hacer un ¡*impactrueno!* y nadie lo agradecería), se acercó corriendo. Tenía el pelo castaño oscuro y corto, era bajito para ser hombre y tenía los brazos demasiado musculosos; parecía un globo mal inflado.

Yo seguía desconcertada por todo.

—¿Qué —apunté de manera débil a los tres perros que correteaban por nuestro lado— fue eso?

—Sonará ofensivo lo que te diré e incluso tal vez creas que estoy hablando de ti, pero no es así, tenlo claro —dijo Josh.

—Explícate de una buena vez.

—Una perra se escapó... no, que no te dije a ti, así que no me mires así... — Me sonrió angelicalmente—. ¿Te acuerdas que ayer lloró toda la noche la perra de Miguel? Literalmente... ¿se dice literal cuando uno quiere decir algo tal cual es? Bueno, olvídalo, a Miguel se le escapó la perra en celo y esos mugrosos la han perseguido por el barrio. Llevaban toda la mañana en eso cuando la perra chocó contigo y los perros se confundieron de pe... digo, se confundieron y... ¡¿QUÉEEEE?! —Se llevó una mano al corazón, impactado—. ¡¿Eso es un Porsche 911 Turbo S Cabriolet?!

Antes de que pudiera reaccionar al cambio de panorama, Josh trotó hasta el lujoso auto gris descapotable que estaba estacionado frente la casa. Fue a tocarlo, mas desistió de la idea a unos centímetros.

—Es del traficante de la esquina, ¿cierto?

Miré a Alex y luego al auto. ¿Podría ser...? No, Alex tenía otro modelo, me lo había contado.

—Tal vez. —Bajé la voz para seguir—. Mamá me contó que se volvió millonario mientras yo estuve afuera. ¿Es cierto que...?

Me interrumpió en seco un débil «es mío» proveniente de Alex.

—¡¿QUÉ?! —soltó Josh melodramáticamente—. Alex, ¿es tuyo?

Reafirmando sus palabras, Alex le desactivó la alarma; las luces se prendieron y apagaron con un suave «pip».

—¿Cómo es eso de que es tuyo? —pregunté.

—Que es mío.

—¿Te compraste otro auto? —jadeé.

—Sí, ¿y qué con eso? —Estaba desconcertado como un niño pequeño que comió demasiado helado y no ve nada de malo en eso.

Mi mente estaba nublada.

—¿Que qué hay de malo? ¡¿Que qué hay de malo?! ¡Ese auto vale millones, Alex! ¡MILLONES!

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Lo dices en serio?

—El dinero está para gastarlo.

Tuve que detenerme unos segundos para juntar tranquilidad.

—Pues si tanto dinero le sobra, señor *Alexandro González*...

—Cromwell —me corrigió.

Eso fue una pésima idea.

—¡Yo te conocí como *González* y te quedarás como *González* para mí! ¡No me importa que te hayas cambiado de apellido para aparentar otra cosa!

Frunció los labios, disgustado. No me interrumpió.

—Pues si tienes tanto dinero —continué—, *Alexandro González*, ¿por qué no das algo para la caridad, eh?

—Ya lo hago.

—Evidentemente no lo suficiente.

Bajó la mirada.

—Probablemente tengas razón. ¿Quieres que lo devuel...?

—NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO —gritó Josh, haciéndose presente en la conversación. Casi se lanzó sobre Alex para suplicar—. Yo no tengo dinero, sé mi caridad... digo, regálamelo como acto de caridad.

De nuevo un perro se acercó a olisquearme la pierna y le lancé una patada suave para intentar espantarlo. No, me negaba a que me volviesen a violar.



—Por favor —insistió Josh—, aunque sea déjame conducirlo. Juro que no lo chocaré, pero no puedo morir sabiendo que el novio de mi hermana...

—No soy su novia.

—... tiene un Porsche y yo no pude conducirlo —terminó.

Aparté a Josh de un manotazo.

—¡Ya, quítate!

—Pero...

—Josh, te lo advierto.

Se conformó con ir a admirar de nuevo el auto. Esperé para hablar hasta que Alex se dignó a mirarme.

—¿Qué pasó con el que tenías acá?

Con todo el atrevimiento del mundo, intentó cambiar de tema.

—¿Sabes que te ves muy graciosa con todo ese aceite encima?

Lo fulminé con la mirada.

—Ni te atrevas: responde.

Se pasó la mano por el cabello, exasperado.

—Nadie le hizo mantención durante el año, creo que tiene los frenos malos o algo así.

—*O algo así...* ay, no, no, no tengo paciencia para esto. —Me llevé la mano a la cabeza—. Es obvio que ni siquiera se te ocurrió llevarlo a un mecánico.

El perro que había estado olisqueándome la pierna, la montó e interrumpió nuevamente el momento. La vida, algunas veces, no era perfecta.

## Manual contra el aceite de motor

A veces Alex se tomaba demasiado en serio su papel de mejor amigo, al punto de llegar a convertirse en un ser repulsivamente sincero, con ese tipo de sinceridad que hacía sufrir y agonizar tu ego. Lo peor es que ni siquiera podía quejarme y mandarlo a callar, porque yo era la responsable de su transformación, yo lo había convertido en ese humanoide despreciable para los cobardes porque durante meses lo había incentivado con toda esa mierda de «¡Sí, eres el mejor amigo del mundo entero porque nunca me mientes!», pero, hombre, hasta una mujer como yo con una elevada seguridad en sí misma, de vez en cuando sufría con sus comentarios. Hoy, lamentablemente, era uno de esos días.

—Deberías ir a bañarte —dijo como si nada.

Me lo quedé mirando en shock de la misma manera que lo había hecho cuando un día le había preguntado «¿Este vestido me hace ver gorda?» y había contestado: «La verdad es que no es el vestido, Leah, son las papas fritas que te comiste ayer a las cinco a.m.»; ante eso, solo me pude defender con un débil e indignado jadeo: «¡Alex!», seguido por un «Tenía hambre, ¿okey? No siempre como a las cinco de la mañana, generalmente lo hago a las dos».

Sin embargo, esta vez decidí dejar en el olvido la compra del auto y su inocente comentario contra mi repulsivo olor, porque había peleas más importantes que dar.

—Sí, lamentablemente me toca baño de nuevo. —Miré su empapado cuerpo con ojo crítico—. Y tú dile a Josh que te preste ropa.

Apuntó a mi hermano con aire desconcertado.

—Sus camisetas me quedarán como peto.

Una imagen extremadamente perturbadora cruzó por mi cabeza.

—Mejor quedar medio desnudo que resfriado. —Ojalá que fuera más desnudo

que semi—. Es mi última palabra.

Josh se acercó al ver que nuestra pelea había terminado.

—¿Van a salir a alguna parte? —preguntó.

Alex no me había propuesto nada.

—Sí —respondió el susodicho. Se giró hacia mí—. Por fin encontré departamento y quiero que lo conozcas.

Mi alma dolió porque cada pequeño detalle que Alex tenía conmigo, me recordaba que éramos amigos y nada más que eso. ¿Por qué nadie se compadecía de mí y me lanzaba un poco de sal para revolverme en el dolor y no en sentimientos miserables? Necesitaba terminar esta agonía.

—Ah, perfecto —dijo Josh—. Puedo ir, ¿cierto?

—Por supuesto que no.

—Pero, Leah...

—No.

No, claro que no. Era mi oportunidad para... no sé, mostrarle las tetas a Alex y que, por fin, nos volviéramos más *follamigos* y no podía hacerlo si mi hermano estaba mirando.

—Pero, Leah, si prometo que ni te molestaré.

—Te dije que no.

Tema zanjado para mí, caminé hacia la casa cuando algo me agarró de las piernas. ¡No, por Dios, otra vez no! Al voltearme para espantar a los animales con un gruñido, me encontré con Josh.

—¡Suéltame! —Su agarre era fiero y desesperado—. Josh, ¿pe-ro-qué-haces?

—Implorar.

—Ya basta, Josh, basta.

—Vamos, Leah, sé simpática y di que sí.

Tomé una larga inspiración. Le sonreí a Alex, que nos observaba unos metros más allá con aire divertido, para dejarle en claro que no estaba perdiendo los estribos. Para él tenía que comportarme como una perfecta señorita, aunque

estuviera lejos de serlo.

—Mira, maldito bastardo —le dije a Josh con los dientes tan apretados que una vena comenzó a saltar en mi cuello—, ¿quieres que me empareje con Alex y que tenga amigas operadas? —Asintió con decisión—. Si vas con nosotros no podré hacer nada y si no hago nada, no me caso con él; y si no me caso con Alex, no seré millonaria; y si no soy millonaria, no tendré amigas operadas; y si no tengo amigas operadas, tú no podrás salir con ellas.

Al finalizar, destrabé la mandíbula y volví a sonreírle encantadora a Alex. Josh lo meditó y tras unos segundos se puso de pie.

—Okey, tú ganas. Pero apúrate o se te va a escapar.

—¿Quién se me va a escapar?

—¿No estábamos hablando de Alex?

—Sí.

—Bueno, él se te está escapando. Tienes que hacer algo para conquistarlo, ocupa alguna de tus tácticas.

Me quedé en blanco. ¿Táctica para hacer caer a un hombre?

—Solo se me ocurre mostrarle las tetas —bromeé, sabiendo que con eso me dejaría tranquila. Josh se quedó paralizado.

—¡Agh, Leah, qué asco!

Se marchó mosqueado.

Sin más, entré a la casa y caminé directo hacia el cuarto que antes Josh compartía con Cristóbal, el mayor de nosotros; hacía ya unos meses que Cristóbal se había ido a vivir con su pareja y su hija, por lo que su cama ahora era mía y tenía que compartir pieza con Josh, algo extremadamente indignante cuando por las noches Josh tenía la mala costumbre de ventilar sus sábanas, convirtiendo la habitación en un vertedero de olores.

Nuestro cuarto era un desastre, compuesto principalmente por cosas tiradas por todos lados. Había un montón de ropa sobre los pies de la cama deshecha de Josh y de la mía, y otro resto sobre la silla y el escritorio. Por lo tanto, entre tanto desorden, se me hizo casi misión imposible encontrar algo bonito para ponerme, porque todo estaba arrugado o... todo estaba arrugado. Así que no me quedó más que elegir un vestido azul cuya tela no se arrugaba y unos botines negros

para acompañarlo, porque fui incapaz de encontrar mis sandalias para salir. Ya con la ropa preparada, me fui a la ducha.

Tardé una maldita y terrible hora en bañarme, porque ¡jodido aceite de motor del demonio, ¿quién había sido el neandertal capaz de inventar esa clase de tradición?! ¡De seguro era un imbécil con el cabello corto que nunca de los nunca se lo había lavado intentando en vano quitarse aceite usado de él!

Pero, bien, para que se entienda empecemos por la odisea desde el principio: justo cuando estaba tan desnuda como Venus en su nacimiento y el agua pasaba por mí sin ninguna clase de efecto, mis procesos neuronales entraron en acción y mi oxidada materia gris, perdida en algún lugar del espacio-tiempo de mi cerebro, empezó a no estar tan perdida. Recordé mis olvidadas clases de química: el agua y el aceite nunca se juntan. Sí, tal vez ese brillante recuerdo no era tan brillante para todos, de hecho era algo bastante obvio para el 99,99% de la población, pero mi cerebro había estado de vacaciones y si ya no era muy inteligente con mis razonamientos, ahora era algo digno de admirar.

Miré a mi alrededor en busca de la solución. Solo encontré el litro de champú que mamá había comprado porque estaba en oferta, y me lo eché por montones; un cuarto de litro por lavada, pero no pasó nada. El aceite de motor seguía adherido a mi pelo como garrapatas al perro. Y ahora, ¿quién podría ayudarme? ¡Yo! No, claro que no; yo era una ignorante en la cocina, no tenía ni idea de cómo lo hacía mi mamá para sacar el aceite de los platos. No me quedó más que pedir ayuda.

—¡JOSH! —Nadie contestó. Alcé la voz hasta un punto que podría destruir vidrios—. ¡JOOOOOOOOOOOOOOOOSH!

—¡¿QUÉ PASA?!

—¿QUÉ OCUPA MAMÁ PARA SACARLE EL ACEITE A LOS PLATOS?

—¿EN SERIO ME ESTÁS PREGUNTANDO ESO?

—¡RESPONDE!

—DESENGRASANTE.

—TRÁEMELO.

—¿PARA QUÉ...?

—TRÁELO.

—PERO ¿PARA QUÉ Q...?

—ES UNA URGENCIA, TRÁELO.

—PERO...

—SOLO TRÁELO.

A los segundos golpearon la puerta.

—Leah, soy Alex.

De manera automática, me llevé las manos al pecho para cubrirme. De pronto, a pesar de que nos separaba una puerta y una cortina de plástico, me sentía demasiado desnuda y consciente de eso.

—¿Y Josh?

—Me mandó a pasarte el... ¿desengrasante? ¿Para qué...? Ah, es por el aceite de motor.

—¿Crees que sirva? —pregunté con preocupación.

—No lo sé. —Silencio—. ¿Estás tapada?

—Sí.

Se oyó el picaporte.

—Está cerrado, Leah.

—Salgo a abrirte.

—Pero estás...

—¡Tranquilo, me voy a tapar, señorito!

Sintiéndome ofendida, porque eso significaba que entre los dos solo yo era la que quería que me viera desnuda (patética, Leah, patética), salí de la ducha y me cubrí con la toalla, que rápidamente quedó con manchas negras. Abrí la puerta y me encontré con Alex observando el suelo y con la mano estirada para entregarme el pedido.

—Alex, estoy tapada.

—Y eso el mundo lo agradece —comentó Josh desde alguna parte de la casa—. Un hombre podría quedar ciego si te viera desnuda.

Le quité bruscamente el desengrasante a Alex y cerré la puerta de un portazo.

Dejé caer la toalla al suelo, me metí a la ducha de nuevo y me eché medio litro en la cabeza. Mi cabello se hizo un lío asqueroso y en algunas partes se reseco, mientras el resto seguía cubierto de aceite. Me desesperé y fui incapaz de aguantar el lamento de profundo dolor que escapó de mi garganta. Mi pelo, mi hermoso pelo estaba destrozado. El corte de pelo estilo Dobby cada vez se hacía más cercano.

—¿Leah? —Era Alex—. ¿Estás bien?

Los ojos me lagrimearon.

—Alex, no está funcionando.

—¿El desengrasante?

—Ayúdame, Alex, esto es un desastre.

—¿Qué tanto?

—Tanto como para ir directo a la peluquería a raparme.

Me quedé en silencio largo rato con el agua golpeándome la espalda.

—Alex.

—¿Sí?

—Estoy a nada de agarrar las tijeras y acabar con todo.

—Leah, tápate.

—Esto no tiene solución...

—Leah, tápate para poder entrar.

—... me lo cortaré.

—Leah...

—Sí, me lo voy a cortar hasta las orejas.

La puerta, que no había cerrado con llave, se abrió.

—Leah, estoy adentro y con los ojos cerrados, ¿estás desnuda?

—¿Y si digo que sí?

—Tápate entonces.

—¿Y si no quiero?

Saqué la cabeza fuera de la ducha y me encontré con Alex que, efectivamente, estaba en el baño con los ojos cerrados.

—Vamos, Leah, solo intento ayudarte.

—Bueno, el problema es que mi toalla está en tus pies.

—¿Qué?

—Que la estás pisando, Alex.

Se movió hacia la izquierda de un salto y su cadera se estrelló contra el lavamanos.

—La sigues pisando —le informé.

Dio un paso hacia adelante y sus rodillas tocaron la taza del baño.

—Y la sigues pisando —suspiré—. Alex, este baño es tan pequeño que por mucho que te muevas seguirás pisando la toalla.

—¿Entonces qué quieres que haga?

—Cierra los ojos.

—Ya los tengo cerrados.

—Con más fuerza porque saldré de la ducha.

—¿Qué? No, saldré del baño y así...

Corrí las cortinas y el ruido lo detuvo en seco. De inmediato, bajó la cabeza y yo salí de la ducha. Me exasperó su reacción, como si yo fuera algo indigno de ver, Dios.

—Alex, córrete o me rozarás una con el brazo.

—¿Una...?

—Teta, sí.

Se apegó tanto a la taza del baño que casi terminó sobre ella. ¿Acaso tenía una enfermedad contagiosa que no sabía que padecía? Leah, la leprosa. Lo empujé un poco solo para molestarlo y me estiré para agarrar una toalla del mueble bajo el lavamanos. Me cubrí con ella y anuncié.

—Listo.

Abrió los ojos y sentí la conexión, esa conexión sexual que solo corría de mí



hacia él, pero no viceversa. Se me pegó la lengua al paladar, repentinamente demasiado consciente de nuestra cercanía cuando a mí solo me cubría una toalla. Tuve que morderme el labio para contenerme de no soltar esa pregunta que venía torturándome la cabeza desde que Alex había roto la regla no escrita: No besarás a tu mejor amiga. Pero, Dios, sentía que me iba a explotar el cerebro si no resolvía la duda del por qué me había besado, es que ¿por qué, por qué, por qué lo había hecho? Ni siquiera parecía percatarse que desde su beso se habían despertado todas las mariposas dormidas en mi cuerpo.

—¿Qué piensas? —preguntó de la nada.

Sin prevenir el movimiento, Alex alzó la mano y puso el pulgar entre mis cejas; estaba borrando de mi frente el ceño fruncido junto a las preocupaciones, pero con ello llegó algo terrible: el recuerdo que había intentado suprimir con todas mis fuerzas.

Alex rompió la regla no escrita días antes de regresar a nuestro país. Me había encontrada sentada en la cocina de su casa, mirando mis manos apretar con fuerza mi taza de té, mientras él buscaba una cerveza en el refrigerador. Recuerdo que, cuando tomé aire para darme valor y confesarle ese secreto que venía ocultándole por tanto tiempo y que me hacía sentir tan enferma de culpa, el estómago me dolía de los nervios y el corazón me rogaba exhausto que terminara con todo para poder tranquilizarse y descansar.

—Alex, tengo que decirte algo —había soltado en un susurro doloroso.

Él se había girado de inmediato hacia mí con una botella colgando de su mano.

—¿Qué pasa?

Intenté hablar, pero las palabras se enredaron en mi boca. Tenía ganas de llorar por toda esa mezcla de emociones. Preocupado por mi reacción, se acercó a mí y dejó la cerveza en la mesa.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar. Estiró una mano y me tocó la frente—. ¿Estás enferma? Estás sudando frío, Leah.

Me obligué a tragarme el nudo de mi garganta.

—No estoy enferma —había contestado por fin—. Lo que pasa, Alex, es que... me voy.

Solté una risotada cortada.

—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? ¿A dónde te vas? ¿Te vas de vacaciones sin mí?

«No», pensé, «me estoy yendo del país para siempre sin ti».

—No, Alex, no me voy de vacaciones. Me voy... de Estados Unidos, vuelvo a mi casa.

—Lo siento, pero no entiendo, ¿es una broma? —Se giró para observar el calendario pegado en la pared—. Leah, el día de los inocentes pasó hace un mes: estamos en febrero.

Ay, todo era mucho más difícil de lo que había calculado.

—No es una broma. —Me apresuré a contarle toda la historia antes de que me interrumpiera—. ¿Recuerdas que hace como dos meses viajé a ver a mi familia? —Asintió lentamente, de pronto cayendo en cuenta de cómo iba a terminar todo—. No viajé solo para verlos, la verdad es que fui a rendir una prueba.

—¿Una prueba? —Se masajeó el rostro con las manos—. ¿Es la prueba que me estoy imaginando?

—Sí.

Agarró la botella de la mesa y le dio un enorme trago; algunos hilos de cerveza cayeron por su barbilla y continuaron por su cuello.

—Me mentiste —me acusó dejando de lado la botella—, dijiste que habías postulado en una universidad aquí, no allá.

—No te mentí, solo omití información, que es diferente. —Se puso de pie en forma brusca y mi mano salió disparada a agarrar su muñeca para impedirle que se fuera—. Solo hice lo que tú querías: di la prueba y como saqué un puntaje demasiado bueno, postulé a la Universidad del Estado. Y quedé, Alex, quedé.

Guardó silencio.

—¿Estás enojado? —pregunté débilmente tras un rato.

Bufó.

—Por supuesto que lo estoy, Leah.

—Pero es algo bueno, Alex, es...

—No estoy enojado por eso —me cortó.

—Entonces ¿por qué?

Sin soltarse de mí, le dio la vuelta a la mesa y se detuvo frente a mí.

—¿Qué clase de amigo crees que soy?

—¿El mejor del mundo?

—Estoy hablando en serio. ¿Qué clase de amigo crees que soy que tuviste que ocultarme esto? ¿Acaso creíste que iba a hacer un berrinche de niño malcriado para que arruinaras tu futuro y así te quedaras aquí? —Era tanta la ira en sus palabras que no me atreví a responder—. Pues no, Leah, te equivocas. Aquí la única consentida y berrinchuda eres tú.

Fue como una cachetada de realidad. Para colmo, me dio la espalda. Ver sus hombros llenos de tensión acumulada me hizo sentir peor aún por haberle mentido... otra vez. Llena de remordimiento, me acerqué a él y pasé mis manos por su cintura, apoyando mi cabeza en su espalda para intentar escuchar los latidos acelerados de su corazón.

—Lo siento por mentirte, Alex —susurré con la garganta adolorida—. Pero por primera vez en mi vida quería tomar una decisión por mi cuenta, sin que nadie se involucrara. Era algo mío, una decisión que solo me correspondía a mí. Y si te hubiera dicho, habrías insistido en que diera la prueba, que luego postulara a la universidad y que me matriculara tras haber quedado. Y con eso solo habría tomado una decisión en base a la presión social y no porque yo así lo quisiera, ¿entiendes?

No recibí respuesta por eternos segundos. Cuando estaba pensando en una acción desesperada, como colgarme de él si se marchaba, Alex puso su mano sobre la mía.

—Entiendo —dijo por fin—, pero...

—¿Pero?

—Pero me voy a ir contigo.

Traté de soltarme, demasiado impresionada por su repentina decisión, pero me lo impidió afirmando mis manos con la suya.

—No, Alex, tú tienes que quedarte aquí. Tu vida y todo lo tienes aquí.

Permaneciendo entre mis brazos, se giró y me afirmó el rostro con las manos, ordenándome algunos cabellos rebeldes.

—Mamá y tú son todo lo que tengo, y ella está comenzando una nueva vida con mi tío. Me iré contigo y manejaré los hoteles que están allá.

—Pero tu tío...

—Estará encantando cuando se lo diga, lleva meses insistiéndome en que vaya a verlos. No tenemos por qué separarnos, Leah, incluso podríamos vivir juntos, no hay necesidad de despedidas.

Caí en pánico. No, maldición. No quería que se fuera conmigo, necesitaba estar lejos de él, necesitaba poner en orden mi cabeza, necesitaba centrarme en el golpe emocional y cultural que sería volver a mi país natal, para así alejarme de esos sentimientos que tenía por él, esos sentimientos que iban más allá de nuestra amistad y que podrían destruir todo lo que teníamos.

—No, es una locura. Tú no puedes...

Tan rápido que no lo había visto venir, Alex se inclinó hacia mí y puso sus labios sobre los míos, presionando con su lengua en la comisura de mi boca para que me rindiera y lo dejara entrar. Alex me estaba besando y lo permití, porque nada se sentía como una violación bucal, nada. Gemí y el sabor de la cerveza se coló en mi boca mientras su mano se enredaba en mi pelo. Me devoraba los labios como solo otra persona lo había hecho en el pasado: James O'Connor.

Tan pronto como había comenzado el beso, Alex lo terminó y continuó con el ataque.

—Me iré contigo, ¿alguna objeción?

No hubo ninguna, ya que fui incapaz de encontrar mi lengua por un período de tiempo que se prolongó por horas. Para cuando estuve lo suficientemente tranquila como para analizar lo ocurrido, ya era demasiado tarde para decir algo. No me había quedado más que recomponer mi orgullo, porque ese beso solo podía significar una cosa: conocía mis sentimientos hacia él y me había besado para manipularme.

Ahora, ese mismo sujeto analizaba mi cabello embetunado en aceite de motor usado.

—Leah, ¿qué te hiciste?

Bromeé con él para eliminar ese sentimiento de traición que me había vuelto tras el recuerdo de su beso.

—¿Tan mal está? —quise saber.

Como el amigo sincero que era, asintió. Me estiré para limpiar el vidrio empañado y ver mis serpientes de Medusa, pero Alex me agarró de las manos.

—No lo veas. Lo arreglaremos —prometió. Me soltó y cerró el agua de la ducha—. Métete.

Mientras lo hacía, salió del baño. Volvió con un piso y con Josh que al verme comentó:

—¿Has visto ese capítulo de *Los Simpson* donde a Lisa se le pega un chicle y le echan de todo en el cabello para sacárselo pero solo lo empeoran? Te ves igual aunque en versión cucaracha.

Tapé mi rostro con las manos.

—Lo solucionaremos, Leah, no te preocupes —Alex prometió una vez más.

Ya no confiaba mucho en su palabra; de todas formas me senté en la silla instalada en el medio de la ducha cuando me lo pidió.

—Ya, mira —dijo Alex a Josh—, tú de ese lado y yo de este. Me dices si algo te funciona.

Como respuesta, Josh se salió de la ducha, agarró la pasta de dientes y regresó.

—Voy a probar con esto.

No funcionó, solo terminé con la pasta atascada en el pelo, aunque ahora, por lo menos, olía a menta. Alex, por otro lado, lo intentó con detergente de ropa; tampoco sirvió.

—Esto no está funcionando —murmuró Alex.

Yo quería llorar.

—Se me ocurre algo. De hecho, creo que es lo primero que debimos haber hecho —dijo Josh.

—¿Qué cosa?

—Llamar a mamá. —Sacó su celular del pantalón, marcó y lo puso en altavoz

—. ¿Mamá?

Ella respondió.

—¿Josh? —Pausa—. ¿Qué pasó? ¿Es grave? ¿Tiene...?

—Mamá —la cortó Josh—, sí, pasó algo pero no es grave...

—¿Cómo que no es grave?! —chillé recuperando la voz—.  
¡MAMÁAAAAAAAAAAAA!

—Leah, ¿qué...?

—Mamáaaaaaaaaaaa, hoy en la universidad me mechonearon y... y... mi pelo.

—¿Te lo cortaron? No te asustes, hoy iremos a una peluquería y veremos qué hacemos. Todo tiene solución, hija, solo no te alteres.

—No, no es eso. Mamá, estos infelices me tiraron aceite de motor a la cabeza y todo es un desastre, mi pelo parece virutilla. Mamá, dime qué hago o me voy a rapar, no lo soporto, te lo juro.

Soltó una suave inspiración.

—Desengrasante mezclado con lavalozas.

—¿Y eso también quitará de mi cabeza la pasta de dientes seca?

—¿También te echaron eso?

—No, ese fue Josh.

Hice una mueca al escuchar su grito.

—¡JOSH, ¿CÓMO SE TE OCURRE HACERLE ESO A TU HERMANA?!

—Pensé que con eso podría quitarle el aceite, *mami*.

—Estás castigado.

—Pero ¿por qué?

—Lo hiciste con maldad.

—Nooo, ¿cómo se le ocurre que podría hacerle eso a mi hermanita querida?

Mamá suspiró.

—Te conozco hace veintiún años, Josh. Estás castigado y punto.

—Pero... —Lo golpeé con fuerza en el brazo—. Auch, Leah.

—Mamá, como castigo hazlo limpiar el baño que hay aceite de motor por todas partes.

Enojado por el castigo impuesto, Josh se negó a seguir ayudándome, pero no me importó porque la mezcla de mamá era milagrosa y mi cabello por fin estaba limpio, tan limpio que lo convertí en una virutilla de olla; de no tener cuidado podrían secuestrarme en la calle para ocuparme como lustrador de pisos.

Ofuscada tras terminar de arreglarme, fui a mi encuentro con Alex. Me esperaba en la habitación sentado en la cama de Josh. Llevaba puesta una camiseta verde que le quedaba apretada en las axilas y un traje de baño masculino. Parecía distraído. Olvidé mi desventura con el aceite de motor, que podría llegar a convertir en una guía para generaciones futuras, y me centré en él.

—¿Qué tienes?

—Estaba recordando cuando me dijiste que te ibas.

*El beso.* Debía estar recordando el beso, ese beso que me había dado nada más al saber que me iría y no volveríamos a estar juntos.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé.

La decepción, lenta y agria, me llenó la boca.

—Ah.

Estúpida. Alex no estaba recordando *ese momento* con especial cariño; no lo estaba haciendo porque para él su beso no había significado nada.

—No quería que te fueras —confesó repentinamente.

—Sabes que tenía que hacerlo.

Tomó mi muñeca y me puse en modo autodefensa.

—Lo sé, por eso te seguí.

Comenzó a acariciarme el dorso de la mano con una delicadeza que daba indicios de un cariño profundo. Se puso de pie tras darme un beso en mis nudillos que calentó todo mi brazo.

—Vámonos —dijo.

Asentí y fui a terminar de ordenar la maleta. Con todo listo, le envié un mensaje de voz a mamá para avisarle que estaría fuera:

«Mamá, me voy a la casa de Alex. Me llevo al gato porque sé que te da miedo. Alex manda saludos. Prometo no emborracharme... mucho. Pero si lo hago no te preocupes que Alex me va a cuidar. Te quiero».



## ¡Mamá morirá contigo!

Tenía un gato que se llamaba Gruñón, al que había adquirido de una tienda porque era feo, agresivo y antipático (era igual a mí excepto por lo bonita), por lo tanto, nadie lo quería ni se interesaba en él (algo que también me sucedía a mí... tininini, carita triste). Lo amé en el instante que me dio un zarpazo enojado cuando me acerqué; éramos como almas gemelas separadas al nacer, por esto no podía permitir que siguiera ahí sin esperanzas de una mejor vida. Le dije rápidamente al dueño de la tienda que me lo llevaría, y ellos igual de rápido aceptaron regalármelo con la advertencia de que tenía mal carácter y que yo desprecié con un «Si soy capaz de soportarme, podré con el gatito, jejeje». Estúpida. Claramente lo que menos tenía era el respeto de Gruñón. Ni caso me hacía, sobre todo cuando sabía que su destino era terminar en la jaula de transporte.

—Vamos, Gruñón, bájate de ahí que no tengo tiempo —lo llamé.

Con sus característicos colores café claro y oscuro y su feo rostro malhumorado, me dio la espalda y comenzó a lamerse las pelotas. Gruñón tenía dos fijaciones terribles: creerse el dueño de la casa (y yo su esclava personal) y lamerse las pelotas al punto que había tenido que llevarlo al veterinario para asegurarme de que no tenía algún problema; pero no, estaba todo perfecto en él, solo le gustaba lamerse las pelotas porque podía llegar a ellas.

—Vamos, Gruñón, no te pasará nada.

No sabía si presentía que algo malo le ocurriría si se me acercaba, si yo le interesaba tan poco que no me respetaba o que era simple venganza; sea cuál sea la verdadera razón, Gruñón no permitía ser atrapado para meterlo a la jaula.

—Vamos, Gruñón, si cuando viajamos en avión no fue tan terrible.

Lo había sido y mucho. De hecho, era incluso una escena graciosa que había comenzado de camino al aeropuerto, porque nos habíamos perdido dos veces

(por mi culpa, aunque jamás se lo reconocería a Alex), así que habíamos llegado últimos para abordar el avión. Producto de la adrenalina por casi perder el vuelo, al momento de abordar mis nervios no estaban en su lugar; era como si mi histeria estuviera latente, a punto de hacerse presente para hacerme perder los estribos. Ignorando mi estado mental, acomodé a Gruñón bajo el asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Alex a mi lado.

Bufé y un poco de saliva se coló entre mis labios.

—¡Por supuesto que estoy tranquila! —Cacareé una risita—. ¡Estoy más que tranquila! ¡Soy la calma hecha ser humano! —Alex parecía conocer todos mis secretos perversos, lo que hizo que me pusiese peor—. ¿Pero qué miras? ¿Tengo un moco colgando de la nariz o qué?

—Leah...

—Leah nada —lo corté—. Ya, déjame, mira para otra parte y abróchate el cinturón.

No se rindió.

—Leah...

—¡Leah nada!

—Leah, ¿le tienes miedo a los aviones?

Resoplé tan ruidosamente como pude.

—¡Por favor! Yo no le tengo miedo a nada.

Como íbamos en primera clase gracias a Alex que había cambiado mi asiento de turista, me acomodé lo mejor que pude en mi asiento fingiendo calma. No había alcanzado a dominar ni el 5% de mi malhumor cuando, agravando el asunto, dos adolescentes pasaron por nuestro lado y se quedaron prendadas de Alex como si fuera una estrella de cine. La verdad, no las podía culpar del todo: Alex se había reclinado con pereza contra el asiento y parecía un felino con camisa (miau). De todas formas, al comprender que eran una amenaza (aunque yo era más sensualmente irresistible), las fulminé con la mirada hasta que se apartaron con un bufido. Contenta con mis habilidades para espantar a posibles rivales, me volví a centrar en Alex. Me lo encontré sonriendo y eso avivó mis malas pulgas.

Me vi en la obligación de cambiar de tema.

—Dime otra vez, Alex, ¿por qué decidiste venir conmigo?

—¿Porque eres mi mejor amiga y te iba a extrañar?

Ahí estaba, nuevamente, la *friendzone* volando por alrededor hasta estamparse en mi frente. Yo creyéndome con el derecho de espantar a dos adolescentes, nada más que uno o dos años menores que yo, cuando Alex no dejaba de recalcar el hecho de que era su mejor amiga. ¡Su puta mejor amiga! Argh. Estúpido, maldito, mal nacido. Te *odiamo*.

Intenté no poner mala cara, pero terminé frunciendo tanto el ceño que prácticamente veía mis cejas pelirrojas.

—¿Solo eso?

—Sí, ¿por qué?

Yo estaba tan roja de injusticia que era un milagro que Alex no se hubiera percatado de que me estaba muriendo de los celos, ¿pero qué más podía pedir? Hombres, extraordinarios seres humanos con la incapacidad para captar indirectas, decodificarlas y dar una respuesta que no fuera una pregunta del tipo «¿Pasa algo?».

Por suerte, Alex era lo suficientemente inteligente para guardar silencio.

—¿Pasa algo? —dijo.

No, no lo era. Me aguanté las ganas de poner los ojos en blanco hasta verme el maldito cerebro.

—No, nada, ¿por qué tendría que pasar algo?

—¿Segura? Pareces enojada.

Apreté los dientes.

—No. *Para. Nada. Soy. La. Tranquilidad. Convertida. En. Mujer.*

—Ah.

Nuestra comunicativa conversación fue interrumpida por la señal de abrocharse los cinturones y por una azafata en el corredor que comprobaba que todo estuviera en orden. Unos minutos más tarde, el avión se deslizaba por el asfalto agarrando más y más velocidad. Mi espalda se pegó al asiento y se volvió difícil mantener la cabeza en otra posición que no fuera apoyada contra la cabecera. Gruñón lloró bajo mi asiento... y lloró y lloró y siguió llorando incluso

después de que se apagó la señal de mantener los cinturones puestos. No era un simple «miau», era un «MIUAAAAAAAAAAAAAU, MIAUUUUUUUUUUU».

Me desabroché el cinturón y busqué bajo el asiento la jaula de Gruñón. La acomodé sobre mis piernas.

—¿Y a ti qué te pasa?

Mauzó con más fuerza, hasta que un tic nervioso apareció en mi ojo derecho. Era increíble que una cosa tan pequeña pudiese hacer tanto escándalo.

Se acercó una azafata alta, muy rubia y medianamente apuesta.

—Señorita, la gente se está quejando por su mascota.

—¿Y qué quiere que haga?, ¿que lo golpee para que deje de llorar? Eso es maltrato animal.

La sonrisa de la azafata se tensó. Alex no despegaba la atención de ella.

—Señorita, si el gato no se calla —Gruñón aumentó el lloriqueo como si supiera que estaban hablando de él—, la podrían bajar del avión en la siguiente escala.

Apegué la jaula de Gruñón a mí.

—No se atreverían a hacerlo. —Busqué ayuda en Alex—. No pueden hacerlo, ¿cierto?

—Técnicamente —hizo una mueca con los labios—, si el piloto lo dice, sí.

Me horroricé.

—No lo permitirías, ¿cierto?

Puso una cálida mano sobre mi pierna. Sus ojos verdes centelleaban.

—Leah, tal vez no podría evitar que te bajasen del avión junto con Gruñón, pero no permitiría que te fueras sola.

Las polillas reaparecieron en mi estómago con toda su fuerza. Fue como si nada más existiera a excepción de nosotros dos, hasta que la azafata tosió para llamar nuestra atención.

—Esto no es algo que hagamos usualmente —comenzó tras una pausa—, pero podríamos mantener a su gato adelante, en el sector de azafatas.

Lo hacía por Alex, supe. Era una medida extremadamente desesperada para

ganar sus favores, sin embargo, me aproveché de las circunstancias y permití que Alex se marchara con Gruñón, a pesar de que sentía un monstruo en mi estómago que quería devorarse a la mujer para hacerla desaparecer del mapa. Tardó más de media hora en volver y, al hacerlo, no despegué la vista del libro llamado *El chico que no me pertenece* que había llevado para el viaje. No quería verlo, no quería mirarlo y que me dijese algo. Alex era guapo, la mujer tampoco era un adefesio y se habían tardado más de media hora en ir a dejar un puto gato a una cabina a unos pocos metros. No tenía que ser un genio para sumar todo eso y soltar una respuesta.

Me dije que no me importaba lo sucedido tantas veces, que al final me lo creí y seguí leyendo el libro tan normal como pude. Después de todo, era su maldita amiga. Estaba en esos pensamientos miserables e ignorando todo lo que podía a Alex sin dejar entrever un rencor profundo, cuando el avión se balanceó levemente y se prendió la luz de abrocharse los cinturones. El libro y mi rencor quedaron en el olvido.

—¿Qué fue eso? —jadeé.

Obedecí lo más rápido que pude las instrucciones que daba el personal. La voz del piloto inundó el avión, avisándonos que estábamos pasando por una turbulencia que duraría unos minutos.

El avión volvió a tambalearse. Alguien gritó... luego comprendí que había sido yo. A lo lejos podía oír la voz de Alex intentando calmarme, diciéndome que era algo normal, que no era más que una pequeña turbulencia. ¡Pequeña turbulencia sus pelotas! El avión cayó por unos segundos. Un agujero apareció a la altura de mi estómago y me afirmé al brazo de Alex como si mi vida dependiese de ello. La gente gritó. El avión dejó de caer, pero siguió estremeciéndose. Se movía como si estuviese temblando ahí adentro. En ese momento lo supe: iba a morir.

Me solté de Alex y llevé las manos hacia el cinturón.

—¡Leah! ¿Qué haces?

No lograba desabrocharlo, las manos y el avión temblaban demasiado para lograr hacerlo.

—¡Vamos a morir! —gritó alguien desde el sector turista.

Me puse pálida como un muerto.

—¡Moriremos! —Volvió a chillar la mujer—. ¡Me falta el aire! ¡No puedo respirar! ¡No puedo respirar! ¡No puedo respirar!

Sentí que a mí también me costaba hacerlo. Jadeaba pesadamente para llevar aire a mis pulmones.

Las mascarillas cayeron. Mi vista se nubló por el temor. Iba a morir. ¡Dios, iba a morir...! ¡Y ni siquiera había dejado escrito un testamento! ¡Y lo más probable es que mi cuerpo jamás fuese encontrado! Vi el futuro: a mi familia enterrando sacos de arena con una fotografía pegada a un melón en imitación a mi cabeza.

—Alex —susurré. Estiré la mano y agarré su brazo con fuerza—, si por alguna extraña razón Dios te quiere a ti más que a mí y sales vivo, mientras que yo exploto con el avión... quiero pedirte que, por favor, dones mi ropa. También quiero flores rojas para mi funeral, nada de grandes coronas con adornos pomposos. Y quiero que pongan una fotografía mía sobre el ataúd; elige la más decente, por favor, no una que salga con un ojo chico o con una mueca extraña en el rostro. Y llora, te estaré vigilando, quiero que todos lloren mi preciada... —El avión se estremeció—. Ay, Dios mío de mi corazón... *AYDIO'MIODEMICORAZO, AY...*

Me quedé callada de golpe, a lo lejos había oído el débil maullido atemorizado de Gruñón. Estaba a punto de morir y no iba a permitir que Gruñón, por muy bastardo que fuera el condenado, lo hiciera lejos de mí. Me desabroché el cinturón y me puse de pie. Rápidamente, Alex me agarró y me volvió a sentar, mientras yo no dejaba de patear para que me dejara libre.

—¡Suéltame, Alex! —Se negó a hacerlo—. ¡No entiendes! ¡Vamos a morir! ¡Vamos a morir y tengo que hacerlo al lado de Gruñón! ¡Tenemos que morir juntos!

¡Ya voy, Gruñón! ¡Mamá morirá contigo!

Alex me agarró por los hombros, con la mitad del cuerpo torcido en el asiento, y me zarandeó con fuerza.

—¿Qué estás diciendo, Leah? No vamos a morir.

Cerré los ojos con fuerza.

—¡Vamos a morir, vamos a morir! ¡Quiero a Gruñón! ¡Quiero morir junto a mi maldito gato!

En ese momento, el avión dejó de mecerse y no volvió a hacerlo por largo rato. La voz del capitán anunció que ya habíamos pasado la turbulencia y que, por seguridad, la señal del cinturón se mantendría encendida por unos minutos más. Con la cabeza más clara, el recuerdo de cómo me había comportado me revolvió el estómago. Las mejillas se me colorearon y no tuve la voluntad suficiente para observar a Alex, que no dejaba de analizarme. Su mano persistió en mi pierna, acariciándola suavemente para tranquilizarme, y le agradecí mentalmente por eso.

Cuando la señal de mantener los cinturones puestos desapareció, Alex me susurró en el oído:

—¿No querías a Gruñón para morir a su lado?

Me puse de pie para huir.

Con eso finalizaba la historia que explicaba la razón del porqué Gruñón detestaba con toda su alma meterse en su jaula para transporte.

Vuelta al presente intentando bajar a Gruñón del mueble más alto de mi casa.

—Te juro que no voy a meterte a la jaula —insistí—, solo quiero... eh, acariciarte como el bonito amo que eres.

Su bufido fue lleno de desprecio.

—Deberías doparlo —comentó Alex a mi lado, masticando ruidosamente una manzana—. Aunque me limitaré a decir que tienes toda la tarde para capturarlo.

—¿Y por qué mejor no me ayudas a bajarlo?

—Jajaja. No.

—¡Alex! Eres mi mejor amigo y los mejores amigos ayudan a sus amigos.

—Jajaja. No.

—*Amigo es... quien puede ayudarte... a ver más linda la vida* —canté.

—No me convences.

—Una mierda como amigo.

Pasé por su lado para buscar una silla que arrimé a la estantería. Cuando me había subido en ella y me ponía de puntitas para agregar un par de miserables centímetros a mi estatura hobbit, Alex le dio un golpe juguetón a una de las

patas. Me tambaleé sobre el asiento y me afirmé al respaldo como gato a punto de ser lanzado al agua.

—¿Qué haces?!

—Lo siento. —Alex me sonrió con la boca llena de manzana—. Llevabas demasiadas horas sin sufrir un accidente y eso me pone nervioso, ¿sabías?

Agarré mi pelo para mostrárselo.

—¿Hola? ¿Te recuerdo que hoy me pre-mechonearon y que bauticé la universidad frente a todos los polluelos?

Se tocó la barbilla con la mano libre.

—Entonces agradécelo. Ya sabes, «La tercera es la vencida» y todo eso... y esta era la tercera, por lo que... viste, te acabo de salvar la vida.

¿Qué clase de ser humano era ese sujeto? Un subnormal, probablemente, porque yo era incapaz de enamorarme de un sujeto con dos dedos de frente.

Le dio otra mascada a la manzana, y no pude evitar preguntarme cómo se sentiría saborearla de sus labios. ¿Sería tan excitante como el beso con sabor a cerveza? Mm, cerveza.

Como no dije nada, continuó con la disculpa:

—Okey, lo siento por golpearte la silla.

—Pides disculpas muy seguidas últimamente —lo recliné con cierto rencor.

—Siempre dices que es mejor pedir disculpas que permiso; solo pongo en práctica tu consejo.

Bastardo, me había ganado la conversación porque yo en verdad siempre decía eso. Como mala perdedora, cambié el tema.

—Shu, shu, ándate, me molestas aquí y necesito concentración.

—Lo que diga la princesa. —Hizo una reverencia burlesca y desapareció.

Sola con Gruñón en la sala de estar, me enfrenté a él.

—Muy bien, podemos hacer esto por las buenas o por las malas.

Como si entendiese perfectamente lo que le estaba diciendo, dejó de revolcarse en la estantería y me miró fijamente. El muy puto me estaba



desafiando, sus ojos me decían «Por las malas, por las malas», y yo no pude soportar la presión gatuna. Estiré la mano y tiré de su cola.

Unos minutos más tarde me acomodé en el asiento del auto con la jaula de Gruñón a mis pies, mientras Alex me esperaba detrás del manubrio con la mirada hacia adelante, la barbilla temblorosa y los labios curvándosele levemente hacia arriba.

—Puedes reírte todo lo que quieras, pero Gruñón finalmente está en la jaula.

—Eso es... —Los músculos de la cara se le tensaron. Era más que obvio que estaba haciendo todo lo posible para no estallar en una carcajada histérica—. Es genial.

Encendió el motor y partimos, con Gruñón, ya cansado luego de tanto forcejeo, dándole un último y suave golpe a la puerta de la jaula solo para demostrarnos su descontento. Gruñón era mi gemelo gatuno malvado.

Como Alex seguía enfocado en no mirarme, lo provoqué:

—¿Estarás todo el día así?

Los músculos del rostro volvieron a tensárseles y los dedos jugaron sobre el manubrio.

—¿Así cómo?

—Evitándome.

—En este... en este momento... —Tomó aire entrecortado—no... no puedo... no puedo hacerlo.

—Ay, Alex, no es para tanto. —Silencio—. Estás exagerando, ¿cierto?

—Para nada.

—Mentira.

—Mírate entonces.

Juntando valor, dirigí la vista al espejo lateral. Chillé horrorizada. Mis arañazos hacían una perfecta combinación con mi cabello de paja y mi nariz enrojecida.

## El gato volador 2.0

El departamento de Alex no quedaba lejos en automóvil, pero en locomoción pública fijo eran como dos horas pegadas al asiento. Y me indigné apenas llegamos, porque, digno de magnate millonario, el infeliz no pudo comprarse un lugar simple para vivir; nooooo, no pudo y tuvo que comprarse un departamento en un condominio de mierda, que casi me mata del impacto nada más verlo. Era como uno de esos *resorts* ubicados en los países caribeños, al que solo le hacía falta la playa de aguas cristalinas porque todo lo demás lo tenía, desde palmeras hasta enormes piscinas que rodeaban los edificios. Incluso, puentes para cruzar de un lado a otro, con carritos de golf para acercar a la gente. Increíble. Yo ni siquiera sabía que existían cosas así en mi ciudad; de hecho, ¿seguíamos ahí? Mi GPS decía que sí.

Alex se estacionó en una de las torres y apagó el motor. Me bajé con la jaula de Gruñón del automóvil y la dejé en el suelo. Pasé mis manos por el cabello con aprensión en el corazón, ya que ahora mi linda vestimenta se veía en extremo insignificante. Volví a sentirme como hace unos años atrás, cuando iba al internado y todavía me importaba la opinión de los demás.

—Santa cachucha —susurré.

—¿Te gusta?

¿Gustarme? Todo era monstruoso: monstruosamente hermoso, monstruosamente costoso, monstruosamente despampanante, monstruosamente Demetrio (*bromi*). Nada parecía acogedor (sobre todo lo último).

—Primero déjame ver tu departamento.

Asintió y agarró mi bolso, mientras yo tomaba la jaula de Gruñón. Ya en el ascensor, viéndome reflejada en cada uno de los espejos, quise explotar de risa ante la situación.

Resultó que tomar el ascensor era una pérdida de tiempo (para mí) puesto que

el departamento estaba ubicado en el tercer piso (disculpa a mí misma, ¿desde cuándo tan atlética?). Caminamos hasta la puerta que tenía un 302, donde Alex sacó las llaves del bolsillo y abrió la compuerta a la majestuosidad.

La sala de estar estaba menos de medio metro más abajo que el resto, con una alfombra mullida de fondo y un sofá que rodeaba todo el cuadrado; también había una mesa de madera en el centro y una enorme televisión —tipo pantalla de cine— que colgaba del techo. Había una chimenea falsa en uno de los rincones, un enorme ventanal en la pared del fondo y un bar a continuación. Al costado izquierdo de la entrada estaba el comedor y la cocina, más allá un pasillo que seguramente llevaba a las habitaciones. Todo ese sector era un solo ambiente, pero era gigante, del porte de una cancha de fútbol (puede que estuviera exagerando un poco; o sea, Demetrio). Era un departamento claramente masculino diseñado por un profesional, todo encajaba perfectamente en la gama de grises.

—Menos mal que te habías comprado uno barato —comenté, entrando al lugar y dejando la jaula de Gruñón sobre un sillón. Dejé que la bestia quedara libre en medio de la sala de estar, saltando por los sillones como si fuera un ninja en una misión secreta; nunca lo había visto hacer tanto ejercicio.

—Solo es un departamento —explicó Alex—. No creo que pase mucho tiempo aquí, por eso elegí este más sencillo.

Él y yo teníamos un concepto muy diferente de la palabra *sencillo*. Lo seguí cuando se dirigió al pasillo y abrió la primera puerta: un baño.

—¿Ese es un jacuzzi o una piscina? —me burlé.

Río divertido, pasando la mano por mi hombro. Todo mi cuerpo se revolucionó como un huracán categoría 5. ¿Dónde estaba mi frío corazón cuando lo necesitaba? De vacaciones, al parecer.

Continuamos por el pasillo hasta la siguiente habitación: un cuarto que tenía otra puerta, seguramente para un baño personal.

—¿Aquí vive un gigante?

—¿Lo dices por la cama? —preguntó.

—No, lo digo por las persianas. —Puse los ojos en blanco—. Por supuesto que me refiero a la cama, genio. ¿Quién necesita tanto espacio para dormir y hacer sus cochinadas?

Que quede claro que solo eran cochinadas porque no quería hacerlas conmigo. Una *megda*, si me lo preguntaban.

—Pues yo necesito mucho espacio —contestó cerrando los dedos sobre mi hombro. Me iban a explotar los ovarios si él seguía con ese toqueo de mejores amigos... un momento, si yo estaba emocionada por algo tan insignificante como eso, apostaba un auto que me daría un ataque al corazón si Alex me metía mano bajo la ropa.

—¿Para qué?

—Me gusta... ya sabes, estar cómodo para hacer mis «cochinadas».

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Estás hablando de sexo conmigo?

—Tú empezaste con el tema.

Me separé de él.

—Ese no es el punto, el punto es que dices «ya sabes» cuando tú sabes que de saber yo no sé nada.

Supe que comenzaría con sus típicas bromas sobre mi virginidad, solo porque él no sabía que mi estado se mantenía intacto porque James se había hecho el difícil conmigo. Pero bueno, qué más podría haber esperado de O'Connor, la lentitud para la acción era algo típico de los Innombrables: Voldemort se había dedicado a hablar con Harry en vez de matarlo y O'Connor había preferido dormir en vez de bajarse los pantalones; claramente ninguno ocupaba su varita cuando tenían que hacerlo.

Volvió a agarrarme por el hombro, divertido.

—Olvidé que eras la Virgen Maleah. Jajajaja. Ma-lia, Ma-ría. Jajaja , ¿lo entiendes?

—Lo entendí, Alex —lo corté en seco. ¿No decía yo que iba a comenzar con sus bromas idiotas?

Una vez más, me alejé de sus manos pecadoras y me dirigí hacia la siguiente puerta que tenía escrito un nombre: Muriel. Justo cuando buscaba olvidar los sentimientos que me producía Alex, ¿iba y me hacía eso? Si seguía con este tipo de cosas, ¿cómo quería que mis pantalones se mantuvieron en su lugar?

—Alex, ¿lo hiciste por mí?

A ver, déjenme contextualizar. Muriel era yo, no otra mujer, yo y solo yo. Muriel era un sobrenombre de cariño, de cuando éramos pequeños e inocentes y nos sentaban en la misma mesa a ver las películas que yo quería. La cuestión es que un día me encontraba de lo más divertida viendo *La sirenita*, cuando Alex llegó a mi casa y me pilló llorando a moco tendido porque Eric estaba a punto de casarse con la mala (¿Qué? Solo era la décima vez que la veía, todavía estaba en todo mi derecho a ponerme sentimental).

—¿Quién es ella? —me había preguntado.

—Ariel —respondí entre gorgoteos.

Pero Alex me había entendido mal.

—Se parece a ti —dijo.

—¿Quién?

—Ella, la que se llama Muriel.

Con eso se había sentenciado. De broma, comencé a llamarlo Muriel y, en algún momento de nuestra amistad, él cambió los roles y empezó a decirme así de cariño. ¡Ah, qué lindos recuerdos!

En fin, volviendo a la realidad, me quedé mirando a Alex con ojos de gato con botas mientras él respondía:

—No conozco a otra Muriel, ¿tú sí?

Lo golpeé en el brazo.

—¿Sabes que mi nombre artístico te traerá muchos problemas con tus chicas?

—Sería diferente si vivieras aquí —dijo suavemente—; sabes que todavía está en pie la invitación.

Me hice la tonta, porque... argh, maldito. ¿Cómo no entendía que sí, que quería vivir con él, pero mientras compartiéramos la misma endemoniada cama, no cuartos separados?, *hello*.

—Jeje, espero que no hayas pintado mi habitación de rosa —cambié de tema.

Se quedó en silencio, por fin captando una de mis tantas señales.

—¿Estás enojada conmigo?

Como me sentía demasiado acorralada en el pasillo, abrí la puerta de mi habitación. Por suerte, no era rosada sino que de un pálido lila con las mantas de la cama blancas; era femenina, pero no en exceso.

—Voy a tener que subir a mi cama con escaleras —bromeé.

Alcancé a dar tres pasos cuando Alex me afirmó de la muñeca y me detuvo.

—¿Estás enojada conmigo?

—¿*Nu*?, por supuesto que *nu*.

—Leah.

—Alex.

—¿Estás enojada porque me vine sin preguntarte?

—Eso sonó muy mal, ¿te fijaste? «Me vine sin preguntarte», jejeje.

—Leah —hizo un llamado de atención.

—Lo siento.

Rehuí su mirada.

—Te pregunté si estás enojado porque *regresé* contigo.

—*Nu*, te dije que no es nada.

—¿Nada?

—Sí, nada de nada.

Me agarró el rostro con ambas manos y quedé presa.

—¿Qué es? —insistió.

No, no lo iba a decir, por supuesto que no, no pensaba humillarme hasta ese punto. No, es que no, por nada en el mundo iba a mencionar el olvidado beso que ninguno de los dos había vuelto a mencionar. Pero digamos que yo no era muy buena manejando la presión, así que tenía que decir algo, cualquier cosa para despistarlo y un «¡Ardilla!» no serviría con él, debía ser una mentira convincente.

—No estoy enojada, es otra cosa.

—¿Entonces qué es?

Apretó las manos, lo que hizo que mi boca se frunciera y pareciera un pescado intentando hablar.

—Te digo si prometes no enojarte.

—*Leah...*

Argh, qué exasperación de hombre.

—Es que... —comencé—. Pero no te enojas conmigo... es que yo... es que tú y yo no...

—¿*Es que* qué cosa, Leah?

—Quiero vivir con mi familia, Alex, sé que me pediste vivir contigo, pero yo quiero estar con mi familia.

Sentí su distanciamiento de inmediato.

—Te dije que era sin enojarse, Alex.

—No estoy enojado.

—Estás dolido. —Guardó silencio y con eso aceptó la verdad—. Alex... debes entenderlo, no los vi durante un año y medio, estás siendo egoísta.

—Pero duermes con tu hermano en la misma habitación —protestó débilmente.

—Y se pedorrea por las noches, lo sé, está muerto por dentro, lo sé, pero es mi hermano y, aunque me duela admitirlo, lo extrañé al punto que ya ni siquiera me parecen tan asquerosas sus ventilaciones de sábanas. —Me puse a reír involuntariamente—. Ya, no te enojas conmigo.

Se sentó en la cama con desaliento.

—Es que me aburro cuando no estás conmigo. Estoy solo aquí.

Tomé asiento a su lado y lo abracé por la cintura. ¿Ven? Yo podía andar abrazando al mundo sin convulsionarme como vampiro ante el agua bendita.

—Admite que solo te divierto porque siempre me caigo.

Puso su mano sobre mi brazo y así nos quedamos en un confortable silencio.

—¿Y? —preguntó de pronto—. ¿Qué te pareció el departamento?

No quería desilusionarlo, pero tampoco mentirle.

—Alex, la verdad es que... es demasiado.

Se quedó descolocado.

—¿Cómo?

Apunté alrededor, a la palmera que terminaba justo al lado de mi ventana, a los pocos árboles nativos que había, a las piscinas, a la cama gigante, a todo.

—*It's too much*, Alex.

—Pero me compré uno de los más sencillos.

Me separé de él.

—¡¿Sencillo?!

—Me refiero a que no tiene dos pisos, solo uno... y tres cuartos y dos baños nada más.

—Claroooo, dices *nada más* como si fuera poca cosa.

Se puso a la defensiva.

—¿Por qué te molesta tanto mi dinero? Yo no soy como los que te atacaron en la escuela.

Sí, efectivamente sí, me irritaba (cuándo no) porque me hacía recordar a ese otro mundo, al internado, a Voldemort y odiaba esos recuerdos, sobre todo esos en los que él y yo... me avinagré por dentro. Argh, qué rabia pasar de un momento tan lindo a esto. Voldemort, sal ya de mi vida.

—Lo sé, sé que no eres ellos, pero es que yo te conocí diferente, ¿es tan difícil de entender?

—¿Diferente?

—Sí. Yo conocía al Alex que se lanzaba conmigo al barro, no al que anda impecablemente vestido.

Se agarró la camisa blanca.

—Esto nunca me ha importado.

Me frustré un poco.

—La ropa solo era un ejemplo. Yo... solo quiero que las cosas sean como antes, cuando nada de esto importaba.



—Leah, las cosas son como antes.

—Pero distintas.

—Sí, porque así debe ser: la vida cambia.

Como pocas veces en nuestra amistad, fui yo la que cedí.

—Ya, ¿contento? —Acepté mi derrota—. Tú ganas, tienes razón.

—En este tipo de cosas no se debe...

—Ay, ¡déjalo, si ya me rendí!

Como si volviéramos a tener cinco años, nos amurramos. Alex se recostó en la cama con los brazos cruzados y yo, sin pensarlo mucho, también me dejé caer a su lado. Todo parecía una amurrada cualquiera, hasta que Alex se acomodó de lado, estiró la mano y me acarició el rostro. Me paralicé. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Estaba pasando lo que realmente creía que estaba pasando o era un sueño? No, tenía que ser real, tenía que... Una necesidad ferviente se apoderó de parte de mi cerebro. De manera temerosa, volteé el rostro e hicimos conexión con una fragilidad que cualquier movimiento repentino podía cortar.

—Leah. —Alex tenía un par de mechones de pelo en la frente. No me atreví a hablar, no podía, no quería romper ese instante que había salido así ¡paf! de la nada—. ¿Tienes idea de lo importante que eres para mí?

Se acercó un centímetro y después otro más, mientras yo seguía ahí paralizada como una estatua. Me fijé que su iris verde no era uniforme, manchas café adornaban ligeramente los bordes. Nunca había visto a Alex así de cerca con esas intenciones, esas intenciones que su expresión dejaba entrever tan delicadamente.

Cerró suavemente los ojos por unos instantes y los abrió pensadamente. Se movió torpemente y... un gato volador aterrizó en mi estómago. Todo el aire escapó de mis pulmones y a duras penas logré dar un jadeo débil.

Con todo el momento destruido por EL GATO VOLADOR, Alex se sentó en la cama y me ayudó a pararme. Apenas he recuperado ligeramente el aliento, grité viendo al gato endemoniado alejarse hasta subirse a la baranda del balcón.

—¡Gruñ...! —No pude continuar porque tuve que volver a tomar aire a grandes bocanadas; me había quedado sin aliento.

Alex me acarició la espalda para ayudarme, pero bastó que me recuperara

para que se pusiera a actuar de manera extraña. *Ge-nial*, ahora era cuando el mejor amigo se daba cuenta de que había estado a punto de comerle la boca a su mejor amiga (de nuevo). Para aligerar la tensión me puse de pie, no me quedó otra. Apunté hacia una de las paredes con aire bastante estúpido, he de reconocerlo.

—Así que, dime, ¿la puerta que está más allá del pasillo es tu estudio?

Se limitó a asentir, por lo que se instaló un silencio en extremo incómodo que hizo estallar en rojo mis mejillas. Estaba destrozando mi cabeza en la búsqueda de algo ligero para decir, cuando el teléfono de Alex sonó. Se apresuró en salir a contestar y su voz se fue haciendo cada vez más distante. Al rato, dijo mi nombre.

—Leah, un amigo vino a visitarme.

*Alex y yo casi nos habíamos besado.*

—¿Cómo?

*Que Alex y yo casi nos habíamos besado.*

—Que un amigo llegó y va a subir.

*Alex y yo casi nos habíamos besado, de nuevo.*

—¿Y para qué me lo dices?

¿Qué me importaba a mí su estúpido amigo si él y yo casi nos habíamos besado?

—Pues para ser educado, ¿no te parece? —Pausa—. Mejor iré a buscarlo a la entrada.

¿Es que no se daba cuenta? ¡No me interesaba nada de eso! Simplemente quería a Alex besándome y no siendo interrumpidos por una estúpida llamada de teléfono ni mucho menos por mi maldito gato.

Al oír que la puerta se cerraba detrás de Alex, pateé mi mochila con ropa en una pataleta digna de princesita de papá. El cierre del saturado bolso cedió y mi ropa voló por todas partes, formando una perfecta trayectoria en forma de parábola. Nada hacía presagiar el desastre que se iba a desatar, hasta que el proyectil chocó de costado a Gruñón, quién paseaba por el balcón muy feliz. En ese momento Gruñón se convirtió literalmente en el gato volador y salió disparado fuera del departamento.

—¡GRUÑÓOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOON,  
NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Corrí de manera inútil hacia él, mientras lo veía planear en el aire con las patas estiradas, las uñas afuera y con expresión aterrada. Gruñón iba a precipitarse al vacío y yo no podía hacer nada para evitarlo. Dios mío de mi corazón, acababa de matar a mi... no, nada de eso. Gruñón chocó con la palmera que estaba fuera de mi ventana y se aferró al tronco con una desesperación que le erizó todos los pelos del cuerpo.

—¡GRUÑÓOOOOOOOOON! —volví a gritar.

Al comprender que estaba vivo, fui al balcón y estiré los brazos para alcanzarlo, pero no llegaba, me faltaba por lo menos un metro. Lo apunté con desesperación.

—Quédate ahí por lo que más quieras, no te sueltes... ¡no te sueltes!

Salí disparada a la cocina, agarré la escoba y una olla grande, pegando con cinta ambas a toda velocidad. A continuación, volví a la habitación con la idea de ocupar la olla como red y ponerla debajo de Gruñón para agarrarlo cuando... No estaba, Gruñón no estaba, no estaba, no estaba, no estaba, Gruñón no estaba agarrado a la palmera.

Me incliné en el balcón para mirar hacia abajo. Aprovechando la inclinación natural que tenía la palmera, un manchón café corría por el tronco: el guerrero gato iba bajando a toda velocidad.

—¡GRUÑÓOOOON, NOOOOOOOOO, DETENTE!

Como es obvio, no me hizo caso. Salí corriendo en su búsqueda y derrapé en el suelo al doblar por el pasillo. Apreté dos veces el botón para llamar el ascensor, pero me ganó la angustia y abrí la puerta de las escaleras. Bajé de dos en dos los escalones hasta que...

—¿No podíamos subir por el ascensor? —Ese era Alex, tal vez un piso más abajo.

—No, no podíamos.

Ese era...

Ni siquiera me quedé a medirlo, de verdad que ni siquiera pasó por mi cabeza plantearme la idea de seguir en mi camino y hacerle frente; simplemente me di la

vuelta y comencé a subir, llegando incluso a pegarme en las canillas por intentar avanzar de tres en tres los escalones. Regresé al tercer piso justo cuando las puertas del ascensor se empezaban a cerrar y recibí un apretón en la mano cuando la utilicé para interceptar el cierre.

—Pero, señorita...

—Lo siento —susurré sin respiración a la mujer que iba dentro, mientras apretaba el botón para que el ascensor reaccionara y se fuera. ¡Pero no lo hacía, no lo hacía!—. ¡Que te cierres ya, ciérrate, ciérrate! ¡CIÉRRATE!

La puerta de las escaleras, que estaba justo frente, se abrió. Me tiré a una pared e intenté estamparme en ella, pero, Jesucristo, ¿por qué tenía tanta teta?; así jamás podría camuflarme.

En el mismo instante que me tapaba la cara con las manos para afrontar la muerte, el ascensor reaccionó y partió, pudiendo por fin despegarme de la pared.

No me lo podía creer. No, no podía ser posible que el amigo de Alex fuera él. ¿Qué clase de juego enfermo era ese? El mundo no era tan pequeño como para que ocurrieran cosas así, ¿o sí?

—Lo siento —me disculpé otra vez con la respiración acelerada. Solté una risa de alivio que sonó bastante lunática—. Había un chico que no quería ver... usted entiende.

La señora estaba con cara de impacto, poco faltaba para que me tirara un poco de agua bendita y un rosario. No parecía entender para nada mis problemas con los hombres, así que preferí mantener la boca cerrada hasta el primer piso. Sin embargo, el problema continuó al salir: ambas nos dirigimos al mismo sitio, por lo que tuve que mantener la dignidad a pesar que quería gritar como loca por Gruñón.

Nada más llegar a los jardines del condominio, vi ropa tirada en el pasto junto a mi mochila. Mierda, ahí estaban tirados mis calzones. La cara de shock de la señora se intensificó.

—Dios mío santo —jadeó.

Yo seguí caminando con cara de «Juro que soy inocente de todo lo que se me acusa», pero no sé, cuando pasaba por al lado del arbusto adornado con mi ropa, me di cuenta de que no sería capaz de dejar mis calzones tirados ahí, es que eran míos y no, no podían quedar expuestos tan indecentemente, ¿y si luego iba un

imbécil y los agarraba y los ocupaba para ponérselos en la cabeza? Sabía que acercarme a recogerlos podría ser un enorme error, aunque igual lo hice. Guardarlos en mi pecho (el perfecto bolsillo cuando se andaba con vestido sin bolsillos) podría haber aumentado el problema.

—¿Pero qué hace? —chilló la señora.

Puse cara de ardilla asustada.

—Son míos. Solo los estoy rescatando.

Sus labios se fruncieron en un rictus de asco mezclado con furia, su expresión de desprecio era algo digno de ser admirado; en Highlands muchos estudiantes pagarían una pequeña fortuna para que les enseñara el gesto.

—Este es un vecindario decente con buenas costumbres y usted es una ordinaria. —Su nariz se frunció en repugnancia—. ¿Me puede explicar qué hace aquí?

Me volví un *Super Saiyajin* de ira y es sabido por el mundo que yo no controlo mucho mi boca cuando me enoja. O sea, «¿Pa' qué me invitan si saben cómo me pongo?» y todo eso.

—Visitando a un cliente —contesté.

—¿Visitando a un...? —Se puso roja y luego morada. Apretó los puños y gritó—: ¡GUARDIAS! ¡GUARDIAS!

Demasiado tarde me di cuenta de que había cometido muchos errores. Debía enmendarme rápidamente o terminaría fuera de ahí y jamás de todos los jamases podría volver a visitar a mi mejor amigo. Me tragué la furia y reí falsamente divertida.

—Señora, ¿qué hace? Pero si todo es una broma. —Cerebro, dame ideas, dame una... lo tenía, tenía la mentira perfecta—. Mire hacia allá y allá y allá —Apunté hacia la espesura de los arbustos y a un par de árboles—. ¿Vio las cámaras? Cayó en la trampa: esto es una cámara indiscreta, jejeje.

No había ni una mierda, pero para la señora sería imposible notarlo: de manera lógica había señalado los sectores más alejados.

—¿Cámara indiscreta?

Con un paso me acerqué a ella, intentando parecer tan digna como una princesa.

—Sí, una cámara indiscreta —repetí—. Soy una actriz famosa que vive en el tercer piso, ¿acaso no me ha visto en televisión?

—Negó con la cabeza, confundida—. He salido en varias telenovelas. —Mencioné un par al azar, una de ellas tan antigua que la única oportunidad para haber aparecido en ella era en una ecografía—. Tal vez no me reconoce porque nunca he salido con mi cabello natural, solo con peluca.

Achicó los ojos, como si con eso pudiera reconocermé mejor.

—Ah, sí, creo que la recuerdo —soltó de pronto—. Usted era la hermana de Manuel en «Segundas oportunidades», ¿no?

—Síiii, esa mismísima —Jojojo, qué mentirosa era, me iría al infierno por eso—. No mencioné aquella porque aparecí muy poco y creí que no me reconocería.

Se apresuró a buscar algo en su bolso e instantes después sacó una libreta.

—¿Me podría dar un autógrafo? —Me la tendió junto a un lápiz—. Y lo siento mucho por mi falta de respeto, no la reconocí.

Hice un ademán de desprecio con la mano.

—Ni se preocupe, la idea de las cámaras indiscretas es que la gente reaccione mal. Yo solo hacía mi trabajo, espero que lo entienda y que no haya malos entendidos entre las dos.

Firmé el súper autógrafo y nos despedimos con un abrazo traicionero. Maldita. Con todo solucionado fui en busca de mi gato.

—¡Gruñón! ¡Gruñón! Gruñón, ¿dónde estás?, solo un «miau» me basta.

Claramente no recibí respuesta. Por suerte no había nadie por los alrededores, porque ya parecía lo suficientemente loca recogiendo mis calzones en la calle como para ahora andar llamando a un gato invisible; y dos veces no podría zafarme con mi doble ficticiamente famosa.

Estaba acercándome a unos árboles que estaban cerca de una enorme piscina irregular, cuando oí un débil maullido. Al alzar la mirada, me encontré con Gruñón temblando en una de las ramas altas del árbol. ¿Se había bajado de un árbol para quedar atrapado en otro? Tenía la misma lógica gatuna que cuando uno les compraba una cama y jamás la usaban.

—¿Y tú qué haces ahí? —le pregunté.

Estiró una de sus patitas como intentando alcanzarme. Tiritaba como gato

enfrentando a una tormenta. Se me rompió el corazón.

—Vamos, baja. —Maulló en señal de negación. Era la primera vez que lograba comunicarme con ese canalla—. ¿Por qué no? ¿Tienes miedo? —Maulló—. ¿Y qué quieres que haga? —Maullido—. ¿Que suba? —Maullido afirmativo. Solo por si se lo preguntaban, la diferencia entre la negación y afirmación era una par de «úes» de diferencia. «Miau», sí; «Miauuu», no. Aunque puede que fuera al revés—. No, ni de broma voy a subir. Te recuerdo que esta mañana ya besé el suelo un par de veces, con jauría de perros incluida en la ecuación y todo, así que no, muchas gracias. —Maulló de indignación—. ¿Pero qué quieres que haga? —Maullido fuerte e insistente—. No, no voy a... —Me interrumpió con un bufido—. ¡Que no! ¡No voy a subir! —Nos quedamos mirando desafiantes. A los segundos, cedí—. ¡ESTÁ BIEN, PERO SI ALGUIEN ME VE ALGO TE DEJARÉ SIN COMIDA!

Mira que suficiente había tenido con el show de la señora y mi ropa interior como para, no sé, encaramarme a una rama y sacarme la cresta con el vestido por el cuello.

Con un suspiro cansino me acerqué al tronco para tantear la subida: era un árbol con forma de V y con ramas bajas; de hecho, si me colgaba como orangután de aquella rama y apoyaba el pie en la división, no me costaría empezar a escalar. Agarré una rama antes que recordara mi olvidada dignidad, y subí: fácil. Ahora solo tenía que arrastrarme como babosa un metro completo por el tronco y llegaría donde Gruñón; sería pan comido la escalada si yo me pareciera más a un caracol que a un rinoceronte.

En un precario equilibrio, apoyé el pie izquierdo en un nudo del árbol, me abracé al tronco y me impulsé hacia arriba, quedando con mi cabeza a la altura de Gruñón. Estiré un brazo para agarrarlo.

—Vamos, puedes ocupar mi brazo para enterrar tus uñas.

Siguió sin moverse. Puse los ojos en blanco y mi pie derecho en una rama, subiendo otro par de centímetros. Ahora Gruñón estaba a la altura de mi tórax. Volví a estirar el brazo.

—¿Ahora sí? —Nada. Supe que el desgraciado no se iba a mover hasta tenerlo en mis brazos.

Miré a mi alrededor en busca de algún apoyo para escalar, pero no había nada para pisar. No me quedó otra que despertar a mi mono interno. Puse mis manos

en la rama de Gruñón, que se dividía en dos, y salté. «Las cosas que hago por amor», pensé mientras la madera apretaba mis costillas y quedaba anclada a ella gracias a mis tetas; lo juro, eran como un gancho que me impidió caer. Pataleé en el aire inútilmente hasta que, finalmente, mi pie izquierdo logró agarrarse del tronco. Con los brazos temblando por mi propio peso, me impulsé hacia arriba y me senté a horcajadas en la rama.

Con la cara colorada por el esfuerzo, miré a Gruñón con victoria.

—Muy bien, ¡ya llegué! Ahora ven para que... —Fui interrumpida en seco por el golpe: Gruñón había saltado sobre mi cabeza, ocupándola como trampolín para darse impulso y saltar. En el mismo instante que Gruñón bajaba del árbol a toda velocidad, mi cuerpo se fue hacia adelante por el empujón y perdí el equilibrio. Chillé aterrada, mientras alcanzaba a agarrar una rama. Un doloroso tirón en el hombro me hizo gritar y soltarme, incapaz de soportar la posición. Mi cuerpo se coló entre la V que formaban las ramas y caí de cara al piso hasta que sentí un nuevo tirón en el tobillo izquierdo y un horrible dolor en toda mi pierna, quedando colgada de mi pie con el vestido subiéndose por mis piernas.

Aturdida por la caída, lo único que pude pensar fue en que Josh por fin podría sentirse orgulloso de mí: me había convertido en un jodido murciélago azul. Un hurra para Leah, ¡hurra! Bueno, suficientes felicitaciones a mi estupidez mental, ahora tenía que bajar de ahí antes de que se me reventara la cabeza.

Con el tobillo izquierdo latiéndome dolorosamente, dejé que mis brazos colgaran sobre mi cabeza, rozando el pasto con la punta de mis dedos. A continuación, ocupando toda la fuerza acumulada de mi poderoso y tonificado abdomen, intenté doblarme por la mitad para agarrar la rama y... uf, mejor me moría. No, ni loca lograba hacer un abdominal completo en esa posición, algunas veces incluso me costaba levantarme de la cama, por el amor de Dios, y ahora me las iba a dar de deportista.

Volvía a quedar colgada de un pie mirando la tela azul de mi vestido, como si este pudiese resolver mis prob... ¡Los calzones, Leah, tu virtud desprotegida! Olvidándome del dolor por leves instantes, agarré la falda apresuradamente y me lo subí por las piernas para que mi príncipe desteñido no me viera el culo cuando viniera a rescatarme... ¡eso era! No necesitaba hacer un abdominal para salir de eso, solo tenía que pedir ayuda.

Me disponía a gritar cuando a lo lejos vi a...



Solté el vestido y dejé que cayera por mi cabeza, importándome ya una mierda que me viera medio mundo colgando como en promoción, si con eso evitaba encontrármelo. Recé para que no se fijara en la chica semidesnuda del árbol, pero yo era demasiado bonita y curvilínea para que me dejaran tirada ahí como si nada.

Una mano me tocó suavemente el brazo.

—Oye, te voy a ayudar, ¿sí?

Apartó la tela de mi cara. No, demonios, no.

## Prométemelo sin el pro

El sujeto que estaba frente a mí no se parecía al que yo había conocido en el instituto. Tenía el pelo castaño más largo, a la altura de la barbilla —a excepción de un sector en el lado izquierdo, del alto de una mano, que lo traía extremadamente corto—; el resto le caía por el costado derecho. Me pregunté si se habría estado rapando y la máquina se le había echado a perder dejando el proceso a 1/8. A pesar de su nuevo corte de pelo, y que parecía más alto y fornido, su sonrisa, esa sonrisa socarrona y esos ojos café que me miraban con incredulidad, seguían siendo los mismos. Era Derek Blair, el chico que había estado enamorado de mí y al que había rechazado tan cruelmente. El mismo al que había besado, el mismo del que me había despedido, hace año y medio, con un simple «Gracias» tras su «Siempre estaré disponible para ti».

Mientras me quedaba en un silencio tenso, como antesala de una explosión de recuerdos, su rostro me parecía un bonito retrato de emociones que desfilaban una tras otra: impresión, horror, comprensión, aceptación y, finalmente, un sentimiento tan poderoso que le hacía brillar los ojos: *cariño*. Después de todo ese tiempo, parecía no ser la única que había mantenido el afecto como una llama casi inexistente, pero latente a pesar de todo.

Como sus manos estaban frente a mis ojos, me fijé en que mantenía un par de uñas largas. Irónico que nunca antes me hubiera percatado de eso, pero, bueno, la verdad es que jamás le había prestado mucha atención a él y menos a sus detalles. Tantos años de convivencia y había tantas cosas que yo seguía ignorando.

De pronto el pasado se me hizo demasiado presente. Tenía que decir algo para así aliviar la situación y que las emociones no siguieran aumentando, al igual que los recuerdos de risas y bromas, de buenos momentos y ese anhelo por el pasado que había llegado con su aparición. No podía permitirlo o todo volvería a salir a flote, él reaparecería y yo no sabía si podría enterrarlo dos veces, a él no;

él debía permanecer en el cajón de los recuerdos o sería demasiado tarde.

Medité medio segundo lo que diría para romper el momento; probablemente, debí haberlo meditado medio segundo más porque, entre tanta cosa inteligente que podría haberle dicho o hecho (como escupirle en la cara, por ejemplo), dije lo más estúpido:

—Holi. —Sí, señoras y señores, un «Holi». No un «Hola», un «Holi» como si me quedara medio cerebro que solo funcionaba a golpes. Como si fuera poco, continué con otra frase para el bronce—: Cuánto tiempo, ¿eh?

Sí, tenía preocupaciones más importantes que entablar una conversación (como desengancharme de la rama, por ejemplo, o intentar cubrirme la entrepierna porque mi vestido insistía en mostrar de más), pero bueno, prefería hablar. ¿Qué podía decir? Como que me había entrado el gusto a ser la Spiderleah, con súper poderes como el de sacarse la cresta, colgar de una pata como cerdo en el matadero y, el mejor de todo, con increíbles brazos de murciélago. O sea, qué importaba que me estuviera destrozando el tobillo, junto a todos los músculos y tendones que lo conectaban con mi cadera, cuando podía seguir charlando de cosas idiotas para evitar la tan horrible pregunta que pronto se haría presente: «¿Dónde habías estado?» u otra mucho peor: «¿Por qué te fuiste?». No, no quería eso. Debía desviar el tema, de lo contrario llegaríamos a una confesión que podría destrozarme: Él sigue con ella. Prefería vivir en la ignorancia o que me mintieran, antes de averiguar que mis temores se habían hecho realidad.

En vez de responder a mi pregunta, formuló otra:

—¿L-Leah?

Fue inevitable burlarme.

—¿Leah? ¿Quién es esa que *leía*? Jajaja, yo no ser, yo ser un vampiro que está tomando la siesta.

Perfecto, Leah, perf... no, nada de eso, Leah: Blair estaba sonriendo como un desquiciado, con los ojos recorriendo mi pierna. Al parecer ya se había recuperado del shock inicial.

—*Baia, baia.*

Se cruzó de brazos, cual cabrón disfrutando la situación. Maldito.

—¿«Baia, baia», qué?

—Dos años y mira cómo te encuentro.

—Año y medio —lo corregí.

Soltó una carcajada seca.

—Por lo que veo, los ángeles dejaron de engañarse con tu bonita cara...

—Estoy más hermosa que antes, ¿a que sí?

—... y decidieron lanzarte al infierno como la arpía que eres.

Como acto reflejo le lancé una patada con mi pierna libre y le di en el hombro. Leah: 1, Blair: 0. Esperen, Blair: 1. Mi pie se quedó enganchado en su hombro y ahí quedé con mis piernas tan abiertas como las grandes alamedas, mientras intentaba seguir cubriendo mi dignidad con el vestido. Cómo no, Blair aprovechó la ventaja que le había regalado y me agarró del botín para que no pudiera escapar. Intenté soltarme, pero me bastó un movimiento para sentir un horrible dolor en el tobillo, que subía por mis tendones y llegaba a mis articulaciones que parecían reventar por la presión. Aullé, solté mi vestido y me aferré a Derek con desesperación.

—¡AYÚDAMEEEEEEE, NO LO SOPORTOOOOOOO!

—¿Que te qué...?

—¡AYÚDAMEEEEE! ¡DUELE, DUELE, DUELEEEEEEE!

Me soltó el tobillo, juntó mis piernas y me afirmó, levantándome leves centímetros. El dolor pasó de ser explosivo a ser solo focos punzantes de dolor. Solté un suspiro de alivio.

—¿Mejor?

Asentí.

—Gracias, yo... —Me interrumpí.

¡El vestido! Lívida por el horror de que en ese preciso momento Blair me estuviera viendo algo tan privado, me solté de él para cubrirme. Muy bien, la situación había mejorado en algo (ahora Blair no me miraba los calzones), pero, bueno, todo parecía muy lindo y hasta incluso romántico, excepto por un enorme (o tal vez no tanto) detalle: mi barbilla rozaba su entrepierna. Es que, ¿cómo podía ser posible eso? Primero había sido James y el trípode, y ahora

evolucionaba a ¿esto? Prefería a O'Co... no, no, olvídenlo, no dije nada, no quería ni una mierda.

—Leah, necesito... que... vuelvas a... afirmarte en... mí —insistió con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Es que... bueno...

—¿*Es que...* qué?

—Bueno, es que... ¿Te acuerdas de Demetrio?

Cerré los ojos para dejar de ser acosada por su bragueta. Si fuera Alex me hubiera sentido con la tentación de agarrar el cierre con los dientes; una suerte que fuera simplemente el idiota de Blair.

—¿Pero... qué... dices... mujer?

—¿Te acuerdas o no?

Pum, pum, pum, mi cabeza latía. Pum, pum, pum, iba a explotar y mi sangre saltaría por diversos lados.

—Pues claro... que me... acuerdo —contestó.

—Perfecto.

—¿Eso es... todo?

—Suma dos más dos, genio.

Silencio. Se movió incómodo.

—Entiendo —soltó calmado. Abrí los ojos de inmediato. ¿Era mi idea o Blair se había mostrado caballeroso? Me refiero a que no había dicho ni una burrada como...

—Ahora que lo mencionas, ¿por qué mejor no aprovechas que estás ahí y...?

Me retorcí como una trucha fuera del agua.

—¡ERES UN MALDITO ENFERMO DE MIERDA! ¡NO HAS CAMBIADO EN NADA!

—Ya, ya, tranquila, bestia marina, solo fue una bromita.

—¡BROMITA MIS PELOTAS!

—Eh, no te emociones con las pelotas que las mías las tienes en tu cara.

La trucha se volvió en tiburón.

—¡ANIMAL, SIGUES SIENDO EL MISMO ENFERMO DE...!

Entre tanto movimiento, Derek dejó de cargar todo mi peso. Sentí de nuevo el horrible dolor en el tobillo, al mismo tiempo que mi pie resbalaba del botín y comenzaba a caer. Derek alcanzó a agarrarme precariamente de la cintura y me detuvo justo cuando a mi cabeza le faltaban casi diez centímetros para estrellarse con el suelo, donde me tendió leves segundos para después tomarme de la muñeca y pararme. Con la cabeza dando vueltas por la adrenalina y desnivelada por la ausencia de un zapato, alcé los ojos para encontrarme con los suyos. Solo necesitó ese contacto directo a tan poca distancia para hacerlo reaccionar. Su rostro brilló con una profunda y oscura emoción, y luego sus manos tocaban mi barbilla, se deslizaban por mi cuello y me empujaba hacia él por la nuca.

Nuestros labios se unieron. Me estaba besando y no era un beso precisamente apasionado, sino que tenía un ligero sabor a «Te extrañé» y «Me alegro de que estés aquí». Me quedé con los brazos colgando al costado del cuerpo y con los ojos abiertos, de pronto con un aleteo arrítmico y acelerado en el corazón. Se separó y habló antes de que pudiera reaccionar:

—Lo siento, tenía que hacerlo.

Mi cachetada llegó tardía.

—No lo siento, tenía que hacerlo —lo imité.

Como estaba tan cerca, quise decir algo para cabrearlo y para olvidar lo que sea que había pasado.

—¿Qué te hiciste en el pelo? Parece una pelea de tijeras... no, más que pelea, es como si la máquina de rapar se hubiera quedado sin batería.

Respondió algo que me descolocó.

—Pensamos que nunca más te volveríamos a ver.

«Pensamos», estaba hablando en plural y yo sabía perfectamente a quién incluía.

Me relamí los labios reseco meciéndome en las puntas de los pies y con mis ojos fijos en el suelo. ¿Por qué insistía en recordar esas cosas? Ni que fuera a verlo de nuevo después de hoy, así que no había necesidad de profundizar nuestras conversaciones.

—No soy un fantasma como para que no puedas verme nunca más.

—Así veo...

Pasé una mano por mi brazo contrario.

—Por lo que... mírame —dije—, aquí estoy aunque no lo creas.

—Lo hago, créeme que te veo.

Comencé a sentirme molesta por la seriedad que se apoderaba del ambiente. Intenté volver a picarlo para cabrearlo.

—Una verdadera lástima que tus deseos no se hubieran hecho realidad, ¿no?

—¿Cuáles deseos?

—Los de no volver a verme.

Seguía tan insoportablemente serio.

—Te equivocas.

Me crucé de brazos en actitud desafiante.

—¿En serio?

—Leah, ni siquiera pasó por mi cabeza que te irías, ¿y crees que desearía no verte más?

Mantuve mi actitud.

—Sí, lo creo.

—Pues te equivocas. —Silencio tenso—. Agh, ¿por qué peleamos por una estupidez así? Lo importante es que regresaste.

Se me hizo un agujero negro del porte de un elefante en el estómago.

—Ni te ilusiones que no volví por ti. Es más, si hubiera sabido que me reencontraría contigo, jamás habría vuelto a pisar este país.

Pestañeó despacio.

—¿Lo dices en serio?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, genio, lo digo *súper* en serio porque me afectas *enormemente* en la vida.

Nuevamente no respondió a mi provocación. ¿Qué le había pasado a ese Blair imbécil con el que era imposible mantener una conversación seria?

—¿Y hace cuánto que estás acá? —quiso saber.

Y seguían esas preguntas formales.

—¿Acá en este recinto o acá en...?

—País.

—Hace un mes.

—¿Y qué haces acá?

—Me volví millonaria y me compré un departamento en este condominio.

Sonrió.

—¿Y de dónde sacaste el dinero? ¿*Playboy* te pagó por mostrarlas? —Apuntó mi pecho y yo me sentí ultrajada—. Yo pagaría una pequeña fortuna para comprobar si se ven tan bien como parecen.

Alcé la mano para dejarle otra marca en su otra mejilla, pero fue más rápido y me afirmó.

—¡Agracece que no alcancé a golpearte, porque te habría volado la cabeza! ¡Ya estaba pensando que era demasiado extraño tanta seriedad en ti!

El muy hijo de su papá se reía como descerebrado.

—Ya, ya, bestia marina, si no fue para tanto.

Intenté soltarme.

—¡¿Cómo que no fue para tanto?! ¡Y no me digas bestia marina!

—Te he dicho cosas peores, bestia terrestre.

—¡Y tampoco así!

—Chupacabras será entonces.

Debía admitir mentalmente que ese sobrenombre era gracioso, pero como no quería simpatizar con él, le gritaría un par de cosas más, pero me interrumpió en seco con una declaración que hacía brillar sus ojos con un sentimiento profundo: no quería saber cuál era.

—Cuando nos enteramos de que no volverías a la escuela, fuimos a tu casa



muchas veces.

«Fuimos», plural, pronombre personal *nosotros*, nuevamente se estaba refiriendo a él.

—Mentira —contesté.

Nos desafiamos silenciosamente.

—No lo es.

—Sigues mintiendo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque mi familia me lo habría dicho.

—Probablemente te lo habrían contado —alzó una mano para pedirme silencio y así continuar— si nos hubieran recibido cuando fuimos... queremos creer que nunca se enteraron. Además, luego simplemente no estaban. Se mudaron, ¿cierto?

Dudé unos instantes antes de asentir.

—¿No crees que eso fue un poco exagerado?

La ira estalló como una bomba.

—¿Exagerado? ¡¿Exagerado dices?! ¡Intentaron asesinarme dos veces!! No una, ¡¡dos, imbécil!!

Tuvo el valor de contradecirme.

—Nunca intentaron asesinarte. Te violentaron y agredieron, sí; pero nunca fue un asesinato frustrado.

Eso quería decir...

—Un momento, ¿cómo supieron del segundo ataque si yo jamás se los dije?

—Porque nosotros seguimos aquí cuando tú te fuiste y averiguamos, investigamos, ¿crees acaso que nos quedaríamos a tomar el té mientras tú estabas desaparecida?

Me quedé en silencio. La brisa me meció suavemente el pelo y el vestido entre las piernas. Mi tobillo izquierdo latía débilmente.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —insistió.

—Lejos.

—¿Pero dónde?

—Donde no te interesa.

—¿Estás bien?

—Lo estaba hasta hoy.

Pausa, suspiro. Alargó una mano como si quisiera tocarme, pero se arrepintió y la dejó caer en un puño contra su costado.

—Te extrañé. —Cerré los ojos leves segundos. No continuó hasta que mis ojos se encontraron con los suyos—. Lo hice, de veras que sí. Te extrañé como creí que no lo haría, pero... si a mí me dolió esto —Con el dedo índice marcó un punto sobre su corazón—, para James fue así. —Cerró el puño sobre su pecho arrugando su camiseta entre los dedos, luego los estiró y puso su palma sobre el corazón—. Sí, te extrañé, pero sabemos que él te extrañó más.

Tragué saliva y me moví incómoda. Ahí estaba el siempre leal Derek Blair ayudando a su amigo.

—Me alegro por ustedes. ¿Para cuándo es la boda?

Frunció el ceño.

—¿Qué boda?

La de James y Bella, pensé.

—La tuya y la del otro bobo —dije. ¿Por qué pensaba tanto y hablaba tan poco? Debería hacerlo al revés, así de una vez por todas la gente sabría lo genial que era... en mi cabeza—. Porque de seguro pasaron las penas juntos y una cosa llevó a la otra y ahora se aman y van a casarse, ¿no? Me alegro por ustedes, se merecen el uno al otro.

Por largos segundos no dijo nada.

—Yo te ayudé, ¿por qué te comportas así? No soy ellos.

Cerré los ojos por un instante y volví a abrirlos con la aceptación pesándome en los hombros.

—Sé que no eres ellos.

—¿Entonces...?

—Quiero mantenerte fuera de mi vida porque perteneces a todo eso que hizo que me fuera.

—Es por James, entonces.

Me obligué a ser sincera conmigo y con él, porque Derek, después de todo, se lo merecía.

—Sí, pero también es por ti.

—¿Por mí? —jadeó impactado.

—Sí, por supuesto. Me ocultaste cosas, Derek, ¿qué otro recibimiento esperabas de mí después de eso?

—¡Pero si yo fui el que te contó todo!

Perfecto, ahora estaba indignado.

—Nunca dijiste nada sobre el peluche de Bella, siempre supiste que ella estaba detrás de todo y, muchas gracias, decidiste callar.

Se quedó como si de pronto algo le supiera mal en la boca.

—Eran sospechas, ella me dijo que Simone le había robado el peluche.

—¿Y le creíste a esa perra mentirosa?

Blair frunció el ceño.

—Leah, ¿no crees que estás siendo un poco despectiva? Es demasiado incluso para ti.

Ardí de rabia.

—Sí, tienes razón. Lo siento, estoy denigrando a pobres animalitos comparándolos con una mal nacida como ella.

Entrecerró los ojos.

—Nunca pensé que tú eras de ese tipo de mujeres.

—¿A qué te refieres exactamente?

Derek suspiró. Parecía haber madurado una enormidad en ese año y medio. Y no me gustaba para nada.

—Que nunca creí que eras de esas mujeres que denigran a otras mujeres porque ambas salieron con el mismo hombre.

Se me escapó una risa ligeramente histérica.

—Houston llamando a Tierra, ¿me escuchas? Le comunico que tenemos un imbécil en la línea.

Caí en la cuenta de todo demasiado tarde: ellos no sabían. Derek no sabía quiénes eran los responsables del segundo ataque.

—Respóndeme una duda... me dijiste que investigaron cosas luego de mi desaparición, ¿cierto? —asintió—, entonces supongo que sabes quiénes fueron los que me atacaron la segunda vez.

—Sí. —Se encogió de hombros como si fuera obvio—. Fueron un par de chicas estúpidas.

¿Qué, cómo, qué? ¿Y dónde quedaba Bella ahí?

—¿Unas chicas?

—Sí —insistió—. Verás, Simone, era muy..., bueno, se podría decir que era *querida* en la escuela, así que cuando la expulsaron la gente se molestó mucho, demasiado, de hecho. Y empezaron a quejarse con, ya sabes, que por qué tú te quedabas si no eras más que una becada y que por qué Simone se tenía que ir cuando solo te había hecho una broma.

—¿Solo una broma?!

—Sí. —Se acarició la nuca, incómodo—. El punto es que esos comentarios movilizaron a un grupo con intereses en común: el odio hacia los becados.

—¿Los becados?

—¿Que no sabes? —Dejó caer el brazo.

—¿Saber qué?

—¿Cómo es que no lo sabes?

—¿Qué cosa?!

Hizo una pausa para analizarme con la mirada antes de continuar:

—Esa noche no fuiste la única víctima. ¿Recuerdas a la otra chica becada? —Tragué saliva dolorosamente y asentí—. A ella la amarraron a una silla y la raparon, Leah.

—¡¡¿QUÉ?!!

—Le raparon la cabeza.

Se me fue el alma a los pies. La chica becada y yo nunca nos habíamos llevado bien, de hecho ella me había rechazado cruelmente cuando había intentado ser su amiga, pero eso no ameritaba que no me afectara lo que le había sucedido, para nada.

—¿Y quiénes fueron?

—Nadie lo supo. La chica contó que la atacaron mientras dormía, que le pusieron un saco en la cabeza y que al quitárselo ya estaba amarrada a la silla.

—¿Y cómo no vio nada?

—Dijo que la pieza estaba en penumbras y sus atacantes tenían el rostro cubierto. Tras encontrarte a ti en las escaleras, a las horas la descubrieron a ella amarrada aún a la silla.

—¿Y sus compañeras de pieza? ¿Qué dijeron?

Otra pausa.

—Estaba sola.

—¿Cómo que estaba sola?

—Como todos creían que tu ataque había sido porque eras becada, ella pidió no volver a compartir habitación nunca más. La directora, creyendo que así la protegería, se lo permitió... pero ella claramente no pensó que era muy fácil romper una chapa cuando nadie vigila.

—¿Y qué pasó con ella? ¿Se fue?

—No.

Me llevé las manos a la boca.

—¿Y siguió el ataque?

—Sí, hasta que la directora le canceló la jornada «internada». Todos los días un auto iba a buscarla y a dejarla a su casa. Lo último que supe de ella es que entró a estudiar medicina.

—¿Y nunca se supo quiénes fueron los atacantes?

—¿No es obvio?

—¿No es obvio que no lo preguntaría si lo supiera?

—Era el colegio entero, Leah, se turnaban para hacerlo.

—¿Y qué pasó con los hombres becados?

—Dos se fueron tras tu ataque y el de la otra chica, y el otro resistió hasta que un día lo vi cruzar media escuela desnudo.

—¿Desnudo? ¿Y cómo pasó eso?

Hizo una mueca.

—No quieres saberlo.

—Entonces, ¿ninguno de los atacantes pagó?

El pecho me ardía de injusticia.

—No, porque tú simplemente te fuiste sin mencionar a nadie y la otra chica aguantó con la boca cerrada.

Moví mi pie adolorido mientras el silencio se instalaba entre nosotros. Era demasiada información para procesarla de momento. Con la cabeza confundida, alisé mi vestido nerviosamente, comprendiendo de golpe que ya no había más razones para seguir ahí hablando con Blair.

—He de admitir que no fue del todo desagradable este reencuentro —confesé—. Estás cambiado.

Asintió con aire despistado.

—Sí, pasaron muchas cosas desde la última vez que nos vimos.

—Ajá.

Hora de irse. Odiaba las despedidas.

—Bueno... yo... mm... me largo. Que la vida te sea favorable y todo eso, nos vemos... nunca más. ¡Adiós!

Estaba pasando por su lado cuando me agarró del brazo de manera inesperada.

—Ni creas que no nos volveremos a ver.

Busqué la amenaza en su rostro, pero era todo sonrisitas.

—Vine a estudiar, no a reencontrarme contigo. —Fruncí el ceño—. Esta será la primera y la última vez.

Su sonrisa creció.

—Mi pequeña Leah...

—Howard para ti.

—... nos volveremos a ver, por supuesto que sí.

Algo en sus ojos me hizo sentir miedo porque supe, de manera certera, que sería capaz de forzar al destino para así cumplir sus caprichos de niño rico, pedante y aburrido.

—No miraré de nuevo esa fea carota que tienes, Blair, ¿entiendes?

—No, tú no entiendes que...

La lejana voz de Alex llamándolo lo cortó en seco.

—¡Hey, Derek! ¡Te estábamos esperando arriba hace rato ya! ¿Estás con...? ¿Leah?

¡Alex! Era Alex y él y Derek... amigos... escaleras... Derek era el amigo que había ido a visitar a Alex al departamento, los había visto juntos en la escalera antes de huir como la cobarde que era. Le eché un vistazo a Alex por el costado de Blair, que se acercaba a nosotros rápidamente con el entrecejo fruncido porque nos había visto juntos. Agarré a Blair del brazo de manera amenazadora, cuando se fue a dar vuelta para responder al llamado de Alex.

—Escúchame atentamente lo que voy a decir. —Empecé, apretando mis dedos en su muñeca cuando intentó zafarse—. Conozco a Alex.

—¿Se conocen? —Su boca formó una «o» cuando entendió algo entre líneas—. Ah, entiendo, Alex y tú... —Formó un círculo con su dedo índice y pulgar, mientras hacía encajar el índice de la otra mano en el espacio.

—No, no —contesté rápidamente, tal vez demasiado rápido. Tosí para aclararme la voz, me sentía acalorada—. Alex es mi mejor amigo de la infancia.

—¿Es el que te metió la lengua hasta la garganta?

—¿Cómo lo...?

—¿Cómo crees que James supo qué era eso de la file-no-sé-qué? Bella le contó cuando tú le contaste y James me contó a mí.

Le enterré las uñas en la piel.

—Como sea, Alex es mi mejor amigo...

—Qué pequeño es el mundo.

—... y él cree que me retiré del internado porque me atacaron por ser becada. Tampoco sabe que nos conocemos ni que tuve un novio llamado James, solo sabe que un bastardo me rompió el corazón. Así que nada. Nunca menciones nada de O'Connor y yo y tú...

—¿Un triángulo entre nosotros? ¡Emocionante! —Mis uñas volvieron a entrar en acción—. ¡Ya, ya, me duele, me duele, entendí, entendí, ya, ya, que me duele! —Lo solté—. No sabía que las bestias marinas tuvieran uñas... aunque algunos relatos del Chupacabras aseguran unas garras mutantes como las tuyas.

—¡Cállate y escúchame! —La brusquedad de mis palabras lo hizo dejar de hablar—. Por favor, no quiero decirlo, pero es necesario. Por favor, por favor, si alguna vez sentiste cariño por mí, por favor, no le digas nada a Alex, tenemos que comportarnos como si no nos conociéramos. Por favor, prométemelo, por favor, ayúdame.

No hubo respuesta.

—Derek, prométemelo, por favor.

Alzó las cejas.

—Elimina el «pro» y es un trato.

¿El «Pro»? Pensé en lo que había dicho: Solo ~~pro~~ométemelo... ¡Ah, maldición! Enrojecí de golpe.

—¡Argh! ¿Es que no te puedes comportar como un ser humano normal, por el amor de Dios? Está claro que tu madurez quedó confinada en una jaula.

Continuó con su provocación:

—Creo que Alex estará muy feliz de enterarse de las últimas noticias que tengo para él. —Sin más, se giró para ir al encuentro de Alex que ya casi nos alcanzaba. Lo tiré de la muñeca para volver a hacerle frente.

—¡Eh, no he terminado contigo!

—¿Me vas a dejar *prometerlo*?

—¡Nuuuu!



—Como tú quieras.

Siguió caminando con las manos en los bolsillos.

—Es obvio que tu cerebro dejó de desarrollarse a los seis años, ¿eh?

—Posiblemente sí. ¿Pero sabes qué?

—¿Qué?

—¿Sabes qué es lo que hacen los niños? —Su sonrisa perfecta estaba llena de maldad—. Travesuras.

Fue en eso que sacó una de las manos del pantalón y me mostró un trozo de tela. Se me fue el alma a los pies. Era mi ropa interior.

—Se te cayó cuando colgabas del árbol —me explicó.

Apreté los puños. No pude decirle nada porque Alex nos había alcanzado. Tenía una expresión de extrañeza en el rostro.

—¿Se conocen? —preguntó.

Me tragué el enojo e intenté sonreír.

—¡No, no, para nada! —Solté una carcajada histérica, di unos pasos para parame al lado de Alex y resguardarme en él—. Adivina, Alex, adivina.

—¿Qué cosa adivino? —Me hablaba a mí, pero seguía con los ojos en Derek, quien se veía de lo más tranquilo; por suerte había vuelto a meter mi calzón en el bolsillo.

—Me caí del árbol.

Por fin Alex se centró en mí.

—¿Cómo que te caíste del árbol?

—Que me caí. Gruñón se subió y no podía bajarse, y como tenía que rescatarlo, me subí y ¡paf! me caí y quedé colgando de una pierna.

Se fijó en mi pie desnudo y luego en la rama donde mi botín seguía atascado.

—Ya veo —dijo muy tranquilo—, todo parece muy razonable para alguien como tú.

—Y bueno —apunté a Derek a la desesperada— me rescató... él. Lo siento, ¿cuál era tu nombre?

—¿Cómo no lo sabes? —Derek se llevó una mano al corazón. Mi sonrisa parecía atornillada en el rostro.

—Disculpa, es que no lo mencionaste. Yo me llamo Leah.

—Ah, Leah, qué lindo nombre, me recuerda a *Mía*. Yo me llamo Miguel.

—¿Miguel?

¿A qué mierda estaba jugando ese tarado? Ah, lo entendí: lo estaba haciendo para ver si me equivocaba y decía su verdadero nombre, metiéndome en problemas con Alex. No pensaba caer, maldito.

—Sí —contestó—, ¿por qué?

—Porque mientes, cuando Alex te llamó dijo Derek.

Jaque mate.

Frunció los labios.

—Y yo que creí tener cara de Miguel...

Alex seguía la conversación con el entrecejo fruncido, mas no acotó ni corrigió nada.

—No, solo tienes cara de alguien que se le acabó la pila a la máquina del pelo, por ejemplo.

—Su corte de pelo fue a propósito —intervino Alex para frenar mi descortesía.

—Sí —aceptó Derek, bostezando aburrido—. Un amigo me desafió a que no era lo suficientemente estúpido para raparme un lado de la cabeza, así que, como ves, lo soy.

—Y ya lleva más de un año así —acotó Alex.

—Porque me gustó. —Blair se encogió de hombros.

Tenía que parecer interesada, por lo que hablé:

—¿Y quién fue el mal amigo que te desafió a hacer algo así?

Sus ojos café eran pura maldad.

—James O'Connor, ¿no te suena?

El estómago se me contrajo, dio volteretas mundiales, le dio patadas a mi

corazón y después volvió a su posición, resentido.

—Eh, cómo crees... —Tosí para desviar la atención—. ¿Por qué debería conocerlo yo? ¿Es tu mejor amigo o algo?

Había hecho la última pregunta al aire y sin cuestionármelo, pero, al ver la expresión en el rostro de Derek, comprendí que era una pregunta que ambos interpretaríamos de manera diferente a Alex. Lo último que había sabido de su amistad es que James quería matarlo por haberme contado la verdad que me hizo partir.

—Sí, es mi mejor amigo —aseguró. Eso quería decir que al final habían resuelto sus cosas—. Tuvimos un problemilla hace año y medio, pero las cosas se solucionaron.

Por enfermo que sonara, mi corazón se sintió aliviado.

—Me alegro entonces.

—Podríamos presentártelo, ¿qué dices? —propuso con ligereza y maldad.

Me puse tensa.

—¿Presentarle a James? —Alex se tocó el mentón pensativo.

—Sí, ¿por qué no? Tu amiga es de su gusto. —El comentario que hizo a continuación fue absolutamente intencional para que yo descubriera una dolorosa verdad—. Vamos, Alex, tú conoces a James, sabes que le encantan las pelirrojas.

*Vamos, Alex, tú conoces a James. Tú lo conoces. Oh, Jesucristo. Alex y James eran amigos. Alex y James eran amigos y yo no tenía idea, ¿por qué no lo sabía? ¿Por qué Alex nunca lo había mencionado? ¿Por qué nunca me había dicho que tenía amigos aquí? Es más, ¿por qué yo nunca me había percatado de que debía tenerlos en sus redes sociales? Se suponía que él y yo nos contábamos todo y se suponía que yo era lo suficientemente *stalker* para haberle *psicopateado* hasta las facturas por lo que, de una u otra manera, debería haberme enterado de esa particular amistad; pero no lo había hecho y ahora todo el pasado se volvía a reencontrar conmigo gracias al presente.*

—Sí, podríamos presentárselo a Leah —comentó Alex arrancándome de mis pensamientos.

¿Alex me estaba entregando a otro hombre sin siquiera pensárselo dos veces?

Estaba lívida de la indignación, porque, o sea, *friendzone!* Tenía que hacer algo, tal vez tirarle una indirecta, un palo para que se percatara de mi interés por él.

—Ay, no, cómo creen —solté. Risa descerebrada, mirada nerviosa a cada chico—. A mí me gustan los rubios.

Ya está, le había lanzado un bosque entero a Alex, a ver si con eso se percataba que mis dardos iban hacia él.

—¿Rubios? No me digas, yo creí que tus gustos podrían ir más en la dirección de altos, cabello oscuro y ojos azules —atacó Derek.

—Pues te equivocas, me gustan rubios y altos.

—¿Rubios como Alex?

Maldito Blair.

—Tal vez a Leah le gusten los rubios, pero yo no entro en la categoría —intervino Alex.

¿Cómo que no entraba en la categoría? ¡Tenía el puesto número uno!

—Mira —continuó Derek—, James podrá no ser rubio, pero tiene una enorme cualidad que enamora a todas las chicas. —Oh, no, no, no, todos menos eso, por favor. No se atrevería, no se... sí, por supuesto que lo haría. Derek estiró las manos como si intentara medir un hipopótamo—. Así de grande es su cualidad, si tú me entiendes. Su ex novia incluso le puso nombre: Demetrio, porque decía que le medía un metro y medio.

La cara de Alex era de circunstancia cuando habló:

—Ahora entiendo los chistes de Demetrio. Ay, hombre, un poco perturbada la ex novia de James para ponerle ese nombre.

Ojalá Alex nunca se enterara de que yo era la desquiciada ex novia que le había puesto Demetrio al pene de James. Ups, lo siento, Alex, yo estaba un poco perturbada mentalmente.

Derek se rio con los ojos clavados en mí.

—Totalmente cierto, la ex novia de James estaba loca, loca. —Alzó las cejas hacia mí—. Y tenía el pelo como tú. Pelirroja tenía que ser, ¿a ti igual te falta un tornillo?

—Una docena diría yo.

—¡Alex! —jadeé ultrajada.

—Leah, ni me contradigas porque sabes que es así. —Me crucé de brazos indignada mientras Alex continuaba con un comentario dirigido a Derek—: No creo que James quiera conocer a otra pelirroja luego de que su ex lo abandonó, ¿no crees?

¿Abandonado? ¡¿Abandonado?! A ver, a ver, un momentito, si O'Connor había quedado con el título de *abandonado* quería decir que él era la víctima en la teleserie y yo la maldita que le había roto el corazón, cuando la verdad era completamente al revés.

Blair me salvó de replicar algo sobre ese falso victimismo al llamar mi atención, sacándome de mis pensamientos.

—Entonces, Leah, dime, ¿quieres que te presentemos a James o no? —Me cerró un ojo justo cuando Alex sacaba su celular del pantalón—. Te lo *prometo*, te va a encantar.

Enrojecí de golpe y gruñí:

—Púdrete, imbécil.

Fue en eso que Alex nos mostró la pantalla del celular con una llamada entrante que ponía «James O'Connor llamando».

## Al agua pato

Alex contestó la llamada y me sentí de inmediato aplastada por una avalancha de sentimientos que no deberían existir.

—Hola, James. —Pausa—. Sí, está conmigo.

Alex moduló: «Está preguntando por ti» apuntando a Derek, a lo que este respondió:

—Ese hombre no puede vivir sin mí.

—Sí, estamos en mi departamento. —Pausa. Alzó las cejas—. ¿Estás aquí? — Nos habló a nosotros—. James está en la entrada del condominio, viene para acá.

Pánico. Mientras Derek clavaba sus curiosos ojos café, sentí un pánico que me durmió las piernas. James venía para acá, James estaba a segundos de toparse conmigo. Y yo no estaba preparada para eso, creía que lo estaría cuando llegara el momento pero no, no lo estaba.

—Viene para acá —susurré, mirando a Derek lívida.

Bufó.

—Genial, lo entendiste. Por un momento pensé que te habías muerto.

Aprovechando que Alex estaba con el rostro volteado hacia el camino de entrada, dictándole indicaciones a James para llegar, agarré a Derek de la camisa con urgencia.

—No puedo, sácame de aquí —le supliqué.

—¿Qué no puedes? Vamos, Leah, es James, el mismo idiota que dejaste hace año y medio.

—Mucho peor. —Me solté de él para buscar una salida—. Debo huir, debo huir, me tengo que ir de aquí.

Derek me agarró de la muñeca.

—Ya, supéralo, mujer. Te vas a quedar y lo saludarás como si nada.

Alex se había alejado de nosotros en dirección al camino de llegada, todavía iba con el celular pegado a la oreja.

—Nunca será como si nada, Derek.

—¿Por qué?

—Porque James por supuesto que me reconocerá y quedará en evidencia ante Alex.

Con aire pensativo, se rascó el mentón.

—No había pensado en eso. —Pausa. Me empujó—. ¿Pero qué haces ahí todavía? ¡Anda, ponte a correr, Leah!

Demasiado tarde. Esta vez el alma no se me fue a los pies: se me escapó por la boca para ir a reencontrarse con la persona que en ese entonces venía desplazándose por el camino de cemento hacia nosotros. El sol le llegaba de frente, iluminándolo como una especie de ser celestial. Alto, cabello negro, camisa remangada hasta los codos y una mano puesta sobre la frente como visera. Le sonrió a Alex cuando ambos se encontraron a medio camino y se abrazaron, golpeándose la espalda suavemente en el proceso. Su risa feliz llegó hasta mí y todo, por un único segundo, se sintió igual que en el pasado; cuántas veces esa carcajada me había pertenecido, cuántas veces solo había sonreído para mí.

La nostalgia por lo perdido me inundó, pero solo me duró hasta que la mirada de James se desplazó por el recinto en busca de su mejor amigo. Fue en ese instante que Derek me dio un empujón y me ocultó detrás del árbol. Tropecé con una raíz alta, alcanzando a afirmarme del tronco para no caer, y me quedé oculta ahí con el corazón acelerado, mientras Derek asentía ligeramente con la cabeza hacia mí y a continuación se iba a encontrar con James.

No me lo podía creer, Derek me había salvado, había evitado el terrible encuentro. Pero ¿por qué? Yo no me tragaba su acción de héroe desinteresado, debía estar planeando algo mucho peor.

—Oye, James, te tengo una sorpresa —dijo Derek como saludo. Viste, ahí estaba su naturaleza de rata de alcantarilla: solo me había escondido para que el

reencuentro fuera más espectacular. Me cago en Blair. No alcancé a oír la respuesta de O'Connor—. Está detrás del árbol, estoy seguro de que te va a encantar. Como única pista: tiene algo de color rojo.

Tenía que escapar ahora, ¿pero dónde? Inspeccioné el lugar rápidamente para encontrarme con metros de pasto y una piscina. Era obvio lo que tendría que hacer si quería salvarme. No lo pensé dos veces y me puse a correr por el pasto cortado al ras y de un salto hice ¡splash! Caí en una piscina que tenía agua solo hasta la altura de mi pecho y me quedé en el centro tiritando con el vestido flotando a mi alrededor, el tiempo de espera fue eterno.

—¿Sabes que se te ve todo?

Solté un chillido de pánico, buscando al dueño de la voz. Resultó ser Blair, que estaba en la orilla con las manos en los bolsillos del pantalón y el cabello mal cortado cayéndole por un costado del rostro. Debía admitirlo con el dolor de mi alma, pero se veía bien, casi misterioso.

—Eh, estamos solos.

No confié en él y busqué a James con la mirada; al no encontrarlo, me dirigí a él.

—¿Dónde se fueron?

—Notarás que soy tan buena persona que para AYUDARTE a escapar, los mandé al restaurant del condominio a pedir comida.

—¡Ni empieces con lo de sir Derek Blair, que tú lo mandaste hacia mí y por eso me tuve que lanzar a la piscina! Lo mínimo que podías hacer era ayudarme.

—Tranquila, bestia marina, si ya vine a rescatarte.

—Me rescato yo solita sin ayuda de nadie. Y no me digas bestia marina, orangután sin neuronas.

—Eh, no puedes prohibirme decirte bestia marina, que ahí en el agua con el vestido azul flotando pareces una mutación genética entre una manta rayas y un pulpo. —Le lancé agua con las manos. Se apartó riéndose—. ¿Es ese acaso tu cortejo? ¡Sálvame, Superman, una bestia marina quiere aparearse conmigo!

—¡Argh, Derek!

Negó con su dedo índice mientras chasqueaba con la lengua.



—Ts, ts, conmigo no van a servir esos ruidos de apareamiento para conquistarme.

Desistí de intentar mantener una conversación civilizada con alguien que no hablaba mi mismo idioma. Ignorándolo, caminé hacia las escaleras para salirme. Pero claroooo, tuvo que seguir molestándome.

—¿No puedes apurarte? A ese paso van a volver y tú todavía estarás ahí chapoteando.

—¡Disculpa, Einstein, pero, por si no lo habías notado antes, en el agua uno avanza más lento!

Comencé a aletear con los brazos para apurar el asunto.

—¿Estás nadando o la bestia marina está en una danza de apareamiento?

Dios mío, qué irritante era ese hombre; contar hasta cien era poco para evitar no estrangularlo a la menor provocación.

Por fin llegué hasta las escaleras y subí con el vestido pegándose a cada curva de mi cuerpo. Derek se quedó en silencio unos segundos cuando me planté frente a él, orgullosa de lo que dejaba entrever. Yo era fabulosa.

—Que James ni te vea así.

Apoyé la mano en mi cintura y con la otra mandé mi cabello detrás del hombro.

—¿Es porque me veo sensualmente irresistible?

—No, es porque podría confundirte con Sullivan de Monster Inc. y perderías todas tus oportunidades con él.

Me tiré hacia él para hacerle un tacle y mandarlo a comer tierra, pero me esquivó a último segundo y pasé corriendo por su lado, mientras exclamaba «¡Olé!» y fingía sostener una tela en sus manos.

—¡Felicidades! —dijo Blair—, has *digievolucionado* de monstruo marino a toro.

No fui capaz de soportarlo un segundo más y me largué hacia el departamento caminando como, bueno, toro iracundo.

—Hey, peli-peli.

El escuchar ese sobrenombre después de tanto tiempo, hizo detenerme y girar hacia él, que seguía a un costado de la piscina con su cabello desordenado. Se quedó simplemente mirándome sin decir nada.

—¿Qué ibas a decir?

—Me alegró saber que estás bien.

Bufé.

—Sí, cómo sea. Adiós.

No me detuve hasta que llegué al pasillo donde estaba el departamento de Alex, porque justo en el departamento de enfrente estaba la chica de la universidad, esa del stand con un nombre extraño como Shandel o algo así, y llevaba consigo a Gruñón en los brazos.

—¡Oye, ese es mi gato!

El desgraciado parecía demasiado a gusto en brazos de una desconocida.

—Disculpa, ¿a ti te conozco?

—Sí, efectivamente. —Continuó inmutable, por lo que tuve que aclararle—. Hace un par de horas atrás, en la Universidad del Estado.

—Ah, la que iba amarrada.

—Sí, algo así. Ahora, ¿me devuelves mi gato?

Lo apretó hacia ella de manera protectora.

—¿Cómo sé que es tuyo? Lo encontré abajo y muy asustado detrás de un arbusto.

—Eso tiene una explicación muy lógica.

—¿Cuál?

De ningún modo podía decirle que Gruñón había salido volando por la ventana de un departamento ubicado en el tercer nivel, porque me lo quitarían y no lo vería más; solo dije una verdad a medias.

—Mira, nosotros no somos de aquí.

—Así veo —contestó, echándole una mirada crítica a mi aspecto mojado. Genial, primero me veía empapada en aceite de motor y ahora mojada, ¿qué seguiría en la lista? ¿Alcohol? Bueno, eso no era tan mala idea.

—Y cuando lo bajé del auto, se me escapó. Lo he estado buscando por todas partes, incluso pensé que se había caído a la piscina y por eso, ves, mi apariencia.

—¿Y cómo sé que es tuyo?

Apunté a Gruñón.

—Mírale la placa, dice Gruñón.

Lo hice y me tendió a Gruñón sin mucho ánimo. Lo agarré, lo apreté con fuerza y besé.

—Te amo, Gruñón.

Me bufó y se soltó de mis brazos con uñas y dientes. Una vez en el suelo, volvió corriendo hacia Shandel y se refregó en sus piernas. Ella lo alzó en brazos.

—No parece quererte mucho...

—Estoy acostumbrada, es algo que me sucede con todas las criaturitas del Señor —dije, acercándome a la puerta de Alex y maravillándome por encontrarla abierta. ¿Es que nadie ahí se preocupaba porque alguien le robara?

Iba a quitarle a Gruñón para entrarlo al departamento, cuando ella se me adelantó y me bloqueó la entrada con su cuerpo.

—¿Qué haces? —pregunté.

—¿Qué haces tú? ¡Eres una ladrona!

Solté un jadeo.

—¿Ladrona yo? ¡Tú lo serás!

—No soy yo la que está intentando entrar a una casa que no le pertenece.

—¡Aquí vive mi mejor amigo!

—También el mío.

Impacto. ¿Esa chica también era amiga de Alex? ¿Es que medio mundo era amigo de Alex y yo no tenía idea? ¡Yo creía que él era solo mío! No era justo que él fuera el de los mil amigos y yo de los ceros, nada.

—¿Cómo se llama la persona que vive aquí? —preguntó.

—Si respondo —intenté parecer una persona suspicaz—, ¿cómo sabré que no eres una ladrona que intenta aprovecharse para sacarme información?

Con Gruñón en brazos, apuntó a la puerta abierta de su departamento.

—Eh, porque yo vivo ahí y trabajo en la Universidad del Estado, no puedo ser yo la ladrona.

Me apunté el pecho.

—Y yo soy estudiante de la UE, ¿no merezco el mismo trato?

Otra vez nos mantuvimos en silencio, buscando la debilidad de la otra.

—No me simpatizas. —Repentinamente un deseo por marcar territorio, me invadió y fui incapaz de controlar el vómito verbal—. Alex es mío.

Shandel siguió imperturbable.

—¿Ustedes están saliendo?

Apreté los labios.

—Bueno, técnicamente no. Es mi mejor amigo.

—Si se supone que tú eres su mejor amiga, ¿por qué nunca te ha mencionado?

Ajá, yo estaba a punto de ganar la batalla.

—¿Y cómo sabes que no lo ha hecho?

—Porque nunca ha dicho «Tengo una amiga llamada Leah» o «El otro día Leah...» o «Leah dice...». Leah nada, como verás.

La maldita recordaba mi nombre.

—Alex quería proteger mi identidad. —Sí, cómo no, más sonaba a que Alex no quería reconocerme como mejor amiga frente a sus amigos con dinero—. Oye, mira, si quieres entra al departamento y encontrarás una habitación que pone Muriel y una mochila que...

Perdí la voz de pronto. ¡Mi bolso! Había olvidado por completo que mi mochila había salido volando por la ventana junto con Gruñón y... ¡toda mi documentación estaba ahí! Tenía que ir a recuperarla ahora. Le quité rápidamente a Gruñón y lo empujé dentro del departamento de Alex, luego cerré la puerta y me fui volando por el pasillo, dejando plantada a una shockeada Shandel. Tomé el ascensor, llegué al primer piso y me fui directo a los arbustos

donde había encontrado mis calzones. No demoré en encontrarla entre los arbustos y la enorme palmera. Más tranquila por haberla recuperado sin ningún percance, me la colgué a la espalda justo cuando unas voces se acercaban a mí provenientes desde un costado del edificio. Las identifiqué de inmediato. Eran ellos, ellos venían, ellos estaban a la nada misma de doblar en la esquina y encontrarse conmigo. Ay, no, ay, no, ay, no, de nuevo no, de nuevo no, por qué, por qué, por qué yo, por qué yo, Diosito, siempre yo, yo, yo, todo me pasaba a mí.

Hice un rápido cálculo mental para ver si alcanzaría a llegar a los ascensores sin ser descubierta, pero no, con mi desplazamiento de tortuga y una mochila medio desarmada colgando de mi espalda, mi velocidad no superaba a la de una hormiga. Con un suspiro resignado, me lancé a los arbustos, escondiéndome en el pequeño espacio entre la pared del edificio y las ramas. Me estaba acomodando cuando doblaron por la esquina y me quedé pegada a la pared como la lagartija que estaba a mi lado.

—... que deberíamos ir al pub. —Ese era el ebrio de Blair.

—¿Tan temprano? —Alex.

—Nunca es demasiado temprano para beber. —De nuevo Derek—. ¿Qué dices, James? —No hubo respuesta—. ¿Viste, Alex? James dijo que sí.

—Se encogió de hombros, eso no es un sí.

—En nuestro idioma sí. Y no se diga más, iremos a beber.

—Lo que tú digas —se resignó Alex. Su voz ya era casi inaudible para mí—. ¿Por qué estás tan callado?

—Es porque creyó ver una cabeza pelirroja —contestó Derek—. Amigo, eres tan...

Se habían alejado al punto que ya se me hizo imposible seguir escuchándolos. ¿James me había visto? ¿Me había visto y no... no había corrido a buscarme? La decepción por él no debería sentirse tan amarga cuando se había saboreado tantas veces.

El celular sonando dentro de mi bolso mató todos los pensamientos de mi cabeza. Busqué el aparato entre el calzón y la camiseta que no habían salido volando.

«Alex llamando». Contesté tras toser para encontrar mi voz perdida en el «¡James-me-vio-y-no-me-persiguió!».

—¿Aló?

Alex justo parecía estar hablando con otra persona.

—... paren un momento, estoy llamando a alguien.

—¿Alex? —repetí.

—Sí, sí, lo que tú digas, Derek, pero... espérame, te dije. No, quédate ahí, ¡que me estoy alejando para hablar tranquilo! ¿Acaso no puedo? —Alguien comentó algo y luego se oyeron pasos, seguramente de Alex moviéndose para tener privacidad—. ¿Leah?

—¿Alex, me escuchas?

—Sí, ¿dónde demonios estás?

—¿A qué te refieres?

—A que fui a saludar a James y cuando me giré habías desaparecido.

—¿Quieres saber dónde estaba en ese momento o dónde estoy ahora?

—¿Ahora?

—Escondida detrás de un arbusto.

—¿Pero qué haces...? Ah, olvídalo, solo quiero saber si estás bien.

—Sí. ¿Me llamabas para preguntar eso?

—No. —Pausa—. Con los chicos iremos a un bar, ¿vienes?

Ahora yo hice una pausa, mientras apegaba mis piernas al torso para mantener el calor; el vestido mojado empezaba a pasarme la cuenta con respecto al frío.

—Verás, Alex... mm... ¿cómo te lo digo? Mm, es que... mm...

—¿*Es que* qué?

—Como que... mm... no quiero... mm... ir.

—¿Por qué?

—*Because...* —Me percaté de inmediato del error—. Lo siento, es que algunas veces aún se me confunden los idiomas.

—Leah, responde.

—¡Es que no me caen bien tus amigos!

—¿Cómo pueden caerte mal si no los conoces?

Cerré los ojos levemente con dolor y apoyé la cabeza en la pared, justo a diez centímetros de la paralizada lagartija. Le soplé y se fue corriendo hacia arriba.

—¿Leah?

—¡Estoy meditando! Dame unos segundos, ¿quieres?

¿Debía o no decirle a Alex la verdad? ¿Debía o no debía? He ahí el dilema. Sí, tenía que hacerlo, Alex se merecía la verdad. Era mi mejor amigo y el chico que me gustaba. ¿Quién más que él podía entender? A la mierda, le iba a contar todo... mm, pensándolo mejor, no, mejor dejémoslo a que solo iba a contarle lo esencial.

—Alex —comencé—, hay algo que no te he dicho y que llevo ocultando por mucho tiempo.

—Me estás preocupando.

—Es difícil de contar.

—¡¿Qué?!

—De verdad que es difícil de decir porque me trae muchos recuerdos.

—Leah, solo dilo.

Tomé aire.

—A Derek y a James ya los conocía.

Hubo un silencio demasiado largo.

—¿A Derek y a James? ¿Pero cómo los...? Ah, ¿te acostaste con uno de ellos?

Solté una mezcla de chillido y resoplido culpable.

—¡Eh, no! Iugh, soy la virgen Maleah, ¿recuerdas?

Claro, iugh solo porque James se había hecho el difícil.

—¿Del internado entonces?

—Es impresionante que hayas pensado primero lo del sexo y luego lo del internado.

—Dijiste que era difícil de contar.

Puse los ojos en blanco.

—Como sea.

—¿Entonces los conociste en el internado?

El sentimiento de pesadumbre volvió a mí.

—Sí, y sabes cómo terminó todo eso y... y reencontrarme con ellos fue traer consigo todos esos malos recuerdos, ¿entiendes? Y no quiero, por eso me fui y... y ya sabes la verdad.

—Entiendo... entonces, me despediré de ellos e iré a...

—¡No! No, no te preocupes, Alex, anda con ellos.

—¿Cómo?

—Que vayas con ellos al pub, yo me iré a casa, no te preocupes.

Se alteró ligeramente.

—No, no, no, no, tú no te vas a ninguna parte.

—Alex, de verdad que estoy bien, nosotros siempre nos vemos. Descuida, anda con tus amigos.

Vaya, eso había sonado como la novia celosa que dice «Sí, anda con tu amiguita (la perra) no más, si yo no tengo niiii uuuuuuun problema».

—Pero, Leah...

—Ya te dije, anda. Pásalo bien.

—Leah, vinimos juntos y...

—Debemos separarnos. Ni que fuéramos siameses.

—Pero eres mi mejor amiga.

¡Argh, *friendzone*! Eso fue la gota que rebalsó al vaso.

—Ya te lo dije, Alex. Anda, ¿está bien? Hablamos mañana. Adiós.

Colgué bastante mosqueada conmigo misma por molestarme cada vez que



Alex mencionaba la palabra *amiga*, cuando la realidad era que yo, efectivamente y por mucho que deseara ser algo más, era únicamente su mejor amiga.

Con cierta sensación de derrota en el corazón, subí al departamento para ir a buscar mis cosas y marcharme de ese espantoso lugar repleto de coincidencias, pero el cansancio me venció y, lo que pretendía ser solo un descanso, pasó a una eterna siesta en el sillón.

## Dime, ¿era ella?

El estruendo de la puerta estrellándose contra la pared me despertó de un salto que me hizo aterrizar en el suelo. Todo a nuestro alrededor era oscuridad: había caído la noche mientras dormía; pero a ninguno de los intrusos le importó, porque no encendieron ninguna luz y entraron a la casa como un vendaval, empujándose, chocando con todo y riéndose. Era obvio que estaban borrachos y que se lo estaban pasando bomba. Me disponía a ponerme de pie para ir a tirarle una oreja al culpable (que debía ser Alex) cuando empezaron a hablar. Oh, no, no, no, de nuevo no, por el amor de todos los dioses. Me quedé tendida en el suelo, cubriéndome la cabeza con los brazos porque, claro, si me iban a encontrar, que fuera en una patética postura.

—Necesito tomar algo —dijo Derek.

Risas.

—¿Más todavía? —preguntó Alex.

Nada me podría preparar para el choque de emociones que tuve al escuchar nuevamente la voz de James O'Connor tan de cerca tras año y medio.

—No te impresiones, mira que Derek sería capaz de beberse hasta el agua del florero.

Lo que sentí en ese preciso momento fue tal como lo que la gente siempre describe al hablar de reencuentros y mundos detenidos pero mucho peor, mucho, mucho más intenso. Fue como un disparo directo al corazón.

—Meh, no quiero agua, quiero florero... no, espera, es al revés, ¿cierto?— dijo Derek.

Más risas relajadas, esas ebrias que encuentran la diversión hasta en lo más mínimo.

A continuación se oyeron empujones, el agua corriendo de la cocina y alguien

rebuscando algo en el refrigerador.

—Alex, apestas como dueño de casa —bromeó James—, no tienes ni medio pan para comer.

—Eh, James, el pan no se guarda ahí —informó Alex.

—¿Ah, no?

—No.

—Derek, ¡hemos vivido equivocados toda nuestra vida!

Se cortó el agua de la llave.

—¿Por qué?

—El pan no se guarda en el *refifegador*... —James intentó otra vez—. *Re-fri-fegador*... ¡Ah! *Re-fi-re*... ah, olvídalo.

—¿Cómo que no? Y es *refrifera*... Ag, me pegaste la estupidez.

Alguien salió del área de cocina y pasó por al lado del sofá donde yo me ocultaba.

—¿Adónde vas? —quiso saber Derek.

—Al baño —contestó Alex.

A continuación se abrió y cerró una puerta. No había pasado ni medio segundo cuando se oyó un estruendo: parecía ser que alguien había chocado contra un mueble de la cocina. Hubo un momento de silencio que rompió James al hablar con un tono considerablemente bajo; estaba en extremo borracho, eso se podía escuchar en su voz pastosa y en su lengua que tropezaba y daba demasiadas pausas.

—Tengo que saberlo... no he sido capaz de... tú sabes, he pensado en ella todo el día.

¿Ella?, ¿ella? ¿Existía un *ella* para James? ¿Sería Bella? No, no podía ser ella, no se atrevería después de todo lo que me había hecho, ¿cierto? ¡¿CIERTO?!

—¿Qué cosa?

—Dime, ¿era ella?

—¿Quién?

¡Sí, ¿quién era esa maldita?!

—Sabes de quién estoy hablando, ¿era ella?

¿PERO QUIÉN DEMONIOS ERA ESA *ELLA*?

—No sé...

Golpe contra el mueble que mandó a callar a Derek de inmediato.

—No te hagas el desentendido. ¿Era ella o no?

Hubo una larga pausa con la que creció la tensión. Muriendo de curiosidad, me atreví a levantar la cabeza lo suficiente para ver qué estaba pasando en la cocina. La puerta del refrigerador estaba abierta, lo que iluminaba el lugar lo suficiente para verlos. James tenía arrinconado a Derek contra la encimera del fondo, dejando a la vista la espalda de James y parte del rostro de Derek. Uh-oh, la discusión parecía interesante.

—Dímelo ya, ¿era ella? —insistió James, apartándose de su amigo para tomar asiento en la encimera con aire miserable.

Tanto James como yo esperamos una respuesta que Derek se negaba a dar, solo se limitaba a analizar con sus profundos ojos café cada minúsculo sentimiento expresado en el rostro de James. Finalmente, cuando parecía que iba a hablar, se escuchó el estruendo de la cadena del baño y al segundo salió Alex. Ante ese cambio de situación, James permaneció sentado en el mueble, pero Derek se acercó al refrigerador y fingió buscar algo. Yo, al mismo tiempo, apoyé de nuevo la cabeza en el suelo.

—Oigan, me voy a cambiar la ropa —dijo Alex desde el pasillo—. Huelo a la cerveza que Derek me echó encima.

—Apúrate para que juguemos luego al FIFA y los destroce.

—Lo único que terminarás destrozando, Derek, es el baño si combinas la cerveza con esa leche.

Tras su comentario, Alex se fue a su cuarto y cerró la puerta.

James, que se había mantenido en silencio, continuó su ataque contra Derek como si no los hubieran interrumpido. Alcé la cabeza para seguir viéndolos.

—Derek, de verdad que necesito saberlo, por favor.

Con un largo suspiro, Derek dejó una leche en el refrigerador y se apoyó en la

puerta abierta, como si necesitara ese apoyo para hablar.

—Se supone que la habías dejado ir, James.

Con un dedo, James acarició la mesa con aire de niño reprendido por su mamá.

—Solo quiero saber si es ella o no, nada más.

—¿Por qué? ¿Para qué? ¿Saberlo cambia algo?

—Muchas cosas.

—¿Cuáles?

James se bajó de la encimera y empezó a pasear por la cocina, demasiado abstraído en sus pensamientos como para levantar la mirada del suelo y verme. Se detuvo en mitad de la cocina.

—Derek, por favor, soy tu mejor amigo, ¿acaso no merezco tu sinceridad? Solo dímelo ya, ¿era Leah la chica de la mañana?

Uh-oh, así que yo era la maldita perra desgraciada de *ella*, lo que significaba... ohnononononononononono. Derek me iba a delatar, su lealtad estaba con su mejor amigo, no conmigo.

—Te lo diré cuando me digas para qué quieres saberlo.

—Porque... —La voz de James se perdió.

—¿No me digas que la extrañas todavía?

Antes de responder, James soltó un suspiro frustrado y se pasó la mano por la cabeza, como si quisiera espantar los malos pensamientos.

—No es por eso.

Había evitado responder, James había evitado la pregunta y eso solo podía significar una cosa: no quería confesar que todavía me extrañaba.

James me extrañaba.

A mí.

Todavía.

—¿Entonces para qué demonios preguntas tanto por Leah?

—¡Porque le hice daño! ¡La destruí, Derek, le destrocé la vida por puro

egoísmo!

Derek se acercó a James y le puso la mano en el hombro.

—Es Leah de quien hablamos, ¿crees acaso que ese monstruo pelirrojo es fácil de destruir?

Se apartó de Derek con aire molesto.

—¿Estás diciendo que no le hice nada?

—No, pero no tanto como destruirla.

Fue como ver a un volcán entrar en erupción.

—¡Ella se fue del país, Derek! —exclamó James con tono bajo, pero potente—. La atacaron dos veces, dos veces y aun así se arriesgó a quedarse por mí... ¿y yo cómo le correspondí? ¡Diciéndole que estaba comprometido con su mejor amiga! Dime, si eso no es destruir a una persona, ¿qué es para ti entonces?

—Ya, lo entiendo, pero ¿qué harías si la chica de la mañana efectivamente fuera ella?

—Le pediría disculpas.

Pausa hasta que James miró a Derek.

—James, quieres pedirle disculpas, pero para eso... no sé, como que estás suponiendo que Chewbacca se va a encontrar contigo y que, además, va dejar que le hables.

—Bueno, eso espero...

—Amigo, es de Leah de quien estamos hablando, de ese monstruo antipático, malhumorado y rencoroso... —Se rio. Vaya que me tenía aprecio ese sujeto—. Hombre, tienes suerte si es que logras acercarte a veinte metros de ella sin morir en el intento.

Eso era muy cierto. Incluso veinte metros era muy poco.

—¿Tú crees? ¿Entonces darle un abrazo sería mala idea si me la llego a encontrar alguna vez?

Derek se rio.

—Sí, cómo no. La única manera de que ella volviera a tocarte otra vez sería con un palo.

—Un palo no es tan malo, ¿no?

—Un palo con púas, James. Ella solo volverá a tocarte con un palo con púas y con el cual pueda golpearte.

Debía admitirlo, cuánto me conocía ese Blair, mucho más que el idiota de O'Connor, eso estaba claro. O sea, ¿un abrazo? Si se atrevía a hacerlo, Demetrio jamás volvería a procrear a Demetrios Jr., juramento de ardilla exploradora.

—Pero yo solo quiero hablar con ella. —Se encogió de hombros derrotado—. Ya sabes, quiero saber si está bien, si está con alguien. Si... quiero saber si es feliz, nada más.

¡Demonios, estaba liquidada! Porque después de eso, ¿cómo Derek podría mentirle y decirle que yo no era la chica de la mañana? Era obvio que James quería cerrar un capítulo conmigo, cuando yo ni siquiera quería escribir el título de ese libro.

Entonces, Derek por fin habló:

—No.

—¿No?

—A la chica de la mañana no la conoces, es una amiga de Alex.

Le había mentido, Derek le había mentido a James. *Baia, Baia*, el perfecto matrimonio Jarek estaba llegando a su fin.

—Pero era pelirroja —objetó James débilmente.

—Al igual que cualquier mujer que va a la peluquería y escoge ese color.

—¿Entonces no era Leah?

—Lo siento, pero no.

Algo debió ver Derek en el rostro de su amigo, porque se le acercó para darle unas palmadas en la espalda.

—¿Sabes? —comenzó James con voz ahogada—. De verdad quería que la chica fuera Leah.

¡Ya, basta! ¡No podía más con eso! La situación me había superado. Todo parecía una utopía de lo más ilógica y divertida. ¿Tu ex arrepentido por haberte engañado? ¡Eso solo ocurría en las películas, no en la maldita, triste y traicionera

vida real!

Tenía que irme de ahí, ya no lo soportaba un segundo más. Y ese era el momento perfecto para hacerlo, tenía que aprovechar que James me estaba dando la espalda.

Era ahora o nunca.

Me puse de pie.

Derek soltó un jadeo sorprendido.

—¿Qué te p...? —James se fue a girar al ver la expresión de terror de su amigo, pero Derek lo agarró de la nuca y estrelló su cabeza contra su hombro, abrazándolo con el otro brazo como si quisiera atrapar un tiburón—. Derek, ¿qué haces?

—Abrazarte. —James luchó para soltarse—. ¡No te muevas, necesitas de mi consuelo! A menos que... hombre, ¿me estás rechazando? ¿A mí? Pensé que teníamos algo real, que lo nue... —James lo interrumpió en seco y con voz ahogada:

—Ya, ya, hazlo, pero cállate.

A pesar del momento y el exceso de información no autorizada que confundía a mi cerebro, una sonrisa burlesca se formó en mis labios al mirarlos ahí abrazados; tenía que admitirlo, James y Derek hacían una bonita pareja. *Otsea, Jarek is real y sigue vivo 4ever.*

No me percaté de que llevaba varios segundos detenida *shippeandolos*, hasta que Derek me fulminó con la mirada y apuntó la puerta con un leve movimiento de cabeza. «¡Vete!», decía, «¡y ya!». Tuve que sacarlos de mi cabeza y ponerme en marcha. Como no habían cerrado la puerta del departamento tras su ingreso escandaloso, pude salir sin hacer ruido

Una vez en el pasillo, me quedé paralizada analizando la situación. No tenía dinero, ni teléfono, ni a mi gato, por lo que no me quedó más que hacer algo que nunca habría hecho en otras circunstancias: golpeé la puerta del departamento del frente. A los segundos apareció Shandel en la entrada. Iba con el cabello mojado, peinado hacia atrás y ropa de estar por casa.

—Te ves como un estropajo roñoso al sol —solté sin pensarlo.

—Qué manera más elegante para decirle a alguien que está horrible.



—Intentaba ser delicada, ¿okey? —Hice un ademán con la mano para restarle importancia—. Pero no vine para eso. —Me percaté de mi mala educación y le tendí la mano porque, qué demonios, me daba flojera besarle la cara como saludo—. ¡Hola! Te acuerdas de mí, ¿cierto?

Pestañeó confundida. Mi mano quedó tendida, por lo que lentamente, para que pasara desapercibido el desaire y la humillación, la fui dejando caer.

—¿Por qué no te recordaría?

—Porque, no lo sé, ¿podrías tener Alzheimer! *Whatever*, necesito pedirte un favor. ¿Puedes llevarme a mi casa?

—¿Qué?

—Que necesito que, por favor, por favor, por favor, me lleves a mi casa. Por favor.

—¿Que te lleve a tu casa? —Asentí. Soltó un jadeo flojo—. No.

—¿Por qué? —gemí.

—Porque no te conozco.

—¿Cómo que no?

—No.

—Pero yo me sé tu nombre y tú el mío, eso es suficiente, ¿no?

Se cruzó de brazos.

—¿Quién te dijo que sabías mi nombre?

—¿Cómo que no? Shandel.

—Viste, no te sabes mi nombre.

—Estás mintiendo. Tu camiseta en el stand decía que te llamabas Shandel.

—Mi nombre es Shanelle. No Shandel.

Ciento cincuenta puntos menos para Gryffindor.

—Pero soy amiga de Alex —susurré débilmente, apuntando hacia atrás.

—Amistad de la que no estoy enterada. —Soltó un largo suspiro—. Sabes, estoy cansada. Mi respuesta es no. —Agarró la puerta y fue a cerrarla en mi cara—. Adiós.

Metí el brazo en la entrada para impedir el cierre. Chillé como puerco atrapado al recibir el apretón.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —jadeó asustada.

Llevando mi brazo adolorido y machucado hacia el pecho, lo acuné con lágrimas muy reales. Me dolía mucho; para la próxima lo pensaría dos veces antes de ocupar mi brazo como artículo que impide el cierre de una puerta.

—Lo siento, lo siento mucho —insistió. Mi piel adolorida agradeció verla descolgar unas llaves de un perchero—. Te llevaré a tu casa, no te preocupes. De verdad que lo siento, ¡no debiste haber hecho esa estupidez!

—Estaba desesperada —confesé.

—¿Tanto? —preguntó incrédula, pasando un brazo por detrás de mi espalda para que avanzáramos por el pasillo hacia los ascensores—. ¿Te duele mucho?

—Probablemente me harán una amputación.

Se detuvo y apuntó hacia atrás.

—Iré a buscar hielo.

—No, no —la agarré antes de que se escapara—, nada de hielo, solo llévame a casa.

—Okey.

Mi plan imprevisto y desesperado de dejarme destrozar el brazo para ocasionar culpa con favores de regreso (no sexuales, mentes pervertidas), salió a la perfección y Shandel, digo, Shanelle terminó llevándome a mi casa en su Mini Cooper.

Llevábamos unos minutos en el auto cuando no lo soporté más y me puse a buscar mi celular; necesitaba información de la amistad de Alex, James y Derek y las redes sociales me la entregarían. Rápidamente recordé que no lo tenía: se me había quedado en el departamento de Alex.

—Una consulta —comencé rompiendo el hielo—, ¿podrías prestarme un momentito tu celular?

—¿Necesitas llamar a alguien?

—Necesito buscar una información en la página del hospital donde me atiendo —mentí—. ¿Puedo usarlo?

Apuntó a la guantera.

—Claro, está ahí. 1990, con eso desbloqueas la pantalla.

Fue tal como me dijo. Con el celular a mi disposición, me acomodé ligeramente hacia ella para que no alcanzara a ver lo que hacía. Maravilla de maravillas, sus redes sociales estaban abiertas. Rápida y automáticamente mis dedos escribieron James O'Connor y tras unos segundos de espera brilló en la pantalla su perfil. Meses habían transcurrido desde la última vez que me había metido a curiosear ahí, porque en su tiempo me había obsesionado tanto que tuve que verme en la obligación de bloquear su perfil para no seguir enfermándome con la idea de él. Como era obvio, su foto de perfil había cambiado; ahora tenía una imagen en blanco y negro, donde miraba fijamente a la cámara con un cigarro encendido en la comisura de los labios, llevaba pelo mojado y peinado levemente hacia atrás. Fruncí el ceño. ¿Desde cuándo que O'Connor fumaba (cigarrillos)? ¿Sería simplemente un amague para la foto o había cambiado tanto que ahora no le importaba llenar sus pulmones con ese humo asqueroso que siempre había detestado?

Deslicé la página hacia abajo y leí su última publicación que decía «El pasado te condena». Tenía unos ciento cincuenta comentarios y la gran mayoría eran de mujeres, excepto uno de Alex que decía «Deja de subir fotos y contesta el celular» y uno de Blair que había puesto «Marica», muy típico de él. Como no quería seguir perdiendo el tiempo y tamaña oportunidad de espiar, me fui a la pestaña «Amigos» y busqué «Alex Cromwell», que me aparecía con amigos en común a James O'Connor y Derek Blair. Shanelle no mentía: tenía a los tres como amigos.

Le di clic al perfil de Blair, que tenía una foto en la que salía con O'Connor y una chica con un escote tan pronunciado que prácticamente le veían los pezones, cuando Shanelle me habló:

—¿Encontraste lo que buscabas?

—Sí, sí, ¡muchas gracias!

Cerré de inmediato todo, bloqueé el celular y lo dejé en la guantera. El resto del camino lo hicimos en silencio, hasta que ella se detuvo frente a mi casa y yo me dispuse a bajarme del auto.

—Leah.

Solté la manilla.

—¿Eh, sí?

—Te mentí. —Fruncí el ceño. Ella tamboreó el manubrio con los dedos—. Mira, había oído hablar de ti antes...

—¿Cómo antes? ¿En el stand?

—No, me refiero antes, por eso me quedé mirándote en el stand.

Ah, así que no estaba enamorada de mí. Me llevé una mano al pecho.

—¿Te refieres a mí?, ¿me conocías? —Asintió—. ¿Y quién? Me refiero, ¿quién te habló de mí?

—Alex —solté un respiro de alivio demasiado pronto porque siguió— y James.

—¿¿Qué?! ¿Tú y ellos...? Digo, ¿los conoces? —pregunté haciéndome la sorprendida. Asintió—. ¿A ambos? —Repitió el gesto.

Un momento, había cosas que no calzaban. ¿Cómo ella podía ser amiga de los dos y que ambos le hubieran hablando de mí, pero aun así Alex no supiera que James y yo habíamos tenido algo? No, no, nada calzaba, era como si intentara meter un pie enorme en un zapato de niño.

—Oye, una consulta así como de curiosa solamente... dime tú, bueno, como eres amiga de los dos y todo eso... dime, solo si quieres responder y sin nada de presión, por lo que siéntete libre de no querer contestar... pero dime, ¿Alex sabe lo que tuve con James?, te agradecería si dijeras si «sí-sí o sí-no».

—¿«Sí-sí o sí-no»?

—Ya sabes, «Sí, Alex sí sabe» o «Sí, Alex no sabe».

—Eso no tiene sentido.

—¡Solo responde! —Solté una risa al percatarme de mi tono cortante—. Solo responde si quieres, porque, claro, tú, ya sabes, decides.

Estuvo un par de segundos mirando el camino sin decir nada.

—Déjame decirlo de una manera sencilla para que tú misma te des cuenta —comenzó.

—No quiero darme cuenta de nada, solo respuestas. Y directas, muchas

gracias. Y, por favor, gracias.

Siguió sin hacerme caso.

—Leah, ¿de verdad crees que Alex no sabe que tuviste algo con James si sabes que son amigos?

Ella tenía un punto muy bueno.

—Pero Alex nunca me habló de James.

—Tal vez lo olvidó.

—O tal vez me mintió. —Maldito, ya se empezaba a repetir la historia de mis amigos mentirosos. ¿Es que acaso la gente creía que si me decía la verdad me saldrían culebras de la cabeza y se convertirían en piedra? Yo era una arpía, no Medusa—. Los amigos mienten.

Se quedó perpleja.

—¿Qué clase de amigos hacen eso?

Algunos, ¡como la maldita de Bella, por ejemplo!

—Eh, ¿los amigos en general? —dije—. De hecho, ¿sabías que hay un estudio que dice que las personas no pueden pasar más de diez minutos hablando sin mentir?

—Eso significa que me has mentido entonces.

Sonreí inocentemente.

—¡Cómo crees! Jaja, ¿yo? ¿Mintiéndote? ¡Imposible! Soy conocida como la santa Maleah... Ma-lía, ¿lo entiendes? Okey, no, olvídale... y como la santa que soy, no miento —*mucho*, pensé.

Quise retomar la conversación pero me había distraído.

—¿De qué estábamos hablando? —pedí ayuda.

—De si Alex sabía o no que te habías revolcado con James en el gimnasio.

¿Realmente había oído bien?

—¡Él y yo nunca tuvimos sexo! —chillé.

Claro, ahora me hacía la mojegata, por puro que el otro me había rechazado.

—¿Aquí es cuando superamos los diez minutos de conversación y mientes?

Quedé perturbada por su atrevimiento.

—Puede que él y yo sí nos hayamos revolcado —confesé—, ¡pero no hubo sexo y no fue en un gimnasio! ¡Ese bastardo no tenía ningún derecho a andar ventilando nuestras *cosas* pasadas, y muy pasadas!

Intenté dejar de lado mi odio, porque tenía que sacarle información a Shanelle sobre... ya lo había olvidado, otra vez.

—¿De qué estábamos hablando?

Puso los ojos en blanco.

—¿Sabes? Te lo voy a resumir en una oración: Alex sabe que tú tuviste algo con James.

Ah, ese era el tema, ¿cómo había sido capaz de olvidarlo dos veces? Reencontrarme con Demetrio me había hecho mal, el impacto había sido demasiado GRANDE. Jaja. Ya, cállate, Leah, demasiados pensamientos por el día.

—¿Y cómo lo supo?

—Porque has salido al baile en nuestras conversaciones más de una vez.

Fue inevitable imaginarme a mí bailando la Macarena sobre una mesa, mientras los demás tomaban el té y hablaban de mí con acento español.

—¿Han hablado de mí?

—Sí, sales al baile constantemente.

Ahora me imaginé bailando en bikini con una serpiente en los hombros.

—¿Entonces realmente Alex sabe lo mío y lo del otro? —Asintió.

Dios mío, y pensar que le había mentido a Alex innumerables veces sin tener la menor idea de que el maldito sabía toda la verdad. Tendría que empezar a reducir mis mentiras si quería que mi «¿Me estás diciendo mentirosa a mí? ¿A mí, la que siempre te ha sido sincera cuando todos te mentían?» volviera a tener peso. Bueno, costaría, pero tenía que volver a ser creíble.

—Por cierto, Shanelle, gracias por confiar en mí y contarme esto.

—No hay de qué.

—No, en serio, muchas gracias, cualquier cosa que...

—Sí, como sea, no quiero escuchar otra mentira tuya.

¿Cómo se atrevía a tratarme así?

—¿Me estás diciendo mentirosa a mí? ¿A mí, la que siempre te...?

—Sí, Leah, ya, eres mentirosa y eso el mundo lo sabe. Ahora bájate, que quiero irme a descansar. —Ella me superaba en descortesía, no era posible que yo fuera así de desagradable—. Adiós.

Shanelle partió apenas cerré la puerta, sin siquiera darme tiempo para protestar. ¿Quién se creía esa para tratarme de mentirosa? Aunque, jaja, igual lo era, para qué andaba con tonteras conmigo misma si nadie podía leerme los pensamientos.

Regresé a casa con cierto aire de victoria hasta que encontré a mi mamá sentada en la mesa del comedor.

—¿No ibas a pasar el fin de semana donde Alex? —preguntó al verme.

Obviamente no podía decirle a mi mamá que me había encontrado con mi ex novio, tras todo lo que había sucedido con él. Me vi en la obligación de empezar con una mentira, por lo que no me hacía responsable de qué clase de mentiras diría al pasar los diez minutos de conversación.

—Nah, me enojé con el maldito.

—¿Y por qué?

Le di un beso en la mejilla como saludo y tomé asiento en la silla de al lado.

—Porque se encontró con unos amigos y se emborrachó y tú sabes que yo iugh con eso.

Claro, iugh por puro que nunca me había visto borracha vomitando hasta por la nariz.

Acarició mi cabello con ternura.

—Tan linda y mentirosa que es mi hijita.

¿Cómo lo supo? Por lo menos me había dicho que era linda.

—¡Mamá! —protesté.

Jesucristo, ¿sería posible que me hubiese emborrachado tanto que ni siquiera recordara que mi mamá me había visto en ese estado?

—Leah, cuando mientes miras hacia la derecha.

—¿Y?

—Y lo hiciste.

Apreté la mandíbula. Intenté dejar los ojos paralizados.

—Mamá, nada que ver, estás muy equivocada. Yo odio el alcohol... —  
Vistazo a la izquierda. Okey, por lo menos mis ojos se habían equivocado de  
lado. Doblé mi esfuerzo en paralizar la mirada para no delatarme con lo que diría  
a continuación, llegando a quedar turnia del esfuerzo— y nunca me he  
emborrachado. ¿Viste? Sin miraditas a la derecha.

Le dio un sorbo a su taza de té con tranquilidad.

—Te mentí: miras hacia la izquierda cuando mientes. Por cierto, ¿quién te  
trajo?

Como tenía miedo de mirar a la izquierda, prefería esconder parte de la  
información que mentir.

—Una amiga de Alex.

—¿Y tus cosas?

—¿Qué cosas?

—¿No llevaste ropa para el fin de semana?

Santa cachucha, mis calzones volvían a estar perdidos.

—Ah, sí, ¡ups, se me olvidaron!

—¿Hasta Gruñón?

Me puse de pie de un salto volteando mi silla en el proceso. ¡DIOS MÍO DE  
MI CORAZÓN, HABÍA OLVIDADO A GRUÑÓN! Corrí al teléfono de la casa  
y llamé a Alex. Nada más contestar, grité:

—¡ALEX, SE ME QUEDÓ EL GATO EN TU CASA!

De su lado del teléfono se escuchaban voces masculinas y lo que parecía ser  
alguien relatando un partido.

—¡¿Dónde demonio estás?! ¡Te llamé y llamé y no contestaste!

—En mi casa y no contesto porque mi celular se quedó en mi mochila y mi



mochila está en tu departamento. —Iba a decir algo cuando lo corté en seco—: Alex, rétame en otro momento pero la verdad es que ahora solo te llamé para saber de mi gato. ¿Por qué no me lo pasas para disculparme con él por haberlo dejado abandonado contigo?

—¿Cómo?

—Que quiero hablar con mi gato.

—¿Qué?

—¿Es que estás sordo o simplemente estás actuando como estúpido? Ya sácate la tontera de la cabeza que sabes que soy intolerante a la *lactostupidez*.

Suspiró pidiendo paciencia, después un susurro que sonó como «Quiere hablar con su gato».

Moví el pie, impaciente.

—Los gatos no hablan —me informó.

—No pido que lo entiendas, ni que le busques el sentido, tan solo... ponme a Gruñón al teléfono.

—Gruñón no...

—¡Qué me pongas al gato que quiero saber si está bien!

Otro suspiro.

—James... —llamó y el corazón se me detuvo y el auricular se cayó al suelo. Cuando logré controlar lo suficiente mis manos para que no temblasen como locas, lo agarré... sí, ese gato que está ahí.

Ruido.

—Hey, Derek, ayuda a James.

«¿De quién es este gato?», preguntó James. Gruñón gruñía a lo lejos. «Parece un monstruo».

Derek reía con fuerza. «Se parece a un monstruo marino que me encontré hoy en la piscina».

James: «¿Te encontraste un pescado en la piscina?».

Derek: «Un genio de la lógica, mi amigo».

Alex los interrumpió:

—Oigan, pásenme al gato.

Estuve tentada de colgar, pero como que algo se había ablandado dentro de mí con la confesión de O'Connor de ese día...

—Muy bien, te pondré a Gruñón al teléfono —informó Alex.

Se oyó un sonido y silencio. No me quedó más que entablar una conversación con él.

—Hola, Gruñón —susurré—. ¿Cómo te trata la vida? —Silencio—. Sí, sí, lo entiendo, por supuesto que no estás bien. Sí, es que lo siento, tuve que huir y te quedaste ahí, pero Alex te cuidará bien. —Silencio—. Puedes maullar para decir que me perdonas. —Silencio—. Vamos, Gruñón, solo un miau para saber que no me odias. —Silencio.

Blair comentó: «Esa amiga tuya parece tan loca como la de la tarde», a O'Connor: «¿Por qué Derek la conoce y yo no?», y a Alex: «Porque Derek se la topó por accidente». De pronto, me sentí en la necesidad psicológica de seguir escuchando esa conversación.

—Gruñón, quiero que sigas fingiendo que hablas conmigo, pero quédate calladito para oír, ¿vale?

No recibí respuesta, por lo que asumí que me había entendido.

«Pero es injusto, es a mí a quien le gustan las pelirrojas aunque sean de peluquería», se quejó James a lo lejos.

Alex: «¿De peluquería? Mi amiga es pelirroja desde siempre».

Se quebró un vaso.

«¿Pelirroja natural?», susurró O'Connor.

Alex: «Sí».

James: «Pero Derek dijo que era de mentira».

Derek se hizo el desentendido: «¿Qué? Lo siento, error mío, creí que lo era».

James: «No, ¿sabes qué? Me mentiste adrede».

Alex: «¿Y por qué lo haría?».

James: «Porque vi una pelirroja al lado de la piscina y creí que era una

persona que conocía».

Derek: «Hey, me equivoqué, ¿qué tanto problema hay en eso? Es solo un color de pelo, James».

James: «Tú sabes muy bien por qué te lo pregunté».

Derek: «Para con esa estúpida obsesión de una vez por todas, hombre».

James: «Qué sabrás tú de...».

«¡Basta!», los interrumpió Alex. «Están hablando de mi amiga Leah como si...».

¡Oh, no! ¿Lo había dicho? ¿Realmente a Alex se le había escapado mi nombre?

James: «¡Espérate! ¿Dijiste Leah?».

Ay, no.

A su pregunta le siguió un tenso silencio. Por suerte, Derek salió a salvar la situación:

«Mía, James. Alex dijo “mi amiga mía”. ¿Es que nunca dejarás de escuchar su nombre en todas partes? Amigo, eres patético».

James insistió: «¿Mi amiga mía? ¿Lo dices en serio? Eso no tiene sentido».

Derek: «¿Qué esperas? El hombre no es profesor de castellano, déjalo que hable mal».

La discusión continuó de fondo, pero ya fui incapaz de seguirla porque Alex me hablaba y tanto James como Derek gritaban.

—¿Estás todavía ahí? —Sonaba enojado. Contesté un «Sí» con voz temblorosa—. Tengo que cortar, te llevaré tu gato otro día.

No, no, aún faltaba tanto por saber, necesitaba seguir oyendo.

—¡Todavía no termino de hablar con Gruñón!

—Los gatos no hablan —su tono fue tajante.

—¡Si me cortas no me vuelvas a llamar en la vida, Alexandro González!

—Haz lo que quieras.

La voz de James gritando «¡Ahora te coronas como el mejor amigo del

mundo cuando hace dos años...!»), fue lo último que oí de él porque Alex cortó la llamada.

Alejí lentamente el auricular con el pecho lleno de sentimiento, intentando olvidar que él seguía ahí y yo todavía aquí.

## Todo mal día comienza con un desnudo

Había días, como el 90% de ellos, en que me despertaba de malas, tan de malas que lo primero que hacía tras revivir era odiar al mundo por existir y querer lanzar el celular por la ventana cuando la alarma sonaba y el calendario anunciaba un horripilante y asqueroso día lunes. Malditos lunes, cuánto los odiaba, sobre todo si le seguían un martes, un miércoles y un jueves que ni por fuerza divina podían ser feriados.

La mañana del 16 de marzo del año 1000 antes de Cristo, una semana y dos días después del pre-mechoneo, fue uno de esos tantos lunes odiados. Mi celular comenzó a sonar a las seis de la mañana para ir a la universidad y deseé seguir de vacaciones. ¿Por qué la vida no podía ser maravillosa y ganar dinero por dormir? Sería millonaria si me pagaran por soñar.

En estado zombi ignoré la alarma (una de las cinco que tenía programadas cada cinco minutos) hasta que dejó de sonar y volví a quedarme dormida. No habría despertado hasta mediodía, a pesar de que de fondo se escuchaba una lejana segunda, tercera y cuarta alarma, si no hubiesen estrellado la puerta contra la pared. Recordé de golpe que no estaba en mi casa y, de inmediato, abrí los ojos. La luz se encendió. Siseé como un vampiro, estaba ciega por el cambio de luz repentino. No, luz. Me sentía tan débil. Moriría... no, esperen. Mis ojos ya se habían acostumbrado.

—Leah, ¡apaga la alarma y levántate!

Clavé la vista en el ser que había tenido el desagrado de despertarme de la peor manera. Mi mejor amigo, Alex Cromwell, estaba en la entrada del cuarto, con el cabello rubio revuelto y con la almohada marcada en la cara. Me quedé mirándolo embobada porque mis dos neuronas todavía seguían durmiendo.

—Apaga la alarma —repitió.

Lo ignoré, luego volví a taparme y a cerrar los ojos. Repentinamente, el

cuarto quedó en paz y sonreí mientras intentaba volver a caer en los brazos de Morfeo. Pero, claro, como no podían dejarme tranquila, Alex me quitó las mantas de la cara y me zamarreó.

—Levántate, ya es hora.

Abrí un ojo y me lo encontré demasiado cerca. ¿Sería mucho pedir que me despertara con un beso de buenos días y no con una sacudida como si fuera una alcancía?

—¿Hora para qué? —Sentía la boca como si alguien se hubiese muerto ahí.

Cerré los ojos y los volví a abrir. No entendía ni una mierda y tenía el ligero presentimiento de que había algo que no encajaba en toda la escena.

Ah, era eso. ¿Por qué demonios estaba durmiendo en el suelo?

—Es tu primer día en la universidad —me recordó Alex.

Lanzando lejos las mantas que había tenido enrolladas entre las piernas, me senté en el suelo. Sobre la cama yacía Gruñón, mi amado gato, estirado en su máximo esplendor y ocupando todo lo que su pequeño cuerpecito le permitía. En algún momento de la noche, Gruñón se había apoderado de la cama y yo del piso, y eso que la cama era de esas monstruosamente grandes.

—Ag, tengo lumbago —me quejé.

Con los músculos adoloridos, me puse de pie.

—Tu gato tiene un serio problema de ego.

Tras esas últimas palabras, salió de mi habitación. El gato, que tenía un ego demasiado alto, y yo nos quedamos solos en el cuarto. Con un último vistazo a la puerta cerrada, agarré las mantas y se las tiré a Gruñón encima. Se lo merecía por puto.

Con la cabeza zumbando, me senté por unos segundos en el colchón con los párpados pesados por el sueño e intentando encender mi cerebro para analizar la situación. ¿Qué hacía en la casa de Alex?

Ah, ya lo recordaba.

Todo había comenzado ayer con una llamada telefónica suya. Al principio no quería contestar, porque todavía seguía molesta con él por haberme cortado tan insoportablemente, pero finalmente había respondido porque él todavía tenía en

su poder a Gruñón, así que apliqué mi orgullo herido y contesté. No alcancé ni a decir *hola* y Alex ya estaba anunciando que estaba harto *de mi maldito gato*, que le importaba *un demonio que* siguiera enojado con él y que fuera ¡ahora mismo! a buscarlo porque parecía estar sufriendo un ataque de ira y que ya *dos malditas semanas* era demasiado. A modo de respuesta, me limité a gritarle que no tenía *un maldito auto para ir a buscar a mi maldito gato* y le colgué, porque yo era mala y quería pagarle con la misma moneda de desprecio infantil. Ya muy entrada la noche, Alex me fue a buscar. Al llegar a su departamento, tal como me lo había advertido, Gruñón parecía estar teniendo un ataque de ira. Lo encontré en el mueble más alto de la casa gruñéndole a lo que parecía un fantasma, porque no había nada. Con los tonos más calmos y tranquilos que podía producir mi voz (lo que me maravilló e impresionó de igual manera), intenté convencerlo para que se fuera conmigo. Como no resultó, ocupé la fuerza (porque, o sea, *por la razón o la fuerza*) y lo agarré y bajé del mueble por las patas. Obviamente se resistió con garras y dientes, mientras yo gritaba e intentaba meterlo en la jaula a la fuerza. Resultado: casi me quedé sin ojo. No tuve más opción que dormir en el departamento de Alex, sin atreverme a dejar a Gruñón solo y que se muriera de un ataque al corazón por estrés.

Cualquier ser humano normal pensaría que la situación llevaría a algo romántico o, por último, a una disculpa por parte de ambos. Pero no había ocurrido. Alex se limitó a encerrarse en su habitación. Mi orgullo me hizo hacer lo mismo, aunque en el cuarto de *Muriel*.

La mañana siguiente, tras activar a mi cerebro, descubrí que Alex al parecer se había ido a trabajar mientras yo luchaba para que mis neuronas despertaran. No se despidió.

Una vez en el baño principal, di el agua y me metí... con ropa; cabía la posibilidad de que no me encontrase del todo despierta aún. Intenté quitarme el pijama blanco empapado por arriba, solo para quedar atrapada en sus fauces por algunos instantes llenos de desesperación, terror e incertidumbre, que finalizó al pasar la tela por mi cabeza y lanzar el pijama al lavamanos. Uf, casi había muerto; y era demasiado sensualmente encantadora para morir asfixiada por un pijama mojado. Terminé de ducharme para percatarme de que no había traído toalla, que mi pijama blanco era un manojo mojado y que no tenía nada a mano que pudiese cubrirme de manera decente. Para secarme solo tenía una toalla de mano, que con suerte me daría una vuelta por la cadera. Pero qué importaba, mi desnudez era tan interesante como una marmota dormida. Además, estaba sola

en el departamento de Alex y podría caminar cuán desnuda desease; podría hacer un baile en su cocina y él jamás se enteraría.

Escurriendo agua por el suelo del baño, agarré la toalla e hice la única cosa que podría hacer con ella: me la amarré a la cintura. Salí al corredor muy campante y caminé hacia mi cuarto. Estaba a mitad de distancia cuando la puerta principal se abrió y yo, entre tanta cosa brillante que podría haber hecho (como huir, por ejemplo), me giré hacia la entrada justo cuando Alex doblaba y quedaba frente a mí. Me quedé paralizada al mismo tiempo que él, con un elegante traje oscuro y peinado pulcramente, llevando una bandeja con dos cafés y una bolsa de papel con unos sándwiches, se detenía como si hubiera chocado contra una pared y se le caían los cafés de la mano, salpicando por todos lados.

Con efecto retrasado, chillé:

—¡AAAAAAAAAAAAAH!

—¿Qué dem...?

—¡AAAAAAAAAAAAAH!

—Madre mía...

Alex parecía un ciervo frente a las luces de un camión; Alex parecía un ciervo a punto de ser atropellado, un ciervo que había visto la muerte inminente, un ciervo condenado, asustado y horrorizado.

—¡AAAAAAAAAAAAAH!

Recién en ese momento logré reactivar mis músculos adormecidos por el terror. Moví los brazos para cubrirme las tetas, sintiéndome violada con la vista. Corrí hacia el cuarto, pero en mi desesperación por salir de la situación, choqué contra el marco de la puerta.

Caí al suelo como tortuga volteada.

Pasos apresurados hacia mí. La cabeza de Alex apareció en mi campo visual. Grité aún más fuerte, tapándome lo que había dejado al descubierto.

—¿Leah?

—¡Los ojos! —chillé.

—¿Ah?

—¡LOS OJOS!



—¿Eh... ?

—¡CIERRA LOS OJOS!

—¿Los ojos? Pero...

—¡CIERRA LOS PUTOS OJOS, ALEX!

—Pero intento ayu...

—¡CIÉRRALOS!

Al hacerlo, me puse de pie de golpe y avancé el último medio metro que me separaba de la salvación. Entré en mi cuarto y cerré la puerta con un sonoro portazo.

¡Me había visto desnuda! ¡Alex me había visto desnuda! ¡Alex me había visto las tetas! ¡Dios mío, mis pobres, traumadas y visualizadas tetas!

—¿Leah? —me llamó Alex del otro lado de la puerta.

Tapé mi rostro con las manos y gemí. ¡Alex me había visto desnuda!

—¿Leah? —volvió a insistir, golpeando suavemente la puerta.

—¡Ni te atrevas a abrir la maldita puerta de mierda, Alex! —amenacé.

No después de ver al hijo de perra mostrarse casi asqueado por mi belleza desnuda.

—Leah, por favor, comportémonos como adultos y sal...

¿Me estaba pidiendo ser adulta el ciervo horrorizado? Increíble.

—¡Estoy desnuda! —rugí—. ¡Me viste desnuda! ¿Cómo demonios quieres que me comporte como un ser civilizado?

—¡Podrías haberte cambiado en el baño y nada habría ocurrido! —me reprochó.

El pecho se me infló por la indignación.

—¡TÚ DEBERÍAS HABER ESTADO EN EL TRABAJO!

—¡Fui a comprar desayuno!

—¡PUES NO DEBERÍAS HABER VUELTO!

—¡No me despedí de ti, por supuesto que tenía que volver!

—¡NADA DE ESTO HABRÍA OCURRIDO SI TE HUBIESES IDO A TRABAJAR COMO CREÍ QUE LO HABÍAS HECHO!

Hubo una pausa en la pelea.

—Leah, vamos a dejarlo atrás, olvidémoslo.

—¡LO SIENTO, MISTER ALEXANDRO, PERO NO PUEDO OLVIDAR QUE ME VISTE HASTA...

—Eres mi amiga, Leah, créeme que lo último que quería hacer era verte desnuda.

Sus pasos se alejaron por el pasillo. Un asqueroso sentimiento se incrustó en mi corazón y se expandió por él como la marea. Desanimada, me deslicé por la habitación y me vestí con la ropa que tan cuidadosamente había elegido para mi primer día en la universidad (no podía ser elegante porque podían *mechonearme*, ni tan indecente como para parecer basurero con patas), con los ojos gatunos de Gruñón clavados en mis movimientos.

Hice tanto tiempo como pude en el cuarto, pero, al final, sabía que debía enfrentarme a Alex tarde o temprano. Inflé el pecho con valor y me dirigí a la sala de estar. Intenté no ponerme colorada y parecer adulta, sin embargo, me bastó con ver a Alex sentado en uno de los sofás, para que mi cara se incendiase en un segundo. Qué humillación.

—Tenemos que hablar —pidió con el entrecejo fruncido.

Sintiendo las piernas como gelatina, caminé los metros que nos separaban y me senté en el sillón más alejado de él. No estaba en condiciones para soportar su cercanía.

—Lo siento —siguió.

La lengua se me enredó en la boca. ¿Por qué pedía disculpas si era yo la que había paseado con los pechos al aire en su casa?

—¿Por qué?

—Porque eres mi mejor amiga.

Genial, ya empezaba a escribir el manual de «Cómo quedar confinada en la *friendzone*, por Leah Howard».

Hice un esfuerzo para parecer lo más digna que pudiese.

—No importa, los mejores amigos algunas veces se ven desnudos —bromeé, forzando una sonrisa puro dientes. Leah, el caimán.

Alex soltó un largo suspiro.

—No quería verte desnuda, eres mi mejor amiga.

Eso fue la gota que derramó el vaso.

—Dime algo que no hayas repetido un millón de veces. —Me puse de pie—. Cuida de mi gato.

Con una sonrisa agria en el rostro, me fui del departamento.

\* \* \*

Para llegar a la universidad normalmente debía tomar el metro y viajar demasiado tiempo; sin embargo, como había pasado la noche en la casa de Alex (en la que solo había dormido, para mi tristeza), estaba a menos de veinte minutos de ella, veinte minutos que me limité a gimotear en un rincón del vagón como perro de la calle. Es que, por mucho que lo pensase, no podía creer que Alex me hubiese visto desnuda ¡y me hubiese rechazado! Yo tenía un físico bastante bonito, la verdad, con pechos maravillosamente firmes, redondos y lindos, muy lindos, y con una cintura pequeña; cualquier hombre, en especial O'Connor, habría muerto por tocarme, pero noooo, tenía que gustarme mi mejor amigo que solo me veía como una amiga. La vida no era justa conmigo.

El aire de muerte en vida prosiguió agarrado a mi espalda incluso cuando llegué a la universidad y me dirigí a la primera clase de Álgebra I, que se impartía en una sala ubicada en uno de los edificios del fondo. Llegué diez minutos antes de que comenzara el horario académico, por lo que escogí un lugar estratégico para sentarme: tercera fila, porque la primera estaba muy cerca del profesor y siempre te tocaban las preguntas, y en las últimas filas nunca se escuchaba nada.

Lentamente comenzaron a llegar los alumnos y a sentarse tan lejos como podían uno del otro, mirando a los demás nerviosamente y sin atreverse a entablar una conversación. La sala estaba a la mitad de su capacidad, cuando un chico se acercó a mí para ocupar el asiento de al lado; me emocioné tanto con la idea de hacer un amigo nuevo, que le ofrecí una sonrisa un poco enloquecida. Algo habrán tenido mis dientes, tal vez un enorme pedazo de la barra de cereal que me había comido en el camino, porque al verla retrocedió por el pasillo y se sentó tres filas más atrás. Intenté decirme que no importaba, que en algún

momento la sala se llenaría y alguien, lo quisiera o no, tendría que sentarse a mi lado.

No ocurrió.

La sala se casi completó, pero ambos puestos a mi lado permanecieron vacíos. Al parecer no le agradaba mucho a la gente. Pero ¿por qué? Yo era bonita y simpática y bonita y un chiste andante y bonita. No lo entendía. ¿Por qué siempre tenía tan mala suerte con la gente? Me envidiaban, era obvio, hasta los hombres, no había otra explicación más lógica que esa.

Cuando mi celular anunció que eran las ocho y cinco minutos, tuve que aceptar la realidad: efectivamente, no le simpatizaba a la gente y acababa de quedarme sola en una sala casi llena. El día iba como viento en popa, primero mi mejor amigo me veía las tetas y me rechazaba y ahora me quedaba sin amigos. *Ge-nial*.

La puerta se abrió.

Creuyendo que era la profesora, saqué un cuaderno de mi mochila y mi estuche (que tenía escrito «*Winter is coming*») con lápices. Nadie llegó al frente de la pizarra, pero sí escuché tomar asiento a alguien detrás de mí. Iba a voltearme para curiosear, mas la puerta se abrió otra vez y todos guardaron silencio. Debía ser la profesora de Álgebra I.

Una mujer de estatura media, un poco pasada en peso y de unos cuarenta y cinco años, se puso delante de la clase. Sacó un plumón del bolsillo de su pantalón café y escribió un nombre en la pizarra.

Gertrudis Cuevas.

—Hola, mi nombre es Gertrudis Cuevas —comenzó con una voz extremadamente nasal— y soy su profesora de Álgebra I. Hoy les explicaré el tipo de evaluaciones que habrá y el porcentaje de cada una de ellas. También les pasaré el temario y les haré una prueba para ver el nivel del curso, ¿entendido? —Todos asintieron, menos yo que me estaba azotando mentalmente por no haber estudiado algo el día anterior para refrescar la memoria; probablemente no recordaba ni cómo sumar—. ¿Cuál sección es esta?

Todos empezaron a decir números a la vez, lo que era bastante obvio porque, como éramos tantos polluelos en el Plan de Ingeniería, habíamos sido repartidos en secciones (algo así como pequeños cursos); sin embargo, para evitar la

segmentación habían mezclado las secciones en las diferentes clases. O sea, en Álgebra I me tocaría con ciertas personas, en Cálculo I con otras, en Física I... se entendía. Por eso cuando la profesora había preguntado la sección, se oían claramente unas siete u ocho diferentes.

—¿Todavía los mezclan entre secciones? —Alguien del frente respondió—. No importa, mejor. Bueno, como les decía, serán tres pruebas por semestre y existe una prueba recuperativa, por si alguien faltó con certificado médico. Al finalizar el curso se realizará un examen en el que entrará toda la materia.

»Cada prueba será evaluada con una nota del 1,0 al 7,0; siendo el 1,0 representante de cero puntos en la prueba y el 7,0 en representación del puntaje máximo —Sonrió—. Para los que no saben, los cursos se aprueban con un 4,0 aproximado y con ello me refiero a un 3,95. No quiero alumnos llorando al final del semestre porque el promedio les dio un 3,94. Se los digo de antemano —nos observó rápidamente—, no acepto esa clase de comportamientos. Para poder eximirse necesitarán de un promedio sobre 5,0 y ninguna de las tres pruebas bajo 4,0.

Abrí la boca indignada. ¿Un 5,0 para eximirse? ¡Eso era prácticamente imposible en Ingeniería, todo el mundo lo sabía!

—Cada evaluación o prueba vale un 33,33333% del promedio final —siguió—. El examen vale un 40%, y el promedio de las tres pruebas un 60%. —Se quedó en silencio unos segundos, mientras yo terminaba de escribir lo último—. ¿Alguna duda? —Nadie se atrevió a hablar—. Pues muy bien, si a alguien le interesa, por si quiere comenzar a estudiar desde ahora, que es lo más inteligente que podrían hacer, en la clase de mañana veremos Lógica Matemática. Ahora, les pediré que guarden todo y dejen solo un lápiz sobre la mesa. Yo voy a ir a buscar las pruebas.

La profesora salió de la sala y el boche no tardó en estallar. Podía escuchar rastros de conversación del tipo «¿Recuerdas algo de la materia?» y a otros decir «Se me olvidó hasta mi nombre». Estaba pendiente de lo que decía un tipo cuando una nota golpeó el costado de mi cabeza y cayó al suelo. Extrañada, me agaché a recogerla y miré a alrededor para ver a quién pertenecía, pero estaba sola: era prácticamente una isla, por lo que la nota debía ser para mí.

La desdoblé y leí:

«Mira detrás de ti».

Lo hice.

Solté un grito que mandó a todos a callar.

## El compañero de universidad

Columpiándose en las patas traseras del banco ubicado detrás del mío y con las manos en la parte posterior de la cabeza, estaba Derek Blair sonriéndome con mofa. El grito enmudeció en mi garganta y los latidos del corazón se elevaron al máximo. Cada par de ojos de la habitación me observaba preguntándose qué me sucedía, incluyendo los de Blair y los de la profesora que había vuelto. Antes de que pudiese lograr articular algún sonido que no fuera un grito, la profesora Gertrudis bajó los escalones del auditorio y se detuvo a mi lado.

—¿Sucede algo? —preguntó. Llevaba las hojas entre los brazos.

Abrí y cerré la boca como pez bajo el agua. Mi mirada la alterné entre la mujer y Blair, haciendo movimientos débiles con los brazos hacia el imbécil.

—¿Él le hizo algo? —insistió.

¿Que si me había hecho algo...? ¿Que si me había hecho algo...? ¡¿Qué mierda hacía Blair detrás de mí?! ¡Eso es lo que me había hecho!

—Él no pertenece a esta universidad —tartamudeé.

La profesora lo miró con molestia.

—¿Es eso cierto?

Blair se dejó caer en las patas delanteras con un fuerte ruido.

—Por supuesto que no, profesora. Puede buscar mi nombre en su lista.

La mujer alzó una ceja.

—Lo haré —caminó hacia su escritorio, dejó las pruebas ahí y tomó unas hojas pegadas que debían ser la lista—. ¿Nombre?

—Derek Blair.

Las cejas oscuras de la profesora Cuevas se alzaron levemente en sorpresa y

desvió la vista hacia la hoja, buscando el nombre que, estaba segura, no aparecería. Tras unos segundos, me habló:

—Señorita, el nombre del señor Blair sí está registrado.

—Eso no es posible —jadeé—. ¿Está segura?

—¿Duda de mi capacidad para encontrar un simple nombre en una lista?

Negué tan rápido como pude.

—No.

—¿No qué?

—No, profesora.

Hinchó el pecho y soltó el aire de golpe.

—Ahora, ¿podría continuar mi clase o tengo que seguir esperándola? —Me sonrojé de golpe. Sentí la burla proveniente desde la mesa de Blair.

—Lo siento, profesora —musité, bajando la cabeza.

Completamente molesta, la mujer empezó a entregar las pruebas. Mientras estaba en eso, no dejé de pensar, una y otra vez, en qué mierda hacía Blair registrado en el curso. No lo había visto en la charla introductoria, no era posible que estuviese ahí, no, no, no, no. Me negaba, me negaba rotundamente a esa realidad. Suficiente había tenido esa mañana con el desnudo para, además, tener que estar soportando a Blair como «compañero». Destino hijo de las mil putas. Lo único que faltaba era que O'Connor fuera mi profesor o algo así de enfermo.

La profesora se acercó a mi puesto, puso una hoja sobre el banco y dejó leves segundos la mano sobre ella. ¿Cómo sería capaz de concentrarme en esa prueba sorpresa si no hacía más que pensar en el imbécil que estaba detrás de mí, y en mis tetas siendo observadas por unos ojos verdes completamente horrorizados?

—Espero que saque una buena nota o podríamos tener serios problemas durante el semestre. —Continuó entregando las pruebas.

Estaba fichada en la lista negra. Argh, ¡estúpido Blair!

Con las manos temblorosas y odiando con la vida a Blair por arruinar mi nueva oportunidad para ser normal, como tanto había deseado, vi a la profesora ponerse frente al pizarrón.



—Muy bien, pueden dar vuelta la hoja y comenzar.

La prueba estaba fácil. Cada una de las preguntas la sabía perfectamente, gracias a Dios. Incluso las más complejas que se habían puesto para ver cuántos alumnos sabían matemáticas avanzadas.

Una hora más tarde le había entregado la prueba a la profesora y había salido de la sala, pasando por al lado de Blair y golpeándole «accidental» (e infantilmente) el banco al pasar. Se limitó a hacerme un gesto con las cejas, sin dejar de masticar el lápiz de madera con el que escribía. Lo esperé fuera de la sala, porque sabía que no tardaría en entregar la prueba para ir a hablar conmigo. Los dos minutos que se demoró en ir tras de mí, no hicieron más que aumentar mi ira oscura.

Blair no había alcanzado a sacar un pie fuera de la habitación cuando yo, sin importarme el grupo de chicos que estaba pasando cerca, lo agarré de la camiseta y lo empotré contra el pilar ubicado al lado de la puerta.

—¿Qué haces aquí?! —gruñí acercando mi rostro al de él.

Sonrió.

—¿Quieres que te bese?

Típico de él, uno nunca sabía qué esperarse.

—¿Qué?

—¿Quieres besarme que te acercas tanto?

—No vas a amedrentarme.

—Qué refinado vocabulario, pero te equivocas: por supuesto que lo haré.

Sin justificación lógica, les hizo un gesto con las cejas a unos chicos que se nos habían quedado mirando.

—Discúlpenla, anda en su período fértil y se muere por mí. —Me agarró la cabeza con el brazo y estrelló mi nariz contra su pecho—. Ya, *mi vida*, si pronto me tendrás. Sé que estás sedienta de sexo, pero estamos en un lugar público. Te hizo mal leer ese libro... ¿cómo se llamaba?, ¿*Cincuenta sombras folladoras*?

A pesar de que forcejeé como vaca marcada con fuego, no me soltó hasta que la risa de los chicos se alejó. Al verme libre, lo empujé lejos y exigí una respuesta a mis preguntas antes de que saliera con otra ridiculez.

—¿Qué estás haciendo aquí?! —chillé.

Se encogió un poco en su posición con los brazos sobre el pecho, como si temiese que le lanzase un golpe al estómago.

—¡Respóndeme! ¡Te pregunté...! —La puerta de la sala de clases de al lado se abrió.

—Respeto, señorita, por favor, estamos en clases —me reprendió un anciano profesor—. Peleas amorosas lejos de mi aula.

Regresó dentro.

Blair se quedó mirándome.

—¿Puedo defenderme o te limitarás a golpearme?

Le di un pisotón y tapé su boca antes de que su aullido de dolor se oyera.

—¿Qué mierda piensas tú?

Pidió con los ojos que apartara mi mano para poder hablar. Lo hice tras dudarle un poco.

—Vale, vale, me lo merezco —dijo al quedar libre. Se arregló la ropa con nerviosismo—. Pero igual me merezco cierto respeto.

—No te mereces ni que te hable.

Puso los ojos en blanco.

—Tan dramática. Pero a lo que iba es a que merezco cierto respeto porque si sigues así, me enojaré contigo y te quedarás sola.

—¿Cómo que sola?

—Soy el único compañero que te habla.

—Mentira.

—Estás sentada con dos bancos vacíos por lado.

Justo en el orgullo.

—Es el primer día —hablé como si fuera obvio— y nadie habla con nadie el primer día, eso todos lo saben.

—Ya, ¿y cómo me explicas eso? —Apuntó a los grupos de chicos que iban saliendo de nuestra sala. Parecían ser amigos de años e iban comentando

animadamente la prueba.

Mierda. ¿Cómo era posible que volviera a ser la rechazada del curso? Era la tercera vez y se suponía que había limado mis asperezas sociales tras el doble rechazo en ambos internados.

—Ay, no sé, será amistad a primera vista o algo así —me excusé para salvar mi *kokoro* herido—. Son hombres, ustedes no tienen explicación lógica.

Algo gracioso debí haber dicho, aunque no sabía qué cosa específicamente, porque estalló en carcajadas y pasó una mano por mi cuello, para revolverme el cabello como si fuera un caballo.

—Oye, ¿qué te pasa? No te rías. Y no me toques. Shu, shu, aléjate, nadie te quiere.

Como a mí, a mí tampoco nadie me quería. Ni Alex.

No perdió la sonrisa a pesar de que lo aparté a manotazos.

—Es mejor que te rindas pronto, porque ya te dije que nunca podrás deshacerte de mí.

—¿Ah, no? ¡¿Ah, no?! —Alcé el mentón en desafío—. Iré a hablar con el director de la universidad si es necesario para que te expulsen, Blair. No cantes victoria antes de tiempo.

Estaba sonriendo tanto que parecía un maniaco. Lo peor es que el condenado tenía dientes bonitos. Blancos y bonitos, y yo nunca me había fijado en eso, de la misma manera que me había ocurrido cuando me percaté de que tenía un par de uñas más largas por la guitarra.

—Mi queridísima Leah —se alejó de la sala y no tuve más opción que seguirlo como pato embarazado—, ¿cómo es que crees que entré a la universidad y me registré en ella, si hace una semana ni siquiera estaba en mis planes hacerlo?

—¿Debería saberlo?

—Leah, suma dos más dos...

—Cuatro.

Alzó los ojos al cielo.

—Ve los hechos y da un resultado. —Esperó una respuesta que no llegó—. El

rector de la universidad es mi tío, Leah.

Una vena casi se me reventó en el cerebro.

—¿Que tu tío es qué?

—El rector de la universidad. —Esperó a que dijera algo y como yo no di señales de vida, porque de verdad no sabía cómo reaccionar ante esa noticia, siguió—: El viernes vi la luz. Ya sabes, vi la luz y decidí inscribirme en la universidad. —Quedé desconcertada—. Vale, vale, lo acepto, le dije a mi tío que me inscribiera para molestarte. Y como se quedó encantado de que sentara cabeza, no desaprovechó la oportunidad y me matriculó sin muchos problemas. Así que... aquí estoy, tengo la esperanza de que duraré más de un mes. —Yo continuaba sin reaccionar—. ¿No vas a decir nada? ¿No me vas a golpear? ¿No vas a hacer un escándalo porque la vida es injusta y fui capaz de entrar a la universidad sin examen ni puntaje? —Se encogió de hombros—. De todas formas, mi tío fue tajante en que no me subiría las notas, que si reprobaba y me echaban, era mi problema; por lo que tendré que estudiar si quiero quedarme. Pero meh, solo me metí porque James y tú iban a estar en la misma universidad y yo me quedaría solo triste y...

Se cortó en seco. Yo solo pude procesar dos cosas de toda la conversación: que para él la universidad significaba un despreciable *meh* mientras que para mí era la vida, y que O'Connor y yo... ¿qué?

—Espera, espera, espera. —Moví los brazos en negativa—. ¿Qué dijiste?

—¿Que yo qué? —Se hizo el desentendido.

—¡HABLA!

Alzó las manos en rendición.

—Okey, ¿pero me prometes no matarme si te lo cuento?

—No te prometo nada.

—Uf, y a mí tanto que me gusta *prometerlo*.

Le di un fuerte golpe en el pecho, porque quería que hablara y si le pegaba en el estómago se iba a quedar sin voz.

—Bien, bien —aceptó, nervioso—. Te lo diré si me das tiempo para correr tras la noticia.

—Tampoco lo prometo.

Puso los ojos en blanco.

—Haces que las promesas se vuelvan tan aburridas. —Estaba perdiendo la paciencia, mi mano tiritona lo decía. Blair se dio cuenta, dio un largo suspiro y habló a toda velocidad y sin parar—: Que-James-entró-a-estudiar-el-año-pasado-aquí-y-ahora-serán-compañeros-de-universidad.

Escapó antes de que pudiera siquiera pestañar.

\* \* \*

Tras la huida cobarde de Blair, terminé sentada en la mesa de un negocio (sola) con un café en la mano. A las 9:30 de la mañana comenzaba mi segunda clase y tenía que hacer hora. Estuve aproximadamente cinco minutos con mi taza como única compañía. No me lo podía creer, parecía una pésima broma de muy mal gusto. ¿O'Connor estaba estudiando en la misma universidad que yo? ¡Obvio que sí! ¿Cómo no lo había pensado antes?, ¿qué otra cosa había estado esperando? O'Connor no era un estúpido (aunque eso jamás se lo admitiría a la cara) y la UE era la mejor universidad del país. Era obvio que, si decidía estudiar aquí y no en el extranjero, terminaría en esta universidad. Se necesitaban dos dedos de frente para llegar a esa conclusión, y al parecer yo tenía medio dedo y con suerte. Era como si mis neuronas tuvieran que golpearse entre ellas para hacer sinapsis.

Por suerte, cuando estaba llegando al séptimo minuto en soledad, unos chicos se compadecieron de mi existencia y se sentaron conmigo a charlar (la antisocial Leah por fin se estaba haciendo amiguitos, mi madre estaría orgullosa de mí). Con los chicos hablamos de fiestas, obviamente, más específicamente de la Bienvenida. Ellos como eran de tercer año, tenían información confidencial y me dijeron que cuando menos lo esperásemos, se realizaría el *mechoneo* oficial (esto no era para nada genial), luego nos mandarían a mendigar por las calles en busca de dinero (esto tampoco era para nada genial) y con el dinero se compraría alcohol en cantidades industriales (esto sí lo era), para emborracharnos y ser felices por siempre (¡aprobado por Leah!).

También comentaron que el día miércoles 25 de marzo habría una fiesta en la playa, y para asistir bastaba con pagar el pasaje del bus y llevar tus propias bebidas (para mí solo juguito de frutilla, por supuesto), ¡y nada más y podría beber hasta que me saliera el cerebro por la nariz! ¡Fantástico!

Posteriormente a todas esas celebraciones, en una fecha todavía por confirmar, se realizaría la fiesta en el estadio de la universidad, donde llevarían bandas en vivo e instalarían un escenario sobre el césped. Lo mejor de todo es que ¡podíamos entrar al estadio juguito de frutilla si lo llevábamos en un recipiente de plástico!

Era obvio que si iba a asistir a tanta fiesta, ni por su sano juicio me podía acercar a una hoguera, porque, como saben, *dah*, el jugo de frutilla era en extremo inflamable y, de caer en el fuego, tardarían, por lo menos, una semana para apagar mi cuerpo y mandarme a la morgue.

Al marcar los relojes las 9:20, me puse de pie para irme.

—¿Dónde está la sala 210? —pregunté.

Maximiliano apuntó hacia un sector detrás de nosotros.

—Te vas por ese camino y ahí la encontrarás.

—¿Quién es tu profesor? —Se interesó Sebastián.

—Gutiérrez de Cálculo I.

—Uff, yo que tú comenzarías a correr —advirtió Pedro.

—¿Por qué?

—Odia a las mujeres.

—Odia a todo el mundo —lo corrigió Sebastián—, pero con mayor intensidad a las mujeres. Menos mal que eres pelirroja y de la buena suerte, porque la necesitarás.

¿Pelirroja de la buena suerte? Se notaba que no me conocía.

Un hombre de estatura baja, con sandalias y calcetines, estaba parado al frente de la sala cuando llegué. Estaba con los brazos cruzados, llevaba la partidura del cabello hacia un costado y el pelo grasoso. Un rictus enojado estaba dibujado en su boca y parecía emanar una energía oscura. Mientras buscaba un asiento y me sentaba en la quinta fila, sentí frío. Era como si ya no pudiese ser feliz nunca más en mi vida. Era un Dementor, ese profesor era un Dementor.

—Llega tarde —informó con una voz baja y escalofriante. Sus ojos oscuros se clavaron en mí y pensé que estaba viendo a La Muerte.

—Lo siento —susurré, jadeante por la corrida. Ocurrió tal como me había

advertido el chico de tercero. No vi la sala de clases y pasé de largo, terminando en una pequeña granja que había al final de la universidad para los alumnos de veterinaria.

Me miró con molestia y desprecio, como si no valiese la pena gastar energía en mí. Algo me dijo que terminaría en Cálculo I el siguiente semestre.

—Voy a pasar la lista rápidamente y quiero que alcen la mano para decir presente.

Agarró un papel y comenzó a decir los nombres. Al llegar al mío, estuve tentada de no levantar la mano, pero tras reprenderme en silencio por cobarde, la levanté como si pesara de pronto cien kilogramos.

—Ah, la alumna que cree que mi tiempo le pertenece —comentó. A pesar de estar sentada en la quinta fila, podía sentir un extraño olor proveniente de él—. Odio a las personas que llegan atrasadas a mi clase, ¿su limitado cerebro lo entiende?

¿Por qué yo, por qué yo, por qué yo, Diosito mío? Me hundí levemente en el asiento, intentando fundirme con el banco y camuflarme. Ni siquiera me alteré cuando mencionó a Blair.

Al terminar de pasar la lista, se volteó a escribir algo en el pizarrón. Miré el cielo y mi celular vibró. Número desconocido:

«Creo que alguien ya reprobó un ramo».

Blair, tenía que ser Blair. Sí, efectivamente era él, al otro extremo de la sala y sentado cinco filas detrás mío. No lo podía creer, ¿también me había tocado como compañero en Cálculo? Y lo que era más importante: ¿cómo demonios había conseguido mi número?! Alex, debió habérselo robado a Alex. Estúpido Alex. Estúpido Blair. Estúpida mala suerte de mierda.

En la siguiente media hora, el profesor se dedicó a explicarnos los contenidos que pasaría en el curso, los porcentajes de las pruebas y, básicamente, lo mismo que había hecho la profesora de Álgebra I; la diferencia es que no nos hicieron una prueba sorpresa, lo que agradecí enormemente. Ya había tenido muchas ¡sorpresas! como para estar soportando una ¡sorpresa! más.

—Y antes de que se marchen, porque no impartiré clases el primer día, me gustaría que se pusieran de acuerdo con el horario de la ayudantía. —Al ver el desconcierto de algunos, pareció alterarse ligeramente—. ¿No les han dicho nada

sobre las ayudantías? —Un ser osado se atrevió a responderle con un «No»—. Para las Ingenierías, las clases de Álgebra y Cálculo tienen ayudantías, que son dictadas por un alumno destacado de un curso mayor; son clases de reforzamiento, pero obligatorias. Además, es el ayudante quien se encarga de revisar los controles. Otros ramos, como Química o Física, tienen laboratorios y no ayudantías—. Sin comprobar si habíamos o no entendido, añadió—: Como son clases especiales notarán que no aparecen en su horario, por lo que deben ponerse de acuerdo con su correspondiente ayudante y acordar con él un horario. —Tomó su bolso—. Ahora, los dejaré con él para que se organicen. Nos vemos la siguiente clase.

Fue en el instante que el profesor recorría la sala para irse, que sospeché que algo realmente extraño estaba a punto de suceder, porque le había bastado al profesor mencionar la palabra «ayudantía» para sentir la mirada de Blair. Lo ignoré lo mejor que pude. Ni siquiera quería pensar en alguna suposición, no quería invocar a la mala suerte por andar ideando necedades; tampoco digamos que tuve tiempo para hacerlo. La puerta comenzaba a cerrarse tras la capa del Dementor, cuando una mano, normal y de hombre, nada de esquelética ni mucho menos, sujetó la madera y la abrió.

Pestañeé.

El joven, al que no se le veía el rostro por el contraste de luz, entró en el auditorio. Llevaba una camiseta blanca que se le ajustaba al cuerpo, mostrando los fornidos bíceps, y unos jeans oscuros con sencillas zapatillas. Mm, se veía interesante, por lo menos tenía un cuerpo distinguido (algo extremadamente difícil de encontrar entre mis compañeros). El ayudante, como si tuviera todo el tiempo del mundo, bajó los escalones mientras yo intentaba aguantar la tentación de no mirarle el trasero, pero... qué demonios, le eché un vistazo poco disimulado cuando pasó por la fila contraria a la mía.

Blair soltó una carcajada.

Esperen un momento.

Esperen un maldito momentito. Yo conocía ese trasero.

Lo conocía.

¡Lo conocía!

El ayudante se instaló en el puesto del profesor y nos dio por fin la cara. Ojos



azules, pelo negro despeinado y piel bronceada. Claramente lo conocía...

Sonrió y su dentadura blanca resaltó en lo que parecía una ligera barba de unos días.

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío, no!

—Mucho gusto. Mi nombre es James O'Connor y soy su ayudante de Cálculo I.

Las chicas susurraron alborotadas, como gallinas atrapadas en un gallinero con un único gallo para revolcarse con él.

O'Connor deslizó los ojos azules por la sala, arrugando el entrecejo levemente al ver a Blair, y siguiendo el recorrido. De pronto, sin estar preparada para esa erupción que explotó dentro de mí, nuestras miradas se encontraron por sobre un mar de personas. De una manera mucho más intensa que cuando escuché su voz por primera vez tras tantos años, sentí el disparo directo al corazón que lo destrozó, que lo arrancó de mi pecho y lo dejó tirado a sus pies.

Él y yo volvíamos a reencontrarnos, pero esta vez solo éramos dos personas que en un tiempo pasado se amaron y que ahora no eran más que dos desconocidos.

## Sentimientos dormidos

El desamor era la peor enfermedad sentimental y su faceta más dolorosa se presentaba tras el quiebre amoroso, cuando se intentaba cerrar una puerta que en el fondo uno quería que se mantuviera abierta, porque por más que se renegase de los sentimientos, siempre estaba ahí ese constante deseo de olvidar y seguir todo como lo era antes del caos.

Desamor.

Había llegado a él tras un largo camino repleto de largas noches en vela, saturado de recuerdos que no me dejaban dormir, recuerdos de horas perdidas pensando, una y otra vez, lo que *habría sucedido si...* Recuerdos de despedidas, recuerdos de soledad en el aeropuerto, con el celular en la mano deseando que su pantalla mostrara el mensaje de «James llamando». Recuerdos de lágrimas en público al comprender que se había terminado y que él no llamaría. Recuerdos de querer cubrirme el rostro y no volver a enfrentarme al mundo. Recuerdos de un departamento helado y solo, recuerdos de una vida sin amigos, de una escuela con rostros desconocidos y de un idioma que no manejaba del todo bien. Recuerdos de días sin sentido acumulándose uno tras otro, recuerdos de semanas que pasaban y emociones que cambiaban. Recuerdos de anhelo, profundo y amargo anhelo, que se transformaba en desamor. Fuerte, despreciable y horrible desamor por alguien a quien tanto se había amado.

Él me había destrozado el corazón, llevándose con él mis ilusiones más infantiles, puras y estúpidas. Lo odié, pero también lo amé por demasiado tiempo, más de lo que desearía recordar. Fui débil, quería cerrar su puerta con conexión a mi vida, pero no podía, fui demasiado débil y el tiempo pasó y la puerta continuó así: entreabierta, esperando a que apareciera una ventana que me diera la fuerza necesaria para enfrentar la puerta y cerrarla. Pero la ventana no apareció, alguien olvidó mi segunda oportunidad y no apareció hasta que dejé de buscarla; fue entonces cuando la encontré y Alex regresó a mí.

Con él ya no necesité nada más, la puerta se cerró con llave y la llave se la quedó la ventana. Y James y yo no volvimos a ser James y Leah.

El problema de ese cambio llegó tiempo después, cuando comprendí que no quería que la ventana tuviera la llave, simplemente quería que desapareciera. ¿Era tan difícil de aceptar para mi terco corazón que no quería que nadie lo dominara? Me pertenecía a mí, a nadie más. A mí y solo a mí. ¿Cuántas veces tendrían que romperme el corazón para que él dejara de entregarse con tanta desesperación? Supe que demasiadas para ser feliz.

Ahora, esos (*mis*) ojos azules que en tantos dolorosos recuerdos aparecían, estaban observándome. Ojos azules bordeados por pestañas espesas y enmarcados por cejas negras. Ojos azules como dos zafiros brillando. Ojos que me congelaban y me quitaban el aire, sin importar el tiempo transcurrido. Ojos que detenían mi mundo. Ojos que siempre habían sido mi mayor debilidad, porque eran la entrada al alma y siempre me habían parecido tan puros y bellos, que nunca creí que su alma no fuera un reflejo de ellos, porque con una entrada así de perfecta, ¿cómo podría ser menos lo que había dentro? Pero podía.

Y ahora de nuevo lo tenía frente a mí.

Qué terrible cómo el pasado podía hacerse presente sin una invitación.

James.

Él parecía estar en otro mundo; no, más que eso, era como si se hubiese encontrado con un fantasma porque estaba pálido, horrorizado y sudoroso parado frente a un salón que comenzaba a preguntarse qué sucedía, intercalando miradas entre él y un punto cercano a mí. Cuando por fin pudo reaccionar, dio un paso hacia adelante con la mano ligeramente extendida como si pudiese tocarme a pesar de la distancia. No, no, no, ¿en serio se iba a acercar a hablarme frente a todos? No, es que no, no podía enfrentarme a él. Una vez había creído que podría, pero no, estaba muy equivocada; es que era obvio que no, ¿qué otra cosa había estado esperando? Era el hombre que había amado por tres años en secreto y menos de medio año aceptándolo, así que por supuesto que jamás sería capaz de fingir que nada había sucedido entre nosotros y comportarme con madurez frente a él.

Ni loca me quedaba ahí fingiendo ser una persona normal cuando estaba lejos de serlo, además tampoco iba a empezar a cambiar justo ahora cuando menos lo quería. Me puse de pie de un salto para huir, lanzando una mesa fuera de mi

camino, que llegó al borde del escalón y cayó sobre el banco vacía que estaba delante de mí. Desesperada, tiré mi bolso que colgaba del respaldo de mi silla y arrastré el asiento unos centímetros antes de poder soltar la tira que se había enganchado. Me di media vuelta, choqué con algo, lo alejé y me acerqué a la puerta, petrificada, como si algo se hubiera roto o se hubiera salido de su control y estaba desatando el caos en mí. Había pasado un año y medio desde la última vez que lo había visto y yo continuaba ahí con el corazón acelerado como una quinceañera ante su primer amor.

—¡Vuelvo en unos minutos! —balbuceó O’Connor cuando llegué a la puerta.

De vez en cuando el destino podía ser una putada que se creía con el derecho de obligarte a enfrentar tus temores, pero yo pensaba diferente porque creía en el libre albedrío y si yo decía que no me quería enfrentar a mis temores, no lo haría. ¡No lo haría!

Nada más al salir de la sala, me puse a correr sintiendo que el destino, en forma de O’Connor, me perseguía llamándome desesperadamente, mientras mis pies prácticamente volaban sobre el suelo. Corrí y crucé un patio y un edificio completo hasta que llegué a un sector de áreas verdes y seguí corriendo y...

—¡Cuidado! —gritó James.

Demasiado tarde.

¡Paf!

Me estrellé contra una banca, mi cintura se dobló y, retando a todas las leyes de la elasticidad corporal, mis piernas se movieron como un péndulo hacia adelante, mientras mi cara seguía catapultada en el asiento. Con el impulso hice un giro de 180 grados y terminé con el trasero enterrado en el suelo de ripio, cosa que evitó que me destrozara la espalda contra la banca. Me quedé tendida ahí como una muñeca a la que le hubieran cortado los hilos.

James llegó corriendo y se arrodilló a mi lado, quedando a solo un palmo de distancia.

—¿Estás bien?

Sus ojos azules, del mismo tono que recordaba en mis pesadillas más horribles, recorrían mi rostro en busca de heridas. Claramente mis deseos no se habían cumplido porque su piel no estaba destrozada por la viruela; de hecho, todo era mucho peor de lo previsto porque James O’Connor estaba más hermoso

de lo que recordaba. Se habían ido los rasgos de adolescente, convirtiéndose en un casi veinteañero que me aceleraba el pulso hasta lo impensado, podría incluso haber vomitado el corazón por la boca si hubiera querido.

—Leah. —Suspiró—. No puedo creer que realmente seas tú.

Sus palabras me hicieron reaccionar, dejando atrás el shock inicial y pasando al estallido de dolor con focos punzantes en ambas manos, una muñeca y algo bastante ligero en la espalda. *Ge-nial*, me había torcido la muñeca y seguramente me iba a salir en la espalda un hematoma del porte de un elefante (algún día dejaría de ser tan exagerada, lo juro).

Me tocó el hombro y vi su rostro fruncido por la preocupación. Tragué saliva con los labios de pronto pidiendo algo que, por supuesto, era una ridiculez. Intenté apartarme, pero el cuerpo me tiritaba y la humillación me catapultaba al suelo, quitándome lo poco y nada de energía que me quedaba.

—¿Estás bien? —insistió, agarrándome un brazo y levantándolo para examinar mis palmas enrojecidas.

Puse los ojos en blanco ante tamaña estupidez de pregunta. Me destrozaba el cuerpo en una pirueta con obvias consecuencias casi mortales, ¿y me preguntaba si estaba bien? Dios, si ibas a enviarme a alguien para rescatarme, ¿por qué tenías que mandarme a ese renacuajo con complejo de príncipe de capotilla? Pero noooooo, claro que nooooo podías porque cuando yooooo queríaaaaa algooooo, nadaaaaaa, pero nadaaaaaaaaaa se cumplía.

—Te voy a llevar al centro médico —informó, pasando un brazo por debajo de mis rodillas y otro por la espalda.

Solté un chillido y me soltó de inmediato. El dolor en mi espalda se hizo presente.

—¡LA ESPALDA NO, IMBÉCIL! —grité. Se quedó unos segundos desconcertado, luego una lenta sonrisa empezó a apoderarse de sus facciones. Mi ira creció—. ¡¿DE QUÉ MIERDA TE RÍES?! ¡ME DUELE!

Comencé a ponerme de pie despacio, mordiéndome el labio para no soltar gritos de dolor cuando tuve que usar mis enrojecidas palmas y mi adolorida muñeca para impulsarme. O'Connor intentó agarrarme de los brazos para ayudarme, pero lo descuarticé con la mirada. Cómo no, con lo imbécil que seguía siendo a pesar de todos los meses que nos separaban, ni se inmutó con mi

agresividad y, agarrándome por las axilas, me puso de pie con demasiada facilidad; me sentí como una pluma, como una hermosa y delicada florecilla. Argh, qué irritante era sentirme tan femenina a su lado cuando quería ser como un monstruo marino para él.

Ni siquiera le di las gracias porque, *otsea*, era su culpa que yo hubiese andado corriendo como una maniaca.

Le di la espalda y me fui caminando hacia el centro médico con la dignidad perdida en alguna parte de mi culo. Me siguió de inmediato.

—¡Déjame! —aullé.

—Pero, Leah...

—¡Que me dejes! ¡No me provoques justo ahora!

—¿Quieres que te deje ir sola?

—Eh, ¡pues sí, genio!

Pausa, sus pasos dejaron de oírse detrás de mí. ¿Se había rendido así tan fácil? Quedé tan confundida que tuve que detenerme a mirarlo y comprobar que realmente me había dejado de seguir. Efectivamente, se había detenido justo en el punto que yo le había ordenado que lo hiciera. Mi expresión era de obvio horror mezclado con sorpresa ante esa jugada tan poco natural de él, ¿esos meses le habían quitado su perseverancia enfermiza? Increíble, inaudito e increíble.

—¿Qué pasa? —preguntó con las manos en los bolsillos y actitud desafiante.

¿Por qué no me estás persiguiendo?, quise protestarle. Dije lo primero que se me vino a la cabeza.

—¡Enfermo de hombre, no has cambiando en nada! ¡Te quedaste atrás para mirarme el trasero!

Perdió toda su actitud y habló con un tono de voz agudo y desconcertado:

—¡No estaba haciendo eso!

—¿Entonces qué? ¿Ah, qué? ¿Para qué te quedaste ahí parado mirándome con un imbécil, ah?

Toma esa, había ganado la batalla; de igual manera le eché más leña al fuego:

—¿Te estabas haciendo el difícil entonces? ¿Quién te crees que eres? Para

hacerte de rogar primero debe existir alguien que te ande rogando, cosa que entre tú y yo no sucede.

Leah: 1, O'Connor: 0.

Me giré azotando mi cabello al viento como una diva. Yo era divina. Alcancé a dar dos pasos cuando habló:

—Lo quieras o no te voy a acompañar.

Como la dama que era, le mostré el dedo de al medio por sobre mi hombro. Argh, irritación de hombre. El muy sinvergüenza se quedaba con mi mejor amiga, ¿y tenía el descaro siquiera de hablarme? Vergüenza no tenía, claramente. Finalmente, decidí ignorarlo, porque si le prestaba mucha atención a ese idiota tomaría confianza; debía hacer como si no me percatara de que iba a tres pasos de mí.

Llevábamos ya media distancia recorrida, todo demasiado normal para ser nuestro primer encuentro, cuando ocurrió lo inevitable y yo solo pude cerrar los ojos en un instante de alivio.

Primero fueron sus manos sobre mis hombros, deteniéndome suavemente; a continuación sus brazos me rodearon y aprisionaron contra su pecho; luego llegó su rostro que se acomodó en el hueco entre mi hombro y cuello, con su aliento caliente erizándome la piel; finalmente se hicieron presente los sentimientos que tanto tiempo llevaban encerrados en una caja.

—No puedo creer que seas tú —susurró con voz ahogada.

No pude contestar, las emociones me habían robado la lengua. Su calor y aroma me rodeaban y, por un instante que duró un suspiro, se sintió demasiado bien para dejarlo ir, por eso permití que me abrazara cuando no era lo correcto bajo ninguna circunstancia.

—Derek me dijo que hoy me esperaba una sorpresa —musitó con las palabras temblorosas en su boca. Tomó aliento, como si estuviese dándose valor para continuar—. Jamás creí que podría referirse a ti.

Por fin me moví y me solté, sintiéndome como si me hubieran arrebatado algo primordial dentro de mí. Me giré para quedarnos de frente. Los ojos de James brillaban.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo, Leah?

—Donde no te importa.

—Leah, háblame. Solo quiero saber si estás bien.

Comencé a caminar a paso acelerado antes de cometer un error. O'Connor me alcanzó al instante e intentó agarrarme de la mano, pero me moví antes de que lo lograra.

—Pensé que nunca más volvería a verte —confesó. Observé sus zapatos con ojos ardientes—. Leah. —Esperó a que le dijera o hiciera algo. Nada ocurrió, él insistió—: Leah. —Me negaba, no pensaba sucumbir ante él—. Leah, sé que no quieres saber nada de mí pero... no sabes cuánto me alegro de que estés aquí.

Apreté los puños con fuerza sin saber si lo hacía para evitar golpearlo o abrazarlo. Si tan solo pudiera ordenar mis pensamientos y saber cuál era el sentimiento que predominaba..., si tan solo pudiese recibir alguna señal..., pero no había nada. A O'Connor lo había odiado y querido por tantas razones en todos esos años, que ya no sabía cuál era el sentimiento que predominaba. Él era los mejores y peores tiempos vividos, era los años dorados y oscuros.

Él era el Voldemort de mi vida y yo era el Harry Potter de la suya.

Estiró los brazos e hizo el ademán de abrazarme otra vez, pero me aparté de él antes de que pudiera.

—No me toques.

Su rostro fue como un foco brillante de dolor.

—Leah, yo te extrañé desde que desapareciste ese día en el parque, y tú... ¿nada?, ¿ni una pizca? —Negué con un movimiento seco de cabeza—. ¿Nada de nada? ¿Ningún sentimiento por mí?

—Solo el deseo de que hubieras muerto envenenado, ¿te sirve ese? —Me tomó la mano para llevársela al corazón—. Vuelve a tomarme sin mi consentimiento y gritaré por ayuda, ¿entendiste?

Su transformación fue repentina y comenzó con un suspiro que cuadró sus hombros y le reforzó la armadura.

—No veo a nadie.

Correcto, estábamos en un corredor desierto. Se me aceleró la respiración al descubrir que no podría escaparme a menos que él lo permitiera. Me hirvió la sangre violentamente.



—Contaré hasta tres para que me sueltes. —Tomé aire—. Uno, dos y tres. —No lo hizo—. ¡AYUDAAAAAAA! ¡QUE ALGUIEN ME...!

O'Connor tapó mi boca con la palma de la mano y mis palabras murieron de golpe. Intenté apartarlo, pero tenía más fuerza y era mucho más grande que yo. Mis intentos de grito fueron igual de frustrados. Por las buenas no lo iba a lograr, tenía que ocupar las técnicas ruines: le di un golpe en las canillas. Se quejó aunque no me soltó.

—¡Mmmesamds! —chillé.

A pesar de la molestia, le golpeé el pecho con las manos; con demasiada facilidad me las agarró con el brazo libre. Qué impotencia, ¿por qué la vida les había dado tanta fuerza?

—No te soltaré hasta que prometas no gritar —advirtió.

—Mmenh.

—¿Eso fue un sí o un no?

—¡Msim!

—¿Eso fue un «sí, gritaré» o un «sí, no gritaré»? —preguntó, con una sonrisa.

—¡¡¡Msim!!!!

—Vale, vale, lo haré.

Lentamente apartó la mano.

—¡ERES UN...! —Volvió a cubrirme la boca—. ¡Msmelmtamme!

No me quedó más que rendirme porque me superaba. Dejé de forcejear, pero permanecí con la mirada empuñada que escupía ácido y rencor profundo.

—Hey, no me mires así que... oye, ¿sabes que te ves muy guapa ahora? Aunque para mí siempre lo has sido, incluso cuando eras mi Chewbacca y «peli-peli». —Siguió sonriendo como un idiota—. De hecho, siempre he considerado que eres demasiado guapa para lo antipática que a veces eres. —Al ver que yo había dejado de luchar hace ya rato, quitó la mano y me soltó—. Y...

—Cierra el pico, O'Connor —ordené—. Dices algo más de mí y te golpearé en las pelotas, lo juro.

Sin embargo, no era eso lo que estaba pensando: «Dices algo más y volveré a

enamorarame de ti».

—Tú y esos instintos asesinos. ¿Has pensado alguna vez en ir a una terapia para el control de la ira?

—¿Quién te crees que eres para decirme eso? —Continué con aire desinteresado—. Y para que sepas, sí estuve yendo.

Pareció arrepentido de inmediato.

—Leah, era solo una broma, yo...

—Y mi psicóloga me dio de alta hace un tiempo. ¡Así que no estoy loca y ya curé mis ataques de ira, para tu información!

Claro, ¿en qué momento me habían dado alta de eso? ¿En ese momento cuando le había cerrado la puerta en la cara para escapar de su consulta y regresar a mi país o, tal vez, en ese otro momento cuando *jamás* empezamos el tratamiento contra la pérdida del control? Pero eso O'Connor no tenía para qué saberlo.

—Bueno, me alegro saber que estás curada —respondió con cierto escepticismo en la voz—. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Seamos sinceros, nunca has estado bien de la cabeza.

Me enfurecí. Jaja, toma eso: control contra la pérdida del control.

—¿Que yo no estoy bien de la cabeza? —Bufé—. Si estamos con esas entonces, si yo estoy mal, tú lo estás... eh, ¡tres veces peor!

Se metió las manos a los bolsillos del pantalón.

—Si no ganas tienes que por lo menos empatarla. —Iba a rebatirle pero me recorrió el cuerpo con la mirada y me puso tan nerviosa que me comí las palabras antes de soltarlas—. Pero estás más delgada y tienes un acento ligeramente diferente. ¿Estuviste viviendo en otro país? —Asentí con las mejillas sonrojadas—. ¿Pero por qué lo hiciste?

—¿Que por qué me fui?

—Sí.

¿Ese hombre tenía amnesia postraumática?

—¿Y para qué quedarme? Sabía que preferirías seguir con tu vida acomodada y...

—¿Y cómo sabes que quería eso?—me interrumpió, repentinamente lívido—. Has dado por sentado cosas que no tienes ni idea.

Bufé.

—Se hizo presente el maldito caballero andante que deja todo por la princesa sin castillo.

El dolor emanaba de él.

—Siempre hay dos puntos de vista en una historia, pero tú no haces más que culparme por todo.

La verdad es que solo lo hacía en parte. Lo culpaba por haberme engañado y hacerme creer que todo era un cuento de hadas, cuando, de cuento de hadas, solo teníamos a la bruja; pero no podía culparlo por haber preferido los consejos familiares, la comodidad, a algo que siempre sería constante con él, caso contrario a las indecisiones que sufría mi corazón. No podía culparlo por elegir algo seguro cuando yo misma lo habría abandonado si me hubiese escogido, porque me atemorizaba demasiado que su bonita mirada llena de amor por mí se convirtiera en una que dijera claramente: «Me equivoqué contigo».

Su mano sujetó mi brazo para que no pudiera irme.

—Leah...

—Leah nada. —Estaba tan cansada de nuestra historia inconclusa—. Solo quiero irme, *por favor*.

—Pero estamos hablando —rogó suavemente.

—¿Para qué seguir? —quise saber, agotada de ese tira y afloja que parecía no llegar a ninguna parte—. Las cosas quedaron claras hace año y medio cuando cada uno tomó sus decisiones.

—Pero... —Su voz se esfumó con el aire. Todo en él se derretía.

—Pero nada. —Por fin me solté y su mano se deslizó lentamente por mi piel hasta dejarla libre—. Sigamos con la relación que teníamos antes de haber sido tan estúpidos como para haberla estropeado saliendo juntos.

Estaba claramente confundido.

—Pero me odiabas antes.

—Exacto, y es ahí donde quiero volver.

Nos observamos con el tiempo ralentizado, tan relativo como solo podía serlo él.

—Si así lo quieres, perfecto, así se hará.

¿Lo había aceptado así tan fácil?

—Ya está entonces —acepté con un sabor agrio en la boca: derrota—. Yo te odio y tú me odias, perfecto.

—No, no, no. —Movié un dedo de izquierda a derecha para marcar el énfasis—. Estás muy mal.

—Pero tú aceptaste, ¿acaso tu palabra sigue valiendo una mierda?

—Claro que acepté. Tú dijiste que querías volver a como éramos antes de salir, pero te recuerdo que en ese tiempo tú eras la que me odiabas, yo solo intentaba conquistarte.

Fue un imprevisto jaque mate en mi tablero de decisiones.

—¡No puedes hacer eso! —solté—. Tú debes limitarte a ignorarme y yo a odiarte.

Podría haber hecho un baile de la felicidad el muy desgraciado. ¿Cómo era posible que siempre se saliera con la suya cuando yo me oponía tan fieramente a que ganara?

—No, no, querida Leah. Ya acordamos las reglas: tú me odias y yo te conquisto.

—¡No puedes hacer eso! —insistí.

—¿Por qué no?

—Porque es estúpido —terminé—. El pasado es pisado, y mira que el de nosotros yo lo hice polvo de tanto pisotearlo. —Seguía tan inflado como un pavo real. Tenía que detenerlo en seco y sabía cómo—. Estoy enamorada de otra persona.

Fue como ver una secuencia en cámara lenta de alguien a quien se le rompe el corazón. Su imagen se congeló como en un espejo que se hace añicos.

—¿Estás... con... *alguien*?

Cuadré los hombros.

—Sí.

El azul en su mirada era como el mar antes de una tormenta.

—¿Ya me superaste? ¿Así de fácil?

¿Cómo un ser humano que te había destrozado el corazón podía parecer tan destruido por haberlo olvidado? Solo un miserable egocéntrico sin empatía.

—Sí, y qué te importa.

—Mucho, tú siempre me has importado mucho.

Claro, ahora le preocupaba, ahora cuando ya todo estaba hecho y mi corazón estaba pegado por todas partes para intentar unirlo de manera precaria nuevamente.

—¿Ahora te importo mucho? Claro, te importo cuando eso no involucra tu estúpido dinero. Por supuesto, claro que ahora te preocupo porque tienes el bolsillo asegurado, ahora soy importante, pero ¿qué te importé cuando me dejaste?

Frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

Solté un jadeo incrédulo.

—¿De verdad tienes el descaro de hacerte el desentendido?

—¿Desentendido de qué?

—¡De que me dejaste!

—¡¿Pero de qué estás hablando?! —alzó la voz—. Fuiste tú la que me dejaste tirado ese día en la plaza.

—¡Te dejé porque estabas comprometido con mi mejor amiga!

O'Connor explotó como un volcán:

—¿Y qué querías que hiciera? —Las venas se le marcaron en el cuello y su rostro se congestionó—. ¡Ni siquiera te interesaba cuando tomé esa decisión, me despreciabas e insultabas por cada mínima cosa que hacía! ¿Qué querías que

hiciera?

Le estampé una cachetada que resonó en el pasillo. Cerré los ojos por unos instantes porque el estallido de dolor en la mano me sacó lágrimas. Al recuperarme, James permanecía con el rostro volteado y marcado en rojo mi mano.

—Podrías habérmelo dicho para no ilusionarme como una estúpida contigo, podrías haberme advertido que romperías mi corazón, para habértelo entregado con una coraza y no tan desnudo y confiado como lo hice.

Se instaló un silencio cargado de tensión y dolor.

—Lo siento —susurró finalmente James con la cabeza baja. Eso me hizo poner en alerta, porque las únicas veces que él rehuía mi mirada era cuando estaba a punto de destrozarme—. Lo siento de verdad. Jamás me voy a perdonar por lo que te hice, pero... Desde que te conozco que te he querido tanto, Leah, tanto, tanto que no podría explicarlo simplemente con una palabra. Te esperé durante años con el corazón en la mano, porque te quería con tanta desesperación que no podía permitir rendirme contigo, aun sabiendo que nuestro cariño nunca sería igual porque yo siempre te había querido más de lo que tú llegarías a hacerlo. Por eso cuando supe que era correspondido, mi comportamiento nació de puro egoísmo porque se estaba cumpliendo mi deseo más desesperado: que me amaras de la misma manera enloquecida con la que yo lo hacía.

Se quedó esperando a que dijera algo y no fui capaz. No me detuvo cuando hui del lugar porque ¿qué se podía decir después de una confesión así? ¿Cómo se le decía a una persona que tenía razón en algo tan horrible como eso? Siempre había sido consciente de que James me había amado más de lo que yo lo había amado a él. Y ahora, por cosas de la vida, volvíamos a ser James y Leah, pero sin ser Jaleah; y descubrir eso fue lo más doloroso de todo.

## Mechoneo

Terminé en el centro médico con mi prima Adela haciéndome compañía, una suerte que estudiáramos en la misma universidad aunque carreras completamente diferentes. Ella tan tranquila como siempre, con su pelo castaño y sus enormes gafas que engullían sus bonitas facciones, estaba atenta a mis movimientos mientras yo la ignoraba y fingía estar maravillada con una paloma horrible que estaba apoyada por fuera de la ventana cerrada de la estancia.

—¿Me vas a decir qué te pasó? Y no hablo precisamente de tu accidente.

Intenté no poner los ojos en blanco, cosa que fue bastante difícil. ¿Cómo era posible que esa mujer siempre supiera cuando me sucedía algo? Éramos como siamesas, solo que ella había heredado la telepatía y empatía y yo... bueno, era bonita.

—Estoy un poco triste —asumí.

Adela se quedó unos segundos impactada, porque yo siempre tendía a luchar mucho antes de soltar mis sentimientos.

—¿Por qué?

Apunté a la paloma.

—Es que, mírala, Adela, pobrecita, solo tiene una pata. ¿Cómo no me va a poner triste eso? Está lisiada para toda su vida.

Escuché un suspiro cansado.

—Ya se me hacía raro que fueras a decir algo a la primera.

Le sonreí.

—Soy maravillosa, ¿cierto?

—Sí, claro, maravillosa como descubrir un enorme grano en el trasero.

Hice un puchero.

—¡Adela! ¿Por qué eres tan mala conmigo si yo soy tan linda contigo?

—Ni se te ocurra empezar que de víctima no tienes nada. —Hizo una pausa para acaparar expectación—. Ya, dime de una buena vez qué te pasó.

Levanté las manos, mostrando mis palmas destrozadas y la muñeca izquierda claramente hinchada.

—Me saqué la cresta, pensé que era lo suficientemente obvio.

—Sabes que no estoy preguntando por eso.

—¿Entonces qué?

—Me refiero a que qué hacías corriendo.

—Ah, es que unos de segundo me iban a mechonear.

Adela contó hasta diez.

—Cómo mientes, Leah, ya casi ni siquiera miras hacia la izquierda.

¡Eh! ¿Pero cómo era posible que fuera tan obvia para mentir? ¿Es que toda mi vida lo había sido y todos sabían cuando mentía y no me decían? Había vivido engañada toda mi vida.

—¡No miento! —Mis ojos se fueron a la izquierda. Argh, ¡por el demonio que me parió!—. Bueno, sí, mentí, ¿cómo supiste si no miré a la izquierda?

—Porque soy de segundo.

Adela estudiaba algo con, eh, algo con Literatura en no sé qué, creo que Literatura en... para qué miento, no me acordaba. El punto es que Adela estudiaba algo e iba en segundo, ya que no se había rascado las pelotas durante un año completo como yo.

—Ellaaaa, la que va en segundo año. O sea disculpeeee, majestad de la madurez, pero no entiendo qué tiene que ver que seas de segundo con que sepas que mentí.

—Porque sé cuándo serán los *mechoneos* y no es hoy.

Me brillaron los ojos.

—¿Y me vas a decir cuándo es el mío?



—No.

—Pero tú me dijiste la otra vez de que no ibas a participar en algo tan... tan... bobo como eso —protesté.

—Sí, jamás voy a participar en algo tan retrógrado como el mechoneo.

—Entonces dime.

—No, porque te mereces un poco de humillación y una lección de humildad.

—En el fondo me odias, ¿cierto, Adela?

Se cruzó de brazos.

—Leah, nunca lograrás confundirme cambiando de tema. No se me ha olvidado lo que quiero saber.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué ibas corriendo por la universidad?

Solté un chasquido con la boca.

—Tsh, es irrelevante.

—Leah...

—Adela.

—Leah...

—Adela, te digo que es irrelevante. —Observé la puerta del cuarto con desesperación, esperando a que el doctor interrumpiera nuestra conversación en cualquier momento. Como no sucedió, tuve que recurrir a una táctica más ruin. Me llevé mi mano izquierda al pecho y lo acuné con expresión de dolor—. ¡Ag, ¿por qué no viene nadie a revisarme?!

Se acercó para examinarme con aire crítico.

—¿Te duele mucho? ¿Crees que es muy grave?

—Probablemente me tendrán que amputar la mano.

—Te apuesto a que ni siquiera es un esguince.

Alcé el brazo amoratado, indignada.

—¿Esto te parece un «ni siquiera»?

—Mira, si fuera un esguince no podrías mover la mano, cosa que has hecho incontables ocasiones.

—Llorarás de arrepentimiento cuando me la estén amputando.

—Ya veremos.

A la media hora y tras ser revisada y curada por el doctor, recibí un diagnóstico claramente fatal.

—No hay nada de qué preocuparse —me aseguró el doc.

—¿En serio? No podría, no sé, ¿revisar de nuevo? Estoy segurísima de que me la quebré.

—¿Por qué lo dice?

—Eh, ¡porque me duele!

—Sí, eso es porque tu muñeca sostuvo todo tu peso en la caída. Para inmovilizarla te pondré una férula que debes usar durante una semana, ¿está bien? —Continuó ante mi mirada suplicante—: No tienes de qué preocuparte, no es nada grave.

—¿De verdad está seguro que no me la quebré? —Asintió—. ¿Y mi espalda? ¿No quedaré inválida de un día para otro?

—Nada grave, solo una contusión. De hecho, fue un golpe muy leve, probablemente tus pies y muñeca tocaron primero el suelo y eso evitó un golpe grave. Eso sí, te está apareciendo un hematoma pequeño.

—¿Y el pie?

Había aprovechado de preguntar por él para descartar otra amputación; no es que me hubiese molestado desde que quedé colgada de él de un árbol, solo quería quedarme tranquila.

—En el pie no tenías nada.

—¿Seguro?

—Segurísimo. —El doctor me sonrió ligeramente cansado.

Nos marchamos del centro médico una victoriosa Adela riéndose de mi ficticia amputación y una indignada Leah porque había recibido solo tres días de licencia tras mucho reclamar. Por suerte, los dolores punzantes de la muñeca y

espalda me hicieron olvidar por un prolongado período de tiempo una cosa muy importante: James O'Connor. Lo volví a despachar al Tártaro nada más quiso hacerse presente, hoy no podía con él y probablemente nunca.

\* \* \*

El viernes me desperté sabiendo que no podría faltar a clases porque mi licencia había expirado. Por lo que, a pesar de mis graves, terribles y horribles lesiones, diez para las ocho de la mañana me encontraba en la entrada de la universidad con cara de polluela perdida, buscando dónde demonios podría encontrarse la sala de clases de Física I, cuando ¡bam! pasé a llevar un enorme fierro. Con el entrecejo fruncido y masajeándome discretamente mi machacada delantera, alcé la mirada hasta un tablero de anuncios de la semana. Y grité de horror porque ahí estaba mi enorme y horrible carota de unos buenos dos metros, en primera plana del período *HoyxHoy* de la universidad. Mi fotografía de la credencial, la que salía con las manos atadas, un ojo cerrado y la boca deformada en una mueca, estaba pegada con el número uno al lado; junto a mi imagen estaba un chico que salía rascándose la nariz y otro de espaldas. Sobre nuestras imágenes decía «Las peores fotografías de los polluelos».

O sea, dibujándome con un talento artístico peor que el de Blair, mi representación de esa foto en *Paint*, porque no me daba para conocimientos más elevados de programas para dibujar, sería algo así:



Genial, era la vergüenza de la universidad. ¿Es que hacer eso era éticamente correcto? Lo fuera o no, estaba mi fotografía de credencial pegada en el letrero de anuncios, a dos metros de mis ganas de quitarla de ahí. Podría buscar una escalera y sacarla, aunque... mi vista se dirigió hacia una manguera que estaba tirada sobre el césped a mi derecha.

Di el agua.

—Cuidado —les advertí a unos chicos que pasaban cerca, mientras direccionaba el chorro de agua hacia el tablero de anuncios.

Las hojas se mojaron y la tinta de las imágenes se corrió, haciéndome parecer como la pintura *El grito*. Finalmente, la hoja se despegó y mi fotografía cayó a tierra, completamente irreconocible. Lancé la manguera al césped y corté el agua. Orgullosa, me sequé las manos en los pantalones.

—Mucho mejor.

Lancé una sonrisa a los chicos y seguí caminando. Ahora ya nadie más podría ver mi fo...

Una mujer me entregó lo que parecía ser un periódico. La misma imagen que me había esforzado en destrozarse para eliminarla del mundo, aparecía ahí.

Mi mala suerte no podía ser vencida con tanta facilidad.

—Tú eres la polluela de la imagen —comentó con humor la muchacha.

—Jajaja, ¡fíjate que si no me dices, no me doy cuenta!

Idiota.

Le quité todos los periódicos de las manos y me fui antes de que pudiera decir algo; los lancé unos metros más allá a un basurero, por lo menos ahora habría menos periódicos circulando por la universidad.

Les quité a otros tres repartidores sus diarios antes de por fin encontrar la sala de clases y entrar unos segundos antes de las ocho. En la sala, igual de grande que las del día anterior, había un altoparlante al lado del escritorio del profesor y un micrófono. El profesor llegó con cinco minutos de atraso, apoyándose en un bastón y tan anciano que pensé que se moriría en cualquier momento. Con pesadez y una lentitud que crispaba los nervios, bajó los escalones del auditorio y se puso frente al curso. Dejó el sombrero sobre el escritorio y tomó el micrófono. Le dio unos golpes para ver si funcionaba, mas no se oyó nada.

—Creo que *she* echó a perder *eshto*. —Como estaba en segunda fila, tuve el privilegio de oír su débil voz.

Un chico delante de mí contestó:

—Profesor, está apagado el micrófono.

El anciano frunció el ceño, tenía unas gruesas cejas blancas.

—¿Y cómo *she* prende?

—Tiene un botón al costado.

El profesor examinó el micrófono. Luego de unos segundos, volvió a comentar.

—No *funshiona*. *She* echó a perder *eshta cosha*.

Un compañero le prendió el micrófono y se lo pasó. Tras un largo sonido agudo, el profesor habló:

—*Holach*, como habrán notado *eshta esh* la primera clase porque —tosió sonoramente, sus pulmones resonaban en líquido atrapado— *eshte eshtuve* con licencia médica. Mi nombre *ech* Fernando —tomó aire— y *shoy shu profeshor* de Física. —Sacó un plumón de su camisa abotonada hasta el cuello—. *Lesh* escribiré mi nombre en... —volvió a tomar aire— la *pisharra*.

Su mano tembló tanto al escribir, que no entendí cómo fue capaz de crear una letra tan clara y bonita. Sin embargo, a pesar de su avanzada edad, descubrí por qué la universidad le permitía seguir impartiendo clase. El profesor Fernando era un genio, genio, genio; enseñaba como los dioses y sabía más que Dios. Ante sus conocimientos ilimitados, su edad era un límite que tendía a cero.

Llegó el receso y el cambio de clases, y pronto descubrí que una de mis compañeras de Física compartía conmigo clases de Cálculo I y de Álgebra I. Lo mejor de todo es que parecía querer hablar conmigo a pesar de mi cara de pocos amigos. Era crespita, un poco pasada de peso y con cara sonriente. Se llamaba Camila. Mientras caminábamos a clase de Cálculo decidí que me caía lo suficientemente bien para hacerla mi amiga (y así pedirle todos sus apuntes de clases pasadas y futuras para fotocopiarlos, porque yo no podía escribir muy bien por mis palmas cicatrizando), hasta que dijo:

—¿Y viste el otro día a nuestro ayudante de Cálculo? —Sus ojos brillaban tanto que por un momento quedé ciega—. ¡No me lo puedo creer que sea tan guapo! Parece modelo, ¿cierto?

Guapo, sus pelotas. ¿Y modelo? Para lo único que le alcanzaba era para ser modelo de calcetines.

Puse cara de haberme comido un limón.

—Tienes pésimo gusto si encuentras guapo al ayudante —comenté agriamente.

Dio una inspiración horrorizada.

—¿Eres ciega? ¡Yo no podía quitarle los ojos hasta que...! —Abrió la boca de par en par—. ¡El otro día se fue corriendo detrás de ti!

Hiperventiló, una reacción muy común en las mujeres cuando se refería a O'Connor.

Estúpido y sensual O'Connor.

Comenzaba a ser seriamente molesto que todas las mujeres murieran por él. ¿Cómo podían ser tan básicas? O sea, yo había sido igual de necia por los rostros bonitos, pero había madurado y descubierto que lo de adentro era lo que más valía en un hombre (adentro de sus pantalones, por ejemplo). Es por eso que elegía a Alex (aunque todavía no sabía si era Demetrio o Nometrio, jaja).

—¿Se conocen de antes? ¡¿Qué te dijo?!

Entramos a la sala de clases de Cálculo I, que estaba prácticamente deshabitada.

—Pues nada —contesté.

Camila me miró con sospecha.

—Sé que nos conocemos solo hace una hora y tal vez por eso no me quieres contar... ¡pero debes decirme!

Di un largo suspiro y le mentí, total ella no sabía que miraba a la izquierda cuando lo hacía.

—Me preguntó por qué me estaba yendo de la clase.

—¿Y...?

—¿Y qué?

—¡¿Qué le dijiste?!

—Ah, bueno, le dije que estaba sufriendo un horrible dolor en el útero, que sentía sus horribles y dolorosas contracciones y que necesitaba ir al baño porque me estaba desangrando poco a poco.

Camila se detuvo en seco y yo seguí caminando.

—¡¿Le dijiste eso?!

La chica era un genio del sarcasmo.

Tomé asiento y Camila no tardó en ocupar el banco a mi lado. Estaba a punto

de abrir la boca, para insistir en el tema, pero la corté.

—Muy bien, te lo diré. —¿Qué más daba contárselo? Al fin y al cabo en algún momento de la vida se enteraría—. El ayudante y yo tuvimos un amorío hace año y medio. —Camila soltó un pequeño jadeo—. Sin embargo, como te habrás dado cuenta, fue hace mucho tiempo y las cosas están más que muertas. Así que, si gustas, te lo regalo.

—Te puso los cuernos, ¿cierto?

Jadeé.

—¿Tan fea me encuentras que crees que me engañó?

Técnicamente, sí me habían puesto los cuernos, pero ella no tenía por qué saber precisamente *esa* verdad.

Camila se sonrojó.

—No, pero es que hablas de él como... como si te hubiese engañado.

—Sí, bueno, como sea.

—Oye, pero...

Suspiré.

—Te lo regalo, ¿quieres? Solo no vuelvas a mencionarlo, que me pongo de malhumor.

Camila bajó la mirada.

—Sí, claro, como si alguien como él podría alguna vez interesarse por...

La corté con un golpe de mi puño sobre la mesa. Tuve que cerrar por leves segundos los ojos porque mi brazo derecho estalló de dolor.

—Mira —dije al recuperarme—, no soporto la autocompasión. Siempre debes mostrarte segura ante el mundo, porque si no te valoras a ti misma, ¿cómo quieres que lo haga otra persona? Las lamentaciones son para la cabeza, sé miserable en ella. Además

—seguí, oyendo a nuestros compañeros empezar a llenar la sala—, al ayudante le gusté porque nunca mostré interés en él.

Camila tenía un puchero en los labios.

—Claro, es fácil decirlo cuando eres bonita.

Puse los ojos en blanco mentalmente.

—Sí, soy bonita, ¿pero y qué?

—Ya, pero eres muy bonita. Si fueras fea, la indiferencia sería mutua.

Vaya, esa chica tenía la razón.

—El punto es —concluí sin hacerle caso a su comentario— que siempre debes hacerte la interesante, así conseguirás a un hombre que sea un número más que tú.

—¿Número más?

—Más guapo me refiero. Si eres un *cinco*...

—¿Soy un *cinco*?! ¿En qué escala?

—¿Me refiero a un caso hipotético! —Me aparté el cabello de la cara—. Como decía, si en el caso hipotético fueras un cinco, si te haces la interesante serás capaz de conquistar a un *seis* o un *siete*.

—¿Así *tú* lograste conquistar a alguien como él?

Asentí feliz, hasta que me percaté de algo.

—¿Un momento! ¿Cómo que alguien como *tú*? Él y yo somos el mismo número. —Camila se quedó en silencio. Solté un jadeo—. ¿Acaso no somos el mismo número?

Comenzó hablando de manera lenta, palpando la situación:

—Mira, tú eres muy hermosa.

—Del uno al diez, ¿cuánto?

—Un diez —contestó ella.

Respiré tranquila.

—¿Entonces?

—Bueno... —se mordió el labio—. Diría que de una escala del uno al diez, el ayudante sería como un doce.

—¿UN DOCE?!

—Es que, mira, eso pasa porque es hombre.



Ah, ya entendía.

—Ah, es porque te gustan los hombres —dije.

—Mm, no.

—¿Te gustan las mujeres?!

—¡No! —Suspiró—. Me refiero a que es más fácil encontrar a una mujer bonita que a un hombre; están como en extinción.

Genial, lo único que me faltaba, que O'Connor se convirtiera en una especie de deidad en la universidad.

Me quedé en un irritado silencio que Camila intentó solucionar con un:

—Pero tú sigues siendo la mejor, Leah.

Por suerte me ahorró decir algo, porque se levantó a botar un papel que había encontrado en su banco.

—El monstruo marino tiene una pequeña admiradora —comentó alguien detrás de mí.

Ni siquiera perdí mi tiempo en girarme.

—Púdrete, Blair.

—¿No me darás los buenos días?

—Púdrete.

—¿Por qué faltaste...? Ah, James me contó que besaste el piso por escaparte de él.

La humillación inundó mis mejillas.

—No me escapaba de él.

—¿Entonces por qué te fuiste corriendo?

—Estaba estirando los pies.

—Qué mentira más mala.

Camila llegó y se quedó un poco sorprendida con Blair. Perfecto, Camila acababa de tener su segundo flechazo.

Tuve la suerte de ser salvada por la llegada del Dementor a la sala, llevándose

consigo la felicidad y destruyendo todos nuestros sueños.

\* \* \*

—Ojalá nos mechonearan hoy —musitó Camila en un momento muerto de la clase.

Sus deseos fueron concedidos exactamente en ese segundo: la puerta se estremeció y yo casi caí de mi asiento por la sorpresa. Los cánticos se unieron a los golpes.

—¡*Me-cho-neo, me-cho-neo!* —coreaban unos.

—¡*Pelo, pelo!* —pedían otros.

Me puse de pie. El Dementor sonreía feliz mientras guardaba su plumón en el bolsillo de su camisa. ¿Es que nos iban a *mechonear* en presencia del profesor? Sí, efectivamente. La puerta se abrió y todo el gallinero quedó en silencio. Un alumno alto y fornido (el más robusto del grupo, yo estaba segura) entró en la sala con una sonrisa burlesca en el rostro para intimidarnos.

—Profesor, venimos a apoderarnos de sus alumnos. —El profesor asintió.

—Les entrego el curso —dijo. Sin ninguna clase de protesta, se fue de la sala dejándonos en manos de nuestros torturadores.

Algunos polluelos cacarearon. En uno de los vidrios de la sala alguien escribió:

«MUJERES  
DESPIDANCE DE SU PELO».

Lo primero en que me fijé es que «despídanse» estaba mal escrito. Ingenieros, cuál de todos escribía peor.

—Hombres, por favor, quítense sus camisetas y zapatos —empezó con las instrucciones el fornido—. Mujeres, tómense el cabello y quítense los zapatos y también las camisetas por si alguna no quiere arruinar... —Una compañera le llamó la atención desde la puerta—. Solo era una broma, las mujeres no se deben quitar nada de ropa aunque... ¡Ya, okey! —Apuntó frente a él—. Fórmense aquí cuando estén listos. Hoy es su bienvenida a la prestigiosa Universidad del Estado y en toda buena bienvenida no puede faltar el *mechoneo*.

Con un grito de guerra, lo que parecieron cientos de hombres y mujeres,

entraron al auditorio y se pusieron al lado de su compañero fornido, esperando que obedeciéramos las órdenes.

—¿Crees que realmente nos corten el pelo? —susurró Camila, tirando su asiento hacia atrás para darse espacio y así quitarse los zapatos.

Me saqué una zapatilla.

—No creo —respondí, aunque no podía asegurarlo.

Por algo se llamaba *mechoneo*, porque venía de mechón, que en su lengua natal significaba cabello.

Guardé ambos zapatos en mi bolso. Camila me entregó un elástico e hice con él una cola alta. Tras eso, nos fuimos a formar en la fila.

—Sus pertenencias déjenlas aquí —dijo el chico toro—. La sala de clase será cerrada y solo podrán recuperar sus bolsos si son unos obedientes polluelos.

Las personas que habían agarrado sus cosas, en las que me incluía, volvimos a dejarlos en los bancos y a formarnos. Me puse detrás de Camila y poco a poco todos se fueron sumando a la fila, excepto esos alumnos de cursos superiores que habían reprobado el ramo por partida doble (*pasan qué cosas*). Como no había mucho espacio en la sala, nos hicieron salir al corredor exterior en filita india. En ese momento, en el negocio que estaba a unos metros de nosotros, apareció Blair con un café en la mano con expresión de morbo. Se nos acercó con aire campante. ¿Por qué no lo estaban *mechoneando* a él?

Tiró de mi coleta y la desarmó.

—Yo creo que alguien parecerá un chico hoy —se burló.

Solté mi pelo de un manotazo. Me hice un moño suelto.

—No pongas tanta cara de complacido, Blair, que O'Connor no te va a salvar.

Bufó.

—Pues yo creo que ya lo hizo...

Me volteé para no seguir ante su presencia. Camila se acercó y me susurró al oído:

—¿Otro ex novio?

Casi me ahogué con la saliva.

—¡No! —jadeé—. Solo es el mejor amigo del ayudante, por lo que, por desgracia, lo conozco.

Ajeno a nuestra conversación, Blair se columpiaba en sus pies (puntitas, talón, puntitas, talón) como un crío de cinco años. Vaya imagen que daba.

—Es muy guapo —susurró Camila—, ¿pero por qué tiene ese corte de pelo tan raro?

Puse una mano sobre su hombro.

—Está loco, mejor búscate otro más cuerdo.

—Oye, ¿y es de segundo que no lo están *mechoneado*?

—No. —Una idea me inundó la cabeza—. ¡Eh! —exclamé, llamando la atención de los mayores—. ¡Ese chico no está formado!

La sonrisa de Blair duró el tiempo que el chico fornido, que medía alrededor de dos metros (o tal vez eran tres), se le acercó. Derek, que era muy alto, se veía de estatura normal a su lado.

—¿Eres polluelo?

—No —contestó.

—Está en mis clases de Álgebra y Cálculo —informé.

Fui apoyada por otros polluelos diciendo que lo habían visto en sus clases.

El fornido le sonrió a Blair.

—Vamos, polluelo. O te formas o pasas a ser un PR.

—¿PR?

—Polluelo Rebelde, y de verdad no quieres saber qué les sucede a los Polluelos Rebeldes.

Blair analizó al chico fornido con la mirada, meditando el hecho si saldría ganador o perdedor si se ponía a pelear con él. Al parecer, en su batalla mental salía perdiendo, porque dejó caer el bolso en el suelo, le entregó el café, se quitó la camiseta y los zapatos. Caminó hacia donde estaba yo y empujó al polluelo que estaba detrás de mí para ocupar ese lugar. Su bolso, zapatos y camiseta los recogió una chica y se los llevó a la sala.

El regocijo me llenó. Le lancé un vistazo ganador.

—Solo me limitaré a decir con el mejor acento mexicano que tengo: «Estás bien pinche gordo, wey».

A Blair se le estaba formando una barriga cervecera. Sus años mozos se habían acabado y la notable falta de deporte se le notaba.

Blair hundió el estómago para aparentar ser más esbelto.

—Eh, que tampoco estoy tan mal —objetó—. Tal vez ya no tenga mi hermoso *six pack*, pero sigo estando bueno.

Alcé una ceja.

—Si tú estás «bueno», no quiero conocer a alguien que no lo esté.

—Eso lo dices porque aún no me has probado. —Me guiñó un ojo lamiéndose los labios.

Hice una mueca.

—Iug, Blair, eso fue asqueroso.

Fuimos interrumpidos cuando un maltratador me pasó una larga cuerda por la pretina del pantalón para que no escapáramos. Siguió una chica que me marcó el número trece en la mejilla y que, tras preguntarme qué me había pasado en las manos, gritó:

—¡Ojo con la trece que está accidentada! —Después me cerró un ojo—. Ahora serán simpáticos contigo.

Con Blair protestando por esto, se fue y de inmediato apareció otra que me escribió «POLLUELA» en la frente. Finalmente, llegó un chico.

—Abre la boca —ordenó sin cortesía.

Fruncí el ceño.

—¿Para qué quier...?

Me cayó un chorro de líquido azul/morado en plena boca y sentí que comenzaba a resbalarme por la barbilla.

—Mejor que no te lo tragues u orinarás verde —advirtió y siguió con Blair.

Demasiado tarde: me lo había tragado. El amargo sabor del líquido permaneció en mi boca por largo rato.

«Nota mental:

No orinar en público a menos que quieras aparentar ser un extraterrestre.

Fin de nota».

Eso me había dado una idea. No, mejor era olvidarlo. Blair, mucho más inteligente que yo, lo escupió al suelo apenas el chico se marchó. A continuación nos pidieron que hiciéramos lo peor que me podrían haber pedido con Blair detrás de mí: pasar una mano por entre las piernas y tomar con ella la del compañero de atrás, mientras la otra sujetaba la del compañero de adelante. No me di cuenta de lo incómoda que era la posición, hasta que estuve inclinada intentando agarrar las manos de Camila y Blair al mismo tiempo.

—Leah, solo diré que tengo tu trasero muy cerca de mi cara y una mano muy cerca de...

—Ni te atrevas a mencionar algo al respecto —lo corté—. En serio, no te admitiré bromas de ningún tipo.

—Vale, acepto. ¿Puedo *prometértelo* ahora?

Lo ignoré. No valía la pena intentar hacer ver a alguien el camino del Señor si ese alguien era Blair.

Tropezándome y con mi trasero chocando el pecho de Blair, nos pusimos en marcha y nos llovieron las sustancias, aunque a mí mucho menos que al resto. Mostaza, harina, pintura, huevos podridos, vinagre. No era capaz de hacer otra cosa que no fuera mantener los ojos y la boca fuertemente cerrados, mientras sentía mi ropa escurrir.

Abrí los ojos en el momento que sentí a alguien haciendo sonar unas tijeras.

—Ni te atrevas a cortarme el cabello —le advertí.

El chico alzó las manos al aire.

—Nada de cabello. —Estiró las manos y agarró mi camiseta por la parte baja—. Pero sí ropa. —Le hizo un tajo que me llegó hasta el sostén. Le entregó las tijeras a una chica—. Y también pantalón.

Me hicieron pantalones cortos. Por lo menos no eran tan cortos para que se me metieran en el culo, pero aún seguían siendo más cortos de lo que mi pureza me lo permitía. Menos mal que me había depilado las piernas y no parecía la hermana perdida de Chewbacca. A Blair por ser hombre le hicieron faldita, cortándole los pantalones de tal modo que las costuras de al medio se habían

esfumado.

—¡YA, POLLUELOS, QUIERO OÍRLOS CANTAR! —gritó alguien desde el frente—. *¡Polluelos, polluelos somos! ¡Somos los polluelos de la UE!* Repitan conmigo. *¡Polluelos, polluelos somos! ¡Somos los polluelos de la UE!* No los escucho. *¡Polluelos, polluelos somos! ¡Somos los polluelos de la UE!*

Me negué a hacerlo hasta que a un chico por no cantar le echaron ají en la parte baja de la espalda, para que le resbalara y le picara hasta la humanidad que se escondía en sus pantalones. Tuve que cantar porque ¿y si luego me salía algo terrible por tener ají entre las piernas? No, señor, mil veces mejor era cantar.

Completamente humillados, tuvimos que caminar por la universidad sin dejar de cantar y con el cuerpo con asquerosidades. Finalmente, nos dieron permiso de soltarnos en una especie de prado, donde habían hecho un barrial e instalado un largo plástico transparente cubierto por fruta podrida, jugo y cabezas de pescado y, coronando el pastel, una cabeza de cerdo con la lengua colgando.

Me sentí inmediatamente mal por el chanchito.

—Muy bien, polluelos —dijo una chica de pelo negro—. Deben arrastrarse por el lodo y después dirigirse al plástico y sacarle la gomita al cerdo.

Uno de los maltratadores le puso una golosina al cerdo entre los labios, que aún seguía con su lengüita colgando con toda su sensualidad porcina. Tragó saliva. ¿Y si me enfermaba por comerme una gomita con cerdo muerto?

Nos hicieron ir pasando de uno, humillación personalizada. Y cuando creían que no te habías esforzado demasiado ni ensuciado lo suficiente, te hacían pasar de nuevo. Así que cuando llegó mi turno, tras ver a Camila arrastrarse tres veces por el lodo y sacarle dos veces la gomita al cerdo, pues la primera vez habían considerado que había sido aburrida, reclamé mostrando mis manos.

—No puedo, se están curando y no se pueden infectar.

Analizaron la situación.

—Ya, pelirroja, tu solo pasa de rodillas y luego la gomita.

Casi me tiré hacia el plástico de lo rápido que fui, porque no quería que vieran con más detención las heridas en las manos y me obligaran a arrastrarme tres veces por exagerada.

Aplastaron un huevo en mi nuca cuando me puse de rodillas.

—Vamos, vamos, pelirroja, no tenemos todo el día.

Comencé a arrastrarme por la huincha naranja pisando de vez en cuando algo que no quería descubrir, hasta que me detuve frente a mi peor pesadilla: la gomita. Deslicé los ojos por los párpados cerrados y por la piel rosada, hasta ponerlos en el masticable rojo que parecía brillarle en el hocico del cerdo.

—¡El beso, el beso, el beso! —corearon.

Tragué saliva. Vi los flashes de las cámaras destellar a mi alrededor y me incliné. Una exclamación de deleite llenó el aire mientras yo sostenía, triunfal, el dulce entre mis dientes delanteros.

—¡Que se lo coma, que se lo coma, que se lo coma!

¿Que me coma qué? ¿La gomita? No podían estar hablando en serio. Me la saqué de la boca, intentando quitarle, sin que se percataran, el rastro de cerdo de ella con mi ropa... manchada en sustancias y pescado. Gran idea, Leah, eres brillante en tu estupidez.

—¿Debo hacerlo? —pregunté.

Un chico de cabello extremadamente corto y cejas pobladas, y que parecía ser el líder de la manada de buitres, me quedó mirando meditabundo.

—Está herida y es linda —susurró para sus amigos sin percatarse que yo alcanzaba a oírlos. Saqué pecho para obtener más favoritismo; ay, me encantaban mis tetas en esos momentos. Continuó con la voz más alta—: Yo creo que deberíamos...

—¡Eh, injusticia! —reclamó alguien. Cómo no, era Blair—. ¡Todos lo hicimos o tendremos que hacerlo! ¡A ella también le tiene que tocar!

El líder pareció dudarlo y me esforcé para verme tan bonita como podía.

—¿Qué dicen? —miró al grupo de primates—. ¿La perdonamos o...?

—¿Ya los conquistó un rostro bonito que están excusando a algunas polluelas?

Me sentí como el día anterior: flotando en el aire instantes antes de estrellarme contra la banca.

Caminando de manera despreocupada hacia nosotros, venía mi peor pesadilla. Mi ex novio, mi ex amor, mi ex todo.



James O'Connor me sonrió, otra vez. Ya decía yo que no lo había visto por mucho tiempo.

## O'Connor, quiero tu Demetrio

Resulta que luego de que O'Connor hiciera su presentación en sociedad, estalló el escándalo. Algunos gritaban que me debía comer la gomita (Blair), otros decían que no era necesario (el chico al que yo intentaba conquistar) y otros pedían ser el reemplazo del cerdo —por otro cerdo— (O'Connor). La cosa es que entre gritos y todo, se llegó a una solución: debía participar en la carrera de los cien metros de estiércol, la que consistía en partir, saltar una pequeña cerca (que fue otra discusión por mis gravísimas lesiones) y después correr hasta agarrar el banderín. El ganador se salvaba de todas las pruebas por venir; lo que significaba que no tendría que volver a sacarle una gomita al cerdo, ni a otro polluelo, ni a un sujeto de segundo. Así que apenas había visto que me salvaría de la opción de acercarme a otro ser humano, salté y me puse a chillar como varraco que quería participar en la competencia, que podía saltar la cerca a pesar de mi muñeca y que no me caería, por lo que mis «ficticias heridas abiertas» no podrían resultar ficticiamente infectadas.

Me habían advertido que me ensuciaría con estiércol de vaca, porque esa misma mañana habían lanzado la mierda de toda la semana al establo. También me habían dicho que participaban solo unas pocas mujeres, por otro lado, por una extraña y desconocida razón, los hombres jamás se inscribían a la carrera (porque eso implicaba no tener que sacarle gomitas a otra polluela, por ejemplo). Sin embargo, a Blair le había bastado con saber que yo participaba para decidir, de pronto, que él también quería hacerlo.

Así que ahí estaba con el pulso acelerado y la adrenalina llenando mis venas, inclinando el cuerpo ligeramente hacia adelante y atenta al silbato que daría el comienzo de la carrera en una cuestión de segundos. A mi lado, Blair bostezaba aburrido.

—¿Lista para perder, peli-peli?

Enfoqué la mirada en la cerca delante de mí.

—Muerde el polvo, Blair.

Sonó el silbato.

El sonido estalló en mis oídos: hombres gritando, mujeres chillando. Yo comencé a correr tan rápido como podía, sin importarme nada más que agarrar con las manos correctamente la madera y poder saltar sin complicaciones. Pero todo salió mal porque Blair, con su gordura y todo, solo le bastó apoyar una mano en la cerca y saltarla sin dificultad, para luego, al otro lado de la barrera, sonreírme burlescamente mientras las otras polluelas me pasaban y saltaban la cerca como podían.

Llegué a la barrera con la propulsión al máximo, apoyé las manos como tantas veces nos habían hecho practicar en *salto al cajón* en la escuela, y di el brinco. Volé por gloriosos segundos... hasta que mi muñeca accidentada estalló en dolor y me solté de manera automática. Vi a Blair acercarse a mí para rescatarme de la caída, en el mismo instante que mi pie daba un amplio movimiento; mi empeine conectó con la cabeza del chico y yo me preparé para caer, sabiendo que no podía hacer nada para evitarlo. Adiós, vida, fuiste linda mientras duraste con... de la nada aparecieron unas manos que me afirmaron de la cintura contra la cerca, deteniéndome en seco y quedé colgada al otro lado de la valla. Un metro más allá, Blair estaba tirado sobre el lodo por el golpe accidental que había recibido.

Con la adrenalina inundando mis venas, revisé psicológicamente mi cuerpo, analizando los puntos de dolor: solo la muñeca; esperaba no habérmela terminado por esguinzar gravemente por andar participando en carreras como si fuera mínimamente deportista (las únicas veces que yo corría era para escaparme de O'Connor, gracias a eso en el pasado había mantenido mi estado físico).

La carrera se había paralizado para ver qué sucedía, por lo que... era ahora o nunca, debía aprovechar la distracción para ganar. Con los pies a corta distancia del suelo, me solté de las manos y aterricé como cualquier gato normal lo haría (con excepción de Gruñón, el muy inútil).

—Leah, ¿estás bien?

O'Connor, el súper héroe de Leah.

—Sí —gruñí.

—¿Quieres que te lleve al centro médico...?

—Estoy bien. —No quería deberle mi vida, pero se la debía, así que lo mínimo que podía hacer era agradecerlo—. Gracias.

Salí corriendo mientras él me gritaba algo que no entendí porque, qué demonios, no iba a prestarle atención. Como había reaparecido en la carrera, rápidamente el resto de las polluelas se pusieron en marcha. Deslizándome por el sector lleno de barro y estiércol, fui acortando la distancia entre el banderín y yo, que colgaba de un palo al medio del corral donde soltaban a los cerdos y vacas del Departamento de Veterinaria. Estaba tan cerca. Era la primera. Ganaría. Sí, ganaría y no tendría que comerme esa asquerosa gomita y besar a...

Una mano me agarró de la cintura, me hizo un perfecto tacle y fui a tierra como un novillo arreado. Solo pude, como acto reflejo, estirar los brazos hacia atrás para salvarlos antes de caer de costado en una masa oscura de *algo*.

—Por tramposa —dijo Blair sobre mí.

¿Único pensamiento coherente de ese momento mientras una vaca cercana hacia «MUUU» llamándome como a su pariente perdida? Que nos habían mentido: no era estiércol, solo barro.

Ni siquiera tuve que volver a ponerme de pie: Blair ya blandía el banderín naranja en su mano y una sonrisa victoriosa adornaba sus labios.

\* \* \*

Quince minutos más tarde, tan tensa que parecía una cuerda a punto de romperse, estaba sentada en un círculo viendo a Camila sacarle la gomita a un chico con rostro de duende. Por suerte, yo no había salido elegida ninguna vez en ese juego de niño de quince años, pues todos pensaban que estaba cubierta de mierda y nadie se atrevía a acercármeme para comprobar que solo era barro.

Con el estómago agrio por la rabia, fulminé con la mirada a O'Connor que estaba de pie del otro lado del círculo, presenciando todo el espectáculo. ¿De qué me servía tenerlo como ex novio si ni siquiera me brindaba ayuda? En ningún momento se había pronunciado a mi favor, era como si temiese que alguien viera un favoritismo hacia mí y me eligieran solo para molestarlo (como si eso pudiese ocurrir en otro lugar que no fuera en las películas). Y más encima no solo se estaba divirtiendo, sino que tenía el descaro de reírse con una chica que estaba a su lado. Si me preguntan cómo era su apariencia, diría que la condenada era fea como murciélago recién nacido; en pocas y sabias palabras, era como una especie de mutación entre modelo de pasarela y actriz de cine, claramente un

adefesio de la naturaleza.

—¿La ves? —Era Blair que se había inclinado hacia mí para hablarme al oído.

—¿A quién? —susurré, volteándome.

Derek estaba recién bañado y oliendo a champú de manzana, privilegio que se había ganado por la victoria en la carrera.

—Esa chica con la que está James... ella y él sexo fuerte y duro contra el muro.

¡Paf!

¡Pah, pah, pah, pah!

¡Tu contrincante te ha vencido quitándote el corazón del pecho!

¡*Fatality*<sup>4</sup>!

—¿Todo bien? —quiso saber Blair con clara burla en su expresión.

—Claro, ¡de maravillas!

—¿Y por eso tu carota fea? —insistió.

Hice un ademán con la mano para restarle importancia.

—Ah, eso es porque seguramente me está dando hepatitis, al parecer me tragué un pedazo de mierda cuando me tiraste al suelo.

Sí, claro que esa debía ser la justificación para esa extraña y repentina enfermedad, nada era más lógico y racional que eso.

—Yo elijo a la pelirroja —dijo alguien cortando en seco mis pensamientos.

Todos los ojos se clavaron en mí.

—Te eligieron, Leah —me susurró Camila al percatarse de que no reaccionaba

—¿Para qué?

—Para la gomita.

—¿Para qué gomita? ¿Y quién?

—¡Para la gomita, Leah! Es ese, ese de ahí.

—¿Cuál?!

—El que se puso de pie, el de la camiseta negra.

Era ese típico prototipo de hombre que se creía la gran cosa y juraba que las mujeres estaban a sus pies. Era algo así como una mezcla entre el físico destruido de O'Connor y la estupidez mental de Blair, pésima combinación.

—No lo haré —anuncié, alzando la voz para que todos me oyeran.

—¿Por qué no? —comenzó uno de segundo bastante antipático y con aires de grandeza—. Anda, si te toca, hazlo, todos antes que tú lo hicieron, ¿por qué tú no puedes? ¿Te crees mucha cosa, acaso?

De reojo vi que O'Connor había dejado de hablar con la chica para ¡por fin! centrarse en mí. Ah, así que ya no quería «sexo duro e intenso contra la pared con *esa*».

—¿Y qué? No quiero, no lo voy a hacer.

Un minuto más tarde me encaminaba hacia el centro del círculo para sacarle la gomita al chico engréido. Era débil y había cedido cuando no quería, pero es que, a mi completo y absoluto favor, habían ocupado la peor táctica contra mí: presión social, horrible presión social. Todos habían insistido tanto que yo no había podido decir que no, era en conclusión débil de carácter.

El chico de la gomita no era alto, solo un poco más que yo (y yo era como un primo de un hobbit), pero medianamente agraciado, no así *vaya, qué impacto*, pero sí pasable. Detenidos uno al frente del otro, el tipo se puso el dulce entre los labios y esperó. Decidí centrarme en sus ojos para que la *filematofobia* no se hiciera presente, pero en algún instante una mirada azul me cautivó desde la multitud. Me incliné hacia el chico observando a O'Connor, esperando ponerlo nervioso o celoso y que hiciera una escenita para evitar el roce de labios, porque, o sea, se suponía que yo le importaba todavía; pero no, nada ocurrió, le quité la gomita sin ninguna intervención por su parte. Era obvio que me había mentido el martes y seguía sin interesarle en lo más mínimo, ni siquiera como para ponerlo un poco nervioso. Increíble, así de simple se le había vuelto a caer la máscara de falsedad. ¿Cuántas veces tendría que mentirme para que yo dejara de creerle?

Tras el juego con la gomita y de ver a algunos terminar la carrera por la huincha naranja, nos mandaron a pedir dinero. Sin zapatos, con la ropa rota y oliendo tan mal que yo misma me daba asco, nos tiraron a la calle a mendigar

dinero. Fui con Camila, quien en una votación 50/50 (en la que no cedí) ella salió elegida como vocera para acercársele a las personas y decir «Disculpe, ¿tendría un momentito para hablar de la palabra del Señor?»; jajaja, que no, que no decía eso, solo pedía dinero mientras yo me paraba a su lado como una diva. Con el sol pegándome en la nuca y con la mostaza quemando la piel por los rayos, caminamos y dimos lástima a cuanta persona se nos cruzó. Finalmente, Camila se rindió (yo lo había hecho en el momento de la gomita) y regresamos a la universidad con el dinero que habíamos recaudado.

Los alumnos mayores descansaban recostados bajo los árboles con nuestras pertenencias alrededor. Uno de ellos se puso de pie al llegar. O'Connor no se veía por ninguna parte porque de seguro *¡estaba teniendo sexo duro contra el muro con esa!*

—¿Cuánto reunieron? —preguntó una chica. Camila les entregó nuestras ganancias—. Muy bien. —Nos pasó champú y nos apuntó una manguera que estaba más allá—. Se pueden ir a bañar, chicas, y luego vengan a beber acá. —Apuntó una pila de latas de cerveza apoyadas contra el tronco.

—¿Podemos beber dentro de la universidad? —se interesó «Camila, la correcta».

—El reglamento dice que no, pero nadie nos dice nada si nos ven.

Con «Camila, la correcta» satisfecha, caminamos hacia nuestras duchas.

—¿Y el acondicionador? —le pregunté a Camila, quien dio el agua y agarró la manguera.

—No nos dieron.

Suspiré.

—Mi pelo será un desastre —susurré.

Y lo fue. No había terminado de bañarme y echarme tanto champú que luego no hallaba la forma de quitarme la espuma, cuando mi cabello comenzó a reproducirse. Una enorme mata de cabello rojo parecía alzarse en todas direcciones, eclipsando, incluso, el sol. Y por mucho que trataba de domarlo, se negó a cualquier cosa más que inflarse como globo.

—Peli-peli, la león —bromeó Blair nada más verme al llegar al grupo.

—¿No sería «la leona», idiota?

—No, porque las leonas no tienen esa mata de pelo.

Para mí completa indignación, Blair estaba recostado en el grupo con una cerveza en la mano y ya pareciendo medio ebrio. O'Connor estaba a su lado en un estado parecido, ¿así que ya había terminado de tener *sexo duro contra el muro*, eh, y por eso había vuelto tan relajado y feliz, eh?

—Tomen asiento, chicas —nos dijo amablemente la *ella* de O'Connor.

—Iré al baño —rebatí solo para no darle en el gusto a, bueno, esa mutación genética de mujer.

Me fui porque de todas formas tenía que intentar lavar mejor la muñequera de mi mano para volver a ponérmela. El baño estaba vacío, pero hecho un completo desastre, con el piso inundado, con pisadas de barro y resto de cosas en los lavamanos; entre la basura había un labial rojo que ocupé para escribir en el espejo algo que siempre, siempre, siempre había deseado hacer:

«La cámara de los secretos ha sido abierta.  
Enemigos del heredero, temed».

«Temed» porque me había visto las dos primeras películas dobladas y me había acostumbrado a que Harry dijera eso. Con mi misión cumplida, dejé el labial destrozado y me quité la venda. Di un suspiro de alivio al ver que la muñeca se veía bien, solo ligeramente hinchada por saltar la cerca. Lavé la muñequera lo mejor que pude y luego me la puse. Terminado todo eso, volví al grupo en los pastos porque estaba estilando y ya se me estaba congelando hasta el culo en el frío baño. Me senté junto a Camila en el sol. Oh, maravillosos rayos de sol, tan, tan increíbles... O'Connor me tendió una cerveza.

—Toma. —La dejó a mi lado y se marchó.

Alterné mi mirada entre la cerveza y O'Connor. Mmm, ¿beber o no beber? He ahí el dilema. Jaja, bromi, si no había nada que decidir. Abrí la lata y tomé un largo trago.

Lentamente, acalorados, sucios y sedientos, fueron llegando el resto de los polluelos mientras yo bebía. Ellos iban a bañarse y yo bebía, ellos volvían y yo seguía bebiendo, ellos empezaban a beber y yo, pues, persistía en esa contienda de salvar al mundo de la cerveza.

Alrededor de las seis de la tarde, el mundo giraba y los pastos estaban repletos



por estudiantes universitarios bebiendo. De la nada aparecieron unos parlantes y la música comenzó a sonar a unos metros de nosotros, obligándonos a esforzarnos por escuchar lo que decía el otro. La vida era tan bonita, tan hermosa, tan... alguien llegó a mi lado.

—Mira, peli-peli, te voy a enseñar algo que hará que tu cerebro explote y que veas a los hombres de otra manera.

Alcé una ceja.

—¿Qué cosa, Blair?

Con la sonrisa de borracho en los labios y un manchón oscuro en su mandíbula, dijo:

—Si te acercas a hablarle a un hombre desconocido, ¿sabes lo que va a pensar de ti?

Lalala, todo giraba y giraba.

—¿Que soy bonita? —pregunté.

—Pff, no —bufó. La lata de cerveza osciló en su mano—. Va a pensar «Esa chica quiere mi pene».

Lalala... ¿Qué?

—¿Qué dem...?

Blair volvió a explicar:

—Que si te acercas a hablarle a un hombre desconocido, independiente de cuál sea la razón, él siempre pensará que tú quieres su pene.

Yo, no sé, no entendía, primero el mundo giraba ¿y ahora giraba con penes en mi cabeza? La conversación no tenía sentido.

—¿Y si le digo «Hola»? —quise saber.

—Él lo va a traducir como «Quiere mi pene».

—Y si le digo «¿Me podrías decir dónde...?».

—«Quiere mi pene».

—¡Hey, ni siquiera me dejaste terminar!

—Entiende. «Quiere mi pene», siempre será eso.

—¿Cualquier cosa que le diga a un hombre desconocido le hará pensar que yo quiero su pene?

Asintió solemnemente.

—Cualquier cosa —repitió.

Miré a los chicos con los que había estado hablando y me alejé un paso.

—¿Y si le digo «Eh, quiero tu pene»?

—Pensará que te estás burlando de él, le entrará el miedo y se irá asustado.

Mm, interesante.

—Por tu culpa ahora no voy a poder hablar con un hombre sin estar pensando que él piensa que quiero su pene —me quejé.

Se encogió de hombros.

—Los hombres somos básicos. Si no me crees puedes probarlo. Si pone cara de asustado, estará pensando eso.

Me apuntó al montón de chicos que estaban conversando a unos metros de nosotros. Uno captó mi atención, O'Connor captó mi atención. Sin poder evitarlo, porque estaba demasiado ebria para darle importancia a la situación, fui hacia él. La nota mental, esa que decía «JAMÁS HACERLE CASO A BLAIR», se esfumó en el aire.

O'Connor, al percatarse de que me acercaba, se volteó hacia mí.

—¿Leah? —preguntó como si yo fuera un espejismo.

Dio un par de pasos y nos encontramos a medio camino.

Luego de eso, la vida dejó de tener sentido.

Y no me importó.

—¿Leah...?

—O'Connor, quiero tu pene.

## Que nu estroy ebia

La sonrisa se me quedó encajada en el rostro. ¿Le había dicho a O'Connor que quería su pene? ¿Realmente, realmente, pero realmente, le había dicho a O'Connor que quería su pene? Noooooooooo, esperen eso era bueno, nooooooooo, ¿cómo iba a ser bueno? Era pésimo, aunque, noooooo, malo, malo, ¡atrás, atrás, cruz, cruz! Agua bendita para ti, monstruo.

La tensión me inundó pero O'Connor... *hola, muchas gracias*, no reaccionaba. ¿Y si el «quiero tu pene» solo había ocurrido en mi cabeza? Lo esperé unos segundo para ver si hacía algo que respondiera a mi duda, sin embargo, O'Connor seguía ahí sin hacer nada. Tuve incluso la valentía (nacida desde la ebriedad) de empujarlo con la mano para hacerlo reaccionar, pero no, muchas gracias, él continuaba muerto.

Okey, si James quería seguir en estado zombi, perfecto, que lo hiciera, pero yo no iba a esperarlo eternamente. Sin tomarle el peso a la situación, porque en ese momento todo me parecía una real mierda sin importancia, el vómito verbal apareció.

—Me aburrí, tardaste demasiado.

Ultrajada, me fui volando de ahí. Oh, Dios mío, ¿cómo había sido capaz de soltar eso? ¡Era prácticamente una provocación! Algo como ¡claro, quería tu pene y como te demoraste, perdiste! No, no, no, ¿por qué siempre tenía que hablar de más? Ahora, ¿cómo podría mirarlo de nuevo a la cara? ¿Cómo?

—Leah, ¿una cerveza? —invitó Camila.

Le acepté la cerveza porque siempre habría otro momento para arrepentirme de lo que había hecho o haría hoy. Abrí la lata y le di un sorbo, justo para presenciar la nueva obra de teatro: Blair se había unido al parálítico O'Connor y lo zamarreaba con las manos en los hombros.

—¿Es que eres estúpido?! —decía.

—¿Qué crees que pase? —curioseó Camila.

—¡Shu, no hables, escucha!

—¿Por qué...?

—¡SHUUUUUUUUU!

Agudicé el oído.

—¡Te... —no entendí lo que continuó—... gué en bandeja y tú, nada!

O'Connor contestó algo y después empezaron a discutir. No alcanzaba a escuchar nada por culpa de la música y de los cientos de alumnos riendo y charlando. Si quería enterarme de los sucesos, tendría que acercarme a ellos de un modo total y absolutamente casual. ¿Pero cómo? Se me ocurrió algo que en ese momento me pareció brillante, ¡el Top 1 de las ideas grandiosas!

Lancé mi lata de cerveza hacia ellos, aterrizando a un metro de sus pies. A continuación, como si no quisiera la cosa y con expresión de inocencia, me acerqué diciendo: «¡Se me cayó mi cerveza! ¡Qué desgracia!», aunque la verdad es que sonó como «asdasd cerveza asdasd desgracia».

—Ella... ella... —susurraba O'Connor—. Ella, ¿realmente ella y... ella dijo eso?

Me detuve al lado de mi lata.

—Sí, sí, ella, ella, James. No sé para qué intento ayudarte siempre, eres un caso perdido.

O'Connor se quedó desorientado, como un niño pequeño al que se le pierde su madre y cuando la encuentra esta solo lo reprende.

Derek suspiró.

—Hombre, eres patético cuando quieres, ¿eh?

—Derek, ¿una pregunta?

—¿Que te dé una pregunta?

O'Connor ignoró su estupidez mental.

—¿De verdad Leah quería mi pene?

—Sí, ¿y qué?

Como respuesta, James se largó como si hubiese visto un fantasma.

Al parecer, Blair no se había estado burlando del todo.

\* \* \*

Media hora más tarde, con el aire impregnado a los aromas mezclados de cerveza, cigarro y marihuana, junto a Camila nos tambaleábamos entre cuerpos que danzaban al son de una canción. Iba sin zapatos, pues me los había sacado en algún momento de la tarde, y mirando cómo el cielo empezaba a oscurecer, mientras mi cuerpo se movía con cierta libertad que solo entregaba la vergüenza dormida por el alcohol. En ese estado etílico parecer un mono con epilepsia sonaba la mejor idea del mundo.

Abstraída de la realidad y centrada en el cielo que se plagaba de estrellas, me asusté cuando Camila susurró a mi oído:

—Detrás de ti hay un chico que no deja de mirarte.

El corazón se me subió a la garganta. Debía ser O'Connor, tenía que ser ese enfermo mental que venía a regalarme su pene. Me di vuelta.

Su pene... No era James ni Demetrio.

Efectivamente, había alguien detrás de mí, y no era Blair tampoco. Era un chico con el pelo oscuro y de piel bronceada, medianamente apuesto y mayor que yo. Alcé una ceja, él no hizo ningún movimiento para acercarse y yo volví a bailar como si fuera la real reina de la pista. Estaba en eso cuando tocaron mi hombro. Esta vez sí que sí, esta vez sí que tenía que ser O'Connor con su pene que venía a regalármelo. Esta vez sí que no, de nuevo que no era ni Voldemort ni Demetrio.

—¿Quieres bailar con nosotros? —Era un chico crespo rodeado por un grupo de seis amigos entre los que estaba el voyerista.

¿De verdad pensaba que iba a bailar con siete chicos a la vez? ¿Es que estaba de broma?

—Piérdanse —contesté.

—¿Sabes? A mi amigo le encantan las apuestas —comenzó otro con el pelo medio rubio, apuntando al vocero del grupo—. Y te apuesto que si mi amigo toma cinco tragos de esta botella —alzó un vodka—, tú le das un besito.

—No me gustan las apuestas.

Sin embargo, a la misma vez que yo me negaba, Camila aceptaba y daba un beso sin protestar.

—¿Viste? —dijo el rubio—. Tu amiga le dio un beso a mi amigo, ahora te toca a ti.

Era una excusa tan pobre, un pretexto tan ruin que acepté. Eran unos niños (¡Cuidado, peligro de mujer madura!) que solo buscaban diversión, ¿qué mal podría haber en darles un besito? Con un encogimiento de hombros mental, me incliné y... hubo una confusión, alguien chocó contra el chico y terminé besándole la nariz.

—¡Oye, mi amigo también quiere! —El rubio empujó hacia delante al voyerista.

Técnicamente había besado ya a uno, ¿qué mal podría haber en otro? Volví a ponerme de puntillas y de nuevo hubo una confusión, lo empujaron, pero más astuto que el anterior, me agarró de la nuca y besó con fuerza.

El pánico estalló en mis vísceras. Lo aparté de un golpe y me introduje en la multitud, escondiéndome de ellos. El pánico fue mucho más poderoso, porque estaba sola y perdida hasta que la borrachera me ganó y olvidé todo lo ocurrido. Después, el espacio-tiempo se distorsionó y, en lo que pareció un pestañeo, estaba en el baño y Camila estaba frente a mí, preguntándome cómo me encontraba.

—*Eeetoi iiiien.*

Le bastó con eso para agarrarme del brazo y llevarme a los pastos, donde más me tropecé conmigo misma que bailé. Estábamos en eso cuando me tocaron el hombro. Era el chico crespo.

—¡Ah, pero si a ella ya la conozco! —dijo y se fue.

Sin embargo, el chico rubio y el voyerista se quedaron.

—¿Te gustan las apuestas? —comenzó el rubio con su discurso reiterativo y ensayado.

—*Vianyanse a la mieda.*

A ambos se les esfumó la sonrisa del rostro.

—Es que mi amigo quiere apostar que si se toma cinco sorbos de esta botella, tú le das un besito.

—*¡Quie se viayan a la mieda!*

—Pero... pero es que mi amigo se muere por besarte de nuevo... —insistió el rubio.

Lo apunté con una mano temblorosa, mientras mis pies hacían un balanceo hacia adelante y atrás.

—*Ciomo tú y trodos lo' dema'.*

Con mala cara se fueron.

Giré en redondo para hablar con Camila.

—*¿Podí' creer lo...? ¿Camila?*

No estaba, me había quedado sola en medio de la multitud. Maldición. Uno se distraía medio segundo para rechazar a alguien y se quedaba sola.

—*¿Eh tanto pedir a alguien decente pa' besar?*

Una mano rozó mi codo, el mundo se desestabilizó y luego estaba de frente con ese azul que tanto había estado evitando.

—Tus deseos son órdenes —susurró James contra mi piel.

El corazón se me fue a la garganta, a la vez que sus labios rozaban los míos, mientras el bajo de la canción se acentuaba y el tambor retumbaba en los confines recónditos de mi ser.

Sus manos se deslizaron por la parte baja de mi espalda y se posaron en mis caderas, apegándome a él con una suave insistencia a la que cedí. Mi pecho estaba contra su tórax, mi rostro a centímetros de él, su aliento como una caricia en mi boca y nuestras miradas unidas por un hilo rojo que solo el destino sabía que existía.

La temperatura subió al igual que el deseo de que me tocara, que me besara, que me hiciera sentir como en el pasado. Quería volver a sentirme querida, quería reencontrarme con el pasado, quería muchas cosas y a la vez nada, quería recordar y olvidar, lo quería besar y golpear...

—James —se me escapó un jadeo suplicante.

—¿Quieres? —Sus párpados caídos dejaban entrever una mirada con una llamarada azul de deseo y cariño—. Sabes que siempre puedo darte lo que deseas.

La tensión empezó un rápido ascenso en mi cuerpo y se concentró en tres lugares, en tres lugares que latían y que querían que las cosas fueran más allá, explorando sensaciones que no habíamos alcanzado a vivir.

Puse una mano sobre su corazón, que latía como un loco, y me relamí los labios.

—¿Quieres, Leah?

La tensión se hizo insostenible.

Cerré los ojos.

—Sí —suspiré.

No necesitó más.

Con su mano sobre mi nuca, me atrajo hacia él los últimos milímetros que nos separaban y nos besamos para romper la tensión.

Calor.

Fue una ola de calor que comenzó en mis labios y que se propagó por mi cuerpo, con focos en los puntos donde mi piel se rozaba con la suya. Sentía que ardía por dentro, que me consumía, que la cabeza me daba vueltas, que nada tenía sentido, que todo encajaba a la perfección ahí, entrelazados entre la multitud con nuestras bocas devorándose la una a la otra como muertos de hambre, como dos personas que llevaban esperando toda su vida para ese punto final.

*James.*

El calor siguió creciendo y se hizo incluso insoportable cargar la ropa.

Y luego todo se detuvo.

Alguien chocó contra mi espalda y fue como un balde de agua fría sobre nosotros. Nos separamos con las manos de O'Connor sobre mis hombros y nuestros labios latiendo. Ambos de pronto cayendo en cuenta de lo que habíamos hecho, de lo que habríamos avanzado y concluido sin que nadie nos hubiera interrumpido.



Él fue el primero en recuperar el habla.

—Yo...

—No —lo interrumpí en seco—. No, no, esto fue un...

—... error —terminó por mí.

Dejó caer las manos de mis hombros con un suspiro cansino.

*Error*, sonaba terrible. Pero lo era, ¿cierto? El beso había sido un terrible error que nunca debió haber ocurrido. Entonces, si tenía claro eso, ¿por qué cuando él lo decía sonaba tan mal?

—Sí, eso, fue un error que no debemos...

—... volver a cometer —volvió a terminar por mí.

Pestañeeé sorprendida. ¿Qué había sido eso? ¿Eran tan obvias mis reacciones que por eso James podía terminarlas?

Se percató de mi desconcierto palpable, porque preguntó:

—¿Era eso lo que ibas a decir o no?

No sé, todo repentinamente era confuso en mi cabeza, no sabía lo que quería, ni si estaba cometiendo o enmendando errores.

—Sí, sí, eso quería decir, pero...

—Entonces no hay peros.

¿Desde cuándo él ponía los puntos sobre las íes? ¡Era yo la que dejaba las cosas claras, no él!

—Pero...

—¿Qué vas a decir ahora?

—¡Pero es que... yo ebria...!

—Leah —nuevamente volvía a interrumpirme en seco. ¿Pero qué le pasaba? —, todo perfecto, ¿contenta? Puedes irte, que no te perseguiré.

Su negativa tan tajante me hizo protestar:

—¡Pero yo...! ¡Y tú y...! ¡No sé! ¿Por qué...?

—Leah, vete, estás ebria.

Hice una pataleta.

—¡*Nu estroy ebia*, James! —Se quedó desconcertado, yo insistí para enfatizar mi no ebriedad—: ¡*Qué nu estroy ebia!*

Como pocas veces en la vida, él fue quien se rindió y yo quedé ahí: más miserable y sola que nunca viendo cómo se largaba abriéndose camino entre la multitud,

¿Qué había sido eso...? ¿No se suponía que quería conquistarme y por eso me había dado un discurso barato de su amor pasado? ¿O es que ese era el problema, que realmente su amor era pasado? O, peor, ¿y si solo me había besado para demostrarme que todavía me tenía comiendo de su mano? ¿Y si...? ¡No, no! ¡No iba a seguir pensando en él y en estúpidas suposiciones que no llevaban a nada! Si a él seguía sin importarle, ¡me venía de maravillas, que yo solo lo había besado porque estaba borracha! Y fin de la historia, que no se hable más del tema.

«Nota mental...».

¡Ni siquiera mentalmente! Me abrí paso entre la gente convertida en un basilisco de ira, que luego solo fue ira y a la larga el alcohol engulló a todas las demás emociones y preocupaciones, dejándome solo con un sentimiento de desapego en el pecho. Terminé mi recorrido borracho en una pared donde apoyé la mejilla en la fría pintura y traté de serenarme, de darle aire a mis pulmones que se negaban a funcionar correctamente. Quería irme a casa, que mi mamá me abrazara y que Alex volviera a hablarme, no quería seguir ahí donde me habían rechazado tan cruelmente.

Alex.

Meses sintiéndome atraída por mi mejor amigo para que en menos de una semana lo omitiera de mi vida, me besara con mi ex novio y todos mis sentimientos hicieran ¡*cabum!* Todo mi reencuentro con el pasado había sido tan intenso, que ya ni siquiera tenía claras las cosas ni la línea que debía seguir. ¿Debía intentar conquistar a un amigo que me tenía en la *friendzone* o reintentarlo con alguien que me había engañado? O... también estaba Blair, pero... no, jaja, ese no contaba para nada, el infierno se congelaría antes de que Derek y yo tuviéramos algo. Claramente mucha *ebriedad* y pensamiento por el día, debía volver a casa a refugiarme entre las mantas y vomitar hasta por los oídos.

Saqué el celular de mi bolsillo y marqué un número. Con la mejilla todavía contra la pintura y los párpados cerrados, esperé a que contestaran. Al escuchar la voz al otro lado del teléfono, sentí un alivio tal que terminé sentada en el suelo. Tenía tanto sueño, tanto, tanto sueño.

—Alex, *vení* a buscarme, *che*.

—Estás ebria.

—¡Uy, qué le pasa a la gente *co'migo* hoy! ¡Qué *nu estroy ebia*!

—¿*Ebia*?

—*Wuatever*.

—Voy por ti.

A duras penas logré esperarlo semiconsciente para contestarle el teléfono cuando llegó y decirle en qué parte de la universidad estaba vomitando hasta el resfriado. Menos mal que Alex era mi amigo, porque me encontró sudando, con el maquillaje corrido y al lado de una masa de vómito. Se veía como un caballero andante que me salvaría de las fauces de mi estupidez.

—Leah, ¿qué tomaste?

—Jugo, *por su pollo*.

A pesar de su exasperación, se puso en cuclillas a mi lado y pasó la mano por mi pelo.

—¿Vomitaste?

—*Nu*, yo no *gomité*, solo ser mí una mamá pájaro que mastica la comida suya para polluelos.

Suspiró.

—Vamos —susurró.

—*Nu pudrer liventarme*.

Sus manos se deslizaron por detrás de mis piernas y me tomó en brazos.

—Claro, con lo ebria que estás no debería impresionarme que no te puedas ni parar.

—¡*NU ESTROY EBIA!* —Intenté enfocar mi mirada en él—. *Only... I'm sleepy. I want to sleep.*

—Es por el alcohol.

—*I'm not fucking drunk!*

—¿Qué tomaste? —insistió.

—¡Solo jugo! Jaja, ¡pero con maldad!

Ante mi obvia y estúpida respuesta, hizo un movimiento brusco y mi cabeza quedó colgando flácida y moviéndose con cada paso. El mundo giraba y giraba. Tras unos metros, logré juntar la suficiente fuerza para levantar mi cabeza y apoyarla en su pecho. De pronto, me sentí tentada por un botón en su camisa y comencé a jugar con él, intentando desbotonarlo con los dientes mientras me reía como una descerebrada.

—¿Qué haces? —preguntó al sentir que mi boca (claramente accidentalmente no) había rozado un pedazo de piel al descubierto.

—Me gusta tu camisa —acaricié con una mano la tela—, pero es más linda sin *brotones*, ¿no crees?

Se rio, simplemente. Como volvimos a quedarnos en silencio, hablé con dificultad y pausadamente porque las malditas palabras se enredaban en mi boca.

—*Oie*, ¿y cómo... entraste... sin... credencial... a... la uni?

—Les dije que tenía que buscar a mi novia que estaba borracha y tirada en algún lugar.

Su respuesta fue en un tono cortante y brusco. Estaba enojado conmigo.

—Hazlo —solté de la nada.

—¿Que haga qué, Leah?

—Rétame, castígame.

Se detuvo unos segundos, shockeado.

—¿Qué dices?

Continué acariciando su camisa y él se puso en marcha.

—Que me retes.

Habíamos llegado hasta su coche. Me acostó en el asiento del copiloto con sorprendente delicadeza, para luego tomar asiento a mi lado con las manos

tensas en el volante.

—Anda, Alex, si quiereeeeeees retarme... ¡hazlo!

Total, no recordaría nada mañana.

—No puedo creer que te hayas emborrachado así, sabiendo que no tenías a nadie para cuidarte —comenzó con la mandíbula tan apretada que las palabras salían bajo presión y cortantes—. Nadie te dice que no bebas, puedes hacerlo cuanto quieras, pero no cuando estás sin nadie de confianza y tienes que volver a tu casa. —Se giró hacia mí con la mirada verde en llamas—. ¡Podrían hacerte algo y tú no estarías ni enterada!

Mi cabeza colgaba en algún ángulo extraño contra el respaldo y mantenía un ojo más abierto que el otro.

—Tranquilooooo, Alex. —Intenté acercarme y poner una mano sobre su pierna, pero fracasé por unos buenos treinta centímetros—. Siempre estás... tú... para rescatarmeeee. —Eché un vistazo alrededor y me fijé en mis pies desnudos—. ¡Hey! ¿Y mis zapatos? ¡Alex, me robaron los zapatos...! —Busqué mis cosas, dispuesta a agarrar mi mochila e ir a perseguir a los delincuentes—. Oie, ¡mi bolso!

Alex se masajeó la sien.

—Las perdiste, Leah. No te las robaron.

—Implosibleeeee... Yo no *prierdro* las cosas.

—Obvio que las perdiste, si no te puedes ni parar.

Bufé, y se escapó un poco de saliva en el proceso.

—¡Que te digo que no...! ¡*Nu estroy ebiiiiiiiaaa* y tampoco se me *prierdreen* mis malditas cosas! —Palpé mis pantalones—. Voy a *lliamar* a Camila.

Busqué mi celular, pero me cansé en el proceso. Con un suspiro me recosté en el asiento.

—¿No ibas a llamar a Camila para ver si ella tenía las cosas robadas? —preguntó Alex.

Bufé, exasperada.

—Alex, ya deja de reclamar de que te robaron los zapatos y déjame dormir.

—Pero si a ti... no importa.

Cuando empezaba a caer en el coma etílico, el vómito verbal se presentó junto a la sinceridad del borracho.

—Alex, yo...

—¿Sí?

—Besé a James, a ese James que es *mi* James y tu James también. —Me estaba quedando dormida mientras hablaba. Con las últimas energías que me quedaban, acoté—: *¡Y nu estroy ebiia!*

Lo último que vi fueron los oscurecidos ojos verdes de Alex y después todo se apagó.

## Arrepentimiento

«Juro, *Jebús*, donde sea que estés ahí en el cielo de los espíritus, que no beberé nunca más en mi vida. ¡Lo juro! ¡Lo juro, pero, por favor, quítame esta resaca de mierda!», pedí a la otra mañana abrazando la taza del baño con mi cabeza prácticamente dentro de ella.

Quería morir. Nunca me había sentido tan mal...

Una arcada estremeció mi cuerpo y tras los *uag* de vomitar, me limpié la boca con el borde de la camiseta.

... en mi vida. Dios, no volvería a beber jamás, nunca...

Volví a vomitar.

... más. Tendría que empezar a...

Arcada.

... superar mis fobias por mí misma, porque...

Vómito.

... no volvería a tomar.

Lloriqueé.

Me sentía como la mierda. Realmente...

Arcada.

... sentía como si me fuera a morir en cualquier...

Vómito.

... momento. En cualquier instante...

Arcada.

... iba a terminar en el hospital por deshidratación.

Vómito.

¿Cómo era posible seguir vomitando si no tenía nada que expulsar? Mi estómago parecía haber entrado en guerra civil: por un lado estaban mis jugos gástricos y, en la otra esquina, el alcohol. ¿Quién ganaría? Era obvio que el alcohol estaba destrozando todo a su paso a patadas.

«Juro, Trípode, en vista de que *Jebús* volvió a abandonarme, que dejaré de beber. Tú, como el ser todopoderoso en que te convertí, dueño de todos mis pesares, te pido que saques todo este dolor de mí. ¡Por favor! ¡Te juro que si me quitas la resaca vuelvo a hacerte un altar!».

Por si no era suficiente, agregué:

«Líbranos de los dolores, amén al Trípode».

Di un escueto suspiro y apoyé la cabeza en el inodoro, intentando no hacer ruido para que Alex no se despertara y me retara. Sin embargo, como si Trípode se estuviera vengando por mi falta de fe por dos años, la terrible frase, esa que había jurado nunca recordar, regresó.

«O'Connor, quiero tu pene».

O'Connor, quiero tu pene. Quiero tu pene. Tu pene. Pene. Pene. Pene. Y más pene; era la palabra que menos podía olvidar de toda la frase. Gemí. Si tan solo hubiese dicho «O'Connor, quiero tu...» podría tener una excusa para completar la oración. Pero no, había dicho pene, ¿y cómo lograba darle otra explicación a pene? ¿Cómo podría mentir y decir que no era lo que quería decir, cuando pene lo decía todo?

«O'Connor, quiero tu pene».

Me masajeeé la sien en busca de un alivio inalcanzable. El cerebro me latía detrás de los párpados y dentro del cráneo. Me sentía como si me fuera a dar una gripe de mierda, solo que mareada porque, sí, aún estaba un poco ebria, ¿y qué? Había bebido demasiado y dormido muy poco, mi organismo era incapaz de eliminar el alcohol todavía, ¿okey?

Tiré la cadena en el momento en que la puerta se abría suavemente.

Un suspiro.

—Tienes suerte de que ese inodoro fue limpiado ayer antes de que llegáramos.



A duras penas logré darle la cara a Alex, quien estaba guapo, somnoliento y molesto. Mi estómago hizo *gluglú* en protesta.

—Quiero morir, Alex, es como si me hubiese aplastado un elefante.

En vez de compadecerse de mi precario estado, me atacó verbalmente mientras entraba en el baño y se paraba a mi lado.

—¿Y qué más quieres? Te lo ganaste tú solita.

Uh-uh, alguien todavía estaba enojado conmigo.

—Te juro que no voy... —Una arcada vino a mi cuerpo pero la retuve hasta que mis ojos lagrimearon—... a volver a beber en mi vida.

Por fin se compadeció de mí y se puso en cuclillas a mi lado, apartando de mi rostro pálido y sudorosos mechones de cabellos que se habían pegado a la frente. Ah, qué linda pareja haríamos, si la escena casi parecía a la de una madre pariendo a su hijo con su amado hombre ofreciéndole apoyo moral.

—Nadie te dice que no tomes, pero hazlo con moderación, Leah.

—Yo nunca hago nada con moderación y lo sabes. Se me escapan las cabras al monte, Alex, ¿qué quieres que le haga?

—Moderarte —insistió—. Confías demasiado en la gente...

—¿Yo? ¡¿Yo?! ¿Estamos hablando de la misma persona?

Me ignoró.

—... y podría pasarte algo. ¿Qué hubieras hecho si un hombre hubiera intentado aprovecharse de ti?

Vomitarlo, probablemente. Como no podía responder semejante estupidez, me hice la desentendida.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que cualquiera podría haberte tocado, llevado a su casa, forzado a algo...

Fue como si se me taponaran los oídos porque lo había recordado, había recobrado los fragmentos de memorias de la noche anterior.

Oh, no. ¡No, no, no, no, no!

James.

Yo.

Calor.

Tensión.

Beso.

Había besado a O'Connor.

¡Había besado a O'Connor y se lo había dicho a Alex!

—Oye, ¿estás bien, Leah?

La sensación de muerte en vida me llenó y tuve que volver a apoyar la cabeza en el inodoro para recobrar y comenzar otra vez con la tanda de rezos para que los dioses me regalaran la amnesia (o que en su defecto el inodoro me llevase al Ministerio de Magia, con eso era feliz).

¿Cómo había sido tan imbécil? La indignación conmigo misma era avasalladora. Año y medio, más de año y medio me lo había pasado sufriendo e intentando olvidar para que en menos de una semana (¡menos de una maldita semana!) me hubiese metido por donde mejor me cabía todo el esfuerzo.

Llegaba a ser impresionante lo porfiada que podía ser. Nunca aprendería.

—Leah, ¿estás muy mal? —insistió Alex.

Como yo no reaccionaba, me obligó a despegar la cabeza del inodoro para encontrarme con el rostro manchado de lágrimas de humillación y rabia interna.

—Perdóname, Alex, ¡yo no quería! —gimoteé con el rostro congestionado—. ¡Yo de verdad que no quería, Alex!

—¿Qué no querías, Leah?

Recibí el pedazo de papel higiénico que me pasaba Alex. Me soné sonoramente.

—¡Yo no quería, de verdad que no!

El alcohol me había hecho querer, solo el alcohol, de lo contrario, ¿por qué no lo había besado en estado consciente? Mi beso con James se contraponía a todo lo que sentía por Alex, al que quería ebria y sobria, enferma y cuerda, no como a O'Connor, que solo lo necesitaba borracha y en un estado de locura sin vuelta atrás.

—Con no querer, ¿te refieres a James?

Me sobresalté. Oh, no, Alex recordaba mi confesión.

—Es que yo no quería besarlo realmente —solté en un susurro desesperado. Ante su ausencia de expresión, me angustié y comencé a divagar—. No sé qué me pasó... de verdad que no quería, Alex... yo... no sé... él estaba ahí y yo estaba ebria... y... y miles de recuerdos... y luego nos estábamos besando... y después yo no quería... de verdad que no quería que nada de eso ocurriera... yo... —Tomé sus manos—. Alex, tienes que creerme.

Se soltó suavemente.

—¿Ahora entiendes por qué te retaba tanto?

Asentí rápidamente con la cabeza y tuve que detenerme cuando toda la habitación giró.

—¡Aprendí, Alex! —gimoteé—. ¡Pero no fue mi culpa! De verdad que no quería, yo solo estaba bebiendo con Camila y después se me fueron un poco los tragos a la cabeza, lo admito... pero estaba bien hasta que todos empezaron a tomar y yo tuve que hacerlo, ¡me habrían rechazado si me ponía antisocial desde el primer día! Fue culpa de la presión social, Alex. ¿Sabes lo horrible que es? Todos me decían «Vamos, Leah, bebe» y yo lo hacía porque no podía ser menos... y luego... luego...

—Leah —me interrumpió.

—¿Me vas a dejar contarte lo que pasó?

—Por eso te interrumpí: no tienes por qué darme explicaciones.

Alex muchas veces hablaba chino mandarín.

—¿Cómo?

—Que soy tu amigo, no tu mamá. No tienes que explicarme nada. Además — se encogió de hombros restándole importancia al asunto—, lo importante es que asumas tus actos como una adulta y no tras un millón de excusas.

¿Estaría retándome por haberme excusado diciendo que no había querido besar a O'Connor cuando recordaba perfectamente que lo había deseado al punto de arder por dentro?

La vida no era divertida si no podías mentir libremente.

—¿Recuerdas que dije que no había querido besar a James? Cabe la posibilidad que haya querido... un poco —admití.

Al contrario del enojo que me esperé, me acarició la cabeza como si fuera un perro obediente.

—¿Viste que no es tan terrible asumir tus actos?

Había sido más que terrible porque *¡friendzone!* A Alex solo le importaba que hubiese aprendido la lección, no mi beso con O'Connor.

Maldito, ¿por qué no me quieres si soy tan guapa?

—Sí, pero —comencé a hablar desde el rechazo— nada hubiese ocurrido de no ser por Blair.

—Ya, ¿y qué tiene que ver Derek?

—¡En todo! —Me calmé al sentir un dolor de cabeza que casi me destroza el cráneo—. Si él no se me hubiese acercado para contarme una estúpida historia, ¡nada habría pasado!

Alex sonreía por primera vez desde que me había pillado vomitando en su baño.

—¿Qué fue lo que te dijo?

Hablé sin percatarme de que estaba cavando mi propia tumba.

—¡Qué si le decía a James que quería su pene, él se asustaría y...!

La bocota de Leah lo había hecho otra vez. Ups, ups, ups, ¿y ahora cómo iba a arreglar eso?

—¿Le dijiste a James que querías su pene?

Hice una mueca.

—¡Me declaro incompetente! ¡Ya está, han quedado anuladas mis declaraciones!

—¡Leah, es en serio! ¡Me extraña saber que solo se besaron después de eso!

Puse ojos de pánico. Nos habíamos solo besado, ¿cierto? Sí, sí, solo nos habíamos besado... ¿o no? No, no, ¡solo un beso! Eso era lo único que había en mi memoria y luego vómito por todas partes, Alex, pantalla negra e inodoro.

Alex cerró los ojos leves segundos pidiendo fortaleza mental al verme poner

ojos de ciervo asustado.

—Dime que, por favor, recuerdas todo y estás segura de que solo lo besaste.

—Bueno —mirada hacia la izquierda—, recuerdo todo y solo nos besamos.

—¡Miraste hacia la izquierda! —gritó.

¡Argh!

—Deja expresarlo de otra manera: solo recuerdo que nos besamos y luego...

—¿Y luego qué?

—Eh, yo vomitando, después llegaste tú y pantalla negra hasta hoy cuando me levanté de nuevo a vomitar. Eso fue todo.

... de lo que recuerde, agregué para mis adentros.

—¿Estás segura?

Aparté el cabello del rostro con molestia.

—¡Que sí, Alex, nada más! Argh, ¡eres cargante con el tema! ¿Acaso quieres que te mienta y te diga que me acosté con alguien? ¿Eso quieres que diga?

Se dirigió hacia la puerta envuelto en una nube de malhumor.

—No se puede hablar contigo cuando te pones a la defensiva.

—¡No huyas, cobarde!

No me hizo caso y salió dando un portazo.

Aproximadamente media hora después, yo seguía esperándolo en la sala de estar con Gruñón en las piernas para enfrentarlo, mientras él continuaba encerrado en su cuarto. Me estaba preparando psicológicamente para ir a buscarlo de las mechas, cuando hizo presencia en el pasillo. Iba con el cabello mojado, jean, camiseta y pies desnudos, lo que hizo que apegara a Gruñón hacia mí. Se acercó con paso relajado y rostro que no dejaba entrever ninguna emoción, no era capaz de adivinar si se le había pasado o no el enojo.

Finalmente, se detuvo a un metro de mí y Gruñón se soltó para ir a buscar un peluche en forma de ratón que le dejó en los pies a Alex, como si fuera un perro bien domesticado y no un gato medio salvaje.

—¿Y eso? —pregunté.

—Se lo compré el otro día.

Gruñón ronroneaba contra las piernas de él.

—Parece haberse encariñado contigo.

—Nos hacemos compañía, ambos estamos muy solos aquí —se inclinó para acariciarle la cabeza—, ¿cierto, Gruñón?

Mauzó para expresar su opinión a favor.

Cambié de tema porque me dolía ver a mi gato encariñado con otra persona cuando a mí me detestaba. Me miré las uñas con desinterés para parecer interesante, y he de admitir que me costó enfocar la vista porque, por supuesto, todavía estaba ebria.

—Estaba pensando... como el lunes es tu cumpleaños, quería que...

—¿El lunes? —me cortó—. El lunes no es mi cumpleaños.

—¿Pero qué dices? El lunes es tu cumpleaños. Vives tan preocupado por los negocios que ya olvidas hasta las fechas importantes.

—Leah, el lunes no es mi cumpleaños —insistió—. Fue el 2 de marzo.

No podía ser posible. Agarré mi celular que había dejado en la mesita de centro y miré el calendario. El alma se me cayó a los pies; efectivamente, el cumpleaños, marcado en rojo en mi calendario para no olvidarlo, ya había pasado... hace más de dos semanas.

—¿Lo olvidé? ¿Cómo pude...?

El llanto fue sorpresivo y violento. Alex se quedó unos segundos de pie sin hacer nada, demasiado sorprendido como para moverse. Recién cuando el rostro se me congestionó y los hombros temblaban, se acercó para abrazarme torpemente.

—Ya, Leah, no llores, si no tiene importancia.

—¿Co-cómo q-que n-no?

Enterré mi cara en su camiseta. Él acariciaba mi cabeza.

—Lo olvidaste, ¿y qué? A todos les puede pasar. Leah... ya, tranquila, no pasa nada.

—¿Co-cómo n-no m-me lo r-recordaste? —El labio me temblaba—. ¿Por qué

no?

—Porque no me importa mi cumpleaños.

Eso solo hizo que me pusiera a llorar con más ganas.

—S-soy una a-amiga ho-ho-horrible.

Me agarró el rostro con las manos y me obligó a mirarlo.

—Leah, no digas eso...

Tomé aire para calmar lo suficiente los estremecimientos y así hablar de corrido.

—No te merezco y no me importa, no me importa no merecerte porque te quiero y eso es suficiente para mi egoísta corazón.

—Yo no te merezco —entrelazó nuestros dedos— y tampoco me importa, Leah.

—¿Cómo tú no me vas a merecer? Soy yo la que no hace más que mentirte y ocultarte cosas, como mi relación pasada con James y Derek.

—Yo también te he mentido.

¿Que qué?

—¿Me has mentido?

Sentí un frío repentino en el corazón al soltarnos de las manos.

—Sé de tu relación con James y Derek desde antes que me lo dijeras. Verás, el día que yo los conocí, ellos estaban hablando de ti y por eso me acerqué. Pero no supieron que eras mi amiga hasta el día del departamento.

Shanelle no me había mentido ese día en el automóvil: Alex sabía todo.

Se me trabó la lengua por intentar hablar rápidamente.

—¿Y por qué nunca lo dijiste?

—Porque tú me habías mentido con respecto a ellos por algo y yo no era quién para obligarte a contarme algo que no querías. —Sus ojos verdes de pronto parecían esconder miles de secretos, secretos que deseé no saber nunca—. La gente miente por temor a enfrentarse a la opinión de las personas, es solo miedo.

—¿Entonces tú siempre lo supiste todo?

Asintió y sentí que un peso se desprendía de mi espalda.

—No sabes la presión que me sacas de encima —confesé.

Nos quedamos ahí sin decir nada.

—Igual, todavía me siento horrible por olvidar tu cumpleaños, Alex —insistí —, no puedo creer que haya tardado medio mes en caer en mi error.

Sonrió con indulgencia.

—Ya, olvídalo, siempre habrá más cumpleaños para celebrar.

No si te mueres, pensé.

—Pero...

—Olvídalo, te dije.

Repentinamente quise saber qué opinaba Alex de que yo hubiese salido con James.

Acariciando a Gruñón que se había acercado, indagué:

—Oye, ahora que sé que sabes todo... me causa mucha risa saber que salí con un amigo tuyo, ¿a ti no?

Tardó tanto en responder que sospeché que algo extraño había ocurrido. Dejé de jugar con Gruñón y lo miré. Alex estaba rígido.

—¿Con salir te refieres a ser novia de?

—Alex, no estamos en el jardín para creer que «salir con» significa abandonar un lugar con alguien.

Alex apretó los labios.

—Leah, ¿de qué relación estás hablando?

Ya no entendía nada.

—De la que tuve con James, ¿o creíste que había salido con Derek?

Caí en la cuenta de todo: Alex nunca había sabido que James y yo habíamos sido novios. Efectivamente, Shanelle me había mentado y yo en consecuencia había malinterpretado a Alex. Había caído en una trampa como un oso confiado de su poder.

—Pero me dijiste que... me dijiste que lo sabías... que sabías que yo... y él...



y Derek... y...

Se alejó un paso hacia atrás.

—Sabía que habían sido compañeros, que James había estado enamorado de ti, que habían tenido un problema y que por eso te habías cambiando de escuela, no que habías salido con él. —Dio otro paso hacia atrás—. Te fuiste del país por él, ¿cierto? —Fui incapaz de responder, estaba paralizada—. ¡Por supuesto que te fuiste porque terminaste con James! Y habiendo hecho todo eso, ¿cómo fuiste capaz de a la primera borrachera caer otra vez?!

Mi labio tembló.

—Y-yo...

—¿Cómo pudiste olvidar todo ese esfuerzo?

—Tomé mucho. —Intenté explicar—. Y estaba ebria... no sabía lo que hacía... yo...

No tuvo compasión conmigo.

—¡Eso no te justifica! ¡Te fuiste del país por haber terminado con él, ¡¿y recaes otra vez nada más porque «tomaste mucho»?! ¿Cómo pudiste destrozar el esfuerzo de más de año y medio en menos de una semana?

Jamás en mi vida había visto tan furioso a Alex, nunca, ni siquiera cuando, por jugar en su computadora de su oficina, le había formateado el disco duro.

—Yo... yo...

Sentía las lágrimas silenciosas en la comisura de los labios.

—¿Por qué, Leah? —insistió.

—Yo... yo... yo no lo sé. N-no lo sé... n-no s-sé... ayer nada parecía incorrecto. —Con el corazón doliéndome por algo que en ese momento no entendía, juré—: No volveré a hacerlo, lo prometo. No quiero pasar por lo mismo otra vez, de verdad. No quiero, Alex, no quiero. Te juro que él es cosa del pasado.

## Los tres mosqueteros

Estuve en la casa de Alex desintoxicándome del alcohol y de chicos que parecían trípodes hasta el domingo por la tarde, cuando volví a casa junto a mi amado gato a pesar de que, algo en mi podrida alma, quiso dejarlo con Alex para que se hicieran compañía (eran igual de insoportables conmigo), pero después recordé que todavía estaba molesta con él por gritarme la verdad y preocuparse por mí, que terminé trayéndomelo a casa en un acto de pataleta infantil e injustificada.

Llegó el lunes, y tras recuperar mi mochila (que Camila tenía), fui al gimnasio después de clases ignorando totalmente a Blair. Había tenido todo un largo fin de semana para estallar en ira contra Shanelle y quería estranglarla con las manos desnudas, para de alguna forma hacerle pagar por haberme obligado inconscientemente a revelar una verdad que quería que siguiera escondida. ¡Argh, me enfermaba de los nervios cuando jugaban conmigo!

—Hola, ¿me podría decir dónde puedo encontrar a Shandel? —pregunté al llegar a la oficina de informaciones del gimnasio de la universidad.

Un tipo de mediana edad y calvicie incipiente respondió con tono condescendiente.

—No existe ninguna profesora con ese nombre.

—¿Cómo que no? —Caí en la cuenta de que me había equivocado de nombre —. Ah, sí, verdad. Es Shanelle, ¿está por alguna parte?

Revisó en la computadora.

—Se encuentra realizando una clase a funcionarias en la sala número cuatro.

—Gracias.

Llegué a la sala cuando ya había terminado la clase y las mujeres, sudorosas, cansadas y sonrojadas, se dirigían a las duchas. Frente a un enorme espejo

ubicado delante de treinta bicicletas de spinning, estaba mi nueva enemiga: Shandel, digo, ¡Shanelle!

—¡Tú! ¡Me engañaste! ¡Me hiciste decir la verdad! —la acusé.

No se inmutó.

—¿Y eso es malo?

—¡Por supuesto que sí! —dije, cruzándome de brazos y dándole un patada al suelo en protesta. Me vi reflejada en los espejos de la habitación haciendo esa pataleta infantil y sentí vergüenza ajena por mí. ¿Cuánto años tenía? La princesita Leah recién cumplía los cinco años mentales.

—¿Y qué sería lo malo?

—¡Que Alex se enojó!

—Estás mintiendo —aseguró ella.

Argh, ¿tan mala me había vuelto que todos me descubrían a la primera?

—¿Cómo lo supiste? ¿Miré a la izquierda?

—¿Miras a la izquierda cuando mientes?

Había dejado al descubierto mis debilidades, debía hacerme la desentendida.

—¿Eh, no?

Comenzó a recoger pesas y a apilarlas en una especie de, bueno, cosa para apilar pesas.

—Hablé con Alex ayer por la noche y me lo contó —confesó.

Estuve a punto de preguntarle: «¿Te dijo que me besé con O'Connor?», pero alcancé a contenerme. Uf, casi me habían sacado otra verdad por mentira.

—¿Ah sí? ¿Y qué te dijo?

—Que te besaste con James.

No había servido morderme la lengua, de todas formas ella ya lo sabía. Me sentí de la farándula porque mis desventuras corrieran de boca en boca tan rápido.

—¡Qué insoportable es Alex! Uno se sale de sus cabales y se vuelve loca en una fiesta y es el fin del mundo. Solo tomé un poco, nada más.

Ya había terminado de ordenar las pesas, por lo que agarró su chaqueta deportiva y caminó hacia mí. ¿Me iría a golpear por hablar mal de Alex? ¡¿Cómo me defendería de ese monstruo atlético si me atacaba?! Yo había golpeado antes, pero a mis hermanos y a Blair y a O'Connor y ninguno de ellos contaban porque eran seres «medianamente decentes» y nunca me habían devuelto la agresión. Cuando me estaba preparando para un acto reflejo de escape digno de cualquier cobarde, ella pasó por mi lado y salió. Me quedé un par de segundos desconcertada, porque ¿me había dejado plantada? La seguí como una paloma, moviendo la cabeza al son del caminar.

—Oye, estaba hablando contigo —demandé.

—Pero yo contigo no.

Nunca nadie había igualado mi antipatía, ¿qué hacía en esos casos? Me sentí como el resto de los mortales cuando intentaban mantener una conversación conmigo: era una misión imposible, yo era insoportable.

—Pero me mentiste —insistí— y ahora estoy enojada porque Alex me retó, ¿lo entiendes?

—Tú pareces no entenderlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que acaso no lo ves?

—¿Qué es lo que no veo? Yo no necesito lentes para tu información.

Vi su esfuerzo por no dejarme hablando sola.

—Alex está celoso.

—¡¿Quéééééé?! ¿Cómo dices?

¿Podría realmente estar Alex celoso? ¿Sería posible que por fin hubiese salido de la cárcel *Friendzone*? O, un momento, ¿y si Shandel de nuevo me estaba tendiendo una trampa?

No pude seguir con mis divagaciones mentales, porque se detuvo y estuve a punto de chocar contra ella.

—Mira, te lo voy a explicar de manera sencilla para que tu capacidad mental no colapse. —Como realmente quería que hablara, ignoré el insulto gratuito—. Soy amiga de todo ese grupo... de Derek, James, Alex y otros, ¿tu limitado y

consentido cerebro lo está siguiendo? —Asentí porque ¡que hables más rápido, tortuga centenaria!—. Y como soy amiga de ellos, sé cosas que tú ni siquiera estás cerca de averiguar.

Doble impacto. ¿Ella sabía cosas de ellos que yo no? ¡Imposible! Lo único que Shanelle podía conocer que yo desconociera era... bueno, siendo justa, yo no sabía nada de la parte familiar de O'Connor ni de Blair, así que si ella sabía solo el nombre de la madre de James, ya tenía más información que yo. Qué vergüenza conmigo misma, había sido novia de James y nunca me había interesado preguntar por su familia.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Vivimos en un mundo plagado de secretos y mentiras, ¿no lo sabías?

¿Yo era así de insoportable para responder? ¿Cómo James podría haberme querido? Ese hombre merecía un premio a su paciencia y constancia.

—Voy a ignorar todos tus insultos y hacer como si nada, porque realmente quiero llegar al punto, así que... ¿qué es lo que sabes?

—Sabía que eras tonta, pero me impresionas.

Me crucé de brazos.

—¿Te comiste una arpía? Dímelo para saber si es tu estado natural e irme o para ver si sigo soportándote.

Se quedó meditabunda.

—Okey, lo siento, es que... no quiero que James vuelva a tener problemas y tú eres básicamente todos sus dolores de cabeza.

—A ver, a ver, quiero dejar en claro que yo soy la inocente de esta historia.

—Lo sé, pero conozco a James y sé que intentará reconquistarte, ¿por qué tenías que volver?

Me indigné.

—¿Disculpa? ¿Es que acaso tengo que limitar mis decisiones en favor a un sujeto que me hizo sufrir?

—No te digo eso, lo que intento decir es por qué lo besaste.

El sonrojo fue como una explosión. La lengua se me enredó en mi afán por

verme inocente cuando no lo era.

—Estaba ebria y él se aprovechó de mi condición vegetal.

—¿Y no puedes controlarte tú que debes andar culpando a otras personas de tus actos?

—Podría haberme orinado encima el viernes, ¿entiendes? Si no era capaz de aguantar mi propio vómito, ¿crees acaso que podría haberlo apartado cuando yoo...? —enmudecí de golpe porque había estado a punto de soltar algo que no correspondía.

—¿Cuando tú qué? ¿Querías besarlo?

Eh... jejeje.

—Probablemente sí, ¿y qué? Intento ser una piedra..., de veras que intento ser una maldita piedra sin sentimientos, pero hasta las piedras como yo caen en la tentación.

—¡Pero es que justo ese es el problema! Volviste solo para meterte en el mundo de James. No eres más que...

Al igual que yo hace unos segundos, se quedó callada y, de la nada, comenzó a empujarme.

—Vete, ahora —ordenó.

Frené mis pies.

—¿Por qué si no tengo ganas?

—¡Solo ándate!

—Ya te dije que no y he de advertirte que soy muy cabezota si me lo planteo.

Alzó los brazos al aire, exasperada.

—Entonces prepárate porque te lo advertí.

—Oh, ¡claro que me voy a preparar para...! ¿Para qué exactam...?

Unas manos me agarraron de los hombros y un aliento olor a menta me rozó la mejilla.

—Nos volvemos a encontrar. —Era O'Connor.

—Hola, peli-peli. —Y Blair.

\* \* \*

En la vida existían grandes misterios del universo. Misterios tan misteriosos que no tenían solución y por eso eran misteriosos (Premio «Grandes Pensadores» a Leah Howard). Uno de esos misterios misteriosos era la razón del por qué había terminado sentada en el coche de Blair con O'Connor a mi lado.

—¿Qué hago aquí? —pregunté.

Reflejada en el espejo lateral del auto, Shanelle estaba inexpresiva.

—Tenías hambre...

—Y yo me ofrecí a pagar el almuerzo —terminó O'Connor.

Parecía feliz, el maldito. Parecía jodidamente contento ahí el muy condenado con su pecho inflado como un pavo real y recostado contra la puerta para no perderme de vista. ¿No se supone que el día viernes me odiaba, me había abandonado a medio beso, dejado plantada con unas raíces de palmera centenaria? Lo juro, O'Connor muchas veces era en extremo bipolar; un día «Voy a olvidar a Leah» y luego «Amo a Leah» para pasar a «Me voy a comprometer con la maldita mejor amiga de Leah».

Recordar a Bella me quitó el apetito.

—¿Sabes qué? Ya no tengo hambre.

Previniendo que yo sería capaz de lanzarme fuera de un automóvil en movimiento con tal de escapar, O'Connor se estiró sobre el asiento como un felino y afirmó la manilla quedando a menos de diez centímetros entre nosotros. Se me vino a la cabeza el beso del viernes y me dio hambre, pero una que nada tenía que ver con comida.

Lo alejé de la única manera que sabía que funcionaría.

—Qué asco, O'Connor, si te me vas a acercar, mínimo lávate esa boca. Me dejarás peinada con tanto mal olor.

Por su cara de impacto, la gente diría que jamás una chica le había criticado su aliento. Shockeado, se apartó lentamente para cubrirse la cara con las manos e inspeccionar su aliento. Me relajé visiblemente. Bien, Leah, felicidades, Leah, has salvado tu integridad de monja un minuto más, Leah.

—¡Boom! Rechazado, amigo —dijo Blair entre risas desde el asiento del piloto.

O'Connor se destapó la cara.

—Hey, mi aliento no huele mal.

—Claramente un genio no eres —me mofé—. ¿Cómo lograste convertirte en ayudante de Cálculo?

Blair se lo estaba pasando de lo lindo.

—Amo a esta chica —aseguró, doblando en una esquina.

—Ni me hagas empezar contigo, Blair, que si tu amigo es estúpido, tú eres un simio.

—Más razones para amar a esa chica —le dijo a Shanelle.

No pude acotar nada, porque en ese momento O'Connor había alargado sus curiosas y perversas manos y me intentaba agarrar por la cintura.

—Ni te atrevas —advertí con mirada mortal.

—Solo comprobaba qué tan espinosa seguías —explicó alzando las manos al cielo y aparentando inocencia.

La tensión aumentó.

Volví a preguntarme por qué había aceptado la invitación. Probablemente todavía existía una parte ínfima de mi torpe corazón que aún extrañaba compartir esos momentos de provocación con Blair y O'Connor y que quería comprobarse asimismo si las cosas eran como antes o si ya todo había cambiado, si habíamos madurado y con ello nuestra enferma relación; al parecer no, ni en lo más mínimo. Y algo en mí se alegraba por eso y, no sé, de pronto se me hizo inconcebible que siguiera sintiéndome así a pesar de lo ocurrido.

—¡Detente, Derek!

Desconcertado, frenó de golpe y yo quedé con la cara enterrada en el asiento de Shanelle.

—¿Qué te pasa, loca? —preguntó.

—Que me voy.

Abrí la puerta, me bajé y caminé hacia un restaurant cercano con la idea de encontrar a alguien y preguntarle dónde podía tomar una micro que me dejara relativamente cerca de mi casa.



—Mejor estacionate, Derek, comeremos aquí —sentenció Shanelle saliendo del auto.

Me bajaba justamente para evitarlos, ¡y me perseguían!

—¡No, por favor, aquí no! —Blair gritó.

No tuve que llegar al restaurant porque un señor se nos acercaba y fui hacia él, preguntándole de inmediato dónde había un paradero; me apuntó un lugar ubicado a una cuadra de ahí. Perfecto, me fui hacia allá y tuve que frenar de golpe, porque Blair había estado a punto de atropellarme con su enorme monstruo de cuatro ruedas.

—¡Intento estacionarme, peli-peli, sal del medio! —me gritó.

Se abrió y cerró la puerta que estaba en el lado opuesto al mío.

—¡Leah, amor mío, no puedes irte! —gritó O'Connor, dándole la vuelta apresuradamente para alcanzarme.

—¡QUE SOY HOWARD PARA TI, IMBÉCIL! —rugí, poniéndome de nuevo en camino.

—Amigo —se cerró otra puerta y después sonó el pitido de la alarma activada —, tengo el ligero presentimiento de que Leah...

—¡HOWARD!

—Qué madurez —susurró Shanelle.

—... aún te odia.

—Yo creo que nos odia a los dos, Derek.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

Pues yo le respondería su estúpida pregunta.

—¡Porque eres un imbécil!

—Ahí lo tienes —terminó O'Connor.

Blair suspiró.

—Mujeres, ¿quién las entiende? Uno les da amor y solo recibe insultos.

Lo ignoré hasta que fui alzada de la nada y caí en un hombro, quedando con los ojos a la altura de un trasero que reconocí como si fuera el mío. Era

O'Connor y estaba repitiendo su técnica de conquista «Luego del fútbol», a pesar de que la última vez que la había utilizado terminó con mi rodilla en su entrepierna.

—Mira, Leah, solo hay dos opciones —comenzó James avanzando—. O vienes con nosotros a almorzar y yo pago o...

—Elijo la otra, la segunda.

—Lo que Leah diga. —Caminó hacia el restaurant.

—¡Oye, ¿pero qué haces?! ¡Elegí la otra opción!

—Y la otra era «vienes a comer con nosotros pero tú pagas».

Me quedé meditándolo medio segundo con el estómago rugiendo.

—Muy bien, iré con ustedes solo si me pagas el almuerzo.

Volví a estar sobre mis pies. Pensé en escaparme para aprovechar mi libertad, pero O'Connor, que me conocía tan bien, me agarró por el codo y me hizo ir hacia el restaurant mientras Blair, unos cuantos pasos por detrás, se quejaba ruidosa y angustiadamente.

—Así que... —dije como si no quiere la cosa—, dime.

—¿Qué?

—¿Estamos en la etapa donde somos cordiales con el otro?

—Yo siempre he sido así contigo, Leah.

—Ah, sí. No, me refería a mí.

—¿Y a qué se debe el cambio repentino? —me preguntó echándome un vistazo de reojo.

¿A qué se debía? Se debía a que había comprendido que, si no lograba mantener una relación de cordialidad con O'Connor, jamás lograría cerrar el capítulo de mi vida con él. Como había leído una vez, un amor inconcluso se podría convertir en un amor de toda la vida, y yo no quería eso con él bajo ninguna circunstancia.

—No es un cambio repentino —mentí con la vista fija en mis pies—, es algo que se llama madurar.

Zah, lo único que había maduro eran las frutas podridas en el refrigerador de

mi casa.

—Ah.

Habíamos llegado hasta el mesón del restaurant, donde había un chico que rondaba los veinte años tomando los pedidos. Apoyándome en la tabla, hablé:

—Hola, mira, quiero un plato con papas fritas, carne, cebolla y huevo. Mucha cebolla y ajo, tanta como para espantar a un ex novio.

O'Connor soltó un bufido ofendido.

—La madurez duró solo un segundo, ¿eh?

No le hice caso y volví a hablarle al chico, porque se había quedado mirándome las tetas.

—¿Se te perdió algo?

Se sonrojó y empezó a apretar botones en la caja registradora.

—El plato que usted está pidiendo, señorita, es para dos personas, ¿ese es el que quiere?

El resto de la pandilla se nos unió.

—¡Sí, sí, ese es perfecto! —acepté porque con tanto estrés me había dado hambre.

—Parece que Chewbacca tiene hambre —bromeó Blair.

Lo encaré, él estaba con la cabeza cubierta por su chaqueta.

—¡Miren qué maravilla! ¡Los monos hablaban y yo no tenía idea! —Me dirigí esta vez al cajero mientras apuntaba a O'Connor—. Él paga.

Fui hacia una mesa vacía con Shanelle pisándome los talones y tomamos asiento en un sepulcral silencio; los hombres se quedaron pidiendo su comida.

—Lo siento —se disculpó ella—, Derek algunas veces es un imbécil.

Tomé asiento frente a Shanelle.

—Dime algo que no sepa.

Se nos acercó el capullo.

—¿No te vas a sentar conmigo, monstruo marino? —preguntó al verme al lado de Shanelle.

Justo había llegado O'Connor.

—¿Monstruo marino? —lo interrumpió mirándome con el entrecejo fruncido—. Ese día, cuando mencionaste que te habías encontrado con un monstruo marino en la piscina, ¿no te referías a un pescado?

Blair le golpeó la espalda como dándole ánimo.

—Sigue así, hombre, que llegarás lejos con esa lógica innata tuya.

O'Connor se alejó para evitar el contacto.

—¡Ni hombre ni nada, me mentiste ese día, Derek!

Jajajaja, otro imbécil al que lo descubrían mintiendo, no estaba sola en este mundo sincero.

—¿Cuándo? —Le quitó importancia sentándose al otro lado de la mesa. O'Connor lo siguió.

—Cuando dijiste que la pelirroja de casa de Alex no era Leah. —Me miró—. ¿Eras tú?

Era el momento de hacerse la desentendida.

—¿Cuándo?

—A principios de mes.

—¿Dónde?

—En el condominio de un amigo.

—¿Qué condominio?

—Uno que está cerca del internado.

—No sé de qué hablas.

—¿No visitaste a ningún amigo el día viernes?

—¿A qué amigo?

Con los dedos de la mano tamborileó sobre la mesa.

—Ya, solo di qué estabas haciendo ese viernes.

—Estaba en el pre-mechoneo.

—¿Y luego?

—Me bañé.

Se empezaba a exasperar.

—Pero ¿y después de eso?

—Vestirme.

—¿En ningún momento fuiste a un condominio con piscinas?

Para no delatarme con los ojos, llegué a ponerme turnia.

—No, yo no fui a ninguna parte.

Al no tener respuesta por mi parte, y dándose cuenta de que le estábamos mintiendo, siguió con Derek.

—¿Entonces quién era el monstruo marino? Solo con Leah tienes la confianza suficiente para tratarla así, otra mujer te mataría y, en vista que de estás vivo, ¡era Leah!

Derek y yo nos echamos un rápido vistazo, siendo salvados justo por el camarero que traía nuestras bebidas y pan. Para mantener las manos ocupadas, comencé a picotear.

—¿Así que Leah no era el monstruo marino? —Oír a O'Connor expresándose de esa manera me hizo querer soltar una carcajada que se enredó con el pedazo de pan que estaba tragando. Abrí la boca en busca de aire, llevándome las manos al pecho y golpeándolo con fuerza.

—¡Se está ahogando! —chilló Shanelle dándome palmadas en la espalda.

Uno, dos, tres, cuatro, y escupí el pedazo de pan que voló directo hacia la persona que tenía enfrente: Blair.

—Me llegó, ¿cierto? —preguntó Derek con resignación.

Todavía jadeando por los segundos de agonía, agarré el vaso con jugo y tomé un largo trago.

—Mejor ve al baño —aconsejó O'Connor.

Con las manos en puños al costado de su cuerpo, Blair se puso de pie con la dignidad por el suelo. Empujando a O'Connor para pasar, se fue al baño. Regresó al minuto con el cabello chorreando sobre su frente tensa.

—¿Ahora tienes complejo de guanaco, monstruo marino?

—dijo apartando a James y tomando asiento frente a mí y contra la ventana.

—¡Viste que Leah era el monstruo marino! —exclamó James.

Tanto Derek como yo lo ignoramos, porque comenzamos a pelear.

—No empieces, que te lo merecías —advertí.

—Déjame decirte que has alcanzado la elegancia de un cerdo en el barro.

—¡Que no empieces! —insistí.

—¿Por qué no? ¿O acaso no puedo discutir con la malcriada y consentida peli-peli?

Tomé un jadeo de impacto.

—¡¿Cómo te atreves, ser compactado en estupidez?

—¿Y qué queda para ti?

—¡Eres despreciable!

—Y tú eres malhumorada, histérica, insoportable, gruñona, despiadada...

—¡Mientes, yo soy simpática, amorosa y encantadora y todo el mundo lo sabe!

—... y mentirosa principalmente, orgullosa, cobarde, asocial, estúpida muchas veces...

—¡Soy hermosa, inteligente e independiente!

—¡Miren quién habla de belleza! ¡La hija perdida de un leñador, que tiene como tío a Chewbacca y como hermano al Tío Cosa!

—¿No te avergüenza hablar de belleza cuando tienes una pelea de tijeras en la cabeza?

—¿Y qué? Por lo menos tengo estilo.

La tensión se podía palpar en el aire.

—No puedo creer el nivel de madurez de esta conversación —nos reprochó Shanelle—. Es increíble, ¿cuántos años tienen? ¿Cinco?

La fulminé con la mirada.

—¡DEREK EMPEZÓ!

—¡Y LEAH ME PROVOCÓ!

—Ya, Leah, Derek, términenla —intervino James—. ¿No creen que son demasiado viejos para este tipo de peleas?

Le mandé una patada por debajo de la mesa a Blair.

—Bueno, si yo tengo cinco años mentales, ¡Blair tiene tres!

—¡Leah, basta! —intentó de nuevo O'Connor.

—Cinco años mentales tendrás, ¡pero equivalentes a los de un simio que se cayó de un árbol cuando nació!

—¡¡DEREK!! ¡Y tú, Leah, no empieces otra vez! —Los dos nos quedamos en silencio, cada uno a un lado de la mesa con las manos cruzadas y haciéndole morisquetas al otro—. Pídanse disculpas.

—¡No le voy a pedir disculpas! —me quejé.

—¡Ella me escupió!

—¡No me importa, pídanse disculpas! —Sabiendo que no sería yo la que cedería, James le dio un golpe en las costillas a su amigo—. Empieza, Derek.

Gruñó.

—Disculpa por eso de la inteligencia de un mono.

—¿Y por lo demás? —lo aguijoneé.

—Dije la verdad, no voy a pedir disculpas por eso.

—Yo no soy...

—Te toca, Leah —me cortó O'Connor en seco.

Me mordí el labio debatiéndome por dentro hasta que el estómago me rugió y cedí.

—Sí, bueno, yo también me disculpo por eso de la inteligencia.

—Ahora dense la mano. —O'Connor se rio—. Eso último era broma.

Recién ahí nos fijamos en la sonrisa medio nostálgica de Shanelle.

—¿Y de qué te ríes tú? —gruñí a Shanelle.

Soltó un suspiro sentimental y apoyó la barbilla en la mano.

—¿No se dan cuenta? Parecen los tres mosqueteros.

Recibió tres respuestas: Blair se volvió a cubrir con su chaqueta la cabeza, O'Connor se fue a pedir algo al mesón y yo me seguí atragantando con pan. Infeliz porque su comentario había pasado desapercibido, Shanelle atacó por otra vía:

—Derek, ¿por qué no te quitas eso de la cabeza?

—Ni loco, Emma trabaja aquí.

¿Emma?

—¿Aquí? ¿Pero por qué está trabajando en un...?

Un chillido la cortó en seco:

—¡James!

Una chica, con el cabello hasta los hombros y teñido de morado, colgaba de un paralizado O'Connor como si tuviera complejo de koala. Sonreía como una desquiciada por sobre su hombro buscando algo en el local. Y lo encontró: sus ojos hallaron nuestra mesa y gritó:

—¡DEREK!

Se descolgó de O'Connor, que seguía sin reaccionar, y corrió hacia nosotros con un uniforme amarillo y rojo, que deformaba su cuerpo haciéndola ver más pequeña y menuda de lo que era; no tendría más de dieciocho años. Al llegar a nuestra mesa se detuvo para bailar en sus pies, por poco botando el jugo de Shanelle con su torpeza; después se tiró hacia Derek, abrazándolo por el cuello y apoyando sus rodillas en el asiento.

Alcé una ceja hacia Shanelle.

—¿Quién es ella? —pregunté.

Shanelle suspiró.

—Es Emma.

La famosa *Emma* le había arrancado la chaqueta de la cabeza a Blair y le besaba toda la cara, mientras él intentaba apartarse con gesto molesto. Qué efusividad de chica, hasta yo me sentí agobiada por sus ansias de Derek.

—No sabía que Blair tuviera una fanaticada —susurré.



—Y no la tiene, es solo ella —dijo O'Connor, que había llegado al lado de Shanelle y le pasaba la mano por el cabello con gesto de cariño. Un monstruo gruñó dentro de mí cuando lo vi, pero por supuesto que tenía que ser mi estómago protestando del hambre.

Por fin Blair había logrado separarse de Emma, quien muy digna se giró hacia Shanelle y la saludó con un gesto frío, muy diferente a su entrañable efusividad; continuó conmigo.

—Yo soy el alma gemela de Derek —gruñó—, ¿quién eres tú?

Quedé turbada.

—¿Me hablas a mí?

—Sí.

—Eh, soy Leah.

Me plantó una cachetada que podría haberme volado los dientes si James no le hubiese alcanzado a interceptar parte del golpe con su brazo. Desorientada, quedé con el rostro ardiendo.

—¡Ándate de esta mesa, Emma! —soltó Derek con voz baja, pero potente.

—¡Pero, Derek, ella es...!

—¡ÁNDATE!

Sus enormes ojos se aguaron.

—Pero...

—No quiero verte ahora.

—¿Y entonces cuándo? Te fuiste de la casa y ya nunca te veo.

Nunca en mi vida había presenciado tanto desprecio en una mirada como la que le dio Derek a Emma.

—¿No crees que por eso me fui?

A Emma ya ni le importaba la dignidad perdida. Comenzó a llorar con el labio temblándole y con su hermoso y pequeño rostro congestionándose por las lágrimas y reflejando a la perfección lo que es un corazón roto.

—Lo que tú digas —jadeó con la voz quebrada.

Se largó con los sentimientos destruidos y las esperanzas calcinadas hasta los cimientos. Y algo dolió en mi pecho, porque vi mi relación con O'Connor reflejada en ellos dos, solo que yo siendo la destructora de esperanzas y sentimientos. ¿Realmente era así de mala persona? De manera involuntaria mis ojos se dirigieron hacia James y me lo encontré con su rostro volteado viendo a su amigo perderse en los reflejos del vidrio. Quise que me mirara y me dijera que todo estaba bien, que yo era una mierda de ser humano, pero que él me seguía queriendo a pesar de todo, porque si era así, si alguien, solo una persona me quería, debía significar que había algo en mi alma que podía ser rescatado. Cuando por fin James se fijó en mí con esas ventanas al alma tan bonitas, me di cuenta de que estaba aburrída que la gente *me quisiera a pesar de* y no con todo el corazón. El único que lo había hecho en algún punto de mi historia había sido él y ya todo se había acabado.

Creyendo que intentaba pedirle explicaciones sobre la situación, James musitó:

—No es el momento, Leah.

Pero yo con ese torbellino en mi interior, atacé a Derek como si él fuera yo.

—¿Quién te crees que eres para tratarla así?

Y no era a Derek a quien le pedía explicaciones, me las pedía a mí misma. ¿Quién era yo para tratar así a las personas?

—Cállate, no tienes idea de nada —contestó Blair.

Pero no, no había respuestas lógicas que pudieran darme en ese momento, porque estaba en una lucha interna que había dejado expuesta.

—¡Solo porque ella te haya entregado su corazón no significa que tengas el derecho a destruirlo!

Superado y sin decir más nada, Derek se puso de pie y salió del restaurant.

—¿Qué te pasa, Leah? —preguntó James.

—¿Cómo que qué me pasa? —Busqué ayuda en Shanelle—. ¿Soy la única que se dio cuenta de lo que acaba de pasar aquí?

—Hablas desde la ignorancia —dijo Shanelle.

Tenía el pulso acelerado, las ideas bullían en mi cabeza sin ninguna clase de orden.

—Lo único que veo es que ella está enamorada de él, ¿y por eso él tiene el derecho a tratarla así?

James explotó:

—¡Ese es el problema! Ella no puede sentir eso por él.

—¿Por qué? ¿Ah? ¿Por qué? Dímelo, anda, ¿por qué ella no puede quererlo?

Shanelle intentó intervenir:

—Cállate, que solo haces el ridículo, chica.

—Porque es su hermana —soltó James.

Colapso. ¿Emma era la hermana de Derek?, ¿esa chica con la que Derek prácticamente no tenía relación? ¿Cómo podía ser ella la hermana mayor de Derek si no parecía tener ni dieciocho años?

—¿Su hermana? ¿Y está enamorada de él?

Shanelle jugueteó con los servicios.

—Técnicamente no son hermanos. Hermanastros más bien. La madre de ella y el padre de él estuvieron casados.

—¿Estuvieron?

—Sí, pasado, ¿lo entiendes? Ella murió.

—Pero yo sabía que Derek solo tenía una hermana. —Mente en colapso—. No entiendo nada. ¿Alguien que me explique?

James y Shanelle se hablaron con la mirada.

—No podemos —contestó al fin Shanelle.

—¿Por qué? —protesté.

—Porque no es nuestra historia y no tenemos derecho a contarla —dijo James.

—Pero...

—No importa, le diré yo.

Di un brinco por la sorpresa. Derek había vuelto y ninguno de los tres se había percatado. Su expresión era cotidiana, como si el mundo no hubiera hecho implosión con eso de *ella es mi hermana y está enamorada de mí*. Hizo que

O'Connor se moviera y tomó asiento.

—Mira, haré la historia corta y sencilla porque no me gusta hablar de mi familia. —Asentí—. Mi mamá estuvo casada con mi padre por muchos años y del matrimonio nacimos mi hermana mayor, Aylén, y yo. Típico de un matrimonio cualquiera, mi papá se acostó con su secretaria y mi madre lo dejó. Por ese tiempo yo tenía ocho años y, como no podía escoger con quién irme, quedé bajo la custodia de mi mamá. Pero bueno, como era el hombrecito de papá, él luchó hasta que pasé a su custodia a los nueve años. Fue ahí recién cuando empecé a relacionarme con su nueva mujer, Giorgia, la secretaria esa, y su hija, Emma. Y verás, al principio éramos buenos hermanos con Emma, porque yo con Aylén jamás nos llevamos bien; Aylén era el cerebro de la familia y desde pequeña fue la sombra laboral de papá, mientras que yo era el que hacía lo que quería. El problema comenzó cuando Emma se dio cuenta de que solo nos llevábamos un año y empezó a mirarme con otros ojos. Yo tenía quince cuando ocurrió.

Se le fue la voz. *Quince años*, todo eso había ocurrido cuando tenía quince años, cuando él y yo ya nos conocíamos. ¿Cuántas cosas desconocía de esos dos simplemente porque no me había interesado en conocerlos?

—Para mí, Emma era como una hermana y me besó, ¿lo puedes creer? Me puse furioso... le grité y la tironeé... y cayó sobre una mesa y se pegó en la cabeza. —Hizo una pausa con los ojos clavados en el vidrio, perdido en sus pensamientos—. Quedamos en mantenerlo en secreto, aunque la situación con Giorgia era insostenible. Ella nunca me tragó e hizo lo posible porque me echaran de la casa, pero papá fue tajante y no lo permitió, así que me quedé.

Sabía que ese no era el fin de la historia, pero Derek parecía no querer seguir. James aprovechó para pasarle un brazo por los hombros y darle un apretón de apoyo.

—Con altos y bajos todo fue relativamente normal —continuó esta vez mirándome—, hasta que Emma lo hizo otra vez, solo que esta vez Giorgia nos descubrió y... y se volvió loca ... y... me... me golpeó. Me escapé de casa esa noche y fui donde los abuelos de James, porque —le echó una disimulado vistazo a su amigo— él estaba pasando sus vacaciones ahí. A la mañana siguiente me enteré de que Giorgia había muerto de un ataque al corazón y mi papá se quedó con Emma hasta que cumplió la mayoría de edad.

¿Golpeó?, ¿Giorgia había golpeado a Derek? Aparté mi cabello del rostro

como si con eso pudiera eliminar mis pensamientos.

—¿Y eso cuándo ocurrió?

—Antes de empezar nuestro último año en el internado.

Se me subió el corazón a la garganta con la idea.

—¿Y por qué Emma está trabajando aquí?

Con todo el dinero que debía tener, no entendía por qué atendía un restaurant donde debía ganar el sueldo mínimo. Derek se removió en el asiento.

—El dinero que recibe de papá solo le alcanza para pagar la universidad.

—¿Y por qué no vive con tu papá?

—Ella no quiere, culpa a papá de la muerte de Giorgia. Su orgullo solo le permite aceptar el dinero para la universidad y... —se sonrojó— tiene que arrendar una pieza para vivir.

—¿Y tu papá por qué no le sigue depositando dinero? En algún momento ella lo terminará aceptando.

La culpa carcomió su rostro.

—Porque tampoco digamos que él lo intenta. No tiene contacto con Emma por... por lo que sucedió conmigo y Giorgia... soy el único contacto que tiene papá con Emma. Y, aunque le he dejado hasta dinero escondido, siempre termina depositado en mi cuenta nuevamente.

—¿Y no has intentado algo mejor que esconderle dinero? ¿Cómo pueden ser tan...? —enmudecí de golpe al comprender lo que había estado a punto de soltar.

—¿*Tan* qué? —inquirió Derek con la mirada ardiendo—. ¿Cómo podemos ser *tan* qué? ¿Ruines, miserables, despreciables...?

Fue como comerme un kilo de piedras.

—No, Derek, yo no quise...

—Pero lo hiciste.

Se puso de pie y salió del restaurant como un vendaval. Ahora me tocó el ataque de James mientras se ponía de pie para seguir a su amigo.

—Deberías aprender a mantenerte callada, porque siempre que hablas terminas lastimando a alguien.

Estuve demasiado tiempo sentada sin hacer nada, paralizada por dentro. No fue hasta que Shanelle casi tiró su bebida, que reaccioné:

—Iré a hablar con ellos —dije, poniéndome de pie.

Shanelle asintió.

—Aún los quieres, ¿cierto?

—¿Por qué lo dices?

—Tus ojos lo dicen todo. —Pausa que utilizó para analizarme—. Dime, ¿jamás te has planteado salir con Derek?

Solté una risa demasiado forzada, a decir verdad.

—¿Derek y yo? Ni en mis malditas pesadillas.

Me largué antes de que se le ocurriera seguir con sus preguntas.

Nada más salir del restaurant reconocí a James y Derek hablando a unos metros. Parecían haber cambiado de tema de conversación porque se estaban riendo. Me acerqué con el *disculpen* en la boca y me lo tuve que tragar, porque O'Connor se había metido la mano al bolsillo y estaba dándole un saludo a Demetrio.

—¿Y te afeitaste todooo? —reía Derek.

—¡Sí y pica como un demonio! No sabía cómo rascarme sin dejarle una peor impresión a Leah.

Derek explotó en carcajadas, yo no pude contener mi jadeo de sorpresa.

—¡¿QUÉEE?! Que te afeitaste ¿qué?

O'Connor dejó la mano quieta dentro del bolsillo. Su expresión de horror valía haberle descubierto rascándose las pelotas.

—¿Nos escuchaste? —preguntó estúpidamente.

—Eh, ¡yajá!

Blair silbó y lanzó el cigarro al suelo.

—Estás arruinado, amigo.

Pero James no se rendía, porque eso era lo mejor y lo peor que tenía.

—Del uno al diez, ¿cuál es mi posibilidad de seguir conquistándote después de esto?

Le sonreí.

—Siempre ha sido del menos diez.

## Quiero una novia

Hay días en que uno sospecha que algo extraño le sucede al universo y son los pequeños indicios que te lo confirman, pero yo de vez en cuando era tan brillante que aunque me gritasen las respuestas sería incapaz de captarlas. Algo así me sucedió el miércoles 25 de marzo cuando llegué tan atrasada a la clase de Química que tuve que quedarme fuera de la sala esperando que terminara, puesto que no valía la pena interrumpirla si quedaban solo veinte minutos. Y a pesar de la nula existencia de personas en el sector de la universidad donde yo me encontraba esperando, que era un enorme indicio de que el día no transcurría con normalidad, no me di cuenta de que algo sucedía hasta que fueron más de las 9:30 de la mañana cuando nadie salió de clases a las 9:20. Extrañada, y sospechando de que tal vez la profesora estuviese dando una información de vida o muerte, me acerqué a la puerta y la abrí. Me encontré con un universo paralelo, algo que no podría estar ocurriendo porque la sala estaba vacía. ¿Pero qué demonios? ¿Se habían suspendido las clases y no me había enterado?

Empecé a deambular sin sentido por la universidad, buscando a gente por todos los rincones y encontrándome con nadie. Al llegar a un sitio ubicado a unos diez minutos de la sala de clases y doblar por una calle, por fin me hallé a la raza humana. Había alrededor de treinta buses enormes a lo largo de la avenida, y cientos de personas que subían a ellos. Así que ahí estaban todos reunidos, pero ¿por qué?

Fui hacia a un chico que tenía una carpeta en la mano y que le indicaba a las personas a qué bus subirse. Él debía tener la solución a mis dudas, por lo que me presenté lo mejor que pude.

—Eh... hola —dije. ¿Qué? No pueden pedirme nada mejor.

El joven alzó la vista de sus papeles y me sonrió con una enorme dentadura toda blancura. No me gustaba clasificar a las personas por su apariencia, pero podía deducir que era gay porque llevaba las pestañas crespas, el pelo peinado y



estaba aseado, algo que, horror de horrores, era digno de mencionar por el estado en que se presentaba el resto de los alumnos.

—Hola, querida. Dime, ¿en qué te puedo ayudar? —Puso su mano libre sobre su codo.

—Bueno, te sonará ridículo —comencé, riéndome como hiena con hipo—, pero como que no recuerdo qué pasa hoy.

El chico soltó una carcajada coqueta y me dio un suave golpe en el hombro. Ay, era tan encantador, ¿por qué los hombres no podían ser más como él?

—Ay, chica, eres graciosa —comentó con humor—. Hoy es el paseo a la playa.

Mis ojos se abrieron monumentalmente. ¡La fiesta en la playa! ¡LA FIESTA EN LA PLAYA! ¡Se me había olvidado por completo! ¡Y no tenía dinero para ir! ¡Ni el número de teléfono de Camila para saber si ella iría! ¡Ni nada! ¡Oh, no, no podía perderme esa fiesta! No podía, no podía. Durante años había oído hablar de ella, incluso salía en el noticiario central para demostrar los excesos de la juventud ¡y a mí me encantaba! Mi sueño de pequeña había sido salir en televisión y decir «¡Hoa, ma’! ¡Estroy ebiiiiia!» (yo nunca sería un buen ejemplo para nadie) y ahora me lo perdería por olvidadiza.

Tenía que intentar buscar a Camila y así... detuve de golpe todos los pensamientos. No, no, me había prometido a mí misma jamás volver a tocar una gota de alcohol, lo había dejado para siempre después de recaer con Voldemort. *Sin embargo*, podía ir y no beber. Mm, difícil decisión. Beber o no beber, he ahí el dilema. Bah, le dejaría la decisión al destino mejor: si encontraba a Camila, le pediría dinero e iría, si no, me marcharía e iría a sufrir en silencio con un tarro de helado que me robaría de un supermercado.

—¿Me podrías decir de qué carrera eres para ver el bus que te corresponde? —preguntó el chico amablemente, interrumpiendo mis pensamientos.

—Plan Común de Ingeniería.

—Ajá. —Asintió—. ¿Sección?

—Creo que la A-2.

—Ajá. —Volvió a asentir, rebuscando algo entre los papeles—. Ajá, aquí está. ¿Nombre?

—Leah Howard.

—Ajá. Mm. —Leyó—. Autobús 23. —Apuntó hacia el final de la fila—. Está un poco lejos. —Se quedó mirando mis muñecas desnudas—. Puedes comprar el brazalete en tu autobús.

—¿Brazalete?

—Ajá. —Asintió—. Con él podrás subirte al bus y regresar; es tu boleto.

Llegó otro hombre y empezó a hacerle preguntas, por lo que quedé en el olvido. Me fui en busca de Camila, porque si bien le había dejado al destino mi decisión de ir o no, siempre podía forzarlo un poco para que pasara lo que yo quería. Llegué al bus 23 y me acerqué a una chica bajita con el pelo extremadamente corto.

—Hola, ¿me dejarías subir al bus un momento? Estoy buscando a alguien.

Negó con la cabeza y su pelo ni siquiera se movió. Parecía un puercoespín electrocutado.

—No puedes subir a menos que tengas un brazalete.

—Pero si prometo bajar. —Volvió a negar—. Si no bajo en dos minutos, me subes a buscar.

—No puedo abandonar mi puesto.

Rodé los ojos exageradamente; tan simpática y servicial que nacían algunas personas. Me estiré hacia los escalones del bus y grité:

—¡CAMILAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA! ¡¡SOY LEAH, BAJA SI ESTÁS AHÍ!!

Un momento, ¿y si Camila no era de mi sección? El Plan Común de Ingeniería estaba dividido en siete secciones; ella perfectamente podía estar en otra y yo, con el egoísmo que me caracterizaba, ni siquiera me había molestado en averiguarlo. Qué descaro de mujer era: ahí estaba, dispuesta a pedirle dinero para ir a una fiesta y ni siquiera conocía su apellido. Podía ser tan perra algunas veces.

Como no bajó, volví a tomar aire:

—¡¿CAMILA, ESTÁAAS A...?! —callé en el instante preciso en que la vi aparecer en los escalones. Llevaba lentes de sol y estaba tan pálida que parecía

muerta. En la mano tenía sujeta una botella con agua.

—Menos mal que llegaste —dijo al verme—. Pensé que terminaría sola allá arriba.

La abracé tan fuerte como podía. Camila había aparecido, eso quería decir que ¡el destino quería que me emborrachara hasta perder la conciencia!

—Creo que te amo, Camila.

—¿Eh?

La solté. Seguía con rostro de vampiro de cien mil años.

—¿Estás enferma?

—Resaca, ayer bebí demasiado. —Pausa para analizar su condición—. Creo que todavía estoy ebria.

Me desinflé como un globo. ¿Por qué ella se había emborrachado y yo no? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué, Diosito mío, por qué? Le iba a preguntar cuando una voz masculina entró en mi cerebro. Blair estaba detrás de Camila y también iba con lentes oscuros. ¿Se habían juntado a beber todos y yo no me había enterado? Era una paria social. Me mosqueé al instante y perdí todas mis ganas de ir y comportarme amablemente.

—Cómo puedo tener tanta mala suerte, ¿es que estás en mi sección, Blair?

Sonrió.

—No, pero vi a Camila y pensé que podría encontrarte por aquí. Justo estábamos comentando —le pasó las manos por los hombros con demasiada familiaridad, *demasiada*, si me lo preguntaban— si estaban en la misma sección, cuando oí tu encantadora voz.

Me crucé de brazos.

—¿Por qué mejor no te vas a tu bus y dejas de molestar?

—Tss, tss —chasqueó la lengua—. Igual mi bus se llenó y... —Su celular sonó—. Un momento. —Contestó con una sonrisa que solo Satán podría haberle regalado—. Hola, *Demetrio*, ¿dónde estás?

¿Demetrio? ¿Blair había dicho Demetrio?

—Wow, ¿así que tu bus también se llenó? Qué bonita sorpresa del destino —

habló con falsa consternación—. Yo estoy en el 23, al mío le pasó lo mismo. Eh, sí, ven corriendo antes de que se acaben los asientos.

Tras eso, subió al bus tarareando suavemente.

—Eso fue extraño —soltó Camila ajustándose los lentes. Se encogió de hombros—. ¿Subimos?

—No iré.

No pensaba ir ni muerta, no cuando O'Connor iba en el mismo bus. Tenía demasiado fresco su beso y el tema del puercoespín en sus pantalones, como para tener que encontrármelo de frente. Además, ¿y si incumplía mi promesa (cosa bastante típica en mí) y me emborrachaba y le volvía a pedir su pene? No, muchas gracias, prefería prevenir porque ¿y si me lo regalaba?

—Vamos, Leah, tienes que ir. —Camila puso cara triste—. Yo no hablo con nadie más.

El monstruo de mi estómago ronroneó.

—¿Ah, sí? —dije con tono alto—. ¿Y tú y Blair, qué con eso?

Pareció confundida.

—¿Blair?

Apunté con un movimiento de cabeza el bus.

—Ya sabes: Derek.

—Ah. —Se acomodó los lentes con un leve sonrojo—. Él y yo nada, ¿por qué? ¿Lo quieres para ti?

Toda mi actitud borde se fue al demonio.

—¡¿Quééééé?! ¿Pero qué dices? ¿Él y yo? Jajaja, ¡antes muerta!

—Parecías celosa.

—¡¿Quééééé?! ¡Estás loca!—Bajé el tono al percatarme de que parecía una urraca parlanchina—. Estás muy equivocada, Camila, muy. O sea no, o sea él y yo nunca. O sea iugh, asco, guácala, caca.

Alzó las cejas.

—Okey, creo que ya lo dejaste claro. —Me sonrojé—. ¿Y vas a ir o no?

—Ya te dije que no.

Se encogió de hombros.

—Te vas a arrepentir, es una experiencia única en la vida.

Justo en ese momento llegó O'Connor.

Sonrisa blanca, ojos azules, camiseta negra que se le ajustaba al cuerpo. Venía cargado con bolsas de supermercado y un rostro de felicidad que no se lo podía, ¿cómo alguien podía estar tan endemoniadamente contento siempre? Era su culpa mi amargura, porque era como un *Dementor* chupándome todas mis ganas de vivir para quedárselas él.

Se detuvo unos instantes al verme.

—Debí haberme imaginado que estarías aquí —comentó al pasar por mi lado. Le mostró el brazalete a la chica guardia e hizo un ademán de subir al bus.

Un momento...

—¿Qué quisiste decir con eso? Volteó el rostro.

—Que siempre estás donde yo voy.

Camila alzó una ceja.

—¿Estás acaso insinuando que mi presencia te molesta y que, además, te acoso, cuando ambos sabemos perfectamente que es al revés? —pregunté sin filtro.

Frunció el ceño.

—Yo no... —Soltó un suspiro—. Olvídalo, de todas formas no lo vas a entender.

—¿Estás diciéndome tonta ahora?!

—Entiendes lo que quieres entender, Leah.

Subió al autobús antes de que pudiera refutar algo, quedándome con la ira en el pecho. Me giré hacia Camila con los ojos ardientes.

—¿Intentó decirme que le molestaba?

¿A eso había llegado nuestra relación?

—La verdad... pienso que quiso decir exactamente eso. —Y agregó como si

no quisiera la cosa—: Si yo fuera tú, iría solo para molestarlo.

No lo hice, no caería en esa psicología barata.

Camila subió al bus mientras yo me quedaba abajo con los brazos cruzados y echando humo por las orejas. ¿Qué se creía O'Connor? ¡Jamás me había hecho algo así! Nunca había sido ignorada por él, menos cuando la semana anterior... hace unos días... ¡Nos habíamos besado!

Camila volvió a bajar y, tras intentar convencerme de ir y decir que ella me prestaría dinero, se rindió y subió otra vez, sin antes dejarme el dinero por si cambiaba de opinión a último minuto (yo tendía a ser un poco bipolar). Poco a poco fui viendo a todos subirse a sus buses, riendo encantados por la nueva aventura, mientras yo me estaba ahogando en un vaso de agua.

*Argh*, ¡qué demonios! Iría y le amargaría el día a O'Connor porque ¿ahora para él mi presencia era desagradable? No, señor, conmigo no, perrito.

Tras pagar por mi brazalete con el dinero de Camila, subí pisando fuerte y me encontré con un panorama muy distinto al que Blair había descrito: nuestro bus se encontraba prácticamente vacío. De todas formas, seguí caminando. Camila se puso de pie cuando pasé por su lado.

—¡Leah, estoy aquí! —Continué hasta la mitad del bus y tomé asiento detrás de O'Connor y Blair, con una perdida Camila siguiéndome—. ¿Nos sentaremos aquí? —A modo de respuesta, dejé mi bolso en el asiento—. Valeeeee, iré a buscar mis cosas.

Se fue al mismo tiempo que Blair asomaba la cabeza por sobre su asiento.

—Y dime, Leah, ¿quieres una cerveza?

Hice una mueca.

—No, he dejado de beber.

—¿En serio? ¿Y por qué? ¿Estás enferma o algo así?

—No, lo he dejado para siempre.

Se atragantó.

—¿Y por qué? ¿Cuándo pasó eso? Porque recuerdo perfectamente haberte visto tan ebria que tenías los ojos desorbitados.

—Desde hoy —respondí a secas.

Enarcó las cejas.

—Alguien está de malhumor —canturreó. Me mostró la cerveza—. No hay nada mejor para subir el ánimo que seguir bebiendo, querida Leah.

Contesté justo cuando Camila se acomodaba en el asiento a mi lado.

—¡Que ya no bebo, burro!

—¿En serio? ¿Y por qué? —preguntó ahora ella.

Agarré la cerveza que me estaba ofreciendo Blair y se la regalé a Camila.

—Bébetela y sé feliz.

—Pero ¿no se supone que aquí no se puede tomar? —Camila, siempre la correcta Camila.

—No deberíamos pero... bueno. —Blair se encogió de hombros y volvió a darse vuelta, quedando solo su cabello desaliñado a la vista; a través de la rendija entre ambos asientos delanteros se divisaba levemente el perfil entristecido de O'Connor.

—Este parece el bus de la discordia —comentó Blair en voz alta—, todo porque ¡HOWARD anda en sus días!

—¡No estoy en mis días! —gruñí.

—Para nada —susurró O'Connor, manteniendo todavía el aire ¿entristecido?

—Ahora que lo pienso, no creo que esté en sus días —se corrigió Blair, sorprendiéndome de que me estuviese dando la razón—, simplemente está en su estado natural.

Le di un golpe en la cabeza, mientras él reía como un estúpido.

—¡Cuidado, James, que la marea roja te va a alcanzar!

El aire melancólico se esfumó del rostro de O'Connor dando paso a una risa efusiva que compartió con su amigo.

—No te rías, O'Connor —solté sin ánimo, porque debía admitir que su sonrisa me había ablandado ligeramente. Era extraño ver a O'Connor en otro estado que no fuera el de felicidad con el mundo, y tampoco digamos que me había gustado verlo diferente.

—¿Sabes, Leah? —inquirió de pronto.

Se dio vuelta y quedó como un caimán de ojos azules acechando a su presa en el agua para atacar a muerte.

—¿Qué? —solté a regañadientes.

—Ya que estás tan idiota...

—¡No todo en la vida son sonrisitas! —protesté.

—... para que mejores tu humor, te mostraré una canción que oí hasta cansarme cuando tú y yo... —Hizo una pausa culpable e incómoda— es la mejor canción.

Sin esperar a que diera mi visto bueno, sacó su celular del bolsillo y buscó algo.

—¿No me digas que le vas a poner *esa* canción? —Quiso saber Blair. O'Connor asintió—. Prepárate para que el dragón escupa bolas de fuego.

Llegó la melodía y con ella los latidos del corazón más fuertes. ¿Sería acaso una canción de amor?

—Alguien será golpeado —canturreó Blair.

O'Connor no le hizo caso, mientras yo identificaba una melodía que parecía de los años ochenta.

*Nena, ya no se lleva el estar flaca,*

*Sino más bien tirando a vaca*

*Disculpen, ¿qué?*

*Y triunfar las Madonnas*

*Y pechugonas*

O'Connor sonreía pura inocencia.

*Y es que, nena, no me apetece darte un muerdo*

*Ni en el derecho ni el izquierdo,*

*Y es que no me encapricha tan poca chicha*

—O'Connor, ¿pero qué mierda...?

—Shu —me mandó a callar.



*Porque yo... quiero una novia pechugona.*

*Que sea maciza que sea rolliza*

¿Me estaba diciendo gorda?

Mis mejillas ardieron mientras O'Connor seguía la canción con movimientos de cabeza y Blair se escondía en su asiento.

—*Quiero una novia pechugona*—cantó O'Connor.

Hizo bailar sus dedos. Camila estaba paralizada a mi lado.

*Que cuando la abrace no la abarque.*

*Más vale que sobre no que falte.*

*Nena, si quieres que te meta mano...*

James cantaba con voz desafinada. Parecía un niño de cinco años. Alzó la voz y me apuntó:

*¡Quiero una novia pechugona!*

*Que sea maciza que sea rolliza.*

*¡Quiero una novia pechugona!*

La tortura por fin terminó, dejándonos a todos en un sepulcral silencio, exceptuando a O'Connor que sonreía como si fuera un niño y hubiera hecho la mejor travesura de la vida. Y para colmo, como si no me hubiese ofendido en muchas formas, se dio media vuelta.

No-Me-Lo-Puedo-Crear. Era tanto mi impacto mezclado con el horror, que ni siquiera sabía qué cara poner: si matarlo con mi expresión o ponerme a llorar para hacerlo sentir mal. Pero halagada, obviamente, no me sentía.

Algo que nunca me pasaba, sucedió: fui incapaz de hacer otra cosa que soltar un escueto y casi inaudible:

—¿Qué fue eso?

Camila se acercó hacia mí para susurrarme en el oído:

—Creo que James se te acaba de declarar.

¡Santa cachucha! Si eso había sido una declaración de amor, no quería pensar cómo sería ese hombre pidiendo matrimonio. ¿De verdad pensaba que iba a caer

ante eso?

Cuatro horas más tarde no pensaba lo mismo.

\* \* \*

El resto del viaje fue la guerra fría. Los asientos de O'Connor y Blair se convirtieron en el muro de Berlín, el que Blair solo osó cruzar una vez, cuando se volteó para entablar algún tipo de conversación con el lado occidental y fue recibido por mortales balas de fuego que disparaban mis ojos.

Igual, si era completamente honesta conmigo misma, taaaaaan enojada no estaba. Más actuaba, la verdad; y es que, no sé, O'Connor ya no estaba triste y, no sé, como que eso derretía partes de mi corazón que deberían ser un témpano para él. Además, para qué andar con cosas, la canción no solo era divertida, sino que también pegajosa. Cada vez que me había autoconvencido de estar molesta, iba el maldito «Porque yo ¡quiero una novia pechugona!» y todos mis intentos se esfumaban en el aire.

Tras una hora y media de viaje llegamos a la costa en un bus repleto de borrachos, partiendo por Camila, siguiendo con Blair y terminando con O'Connor, que hablaba con unas chicas con tic nervioso en los ojos y en el cuerpo, porque no dejaban de intentar refregarse con él. Por primera vez en la historia de mi vida, yo era la decente del grupo: sobria y responsable, toda una mujer de respeto. Aunque, qué aburrido era ser la «centrada», todos pasándosela en grande y yo, la muy anciana, cuidando borrachos.

El bus se detuvo y todos se apelotonaron en la salida, desesperados como jauría de lobos persiguiendo a un ciervo. Cómo no, el más subnormal tenía que ser Blair, que en ese momento soltó un grito de orangután en celo y se quitó la camisa por sobre la cabeza, guardando un extremo de ella en el bolsillo de atrás de su pantalón. Alcé una ceja divertida.

Menos amargada, bajé con Camila pisándome los talones. No más bajar, nos llegó de lleno la fría brisa marina que nos despeinaba. Blair se llevó las manos a sus pectorales, dejando al descubierto su *six pack* derretido por la comida.

—Se me acaban de congelar las pelotas —aulló mirando a O'Connor que cargaba todas las bolsas, mientras él exponía su cuerpo de Adonis estrellado—. Oye, ¿pero y tú qué haces?

—¿Cargar nuestras cosas?

—Me refiero a tu camiseta. Quítatela, nenita, ¿o acaso no eres capaz de soportar un poco de frío?

—¿Y para qué?

—Para enamorar a alguna chica.

James sonreía.

—¿Y pretendes conquistarlas con esa panza cervecera?

Blair posó con las manos en la cintura.

—Mueres de envidia por este cuerpo.

—Por supuesto.

Sin más, O'Connor se quitó su chaqueta, que guardó dentro de una bolsa, y luego se llevó las manos a la camiseta. Se me secó la garganta. A diferencia de Blair, que había perdido el poco físico que había tenido en la escuela, el de O'Connor se había mejorado; tenía marcados los pectorales, los brazos anchos y esos dos músculos en forma de V que llevaban justo hacia Demetrio. Mm, Demetrio, tantos recuerdos.

—Wow —musitó Camila sin aire—. Wow.

Me crucé de brazos.

—Ay, Camila, si no es para tanto.

—¿Cómo que no es para tanto? —Lo apuntó aprovechando que ellos estaban distraídos—. ¿Crees que eso se ve fuera de la pantalla grande? ¿Cómo pudiste dejarlo ir?

El poco humor que había recuperado tras el *six pack* derretido, se fue por el desagüe.

—Por si no te lo había dicho, yo terminé con él.

—Mucho peor.

—Y no es la gran cosa, repito. Bájalo del altar, que luego él solito se va a caer y será con consecuencias horribles.

Abrió mucho los ojos.

—¿Es malo en la cama? —Me paralicé—. Nooooo, ¿la tiene pequeña?

Claro, como si Demetrio alguna vez podría ser algo menos que monstruoso.

Como no quería admitir que no sabía cómo era en la cama, porque se me había hecho el difícil y, mientras yo había intentado bajarle los pantalones, él había hecho lo posible por dejárselos puesto, me puse a caminar dejando atrás a O'Connor y Blair con un grupo de palomas ebrias y desesperadas que pululaban para llamar su atención.

—Que no hayas querido responder —insistió Camila— podría significar dos cosas: que es muy bueno o que es de los que ni siquiera saben dónde meterla.

Me sonrojé hasta la raíz.

—¡CAMILA!

—¿Qué? No te hagas la mojigata.

—Basta, lo digo en serio.

Alzó las manos al cielo de manera inocente, pero de todas formas siguió atacando:

—Igual hacen bonita pareja.

Medio jadeé, medio la miré horrorizada.

—¿De qué estás hablando?

—De O'Connor y tú.

—Supéralo.

—Hacen bonita pareja y parecen tener tensión sexual...

—Yo no tengo ni una clase de tensión sexual, soy monja.

—... y se llevan bien.

Apunté hacia el bus.

—¿Crees que lo que sucedió ahí es llevarse bien? —Asintió—. Estás enferma de la cabeza.

Sacó una lata de cerveza de su bolso y la abrió.

—Hablo en serio. Cualquier otra mujer a la que le hicieran ese tipo de bromas pesadas, habría terminado llorando, pero a ti parecen gustarte en un cierto punto.

Fruncí el ceño.

—¿Qué clase de enferma mental crees que soy?

Ni dudó en su respuesta:

—La peor de todas. —Bufé—. No te hagas la inocente que tú misma fuiste a sentarte detrás de ellos. Te gusta la cuestión, Leah.

La conocía hace tan poco tiempo y ya se había percatado de ciertas cosas; o era muy intuitiva o yo estaba siendo muy obvia.

—El otro día los vi besándose, ¿sabes? —confesó.

Me tropecé contra un montículo de arena y caí de bruces. La arena se me metió por la boca y se me pegó por todo el rostro. Camila me ayudó a ponerme de pie.

—¡¿Qué?! —jadeé, mientras escupía arena.

—Ya, no te hagas la desentendida: los vi besándose. Pero tranqui, no creo que nadie más los haya visto. Aunque harto desubicada, Leah, qué quieres que te diga. Si querías comértelo a besos, mínimo podrías haberlo hecho en un lugar menos público.

Gemí en miseria. Tenía que dejárselo claro: yo no había querido, todo había sido culpa del alcohol y *bla bla, bla*, es decir, que yo era inocente de todo lo que se me acusaba.

—Mira, Camila —posé una mano sobre su hombro—, el otro día estaba ebria y no sabía lo que hacía.

Se rio.

—Eres el diablo intentando limarse los cuernos para parecer ángel.

—¿Qué? Pero si yo...

—¿Qué hay de malo en que hayas tenido una recaída con tu ex? —preguntó—. Todos las tienen.

—Define todos.

Se encogió de hombros.

—Bueno, todos. Es de lo más normal, en serio.

Pasé las manos por mi cara.

—Sí, pero es que lo de nosotros es diferente.

—¿Qué tanto?

—Él y yo no terminamos de la mejor manera —gruñí.

—Como la mayoría de las relaciones. Sigue siendo de lo más normal.

Tenía que hacerle ver a esa cabeza dura que *el beso* jamás debió haber ocurrido, por muy «normales» que fueran esas recaídas.

—Ya, sí, pero yo estoy enamorada de mi mejor amigo.

—Si dices mejor amigo... entonces supongo que estás en la *friendzone*.

—Eso dolió —informé con una mueca en el rostro—. Me basta y sobra con mi propia miseria para que le andes echando más leña al fuego.

Puso expresión arrepentida.

—Lo siento, solo estaba siendo sincera. Se supone que las amigas hacen eso.

Dolió recordar que Bella jamás lo había sido, siempre me había mantenido a raya a base de mentiras y secretos. Comparada a esa arpía y lo que me había hecho, la sinceridad de Camila era como un bálsamo para las heridas del corazón.

—Sí, tienes razón. —Sacudí la cabeza—. Lo siento, es que me sentí atacada por ti: no haces más que defender a ese idiota.

—¿Qué idiota?

Puse los ojos en blanco.

—O'Connor, ¿quién más?

—Ah. —Se encogió de hombros—. Me parece un buen tipo, amable y simpático. Es como encantador de presencia, por eso se me hace difícil verlo como la persona que tú describes.

Había perdido a Camila: ya había caído en las redes de James O'Connor. ¿Por qué tenía que ser tan encantador? Es que hasta a mí algunas veces se me hacía difícil odiarlo cuando estaba cerca, porque irradiaba una sensación maldita que te hacía querer ser importante para él.

—Los de su especie son los peores —dije—. Ellos son los que realmente te engañan, te hacen lanzar de un risco por él, pero no te recogen cuando estás

cayendo y terminas estrellándote dolorosamente con la terrible realidad.

Se removió intranquila.

—Es que hacen bonita pareja y como tuvieron un pasado, pensé que...

—Pensaste mal —la interrumpí.

Aproveché para quitarme la arena de la cara y cabello; para zanjar el tema dije:

—Camila, te voy a decir algo, pero debes prometerme que no le contarás a nadie.

—Lo juro.

Tomé aire y me armé de valor.

—O'Connor y yo terminamos porque él se comprometió con mi mejor amiga.

Fue como ver a un niño que acababa de descubrir que Papá Noel no era real.

—¿Con tu mejor amiga? —asentí con un dolor en la garganta—. ¿Un compromiso de esos para casarse? —Volví a asentir—. Ah, ahora... ahora entiendo. Qué decepción.

La victoria por destruirlo moralmente se sintió demasiado bien.

—Por eso no soporto la idea de que sea el perfecto caballero cuando está lejos de serlo.

Frunció el ceño. Iba a decir algo, pero dudó varios segundos antes de, finalmente, hablar:

—Pero hay algo que no entiendo. Si él hizo algo tan horrible, ¿por qué dejaste que te besara?

Una excelente pregunta para la que no tenía una respuesta razonable.

—Estaba borracha, Camila.

—A mí en ningún estado se me olvidaría una traición como esa. A menos que...

—¿Qué? —la reté a seguir.

—¿No será que aún no lo superas?

La miré directo a los ojos para que viera sinceridad en ellos.

—Camila, simplemente fue algo que pasó. Mira, yo a O'Connor no me lo encontraba desde que terminé con él, ¿entiendes? Era nuestro primer reencuentro y todo..., todo fue como en el pasado y me pasaron cosas. Pero juro que no se va a volver a repetir, porque aprendí la lección.

Se quedó intranquila.

—Leah, no hagas promesas que no puedas cumplir.



## No lo supero

Me rendí con el «no beberé más durante toda mi vida», en la séptima lata de cerveza de Camila. Le pedí una solo porque quería hacer algo con las manos ya que todos estaban demasiados ebrios y yo demasiado sobria. Era horriblemente perturbador ver, después de tres horas en la playa, a todos con caras de distorsión y ojos desorbitados, sobre todo porque la tarde empezaba a volverse considerablemente extraña:, a unos metros de donde estábamos sentadas Camila y yo con nuestros compañeros, habían armado un escenario y ahora siete chicas bailaban ahí. ¿Era un concurso? Podría decirse que sí. ¿Cuál era el premio? Exhibirse públicamente frente a un mar de jóvenes extasiados. Es decir, lo hacían por amor al arte. Esas chicas se arrepentirían tanto, tanto, tanto mañana...

Finalmente, el concurso dejó como ganadora a una que tenía tetas exhibicionistas. Estaba ya suspirando de alivio porque la tortura había terminado, cuando anunciaron que comenzaría el de hombres y, rápidamente, uno a uno se fueron subiendo los muchachos con un número pegado en la camiseta, excepto dos que llevaban dibujado un tres y un cuatro en el pecho desnudo: O'Connor y Blair, respectivamente.

Se me cayó la mandíbula, Camila escupió su cerveza.

—¿Qué hacen ahí? —la oí preguntar.

—¿Ese es el ayudante modelo? —musitó otra.

—Dios mío, déjame ciega —dije yo.

La música empezó, todos se pusieron a bailar y yo seguía con mis ojos perfectamente sanos. Pero de inmediato no supe si reír o sentir vergüenza ajena, porque Blair y O'Connor eran pésimos bailarines. O'Connor parecía una trucha fuera del agua, intentando mover la pelvis con movimientos «sensuales», mientras que Blair había optado únicamente por poner sus manos detrás de la cabeza y mover la cadera como si estuviese teniendo sexo con un fantasma.

Como si fuera poco el ridículo que estaban haciendo, Blair agarró una botella de cerveza y se la lanzó sobre el pecho, mojado la pretina de sus pantalones y más allá. Las chicas gritaron enloquecidas. O'Connor se percató de que Blair lo estaba superando e hizo un tiritón de la muerte que pensé lo iba a sacar del escenario en cualquier momento. Las mujeres gritaron más. Ahora era Blair quien no quería quedarse atrás y, sin importarle nada, agarró su pantalón y se lo bajó de un tirón. Por nanosegundos, temí que su ropa interior fuera a terminar en sus rodillas también, aunque tuvimos suerte ya que se quedó atascada en su cadera a punto de mostrar más de lo que le convenía. Con los pantalones en los tobillos, volvió a poner las manos detrás de su cabeza y comenzó otra vergonzosa ronda de movimientos de cadera, con su ropa interior negra moviéndose de un lado a otro en el escenario. De la nada, el pantalón de O'Connor también estuvo en los tobillos con la diferencia de que él llevaba ropa interior azul. En ese momento fui capaz de ver a Demetrio con claridad. Era una revolución de hormonas femeninas en el aire.

—A este no le pusieron el «tres» por casualidad —comentó el animador, riéndose de lo lindo. Era el mismo chico que me había indicado dónde estaba mi bus.

—No me lo puedo creer —susurró Camila cerca de mí—. Mirándolo así... ahora entiendo por qué te sentías tan atraída por él.

Las mejillas me ardieron furiosamente justo cuando un horrible sonido provino de los altavoces.

—Aló, aló. —Era O'Connor golpeando el micrófono—. Quierooooo decir esta tardeeee... —Tenía la mirada desenfocada—... ¡que todos son fabulosos! —La multitud gritó, enardecida—. ¡Que todas las mujeres son hermosas! —ellas chillaron—. ¡Y que me encantan las pechugonas!

Los hombres gritaron de aprobación. Camila de inmediato me miró de reojo; sentí una humillación peor que la de la canción del bus.

—No, la verdad es que nooooo —se corrigió O'Connor, afirmando el micrófono con ambas manos. Se tambaleaba en el escenario, por lo que pronostiqué que se caería en cualquier momento—. O sea, sí... me gustan y por eso quiero cantar una canción... —Y sin música de fondo y con voz desafinada y palabras mal pronunciadas, comenzó—: Porque yo... *¡Quiero una novia pechugona! Que sea...*

El animador le quitó el micrófono y O'Connor empezó a forcejear para recuperarlo. Como yo había pronosticado, en medio de la disputa, James se tropezó; se tambaleó por el borde de la tarima, pisó el vacío y cayó de cabeza en la arena, quedando oculto por la multitud que nos separaba. El primero en reaccionar fue Blair, quien corrió por el escenario como pato y, con un grito que se escuchó por los altavoces gracias al micrófono cercano: «¡Yo te rescataré, amigo!», se lanzó por él y también lo engulló la multitud.

Mis piernas se movieron mucho antes de que mi cerebro procesara la situación, y comencé a acercarme al incidente, pero como gran parte de los universitarios también deseaban saber qué sucedía, llegué a un punto en que no pude seguir avanzando, a pesar de lo mucho que intenté abrirme paso. Con un remolino de emociones en mi interior, di un codazo para sacar del camino a un tipo, justo cuando el animador anunciaba:

—¡El número tres se encuentra bien y está siendo auxiliado en este momento por nuestro equipo médico! Ahora... ¡sigamos la fiesta!

Todos gritaron, la música subió de volumen y los cuerpos se movieron de un lado a otro al son del bajo potente que salía de los parlantes.

¿Cómo podían seguir disfrutando cuando alguien se había accidentado? Me dirigí hacia las ambulancias de emergencia. Llegué al lugar cuando los paramédicos ya estaban revisando a James; Blair, quien se había subido los pantalones, pero seguía sin camiseta, esperaba afuera.

—¿Qué pasó? —pregunté con voz agitada.

Al verme, metió las manos en los bolsillos y apoyó la cadera en la ambulancia con actitud desafiante. Luego sacó un cigarro de una cajetilla e intentó prenderlo, pero terminó rompiéndolo. Se conformó con ponerse uno en la comisura de los labios y hablar con él pegado a ellos.

—Nos emborrachamos y James se cayó del escenario, ¿por qué?

—Dime algo que no sepa, Einstein —gruñí—. Pude ver el espectáculo desde donde estaba.

—¿Entonces para qué preguntas?

Sí, la verdad era que yo había empezado con la estupidez.

—¿Y está bien? —cambié de tema.

No contestó porque James habló:

—Maldito suelo.

—¡Maldito suelo y una mierda! —lo reprendí, apuntándolo con mi dedo acusador—. Te emborrachaste y caíste porque no te podías ni el culo.

—Noooooooo, si me caí porque el piso desapareció. —Se dirigió a los paramédicos—. Estoy bien, en serio. Tengo el cráneo duro.

Al parecer ya habían comprobado que efectivamente estaba bien, porque tras ordenarle que hiciera reposo por unos minutos más, se bajaron de la ambulancia y se instalaron bajo una carpa naranja con otras personas.

—No puedo creer que se hayan emborrachado tanto —los reprendí.

—Ay, no seas exagerada, que a ti te he visto vomitando hasta el cerebro... supéralo, ya está, peli-peli. —Derek sonrió de manera repentina—. Uh, ¿te acuerdas cuando te decía «peli-peli» en el internado? Me...

—Me alegro, a nadie le interesa —lo corté en seco para volver al tema anterior—. Es que no puedo creer que te muestres tan desinteresado por la salud de tu amigo, Blair.

El afectado frunció el ceño.

—¡Se emborrachó y qué tanto! Somos jóvenes, como la canción —se puso a cantar—. *Forever young, I want to be forever young...*

Dios mío, ¿había sido así de antipáticamente terca con Alex la otra noche cuando tomé un poquito de más y él tuvo que ir a rescatarme? Le debía una extensa disculpa.

No volvimos a hablar entre nosotros mientras esperábamos que O'Connor estuviera lo suficientemente lúcido para poder sentarse, y cuando lo logró, se le acercó un paramédico a comprobar su estado y darle de «alta». Pero apenas intentó bajarse de la ambulancia, me di cuenta de que todavía seguía demasiado ebrio para hacerlo solo.

Le di un golpe en el hombro a Blair y le señalé a su amigo.

—¡Ayúdalo! —le ordené—. O se volverá a caer.

—¿Y qué ganó con eso?

Increíble.

—¿Hablas en serio?

—Leah-estoy-ebrio —habló arrastrando las palabras—. ¿Y si intento bajarlo y nos caemos y nos quebramos el cuello y nos *morimos*?

—Pues te vuelves a levantar si es que no te has *morimuerto*. —Apunté a O'Connor que estaba con sonrisa boba—. Anda y ayúdalo antes de que...

—Si me bajo solo, ¿me dejarás de odiar? —me interrumpió O'Connor.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre que vas a bajarte tú...?

Saltó, quedando mis palabras en el aire. Aterrizó sobre sus pies con toda dignidad, extendiendo los brazos a su lado como diciendo: «Miren esta maravilla que Dios les regaló».

—... solo. Bueno, pudiste. —Lo agarré del brazo—. Pero deberías sentarte, ¿no crees?

Un momento, ¿qué hacía preocupándome por él? *Argh*, había costumbres que no se dejaban.

—No.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—Porque tú te irás y yo quiero estar a tu lado y seguirte hasta el fin del mundo.

Blair y yo pusimos los ojos en blanco.

—¿No te sentarás si yo no estoy contigo? —pregunté. Asintió solemnemente. Di un suspiro cansado—. Okey, vamos, sentémonos.

—Pero no ahí —me detuvo cuando iba hacia el toldo naranja.

—¿Adónde entonces? Estoy cansada, ¿te puedes decidir de una buena vez? No estoy para este jueguito infantil.

Me agarró del codo e hizo caminar hacia la playa con Blair pisándonos los talones. Sentí de pronto mi trasero demasiado observado.

—Basta, Blair.

—¿Yo qué?

Giré el rostro para fulminarlo con la mirada.

—¡Déjate de mirarme el culo!

—¡Oye, pero si yo no...!

—¡Derek, ese es territorio prohibido! ¡Es mío y lo sabes! —reclamó O'Connor, dándose la vuelta para darle un pequeño golpe.

Seguí sin él.

—¡No es de nadie! —gruñí, llegando a un sector de la playa con menos gente.

O'Connor corrió para alcanzarme, pero pareció tropezar con un montículo de arena, porque de la nada chocó contra mí y me fui hacia adelante, catapultándome, por segunda vez en el día, de cara al suelo. El cuerpo de James no tardó en caer sobre el mío.

—¡Apártate! —ordené, sintiendo el aliento caliente de O'Connor acariciándome la nuca.

—¿Por qué? —preguntó—. Me gusta este lugar.

Sus labios marcaron presencia en mi cuello. Hice fuerza con los brazos, intentando sacarlo de mi espalda.

—¡Sale de aquí, sale, sale, sale! ¡Que te vayas!

Pero él pesaba demasiado y volví a desplomarme. Encantado, James rozó su rostro contra mi pelo, como un gatito lo hacía con los pies de su dueño; prácticamente ronroneaba.

—Leah, yo tanto que te quiero y tú nada.

—¡Que me dejes! ¡Te digo que...!

El peso se esfumó. Sorprendida, me giré y encontré a Derek arrastrando a O'Connor por los pies para apartarlo de mí. Cuando logró soltarse, James lo enfrentó:

—¡Eh! ¿Pero qué haces?

Derek estaba serio.

—Eso no se hace.

Con lo ebrio que estaba, O'Connor solo le dio la importancia suficiente para hacer una última protesta infantil:

—Tanto esfuerzo para caer sobre ella —murmuró para sí mismo— y el tonto

de Derek me aparta.

Me senté en la arena, agradeciendo haber sido salvada por Derek. Como no quería que volviera a ocurrir el mismo incidente, propuse:

—Quedémonos aquí, este es un buen lugar para descansar.

—¿Y nuestras cervezas? —reclamó Derek.

—¿No las tienes tú? —O'Connor frunció el ceño.

Blair se quedó en modo ¿es que eres estúpido?

—¿Dónde quieres que las tenga si ni siquiera lleva camiseta? —dije yo.

—*¡Fils de pute!* —exclamó Derek en francés, poniéndose de pie de un brinco —. ¿Se nos quedaron en el escenario! ¿Vienes? —le habló a James.

Este negó mirándome.

—Me quedo con Leah.

—*L'amour est aveugle.* —Se fue molesto por el rechazo de su amigo.

Había dicho «El amor es ciego» en francés.

—Debiste ir —opiné.

—*Pour quoi?*

—¿Pueden dejar de hablar en francés?

Sonrió encantado y con los ojos azules chispeando en buen humor.

—*Pour quoi?*

—Porque yo no sé francés.

—*Mais vous comprenez.*

—Sí, entiendo, pero no lo hablo.

—*Il n'importe pas.*

—¿Cómo que no importa? Te dije que no hablo francés.

—*Mais vous comprenez* —insistió.

Se puso de rodillas y se acercó a mí.

—¿Qué haces? —pregunté con la voz aguda y tirando el cuerpo hacia atrás.

—*Je veux te baiser.*

«Quiero besarte».

—No.

—*Oui.*

—¿Qué te pasa? Basta. Te lo digo, no se va a volver a repetir —insistí, tragando saliva—. No voy a volver a cometer los mismos errores contigo.

Su rostro estaba tan cerca que sus ojos eran mi único campo de visión, esos ojos azules tan claros como el cielo algunas veces y otras tan oscuros como el mar nocturno bañado únicamente por la luna.

—*Pour quoi?* —insistió.

Nuestros alientos se entremezclaban.

—Me engañaste con mi mejor amiga, James, ¿te acuerdas?

Su desconcierto fue tal que de golpe volvió al español.

—¡Pero si tú me abandonaste!

—¡Porque me habías engañado!

Se alejó unos centímetros con el rostro serio; los efectos del alcohol parecían haber menguado. Se sentó frente a mí con el cabello revuelto por el viento de la bahía.

—Y tú me dejaste sin siquiera despedirte.

—Porque tú...

—Pero tú me dejaste y nada valió la pena. —La mirada se le perdió en algún recuerdo del pasado—. Te marchaste y me dejaste solo sin dejarme decir nada. —Sus ojos volvieron a enfocarse en mí, esta vez con un poco de ira—. Era una decisión de dos y la tomaste sola.

Tragué saliva con los labios resecos.

—¿Eres tonto acaso? Te recuerdo que hace mucho tiempo habías tomado una decisión y yo solo reaccioné ante ella. Te comprometiste con Bella, ¿qué querías que hiciera?

Se encogió ligeramente de hombros, sabiendo que yo tenía razón.



—No era un compromiso, era un acuerdo a futuro entre dos familias.

—Acuerdo o no, aceptaste y estabas comprometido cuando saliste conmigo.

Hizo una pausa demasiado larga. Cuando siguió, detonó una bomba en mi corazón que se ramificó por mis extremidades, congelándome ahí mientras todo seguía igual a nuestro alrededor: el mar continuó chocando contra la arena, el viento soplando entre nosotros y nuestros sentimientos.

—Yo había roto el compromiso con Bella, pero te fuiste y por eso nada valió la pena.

\* \* \*

El deseo de gritar fue lo que primero llegó, el de pedir explicaciones vino mucho más tarde; lo que realmente hice fue quedarme muda, convenciéndome a mí misma de que no eran más que palabras ilógicas y mal moduladas. Él lucía triste, yo desconcertada.

—¿Escuché bien? —pregunté, acomodando mi pelo tras mis orejas—. ¿No estás mintiendo?

Agarró un puñado de arena y la dejó caer por entre sus dedos, viéndola caer lentamente.

—Te hablé, James —le llamé la atención.

—Te oí.

—¿Entonces por qué no respondes?

—¿Y para qué si ya no tiene importancia? Te fuiste y todo terminó. No tienes una máquina del tiempo para regresar al pasado y arreglar las cosas que salieron mal.

—Pero...

—No tiene importancia —me cortó.

Tomó una rama y la lanzó lejos. Tras eso, se puso de pie y, dejándome sentada ahí, se fue caminando hacia la orilla. ¿Es en serio? ¿De verdad él iba a entrar con esa actitud de mierda? Decidida a que me respondiera, fui tras él y me detuve a su lado, justo donde las olas morían dejando atrás una estela blanca.

Ninguno de los dos habló por largo rato, solo estuvimos ahí, contemplando el

mar venir e irse, chocar y retroceder; se parecía a nosotros, discutiendo y retractándonos, confesando sentimientos y escapando de ellos.

—Es triste —confesó.

—¿Qué cosa?

Me crucé de brazos para entrar en calor, ¿cómo James podía estar medio desnudo y ni siquiera estremecerse con las ráfagas de aire helado?

—Leah, yo te amé tanto y durante tantos años, que siempre creí ser incapaz de vivir sin ti, pero luego te fuiste y tuve que aprender a hacerlo. Fue como si me quitaran el oxígeno de golpe y me obligaran a estar sin él. Al principio me desesperé y creí que no podría soportarlo, pero después llega un punto en que simplemente lo aceptas y te obligas a dejarlo estar, a olvidar el miedo y volver a respirar. La primera bocanada siempre vendrá llena de pánico y la segunda también, pero luego llega la tercera y con ella la certeza de que puedes continuar. Y eso es lo que me da tristeza..., me da pena saber que en un momento te quise tanto y que tuve que dejarlo atrás porque lo nuestro se había terminado.

Tragué saliva para soltar el nudo que se había formado en mi garganta. Tuve que armarme de valor para seguir con la conversación.

—Nunca más podré volver a confiar en ti, James.

No se molestó, no protestó, solo se quedó ahí con la más triste y dolorosa aceptación en el rostro.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué insistes con el tema?

Fue entonces que se volteó por fin hacia mí y se inclinó para quedar a mi altura.

—Porque te quería y la cagué.

—James...

—Lo siento, pero no puedo superarte cuando eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—*Let it be* —pedí.

Negó furiosamente con la cabeza.

Agarré mi armadura oxidada y maltrecha y volví a colocármela para resguardarme y endurecerme por dentro y fuera. No dejaría que él me volviera a romper el corazón.

—No volveré contigo, nunca.

—Leah...

Alcé la mano para detenerlo.

—Sé que dije eso muchas veces en el pasado y después estuve contigo, pero esta vez es diferente. Cuando lo dije antes, siempre fue una contradicción con lo que quería y pensaba; esta vez no, no voy a volver contigo.

James me agarró por los hombros con poca delicadeza y de manera impulsiva.

—¿Y así sin más lo dices? Ni si quiera sabes si he cambiado.

Me solté.

—Es que no me importa.

—Para mí ninguna chica es lo suficientemente buena si la comparo contigo, pero para ti yo ya no valgo nada. Nunca fui realmente importante para ti, ¿cierto? Yo siempre te quise más que tú a mí, ¿cierto? Mientras yo te amaba con el corazón, tú siempre lo hiciste con la cabeza.

La armadura se resquebrajaba.

—Han pasado casi dos años —contesté débilmente.

—¿Y qué importancia tiene?

—Que ya deberías haberlo dejado atrás.

Su expresión se alteró y elevó la voz:

—¡Pues no lo hice! ¡Has vuelto a equivocarte, Leah! ¡Volviste a suponer cosas de mí incluso antes de dejarme hacer algo! —Se detuvo abruptamente, parecía cansado de luchar contra la corriente—. ¿Por qué siempre me juzgas y piensas lo peor de mí?

Deseé quitarme la armadura del corazón y que me abrazara con nuestras almas desnudas.

—Porque no hay confianza y...

—... y sin confianza no hay amor —terminó por mí—. Pero, Leah, nosotros

todavía podríamos...

El ruido de un estallido a nuestras espaldas nos puso en tensión y nos dejó desprevenidos a la marea en alza. Nos girábamos hacia el mar que llegaba hasta nosotros, mojándonos las zapatillas y los pantalones. Me escapé del agua chillando:

—¡Ay, nooooooooooooo, por la puta, lo que me faltaba!

Llegué hasta donde estaba Derek instalado a unos metros comiendo como chanco, había recuperado las cervezas y la ropa.

—Lo siento por interrumpir —dijo cuando yo me sacaba los zapatos con aire molesto y O'Connor se quedaba parado ahí sin importarle nada—, pero llevaba tanto tiempo esperando a que terminara la telenovela, que me dio hambre. Así que... pueden seguir, hagan como si no tuvieran audiencia. —Como ninguno de los dos reaccionó, tras tragar un montón de papas con un sorbo de cerveza, continuó—: ¿Les recuerdo en qué iban? James estaba a punto de rogarte a ti, Leah, una segunda oportunidad. —Me apuntó con una papa frita—. Si me permites, te daré un consejo.

—No me interesa —dije, lanzando los calcetines mojados a la arena.

Continuó de todas maneras:

—Deberías hacerte amiga de James, así no tendrás problemas cuando caigas en la tentación y le andes comiendo la boca de nuevo; siempre puedes decir que él se volvió a ganar tu confianza siendo amigos y así pueden tener sexo tranquilos.

Blair había logrado que el ambiente melodramático se esfumara del todo. De hecho, ahora la conversación tenía matices estúpidos con tanto drama gratuito.

—¿Y ahora qué? —pregunté mirando a James con una ceja alzada.

—Déjenlo fluir —respondió Derek—. Y tú, James, no la presiones.

—Pero... —intentó refutar O'Connor.

—Si pudiste estar sin ella casi dos años, podrás hacerlo un tiempo más, ¿no? Y tú, Leah, deja de darle tantas vueltas al asunto, ¿cómo puedes dormir por las noches con tanta cosa en tu cabeza?

La verdad es que era cierto. Increíblemente, que esa rata sabionda se hubiese convertido en nuestro consejero matrimonial.

—Okey, yo dejaré de pensarme tanto las cosas si O'Connor deja de insistir con el tema.

Derek y yo esperamos a James expectantes, quien se rindió por la presión.

—No sacaré el tema otra vez.

A modo de celebración, Blair nos aplaudió.

—Los felicito por la madurez que ambos han demostrado. —Se secó una lágrima imaginaria—. Ahora, ¿nos vamos?

Buscó en las bolsas y le lanzó la camiseta y chaqueta a James, quien se puso las dos con una sonrisa burlona en el rostro.

—Qué lindo es mi amigo, me cuida para que no me resfríe.

Agarré un montón de papas que Derek me ofreció.

—¿De dónde las sacaste? —pregunté.

—Las robé.

—¿Y no se dieron cuenta?

Sonrió.

—Oh, sí que lo hicieron. —Apuntó a una pelea que estaba unos metros—. Pero se equivocaron de culpable. —Se puso de pie, entregándole las cervezas a un silencioso James y él se quedó con las papas—. ¿Caminamos, mi *lady*?

O'Connor avanzó, pero Derek y yo nos quedamos más atrás cuando intenté ponerme de nuevo los zapatos mojados con los pies llenos de arena pegada a la piel.

—Llévatelos en la mano —Derek apuntó a su amigo que iba varios metros más delante—, que James se nos puede perder.

Lo agarré del brazo cuando empezó a caminar. De pronto sentía la necesidad ferviente de saber algo y no me quedaría tranquila hasta tener mis respuestas.

—Espera —pedí.

Derek suspiró.

—¿Y ahora qué te duele?

—Solo... —Bajé la cabeza y me concentré en la arena—. ¿Te puedo hacer

una pregunta?

—Ya la hiciste.

—Derek...

Me relamí los labios, el estómago me pesó al hablar.

—¿Por qué siempre nos ayudas a volver?

—¿A qué te refieres?

—A... —Las palabras no me salían, maldición—. Es que... se supone... que tú... me... me... sentías algo por... y... y...

—¿Que yo te quería? —Mis ojos ardían clavados en mis pies—. Mírame a la cara si vas a hacerme ese tipo de preguntas.

La lengua volvía a enredarse en mi boca.

—Es que... no entiendo —confesé confundida—. La última vez que nos vimos, se supone que tú sentías algo... por mí. Pero, a pesar de eso, de una u otra forma siempre has ayudado a James a estar conmigo.

—¿Y por qué estás interesada en conocer mis sentimientos ahora? Te recuerdo que han pasado casi dos años; ¿qué te hace pensar que las cosas no han cambiado?.

Necesitaba saberlo porque quería que Derek Blair fuera un territorio seguro, que fuera alguien con quien podía contar, algo así como el amigo que, extrañamente, siempre había querido tener. Necesitaba saber que había comprendido que yo era una mierda de persona y más valía como amiga que como novia.

—Solo responde —pedí, avergonzada.

Se tomó su tiempo en responder.

—Los ayudo no para hacerte un favor a ti, lo hago por él. James es mi mejor amigo y su amistad para mí siempre ha estado en primer lugar, ¿entiendes? Como dice Queen: *Friends will be friends, right till the end*.

Sin más, siguió avanzando hasta llegar donde James nos esperaba. Finalmente, uno al lado del otro, continuaron caminando mientras yo me quedaba atrás preguntándome: ¿por qué ninguno de los tres era capaz de olvidar sus propios sentimientos para pasar a algo diferente? Éramos para el otro uno de

esos tumores que a todo el mundo le daba miedo sacar porque eso implicaría descubrir cuánto se había ramificado en nuestro interior. Era como si ninguno de nosotros quisiera descubrir cuál de todos era el que estaba más enfermo, aunque mantenerlo solo podría significar una cosa: empeorar.

## Estúpida

Estaba en casa de Adela, acostada en su pequeña cama viéndola organizar sus tres enormes estanterías a las que le faltaban unos cuantos libros secuestrados por mí y que ella reclamaba de vuelta.

—¡*Anna Karenina* te lo presté hace año y medio, Leah!

Giré los ojos hacia el techo con los brazos detrás de mi cabeza.

—Bueno, es que todavía voy en la parte cuando *Anna Karenina* empieza a hacerle ojitos al tipo ese que será su amante.

—¡Eso es como en la página cien!

—No es mi culpa, es denso de leer.

—¿Y qué con la copia de *El principito* que te pasé hace siete meses? ¿También es denso de leer?

Me senté sobre la cama, indignada.

—¡Por supuesto que sí! Tiene un montón de mensajes subliminales que hay que descubrir, como ese del planeta que representa el corto período de tiempo que dura la niñez. Soy inteligente, pero me pides demasiado. Además —continué, como si no quiere la cosa—, he estado ocupada y distraída con todo eso de... ya sabes quién, ¿o ya lo olvidaste?

Adela se acomodó los lentes y se sentó a mi lado.

—¿Cómo podría olvidarlo si el otro día cuando te tocaba la primera de ayudantía de Cálculo me llamaste desesperada y te fuiste a esconder a mi sala?

Intenté no sonrojarme.

—Oye, a mi favor, todos saben que soy la gallina más cobarde del universo. Además, hasta el ser más valiente se escondería de una batalla cuando de la anterior salió baleado en el corazón. —Me pasé las manos por el cabello—. Es



que, Adela, no lo entiendes, si Derek no nos hubiera interrumpido, O'Connor me habría pedido una segunda oportunidad, ¿entiendes la magnitud del problema?

—Perfectamente, Leah.

—¿Entonces cómo querías que lo enfrentara?

Sus ojos eran enormes y almendrados detrás de sus lentes.

—Pero no iban a estar solos, era tu mejor oportunidad para el reencuentro. Imagínate si luego se topan en un pasillo, ¿también vas a huir?

—Tan rápido como mis pies me lo permitan —confesé.

Se masajeó la sien.

—Siempre escapas, ¿no estás cansada?

—Tengo alguno que otro juanete en los pies de tanto correr y una que otra cicatriz en mis rodillas de tanto caerme, pero puedo vivir con ellos.

—Sé seria, Leah, por favor.

—Lo estoy siendo, ¿por qué crees que me vine en tu bus de vuelta del paseo en la playa? Me gusta estar contigo, pero no con tus amigos pseudointelectuales y me aguanté hora y media con ellos con tal de no irme con O'Connor. Para que veas lo cobarde que soy.

—Tienes un serio problema, Leah.

Se acomodó el pelo detrás de la oreja para despejar su rostro. Me fijé que le había crecido considerablemente desde que yo me había ido del país, y ya le llegaba por la cintura formando adorables ondas alrededor de su pequeño rostro. De hecho, Adela estaba muy guapa, incluso con sus enormes gafas; con un moño alto se vería como la perfecta *inocentona* a la que todos los hombres quieren hacer pecar.

—Ya, lo sé, pero dejémonos de hablar de mí. ¿Cómo estás con Esteban?

Esteban era el novio de Adela y era su polo opuesto, mucho más que O'Connor y yo. Mientras Adela era de las que vestía con faldas de colores, blusas claras, zapatos de señorita, que combinaba con medias o calcetas largas, y chalecos, Esteban tenía los brazos tatuados, la oreja perforada, el cabello desordenado y expresión cansada, como si no durmiera mucho por las noches, lo que lo llevaba a verse nervioso la mayoría del tiempo. He de confesar que

incluso yo, que era abierta de mente y todo eso, me sentí un poco horrorizada cuando lo vi llegar de la mano de mi prima a mi fiesta de bienvenida.

—Bien, ¿por qué preguntas?

Porque ese tipo la amaba, se le notaba en su expresión ese día, en la manera que la tocaba, en cómo la miraba y la hacía sentir. Y como él salía con Adela, a mí me interesaba saber si las cosas seguían bien o no porque yo amaba a mi prima; en pocas palabras, quería saber si debía empezar a preparar un bate para ir golpearlo si es que había hecho sufrir a Adela.

—Solo quiero saber si te hace feliz.

Se sonrojó adorablemente.

—Ah.

La observé con ojo crítico. Adela era como mirar mi reflejo en un espejo que alteraba los colores.

—Es que estás muy flacuchenta, ¿te da de comer ese hombre?

—No empieces que tú estás igual.

—Mentira, yo tengo más tetas.

Se quedó seria.

—¿Y tú cómo estás?

—¿Yo, cómo, qué? Sigo sin entenderte.

—Ay, Leah, sabes a lo que me refiero.

—Eh, no, no lo sé.

Suspiró.

—El miércoles... es decir hace tres días, te encontraste de nuevo con James, Leah, ¿de verdad no vamos a hablar del tema?

De un brinco me puse de pie y acerqué a la estantería impecablemente ordenada.

—Es que no hay nada de que hablar.

—¿Cómo que no?

—No. Además, ya lo hablamos ese día en el bus de vuelta.

—Broma, ¿cierto? Ese día solo balbuceaste «James volvió» y luego que era tu ayudante, se encontraron en la playa y que tiró la indirecta que quería algo contigo.

Apoyé la cadera en la estantería y me crucé de brazos.

—Suficiente.

El cabello largo de Adela le caía por sobre el hombro derecho.

—¿Cómo que suficiente? —dijo.

—Te conté todo lo que pasó.

—¡Exacto! Hablaste de los hechos, pero nunca de tus sentimientos.

Me paralicé.

—*Iug*, Adela, sentimientos no. Sabes que no me gusta hablar de eso.

Me miraba con una expresión triste, casi con lástima.

—Leah, te conozco desde que naciste —solo porque era mayor por un mes— y si no puedes hablar conmigo de lo que sientes, ¿cómo podrás aceptar lo que está ocurriendo?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Es que hay algo que no te he dicho.

—¿Y por qué?

—Porque me gritarás y te enojarás conmigo.

Entrelazó sus manos sobre su falda roja, poniéndose en alerta.

—Suéltalo, estoy preparada. No te gritaré, lo prometo.

Me relamí los labios, de pronto resecos.

—James y yo nos besamos.

—¡LEAH! —chilló.

—¡Me prometiste que no me gritarías! —la acusé.

Se puso de pie.

—¡No te hagas la víctima!

Mi estómago era un nudo de nervios.

—¡Lo sé, lo sé, lo sé! —Los ojos se me aguaron—. Estoy arrepentida.

—No basta con el arrepentimiento.

—¡También lo sé! Pero...

—¿Pero qué? —atacó.

Pocas veces había visto así de enojada a Adela, ella era de las que guardaban la calma bajo cualquier contexto. De hecho, no recordaba la última vez que me hubiera alzado la voz.

—Que ya me quité las ganas —musité con voz de pito.

—¿Que te quitaste las ganas? —repitió con incredulidad—. Tiraste dos años...

—Año y medio.

—¡NO ME INTERRUMPAS!

Con el grito me apegué a la estantería, intentando volverme un camaleón para camuflarme con los libros.

—Desperdiciaste año y medio —siguió con una vena saltándole en la sien— simplemente ¿para quitarte las ganas? Eres increíble.

—Sí, pero —me retorcí las manos hasta hacerme daño— ya me las quité y... y eso significa que ya no volverá a ocurrir, lo saqué de mi sistema.

Con frustración se pasó ambas manos por su pelo, se acomodó los lentes en la coronilla y se fregó los ojos con fuerza.

—A ver, explícame algo, ¿a ti no te gustaba Alex?

Parálisis culpable. La lengua se me enredó en la boca para soltar un escueto:

—Sí.

Se colocó los lentes de nuevo.

—Entonces, ¿a qué va ese beso con James?

—A que estaba ebria y... —Tomé asiento a su lado con un suspiro derrotado—. Ay, no sé, Adela, todo fue tan difícil. Estaba ebria y él ahí y... solo quería que todo se sintiera igual de bien que en el pasado.

Acarició mi espalda suavemente.

—¿Y lo fue?

—No.

Ella esperó pacientemente a que continuara, pero como yo continué en silencio, habló:

—Lo siento por gritarte —se disculpó—, es que no me lo esperaba.

Giré el rostro hacia ella.

—¿Por qué?

—Porque tú nunca has sido de las que caen cuando no quieren caer.

—¿A qué te refieres?

—Ya te dije: te gusta. A mí no me engañas.

—¡Que no, Adela!

—Pero lo besaste.

—Sí, pero porque estaba ebria.

Me miró con suspicacia.

—Leah, tú tenías filematofobia: no andas besando a la gente sin pensarlo.

Hice una pataleta.

—Pero... ¡no!

—Entonces, ¿por qué decidiste dejar que las cosas fluyeran entre los dos?

Respondí lentamente, eligiendo cada palabra con precaución.

—Porque sé que no pasará nada y porque Blair insistió y sabes que yo cedo ante la presión. Además, te recuerdo que Alex es quien me gusta.

Apoyó una mano en mi hombro para darme ánimo.

—Leah, Alex no es James y nunca lo será, por mucho que lo intentes.

Como era de esperar en mí, me enojé muchísimo y terminé abandonando a Adela en su habitación. ¿Cómo se atrevía a decirme eso? ¿Que yo intentaba encontrar en Alex lo que había tenido con James? Estaba equivocada, más que nunca, porque, de ser así, ¿por qué entonces había elegido a alguien a quien yo

no le interesaba como novia? Lo que siempre había amado de James era su constancia hacia y para mí, sus ganas de conquistarme, el que siempre estuviera ahí y me hiciera sentir especial; en cambio, Alex no era así, puede que estuviera ahí cuando lo necesitara, pero como amigo y nada más que como amigo. Alex y James eran polos opuestos, yo no estaba buscando en uno al otro. ¿Ahora no podía gustarme alguien sin que ese alguien no fuera un reflejo de mi pasado amoroso? No, Adela, por primera vez, se equivocaba.

No fue hasta que llegué a casa y me dejé caer rendida en mi cama con Gruñón a mis pies, agradeciendo que Josh no estuviera en la de al lado, cuando revisé mi celular y encontré un mensaje.

Era Alex.

«La casa se siente tan sola sin ti».

Bufé. No le respondí el comentario porque estaba irritada con él por culpa de Adela, sin embargo, releendo una vez más el mensaje, y percatándome que este podría ser interpretado con connotaciones románticas, me volvió la duda. ¿Alex estaría interesado en mí o no? Su desaire no era una justificación, porque yo por tres años había actuado como si no quisiera estar con O'Connor, cuando la verdad me moría por él. ¿Quién aseveraba que él no me quería románticamente? Tal vez solo tenía miedo de que lo rechazara.

Con la cabeza dándome vueltas por las dudas, agarré mi computadora de la mesita noche y la encendí.

Era el momento de reactivar una actividad abandonada hace exactamente cinco meses; recurrí a mi psicólogo personal. Abrí una página guardada en mis favoritos e inicié sesión. Cuando el navegador terminó de cargar, apareció una caricatura de una castaña siendo estrangulada. Sobre ella y con brillantes letras, rezaba lo siguiente:

«Bella, la perra».

Más abajo seguía:

«Bienvenido a mi blog. En él podrás encontrar mis delirios, pensamientos y otras tonterías».

Lo sé, la poco convencional Leah tenía algo muy convencional: un blog para desahogarse. A mi favor debía decir que ni siquiera había sido mi idea y que me había opuesto fieramente a su creación por semanas, sin embargo, como uno de

mis principales problemas mentales era mi nula expresión de sentimientos, mi loquera, Juliana, había insistido con el blog para ayudarme a confesar lo que sentía de manera anónima.

No perdí el tiempo y creé una nueva entrada. Con un crujido de dedos, apoyé las manos en el teclado. Antes de que estos alcanzasen a escribir siquiera un saludo, Gruñón se despertó de la nada y saltó sobre la computadora, apretando cada una de las no sé cuántas teclas existentes. Escuchando que la *laptop* lanzaba pitidos de advertencia, lo empujé lejos.

Una vez en el suelo, me gruñó enojado.

—Ándate —le dije—. Estoy ocupada con mis serios problemas sentimentales.

Como siguió sin moverse, decidí ignorarlo y comencé a escribir:

«Hola, mis queridas Demetrias».

¿Qué? Le tenía un cariño especial a ese nombre. A mi favor diría que, en un cierto punto, me traía recuerdos graciosos a la mente.

«Primero que todo me gustaría excusarme por mi ausencia prolongada. Me gustaría poder darles una excusa válida, pero la verdad es que no existe.

Ahora se preguntarán ¿y para qué vuelve ahora? Regreso como un Ave Fénix entre sus cenizas, porque necesito consejos anónimos y objetivos.

He de contarles, con el dolor de mi alma, que tras por fin haber superado a mi ex novio, otro chico ha aparecido en mi corazón.

Y es mi mejor amigo.

Y estoy en *lbordearjkasbncfkejfhncjkewfnckewjncfkewl*».

—¡GRUÑÓN! —le rugí viéndolo pisar el teclado de la *laptop*. Lo volví a agarrar y lo lancé lejos—. ¡Y no te vuelvas a acercar!

Con la cola erizada, se paseó por la estancia con todo el orgullo herido.

Me centré en el blog y borré el error de Gruñón.

«Y estoy en la *friendzone* y necesito salir de ella. Por eso recurro a estos comentarios anónimos, porque ya no sé qué hacer. Él es la mejor persona del mundo y de verdad me gusta, ¿pero y si intento algo con él y arruinamos nuestra amistad? No podría perderlo a él también.

Ayuda.

P.D.: Puede que no sirva mostrarle las tetas, porque como que, eh, ya lo hice y pareció *más horrorizado que contento*.

P.D. 2: Probablemente solo haya quedado en shock por tanta belleza junta.

P.D. 3: Quiero creer que lo anterior es cierto o de lo contrario todas mis esperanzas están liquidadas y seguiré en la eterna *friendzone* hasta que mis huesos se conviertan en polvo.

P.D. 4: ¿Sabes quién más resucitó entre las cenizas como un maldito pájaro de mierda? Mi ex regresó a mi vida».

La publiqué sin haberla releído, y con errores y todo la subí.

No alcancé a vagar cinco minutos por internet, cuando comenzaron a llegarme correos electrónicos anunciándome nuevos comentarios. Me metí a «Bella, la perra» y leí.

«*Ardilla* comentó:

Querida Diosa Demetria: ¡me alegro que hayas regresado! Ahora, pasando el tema de tu amigo... no sé cómo llegaste a mostrárselas tan pronto, ¿no sabes que esa es tu mejor arma?

Bueno, pero el daño ya está hecho. Lo único que se me ocurre es que tu amiguito es de esos conservadores».

Medité el comentario de *Ardilla*. ¿Sería posible que Alex fuera uno de esos tipos? Si ese era el caso, ¿cómo se conquistaba a uno de ellos? ¿Con camisas abrochadas hasta el cuello, calcetas hasta las rodillas y faldas hasta los tobillos? Sería como una versión muchísimo más ñoña de Adela. Horror.

Procedí con el segundo comentario.

«*Nadie* comentó:

Invítalo a ver una película y te lanzas sobre él cuando comience una escena de sexo salvaje.

Si se resiste, es gay».

Impacto. Nunca lo había pensado.

¿Y si Alex era gay y por eso me rechazaba? No, no, no, no, no, no lo iba a



aceptar, por nada del mundo. Alex tenía que estar interesado en las mujeres o, por último, en ambos, porque me negaba a no tener una oportunidad con él.

Colapsada con estas hipótesis cada vez más complicadas, desanimada continué leyendo:

«*LaChicaQueLoSabeTodo* comentó:

¿Es que eres bruta, mujer? Empieza con la longaniza y luego tienes que tirar el resto a la parrilla. Por cierto, no estoy hablando de asados».

Ja-ja-ja, no me parecía para nada graciosa. Ignoré ese último comentario y seguí:

«*OdíamosALaPerra* comentó»:

¡Qué nombre más perfecto! De seguro tenía la verdad absoluta.

«Niña, primero tienes que hacer que te deje de ver como su mejor amiga. Olvídate de pasearte con ese pijamas XXXL de polar color vaca. Tienes que estar siempre digna y presentable para él. Que jamás te vea sin maquillaje y desarreglada, es lo más matapasionas que puede existir en el mundo. ¡Y que no se te olvide depilarte!».

Me desinflé como un globo. Yo tenía un pijama XXL blanco con negro, que me hacía recordar una vaca y que a Alex le encantaba. Dios, estaba condenada porque no solo tenía esos pijamas de animales, sino que Alex me había visto sin maquillaje, peluda como un hombre lobo en luna llena, babeando sobre su almohada, comiendo gusanos (de pequeña, eh), revolcándome en el barro, con ropa tan grande que un payaso lo compararía con una carpa de circo, con un aliento de los mil demonios, eructando, orinando en la vía pública (era una historia que incluía en la ecuación mucho juguito de piña), vomitando, ebria, histérica, enferma, con ropa interior de abuela y, si es que no se me había olvidado nada, con las tetas al aire.

Deprimida y deseando morirme, leí el siguiente:

«*AntiBella* comentó»:

Otro nombre más para el recuerdo.

«Sé indiferente; así él comprenderá que eres el amor de su vida y serán felices para siempre.

Muchos corazones para ti».

¿Ignorar a Alex? Técnicamente, ¿se podía hacer algo así con alguien como él? Alex era demasiado guapo, encantador y buen amigo para comenzar a ser desdeñosa con él. Además, si lo intentaba el bastardo sería capaz de golpear la puerta de mi casa durante una hora e, incluso, dormir en el patio con tal de hacerme hablar. No, a Alex no podía ignorarlo por más de un día.

Me quedaba solo un comentario y lo leí casi con temor.

«*LaRusa* comentó:

Una vez hiciste una entrada sobre los dos grandes problemas que tenías. A los hombres les encantan las mujeres con grandes pechos por una muy importante razón.

¿Sabes cuál es?

La rusa».

Tuve que leer cinco veces el comentario para lograr comprender cuál era la respuesta: la rusa. Ja-ja-ja, tampoco era gracioso.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando llegó un nuevo comentario:

«*Estúpida* comentó:

He aprendido a conocerte y a tenerte algo de aprecio con las pocas líneas que publicas de vez en cuando en tu blog, es por ello que me creo con el derecho de decirte esto:

Eres estúpida. Siempre recalcas y das a entender que eres inteligente, pero que te vaya bien en los estudios no significa que seas una persona perspicaz y astuta, porque no lo eres.

Ambas sabemos que en el fondo te fuiste por egoísmo, porque no fuiste capaz de aceptar el hecho de que él podría dejarte y tampoco querías que te eligiera. No querías ni lo uno ni lo otro, por eso te fuiste: por cobardía razonable, para evitar hacer y hacerte más daño.

Algunos dirán que eso es amor, yo diría que solo actuaste como una cobarde.

Además, está más que claro que en todo este tiempo no has superado nada con tu ex. Y solo estás utilizando a tu mejor amigo para olvidarte de él, porque en el fondo sabes que es patético que sigas aferrándote a un amor del pasado que ya no existe.

¿Y sabes por qué creo que solo ocupas a tu amigo como distracción? Porque en el fondo sabes que a él jamás le vas a interesar románticamente, y pasa a ser algo seguro porque así puedes fingir todo el tiempo que estás enamorada de él para distraerte de que todavía te gusta tu ex y así no tener que esforzarte por superarlo y aceptar otra persona en tu vida.

Mira, tal vez yo me esté equivocando y realmente te estás enamorando de él, ¿pero no crees que eso sería muy fácil y conveniente para ti?

Por último, no me queda más que desearte buena suerte. Es lo único que te queda».

## Ayudantías con Demetrio

—No iré a ayudantía de Cálculo.

Camila dejó de comer para recriminarme.

—¿De nuevo? Oye, te vas a atrasar mucho si sigues así —advirtió—. Deberías ir, tu ex novio tiene mucha paciencia y enseña súper bien. Además...

—¿Además qué?

—No, olvídalo, ya lo verás tú cuando decidas madurar e ir.

Tuve que morderme la lengua para no contestarle, porque, el que yo no quisiera ir, no era algo que tuviera que ver con mi madurez, implicaba el deseo de querer evitar a una persona cuyo mejor amigo convivía conmigo dieciséis horas a la semana, para andar aumentando la dosis en dos horas continuas. Además, a pesar de que ya era jueves y, por consiguiente, habían transcurrido casi cinco días desde el comentario de *Estúpida*, todavía me dolía mucho el alma y el orgullo para hacerle frente a una de mis tantas pesadillas.

—Voy a faltar porque tengo que encontrarme con Alex —mentí. Lo único que me esperaba era un largo viaje a casa para ver a Gruñón.

Alzó las cejas, suspicaz.

—¿Y te viene a buscar? Me muero por conocerlo.

—Eh...

—Qué poco caballero si no pasa a recogerte, sobre todo si tiene auto.

Tuve que defenderlo.

—Alex es un perfecto caballero. Por supuesto que me viene a buscar.

Aproveché que Camila volvía a concentrarse en su comida, para enviarle un rápido mensaje a Alex.

Yo: Alex, ¿juntémonos?

Tardó menos de diez segundos en contestar.

Alex: ¿Cuándo?

Yo: Ahora.

Alex: Ahora mismo estoy en una reunión, salgo en veinte minutos, ¿todavía sirve?

Yo: ¡Sí! Perfecto, pero... Necesito que me pases a buscar a la universidad.

Alex: Llegaré en cincuenta minutos.

Guardé el celular y miré a Camila con una sonrisa triunfante.

—Llegará un poco atrasado.

—¿Qué tanto?

—Tendrías que llegar un poco tarde a la ayudantía de Cálculo si quieres que te lo presente.

Se encogió de hombros dándole un sorbo a su bebida.

—Okey, esperaré.

Alex llegó tres minutos antes de lo predispuesto, pero diez minutos después de que la ayudantía hubiese empezado. Y su presencia fue como los rayos de sol en una fría mañana de invierno. Camila se quedó muda nada más le anuncié que el alto rubio, con el traje hecho a medida y lentes oscuros, era Alex.

—Wow. —Se enderezó en el asiento y aplastó su desordenado cabello con las manos sudorosas. Me lanzó una mirada meditabunda—. ¿Por qué todos tus hombres parecen modelos? Primero el ayudante, luego su amigo y ahora él. Yo tengo suerte si es que uno me sale con todos los dientes.

No respondí porque Alex me había identificado y, con una sonrisa enorme, se nos acercó quitándose los lentes.

—Pensé que ya no podía verse mejor —susurró Camila.

Lo esperé sentada, pero Alex, con lo efusivo que era algunas veces, al llegar a mi lado se inclinó, me tomó por la cintura y levantó, abrazándome mientras mis pies colgaban en el aire. Yo me reía como retrasada. Me dejó nuevamente en el asiento con un beso en la frente.

—Lo siento por la demora —se disculpó. Se dirigió a Camila—. Hola, soy Alex, ¿y tú?

Sé que si la historia la contara Camila, ella juraría que le respondió con claridad su nombre. La verdad, soltó algo que sonó a «Amla». Mi risa ya no era disimulada.

—Ella es Camila, Alex —dije yo—. Mi amiguita de la universidad.

—Así que Camila existe —se burló Alex—, yo pensé que la habías inventado.

La sonrisa se me esfumó.

—Oye, que sea un poco antipática y mentirosa a veces, no significa que siempre sea antipática y mentirosa, de vez en cuando soy amorosa y sincera.

Tomando asiento frente a Camila y al lado mío, me revolvió el cabello con humor. ¡Me enfermaba cuando hacía eso! ¡Yo no era su maldito perro que rogaba cariño!

—Como muy bien tú dijiste, *de vez en cuando no eres antipática* —me provocó Camila.

Alcé una ceja, mientras Alex la felicitaba y ella se sonrojaba terriblemente.

—¿Ahora tú también? —Miré mi celular—. Vas quince minutos tarde para tu clasecita con tu perfecto ayudante, ¿no deberías irte como ahora ya?

Se puso de pie.

—Que conste que me voy solo porque de verdad estoy atrasada.

Prácticamente tropezó con sus propios pies cuando fue a despedirse de Alex con un beso en la mejilla. Se fue echando humo por las orejas.

—¿Y tú de qué tanto te ríes? —quise saber al ver tanta sonrisita de su parte; ni que fuera O'Connor.

—He de admitir que siempre son bien recibidas las muestras de admiración. —Puse los ojos en blanco, mientras él soltaba una carcajada y se ponía de pie—. Muy bien, ¿vamos?

—¿Pero adónde?

—¿No sabes? —Se metió la mano en el bolsillo—. Tengo toda la tarde libre,

¿por qué no vamos al lago Atilán?

—Pero queda a más de cuatro horas.

—Vamos en mi jet.

Arrugué la nariz con disgusto. No, no quería algo de lujo, solo compartir un poco de tiempo con Alex en cosas sencillas, sin bombos y platillos, como si fuéramos dos jóvenes normales.

—¿Y si mejor nos comemos un helado y vamos a esa plaza tan bonita que tiene una pileta con luces? —propuse.

Nos pasamos la tarde como podría haberla pasado cualquier otra pareja, sin distancias de ningún tipo. Se sintió como en el pasado, cuando solo nos rodeaban las risas y no teníamos preocupaciones. Fue como cuando no existía tensión entre nosotros, porque durante esas horas Alex para mí volvió a ser únicamente mi amigo y no algo más; no sabría decir si eso me gustó o no.

\* \* \*

Al llegar el siguiente jueves, 9 de abril, una semana después de mi salida con Alex, volvía a tener ese deseo intenso de escaparme y faltar por tercera semana consecutiva a la ayudantía de O'Connor. Sin embargo, aguanté la tentación y, como si me estuviera dirigiendo a un calabozo, caminé junto a Camila hasta detenernos fuera de la sala de clases. El número 348 estaba prácticamente borrado y las puertas eran de roble viejo y gastado. Estábamos en la parte más antigua de la universidad, tan vieja que el segundo piso del edificio crujía con cada paso que dábamos. Si me pillaba un terremoto ahí, lo único que verían de mí sería mi cabello ondear por el viento mientras corría a toda velocidad lejos de ese ataúd de cemento.

—¿No deberíamos entrar? —preguntó Camila al percatarse de que yo no me movía de la entrada.

Con un suspiro tembloroso, enderecé los hombros y abrí la puerta. La habitación tenía unos sesenta puestos y estaban todos ocupados. Repetía: cada uno de ellos estaba ocupado, y habíamos llegado con diez minutos de anticipación. Reiteraba: cada uno de los puestos estaba ocupado y por mujeres.

Esperen un momentito, ¿desde cuándo había tantas mujeres en Cálculo? Ni siquiera conocía a la mitad de ellas.

—Camila, explícame qué pasa.

—Bueno, que se corrió el rumor de que el ayudante de Cálculo estaba bueno; el problema es que tú ex todavía no se da cuenta de que la mayoría de las alumnas ni siquiera son de Ingeniería. Aunque igual hoy está muchoooooo más lleno que las dos semanas anteriores —añadió.

Fruncí el ceño sintiendo como si un gnomo enojado me hubiese dado una patada en el estómago. *Argh*, irritación de hombre, ¿por qué debía ser tan guapo? Donde fuera tenía admiradoras.

—No sé tú —dije entre dientes—, pero yo no me voy a quedar fuera de la sala de clases por un par de desesperadas. No tienen más que sesos de alga por cerebro.

Agarré a Camila del brazo y entré a la sala de al lado.

—Estuviste leyendo *Percy Jackson*, ¿no?

Como respuesta fui a la sala vacía de al lado y tomé una silla y un banco, arrastrándolos por todo el pasillo y produciendo un horrible sonido metálico. Camila me imitó.

—¡Permiso! —grité.

Los hombres se corrieron y metí la silla y el banco a la sala de la ayudantía. Con todos los ojos sobre mí, y con una Camila terriblemente avergonzada siguiéndome, la llevé hasta el frente del pizarrón. En un pequeño espacio que quedaba entre la primera fila y el altillo que había al frente de la sala, para que el profesor caminara por ahí sin problemas, colé mi puesto. Las chicas de la primera fila parecieron decir algo, pero se callaron al verme. De seguro tenía culebras por cabello y una lengua afilada colándose por mis labios; como caricatura estaría genial.

Camila no fue tan descortés como yo y roja como un tomate dijo «lo siento» tantas veces que me cansé de contarlas. Pero de todas formas, puso su banco a mi lado y tomó asiento. Todo listo, crucé los brazos sobre mi mesa y esperé con aire desinteresado a que llegase el ayudante.

Los chicos, esos que se habían quedado en la entrada de la sala esperando a que por arte de magia se esfumaran las admiradoras, copiaron mi idea y, rápidamente, llenaron el pasillo con bancos.



En la espera de que apareciera el rey de los orangutanes, comencé a tener pensamientos  $(-1)^n$  sobre si ignoraría o no al imbécil al momento de entrar. Estaba en el  $(-1)^4$ , es decir, que lo saludaría como una mujer cortés, cuando James O'Connor llegó y mandé la  $n$  al infinitivo y todo se indeterminó. Volteé la cabeza hacia la puerta. Detenido en la entrada y mirando todo con ojos sorprendidos, estaba el semidiós griego más hermoso de la historia: tenía que ser Percy Jackson, aunque con los ojos más azules y no tan verdosos. Parecía un poco tímido e incómodo, como si no se hubiese esperado aquello.

Ah, si se veía tan lindo el condenado...

James tosió y entró. Tuvo que pedir permiso y correr algunos bancos para llegar hasta la plataforma al frente de la sala. De pronto, noté que *algo en él* me daba señas desesperadamente: Demetrio quedaba frente a mis ojos. Ahí, donde yo mirase, me encontraba con Demetrio. Estaba demasiado cerca, a menos de medio metro, y justo, justo, justo, justo, justo a la altura de mis ojos. Juro que fui incapaz de no seguirlo con la vista (izquierda, derecha, izquierda, derecha), porque mirar a O'Connor a la cara implicaría una posible tortícolis y había que cuidar la salud, no me podía arriesgar a una lesión. Obligada a seguir contemplando a Demetrio... hasta que O'Connor carraspeó levemente y tuve que levantar la vista y mirarlo a la cara. Como era de esperar, no me estaba observando; de hecho, sus mejillas coloradas, su boca fruncida y sus manos ahora posicionadas disimuladamente sobre Demetrio, me decían que se había percatado de mi mirada.

Carita triste. Me habían alejado de mi dios.

Okey, tenía un serio problema con superar traumas del pasado.

O'Connor se disponía a hablar justo cuando, en la entrada del aula se produjo un terrible escándalo.

—Terremoto y me muero en esta mierda de sala. —Era Blair. Chocó contra un banco—. ¡Ay, por la puta!

Un par de movimientos más y apareció a mi lado solo con una silla. Tomó asiento y puso los brazos sobre mi banco.

Alcé una ceja.

—Hola, peli-peli —saludó en tono serio.

Agarré sus manos y las alejé de mi mesa.

—Mi banco, mi propiedad —informé.

Volvió a subirlas. O'Connor puso una mano sobre nuestro... ¡mi banco! Mis ojos volvieron a clavarse en Demetrio.

—Silencio —pidió y después, bajando la voz para que nadie más oyera, susurró—: Por si acaso, mis ojos están más arriba.

Tuve la decencia de sonrojarme a pesar de que no me sentía del todo avergonzada. Camila a mi lado soltó una suave risita. Nos quedamos en un respetuoso silencio, a la espera de que O'Connor comenzara por fin a hablar. Su voz se hizo presente con un carraspeo.

—Sé que esta ya es la tercera semana de ayudantía, pero como veo muchos rostros nuevos... me presentaré una vez más, pero la materia la retomaremos desde donde la dejamos la semana pasada. Como algunos ya me conocen, mi nombre es James O'Connor y soy su ayudante de Cálculo I. Soy estudiante de segundo año de Ingeniería. —Se removi6, inc6modo. Clav6 la vista en una hoja que tenia en las manos—. A ver, un momento. En mi lista dice que son cincuenta, ¿entonces por qu6 hay tanta gente? —Uh-oh, las desesperadas tendrían que irse. Yes—. Chicos... y chicas, hago más ayudantías durante la semana para otras secciones, por si no estaban enterados. No tienen que estar asistiendo todos a la misma clase. —Apunt6 a alguien detrás de mí—. Tú estabas en la clase de ayer. Y tú. Y tú. Y... —Frunci6 el ceño—. Lo dejaré pasar por hoy, pero la próxima clase voy a pasar lista.

Camin6 hacia el escritorio del profesor, dej6 su bolso y la hoja. Relajadamente, se sent6 sobre la mesa, aunque podía ver un leve temblor en sus manos. Ay, el ni6o estaba nervioso. Jiji, sufre, hijo de la gran montaña.

—El profesor me coment6 que la próxima semana o la subsiguiente les hará un control...

Todos jadearon. Yo más alto que todos, como si me hubiese tragado una enorme mosca. Oh, por la puta, me iría como el reverendo pepino, ¡debería haber ido a todas las ayudantías! Había llegado el momento de llorar sobre la leche derramada.

O'Connor titube6.

—¿No se los había dicho? —Cerr6 levemente los ojos y suspir6—. Lo siento, finjan que no saben nada, si no el profesor les hará un control más difícil.

¿Alguna otra pregunta? —agregó.

Pude oír a una desesperada susurrar «¿Tienes novia?» y después reír como maniaca desequilibrada.

—Se nota que ella no vino a la clase pasada —susurró Camila, mientras O'Connor se hacía el desentendido.

—¿Por qué? —quise saber yo.

—Porque le preguntaron lo mismo las dos clases pasadas —contestó Blair con aburrimiento.

¿Por qué James era tan malditamente cotizado? Casi me sentí bien conmigo misma por saber qué se sentía besarlo, sobre todo cuando decidió ignorar la pregunta de la chica.

—¿Profesor...? —dijo de pronto una chica.

El «profesor» de los putos, como yo lo conocía, se volteó.

—Oh, por favor, no me digan profesor. Solo James.

*Solo James.*

—Okey, James... —¿Eso había sido un abierto coqueteo?—. ¿Tienes novia?

Blair puso los ojos tan en blanco que juro que podría haberse visto el cerebro.

—Esa es una información privada que no daré —contestó cortésmente, pero en un tono seco que no dejaba lugar a debate. Aclarado aquello, continuó—: Ahora comenzaremos con la materia. La semana pasada estábamos viendo...

No sé qué siguió, porque Blair me susurró al oído:

—Intenta no parecer tan complacida.

Bufé.

—No estoy... —Me quedé callada porque Derek parecía de pronto en extremo perturbador mirando hacia al frente—. ¿Estás bien?

—¿Es mi idea o la entropierna de James está demasiado cerca de nosotros? Hombre, es perturbador.

O'Connor lo oyó y lo supe porque se le cayó el plumón al suelo. Pobre, no era su mejor día. Agarró rápidamente el lápiz y se acercó a Blair. Estaba molesto.

—Derek, compórtate —le pidió en voz baja—. Te lo pido por favor. Hacer clases ya es lo suficientemente difícil como para que empeores la cosa.

Volteó los ojos hacia mí, como si también me estuviese pidiendo compostura. Alcé las manos al aire, inocente. No era mi culpa que no supiera si me estaba haciendo la ayudantía O'Connor o Demetrio, aunque he de decir que apostaba a que Demetrio era un mejor profesor de ya saben qué.

Dios, ¿qué me pasaba hoy? ¿Me había comido a una ninfómana que me acosaba tanto pensamiento demetrial? Jaja, Demetrial.

De todas formas, me dio tanta pena su nerviosismo, que transé conmigo misma en portarme bien. Haciendo un máximo esfuerzo para no pensar en Demetrio y sufriendo una horrible tortícolis por mirarlo a la cara, le presté atención. Sorprendida, y hasta incluso un poco horrorizada, comprendí que O'Connor enseñaba muy bien (por lo que Demetrio parecía no ser el único buen profesor... ¿qué? Último pensamiento pervertido, lo juro). Es que de verdad que James explicaba lo preciso sin irse por las ramas y repetía las cosas cuantas veces se lo preguntasen, y tenía una paciencia de mil demonios (*Cof, cof*, por algo me soportaba) y una voz clara y firme, no se le trababan las palabras ni se confundía.

No quería admitirlo, y me dolía en cierto punto hacerlo, pero O'Connor... wow, O'Connor era inteligente. Brillante. Con razón el Dementor lo había elegido como su ayudante, porque... wow, es que... wow, estaba sin palabras.

Al finalizar la clase salimos de la sala tan rápido como podíamos entre tanta gente que había. Como era de esperar, algunas muchachas se quedaron con la excusa de que no habían entendido algo y ahora acorralaban a *Solo James* contra el escritorio. Salí en shock.

—Wow, Blair —jadeé en el pasillo del segundo piso—. ¿Sabías que tu amigo enseñaba tan bien?

Pestañeó desconcertado.

—Te recuerdo que tú eres la única que no ha venido en dos semanas.

—Ya, sí, pero me refiero a desde antes.

—Ah. —Lo meditó—. Algunas veces me explicaba cosas y las comprendía, pero... no pensé que tenía madera de profesor.

—El Dementor podría aprender un poco de él —musité.

—¿Dementor? ¿Qué es eso? —inquirió Blair.

—Harry Potter —contestó Camila por mí.

Tuve la necesidad de explicarlo mejor.

—Para tu información, Blair, Dementor es el profesor de Cálculo y le digo así porque, cada vez que entra en la sala de clases, todo el calor y felicidad se va y me siento como si nunca más podría ser feliz en mi vida... y así es como te sientes cuando estás cerca de un Dementor, ¿entiendes?

—Mm, pues yo también me siento así —comentó. Se pasó la mano por el lado de cabeza que tenía el pelo y lo desordenó—. ¿Así que eso es un Dementor?

—Sipi, es una criatura con capucha que te hace sentir profundamente desdichado.

Alzó las cejas.

—Interesante ese Harry Potter. Una vez fuimos con James al parque temático, pero yo no entendí nada.

¿Cómo es posible que un ser como él fuera a un lugar así sin conocer la historia?

—*Crucio* para ti —dije.

—Sí, bueno, como sea.

—¿Como qué...?

Se marchó y me dejó hablando sola. *Solo James* pasó por mi lado para seguir a su amigo.

—Hasta la próxima ayudantía —se despidió cortésmente.

Se unió a Blair que ya iba bastante lejos. Con la boca levemente abierta, encaré a Camila.

—¿Fue mi idea o me ignoró? —pregunté indignada.

Se encogió de hombros.

—Quién sabe...

Mi orgullo me impidió pensar en él en lo que quedaba de día, todo un récord

para mí. Un hurra para la patética Leah. ¡Hurra!

## Erika, todo lo que buscas

El día viernes las clases comenzaron a las ocho de la mañana con partida doble de Física I, seguido por otra partida doble de Cálculo I y Álgebra I, finalizando después de almuerzo con una aburrida clase de Introducción a la Ingeniería, en la que tuvimos que sentarnos y ver por dos horas la historia de la ingeniería en nuestro país. Al salir de clases, todos nos apresuramos a meternos a internet porque la profesora de Álgebra nos había comentado en la mañana que las notas del diagnóstico estarían entre las tres y cuatro.

Al contrario de lo normal, el examen no tenía una calificación, sino que un puntaje de cero a cien. Y había sacado un promedio hermoso de ochenta y seis puntos. Deliré y me sentí el ser más inteligente del universo durante todo el fin de semana, hasta que llegó la clase de Cálculo I del día lunes. Con esa macabra mirada, el Dementor nos había preguntado nuestros puntajes al escuchar a dos alumnos hablar de ellos. Tras oír que a todos les había ido regular o bien, habló con voz de ultratumba:

—La prueba era una basura. Si no sacaron un perfecto cien, no merecen seguir en la universidad.

Y sonrió de tal modo que sentí el miedo recorriéndome la columna vertebral, a pesar de lo mal que me sentía. Por la puta, reprobaría ese ramo, lo sabía. Tanto a Camila como a mí se nos habían bajado los humos rápidamente y volvimos al aire de tragedia cuando el Dementor nos anunció que tendríamos un control esa misma mañana.

Pero, un momento, me estaba adelantando a los hechos: regresemos al día viernes.

A continuación de toda la tortura impartida por los profesores, y antes de haberlo previsto y sentirme preparada, había llegado la hora de la muerte: Deporte. Verán, resulta que, antes de haber conocido a Shandel, digo, Shanelle, se me había ocurrido la magnífica idea de inscribirme en un deportivo para

mejorar mi estado físico y toda esa mierda. El problema es que había elegido Aerostep, que consistía básicamente en subir y bajar un cajón, y que era impartido por, adivinen quién: la raquítica Shandel. Obviamente, al enterarme de semejante noticia, volé a desinscribirme, pero no me dejaron; por lo tanto, como podía reprobar el ramo si faltaba más de cuatro veces y ya lo había hecho la semana pasada, no me quedaba otra que enfrentarme a la realidad e ir.

Un poco nerviosa en los camarines del gimnasio, tiraba inútilmente mis calzas para subirla por las piernas. Dios mío, ¿es que esas cosas no eran talla estándar? ¿Por qué no subían? ¿Por qué? Finalmente, y tironeando con todas mis fuerzas y bufando como toro en celo, las subí por mis piernas y de paso perdí el equilibrio, mi espalda se estrelló contra la de una mujer, ella chocó contra otra y así en un efecto dominó hasta que terminó con una chica en las duchas.

—Lo siento —me disculpé.

Sentía las calzas tan apretadas que fácilmente podría haber explotado si respiraba demasiado, así que era obvio lo que iba a ocurrir cuando me incliné a recoger las zapatillas: la tela se rajó y sentí de pronto mi trasero en libertad. Genial, el destino quería que no me enfrentara a Shandelle.

—Tengo un pantalón que podría servirte, aunque es grande —ofreció una chica.

Me rectificaba: el destino sí quería que me encontrara con ella, pero con humillación personalizada.

Entré al gimnasio con el pantalón enrollado en mi cintura para mantenerlo ahí. Como no tenía idea en qué parte del enorme complejo deportivo era la clase, dejé que me guiara la música. Llegué finalmente hasta dos puertas dobles que estaban abiertas de par en par, invitándonos a todos a tener una vida menos sedentaria. Adentro solo mujeres (no había ningún hombre), que con su variedad de pesos y cuerpos ya se estaban alistando con sus cajones. Y frente al curso y dándole la espalda a una pared gigante cubierta con espejos, estaba Shanelle.

—¡Vamos, vamos, pelirroja, anda a buscar un cajón! —ordenó, percatándose de mi presencia.

Sintiéndome acorralada, me arrastré a un rincón en busca del equipamiento. Metiendo bastante ruido, lo arrastré a la última hilera y me escondí detrás una chica: por nada en el mundo quería verme reflejada por esos humillantes espejos.



—Mi nombre es Shanelle Boothe. —Me reí disimuladamente por el apellido—. No soy de las profesoras que pierden el tiempo, por lo que voy a mostrarles el paso base para que comencemos ya. —Nos dio la espalda—. Siempre se parte con el mismo pie; es decir, si se subió con la derecha, con la derecha se baja. El paso base solamente es subir y bajar el cajón, ¿entienden? ¿Preparadas?

Puso la música y comenzó a subir contando hasta ocho. Subí el pie derecho, subí el otro, bajé el derecho, bajé el izquierdo, subí el derecho y... me tropecé. Intenté disimularlo y seguir con el sube y baja, pero comencé con el pie izquierdo y rápidamente se notó que iba al revés.

Le estaba agarrando el ritmo al paso base cuando Shanelle agregó otro: subir el pie derecho, subir el izquierdo y, arriba del cajón, tocar la rodilla derecha con el codo y luego bajar con el pie izquierdo... no, espera, era con el derecho. ¿O con el izquierdo? No, con el derecho, no, era el izquierdo, no, no, no, era... puta, ¿qué estaba yo haciendo ahí?

Lo mismo que con el paso base: le estaba agarrando el ritmo y Shanelle cambió y ahora todas subían al cajón, daban una especie de salto medio vaquero aplaudiendo con las manos, y se giraban y bajaban del cajón mirándome de frente. Volvían a hacer el mismo paso y se volteaban otra vez.

Tomando aire, intenté hacer lo que ellas hacían. Todo resultó bien, hasta que me tropecé al no calcular bien y terminé pisando el borde del cajón. Caí pesadamente al piso, junto en el instante en que todas daban el giro y se quedaban de frente.

Hice como si me estuviese amarrando las zapatillas. Por la puta, ¿por qué había ido ahí? Yo era Leah-dos-piernas-izquierdas-Howard.

Las mujeres volvieron a darme la espalda, así que me puse de pie y las analicé contando los tiempos. Dándome ánimo, subí al cajón, di el salto de vaquero... y se me olvidó girar. Yo no servía para esta mierda.

—¡Atención! —gritó Shanelle y presentó un nuevo paso. Mierda, ni siquiera había alcanzado a aprender el anterior, eso sin contar que había terminado en el maldito piso por culpa de él, y Shanelle ya estaba enseñando otro más complicado, que era un especie de salto en diagonal, unas extrañas piruetas en el cajón y luego otro salto en diagonal para quedar como al principio. Dios mío, esa mujer incluso podría cocinar en el cajón y dar una voltereta triple, todo en ocho tiempos.

Como era de esperar, el maldito paso de mierda no me salió nunca y eso que Shanelle hizo repetirlo veinte veces, para luego cambiar de pierna y hacerlo otras veinte veces. Es decir, tuve cuarenta oportunidades de que me saliera, y nada.

—¡Desde el principio! —gritó.

Todas iban en perfecta coordinación excepto yo y otra chica igual de perdida. Éramos las ovejas negras de la sala, unas ovejas que no podían dejar de tropezarse con el cajón, ir a destiempo, levantar los brazos cuando todas aplaudían, aplaudir cuando todas levantaban los brazos y, en mi caso, intentar afirmar el maldito pantalón que no dejaba de resbalarse por mis caderas.

Diez minutos más tarde estaba sentada en un rincón, mientras veía a las demás sudar y seguir con la clase. Me había rendido tras tropezarme tres veces más con el maldito cajón. Ya no podía seguir fingiendo que buscaba algo en el suelo o que me abrochaba los zapatos o que me arreglaba el dobladillo del pantalón o que me agachaba a buscar la botella con agua, porque todas esas técnicas las había usado.

La clase terminó veinte minutos después de mi *rendición* y Shanelle se acercó hacia mí con una sonrisa burlesca y cuerpo sudado.

—Dos pies izquierdos, ¿eh?

—No sirvo para esta mierda, tengo menos ritmo que una gotera.

—Y si sabías eso de antemano, ¿por qué elegiste esta clase?

—La esperanza es lo último que se pierde.

Repentinamente, recordé que debía ir a dejarle el pantalón a la chica que me lo había prestado y me despedí de Shanelle para ir a los camarines.

Duchada y sintiéndome limpia otra vez, salí de los camarines. Shanelle estaba afuera.

—¿Quieres que te lleve a casa? —ofreció.

Alcé una ceja.

—¿Es acaso una técnica para hacerme confiar en ti?

—Solo decía, retiro el ofrecimiento.

Se fue ligeramente ofendida y corrí para alcanzarla: un viaje gratis era un viaje gratis, fuera quien fuera la persona que te lo daba (excepto si era un

desconocido: jamás había que subirse al auto de un desconocido. Esto es un consejo del gobierno de Leah).

—Lo siento, acepto —dije.

Llegamos al estacionamiento y subí al asiento del copiloto. Sin saber por qué lo estaba haciendo, y mucho menos por qué a Shanelle, confesé:

—Tomé una decisión.

Encendió el motor.

—¿Y se podría saber con respecto a qué?

—Sobre O'Connor.

Había captado su atención.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decidiste?

—Que dejaré de estar a la defensiva con él porque James no es quien me interesa. —Le apunté hacia dónde doblar.

—¿Y se podría saber quién te interesa?

—Alex —contesté como si fuera obvio.

No comentó nada hasta que se estacionó frente a mi casa.

—Oye —comenzó—. Creo que estás tomando una pésima decisión. Te estás metiendo en la cueva del oso y no estás preparada para enfrentarte al animal. Saldrás mordida, derrotada o no al oso.

Silbé.

—Vaya, con ese augurio, ¿quién te quiere como amiga?

—Se te olvida que yo no soy tu amiga.

\* \* \*

—¿Quién es ella? — fue lo primero que dijo Josh al entrar a la casa.

Emocionado, intentaba ver a Shanelle por la ventana de la sala de estar, mas se rindió cuando la chica apretó el acelerador y se marchó.

—Alguien de la universidad.

—Es guapa.

Parecía un cachorrito emocionado.

—Es una arpía.

—Mejor. —Se alejó de la ventana—. Ah, por cierto, tengo que contarte algo.

Se le olvidó la emoción por Shanelle, y su aura se entristeció. Empezó a hablar y lo escuché atentamente sentada a su lado en el sofá.

—¿Y qué hiciste? —pregunté cuando terminó.

Se encogió de hombros.

—Seguí mis leyes, obvio.

Ay, no, eso era malo, las leyes de Josh eran peligrosas.

—Y eso sería...

—Se lo negué.

Me exalté.

—A ver, ¡espera un segundo! Me estás diciendo que tu novia... eh...

—Clara.

—... sí, ella misma... que Clara, tu novia desde hace una semana, te pilló siéndole infiel y... ¿lo negaste todo?

—¿Y qué querías que hiciera?

—¡Pues decir la verdad! —chillé—. Te pilló con los pantalones en los tobillos —*Iug*, imagen perturbadora siendo eliminada de mi cabeza—, ¿y te limitaste a decirle «No te estoy siendo infiel»?

Frunció el entrecejo.

—Primero, sí, estaba teniendo sexo con otra chica, pero cuando Clara nos sorprendió salí tras ella con los pantalones abajo, ¿acaso ese esfuerzo no cuenta?

Me latía una vena en la sien.

—¿Fue ahí que le dijiste que no estabas teniendo sexo con su mejor amiga?

Puso cara de inocencia.

—Yo siempre digo «Debes negarlo todo hasta que te pillen con los pantalones abajo».

Suspiré.

—Ella te pilló con los pantalones abajo, Josh, ¿y tienes la decencia de no sentirte un miserable?

—Ella me provocó.

—Y claro, tú no podías negarte.

Lo meditó unos segundos.

—Ella me bajó los pantalones y luego estaba haciendo algo con...

—No, no, no, no, no, cállate, cállate, cállate, no te escuchooooo. —Me encerré en nuestro cuarto con un portazo.

Un minuto más tarde, Alex, que había ido de visita a la casa, me encontró en el cuarto estrellando mi cabeza contra la pared. Como si fuera la cosa más normal del mundo, puso su mano en la pared para que mi frente se estrellara con ella y no con la madera.

—¿Intentando olvidar algo? —me preguntó con voz divertida.

—Solo a mi hermano —estrellé mi cabeza contra su palma—con los pantalones en los tobillos.

Se quedó unos segundos en silencio.

—¿Debería seguir preguntando?

—No. —Dejé de azotarme para mirarlo—. ¿No deberías estar trabajando?

—Me di autopermisos para retirarme temprano.

Se quitó la corbata y la lanzó sobre mi cama. Se desabrochó algunos botones de la camisa y yo sentí que los ovarios me podrían explotar.

—Necesito despejar mi cabeza, ¿alguna idea? —dije.

Dio alrededor de veinte, cada una más absurda que la anterior. ¿Viajar a la playa en helicóptero? ¿Ir a pasar el fin de semana al sur? ¿Ir a Las Vegas a pasar la noche...? No, todas eran tan ridículas que al final terminé invitándolo a una cena familiar que había intentado evitar, porque, bueno, mi familia lo amaba demasiado; las mujeres por lo guapo y encantador que era, y los hombres por su dinero.

Así que, nada más al presentarnos en casa de mi prima favorita Carlota

(inserte sarcasmo) a las ocho de la noche, me separaron de Alex y cada uno terminó sentado en extremos diferentes de la enorme mesa. Cómo no, fuimos bombardeados por los clásicos comentarios: «Y Leah, dime, ¿cuándo se casan?» y «Alex, cariño, ¿no te parece linda nuestra Leah?». Humillada y tan roja como mi pelo, me había visto en la obligación de reír estúpidamente, mientras Alex lo hacía de manera espontánea.

Tras la cena, me quedé sola en un rincón. Adela se dio cuenta y se sentó a mi lado.

—Lo siento por lo que te dije el otro día —dijo.

Me hice la interesante.

—¿Te disculpas porque te diste cuenta de tu error?

—No soy quién para hacerte enfrentar tus sentimientos. —Sin agresividad, Adela había hecho jaque mate—. Pero, bueno, cambiando de tema, ¿has decidido hacer algo con respecto a Alex?

—¿Algo como qué? Violarlo y atarlo no creo que sea una buena idea.

Ignoró la estupidez.

—Ya sabes, algo como coquetear con él.

Solté una carcajada.

—¿Coquetear? ¿Qué es eso? ¿Se come?

Adela rodó los ojos y yo suspiré.

—Vale, lo admito, sí he pensado algo.

Tras las horribles gafas de Adela, sus ojos brillaron.

—¿Y eso sería...?

—Me tendrás que acompañar, eso sí. Y no acepto un no como respuesta.

\* \* \*

El sábado 11 de abril la cuatro ojos y la tetona, paradas en la entrada de la tiendecita con luces de neón y con un escaparate repleto de maniqués con conjuntos sexys, se quedaron leyendo el enorme letrero que decía:

«Erika  
Tienda erótica»

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —inquirió Adela una vez más.

Suspiré.

—Que sí, mujer.

—Entonces, ¿por qué no entras?

Porque las manos me sudaban tanto que no me creía capaz de agarrar la manilla de la puerta y girarla.

—¿Podrías abrir la puerta? Mis manos sudan.

Entramos a ese extraño lugar inhóspito tomadas de la mano para apoyarnos la una a la otra. La habitación estaba poco iluminada y había más personas de las que creí. De las paredes colgaban aparatos y telas de todo tipo; tironeé de la pobre Adela para acercarnos al mural con instrumentos alargados. Curiosa, incliné la cabeza percatándome de que había de todos los colores, sobre todo fluorescentes.

—Leah, ¿qué estás haciendo? —dijo Adela con las mejillas sonrojadas y ojos horrorizados.

—Observo —expliqué. Apunté a los artilugios tan largos como mi brazo—. ¿Qué crees que sean?

Si es que era posible, enrojeció aún más. Nerviosa, se relamió los labios, miró los instrumentos y luego a mí. Me apretó la mano con fuerza.

—¿Es que no te das cuenta?

Sonriendo, me solté de ella, agarré un artilugio y lo blandí delante de mí. Para mi horror, vi que este era de goma y se doblaba por el peso. Solté un chillido y prácticamente lo lancé a la estantería.

—Pensé... pensé que era una espada láser —murmuré shockeada.

—¿Espada láser? —musitó Adela—. Estamos en una tienda erótica, ¿y piensas en espadas láseres?

Hice un puchero.

—Creí que era para los que tenían una fantasía sexual con *La guerra de las galaxias*.

Adela suspiró.

—Leah, eres tan inteligente, pero tan poco perspicaz.

—¿Cómo iba a saber yo que eso en verdad era un pene de *mentirijillas*? ¿Viste el largo? ¿Viste el ancho? ¿Es posible meterse algo así ahí ab...?

Adela me tironeó con fuerza, cortando mi pregunta de manera brusca.

Demonios, eso era incluso más grande que Demetrio.

—El plan era venir a ver unos conjuntos sexys, no otra cosa —me recriminó.

La seguí con aire miserable, aunque eso no evitó que analizara los artilugios en las estanterías. Vi lubricantes de todos los sabores, más penes plásticos, aceites comestibles, nata, esposas, látigos, mucho cuero, más penes plásticos, disfraces y, finalmente, conjuntos sexys y más penes de *mentirijillas*.

Se nos acercó una empleada de la tienda.

—¿Qué es lo que buscan? —quiso saber la dependienta. Nos miró de pies a cabeza con sospecha—. ¿Son mayores de edad?

—Asentimos—. Identificaciones.

Humilladas por nuestros rostros infantiles, sacamos nuestros documentos y se los entregamos. Al ver que éramos mayores de edad, sonrió y nos los devolvió.

—Quiero algo sexy, un conjunto que pueda despertar las pasiones dormidas de un témpano —le pedí a la dependienta.

De inmediato, comenzó a darme una charla de los trajes que tenía y a preguntarme si es que me quería disfrazar. Le contesté que no, que solo quería algo atrevido, mientras Adela se alejaba a hablar por teléfono. La mujer me habló de unos calzones comestibles. ¿Qué mejor que una ropa interior que se podía comer?, me había dicho. Le encontré toda la razón.

Terminé comprando un conjunto rojo, que era una especie de camisola transparente más los famosos calzones comestibles para comprobar si realmente se podían comer. Estaba en la caja pagando cuando me percaté de unos frascos en la encimera.

—¿Qué es esto?

—Feromonas. Ya sabes, es una sustancia que secretamos los seres vivos con la meta de provocar una reacción en otro ser. Si te pones un poquito tras las orejas, realzarás tu esencia.



—¿Y funciona?

La chica sonrió.

—No como toda la gente cree. Al usarlas, no te volverás de pronto una mujer irresistible. Olvídate de que los hombres se van a lanzar a tus pies o algo así. Pero —siguió— funcionan cuando hay química con otra persona. Si a un hombre le gustas ahora, con las feromonas serás irresistible para él.

Claro, por supuesto que sí: el amor era pura química. Básicamente, el amor consistía en congeniar con otro a nivel hormonal. Y el beso, de hecho, estaba ideado para que la nariz estuviera cerca de la piel del otro para inspirar su esencia de manera directa y así comprobar si se era compatible; por eso algunas veces la pasión y el interés se iban después de un beso.

Analiqué los frascos. ¿Tendríamos Alex y yo una química escondida que podría ser realizada con las feromonas?

—Quiero uno —pedí.

Adela se nos acercó.

—No solemos venderlas la primera vez que alguien visita la tienda, pero...

—Por favor, las necesito —le supliqué—. ¡Tengo que conquistar a un hombre que me tiene encadenada al corral de la *friendzone*!

La chica se rio.

—No lo sé.

—¡Por favor!

Lo meditó.

—Okey, acepto.

Con las feromonas y el conjunto, Alex no se podría resistir a mis encantos de mujer. Por fin sería mío.

Estaban envolviendo mis productos cuando la puerta de la entrada se abrió y apareció Esteban, el novio de Adela.

—¿Qué hace él aquí? —le pregunté a Adela.

Ella me mostró su encantadora sonrisa con una de las paletas chuecas.

—Tenía que juntarme a almorzar con él por aquí cerca y como te demorabas

mucho... le dije dónde estábamos.

Esteban, todo músculo y tatuaje, se detuvo a nuestro lado, le dio un beso a Adela, por suerte no de esos largos que incomodan a los terceros presentes, y me saludó; me fijé que tenía las uñas comidas hasta lo imposible. De pronto tuve una reacción violenta de celos, Adela era *mi* amiga y prima, ¿por qué tenía que compartirla?

—Hola, delincuente —dije, a modo de bienvenida—. Hoy es sábado, ¿crees que podrías hacer una excepción y no asaltarme, por favor?

No provoqué la ira de Esteban, solo su risa y el enojo de Adela. Ignorándolos a ambos, pagué y me entregaron una vergonzosa bolsa donde salía el nombre de la tienda.

«Erika

Todo lo que buscas para el sexo»

—¿Qué has comprado, pelirroja? ¿Un consolador para las frías noches de invierno? —me provocó.

La verdad es que Esteban era simpático y en el fondo parecía ser un muy buen chico que quería aparentar lo contrario; si lo trataba como lo trataba, era solo para ponerlo a prueba. Amaba demasiado a mi prima para dejarla ir con tanta facilidad.

—Técnicamente, estamos en otoño. Te has equivocado, delincuente.

Adela estaba angustiada. Esteban, ante la provocación, se acercó donde estaban las *espadas láseres* y agarró una.

—Deberías comprarte este, pelirroja —sugirió.

Alcé una ceja.

—¿Me lo dices como un consejo de alguien que ya lo probó?

Esteban agarró a Adela por la cintura.

—Me caes bien.

—¿Eso significa que no me asaltarás hoy?

Adela me fulminó con la mirada.

—No, no te asaltaré hoy. Pero —siguió Esteban antes de que lo interrumpiera

— creo recordar que una vez me amenazaste con pegarme si traía a Adela a un lugar como Erika.

—No es mi culpa, es de Adela que quería comprarse un consolador porque dijo que no la complacías por las noches. Lamento ser yo la que te comunique esto, pero parece que la tienes pequeñita.

Adela se detuvo de golpe tan roja que parecía estar hirviendo. Esteban se limitó a sostenerme la sonrisa.

—Solo me limitaré a decir que, además de mi pene «pequeño», tengo diez dedos, dos manos, una boca y una lengua muy habilidosa.

Me dejó con las palabras trabadas en la garganta.

Esteban había ganado la partida.

## Amiga mía

El trágico día del que tanto me arrepentiría, fue ese mismo sábado. A pesar de que debía haber estado estudiando para la semana de controles que me esperaba, fui a buscar a Alex a los Hoteles Cromwell tras despedirme de Adela y Esteban. Debía estar ahí porque Alex trabajaba casi todos los sábados; había muchos problemas que solucionar y muy pocas horas entre semana para resolverlos, sobre todo cuando se daba demasiados autopermisos para contentar mis caprichos.

Al llegar me quedé fuera contemplando su fachada con indecisión. ¿Estaría o no cometiendo un enorme error? Pero eso era algo que no lo sabría hasta que hiciera algo, ¿no? Armándome de valor, cuadré los hombros; era el momento de hacerme mujer. Entré en el enorme hall cubierto de mármol con mis zapatillas haciendo el clásico sonido «ñi, ñi» a cada paso que daba. Me acerqué hasta el mesón del centro.

—Hola, necesito ver a Alex Cromwell —pedí.

La recepcionista no despegó los ojos de la computadora.

—Disculpe, vengo...

—¿Tiene hora agendada?

—No, pero él es mi amigo.

Por fin me observó y recorrió con desprecio mi cabello despeinado, mi ropa mal puesta y la bolsa enrollada bajo mi brazo para que no se notara el «Erika. Todo lo que buscas para el sexo».

—El señor Cromwell no está disponible —contestó.

—¿Lo podría llamar y decirle que Leah...?

—El señor Cromwell no está disponible —me cortó.

—Pero...

—Le aseguro, señorita, que usted no quiere que llame a seguridad.

Su mirada era un témpano detrás de las gafas de montura. Maldita cuatro ojos, infeliz.

Me obligué a morderme la lengua y no contestar nada, no quería que los guardias me lanzaran fuera del hotel. Con los puños apretados, retrocedí y saqué el celular de mi bolso. Tuve que marcar tres veces el número de Alex, porque no podía dejar de equivocarme de lo enojada que estaba. Nadie contestó. Volví a intentarlo otras cuatro veces y seguí en las mismas.

Para hacer hora me arrastré hasta un asiento en el hall y me quedé ahí bajo la mirada atenta de la recepcionista. Tal vez llamase a los guardias, ya no me importaba. Simplemente quería hablar con Alex e irnos a mi casa. No me quedó más que hacer hora jugando en el celular. Había pasado ya nueve etapas, quedándome sin vidas para continuar, cuando en uno de los ascensores apareció Alex Cromwell.

Corrí hacia él como una estampida de elefante, mientras él, ajeno a mi presencia, se alejaba con paso rápido y hablando por teléfono.

—¡Alex! —grité.

Se detuvo en seco. Con el cabello peinado hacia atrás y un traje oscuro, Alex alejó el celular de la oreja, me miró y cortó.

—Hola —dije.

Al ver que había logrado mi objetivo: hablar con Alex, la recepcionista se apresuró hacia mí agarrándome del brazo.

—Señorita, le dije que...

Alex la detuvo con un movimiento de mano.

—Es mi amiga, puedes irte. —Lo hizo con una inclinación de cabeza—. Leah, ¿qué haces aquí?

Le sonreí, intentando esconder lo mejor que podía la bolsa bajo mi axila.

—Muy ocupado, ¿eh?

Suspiró.

—Problemas con Recursos Humanos. Si alguna vez tienes una empresa, descubrirás que lo más complicado de manejar son las personas.

—Lo tendré en cuenta cuando me gane la lotería. ¿Estás muy ocupado para darte autopermisos y dejar de trabajar un día sábado?

Suspiró.

—Déjame hacer algo y estaré listo. —Se dirigió a la recepcionista—. Atiéndala, por favor.

Lo esperé otros diez minutos, pero esta vez en el comedor picoteando todo lo que me llamó la atención. Qué diferente era el trato ahora que todos sabían (los rumores volaban) que era amiga del jefecito y que mi felicidad era indispensable; algunos seriamente creían que yo podría hablar con Alex para que les subiera el sueldo. Pobres ilusos.

Ya no me quedaba nada más por picotear cuando Alex vino por mí y nos fuimos a mi casa. Sí, tal vez no había sido una gran idea ir a mi casa, siendo que Alex tenía un departamento disponible las veinticuatro horas del día para no ser molestado; pero mi casa esa noche estaría sola y, como eso casi nunca ocurría, era algo que no podía desaprovechar bajo ninguna circunstancia; lo convencí diciendo que mamá había hecho lasaña y no necesité más que eso.

Tras lanzar como un proyectil la bolsa de Erika a mi cuarto, comimos y luego decidimos ver una película.

Unos minutos más tarde me sentía tan tensa que estaba a punto de romperme. Me juré jamás de los *jamases* volver a ver una película con Alex; su mano había estado todo el rato sobre mi pierna haciendo dibujos como si yo fuera una pizarra.

—¿Sucede algo? —preguntó con sus ojos verdes fijos en mi expresión.

Tenía ganas de vomitar de los nervios, tenía ganas de lanzarme por la ventana y declararme en demencia para así no tener que seguir en esa situación. Ya no me parecía del todo bien el plan que había ideado tras leer los comentarios anónimos.

—N-no —jadeé. Carraspeé para aclarar mi voz—. No, nada.

La mitad de su rostro iluminado frunció el ceño. No alcanzó a decir nada porque la puerta de la casa se abrió de improviso.

—¡Juro que no estoy viendo nada! —Era mi hermano con una mano en los ojos y otra alzada en el aire, caminando con cuidado para no tropezar.

Pausé la película.

—Josh —lo llamé.

—¡De verdad no veo nada! —aseguró—. Solo me vine a hacer un sándwich y me iré de nuevo.

Alex tenía expresión de circunstancia.

—Josh —volví a llamarlo.

Chocó contra la puerta cerrada de la cocina. Maldijo audiblemente, dándonos la espalda.

—Ya, Leah, si es rápido.

—Josh.

Forcejeó con la puerta.

—¡Josh!

Se dio vuelta. Nos vio a los dos en el sillón y dio un resoplido despectivo.

—Puf, ¿solo ven una película? Qué aburridos...

—Creo que en la cocina hay una soga, Josh, para que te cuelgues por imbécil.

—Tan idiota que eres —murmuró.

Se fue a la cocina, dejándonos sumidos a Alex y a mí en un incómodo silencio.

—Bueno —comencé. Le sonreí estúpidamente—, tú ya sabes cómo es Josh.

Alzó la cabeza como si recordase de pronto lo que quería decir.

—Oye, tengo que decirte algo, pero —apuntó a Josh— en privado.

Se me paralizó el corazón, ¿sería posible que fuera a decirme que estaba enamorado de mí?

—Yo también tengo que decirte algo pero... —Me puse de pie—. Quédate aquí.

Encerrada ya en el cuarto, tuve que serenarme. Tenía que tranquilizarme si

quería que las cosas salieran bien. Estaba tan nerviosa que las manos me temblaban mientras me ponía el vestido de Erika, dejaba caer mi cabello por la espalda, como sabía que Alex le gustaba, y me cubría con una bata.

Tomé una larga inspiración, le recé a *Jebús* para que la declaración no saliera mal y salí.

Alex me estaba esperando en el sofá con la mirada baja, supuse que miraba su celular.

—¿Josh se fue? —pregunté.

Sonrió al verme.

—Sí.

Ya, Leah, es ahora o nunca. Tomé asiento a su lado con las manos puestas sobre el regazo.

—Ahora que no está Josh, ¿no tenías algo que decirme? —comencé como si no quisiera la cosa.

Suspiró, pareciendo un poco nervioso.

—Leah, me estaba preguntando, ¿has pensando en eso de irte a vivir conmigo? Yo... —Alzó la mirada y se encontró con la mía. Me hundí en el verde, me hundí en ese color hasta que el aire le faltó a mis pulmones—. Realmente me gustaría tenerte ahí, el departamento es demasiado grande y, verás, me siento... solo aquí. Tú tienes a tu familia, pero yo estoy solo...

Para distraerme llevé las manos al cinturón de la bata y jugueteé con el nudo.

—¿Eso era lo que me tenías que decir? —Asintió—. ¿Nada más?

—Lo siento por seguir insistiendo con el tema, es que no has hecho más que evitarlo cuando te pregunto.

—Quiero irme a vivir contigo —lo corté.

Alex se relajó contra el sofá, sonreía tanto que parecía un crío de cinco años.

—¡Genial!

Me puse de pie.

—Quiero vivir contigo —repetí—, pero solo bajo una circunstancia.

Se quedó extrañado.



—Dime, haré lo que sea.

Desaté el nudo de la bata e intenté bajármela por los hombros, dejando la parte delantera al descubierto. Nada más vio lo que llevaba debajo, me detuvo.

—No, para.

—Pero...

—No, Leah, para.

—Pero quiero mostrarte...

—Sé qué llevas debajo y no quiero verlo. —Apuntó hacia el baño—. Anda, sácatelo y tíralo a la basura.

El mundo empezaba a hacerse añicos.

—¿No te gustó?

Estaba incrédulo.

—¿Cómo podría gustarme verte así? No quiero pensar en ti de esa manera, nunca.

—Pero yo pensé... —Me retorcí aterrada—. Pensé que podría gustarte.

Apreté los puños y me obligué a tomar aire, a pesar de que mis labios temblaban. Tenía que serenarme y contarle todo antes de que el momento pasara o me acobardara.

—Alex, yo... —Tragué saliva—. Alex, yo en verdad tengo que decirte algo.

—Habla cuando te cambies.

El pánico empezaba a apoderarse de mí.

—Me equivoqué con el conjunto —admití—, pero...

Se puso de pie y rodeó el sofá. Apoyó las manos en el respaldo.

—Pues sí, te equivocaste. En ti no me gusta nada de eso.

El labio me tembló. Alcé la vista y me negué a desviar la mirada de sus ojos verdes nublados que tantos secretos parecían susurrar.

—Te quiero, y no como amiga.

El rostro se le destruyó.

—Leah, no puedes decir eso —rogó con voz ahogada, angustiada—. Dime que es una broma.

—Me gustas y mucho —continuó—. Desde hace meses que tengo estos sentimientos por ti...

—No sigas, por favor.

—... y no había querido decírtelo por miedo a que me rechazaras. Pero si no me arriesgaba, ¿cómo podía saber si tú sentías lo mismo que yo?

Alex se llevó ambas manos al rostro y se ocultó del mundo todo el tiempo que pudo. Cuando dejó caer los brazos, deseé jamás haber llegado hasta ese punto.

—No me hagas esto. Esto no tenía que ocurrir, tú eres mi amiga y los amigos no se gustan.

—Lo sé.

—Desearía que me gustases, créeme.

El corazón se me rompió.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Que tú ya no te conformarás solo con mi amistad.

Con los labios reseco, lo obligué a seguir.

—Dilo.

—Leah, yo...

—¡Solo dilo!

Su mirada me lo dijo todo: lo siento tanto.

—No te quiero de la misma manera en que lo haces tú.

## El caballero de la armadura oxidada

El fango me llegaba hasta las rodillas y yo, de unos cinco años, intentaba seguir cavando con una pequeña pala de plástico. Con la lengua fuera en modo de concentración máxima, la hundí en el lodo unos centímetros y, al momento de levantarla y sacar la tierra mojada, escuché un leve crujido y vi horrorizada el mango quebrarse.

—Leah, ¿qué estás haciendo? —gritó mamá desde casa.

—¡Nada! —contesté, lanzando la pala contra el árbol y hundiendo las manos en el fango.

—¿Segura? Llevas mucho tiempo callada y eso en ti es sospechoso.

—¡Nada, ma', yo no le hago nada malo!

Como mi mamá se quedó en silencio, yo seguí en lo mío.

—¿No estarás haciendo otro agujero en el patio? —preguntó de pronto.

Mis manos, hundidas en el lodo, se quedaron paralizadas. Miré la casa y luego el patio lleno de agujeros que papá había tapado la noche anterior.

—¿No?

—¡¿No?!

—No, ma', yo no le hago nada de nada.

Tiré el barro a un costado.

A los segundos salió mamá con un cucharón de madera y pasó la vista por el antejardín. Le sonreí inocentemente, dejando a la vista la ausencia de mis dos paletas.

—¡¿Hasta cuándo con esto de los hoyos?! —chilló mamá desde casa—. ¡No eres un perro, Leah!

Como la chapa de la reja del antejardín estaba rota, salí corriendo por la calle para que mi mamá no me alcanzara, y me lancé hacia los arbustos de una casa vecina para esconderme y ella pasó de largo. Al rato apareció y dijo al aire:

—El almuerzo estará dentro de media hora, Leah. Y, por favor, cuando entres, lávate las manos con la manguera.

Se fue.

Suspiré aliviada porque no quería que volviesen a llevarme al psicólogo de la escuela. Probablemente me hubiese quedado toda la tarde escondida si no fuese porque, en ese preciso momento, un grupo de chicas de mi misma edad pasó por el otro lado de la calle. Eran mis amigas y entre ellas iba mi prima.

Hice fuerza con los brazos para salir del arbusto e ir a hablar con ellas sobre la última Barbie que me habían regalado, una que decía ser dentista. Pero no pude: estaba atrapada en ese montón de ramas que parecían succionarme. Forcejeé, observando, entristecida, a mis amigas reír y meterse en la casa de una de ellas.

—¿Eres un duende?

En el agujero que quedaba para mirar al exterior, donde asomaban mis zapatos celestes, había un chico con grandes ojos verdes, pelo rubio y un moco colgando de su nariz. Debía tener un año más que yo.

—Sí, debes ser un duende —concluyó tras darme una rápida revisada—. Mamá dice que son hombres pequeños y colorines: como tú.

—¡Soy una niña, zopenco!

—¿Es en serio? Pareces un niño.

—¡Soy una niña!

—¿Y por qué llevas el cabello corto? Mi mamá, que es niña también, lo tiene largo.

No tenía que tocar mi pelo para saber que apuntaba hacia afuera en todas las direcciones. Era, en ese momento, una copia de la chica Ellie de la película *Up: una aventura de altura*.

—Porque me lo corté.

—¿Y por qué lo hiciste? Las niñas algunas veces son tan tontas.

Le lancé un escupo que por la posición en la que estábamos, terminó aterrizando en mis brillantes zapatos que, por más que los ensuciaba, parecían repeler cualquier cosa que no fuera ese fosforescente color.

—Ah, de verdad eres una niña —se retractó el chico de la nada—, solo ustedes escupen tan mal.

Volví a lanzarle otro escupitajo aunque esa vez no superó mi rodilla. Haciendo presión con los brazos, intenté salir del arbusto quedándome solo con el intento.

El niño suspiró.

—Dame la mano.

Las orejas se me pusieron rojas.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Y si nos ve una de mis amigas? —pregunté avergonzada.

Sus mejillas estallaron en rojo.

—Tus amigas no están por ninguna parte.

—¿Y si nos ve otra persona y cree que soy tu novia?

Se puso más colorado.

—¿Quién va a pensar eso? Ni siquiera eres bonita y pareces un duende.

Me ofendí.

—Por lo menos yo no tengo un corte de pelo hecho con un pote de cereales en la cabeza.

—¿Cómo sabes eso?

Apunté la casa dueña del arbusto donde estaba.

—Vives aquí, ¿no? —Dudó antes de asentir—. Vi a tu *ma'* cortarte el pelo el otro día.

—¿Me estabas espiando?

—No, solo estaba ahí.

—¿Y te asomaste por la ventana?

—Te oí llorar.

—Yo no lloro, soy hombre.

—¡Estabas llorando! Y se te caían los mocos así, como ahora.

Agarró un extremo de su camiseta y se sonó la nariz.

—Bueno... bueno... —comenzó. Yo aún podía ver rastros de moco—. Por lo menos a mí no me faltan los dientes.

—Igual te gano en... ¡lo que sea! —le aseguré.

—Eres una niña, las niñas no ganan.

Apreté los puños.

—¡Yo sí te gano!

—¿Acaso eres un niño?

—No.

—Entonces no puedes ganar.

—¡Te reto a comer gusanos!

—No tienes dientes para mascar.

—Se mastica con los dientes de atrás, ¿acaso no sabías?

Abrí la boca para mostrárselos. Se cruzó de brazos.

—No voy a competir contra una niña, mamá dice que no debo hacerlo.

—Eres una niña, tienes miedo de perder contra mí.

Se sonrojó.

—¡No es así!

Tras eso, agarró mi pie y sacó del arbusto. Mi blusa, que en sus inicios había sido blanca, se rasgó por la parte trasera y la falda cuadrillé estuvo a punto de resbalarse por mi delgada cadera.

—Sí que pareces un duende —comentó el chico, poniéndose a mi lado y comprendiendo que me sacaba más de una cabeza de estatura.

—¡No soy un duende, *dah!*

Y lancé una patada que conectó contra su canilla (era agresiva desde tiempos inmemorables). El niño cayó al suelo, lloriqueando y llamando a su mamá a gritos. Al segundo salió su abuela de la casa, lo puso de pie y a mí me agarró de una oreja, arrastrándome hasta mi casa mientras me quejaba. Fui recibida por mamá y, rápidamente, abuela y mamá se pusieron a discutir; abuela decía que yo era un demonio, que todo el vecindario lo sabía, y que había golpeado a su nieto; mamá gritaba algo con respecto a que el chico era mayor que yo y no sé qué más que no lograba entender.

Después de un rato de discusión, mamá cerró la puerta y esta vez fue ella la que me arrastró a la cocina por la oreja.

A la semana tocaron el timbre de la casa y, como siempre, fui yo la que fue corriendo a abrir, mientras mamá, en el baño, me gritaba que no se me ocurriera acercarme a la puerta. Pero se le había olvidado poner pestillo, algo que tenían que hacer siempre a menos que no quisieran que me escapase, y abrí la puerta.

En la entrada estaba el chico rubio. Venía peinado con la partidura al lado y llevaba puesta —dentro de sus pantalones cortos burdeos— una camisa abotonada al revés y con dos botones corridos. La tenida la coronaba con calcetines azules largos y zapatillas negras.

Tenía tres flores en la mano y me las tendió apenas salí al antejardín.

—Para ti.

Las agarré como si fueran un panal de abejas, y las lancé por sobre mi hombro.

—Las flores son feas.

—Pero... pero... me costaron mis almuerzos de esta semana.

Me encogí de hombros.

—¿Y para qué sirven?

Él también se encogió de hombros.

—No lo sé, pero los novios de mamá le regalan flores cuando mamá llora.

—Ah.

Nos quedamos en silencio, separados por la reja que me alejaba de la libertad.

En ese momento oí que mamá se acercaba hecha un basilisco.

—Me tengo que ir pero... ¿quieres venir a jugar conmigo después de almuerzo? Encontré un hormiguero en mi patio y pretendo inundarlo y ver si las hormigas saben nadar.

—Vale —contestó—. Las únicas niñas que me gustan son mamá y mi abuela, pero tú también podrías llegar a gustarme.

Entré a la casa con mamá gritando «¡Leah, si no cierras la puerta en este preciso momento, ya sabes lo que te espera!».

—Espera, ¿cómo te llamas?

—Alex.

Impaciente, esperé a que preguntara mi nombre.

—¿Y no preguntarás el mío?

—¿Para qué?

Lo miré como si fuera estúpido.

—Para que sepas mi nombre, *dah*.

—Pero si te llamas «Chucky, el muñeco diabólico», ¿cierto?

Se fue corriendo antes de que fuera capaz de agarrar la manguera y mojarlo hasta hacerlo tragar sus palabras. No tuve más opción que entrar a la casa para que mamá no me tirase las orejas cuando me encontrase.

Catorce años después de esa escena, ¿cómo era posible que me hubiese empezado a enamorar de ese chico y él no de mí? ¿Cómo era posible que me hubiese comenzado a gustar alguien que se sonaba con la camiseta y que no sintiera nada por la chica que tenía complejo de perro? Era inhumano. Completa y absolutamente inhumano y además cruel.

Con el corazón pisoteado a mis pies y humillada como nunca antes, vi a Alex moverse. Creí, ilusa y estúpidamente, que iba a besarme y decir que todo era una broma.

—Eres gay, ¿cierto? —pregunté con desesperación. Estaba tan avergonzada y triste que no quería volver a ver a Alex en mi vida—. Tienes que serlo, tienes que serlo para darle sentido a todo esto.



Alex, mi mejor amigo, ese con el que habíamos planificado convertirnos en vampiros cuando me crecieran los colmillos, tragó saliva como si le doliera.

—Que seamos mejores amigos no significa que debamos enamorarnos — susurró suavemente.

Apreté con fuerza el cinturón de la bata.

—Pero...

—No soy gay, Leah.

La barbilla me tembló ligeramente. Debía ser fuerte por mí y por nadie más.

—¿No te gusto?

Alex cerró los ojos y los mantuvo así, torturado por dentro.

—No hagas esto más difícil de lo que es, Leah.

—¿Qué es lo que no quieres que haga más difícil? Ya me rompiste el corazón.

Volteó el rostro, avergonzado.

—Se supone que tú nunca me verías de otra manera, se supone que eras mi amiga y los amigos no se gustan, ni mucho menos se enamoran.

Llevé la mano hacia el pecho, sintiendo un dolor punzante ahí donde solo una vez lo había sentido antes: al dejar a James. No podía estar ocurriendo otra vez, no lo soportaría.

—Que seamos amigos es la principal razón para gustarnos, nos conocemos más que nadie. ¿Es que no lo ves, Alex? No hay nadie mejor para nosotros.

Seguía sin dignarse a mirarme a los ojos.

—Lo siento, Leah, pero no lo veo.

—Yo...

—Hay tantas razones por las que no podemos salir juntos, Leah, que jamás lo entenderías.

Lo golpeé en pecho tan fuerte que, si era capaz de seguir respirando, era porque no tenía corazón. Como siguió inspirando con tranquilidad, me dejó en claro que ese lugar estaba vacío.

—Entonces, si nunca lo viste así, ¿por qué me besaste? ¿Por qué me besaste

cuando solo era tu «amiga»?

Lo volví a golpear, seguía sin reaccionar. No tenía corazón; Alex no tenía corazón. ¿Cómo después de tantos años no lo había visto? ¿Cómo había creído conocerlo si siempre sus ojos habían insinuado tantos secretos?

Finalmente, volteó la cabeza y me miró con tanta tristeza, que estuve a punto de pedirle disculpas por haberme hecho ilusiones y roto el corazón solita.

—Porque creí que podría haber algo entre nosotros; porque creí que, si te besaba, volvería a quererte como lo hice cuando era pequeño.

—¿Y por qué creíste eso, Alex? ¿Por qué creíste que podría haber algo entre nosotros si solo me veías como amiga? —Y de pronto lo supe—. ¿Desde cuándo sabes que mis sentimientos habían cambiado?

Se sentó en el sofá con un largo suspiro.

—¿Tiene importancia eso ahora?

—¡Por supuesto que sí! —chillé.

Se pasó ambas manos por el rostro.

—Leah, no sigas..., no tiene sentido.

Los ojos me ardieron.

—Quiero saberlo todo.

—Pero, *pequeña Leah...*

—¡No me llames así! —rugí.

Comencé a tiritar por la ira contenida y por la estupidez de haber caído nuevamente en esa enfermedad llamada amor.

—Por esto no quería que pasara esto... —susurró derrotado—. Por esto no tenías que sentir nada por mí.

—No te hagas la víctima, por favor.

Su iris verde estaba tan oscuro que casi parecía negro.

—Me acabas de confesar que te gusto. ¿Y sabes lo que significa eso? Que acabo de perder a mi mejor amiga, ¿acaso debiera estar feliz?

—Entonces no debiste haberme besado.

—Fue solo un beso.

—¿Solo un beso? ¡Fue más que eso!

—No le eches la culpa al beso —pidió—. Te había comenzado a gustar desde mucho antes, Leah. Eres demasiado transparente con tus sentimientos como para no haberme dado cuenta de ello.

Me tembló el labio y la ira se esfumó.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—¿Tenía qué decírtelo? —Estaba frente a mí—. ¿Qué querías que te dijera: «Sabes, Leah, creo que te gusto, pero te pediré cortésmente que lo olvides y volvamos a ser amigos como siempre»? ¿Eso querías? —Sacudió la cabeza—. Nunca entiendes nada, nunca...

—¡Pues lo siento por no entender nada! —lo corté en seco—. ¡Lo siento por haber llenado mi cabeza hueca con ilusiones estúpidas! ¡Lo siento por haberte comenzado a ver de otra manera! ¡Y más lo siento por haber creído que tu beso significaba algo! Así que no me vengas con tu habladuría barata, diciendo que yo me equivoqué cuando no fui yo a la que se le ocurrió besar a su mejor amiga.

Lo que hizo a continuación ahuyentó por completo cada sentimiento de mi cuerpo y no dejó más que el increíble shock: se dejó caer de rodillas y abrazó mis piernas, como si no quisiera que me fuese nunca.

—Lo siento, Leah —suplicó con la boca pegada a mi muslo—. Lo siento tanto. Las cosas nunca debieron haber salido así y por eso lo lamento. Lo siento por no haber hecho algo antes y lo siento aún más por haberte mandado señales confusas con ese beso, pero yo solo quería que no te fueras de mi lado, que te quedaras conmigo. Y sabía que, en el momento en que te dijera que no me gustabas de la misma manera, pasaría esto y me dejarías. Y no creo que pueda estar sin ti. Eres mi mejor amiga..., eres mi mundo entero. Eres la única mujer, aparte de mi madre, que realmente me interesa y preocupa.

—Alex...

—¿De qué nos serviría tener una relación? Las parejas mueren, el amor de pareja muere y la amistad es lo que siempre queda. Y yo te quiero tener para siempre, egoísta o no, quiero que estés a mi lado para siempre.

—Alex —dije cuando terminó con la garganta hecha un nudo—, ¿y qué pasa

si yo ya no me conformo con tu amistad?

Aún de rodillas, tan miserable como podía mostrarse, la desesperación transformó su rostro.

—No, Leah, por favor. De pequeño me gustabas, y estaba enamorado de ti, porque eras la persona más valiente que había conocido.

—¿Y ya no soy valiente, entonces? ¿Por eso ya no te gusto?

Negó rápidamente.

—No, lo sigues siendo. Y por eso superaremos esto, juntos, y luego nos reiremos en el futuro de cómo tú me gustaste primero y después al revés y finalmente seguimos siendo amigos. Parecerá una estupidez. Lo prometo. *Pero no te vayas.*

Lentamente fui alejando los brazos de mis piernas hasta que el frío me rodeó.

—Alex... lo siento pero... me rompiste el corazón. No puedo seguir siendo tu amiga, ¿no lo ves?

—Pero yo te quiero. Te quiero mucho más de lo que cualquier hombre podría quererte. ¡No tenemos que ser pareja para amarnos!

Intenté sonreír pero no salió nada.

—Necesito estar sola y no verte por un tiempo. Lo necesito si no quiero terminar odiándote por el simple hecho de estar tan cerca. Te quiero, pero necesito estar sola. —Me encaminé hacia mi habitación—. No me sigas, por favor.

A los minutos la puerta principal se cerró suavemente.

No lloraría. No lloraría. No se había terminado el mundo. Seguíamos siendo amigos, ¿pero a qué costo? ¿Volveríamos a tener la misma amistad de antes? Tenía que intentarlo, si Alex había podido soportar que yo no lo quisiera durante años, ¿por qué me estaba comportando de manera tan egoísta cuando él jamás me pidió nada a cambio y yo se lo estaba exigiendo todo?

Quedé tan triste que no podía llorar, porque todas mis emociones querían explotar de golpe y la puerta era demasiado pequeña como para dejarlas pasar en conjunto. Caminé hacia la estantería repleta de mis libros y agarré el ejemplar de *El caballero de la armadura oxidada* de Robert Fisher, abriéndolo en una de las tantas citas que tenía marcadas.

«¿Habéis confundido la necesidad con el amor?».

Agarré los calzones comestibles y comencé a comérmelos mientras por fin las emociones lograban traspasar la puerta. Lloré por largos minutos con la boca llena. Y mientras más lloraba, más me los comía.

La vida no podía ser más miserable.

\* \* \*

Cuando Alex y yo comenzamos a cultivar nuestra amistad, yo era otro amigo para él. Después de largos retos de su madre, por andar jugando conmigo como si fuera otro de su pandilla, comprendió que era una niña. Y por mucho que yo intentase aparentar otra cosa, no podía saltar tan alto como él, escupir tan bien como un niño, lanzar piedras a un lago con el mismo efecto que las hacía rebotar hasta diez veces antes de hundirse o eructar como si el mundo se fuera a acabar. Pero tardó mucho tiempo, tanto, que si no hubiese sido por ese pequeño incidente, aún seguiría tratándome como a uno más de su pandilla.

Uno de esos incidentes fue el día que me llegó mi primera menstruación. La verdad, no sabría decir para quién fue más terrible. Lo más probable es que para él, porque yo no hacía más que quejarme de dolor medio consciente de mi situación, mientras que él preguntaba: «Leah, ¿llamo a la ambulancia?, ¿la llamo?, ¿la llamo?, ¿la llamo?», hasta que lo hizo. Lo peor sucedió cuando llegamos al hospital y medio personal se enterneció porque un chico de catorce años no sabía que a su «novia» le había llegado la regla por primera vez.

Pasó el tiempo.

Faltando unos dos meses para mi cumpleaños número catorce, Alex desapareció. Casi cinco meses después de eso conocí a James. Luego había dejado a James y había aparecido Alex. Y ahora estaban los dos en mi vida, ¿sería eso una señal del universo?

Fuera cual fuera la razón, el día lunes cuando llegué a la universidad estaba convertida en un desastre, más porque el día domingo me lo había pasado en el baño por unos calzones que me cayeron mal al estómago. Era obvio, entonces, que me iba a ir mal en el control que nos hizo el Dementor tras reírse de nuestros puntajes de la prueba de nivelación.

Estaba, en conclusión, hecha mierda. Yo realmente había sentido cosas fuertes por Alex. Y era patética, al punto de llegar a un punto tal de desesperación por

intentar comprender lo que había sucedido, que había terminado leyendo unas definiciones muy patéticas sobre el amor. La más horrible había sido la que comparaba el amor con la sal, el limón y el azúcar; decía algo así:

«Te despiertas una mañana sin saber si quieres limón con sal o una limonada. Escoges el limón con sal, porque es, en conclusión, la medida más rápida. Pero a la mañana siguiente, por haber comido tanto limón con sal, te das cuentas de que tienes sed y te ves en la obligación de trabajar para hacerte la limonada. Cuesta y te cansas exprimiendo limones, así que es inevitable preguntarte por qué mejor no tomas un poco de limón solo. Lo haces, pero es demasiado ácido y, rápidamente, vuelves a tener sed. Sigues en lo de exprimir limones para la limonada. Cuando acabas, por fin, le echas el azúcar, agua y te la bebes; de inmediato, la sed se acaba y te das cuenta que has llegado a la solución. La limonada te había costado más que el limón solo o con sal, sin embargo, el resultado valía la pena.

Así es el amor: lleno de limones que necesitan algo para ser la pareja perfecta, y repleto de sal que solo engaña tus sentidos. Pero finalmente está la limonada: algo que cuesta y es perfecto cuando se logra. Eso es el amor».

Una mierda. Mi ser lógico y racional no podía sentirse enternecido por una mierda como esa. ¿Por qué el tipo o tipa no había comido limón con sal y luego había bebido agua para quitarse la sed? No, había tenido que exprimir los malditos limones para hacer una mierda de limonada llamada «amor». Yo le habría echado un poco de miel a los limones y habría obtenido un resultado tan bueno y sin tanto trabajo. *Bah*, tal vez por eso me iba tan mal en esa mierda del amor, no era capaz de esforzarme lo más mínimo para preparar un poco de esa maldita limonada. Que se pudran todas las limonadas del mundo, yo quería limón con sal. O con miel, mucho mejor.

Suspiré y volví a sentirme miserable. Salí de la clase de Cálculo con el alma succionada por el Dementor. Afuera, Camila me esperaba y comenzó a hablarme sobre el control y que la pregunta uno era siempre la fácil, la dos era nivel medio y la tres era la *very, very hard*. Yo las había encontrado todas difíciles y solo tenía una semana para las primeras pruebas y estaba lista para irme a la horca.

A la hora de almuerzo apareció O'Connor, sentándose en la misma mesa que compartíamos con Blair y Camila; todos me observaban como si me hubiese salido un cuerno en medio de la frente. Enfoqué la vista en mi almuerzo... un momento, ¿estaba comiendo ensalada? Con razón me miraban tan raro. Pero,

como sea, no tenía ánimo para ir a buscar otra cosa y continué picando como una autómatas, mientras O'Connor intentaba llamar mi atención.

—Lleva toda la mañana así —dijo Derek.

¿Quién? ¿Yo?

—¿El control? —preguntó James.

—Está así desde que llegó —contestó Camila.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordarlo todo. Una canción, con un ritmo igual al de *Mary tenía un corderito*, resonó en mi cabeza, pero con otra letra muy diferente a la original:

*Leah tenía un amigo, un amigo, un amigo.*

*Leah tenía un amigo al que ella deseó.*

*Y Leah a su amigo le confesó, le confesó, le confesó.*

*Y Leah su amor le confesó y él la rechazó.*

Mi cabeza cayó sobre el plato de ensalada y con una hoja de lechuga pegada al ojo y la ralladura de zanahoria queriendo meterse por mi nariz, comencé a llorar. Tuve que levantar la cabeza cuando un pedazo de apio logró colarse en mi fosa nasal y comencé a gorgotear. Lo lancé lejos mientras O'Connor, Blair y Camila estaban paralizados; yo continué gimoteando y volví a enterrar mi cabeza en la ensalada. Se me metió un poco de limón en el ojo (ironía de la vida en su mejor expresión) y me tambaleé como un dinosaurio herido hacia el baño para enjuagármelo.

Mi mala suerte: caí en el baño de hombres.

Así que ahí estaba, con el cabello despeinado, la nariz, boca y ojos hinchados por haber estado llorando, un ojo empuqueñecido como una ciruela por el jugo de limón y gimoteando en miseria en el baño de chicos. Era tan patética que me daba lástima hasta respirar.

Los chicos no hacían más que mirarme extrañados para luego esquivarme. Intenté disimular mis lágrimas de corazón roto con unos «¡Maldición! ¡Me entró limón en el ojo! ¿Alguien tiene una cura?». Un chico se me acercó para ayudarme justo cuando una mano aparecía de la nada, agarrándome de la muñeca y sacándome de ese lugar.

—Ya sabía que te habías metido ahí.

Era O'Connor. ¿Por qué siempre sabía dónde estaba, dónde no quería estar y a dónde había entrado por equivocación?

Ahora lo único que le faltaba a mi vida: que un ex novio me consolara. Y tenía todo el sentido del mundo porque cuando había terminado con él, Alex me había brindado su cariño y ahora le tocaba el turno a O'Connor. Solo quedaba darles un numerito a cada uno y decirles «¡Eh, no se apresuren! Cada uno tendrá su turno para destruirme el corazón y consolarme». Más imbécil era yo que lo permitía. Pero la carne es débil y más débil cuando el alma sufre (me ponía poética en los malos momentos).

A pesar de mi débil reclamo, me arrastró por el concurrido patio hasta que llegamos a un lugar solitario y me obligó a detenerme bajo un árbol.

—Ahora me dirás qué te pasó.

Si me lo hubiese pedido con suavidad, con ese tono dulzón que ocupaba para hablar conmigo cuando tenía alguna crisis, tal vez lo habría rechazado y mandado a comer espárragos, pero me lo ordenó y como yo estaba demasiado descompuesta, mi cerebro reaccionó a ello y contestó:

—Yo lo quería, ¿lo puedes creer? Realmente lo quería.

Y lloré otra vez.

—¿A quién querías? —Ahí estaba ese tono dulce—. ¿Se murió alguien, Leah? No contesté.

—¡Leah!, ¿se murió alguien?

Negué suavemente con la cabeza, enjuagándome las lágrimas.

—No, pero yo lo quería y todos pensaban que era un punto seguro... hasta yo pensé que era un punto seguro, pero lo quería... y él me rechazó... ¡Me rechazó!... y yo realmente lo quería... realmente me gustaba. Y no puedo culparlo... no puedo. Yo fui la estúpida por haberme hecho ilusiones con un amigo y por ver algo más en la amistad que me ofreció. Y ahora lo perdí y no queda nada.

Intenté hacerme la fuerte y ahuyentar las lágrimas que no dejaban de escapar de mis ojos, deslizándose por mi rostro y muriendo en mis temblorosos labios, mientras James continuaba a un metro de mí mirándome con el corazón en la



mano. Parecía dolerle a él tanto como a mí verme tan destrozada.

—¿Quieres hablar? —preguntó con voz suave.

Negué con un movimiento de cabeza, meciendo mi cabello para todos lados.

—Solo... —Me lamí los labios y de pronto algo dolió profundamente en mi pecho.

—¿Solo qué? Puedes pedirme lo que quieras.

Su corazón seguía latiendo en sus manos y sus ojos azules parecían dos ventanas a un alma adolorida por el desamor. Quise más que nunca perderme en él y volver a sentirme como en el pasado cuando yo era el centro de su universo.

—¿James?

—¿Sí?

—Yo solo...

—¿Sí, Leah?

Estiré mis brazos hacia él.

—¿Podrías abrazarme, por favor?

No necesitó ni pidió explicaciones, no quiso que se lo repitiera ni vaciló un segundo. Tan pronto había terminado de suplicar, sus brazos me apretaban contra él y su calor me rodeaba, reconfortándome como un bálsamo para las heridas. Sus labios fueron como una caricia en mi frente.

—Bienvenida a la realidad de muchos —susurró—. Bienvenida al desamor con todas sus letras.

Sin importarme lo que había pasado entre nosotros, me derrumbé contra él y me permití volver a sentir su cariño una vez más, mientras lloraba en el pecho del tan constante James que al final había sido tan inconstante.

Y fue en ese momento, solo en ese pequeñísimo instante, cuando las energías del universo se habían alineado en lo que me demoré en volver a reforzar mi corazón con una armadura, que supe que Alex podría ser mi limonada, pero James era mi limonada con miel. Pero luego todas las energías del universo se habían dispersado y O'Connor siguió siendo lo de siempre: nada más que una ralladura de limón que solo podía ser ocupada en baja cantidad, porque podía amargar hasta el pastel más dulce si abusabas de ella.

## Leah tiene problemas con Cálculo

Dicen que el tiempo cura las penas de amor; a mí solo me había dado un sarpullido de lo más irritante. Cada vez que oía el nombre «Alex» me ponía como un basilisco. De verdad, Dios mío de mi corazón santísimo, no tenía idea de cómo lo iba a hacer para encarar a Alex y volver a ser amigos por siempre, cuando lo único que quería era arrancarle la cabeza de un mordisco. Imagínense que la última vez que me había llamado, había terminado tan enojada que había lanzado literalmente mi teléfono por la ventana justo cuando Adela entraba a mi cuarto.

—¿Pero qué demonios estás haciendo?! —preguntó, elevando la voz.

Mi desconcierto fue brutal porque Adela nunca, pero nunca gritaba, era de las que siempre buscaba el diálogo mientras yo me volvía loca por las dos.

—Eh...

—Te dije, ¿qué acabas de hacer?

Apunté la ventana con movimientos débiles. ¿Qué más que eso podía hacer? Ella era como la mamá gallina reprendiendo al pollo más cobarde de la ¿camada? Ni puta idea cómo se agrupaban las aves con sus retoños.

—Ups. Creo que lancé mi celular por la ventana.

Puso las manos en la cintura.

—No, por suerte está ahí. —Apuntó el suelo al costado de la ventana—. Pegó en el marco, por primera vez tu puntería fue un asco.

Suspiré apartándome el pelo de la cara.

—Es que estoy enojada.

—¿Y por qué?

—Ya sabes —respondí a la ligera con un hilo de voz.

—¿Es por lo de Alex?

Me indigné de inmediato por su tono desinteresado.

—¡¿Cómo que «es por lo de Alex»?! ¡Sabes perfectamente que sí porque fuiste tú la culpable de que yo cometiera tamaña estupidez!

Era obvio que no era el mejor día de Adela porque estaba tan ácida y malhumorada como en un día normal mío.

—¿Mi culpa? ¡¿Mi culpa?! ¿Acaso yo te di la idea de comprarte ese estúpido conjunto sexy para declararte?

Por supuesto que ella no tenía nada que ver en el tema, pero necesitaba culpar a otra persona para sentirme un poco mejor conmigo misma. Dios, es que me recordaba deseando quitarme la bata y me entraban unas ganas de zamparme una docena de calzones comestibles, para ver si así me moría intoxicada y olvidaba la horrible humillación de haber sido rechazada por un amigo que conocía desde que se comía los mocos.

—¡Claro que fue tu culpa! —solté—. Es tu culpa y de todos por recriminarme por cobarde, ¿es que no entienden que mi yo cobarde es el ser cuerdo dentro de mí? Porque mi parte Gryffindor es como Neville, ¿entiendes? Solo deja la escoba cuando se entromete, a menos que...

—¿Qué?

—Bueno, que al final igual mató a Nagini y tuvo su momento de estrellato.

Fue ese comentario desacertado el que la hizo explotar:

—Mira, Leah, te voy a decir algo que te va a doler, pero que tienes que saber para que de una vez por todas te bajes de la nube egocéntrica en la que vives. —No me dejó prepararme mentalmente porque continuó al hilo—: Es el momento en que te admitas a ti misma que solo estás obsesionada con Alex porque crees que es mejor opción que otra persona, pero ¿te digo algo? Que tú pienses que él es perfecto para ti, no significa que sea recíproco. ¿Entiendes lo que te digo? No porque se conozcan de toda la vida se tienen que gustar.

Y cuando creí que ya no podía soltar nada más horrible, agregé:

—Las personas normales superan a sus antiguos amores, es el círculo de supervivencia. Solo un loco insistiría con algo que no resultó.

Me quedé con un enorme nudo en la garganta. ¿Cómo podía decirme algo tan

horrible? Por primera vez desde que nuestras madres nos habían presentado, ella con un mes y yo con tres días, Adela me hizo llorar de impotencia e injusticia con esas falsas y dolorosas acusaciones.

No quise ni siquiera plantearme su consejo, porque no era cierto, por supuesto que no.

\* \* \*

Para el jueves 23 y tras haber sido rechazada por Alex, rendido una semana de controles, recibido un cruel comentario por parte de Adela y tenido ya cuatro días agotadores de pruebas, me sentía al borde de estallar y caer en una crisis nerviosa irremediable. Por eso, mientras me dirigía a la ayudantía de James, donde nos entregaría las notas del control de la semana pasada y resolvería la prueba de Cálculo, solo quería hacerme bolita y mandar todo al demonio. Sin embargo, impresionándome incluso a mí misma por mi fortaleza mental, me mantuve firme cuando vi la prueba resuelta y me di cuenta de que lo único bueno que podría tener (si es que, claro, por mi estupidez mental no me había equivocado) era mi nombre.

Ya no solo mi vida sentimental era un desastre, sino que se le sumaba además mi fracaso académico. En definitiva, la universidad era un desastre.

James dio por finalizada la ayudantía y empezó a entregar nuestras notas de controles a medida que salíamos de la sala. Aún me avergüenza admitir que fui a recibir mi nota con cierta confianza en el corazón porque, en el fondo, creía que, como O'Connor quería conquistarme, haría trampa y me pondría una mejor nota para ganarse mis favores. Como desde hace dos semanas todo parecía salirme peor que horrible, la nota que me entregó O'Connor fue un 1,1.

Increíble.

—Es una broma supongo —dije con incredulidad.

—¿Por qué tendría que serlo? —contestó con total tranquilidad. Siguió entregando controles a pesar de que yo me negaba a moverme del escritorio.

—¿Un 1,1? ¿Me pusiste un 1,1? ¿Tú a mí?

La alumna que estaba recibiendo su hoja, se quedó atenta. James se puso alerta de inmediato.

—Es la nota que se merece. —Rebuscó algo entre sus cosas y luego me tendió un papel—. Ahí están las preguntas resueltas, míralas con tranquilidad y luego dime si no merecías esa nota.

Había atacado mi orgullo con un sable de indiferencia. Con el alma ardiendo de injusticia, fui a revisar las respuestas porque era inconcebible que me hubiera sacado esa nota cuando yo, la única vez que había recibido un 1,0 había sido cuando rompí mi prueba en dos tras rayarla con el nombre de ese ayudante incompetente.

—Ya, déjalo estar —dijo Blair al empezar mi tercera revisión del control.

—Ándate, no te quiero ni ver —contesté.

—Te sacaste un 1,1 ¿y qué? Yo tuve un 2,2 y Camila un 2,8 y ninguno de los dos está llorando como tú. Asume tu nota, tu cerebro no da para más.

Arrugué el control entre mis manos mientras los ojos, de manera repentina, se me llenaban de lágrimas. Él no entendía, como siempre Derek no entendía. No era que la calificación me molestara tanto, era simplemente lo que había rebalsado el vaso.

Camila, al lado de Blair, se mostró preocupada.

—Leah, ¿qué te pasa? Llevas ya casi dos semanas así, ¿tienes problemas familiares? ¿Sabes que puedes hablar con nosotros cuando quieras?

Blair no parecía muy dispuesto a apoyarme, pero por lo menos no lo había negado.

—Solo déjenme —pedí con un nudo en la garganta.

La sala de ayudantía se había vaciado, quedando como únicos ocupantes Blair, Camila y O'Connor con una estudiante a la que no le prestaba atención porque me estaba mirando.

—Pero, Leah... —insistió Camila.

—Por favor, váyanse —pedí—. Yo solo quiero... quiero que me explique un ejercicio y me irá. —El nudo en mi garganta casi no me dejaba respirar y las lágrimas querían correr desde mis ojos—. Mañana nos vemos en la prueba de Física.

Camila fue a decir algo, sin embargo, Derek la interceptó y, agarrándola por los hombros, se la llevó.

—Vamos; estará mejor con James.

Salieron de la sala en el mismo instante en que O'Connor le pedía a la chica que se fuera, quien, tras una débil protesta, abandonó la estancia cerrando la puerta suavemente dejándonos a James y a mí sumidos en un silencio cargado de emociones. Se acercó y arrodilló al otro lado de mi banco, apoyando las manos en la mesa que yo sostenía con los dedos en blanco por la tensión. Quedamos a un palmo de distancia.

—¿Todavía sigues sin querer hablar? —Asentí débilmente. Lo aceptó sin protestar—. Bueno, como tú no quieres decir nada, te contaré una historia. ¿Alguna vez te dije cómo Derek y yo nos hicimos amigos? —No, claro que no lo había hecho porque con mi egoísmo jamás se lo había preguntado. Tomó mi silencio como negación—. Bien, todo partió porque nos quedamos encerrados en un ascensor.

Sonrió con nostalgia, agarró una silla y la ubicó frente a mí. Como si fuera un gesto tan sencillo y cotidiano entre nosotros, estiró la mano y secó una lágrima silenciosa con el pulgar. No alcancé a reaccionar, porque continuó como si nada hubiera pasado.

—Mira, verás, a Derek lo conozco de toda la vida. Como nuestro mundo es tan pequeño, él y yo hemos coincidido siempre. He de admitir que admiraba mucho a Derek, ¿lo puedes creer? De pequeño, Derek era la pesadilla de todos...

—¿Más que ahora? —susurré débilmente.

Tenía una expresión soñadora por los buenos recuerdos.

—Más que ahora; nadie lo soportaba y era el líder. Cómo no, yo moría por juntarme con él y hacer el caos, pero mi mamá... —Vaciló leves segundos— me lo tenía estrictamente prohibido y yo le hacía caso en todo. El punto es que a mí me cambiaron al internado a los doce años y no conocía a nadie, por lo que era el blanco de burlas de todos, principalmente de Derek.

—¿Derek y tú enemigos? —Sin poder evitarlo solté una carcajada temblorosa—. No me lo puedo creer.

—Oh, créelo, porque el condenado incluso me escondió la ropa cuando me estaba duchando tras la clase de Educación Física y me tuve que devolver solo con una toalla.

Era obvio que ese era un castigo para él, pero no para las chicas, aunque a los

doce años, ¿James habría mostrado indicios del joven que ahora era o había sido un renacuajo que luego se convertiría en el príncipe rana?

—Como yo era diferente a él —continuó James—, nunca devolví la agresión, porque sabía que en algún momento Derek cambiaría.

—¿Y si no lo hacía?

—Algún día moriría. —Solté otra risa ante el comentario cruel. Sus ojos se arrugaban adorablemente, alegrándome con ello. Algunas veces amaba su alegría por las pequeñas cosas y otras muchas me superaba. James era de las personas que amaba la vida y yo, tal vez demasiadas veces en el día, la detestaba—. Y como yo bien había pronosticado, un día Derek cambió, pero por las malas: él y yo nos quedamos encerrados en el ascensor porque sus amigos, haciéndole una broma pesada, cortaron la luz del edificio.

—¿Y desde ese día que están enamorados? —bromeé—. Estoy maravillada con el comienzo de su romance.

De hecho, la historia que me estaba contando era del inicio del famoso y *shippeado* Jarek. Era hasta cierto punto emocionante.

—Sí, desde ese día que somos amigos porque resultó ser que Derek es claustrofóbico.

Alcé las cejas en señal de sorpresa.

—No tenía idea —comenté. Ahora tenía sentido por qué me lo había encontrado en la escalera ese día de nuestro reencuentro: le tenía miedo al ascensor.

Solté por fin la mesa dejando libre la tensión de mis manos.

—Ah, ahora lo entiendo todo. Resulta que ambos se quedaron encerrados ahí y al cobarde de Derek le dio un ataque de pánico, tú lo consolaste y nació el amor.

—Sí, algo así. —Presentí que estaba evitando algo y lo dejé estar; probablemente fuera una humillante anécdota de Derek orinándose en los pantalones de miedo.

De pronto se acabó el tema de una conversación que yo no quería que se terminara nunca; principalmente, no quería que ese instante de paz y entendimiento entre nosotros se esfumara.

Comencé a dibujar cosas invisibles en la mesa con un dedo para evitar sus ojos azules.

—¿Y todavía sigues con lo de no comer carne?

—No, todavía no como carne.

—¿Y por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no comes?

—¿Por qué no, querrás decir?

—¿Te hace mal? —insistí.

—No necesito tener una enfermedad para dejarla. Me parece mal comerla, personalmente siento que es como comerse a uno mismo.

Bufé.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías? —se había indignado—. La única diferencia existente entre comerse un animal y comerse a un humano es que una cosa está aceptado socialmente y la otra no.

—Ya, pero tu cuerpo está compuesto por un 70% de agua y cuando la tomas, ¿acaso sientes que te estás bebiendo a ti mismo? —bromeé.

Se quedó demasiado serio. Me mordí el labio en signo de arrepentimiento, ¿por qué siempre tenía que decir una idiotez y arruinarlo todo?

—Lo siento, haz como si no hubiese dicho nada —me disculpé. Como necesitaba aliviar la situación, cambié de tema—: Por cierto, no tenía idea...

Decidió dejarlo estar porque muchas cosas debían quedarse así para soportarme.

—¿Idea de qué?

Jugueteé con las puntas de mi cabello para hacer algo.

—De lo de tus abuelos..., lo que contó Derek el otro día en el restaurant.

—Ah.

Su expresión se ensombreció. Me asusté por haberla embarrado nuevamente



con mis temas de conversación.

—Ay, no, lo siento, no sabía que era un tema delicado.

Estiró el brazo y me agarró la mano para que dejara de arruinarme el cabello intentando anudarlo. El pulso comenzó un *crescendo* paulatino, junto al renacimiento de algo en la boca del estómago. No protesté cuando su mano se mantuvo sobre la mía, engulléndola por su tamaño.

—Tranquila, no lo es.

—¿Vives con ellos, entonces? —pregunté, tanteando el terreno como si estuviera minado. Aunque más que tantear el terreno, estaba moderando mis palabras para no salir con una nueva idiotez que pudiera arruinar todo el avance.

—Viví —corrigió y prosiguió a explicar—. Nunca he tenido una buena relación con mis padres, ya sabes. Así que cada cierto tiempo me iba donde mis abuelos —tomó una inspiración temblorosa—. Era maravilloso.

Incliné ligeramente la cabeza hacia la derecha.

—¿Y por qué no te vas a vivir con ellos? Se nota que te hacen feliz.

—Sí, mucho. Mis mejores y únicos momentos felices en mi infancia fueron con ellos. Lamentablemente fallecieron hace poco más de un año.

—Siento no haberlos conocido —musité torpemente—. No sabes cuánto me arrepiento de no haber aprendido más de ti cuando tuve la oportunidad de hacerlo. —La sorpresa brilló en su mirada—. Hay tanto que no sé de ti... y fui tu novia, ¿entiendes? Soy en extremo egoísta, ¿no? Muchas veces soy un asco de ser humano. —Se me hizo un nudo en la garganta que me hizo vacilar, pero continué tan rápido como pude para que James no me interrumpiera—. Incluso ahora que me estoy disculpando, vuelvo a centrarlo todo en mí cuando estábamos hablando de tus abuelos. Cuéntame más de ellos, por favor.

No contestó de inmediato.

—Has sido egoísta muchas veces —confesó. La boca me supo a miseria y mis ojos lagrimearon en derrota, porque ahí estaba el único tipo que probablemente me había amado aceptando uno de mis defectos más odiados—, pero eso no te convierte en un asco de persona, solo en una persona corriente que cuenta con defectos que la hacen real. Ahora, con respecto a mis abuelos, ellos sí te conocían. —Cubrió con una palma sus mejillas sonrojadas y yo me sentí turbada

—. Les hablé de ti. A mi abuelo le encantabas porque le recordabas a mi abuela Maribel... verás, ellos se amaban y cuando mi abuela murió, él la siguió rápidamente. Sonará tonto, pero creo que él se dejó estar para acompañarla, ella lo era todo para él.

—¿Y por eso eres así, James?

Inclinó la cabeza como un cachorrito perdido.

—¿Así cómo?

—Paciente, perseverante...

Pareció turbado e incómodo por los halagos.

—Mi abuelo siempre me dijo que luchara si amaba algo... pero no lo hice del todo bien.

No, porque me había dejado para comprometerse con otra.

—Me di cuenta hace dos años —susurré.

—¿Por qué? —quiso saber—. A pesar de todos los problemas que he tenido con mis padres, los amo y no los abandoné.

La boca se me secó. Mientras yo pensaba que él había dejado de luchar por mí, la realidad era que él había estado peleando por no abandonar a su familia.

Decidí cambiar de tema porque me dolía mucho continuar con una conversación que abría viejas heridas.

—Por cierto, James, ¿al final por qué ingeniería optaste?

Se tocó el mentón pensativo y se mostró un poco desconcertado por la nueva pregunta; no entendía por qué, de pronto, necesitaba saber más de él.

—Todavía por ninguna, pero estoy tomando materias más económicas y del manejo empresarial e industrial que me llevarán seguramente a Ingeniería Industrial. Ya sabes —se encogió de hombros—, para serle útil a mi padre como asesor de...

Silencio repentino. Su rostro era culpable, como si hubiera hablado demasiado. Esta vez fui yo la que me puse seria.

—James, ¿y qué sucedió con lo que tú querías?

—¿A qué te refieres? —se quedó alerta, como un animal acorralado.

—Tú querías estudiar algo relacionado con la medicina y terminaste en ingeniería como tu padre quería.

Rascándose la nuca, se puso de pie y supe que la conversación estaba a punto de llegar a su fin.

—Como una vez te dije, las cosas son complicadas y no las entiendes; sigues sin hacerlo.

—Y jamás lo haré si no me lo explicas.

Hizo una mueca con los labios.

—Y hay cosas que nunca deberían ser explicadas.

Se fue de la sala sin decir nada más.

Esa noche hice algo que me había estado planteando desde hace unos días: le envié una solicitud de amistad a James a su red social. A pesar de que debería estar dándole las últimas repasadas a la materia de Física e Introducción a la Ingeniería, porque al siguiente día me tocaba prueba de ambas materias, pasé largas horas mirando sus fotografías cuando él aceptó mi solicitud y nos hicimos amigos virtuales.

No me atreví a enviarle un mensaje por mucho que mis dedos picaron por tocar el teclado y pedirle disculpas, una vez más, por nunca entender nada.

\* \* \*

Podía concluir mi semana de pruebas con una simple oración: me fue como el reverendo pepino. Así que, cuando fui a Álgebra el día lunes a primera hora y recibí un hermoso 5,1 de calificación, he de admitir que quedé en cierto punto impactada, sin embargo, me repuse rápidamente y, como es normal en mí, el ego se me elevó hasta la estratosfera y después hasta el espacio al ver el 2,9 de Blair.

Para cuando entramos a la sala de clases de Cálculo I, con Blair pegado a mis talones (no tenía más amistades, al parecer), me sentía flotar en los aires, así que tomé asiento con Camila conteniéndome para no explotar de felicidad; Blair, por suerte, se fue hacia un grupo de chicos que se creían la gran cosa y se titulaban «Los Ingeniebro», una pésima mezcla entre ingenieros y ebrios; me tenía que retractar: tenía más amigos, el condenado. Eran idiotas empedernidos e irremediables, pero amigos al fin y al cabo.

—Les entregaré sus calificaciones —anunció el Dementor y una macabra expresión cruzó su rostro—. Son una basura, una vergüenza, le recomendaría a algunos no volver a mis clases porque no tienen la madera que se necesita para ser un ingeniero. —Sacó las pruebas de su raído bolso y las dejó sobre la mesa—. Tras recibir sus notas, si no tienen quejas o comentarios, pueden retirarse.

Comenzó a repartir los resultados entre los alumnos y yo esperé expectante. No me esperaba un cinco como en Álgebra I, porque para el Dementor todo era una basura. Estaba más que conforme con un 4,0; no le pedía mucho a la vida.

Finalmente anunció mi nombre y yo alcé el brazo para hacerme presente. Se acercó con una expresión que no anunciaba nada, pero nada bueno. Dejó la prueba sobre mi banco con una sonrisa estilo el *Joker*. Un hermoso y gran 1,4 estaba marcado con rojo en una esquina de la hoja. El alma se me fue por entre los labios, mientras el Dementor seguía a mi lado con una felicidad morbosa. Mi ego acababa de sufrir un aterrizaje forzoso a la Tierra como un satélite al que se le acaba el combustible y era arrastrado por la gravedad.

—Las mujeres son débiles —dijo, y yo herví en una rabia interna que no podía explotar.

Se largó sin comentar nada más y yo me apresuré en echarle una hojeada al examen; de seguro el muy puto me había puesto algo malo que estaba bueno, porque no era posible que yo me hubiese sacado un 1,4; un 1,4 que demostraba una ignorancia de miedo y que era tonta como una mula. En la segunda página de la prueba, el Dementor había escrito una nota en rojo.

«¿De dónde apareció este resultado? Usted no es bruja para estar haciendo magia».

¡¿Cómo que de dónde había sacado el maldito resultado?! Golpeé la hoja con molestia. ¡Una puta hoja completa con el desarrollo del ejercicio y me decía ¿que dónde había aparecido el resultado?! ¡¿Y más encima me trataba de bruja?! Por el malhumor, sí; por el resto, no.

Tomé una larga inspiración para calmarme. No serviría de nada ir a reclamarle, solo terminaría ganándome su odio y eso conllevaría al puerto de la desgracia: reprobar el ramo.

Observé la prueba de Camila disimuladamente para olvidar mi nota: se había sacado un 1,3. ¡Uf! Me alivié, no había sido la peor nota; tal vez la segunda peor, pero ya el hecho de no ser la más *tarúpida* me subía el ánimo. Ahora solo faltaba

conocer la calificación de Blair para volver a sentirme Einstein.

—¿Cómo crees que le fue a Blair? —le pregunté a Camila.

Ella se giró y lo buscó con la mirada hasta encontrarlo al final de la sala con las manos estiradas como si su prueba en cualquier momento fuera a explotar. De seguro se había sacado un 1,0, después de todo, el muy puto había ido a clases a dormir y se había inscrito en la universidad solo porque se aburría en su mansión; además, tampoco podíamos decir que tenía mucha materia gris.

Decidida a subir mi ánimo a costa de la desgracia ajena, me acerqué a Blair.

—¿Te sacaste un uno? —le pregunté con tono burlón.

Blair arrugó la prueba y se la metió en el bolsillo de su pantalón.

—Me lo esperaba —respondió.

Traducción: Leah, me saqué un 1,0.

La sonrisa regresó a mí. Ese tipo era un imbécil, me producía tanta felicidad su desgracia académica.

—Anda, déjame verla —le pedí, intentando quitarle la hoja guardada.

—Eh, sé que te soy irresistible, pero no me metas mano en público, que a Everest le da pánico escénico.

La alejé de inmediato.

—Eres bastante patético, ¿sabes?

—Es que lo parece —contestó, alzando las cejas—. Te lo mostraría, pero, como te decía, Everest podría sufrir pánico escénico.

Lo ignoré como muchas veces.

—Ya, solo dime qué nota te sacaste.

—¿Y para qué?

Me encogí de hombros.

—Solo quiero saber.

—Y si yo te pregunto la tuya, ¿me la dirás?

Fruncí las cejas en sospecha.

—No.

—Entonces no te diré la mía. —Hizo un ademán con la mano—. Además, ¿de qué sirve? A todos les fue mal, el promedio del curso fue un 1,5.

¿Mi nota era inferior al promedio del curso? Las dagas al ego eran tan dolorosas como las dagas del desamor. Me recordé en conjunto sexy y la miseria fue tal que casi me sentí aplastada.

—¡Oh! —exclamé.

Se quedó pensativo.

—¿Te fue peor que al curso? —Comenzó a reír como loco—. ¡Leah, eres una estúpida!

Lo fulminé con la mirada.

—¡No te rías que tú seguro te sacaste un 1,0!

Pero claro que podía ser así, ya que cada vez que me proponía que algo ocurriera de determinada manera, a la vida le encantaba darme vuelta la cara de una cachetada de discordia.

—Oye, ¡felicidades! —dijo de pronto un compañero al acercársenos.

Como no se lo había dicho a ninguno de los dos, me quedé descolocada. ¿Acaso se estaba burlando de mí por mi mierda de nota?

—Sí, sí, muy gracioso —Aparté un mechón de mi rostro con molestia—. Ahora piérdete.

No me hizo ni caso y le habló a Blair:

—¿Me prestas tu prueba para mirarla?

—¿Por qué? —preguntó Blair, removiéndose incómodo en su asiento.

—Porque fuiste la mejor nota.

Solté un jadeo. No, no, no, no, no, tenía que ser una broma, tenía que... No podía ser real, estaba en una pesadilla, en la peor y más terrible de todas las pesadillas.

—¿Qué nota se sacó? —interrogué al chico.

—Un 5,2, ¿y tú? Si son amigos, debió haberte ayudado a estudiar.

¿Blair se había sacado un 5,2? ¿El estúpido de Blair, que solo se había limitado a dormir y comer en clases, se había sacado un 5,2? Era el colmo y me fui de la sala como un vendaval rojo; estuve a punto de chocar con alguien que esperaba en el pasillo.

—¿Leah...?

Oh, no, genial, O'Connor se había hecho presente en el fantástico día de mierda.

—Derek, ¿qué le pasó a Leah?

Doblemente genial: me estaban siguiendo.

—Nos entregaron las notas de Cálculo.

Aceleré el paso para distanciarme de ellos.

—¿Y le fue muy mal?

—Se sacó un 1,4. —Trastabillé y perdí el ritmo porque ¿cómo demonios sabía cuál era mi nota? Lo siguiente que comentó respondió mi pregunta muda—: ¡Oye, por cierto, fea! Se te cayó la prueba en tu huida melodramática.

Me llevé las manos a los bolsillos, encontrando nada más que una naranja que había guardado para comérmela en el segundo recreo. Agarré la fruta y le di un mordisco, arrancándole un trozo de cáscara que lancé lejos de un escupitajo.

—¿En verdad Leah se sacó esa nota? —preguntó James. Derek contestó algo que no entendí—. Vaya, es casi imposible que se exima.

Por la puta, ya me había ido a examen y eso que me quedaban dos pruebas todavía. Le faltaba tanta materia gris a mi cerebro.

—¿Y cómo te fue a ti? —siguió O'Connor—. Cuando revisé tu control, era bastante incoherente.

Como se mantuvo en silencio mientras yo intentaba tragarme una naranja entera, James sacó sus propias conclusiones.

—¡¿No me digas que te fue bien?! ¿Pero cómo? ¿Quién eres tú y qué hiciste con mi amigo? —Los dos comenzaron a reír como imbéciles—. ¿Y qué nota te sacaste?

—Un 5,2.

—¿Qué le pasa al mundo?! —Pausa—. ¿Y si...? Leah, ¿quieres salir conmigo?

Solo aceleré el paso y por fin logré alejarme de ellos echando humo. *Argh*, malditos, ni enojarme tranquila podía.



## Pedirle ayuda al enemigo

Como me había ido como la mierda en la prueba de Cálculo, era obvio que, para mejorar, tenía que estudiar. El *pero* estaba en que era imposible porque me distraía hasta con la mosca que se había quedado encerrada en la sala de estar. Suspiré. Cuando se trataba de inventar excusas para no tener que estudiar, existían muchas, porque, de la nada, todo parecía mucho más interesante; que mi habitación estaba muy desordenada, que aún no lavaba los zapatos que manché con vómito hace como un mes, que justo había salido el libro de la saga que estaba leyendo y que debía leer ahora, ahora del ahora ya sin un segundo más de espera, que O'Connor estaba conectado a la red social, que Alex me había enviado un mensaje diciendo «Te extraño», que esto, que lo otro, que incluso Blair había subido una foto en que se veía demasiado bien para mi disgusto. ¿Cómo, en su sano juicio, una universitaria normal podría encerrarse a estudiar cuando todo era más importante que aprender unos malditos ejercicios que solo me producían dolor de cabeza?

Apoyé la frente sobre el cuaderno, para ver si así me entraba la materia como por simple fuerza de voluntad. Tampoco es que se me hiciera muy fácil prestarle atención a un libro lleno de números cuando Josh estaba en la sala de estar viendo algo a todo volumen.

—Josh, intento estudiar —hablé. El volumen, que estaba al 59, quedó en 58—. Vaya, gracias, estoy halagada por tu comprensión. —Lo bajó a 56—. Es en serio, Josh. ¿Es que tú nunca estudias?

—Solo los tontos pierden el tiempo estudiando. Ahora, silencio, intento ver este documental.

—¿Qué haces viendo un documental? —jadeé.

—Es sobre gatos.

—Tú ni siquiera soportas a Gruñón.

El susodicho animal estaba durmiendo en la silla continua a la mía. Era tan fácil ser un gato en una familia como la mía.

—A Gabriela le gustan.

Reflexioné sobre eso.

—¿Y se podría saber quién demonios es Gabriela?

—Mi novia.

—¿No que tu novia se llamaba Clara?

Giró la cabeza para darme una mirada exasperada.

—Actualízate, ella ya pasó. Ahora es Gabriela.

Dejé abandonado el lápiz sobre mi inconcluso gráfico de coordenadas polares.

—¿Y dónde la conociste?

—En un club.

Tuve que procesar la información antes de seguir.

—¿Y andaba de fiesta o...?

—Ella trabaja ahí —me cortó.

—¿En serio? Wow, ¿y qué hace? ¿Es *barwoman*?

—Es bailarina.

—¿Exótica? ¿De esas que bailan con fuego y cosas así?

—Se desnuda.

La silla se cayó al ponerme de pie de un salto.

—¡¿En qué clase de club la conociste?!

—En un club nudista, obviamente.

Paciencia, paciencia, paciencia. Debía tener paciencia con ese animal.

—¿Estás saliendo con una chica que se desnuda frente a docenas de hombres todos los días?

—Sí, ¿qué tiene de malo?

—¿Y no te importa?

Lo pensó medio segundo.

—¿Por qué debería importarme? —dijo al final. Dios mío, ¿hasta dónde habíamos llegado? Debía tener una conversación seria con él y ahora, justo que planeaba seguir con el deforme gráfico en forma de corazón (muy parecido al mío, tal vez), parecía ser el mejor momento para charlar.

Sentada ya a su lado, me fijé en que estaba viendo el programa «Mi gato endemoniado». La conversación y el estudio quedaron en el olvido y terminamos viendo por dos horas un programas sobre la mecánica de los gatos.

Al llegar la medianoche, el programa terminó y Josh se quedó con aire pensativo hasta que fue en busca de Gruñón y lo alzó sobre su cabeza mientras gruñía y se movía como loco.

—¿Qué haces? —chillé.

Se subió al sofá y la escena me recordó a una de *El rey león* cuando el mono mostraba al pequeño cachorro a todo su pueblo. La diferencia entre la película y la vida real fue que Josh dejó caer a Gruñón.

—No te preocupes, los gatos caen...

Gruñón se estrelló de costado contra de la mesa de centro, gruñó, se resbaló por el borde y cayó hasta el suelo de espalda.

—... de pie.

Gruñón corrió por su vida tan rápido como se lo permitió su adolorido cuerpo. Por su parte, Josh quiso encerrarse en nuestra habitación, pero se lo impedí agarrando la escoba que estaba de paso e interceptando el cierre con ella. Entré al cuarto y le di con el palo en las costillas.

—¡Ya, Leah, no me pegues! ¡Si me arrepiento, de verdad! ¡Pido perdón por todos mis pecados! —rogó al blandir el palo de escoba una vez más.

Terminé riéndome y Josh con un moretón.

Al final, claro está, no estudié nada. Y esa noche, revolcándome en el repollo en que se habían convertido mis sábanas, sin poder dormir, pero con demasiado sueño como para concentrarme, comprendí algo tan horrible que me hizo pegar un chillido.

—¡Duérmete ya, Leah! —gritó mamá desde su cuarto.

—¡Lo siento!

Había comprendido la cosa más horrorosa de todo el mundo: si no pedía ayuda, ¡reprobaría Cálculo! La sola idea de acercarme a alguien y pedirle ese humillante favor, me hacía morir de una vergüenza que me consumía el alma. Toda la vida me había jactado de mi inteligencia natural y ahora, lo único bueno que había tenido, ya no existía, se había ido así ¡pum!

Sintiéndome mal, terminé durmiendo intranquila y teniendo pesadillas. Ya no tenía mejor amiga, no tenía novio, no tenía a mi mejor amigo ni me quedaba inteligencia. Ya no tenía nada bueno.

\* \* \*

—A mí no me engañas.

Alcé la mirada del plato del almuerzo, encontrándome con alguien sentado frente a mí con una bandeja de comida. James O'Connor, tan apuesto como solo él podía serlo, tenía el tenedor manchado con salsa entre los labios. Lo ignoré y seguí enrollando como podía los malditos tallarines que no dejaban de resbalarse del tenedor y caer al plato. Hoy no era un buen día para andar persiguiendo a la comida por todo el plato.

—¿Dónde están Camila y Blair? —pregunté para cambiar la conversación.

O'Connor se quedó preocupado y yo volví a centrarme en la bandeja.

—Camila acaba de decir que se le quedaron los cubiertos y Derek está intentando hacerse el lindo con la tía de la cocina para que le dé un plato sin hacer la fila.

Removí los tallarines.

O'Connor dejó caer el tenedor en el plato y el sonido me hizo salir de la ensoñación. Pestañeeé repetidas veces.

—¡Por Dios, Leah! ¿Qué te pasa? —exclamó O'Connor, exasperado por alguna razón que desconocía—. ¿Vas a dejar de una vez por todas de lado tu maldito orgullo y hablar conmigo? Hace ya tres semanas que estás extraña. ¿Es por lo de tu amigo?

Hice una mueca con la boca.

—¿Qué haces sentado conmigo?

Los ojos se le desorbitaban.

—Hace tres semanas que Derek y yo nos sentamos casi todos los días contigo, Leah. ¿Realmente no lo notaste?

Estiró la mano por sobre la mesa y tomó la mía, que yacía prácticamente muerta al lado de la bandeja. Por un momento, el calor de su palma y la caricia de sus dedos sobre mi piel me dejó tan perpleja que me permití abandonar mis defensas y perderme en el iris azul.

—¿Todavía soy invisible para ti? —preguntó con voz suave.

¿Realmente había comido con ellos durante todo ese tiempo y ni atención les había brindado? ¿Cómo era humanamente posible que lo hubiese ignorado sin haberlo previsto? ¿Cómo había sido capaz de no darme cuenta de su presencia cuando en el pasado él había sido todo para mí? Había sabido dónde estaba, dónde no estaba y dónde iría, porque había estado tan obsesionada por los matices que tomaba su rostro en el transcurso del día, ya que no era capaz de dejar de mirarlo. Y ahora las cosas habían cambiado. Seguía ahí, al alcance de mi mano, pero ya no sabía si quería extender mi brazo y agarrarlo, ya no sabía si lo quería sosteniéndome; ya no sabía si quería que otra persona volviese a sostenerme otra vez.

La verdad era que estaba decepcionada de la vida, y cuando se llegaba a ese punto que parecía sin retorno, ¿qué debía hacerse? Me sentía tan sola y perdida, desorientada en un mundo que no lograba entender y que estaba repleto de amor traicionero, de amistades falsas y parejas solo de palabra. Y por más que me esforzaba para dejarlo estar, para que las cosas no me importaran tanto, no podía porque, increíble o no, no tenía el corazón de piedra.

—Leah, no soporto verte así —susurró—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿cierto?

Alejé la mano lentamente de la suya y el calor se fue. En ese momento todo el peso de la soledad estuvo a punto de aplastarme. ¿Por qué cuando uno crecía necesitaba tener una pareja para sentirse bien? Era más bien algo social, la sociedad te hacía creer que necesitabas una pareja para alcanzar la felicidad y llegaba un momento en que uno lo creía así, emprendiendo una aventura en la búsqueda del amor verdadero y solo sufriendo por algo que parecía existir nada más que en la teoría.

Vi sus ojos nublarse y ponerse más oscuros, su sonrisa morir del todo en su

rostro y algo se removió dentro de mí, algo que me dejaba descontenta con lo que había provocado. Volví a estirar la mano y tomé la suya porque así lo quise. Si lo que buscaba era recuperar la esperanza por la humanidad, debía empezar a confiar en ella, ¿y quién mejor para hacerlo que el chico que me había engañado con mi mejor amiga?

La sonrisa que iluminó su expresión espantó la negrura y juro que sería capaz de hacer mucho más que tomarle la mano si me prometieran que esa felicidad volvería a ser mía.

Retiré suavemente mi mano de la suya.

—No te emociones tanto, O'Connor.

—Yo siempre me emociono contigo.

Ardía.

—*Jebús*, ayúdame con esto —susurré a los cielos.

—¿*Jebús*? —preguntó Blair, poniendo su bandeja sobre la mesa—. ¿Qué es eso?

El momento había muerto por completo.

—*Los Simpsons* —respondí, secamente—. ¿Es que nunca lo has visto?

—Sí, pero no me sé los capítulos de memoria —contestó O'Connor.

Blair tomó asiento al lado de su amigo y Camila en el puesto con la bandeja de comida sin dueño pegada a la mía.

—¿Por qué tardaron tanto? —se interesó O'Connor.

—La maldita mujer de la cocina me obligó a hacer la fila. —La amargura desbordaba por la voz de Blair.

—Blair, asúmelo, ya no tienes el físico de antaño y... —Me interrumpió con una estridente carcajada sarcástica.

—¿Eso se oyó como realmente creo que se oyó? Leah, ¿acaso acabas de admitir que mi físico de antes te gustaba?

—¡Por supuesto que no! —Lo apunté con mi tenedor y un tallarín voló por los aires y aterrizó en la mejilla de Blair—. Yo dije que...

—... era sensual como un hermoso jaguar. —Terminó Blair quitándose la

comida de la cara. —¿Cuándo será el día que te comportes elegantemente?

—Cuando valgas lo suficiente para hacer el esfuerzo.

—Mira, Howard, yo te voy a enseñar...

O'Connor detuvo el intento de Blair de ponerse de pie.

—¡Basta los dos! —ordenó—. Por el amor de Dios, ¿es que no pueden cruzar palabras sin discutir?

—¿O'Connor acaba de darme una orden? —le pregunté a Camila, quien abrió mucho los ojos y decidió que fundirse con la mesa era la mejor idea.

James pareció de inmediato arrepentido.

—Eh, lo lamento. No pensé que... yo solo quería... —Se desordenó el cabello, desesperado—. No lo volveré a...

—¡No, por supuesto que puedes ord...! —terminé en el acto, porque había conjugado mal y había entrado en una frase equivocada.

—¿Por supuesto que puedes qué? —insistió O'Connor, expectante.

Dejé caer el tenedor.

—Por supuesto que... —Pensé en alguna mentira para completar la frase, pero nada, cerebro vacío y en vacaciones, muchas gracias—. Nada, olvídalo.

—¿Pero qué ibas a decir? Ya comenzaste, térmalo. Nunca debes dejar a un hombre con las ganas.

—De la misma manera que un hombre jamás debe quedarse dormido.

Nada más saqué ese desliz de nuestra relación del pasado, las mejillas de ambos estallaron en rojo y miramos para otro lado.

—Eso fue intenso —comentó Blair, con su tenedor a medio camino de su boca—. Por un momento pensé que tendría que terminar mi almuerzo en el suelo, porque de seguro iban a ocupar la mesa para otra cosa.

—No digas estupideces —gruñí.

—No estoy exagerando. —Le dio un codazo poco disimulado a su amigo, apuntándome con su tenedor—. Ella te sacó en cara la pura verdad, debes controlar tu sueño, hombre, hay cosas más importantes que el descanso.

La punta de las orejas de James tomaron una agradable coloración roja. Yo

por mi parte bailaba el *chachachá* en mi cabeza.

—Si lo dejé pasar —se excusó— es porque no me gusta hacer las cosas a medias, y para mí ella era darlo todo o ni siquiera empezarlo. Y las circunstancias no eran las adecuadas.

Decidí hacer oídos sordos; había veces en que no se podía hacer nada más.

El resto de la comida la mantuvimos en una conversación lo más civilizada posible, algo realmente extraño si uno se ponía a pensar que Blair y O'Connor estaban en la misma mesa conmigo. Lentamente con la charla cayendo en la monotonía, pensé en mi problema con Cálculo.

Por más que estudiaba por mi cuenta y me quemaba las pestañas haciendo ejercicios una y otra vez... al momento de comenzar un nuevo ejercicio desde cero, era como si estuviese leyendo otro idioma. ¿Cómo una pregunta podía ser tan extremadamente enredada y llegar a hacerte pensar que no sabías nada, cuando sí sabías mucho? Por algo era tan normal obtener un 1,0 en Ingeniería; por más que uno estudiaba, eso no te llevaba a sacar buenas notas, ni siquiera una decente.

Lo malo es que las matemáticas siempre habían sido mi fuerte, era lo que siempre había entendido con facilidad. Entonces, ¿por qué parecían estarme dando una paliza ahora? Según Adela, lo de Alex me estaba provocando un estrés emocional que se transmitía a todas las áreas de mi vida y me bloqueaba académicamente. Una mierda. No me venía nada de bien ese estrés emocional cuando lo que necesitaba era sacarme unas calificaciones excelentes si quería aprobar Cálculo...

Recordé de la nada las palabras de O'Connor.

Cuando salimos del comedor para dirigirnos a nuestras respectivas salas, me apresuré a alcanzarlo.

—James —lo llamé. Troté hasta detenerme a su lado—. Haré caso de tu consejo.

—¿Cuál? —No sabía si estaba más desorientado porque lo había llamado por su nombre, por admitir que aceptaría su consejo, por haberlo buscado o por no recordar qué había dicho que ameritara mi rendición.

—El de pedir ayuda. Es hora que deje el orgullo de lado.



Dejándolo desconcertado, me fui donde Blair, que iba conversando animadamente con Camila sobre las reglas del Strip Poker. Lo agarré del brazo para detenerlo.

—Derek, necesito pedirte un favor. —Alzó ambas cejas en signo de sorpresa—. ¿Me ayudarías a estudiar Cálculo?

Esperé su respuesta, mientras oía a James susurrar «Se supone que yo soy el ayudante de Cálculo, ¿es que tan mal enseño?». Recuperado de la impresión inicial, Blair por fin sonrió.

—Te *prometo* que te enseñaré todo lo que sé.

## Leah quema un departamento

Me transpiraban las axilas. La razón en realidad eran dos: se me había olvidado el desodorante y estaba ligeramente, bastante, mucho, muy nerviosa. Habíamos quedado con Blair (sí, Derek y yo habíamos tenido una conversación civilizada) que me llamaría el día sábado para terminar de coordinar dónde nos encontraríamos. Sin embargo, por razones desconocidas de la vida, siempre que uno tenía planificado todo, había algo que arruinaba ese todo. Ese algo, en mi caso, era que mamá había organizado ese mismo día una comida familiar en casa, a la que debía asistir, quisiera o no (o si no luego me llegaba un chancletazo). Así que ahí estaban mis tíos, primos y amigos de la familia celebrando, mientras yo esperaba que Blair me llamara y rezando para que cuando llegara el momento, toda mi familia ya se hubiera ido, lo que no parecía muy probable.

Los hombres asaban la carne en el patio de la casa y las mujeres estaban encerradas en la cocina preparando las ensaladas. Todo era tan heteronormado. Y como yo era mujer, aunque no sabía ni cocinar un huevo (mi vida en Estados Unidos había consistido en comida instantánea), terminé atrapada en la telaraña de conversaciones de la cocina.

Tenía que admitir que mis tías tenían historias muy interesantes que contar e incluso llegué a averiguar que tenía una tía perdida; así, tal cual, mamá tenía una hermana con la que se había peleado a muerte hace unos veinte años y que había dejado de ver desde ese entonces, por lo que, utilizando toda la dictadura de madre, decidió no hablarme nunca de ella. Increíble.

Estuve escuchando anécdotas de mi tía perdida, llamada Susana, hasta que llegó el momento en que las hermanas de mi mamá (las tres presentes) comenzaron a recordar buenos momentos. Estalló una discusión para averiguar cuál de ellas había sido la más delgada y bonita de todas en su juventud, discusión que recayó en sus hijas, y así es como terminé en el baile.

—Leah definitivamente es la más hermosa —argumentó mamá.

Inflé mis plumas de pavo real en apareamiento.

—Leah podría ser más bonita si fuera más femenina y no estuviera siempre tan enojada —comentó tía Rosa, mientras yo me quedaba con expresión de horror. ¿Hola?, ¿era mi idea o me habían quitado la corona de reina de belleza por ser Juanita tres cocos?—. Pero mi Adela anda en las mismas, sería mucho más bonita si no se escondiera detrás de tanto libro.

Eso me molestó, a mí me gustaban Adela y sus libros. Igual le sonreí a Adela con complicidad al constatar que ambas estábamos en la cocina como esclavas obligadas a soportar esos comentarios hirientes.

—Carlota y Fernanda son mucho más lindas que Leah —aseguró tía Marcela, a favor de sus hijas.

Todas se quedaron mirándola, porque de bonitas... Carlota estaba más cercana a ser un adefesio que a la belleza que describía mi tía. Y Fernanda... sin comentarios.

—Maiah también es muy bonita —dijo tía Katy, hablando de su hija—. ¿Pero sabes quién es la más linda de todas? —Esperé con impaciencia a que me eligiera a mí, porque, lo siento, primas queridas y no tanto, yo era la más espectacular—. Arianna.

¿Quién era ella? Leah no sonaba para nada como Arianna, así que una equivocación en la pronunciación de mi nombre (como cuando me decían *Lea*, como el maldito verbo «leer») no era. El resto estuvo de inmediato de acuerdo con mi tía y me sentí un poco humillada, habían desplazado mi belleza arrolladora a un segundo y vergonzoso lugar.

—¿Quién es Arianna? —quise saber. Era mi rival después de todo y a los enemigos había que tenerlos más cerca que a los amigos.

—Arianna es la hija de tu tía Susana —respondió tía Katy. Sacó su billetera y rebuscó algo—. Tengo una foto de ella por aquí, una que me envió Susana hace unos dos años. —Detuvo su búsqueda y sacó una pequeña foto, que me tendió—. Esta es Arianna.

Por la puta. Era hermosa.

Muy bien, fin del mundo, ya puedes presentarte, porque ¿y para qué quiero

seguir viviendo? Alguien era mejor que yo. No, Dios mío, no, se suponía que habíamos hecho un trato donde yo iba a heredar la locura y el malhumor, siempre y cuando siguiera eternamente como la más bonita de todas.

Qué rabia, con su cabellera larga y negra, nariz respingada, piel pálida y grandes ojos azules, parecía muñeca la condenada (y no precisamente una diabólica como yo).

—Es muy bonita —escupí como veneno.

Adela, que se había ubicado a mi lado para ver la imagen, gozaba la situación de lo lindo; ella siempre decía que tenía que aprender humildad porque yo, algunas veces, no era la mejor.

Le tendí la foto a tía Katy con el deseo de quemarla.

—Igual se parece a ti —dijo Adela analizándome—. Solo que ella parece más femenina y encantadora.

¿Cómo se atrevía a decirme eso? Se suponía que era mi prima querida, aunque, bueno, para qué andábamos con patrañas: la maldita Arianna tenía una de esas sonrisas que derretían al mundo. Le mostré los dientes a Adela, como perro con rabia; nadie humillaba a mi falta de femineidad dos veces, sin que... se me vino una horrible idea a la cabeza. ¿Y si ese era justamente mi problema y por eso Alex me había rechazado?

Pensativa, fui a esperar el almuerzo a la mesa, que no era más que un pedazo largo de tabla puesta sobre unos caballetes en el patio de la casa. Estaba en esa meditación profunda cuando llegó Cristóbal, mi hermano mayor al que ahora no veía prácticamente nunca. Venía solo. Su cabello ligeramente castaño, con entonaciones rojizas al sol, y su principio de barba colorina, escondían un rostro apuesto, pero cansado.

Me saludó desordenándome el cabello como a un perro. ¡Por la mierda, ¿por qué hacían eso los hombres?!

—Deberíamos cambiarte el nombre por cometa Halley a ti —hizo una mueca ante mi comentario—, porque vienes cada setenta y seis años y solo por unos minutos.

Agotado, se refregó la cara.

—Lo sé, por eso he venido.

—¿Y Antonella?

Antonella era su pequeña hija que había nacido en mi estadía fuera del país y a quien yo había visto un total de cinco veces.

—La iba a traer, pero Francisca no quiso. Y, por favor, no le digas a mamá, que ya tengo suficientes problemas con Francisca como para acumular más.

El corazón dolía al ver a un ser querido pasarlo mal. Hubo una época en que él era bromista y despreocupado como Josh, donde su sonrisa había sido fácil y sus ojos se habían arrugando de tanto reír. Hubo una época en que él había sido así, pero ya no más. Cristóbal era infeliz y seguiría igual por su hija, porque la madre de ella era quien le amargaba la vida, pero su hija la que le daba motivos para continuar. Y si Cristóbal se separaba de ella, solo podría ver a su hija los fines de semana y festividades por medio, cuando lo que él quería era pasar el mayor tiempo posible con Antonella, no un par de horas impuestas por una institución.

Iba a decirle algo para intentar alivianar su peso, pero Cristóbal revolvió de nuevo mi cabello y se fue a hablar con los otros. Finalmente, la comida se sirvió y tuve que dejarlo estar.

La conversación en la mesa fue relajante y amena, al punto que logré olvidar mis problemas mentales hasta que Carlota, desde el otro extremo, preguntó con su voz de chicharra que anunciaba desastre:

—Oye, Leah, y ¿dónde está tu *amiguito* Alex?

El pedazo de carne que justo en ese momento me había metido a la boca, se quedó atascado en mi garganta; logré tragarlo tras dos desesperados intentos.

—Ay, lo siento, ¿es que dije algo malo? —preguntó mi prima con falsa entonación preocupada.

Mostrarle el dedo de al medio a esa víbora era poco, podría ahogarla en mi bañera y... un momento, yo no tenía bañera. Ya, olvídenlo, la cosa es que Carlota era igual de perra que Bella, pero sin su belleza. Por suerte, en ese momento mi celular sonó en mi bolsillo del pantalón, lo que me ahorró un mal momento.

Como era de conocimiento general, las familias se caracterizan por su necesidad absoluta de meterse en los asuntos que no eran los suyos, así que me alejé de la mesa para contestar.

—¿Aló?

—Blair al habla.

Ay, no, había olvidado a ese idiota.

—¿Derek?! —chillé.

Soltó un gruñido molesto y de aceptación

—Lo olvidaste, ¿cierto?

Mi labio fue torturado por los dientes.

—No, ¿cómo crees? Lo que pasó es que...

—Lo olvidaste.

—¡*Argh*, Derek, te dije que no!

—Entonces ¿qué? ¿Cuál es el problema?

—Es que ni siquiera es mi culpa —me quejé—. Mira, mi mamá hizo una comida familiar y están todos mis parientes aquí, ahorita mismo, en mi casa. Por lo que, verás, es un poco bastante imposible que puedas venir a *enseñarme* —la palabra salió forzada— hoy.

—Mm.

Y eso fue todo, luego la espera eterna a que continuara.

—¿Algo más, alguna idea que ronde tu linda cabecita? —lo apremié.

—Mm. La verdad, mm, sí, mm, pero no sé si, mm, te va a gustar.

—¿Puedes, mm, decirlo, mm, de una vez, mm, por todas?

—Es que... ¿y por qué no vienes tú a mi departamento?

\* \* \*

Una hora más tarde, detenida frente a una enorme puerta blanca ubicada en un ridículo y pomposo condominio, me sudaban las axilas preguntándome si había sido una buena decisión ir; la verdad, ya no me lo parecía, es que, o sea, estaba a nada de adentrarme en la guarida del oso Derek y todo era en extremo incierto, por algo el nerviosismo de mis axilas, ¿no? Probablemente debería irme, ¿no? Sí, sí, esa era una perfecta... ¡ya, basta, Leah! ¿Hasta cuándo tanta cobardía? Además, solo íbamos a estudiar, por el amor de Dios, ¿qué tan terrible podría

ser?

Al rato descubrí que todo podría ser mucho más que terrible, al punto de llegar a quemar un departamento. Pero ese no era el caso en este momento, sino el hecho de que me aterraba tanto golpear la puerta de Derek al punto de sentir las piernas adormiladas. Y es que, ¿y si estaba James? No es que me molestase que él estuviese ahí para enseñarme (que sabía que me podía enseñar más que Cálculo), sino que...

Sí, lo admitía, era una perversa. Ahora, por favor, dirijan las flechas hacia a mí y apúntenme. Era culpable de no pedirle ayuda a O'Connor porque me creía incapaz de pensar con él a mi lado, y menos si estábamos los dos solos. Para mí él todavía era demasiada sensualidad en un solo cuerpo, así que no, muchas gracias, si de verdad quería aprender algo, James no podía andar cerca.

Toqué el timbre ubicado al costado de la puerta y, a los segundos, la carota fea de Blair apareció en la pantalla que estaba incrustada en la pared. Ojalá en mi casa hubiese un sistema así, que mi timbre pasaba más malo que bueno y medio vecindario se enteraba cuando mi tía Rosa andaba buscando a mi mamá y su «¡HERMANAAAAAAA!» resonaba casi como un grito de guerra.

—¿Quién es? —preguntó.

—Leah.

—¿Qué Leah?

Uno, dos, tres, cuatro...

—Leah Howard.

—No conozco ninguna Leah Howard, ¿me acosté contigo?

Cincoseisieteochonueve;diez!

—¡Más te vale que abras la maldita puerta, Blair, que si no el lunes te las verás con Juliana!

—¿Y quién es esa? ¿También me acosté con ella?

—Esta es Juliana. —Levanté el brazo para llevar mi puño a la cámara.

Sonrió.

—Siempre tan encantadora.

Con un «clic» la puerta se abrió con suavidad.

Estaba preparada psicológicamente para ver a Blair en cualquiera de sus facetas, incluso planifiqué qué diría si salía en ropa interior (o, en su mayor defecto, desnudo) a recibirme, pero de verdad que nada podría haberme ayudado con lo que me encontré: una gallina. Así, tal cual. Una gallina en la entrada que me miraba como diciendo «¿Qué sucede?», para luego extender sus blancas alas y abalanzarse hacia mí. Choqué violentamente con la pared a mis espaldas, cubriéndome el rostro porque ¡me estaba atacando una gallina! Y volvió a atacarme y yo... Corrí por mi vida.

—¡DEREK, AYÚUUUDAMEEEEEEE! ¡AYÚUUUUD...!  
¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! ¡SAL, SAL, NO, NO, NO,  
NOOOOOOOOOOOOOO, AAAAAAAAAAAH!

Y tropecé y el terror llegó y la gallina se aferró a mi pantalón y el suelo se acercó y yo volé como Superman y la gallina dijo ¿cocorocó? y humana y ave se estrellaron con ímpetu contra el suelo, donde los picotazos de la muerte continuaron. ¿Pero qué le pasaba a esa ave del demonio? La agresión se detuvo en seco.

—¿Qué le hiciste?

Ah, gracias a Dios, ¡Derek!

—¿Estás bien?

Levanté el rostro del suelo y aferré mis picoteadas manos a sus piernas.

—¡Derek, no sabes...!

Callé. Derek acariciaba a la gallina mientras le hablaba con cariño; increíble, a quien le había preguntado su estado había sido al ave, no a mí. Si será muy desgraciado, el infeliz.

—¿Esto es en serio? —pregunté con incredulidad y poniéndome de pie—. Me ataca una maldita gallina, ¿y es a ella a quien le preguntas cómo está?

Y más encima la muy cabrona se veía en extremo feliz. Era la primera vez que alguien (humano o animal) parecía estar tan contento con la presencia de Blair.

—¿Qué le hicieron a mi Klikli hermosa? —susurró Blair. La gallina cacareó suavemente—. Sí, lo sé, nena, ella es una mujer horrible, pero hay que aceptarla



con todos sus defectos.

—¿Klikli? ¿Es una broma?

Estiró los brazos para acercarme al animal del demonio.

—Es mi mascotita.

Llevé una mano a mi sien.

—A ver, déjame procesarlo. ¿Tienes una gallina de mascota? —asintió—, ¿y se llama Klikli?

Le besó la cabeza.

—Sí, ¿y qué?

—No, tú estás loco. Me voy. —Caminé hacia los ascensores, siendo alcanzada de inmediato; llevaba la gallina bajo el brazo como si fuera una pelota.

—¿Qué haces?

—Irme, ¿qué crees?

Apreté el botón para llamar al ascensor.

—¿Y por qué?

Lo miré como si fuera imbécil.

—Ya estoy bastante loca como para juntarme con un sujeto que tiene una gallina de mascota llamada Klikli, ¿qué pensarán mis fans?

—¿Qué fans? Si a ti nadie te conoce.

—Pero podría algún día ser famosa. El punto es que ya estoy lo suficientemente loca como para agregar algo más.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré. Blair se quedó en el pasillo.

—Bueno —se encogió de hombros—, que te vaya bien el próximo semestre con Cálculo I.

Salí del ascensor justo cuando las puertas estaban cerrándose y me aplastaron dolorosamente.

—Y, bueno, ¿vamos? Hay que comenzar con esas emocionantes clases.

Fui a agarrarlo del brazo para tirar de él, pero recibí un picoteo de

advertencia; Klikli estaba en modo autodefensa, era, al parecer, un ave celosa. Mientras íbamos caminando de vuelta al departamento, quise saber:

—Entre todos los animales que sirven de mascota, ¿por qué una gallina?

—Porque un día fuimos con James a una fiesta fuera de la ciudad, nos emborrachamos...

—¡Qué sorpresa!

—... y luego nada y después desperté en pleno campo con Klikli durmiendo en mi pecho. Fue amor a primera vista.

Asentí distraídamente porque habíamos entrado al departamento y mis pasos resonaron en la madera extremadamente pulida y brillante. Todo a nuestro alrededor era inmaculado, lleno de matices claros que combinaban a la perfección con los muebles. Era un sitio que no parecía ser de Derek, como si otra persona se hubiese encargado de la decoración importándole poco su opinión. Aun así, en algunos rincones podía divisarse la intervención del chico, como en el equipo de música viejo, sobre el cual tenía apilados cientos de discos. El ambiente era contrastado: por un lado daba temor siquiera sentarse en un sofá, y por el otro estaba la ropa desparramada en algunos sitios, que le daba el aire natural que todo hogar debería tener. De fondo sonaba una suave melodía que reconocí de inmediato: era el final de la canción «Amiga mía» de Los Prisioneros. Me detuve de manera abrupta y Derek dejó a la gallina en el suelo, que se fue hacia el fondo de un pasillo aleteando débilmente para ganar velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que no avanzaba.

—Yo...

Maldito título de la canción, era un recordatorio de un episodio horrible de mi vida que me hacía sentir...

—Lo siento —dije, percatándome de que Derek me observaba de cerca—, es que esta canción me hace recordar que perdí a mi mejor amigo por no ser perfecta para él y yo...

De la nada, los labios de Derek estaban acariciando los míos.

Derek me estaba besando y ni siquiera lo había visto venir, no había existido mera provocación ni tensión, solo estaba ahí, su boca contra la mía, pidiendo

silenciosamente que dejara todo a un lado y me centrara en él.

Tan rápido como vino se alejó. Sus ojos café no demostraban ninguna emoción fuerte, no estaba el deseo contenido ni la felicidad después de un beso. En ese momento solo era Derek Blair, el amigo, el que estaba ahí cuando más se le necesitaba.

—¿No me vas a preguntar por qué te besé? —dijo.

Quedé frente a él en estado de shock.

—Eh... ¿no? Oh, espera, ¿tengo que decir que sí? —suspiré—. Vamos, Derek, no quiero empezar otra vez con este tipo de conversación. Me hace sentir *mal*.

Más que mal, me hacía sentir descolocada. Cada vez que Blair insistía en estas cosas así, cuando yo creía que todo era normal entre nosotros y que por fin (¡por fin!) podíamos ser mejores amigos, iba y salía con estos delirios como besarme, declararme su amor eterno o pedirme una oportunidad para su mejor amigo.

Derek Blair era un personaje particular del que nunca sabías qué esperar, porque sus pensamientos eran demasiado profundos y confusos como para que alguien pudiese entenderlos.

—Solo para que te enteres, por si en algún momento de tu vida te pega un rayo y eso te hace cambiar de opinión con respecto a mí, que te besé para dejar en claro que sigues siendo perfecta para alguien.

Las orejas se me sonrojaron.

—¿Quién quiere ser perfecta cuando se puede ser real? —musité.

Blair se aproximó y me apresuré a ir hacia el equipo de música para apretar botones al azar. La canción que se escuchaba murió y empezó a sonar «Back in Black» de AC/DC. El fuerte sonido de la guitarra y la voz de Brian Johnson mataron toda la tensión del momento. El alivio fue inmediato, más aún al sonreírle a Blair, que estaba apoyado contra la pared como si estuviese esperando algo.

—¿Por qué será que siempre tienes a mano un comentario estúpido para huir de conversaciones que no quieres enfrentar? —Se movió despacio y jaló mi cabello—. Ahora, vamos a estudiar. Y más te vale que tu cabeza funcione tan

rápido como esa lengua.

No por primera vez, viéndolo comportarse normal tras el rechazo, me pregunté si eso se debía a que tenía un corazón de acero o si yo no le importaba tanto como decía.

En fin, ¿quién entendía a ese hombre? Era más complicado que mujer en sus días y más enredado que orgía de tallarines.

\* \* \*

Dos horas y veintiocho minutos después, tanto Blair como yo parecíamos ollas a presión a punto de estallar. Como muy bien ya me había dicho Derek, mi cabeza no funcionaba tan rápido como mi lengua y tras repetirme por quinta vez consecutiva lo mismo, se puso como un enorme dragón escupiendo fuego.

—¿Pero cómo es humanamente posible que seas incapaz de entender lo más básico? ¡Te dije que solo tienes que limitarte a ocupar *l'hospital* para desarrollar este límite!

—¡Pues lo siento, míster perfecto, no sabía que estaba hablando con un maldito genio de las matemáticas! ¡Si hubiese sabido que enseñabas como el culo, jamás te habría pedido ayuda! ¡Eres peor que mono con juguete nuevo!

A Blair le saltaba una vena en la frente.

—¡No es que yo enseñe mal, es que tú eres muy burra! ¡Y no soy un mono, arpía pelirroja!

Golpeé la mesa con las manos, como un orangután exigiendo su racimo de bananas.

—¡Pues te apuesto a que si te paso un maldito libro no serías capaz de leer dos párrafos sin que te diera un derrame cerebral! ¡Mono con dislexia y...!

Su boca nuevamente se acercó a la mía de manera imprevista, capturando y enmudeciendo mis labios con los suyos. Solté una especie de sonido gutural, que salió de lo más profundo de mi garganta, agarré el libro de Cálculo que tenía a mano y golpeé a Blair con él en la cabeza. Libre de su prisión, intenté gritar, chillar, croar, mugir, relinchar..., lo que fuera, pero no salían más que sonidos como «*ARGH, GRAW, BLAH, MMH*».

¡*ASDASD!*

Blair se acarició la cabeza con aire adolorido.

—Tranquiliza las pasiones, pelirroja, que solo te di un beso para que te callaras.

Mi única respuesta: el rugido de mi estómago como si fuera un dragón despertando. Blair estalló en carcajadas.

—¡No es gracioso! —reclamé sin muchas ganas. La nariz le resonó como orco—. ¿Terminaste ya?

Asintió débilmente, tomando inspiraciones largas y afirmándose de dolor el costado del cuerpo; parecía a punto de parir un huevo.

—Puedes... —Risa—. Si quieres... puedes —risa— cocinar algo.

—No sé cocinar —admití.

—Puedes preparar unos tallarines, ¿no? —propuso—. ¿No es dejarlos cocer y listo?

—Se supone...

—Ni te estreses, que lo peor que podría suceder es que te queden crudos o sobrecocidos —contestó—. Por lo menos no quemarás el departamento, aunque... *nah*, puedes hacer un desastre de las cosas más sencillas, pero unos tallarines no pueden ganarte la batalla.

Ese tipo no sabía lo que el destino pronosticaba desde el instante en que me instó a entrar a la cocina.

—¿Y por qué mejor no compras algo? —protesté—. Dinero no te falta.

Hizo un puchero.

—Hace meses que nadie cocina algo para mí con cariño.

—Lo que menos tendrán mis tallarines es cariño para ti.

—Pero por lo menos habrá un esfuerzo y eso es lo que vale. Ya, no seas el monstruo de siempre y cocíname algo, que quiero sentirme querido.

Debo admitir que me dio lástima. Demonio de hombre, Derek era capaz de convencer hasta a una virgen con voto de castidad para que pecara con él (pero, *por su pollo*, que yo era la excepción, porque, *por su pollo* que sí, que de mí recibiría primero un golpe que un permiso de ese tipo).

Fui a la cocina antes de arrepentirme y la investigué en busca de una olla,

tallarines y salsa de tomate. Decidí cocer dos paquetes de tallarines (no sabía cuánto podía comer ese animal) y cuatro tarros de salsa de tomate, porque la proporción 1:2 me pareció excelente.

Teniendo las cosas sobre la encimera central, ¿qué tocaba ahora? Recordé que siempre había visto a mi madre echar los tallarines en el agua y cocerlos, pero ¿en agua hervida o fría? Mm, ¿fría o hervida? Mm, tenía que ser fría, sí, así los tallarines obtenían una cocción lenta.

Llené la olla con agua y me quedé con ella en brazos, al percatarme de que había dos cocinas. Una clásica, como la de mi casa con un quemador, y una moderna, que era un reluciente vidrio negro. Puse la olla en la clásica, que ese era territorio conocido (o sea, más de una vez había calentado agua para tomarme un té), porque la otra ni siquiera sabía cómo se prendía (cabía la posibilidad de que con magia negra).

Tarareando feliz, giré la manilla para dejar salir el gas y encendí un fósforo que se me quebró; rápidamente encendí otro, que se apagó cuando lo moví mucho; el tercer fósforo, lo acerqué rápidamente al quemador y la cocina prendió con una explosión. Me lancé hacia atrás, aterrada mientras apagaba una pequeña llama que había alcanzado la parte delantera de mi camiseta.

—Leah, ¿estás bien? —preguntó Derek desde la sala de estar—. ¿Quieres que...?

—¡NO! —grité, observando a mi ropa humear—. ¡Está todo bien! ¡Tú sigue con tus cosas no más, que aquí no se está...!

Alcancé a morderme la lengua.

—¿No se está qué?

Corrí al lavaplatos y puse la camiseta bajo el chorro de agua; me había quedado un bonito y decorativo agujero que dejaba al descubierto mi ombligo.

—No se está, eh... —Piensa, Leah, piensa, eres la reina de las mentiras, vamos, ya—, complicando nada.

Lo aceptó tras dudarlo unos segundos.

—Ah, okey, solo ten cuidado con el agua hirviendo.

El olor a quemado hizo que mi nariz se frunciera y supe de inmediato lo que estaba ocurriendo. Con el corazón sufriendo parálisis, miré la cocina prendida:

los tallarines, que habían quedado asomados por un costado de la olla, se estaban quemando por la explosión en la cocina. En ese momento entendí por qué en las caricaturas siempre mostraban a los personajes corriendo y agarrándose la cabeza cuando veían fuego, porque de pronto me invadió el deseo de hacer la misma estupidez. Me contuve solo porque creí tener una mejor idea y agarré la olla de las orejas; la solté con los dedos ardiendo y terminó estrellándose en el suelo con un horrible ruido metálico. Los tallarines salieron desparramados y el agua mojó mis zapatos.

Acto reflejo, Blair llegó corriendo a la cocina e intenté advertirle, pero...

—¡CUI...!

... pasó de largo, resbalando en el pozo de agua.

—¡... DA...!

Su espalda se estampó en el suelo y su cuerpo colisionó con el mueble más cercano.

—¡... DO!

Llevé mis manos a la boca y fui hacia el herido en la batalla de «Los tallarines malditos».

—¡¿Estás bien?! —pregunté, arrodillándome.

Su expresión era una bonita obra cincelada por el dolor. De su boca salió un quejido que sonó a «Acércate». Lo hice, luego su mano afirmó con decisión mi nuca, doblé hasta que su boca conectó con la mía y yo salté hacia atrás, estrellando mi cabeza en la encimera.

—¡Si serás un imbécil! —chillé, golpeándolo en el pecho mientras Blair se revolcaba en el suelo, riéndose de lo lindo.

—No pude evitarlo —se burló—, es que parecías la perfecta damisela sufriendo por su amado.

Las fosas nasales me aletearon en indignación y mi cabeza zumbó dolorosamente.

—Vuelve a hacerlo y te prometo...

—Lamento corregirte, pero el que debería *prometerlo* soy yo, claro.

De no haberse corrido en último momento, mi mano habría conectado

perfectamente con su mandíbula y ahora estaría luciendo una bonita marca roja.

—Fallaste —se rio. Se puso de pie con la ropa mojada y sucia por haber barrido media cocina; se notaba que el departamento era de un cerdo—. Oye — el dedo me apuntaba—, ¿por qué tienes la ropa quemada? —Entrecerró los ojos analizando datos—. ¿Te diste cuenta de que también te quemaste las puntas del pelo?

Hice como si todo hubiese estado planificado. Toqueteé un mechón al hablar.

—Dicen que la mejor manera para cortar el pelo y que crezca bonito es quemándolo.

—Claro, ¿y si quemas tus manos van a crecerte otras mejores?

—Eso se llama renovación celular, ¿es que nunca has visto los comerciales de cremas?

Ignoró eso último porque éramos, en definitiva, igual de insoportables. Le echó un vistazo al reloj.

—Solo cinco minutos, Leah, cinco minutos; ¿cómo has sido capaz de hacer tanto desastre?

—¿Te has fijado que existe gente con un talento único para hacer cosas impresionantes? Bueno, yo tengo eso, pero a la inversa.

#TodosSomosLeah.

Le di un empujón para sacarlo de la cocina.

—Ahora, bien, *tarúpedo*, tú vete y sácate esa ropa mojada y...

—Si lo que buscabas era desnudarme, no era necesario inundar la cocina. *Ts, ts*, siempre tan exagerada para tus pasiones.

Lo saqué de la cocina de un empujón.

—Sal de aquí, perro pulgoso. Y tráeme unas pantuflas que mis zapatos se mojaron.

—¿Como tú?

Hice el ademán de tirarle la cuchara de palo y huyó por el pasillo. Volvió a los minutos con unas pantuflas de perrito, mientras yo lavaba los tallarines con detergente (en vista de cómo había quedado la ropa de Derek al caer al suelo, no



sabía qué clase de parásitos podría habitar ahí).

—¿Pero qué estás haciendo ahora...? No, no, no quiero saberlo, solo espero que todo quede comible.

Dejó las pantuflas, que me puse rápidamente, y se fue a ver televisión. Yo terminé de enjuagar los tallarines, dado que no había más en la despensa, volví a llenar la olla con agua y la puse en el fuego. Un aplauso mental para mí, porque ahora solo quedaba esperar a que se cocinaran y echarles un poco de salsa encima, ¡y tendría una perfecta cena realizada por mí! Era la chef Leah.

Canturreando feliz, sequé el piso y me dirigí donde Blair que estaba sentado en la sala de estar ensimismado en el partido de fútbol.

—¿Cómo va la cena? —quiso saber.

—Un poco ahumada.

Tomé asiento a su lado, moviendo los pies para hacer danzar las orejas del perro.

—¿Qué clase de hombre eres, Derek? —pregunté en parte en broma, en parte intrigada.

—La clase de tipo que no puede entrar en una categoría.

Eso ya lo había notado.

—Claro, con una gallina de mascota y unas pantuflas de perro, es obvio que no puedes ser clasificado.

Alzó las cejas, sin despegar los ojos de la pantalla.

—Eso solo demuestra mi increíble masculinidad y sensualidad extrema.

—Extremadamente negativa, querrás decir. —De pronto me di cuenta de que estaba sentada demasiado cerca de Derek y que este tenía una mascota que daba picoteadas de muerte cuando se ponía celosa—. A todo esto, ¿dónde está tu gallina?

—Durmiendo en mi pieza.

Apunté la pantalla, al ver que estaba tan entretenido.

—¿Y quiénes son los azules? —no contestó—. ¿Y los de naranja? —no respondió—. ¿Y cuál te gusta a ti? Diría que los azules, porque están perdiendo y

tú no pareces muy...

—Leah, no sé si tu limitada cabecita es capaz de entenderlo, pero intento ver el partido.

Como era Blair, para molestarlo accidentalmente me crucé frente a la pantalla cuando uno de los futbolistas de azul le daba un pase a su compañero, este la paraba con el pecho y partía corriendo al arco.

—¡Sal, Leah, sal de ahíiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

—¡Gooooooooooooooooooooooooool! —celebró el comentarista.

Desesperado, me agarró del brazo y lanzó fuera de su vista.

—¿Gol?

Al darse cuenta de que había sido de su equipo, celebró golpeándose el pecho como orangután en apareamiento. Todo era felicidad hasta que fue anunciada la anulación.

—¡¿Cómo que anulado, hijo de la gran...?!

—Claramente fue una jugada adelantada —le informé.

Giró el rostro.

—¿Qué sabrás tú?

Repitieron la jugada y al percatarse de que yo tenía razón, me acribilló de preguntas.

—¿Cómo lo supiste? ¿Quién te enseñó? ¿Sabes de fútbol? ¿Cuánto? ¿Eres de un equipo? ¿Cuál?

Me miré las uñas con aire interesante.

—Soy más que una cara bonita.

Una cara bonita que decía demasiadas mentiras. Si yo sabía más de fútbol que el común denominador, era únicamente porque me había pasado toda mi adolescencia escondida en las gradas contemplando a James O'Connor jugar. Era en extremo vergonzoso, incluso, admitírmelo a mí misma.

Para evitar el acoso, me fui a la cocina con la excusa de revisar la comida y me encontré con la olla con espuma burbujeando. ¿Era acaso eso normal? Solo probándolos sabría si esos tallarines eran comibles o no.

—Oye, Derek —alcé la voz, buscando un colador abriendo y cerrando cajones—, ¿dónde hay un colador?

—¿Cola-qué?

—Colador.

—¿Y qué es eso?

—Eh, algo para *colar* los tallarines, zopenco.

—Yo no conocer ese término.

—¿Colar?

—No, zopenco.

—¿Tienes o no un colador?

—Si te pregunto ¿y qué es eso? es porque, claro está, que no tengo idea de *qué es eso*.

Traducción: no había un colador. No me quedaba más que botarle el agua de a poco.

Como mi inteligencia superaba al de un ratón promedio y aprendía de los errores, esta vez agarré unos paños e intenté agarrar la olla, pero me había extralimitado y eran demasiados. Dejé dos paños sobre la cocina y solo con uno estirado, agarré las orejas de la olla y la llevé al lavaplatos con el alma inundada de dicha. ¡Lo estaba logrando! Leah la cocinera no era una perdedora después de todo.

Estaba volcando de a poco el agua, para que los tallarines no resbalaran fuera, cuando descubrí que no, que mi inteligencia jamás superaría a la de un ratón promedio. Al mismo tiempo que el olor a quemado inundaba mis fosas nasales, por el rabillo del ojo percibí un monstruo naranja y rojo que ganaba altura.

La olla se me soltó de las manos y los tallarines se volcaron en el lavaplatos, mientras uno de los paños, que tan sagazmente había dejado sobre la cocina que había olvidado apagar, se incendiaba.

Aquí es cuando la inteligencia ratonil se hizo presente nuevamente. Desesperada, tomé otro paño y golpeé la tela incendiada; sin embargo, para que dicha técnica llegase a funcionar algún día, debía realizarse con golpes rápidos y violentos, no lentos y temerosos como los míos. El fuego se extendió a mi paño

y no se me ocurrió mejor idea que soltarlo en el basurero.

En la cocina estalló un fuerte pitido de advertencia.

Todo se llenó de humo, caos y olor a plástico quemado, mientras el basurero se convertía en un monstruo naranja y churrascado.

Derek gritó:

—¡Noooooooooooo, se quema el departamento! ¡Klikli, ¿dónde estás?! ¡Klikliiiiiiiiiiii, voooooy pooor tiiiiii!

Y luego vino corriendo a la cocina con la gallina bajo el brazo como si se tratara de una pelota.

—¡Leah! —me llamó—. ¿Qué haces ahí? ¡Ven!

Yo estaba paralizada viendo el basurero derretirse y todo su contenido incendiarse.

Agarrándome de la mano, me obligó a salir del shock y abandonar la cocina detrás de él. Llegamos hasta una puerta en el pasillo, que golpeó desesperado con el pie mientras el «¡Ti, ti, ti!» se intensificaba con urgencia, anunciando que pronto entraría en acción.

El humo ya había alcanzado la sala de estar.

—¡Sal! —rugió Derek a la puerta cerrada—. ¡El departamento se quema!

Las regaderas del departamento se activaron y el agua helada nos empapó, mojando todo, apagando el fuego y, de paso, destruyendo los artículos electrónicos.

En ese momento, la puerta se abrió y alguien salió.

Era James O'Connor sin camiseta, bóxer corto y ajustado, y con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué demonios...?

—Todo era paz hasta que la Nación de Fuego atacó —susurré.

Detrás de él aparecieron dos chicas corriendo. A una la reconocí de inmediato: era Shandel, digo, ¡Shanel! ¡¡Shanelle!!

El pánico brilló en los ojos de James al comprender que yo realmente estaba ahí, yo, la de carne y hueso y no el dinosaurio rojo, estaba a un paso de sus

esperanzas destruidas. Y, entre tanta frase maravillosa que podría haber soltado, dijo la peor:

—Juro que no es lo que parece.

Y yo contesté:

—Creo que nunca más cocinaré en mi vida.

Porque, Dios mío santo, tendría que tener sexo con Derek para intentar pagarle de algún modo semejante desastre.

## Behind blue eyes

Derek Blair lo estaba disfrutando de lo lindo. Casi le había quemado el departamento, lo había inundado, le había echado a perder no sé cuántos electrodomésticos, pero él disfrutaba paseándose por la sala de estar y chapoteado de aquí para allá, con la estúpida gallina en brazos y sonriendo feliz al verme secar el suelo con ira contenida, pasando la toalla y después estrujándola en el balde, como si el pedazo de tela fuera el cuello de un susodicho y apretaba y apretaba hasta que los ojos se le salieran de las cuencas y ¡argh!

Estrujando el paño en el balde, miré, juro que sería la última vez, la puerta cerrada de O'Connor y la furia de *Super Saiyajin 4* amenazó con volverse antinatural y subir de nivel. «No es lo que parece». Desgraciado, maldito infeliz hijo de su mamá. ¿Que no es lo que parece? ¿Que no es lo que parece? Seguro, seguro que *nada* era lo que parecía. Dios, qué ganas de matar a un desgraciado.

Tomé aire para calmarme.

Por lo menos ahora no todo era caos y había una que otra noticia buena entre tanta desgracia, como la de que el electricista ya había revisado la conexión eléctrica, y nos permitía encender luces y conectar aparatos en los cuartos, y que Derek había contratado una empresa que acudiría a secar; pero como yo no podía quedarme de brazos cruzados a la espera de ayuda, cuando había sido yo la responsable del desastre, me había puesto a trabajar de todas maneras para enmendar mis pecados capitales.

La calma me duró hasta que vi mi cuaderno de Cálculo I, los apuntes y mi libro empapados y arruinados. Pegué un grito al cielo. Iba a reprobar Cálculo, iba a reprobar Cálculo y... la estúpida gallina Klikli intentó comerme el pelo.

—Muy bien, oficialmente estás loca —afirmó Derek, agarrando a su mascota y volviendo a tomarla en brazos. En vez de ayudarme, siguió hablando: —¿Y? ¿Quieres comida china o pizza o algo? —preguntó—. Iré a comprar.

Me recompuse de inmediato, tenía hambre y satisfacer esa necesidad era más importante que reprobarme un ramo (cuán necia era algunas veces).

—Déjame entenderlo —dije, sentándome en el húmedo suelo—, te destruyó el departamento, ¿y todavía así me invitas a comer?

—¿Y por qué no lo haría? Ni que me hubieras matado.

—Pero te quemé el departamento y lo inundé —protesté.

—Quemaste un par de paños y solo se inundó la cocina y la sala de estar.

—Pero murió tu tele.

—¿Y? Me compro otra.

—Y tu consola de juegos.

—Salió un modelo mejor, de todas formas iba a quedar en el olvido.

—Pero...

—Leah —me interrumpió en seco—, tengo dinero, ¿entiendes? No me importa.

¿Es que siempre tenía que andar haciendo tanto desastre? Ni que fuera millonaria para pagar tanta mierda que destrozaba.

—Bueno —musité débilmente—, si lo pones de ese modo... quiero pizza.

Derek jugueteó con las llaves del departamento.

—¿No quieres acompañarme?

¿Ese tipo estaba loco? ¿Cómo se le ocurría que iba a ir con él a comprar? No, claro que no, porque eso implicaría dejar solo a O'Connor con dos mujeres semidesnudas, y no, muchas gracias, prefería que la verdad me estallara en la cara que seguir escuchando palabras amorosas llenas de mentiras por parte de esa rata de acequia. El monstruo posesivo comenzó a despertar.

—Prefiero quedarme —una risa nerviosa se me escapó por los labios—, ya sabes, para secar y todo eso.

—Clarooo, para secar y todo eso.

Me crucé de brazos.

—¿Qué intentas decirme con ese tonito?

—Que si supieras la verdad ya nada sería tan divertido.

—¿Ah, no?

—*Nope*.

—Mira, cretino, si no me dices, te...

—¿Me qué? —provocó—. ¿Golpearás? Hace mucho tiempo que tus golpes no son una amenaza.

Yo ya no daba miedo, era una vergüenza.

—No, no iba a decir eso. Yo, mira, eh... hagamos un trato, o me dices o te comes mis tallarines.

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

—Ya, no seas aburrido, solo acepta. Algo así como verdad o reto.

Su sonrisa fue lobuna.

—Okey, pero tú también debes aceptar.

Algo me supo mal en la boca. Supe, de pronto, que había caído en mi propia trampa.

—¿Te arrepentiste? —preguntó con una falsa inocencia.

Tiré al suelo el paño húmedo que había estado estrujando en mis manos durante toda la conversación.

—Okey, okey, acepto, pero tú partes.

Se tocó la barbilla con los dedos, pensativo.

—A ver, déjame pensarlo... mm... —Chasqueó los dedos—. Ya lo tengo.

—Sé bueno conmigo, por favor —pedí.

No me hizo ni caso. Para aumentar la tensión se puso en cuclillas frente a mí, quedando a unos centímetros de distancia, con su proximidad amenazando mis capacidades mentales.

—Dime, peli-peli, ¿verdad o reto?

—¿No puedo escuchar primero la pregunta y luego decidir si quiero responderla o hacer el reto?



—Solo elige, ¿verdad o reto?

Reto, Leah, di reto, si estás loca como una cabra y hacer un estúpido reto no te costará nada. Vamos, acepta y sigue con tus mentiras. Vamos, Leah, dilo, di reto.

—Verdad.

Su cuerpo se inclinó hacia adelante, hasta que su nariz casi tocó la mía.

—¿De verdad te gustaba Alex o solo decidiste sentir algo por él porque todavía te da demasiado miedo aceptar que estás enamorada de James?

Pánico, sorpresivo y asfixiante.

—Creo que prefiero el reto.

—Dijiste verdad, ahora acepta las consecuencias.

Me reí nerviosamente.

—Bueno, como dices, acepto las consecuencias y prefiero el reto.

Derek estaba perturbadoramente cerca, invadiendo mi espacio personal con su presencia.

—¿Quieres el reto? —Asentí efusivamente, casi estrellando mi cabeza contra la suya—. Entonces, bésame. Y con lengua o no vale.

¿Qué era peor: decir la verdad o aceptar el reto? Era obvia la respuesta.

—Bueno, si te soy sincera —hablé rápidamente—, al principio tenía la idea de que solo me gustaba Alex porque era un puerto seguro... Pero luego, cuando... ya sabes, vino el rechazo y el apocalipsis amoroso y todo eso... fue ahí cuando recién me di cuenta que de verdad tenía sentimientos, ¿entiendes? Tuve que perderlo para entender lo que sentía por él.

Premió mi sinceridad tocándome la nariz con la punta del dedo índice.

—Buena chica.

Tragué saliva y le di un suave empujón en el pecho, que lo hizo aterrizar de culo al suelo.

—Tú no te hagas el desentendido, ¿verdad o reto?

—Reto, ya te dije. Prefiero comer tu mazamorra de tallarines que dejar de disfrutar a tu costa.

Me puse de pie.

—Pero que conste que es bajo tu responsabilidad.

—De seguro he comido cosas peores —aseguró.

Dejó a Klikli en el suelo, la que comenzó a alborotar sus alas, enojada por pillar la alfombra húmeda. La gallina era un poco consentida. Sin más, fui a la cocina donde todo era un desastre inundado e iluminado por un improvisada vela en un vaso. Agarré un plato y tenedor y chapoteando fui hasta la olla en el lavaplatos. El alma se me fue a los pies. ¿Qué mierda era eso...? Parecía un bastón de tallarines, todos se habían quedado pegados. Pero, bueno, era el reto de Derek, no mío.

Enterré el tenedor en la masa de tallarines y la dejé sobre el plato, para luego empezar a cortarla en cuadritos con un cuchillo. Listo eso, agarré una de las salsas de tomate y se la eché encima, porque eso era un ketchup, ¿cierto? No recordaba si se cocía o no.

Derek me esperaba sentado en la mesa del comedor, entre cuadernos arruinados y hojas disecadas en la madera. Tenía una sonrisa en los labios que se esfumó cuando vio el plato.

—¿Qué es eso?

Sus ojos escrutaban el plato como si temiera que los tallarines estuvieran vivos.

—¿Te dije o no te dije que no sabía cocinar? —Dejé el plato frente a él—. Ahora, cómetelo o si no tendrás que decirme la verdad.

—Nunca.

Toqueteó con el tenedor los tallarines, hizo una leve pausa y después se echó un pedazo a la boca. Masticó lentamente, con los ojos cerrados y una expresión de asco. Le pude ver la masa de tallarines en la lengua al hablar.

—¿Por qué sabe a detergente?

Ups, alguien no los había lavado lo suficientemente bien.

Finalmente, con un monumental esfuerzo, se tragó la comida. Parecía a punto de devolverla.

—¡Ni siquiera cociste la salsa! —protestó—. Con lo inteligente que eres,

Leah, no puedo creer que no sepas ni lo básico.

¿Qué podía decir? Para mí la cocina era como magia negra.

El momento se interrumpió cuando sonó un picaporte destrabado: habían abierto una puerta. Me puse en tensión y eché un rápido vistazo al pasillo. Era O'Connor que se nos acercaba (vestido, menos mal) con expresión de inocencia pura. Maldito. Lo odiaba tanto.

—¿Qué hacen? —quiso saber al unírsenos.

—Besarnos —ironicé—. Lo sabrías si no te hubieses vuelto a encerrar con la... —enmudecí el «perra» a último segundo— adorable Shanelle. —Mi sonrisa fue puros dientes—. Me pregunto por qué no saldrá a saludar.

O'Connor seguía en su total despreocupación.

—Está hablando con Bianca.

—¿Y Bianca es tu otra *amiguita*?

—Sí, ¿por qué?

—Oh, no, por nada, simple curiosidad.

O'Connor le dirigió una mirada a Derek diciendo «¿Y a esta qué le pasa?»; Derek, demasiado divertido para intervenir, se encogió de hombros.

—¿Simple curiosidad? —indagó O'Connor.

Mentir, debía decir una mentira ahora, ya.

—Es que quería ofrecerles un poco de comida.

Sus ojos azules se clavaron en el bastón de tallarines cortados.

—¿Eso es comida? —se rio estúpidamente—. Shanelle es delicada de estómago, mejor que ni se acerque a ese plato.

¿Se atrevía a ofender mi arte culinario? Primero me desayunaba con la noticia de que O'Connor no solo había estado con una mujer, sino que ¡con dos, el desgraciado!, ¿y ahora esto?

El monstruo posesivo escapó.

—Lo dudo —rebatí—, Shanelle debe tener un estómago de perro para haberse acostado contigo.

Ya está, Diosito, lo había dicho, ahora, por favor, mándame un rayo directo a la cabeza. Contraria a la reacción que había esperado, Derek y O'Connor estallaron en una carcajada sorpresiva que les sacó lágrimas de los ojos y los encorvó, con ese dolor que provoca la felicidad en las paredes estomacales por tanto reír.

Mientras yo, muchas gracias, seguía sin verle lo gracioso al tema. Acababa de hacer una escenita de celos que dejaba entrever sentimientos prohibidos, ¿y se reían? El colmo.

—Shanelle... acostarse... con James —jadeó Derek entre carcajadas—. ¡Ella... jaja... y él... jaja!

Todo el mundo sabía que no tenía paciencia; ni un poquito, nada. Si un santo tenía una paciencia de cien y una persona normal tendría una de cincuenta; yo con suerte me acercaba al diez.

—Oigan, ya, paren, ¿qué les pasa, simios descerebrados? No es gracioso, ¡no es gracioso! James estaba en ropa interior... y Shandel... digo, Shanelle y la otra chica también, ¿cuál es el chiste? ¿Mi cara acaso? ¡¿Ah?! ¿Me convertí en un dinosaurio rojo acaso y no me di cuenta? Y miren, ¡qué maravilla, hablo!

—Es que... Shanelle y James... —Derek volvió a reír, O'Connor ni siquiera hizo el intento de parar.

—¿Pero qué les pasa? ¡Les dije que pararan! No es gracioso.

Por fin O'Connor hizo caso a mis palabras y, masajeándose las costillas, habló:

—Es que yo te dije que estabas mal.

—¿Y tú crees que yo nací ayer?

—Mira, hombre, qué bonito. Peli-peli está celosa.

Eso me crispó los nervios.

—¡¿Celos?! —chillé—. ¡¿Crees que yo voy a estar celosa de ese pedazo de cerdo?!

—Leah —dijo Derek, apuntándose el rostro—, deberías limpiarte ahí.

El cambio de conversación me descolocó.

—¿Por qué? ¿Qué tengo? ¿Salsa?

—No, solo un poco de celos en toda la cara.

Llegó otra ronda de risas, aplausos y felicitaciones entre ellos.

Cerré las manos en puños.

—Muy bien, ¡me hartaron! Yo me voy de aquí.

James me agarró del brazo para detenerme, seguía con la risa bailándole en los labios.

—Querida mía, no estás entendiendo.

Había perdido todas mis fuerzas para luchar y la armadura se hizo pedazos, dejándome expuesta a todas las mentiras que vendrían y que yo creería como una necia que jamás aprendía.

—Explícame, entonces —musité.

Su mano bajó por mi brazo y acarició mi mano. Qué rápido me hacía caer, una palabra tierna y yo olvidaba todo lo que me había hecho.

—Es imposible que entre Shanelle y yo haya ocurrido algo.

—¿Por qué?

—¿No lo ves? A ella no le gusta.

—Pero eso...

—James no me gusta, Leah.

Apoyada contra el marco de la puerta del cuarto de O'Connor, vestida y pareciendo normal, estaba Shanelle.

—¿Qué dices? —le pedí explicaciones.

—Que James no me gusta.

—Pero eso no implica que...

—No me gustan los hombres, Leah, ¿entiendes? Entre él y tú, corres más peligro tú que él.

Mi boca formó una *o* muda. Dejé ir la mano de O'Connor.

—¿Y qué hacían en la pieza si... ? Oh, ya veo. —Tuve asco—. ¡Esto es mucho peor de lo que creía! ¡Eres un pedazo de cerdo!

—Apunté a O'Connor con un dedo—. ¡Estabas mirando!

El acusado negó rabiosamente con la cabeza.

—¡No, no! ¡Estás malinterpretando todo! ¡Yo no estaba haciendo nada! ¡Yo...! —Tomó aire bruscamente—. Esto sonará raro, pero estaba durmiendo.

—¿Dormías? ¿En serio crees que nací ayer?

—¡Pero si es verdad! —gimió todo afeminado—. Yo estaba durmiendo, veníamos llegando de una fiesta y me quedé dormido.

—En el piso —agregó Shanelle.

Alcé una ceja.

—Ni por un momento me voy a creer...

James se acercó a mí para luego empujarme por la espalda y obligarme ir hacia su cuarto. Oh, no, ¡me iba a seducir, iba a...!

Entramos.

Y no me sedujo, he de aclarar ese decepcionante punto.

La habitación de O'Connor no era para nada como me la había imaginado. Algo en su lunática manera de ser me había hecho creer que sería pulcro. Siempre andaba perfectamente vestido, solo con el cabello desordenado porque tenía la manía de pasarse la mano por él cuando estaba estresado. Contraria a su impecable imagen, era su pieza. Todo estaba tirado, la cama era un desastre con la colcha enrollada y un sofá a los pies de ella, justo al frente de una televisión que colgaba de la pared. Aparte de eso, la habitación estaba pintada con tonos cremas y azules y tenía dos puertas, una seguramente para un baño privado y la otra para un ropero.

O'Connor apuntó al suelo, donde había lo que parecía un nido de pájaros. Justo en ese momento Bianca salió del baño privado con el cabello rubio recogido en un moño alto.

—Bianca —la llamó O'Connor, agarrándome de los hombros para que no huyera (chico listo)—, ¿quién estaba durmiendo ahí?

Frunció el ceño.

—Tú.

O'Connor se giró hacia mí.

—¿Viste? ¿Por qué nunca crees lo que te digo?

—Porque sigues estando desnudo.

—¿Qué?

—Que en tu historia no explicas el porqué de tu desnudez.

Se quedó tieso, como un culpable que asume la condena.

—Es que... yo...

—Es que él no tiene idea —habló Bianca—. Venía... ¿de verdad quieres arruinar su imagen de príncipe azul?

Bufé.

—Más desteñido no podría estar para mí.

—Si tú lo dices... —Rodó los ojos—. Venía vomitado.

—¿Vomitado? —jadeé.

Sí, se acababa de hacer añicos la imagen de galán.

—Ya sabes, se tomó hasta el agua del florero y vomitó. —Apuntó la puerta a su espalda, mientras se acercaba a nosotros—. Y tuvimos que sacarle la ropa y tirarla al baño, ¿o es que acaso tendríamos que haber dormido con esa hediondez?

Tenía un punto y lo acepté con un asentimiento distraído de cabeza.

Bianca había llegado a nuestro lado y de pronto me sentí diminuta e insignificante. Parecía modelo y era mucho más alta que yo, lo que me hacía parecer una albóndiga a su lado. Una albóndiga aplastada y podrida.

—¿Eres la novia de Shanelle? —quise saber.

James rio.

—Oh, no, Bianca no es lesbiana —contó.

—¿Ah, no?

¿Entonces qué era? ¿Un rinoceronte? Ya nada tenía sentido en la vida.

—¿Y quién es ella, James? —preguntó Bianca con un tono sugerente.

¡Oh, Dios mío! Esa chica quería algo conmigo.

—Ella es Leah —me presentó James.

—La famosa Leah —dijo.

Todo en mí se revolucionó.

James había hablado de mí.

De mí.

Carraspeé para eliminar el nudo de emociones confusas en mi garganta.

—Ni piensen que eso me emociona —dije pretenciosa—, mira que hace mucho tiempo que yo no siento nada. Asexual diría que me volví.

James se mostró en extremo ¿orgullosa? ¿Pero qué le pasaba a ese tipo?

—Entonces, ¿asexual? —dijo como si nada.

—Sí, ¿y qué?

—Entonces, ¿no estuviste con nadie más?

Había caído en la trampa como el oso más tonto.

—Basta, O'Connor.

Una lenta sonrisa, esa que curvaba sus ojos ligeramente y que los encendía tan pícaramente, apareció en su rostro marcando el hoyuelo que se le formaba en la mejilla.

—O'Connor, para —jadeé.

Busqué con desesperación a Bianca para que me ayudara, pero en algún momento había desaparecido.

Demonios.

—¿Que pare qué? —preguntó inocentemente—. Lo que estás haciendo...

—¿Y qué es lo que hago?

El azul se tornaba lava oscurecida.

—Basta con ese tonito...

—¿Por qué? ¿Qué tonito? —insistió.

Hizo el ademán de acercarse y alcancé a detener el avance con mis manos en su pecho.



—James, todavía estás borracho.

—Para nada, estoy muy consciente.

Si él no iba a detenerse, tendría que hacerlo yo. Di un paso hacia atrás y... pisé a Klikli. La gallina cacareó como loca, alborotándosele todas las plumas. Derek llegó corriendo.

—¿Qué le hicieron a mi Klikli?!

Sulfurado, agarró a su mascota que intentaba picotearme las piernas. La gallina se tranquilizó levemente en brazos de su dueño, pero seguía ofuscada; qué situación más irreal.

—Vamos, mi Klikli bonita —le susurró Blair para calmarla—. Vamos, no te exaltes que te hace mal al corazón. ¿Quieres que toque una canción para que te tranquilices?

—*Cocorocó.*

—Muy bien, vamos.

Amo y ave se fueron del cuarto.

—¿Estás seguro de que durante estos dos años a Blair no se le cayó una roca en la cabeza? —quise saber.

—Que yo sepa no. —Asentí suavemente, ida.

Por el rabillo del ojo vi unas cuantas fotografías puestas sobre la mesita de noche. Sin pedir permiso, me acerqué a mirarlas. La primera era de un pequeño chico de unos cinco años con un brillante pelo negro y ojos azulados; era indudablemente James, vestido de príncipe y alzando su espada de metal al aire con una sonrisa que dejaba entrever la ausencia de sus dientes frontales. Estaba para comérselo a besos; de niño era un rompecorazones.

—Ay, James, ¿ese eres tú?

—En mi sexto cumpleaños —contó acercándose.

Su aliento me rozó la nuca e intenté ignorarlo lo mejor que pude; apestaba a cerveza.

La segunda fotografía salía junto a una niña de pelo castaño, un hombre mayor de enorme estatura y con presencia imponente. Tirada a sus pies había una bicicleta.

—El día que aprendí a andar en bici—explicó, pasando el brazo por mi costado para ir apuntando a las personas en la imagen—. Ella era...

No tenía que decírmelo para saberlo; había visto fotografías de ella de pequeña.

—Bella.

—Y él es mi abuelo Bernardo —agregó rápidamente. Apuntó otra fotografía en sepia, vieja y muy arruinada, que de todas formas dejaba entrever a una mujer bajo la sombra de un enorme árbol—. Y ella es mi abuela Maribel.

He de decir que sentí un poco de pánico. Maribel se parecía a mí. La forma del rostro, el cabello y los ojos tan claros que daban miedo, eran como los míos. James no tenía el complejo de Edipo, sino que padecía el mal de *abuelipo*. Qué miedo, la verdad.

—Los extraño con mi vida —confesó con un anhelo en su voz que dolía.

Volteé el rostro para observarlo de reojo, permitiéndole estar cerca del mío.

—No sabía que conocías a Bella desde tan pequeño.

¿Había algo más fascinante en la vida que sus ojos? Era algo que jamás podría llegarse a explicar con palabras, ni tampoco ser retratados, siempre faltarían colores en la paleta para captarlos. Iba más allá de la hermosa combinación de colores, era lo que transmitían, cómo era capaz de hablar con su mirada.

—Bella era vecina de mis abuelos, la conozco de toda la vida.

Regresé a las fotografías, encontrándome con la última. No aparecían sus padres, sino que Derek y él mirando a la cámara; todo normal si no fuera porque James yacía postrado en una cama de hospital pálido y ojeroso.

—¿Qué es esto? —exigí explicaciones con la fotografía en la mano—. ¿Estuviste enfermo?

La vergüenza invadió su rostro.

—Es una foto —bromeó sin ánimos.

Supe que estaba a punto de enterarme de algo terrible.

—James.

—Leah...

—Solo dime. Soy yo, Leah. —Abrí mucho los ojos, encarándolo—. Solo dime qué pasó.

Se lamió los labios reseco removiendo de estrés nervioso.

—Fui tan estúpido, Leah, tan... —Su voz se cortó—. Tan estúpido.

Sensación de caída libre.

—Pero, James...

—No quiero hablar de eso.

Iba a estrellarme contra el suelo en cualquier instante, y no hice nada para evitarlo, solo aumenté la velocidad para que todo se acabara ahí, ahora, sin hacer esperar la pronta verdad.

—Vamos, James, dímelo. Soy yo. ¿Qué es? ¿Qué pasó?

Se alejó de mí, física y mentalmente; casi podía ver su corazón acorazándose para que nadie lograra alcanzarlo.

—Olvidalo. Por favor, olvidalo —pidió.

Y mientras salía del cuarto, tras murmurar que debía ir a dejar a Shanelle y a Bianca, caí en la cuenta del gran abismo que se había interpuesto entre James y yo; estábamos separándonos cada día por las decisiones que habíamos tomado durante esos años y ya no estaba del todo segura que quisiera eso.

Con las piernas pesadas y un dolor que se ramificaba por el cuerpo, la puerta principal se cerró. El departamento no quedó en silencio: una melodía provenía desde el fondo. Era el suave sonido de una guitarra acompañada de una voz rasposa y hermosa, que reconocí a pesar del gastado recuerdo. La seguí en busca de ese algo que no tenía claro.

La puerta estaba entreabierta y me quedé ahí, viendo a Derek deslizar los dedos con habilidad por las cuerdas. Con una voz tan melodiosa, tan bonita y masculina, que raspaba levemente en la garganta dándole un matiz único, Derek comenzó a cantar.

*Nadie sabe cómo es ser el hombre malo, decía. Ser el hombre triste detrás de unos ojos azules (tristes). Rasgó la guitarra como si estuviese tocando la más frágil de las flores. Nadie sabe cómo es ser odiado, ser condenado a solo decir*

*mentiras*. Tenía los ojos cerrados, con la cabeza inclinada hacia atrás y la mecía suavemente, siguiendo el ritmo. *Pero en mis sueños no son tan vacíos como mi conciencia parece ser*, prometía. *Nadie sabe cómo es sentir esto que siento...*

Cortó la canción en seco, apoyando la mano sobre las cuerdas para que dejaran de vibrar.

—¿«Behind blue eyes» de Limp Bizkit? —pregunté, rompiendo el hechizo y entrando a la sala.

Derek bufó sin abrir los ojos. No parecía sorprendido por mi presencia.

—La canción original es de The Who.

Alcé las cejas y metí las manos a los bolsillos.

—¿Y te sientes identificado?

Comenzó a afinar la guitarra.

—No. No soy yo el que se esconde detrás de unos ojos azules, ¿no?

—Pero «Behind blue eyes» también significa *Detrás de unos ojos tristes*.

Sonrió de manera dócil.

—Y diría yo que es otra persona la que se acaba de ir con unos ojos azules y tristes. ¿Qué le hiciste ahora?

A mi espalda regresó el sentimiento de pesadez.

—¿Qué pasó, Derek?

Dejó la guitarra al lado.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa si no estaba? Por algo te pregunté.

—No me refería a eso.

—¿Es que nunca puedes hablar en un idioma entendible?

—Hablo de las fotos.

—¿De qué...?

—James estuvo en el hospital —lo corté—, ¿por qué?

Derek palideció.

—Ah, a esa foto te referías...

Me crucé de manos, entrelazando mis dedos para que dejaran de temblar.

—Estoy esperando, Derek.

—Quiero aclarar que a James no hay nada que le avergüence más que eso, y que se arrepiente y que solo fue una vez y por simple estupidez, nada más.

—*Derek* —advertí—. Habla.

—Y que no le gusta hablar de eso, porque sabe que fue algo estúpido y consentido y muy, muy, muy estúpido.

—¡Derek!

Hizo una mueca amarga con la boca.

—James estuvo en el hospital por sobredosis.

## ¿Por qué no te decides?

El olor del café recién preparado me despertó. Un grueso cobertor verde me cubría y aún iba con la ropa del día anterior; alguien me había quitado los zapatos y tapado hasta hacerme parecer una oruga. Demonios, era una pésima madrugadora... más que pésima madrugadora, odiaba despertarme, fuera cual fuera la hora; por lo que por las mañanas puede que fuera todavía más desagradable. Cerré nuevamente los ojos con fuerza, deseaba seguir durmiendo para así continuar con esa sensación de bienestar y felicidad plena de tener a alguien que se preocupaba por mí y que siempre estaría para mí hasta en los peores momentos. Pero esa sensación se esfumó y llegó como una cachetada la realidad.

James.

El estómago se me revolvió, sin embargo desplazé todos esos sentimientos de mierda lejos y los tiré a la basura. Al abrir los ojos reconocí dónde estaba de inmediato: era el departamento de Alex. Quise pensar en la agradable sensación de haberme reencontrado con mi mejor amigo, mas no podía del todo porque James seguía en mi cabeza por más que intentaba correrlo a un lado.

Pero un problema a la vez, Leah. Primero había que solucionar las cosas con Alex y después iría por James.

Tiré las tapas de la cama con una patada y en estado zombi salí del cuarto y me tambaleé a la cocina. Alex con el cabello mojado y goteando por sobre sus hombros, empapando su camiseta de mangas largas, tenía una humeante taza de café esperando a su dueña. Me lancé sobre ella y le di un largo trago, sintiendo que la cafeína se inyectaba en mis venas como una droga que trajo energía y claridad mental (a mis limitadas capacidades mentales, claro).

—Te vas a resfriar si no te secas ese pelo —advertí, dejando a un lado la taza.

Exhaló con aire decepcionado.

—Pasas días sin hablarme, después me llamas llorando, te derrumbas en el auto cuando voy a buscarte, no despiertas hasta ahora, ¿y solo tienes eso para decirme?

Era hora de dejar el orgullo de lado.

—Soy una estúpida —admití por fin—. Tenías razón, eres mi mejor amigo y eso es lo mejor que podría habernos pasado. —Tomé aire—. Te extrañé como no tienes idea.

La expresión en su rostro se ablandó.

—Debe haberte sucedido algo realmente malo para que estés confesando tus sentimientos sin estar ebria o a punto de un colapso nervioso.

Caminé hacia uno de los muebles en la cocina, donde dejé la taza y me senté. Volví a tomar el café para darle otro largo trago.

—¿Qué intentas decirme, Alexandro González, alias Alex?

Alex sonrió, curvándosele la comisura de los labios cuando lo hacía.

—Que solo dices lo que sientes cuando te ocurre algo malo o estás borracha.

Bajé la mirada hacia mi humeante café.

—¿Por qué siempre tienes la razón? —Tomé aire—. La verdad es que es algo tan malo que me tragué el orgullo y llamé.

Alex se detuvo al chocar contra mis rodillas. Viéndome en ese estado, apoyó su frente en mi hombro; era una posición que cualquiera interpretaría como si yo lo estuviese consolando, pero él y yo sabíamos que era al revés.

—¿Sabes, Leah? —preguntó alzando la cabeza.

—¿Sí?

Buscó las palabras adecuadas para continuar.

—No quiero que nos volvamos a pelear, eres lo más importante que tengo aquí y no quiero seguir sin ti.

Le acaricié la cabeza con burla. Se le hacían unas leves ondulaciones que le caían por la frente. Un manjar.

—Yo tampoco quiero volver a pelearme contigo.

Apoyó sus manos en mis muslos e hizo presión, enterrando los dedos en el

pantalón.

—Volveremos a pelear, lo sé.

—No, yo no...

—No estás entendiendo.

Parecía que yo nunca entendía nada.

—Explícate.

—Tú ya no me ves como amigo.

—Yo...

El corazón bailó en mi pecho.

—Y llegará el día que volveremos a pelear por eso, porque tú ya no te conformas con nuestra amistad. Y yo no quiero pasar de nuevo esto de estar sin ti.

El verde en su mirar parecía un oscuro musgo sin fin; tomó aire, profundamente, a punto de lanzar una bomba que remecería mi mundo.

—Estoy dispuesto a intentarlo contigo, Leah, de verdad que lo estoy.

Su cuerpo se inclinó hacia adelante y yo me quedé ahí, paralizada, preguntándome si había caído en el mundo de *Alicia a través del espejo*. Lo primero que entró en contacto fue su nariz contra la mía, luego fue su aliento y finalmente sus labios rozando los míos. Sujeté con fuerza mi olvidado café, con los dedos blancos en tensión.

James me había besado hace mes y medio, y se lo había permitido.

Derek lo había hecho el día anterior, y lo había apartado.

Y ahora Alex, y no sabía qué hacer.

Demasiados besos de tipos diferentes para una ex filematofóbica. Nada calzaba en mi cabeza. El calor subió por mis piernas y Alex me besaba, Alex, mi mejor amigo. Esto estaba mal. Muy mal. Y tenía que ponerle fin, porque todo era tan erróneo.

Me alejé tan repentinamente que resbalé de la encimera y caí al suelo como saco de papas. De los nervios se presentó la risa que era como un burbujeo en la garganta que no podía aguantar; una carcajada explotó desde mi pecho.



—Te beso, ¿y te ríes? ¿Tan mal lo hago?

No, el Alex mal besador, ese que tanto me había traumatado en el pasado, se había ido. Pero no, no. Es que no, simplemente no.

*Alex + Leah ≠ Beso*

Porque la verdad era otra.

*Alex + Leah = Amigos*

Es decir, Alex más Leah era igual a amigos sin besos.

—Para variar, siempre tuviste la razón.

—¿La tenía?

Se había bajado de la encimera y tenía la cadera apoyada en ella, con los brazos cruzados y la mirada, aunque divertida, un poco confusa.

—No tenemos que estar enamorados para querernos —solté en un suspiro—. Y tú y yo intentándolo es absurdo. —De un brinco me puse de pie y apoyé la cadera a su lado, quedando separados por unos centímetros—. Estas últimas semanas medité mucho sobre nosotros y sobre lo que yo quería. No es como si ya me hubieses dejado de gustar, no. Pero... pero cuando, ya sabes, me rechazaste, me sentí herida y engañada porque en cierta parte, de verdad, creí que podría llegar a gustarte... pero después fueron pasando los días y lloré y mucho y llegó un punto en que empecé a entender las cosas y te extrañé, te extrañé tanto, Alex. Pero no te extrañé de esa manera, porque no podía extrañar algo que nunca tuve, sino que... quería a mi amigo, tenía el corazón roto, pero porque no tenía a mi amigo, ¿entiendes? Me gustabas como hombre, pero te amo como amigo, y se desplazó un sentimiento por otro.

Pareciendo un cachorrito rubio y dorado muy tierno y bonito, Alex inclinó levemente la cabeza hacia la derecha. Ojalá fuera menos agraciado, así no sentiría la tentación de pasarme a su cama.

—Bueno, aclarado el punto anterior —continué—, necesito preguntarte otra cosa.

Suspiró.

—El día que le siga el hilo a tus pensamientos, me convertiré en dios.

Lo ignoré.

—¿Te acuerdas de que tú y yo tenemos un par de amigos en común? —  
empecé lentamente y medio titubeante.

—James —contestó de inmediato.

*Argh*, demonios, ¿por qué no había dicho Derek? Alex probablemente me conocía demasiado bien.

—¿Cómo supiste que quería hablar de él y no del otro amigo?

—Sabemos que tu cerebro no funciona del todo normal, pero cuando lo hace, como ahora, creo saber tus respuestas. Te conozco desde que no tenías dientes, ¿qué otra cosa esperabas?

Tal vez ese nefasto recuerdo de un monstruo pelirrojo sin dientes había arruinado mi futuro romántico con él.

—Ya, sí, bueno, como sea... el punto es que quiero hacerte una pregunta.

—¿Tomará mucho tiempo?

—N... sí.

Salió de la cocina y yo me apresuré detrás de él, como una cucaracha buscando basura.

—¿Dónde vas? ¡Me ibas a responder!

—La vida me ha enseñado que debo estar cómodo si quiero empezar una conversación medianamente seria contigo. —Una vez en la sala de estar, se sentó en el sofá más grande y se relajó—. Ahora sí, ¿qué quieres saber?

Tomé asiento a su lado sobre mis talones.

—Cuento corto, fui a estudiar al departamento de Derek porque me iba a enseñar...

—¿Derek te iba a enseñar algo? —Empequeñeció los ojos con suspicacia—. Expláyte con ese *enseñar*.

—Me iba a enseñar Cálculo I —expliqué.

Ahora parecía seriamente ultrajado.

—Ni siquiera sabía que Derek podía sumar.

—Bueno, pues sí puede —lo contradije un poco demasiado a la defensiva. Al comprender que lo había hecho instintivamente, muy nerviosa aclaré mi garganta

—. No es tan tonto como creíamos.

—Lo aceptaré con un respetuoso silencio.

Lo dejé estar.

—La cosa es que estaba allá y decidí cocinar y quemé el departamento y...

Alex alzó las manos, deteniéndome.

—¿Quemaste el departamento de Derek? —jadeó.

—Solo un paño, pero la nación de fuego atacó y las regaderas se activaron y todo era caos y desesperación y después tranquilidad y luego estaba en la habitación de James y vi las fotos que tenía en el velador, ¿las conoces? —Dudó algunos segundos antes de asentir—. Entonces lo sabes, sabes qué le pasó. Necesito saberlo, ¿entiendes? *Lo necesito.*

—¿Lo necesitas?

—Lo necesito —reiteré—. No puedo con mi conciencia y saber que yo estaba lejos y él... y él ahí en un hospital. ¿Y si hubiera muerto? Yo... yo no lo habría sabido, y no puedo... no puedo soportarlo. Necesito detalles, saber a ciencia cierta qué ocurrió.

No podía sacarme de la cabeza la idea de un regreso completamente distinto: con James muerto y a mí solo quedándome el inútil consuelo de una lápida con su nombre.

—¿Estás segura?

—Sí.

Se pasó las manos por el rostro, repentinamente cansado.

—Fue la noche que conocí a James. —Todo dentro de mí era ansiedad—. En nuestro mundo sabes que las drogas abundan, ¿no? —Dios, no, Derek no había mentido, había sido una sobredosis—. Y James nunca había probado algo más fuerte que la marihuana.

Tragué.

—Lo sé. ¿Pero y que pasó?

—Yo estaba en Madeleine...

—¿Madeleine?

—Un club privado —respondió de manera simplona—. Y me encontré a este tipo, James, con el que lo único que teníamos en común es que estábamos sentados en el mismo sofá. Hasta que dijo tu nombre.

—¿Mi nombre? —jadeé.

—Y yo me quedé sorprendido, Leah no es un nombre muy común en este país, por lo que le presté atención.

—Espera, ¿este país? ¿Estabas aquí?

—Vine muchas veces, Leah.

El rencor crecía en mí.

—Pero yo...

—Estaba metido en otras cosas y no quería... te alejé porque yo me alejé de mí mismo y no quería que me vieras así.

Bajé la vista.

—Entiendo.

—¿Continúo? —quiso saber. Mi mirada volvió a él y asentí—. Entonces, la chica rubia —Rubia, no podía ser Bella entonces— con la que James estaba hablando, se fue y llegó un amigo mío para ofrecermé drogas.

—¿Drogas?

—Pastillas, polvito para aspirar...

Obviamente estaba hablando de *cocaína*, *éxtasis*, *anfetaminas*... y Dios sabe cuánta mierda más.

—Yo lo rechacé porque a los diecisiete estuve metido en eso y no es algo a lo que quisiera regresar.

Ni siquiera lo sabía. Alex había estado metido en esa mierda y yo no lo sabía. Entre ayer y hoy la distancia de los años me había dado con la verdad; nos habíamos separado y con ello esfumado cientos de momentos juntos, y tenía que aceptarlo porque no podía hacer nada con el pasado.

—Y como yo rechacé las drogas, se las ofreció a James, quien parecía... no sé, mal, ¿entiendes? Aceptó, pero, por su reacción, era obvio que nunca lo había hecho. Preocupado porque estaba solo y como conocía a una chica llamada Leah

que podía ser *mi Leah*, me quedé vigilando. Al rato llegó su amigo.

—Derek —acoté.

—Sí, y Derek lo vio así y me preguntó que qué había pasado y yo, quitándole importancia, le dije que había probado solo un poco cuando se había metido una cantidad preocupante. Y Derek se enojó como nunca lo has visto y se pusieron a pelear, pero... no sé, Derek siempre ha dejado que James se salga con la suya y James quería ir a una fiesta de una amiga que vivía a una hora de la ciudad y Derek finalmente decidió ir con él. No es hasta que se fueron que vi que a uno de los dos se le había caído el celular al suelo y lo guardé.

—¿Y por qué no intentaste llamar a algún contacto del celular?

—Porque tenía clave dactilar.

Lo que permitía solo realizar llamadas de emergencias y contestar, pero no ver la agenda de contactos.

—Estaba ya en el hotel cuando Derek llamó y me preguntó que dónde estaba, que qué mierda me había metido y que dejara de hacer estupideces. Cuando dejé de gritar, le dije que era Alex, el chico de Madeleine, y que el celular me lo había encontrado tirado. Y me contestó entonces que me iba a llamar al día siguiente para juntarnos y recuperar el teléfono, que ahora estaba ocupado buscando a James. Pasó una semana hasta que me contactaron y contaron parte de la historia: esa noche James había quedado inconsciente y se lo habían tenido que llevar de urgencia al hospital porque había sufrido una sobredosis.

—Y él... —Tragué saliva para aliviar el nudo en mi garganta—. ¿Y James estuvo grave?

Alex estiró el brazo y me acarició suavemente con la punta de los dedos.

—No lo sé.

Cambié de posición y apegué los pies contra mí, abrazándome con las temblorosas manos y enterrando mis uñas en la piel de mis piernas, dañándome a mí misma para así dejar de sentir ese dolor que partía desde el mismo ser. La idea de que James podría haber muerto esa noche era como una bomba de destrucción, una idea inconcebible, horrible, insoportable. ¿Cómo ese chico que amaba tanto la vida, que siempre andaba con una sonrisa para todos, podía haber llegado hasta ese punto de saturación y descontrol? Derek había dejado claro que James estaba arrepentido y que no había nada que le avergonzara más que ese

error, pero eso no quitaba el hecho de que lo había hecho, que efectivamente llegado a un estado tal que había decidido drogarse hasta borrar la conciencia. Lo peor de todo es que no sabía qué me dolía más: si la decepción, saber que tenía algo de culpa o la idea de que podría haberlo perdido esa noche.

Y no sé, no sé, no sé, no podía conmigo y la confusión.

Durante esos años siempre se me había hecho relativamente fácil mantener a James apartado porque sabía a ciencia cierta que él seguiría ahí, tan constante como una montaña. Pero ahora que sabía que esa montaña podía venirse abajo con una detonación, me hacía sentir en un punto límite de perder el control. La verdad es que era incapaz de soportar una vida sin James.

Nos quedamos un largo rato en silencio, cada uno ensimismado en sus pensamientos.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —susurré tras un rato—. ¿Por qué nunca me dijiste que los conocías?

Hizo que los dedos de su mano crujieran; yo detestaba eso.

—Porque de verdad no creía que la Leah de James fuera *mi Leah*. Él en contadas ocasiones hablaba de ti pero sin decir realmente algo; y tú nunca lo mencionaste, ni una vez.

—¿Y por qué no me preguntaste?

—Porque si tú no me querías contar, sería porque tendrías tus razones.

Desplacé una mano a mi boca para mordisquearme una uña.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que éramos la misma Leah?

—Cuando nos encontramos con Derek.

Finalmente, mientras contemplaba mis delgadas manos, escapó esa pregunta que había tenido en los labios.

—Fue mi culpa, ¿cierto? —susurré.

Alex se movió en el sillón y apareció frente a mí, sentado en sus piernas y afirmando mi mentón para obligarme a enfrentarlo.

—No seas ridícula. James tiene muchos problemas familiares, lo tuyo solo terminó por llenar un vaso que hace mucho tiempo amenazaba con rebalsar.

—¿Problemas familiares? —pregunté, soltándome de él.

¿Qué clase de...? Se me paralizó el corazón; lo único que podía pensar era en que James había dejado a Bella con la oposición de sus padres.

—La familia O'Connor tiene problemas financieros.

Esperen, eso no me lo esperaba.

—¿Problemas de dinero?

¿Cómo era posible eso? Ese chico nadaba en dinero.

—El abuelo de James llevó casi a la quiebra a la firma O'Connor, y el padre de James hizo resurgir algunas empresas hasta que... tuvo otros problemas financieros: los acreedores.

—¿Están exigiéndole el dinero de vuelta?

—Y es una cantidad que el padre de James no puede pagar porque las empresas solo llevan un par de años y, por ende, rentabilidad muy baja.

—¿Y eso qué tiene que ver con James?

—Que hace mucho tiempo, al padre de James le ofrecieron un negocio muy particular: la unión de dos poderosas familias.

Fruncí el ceño.

—Pero no entiendo, ¿qué ganan con eso?

Incómodo en su actual posición, se dejó caer contra los sillones y estiró las piernas.

—La familia de James recibiría dinero para pagar a los acreedores y así mantener las empresas, y la otra familia ganaría el prestigio de una familia antigua y de renombre como los O'Connor.

Un bufido despectivo se me escapó por los labios. Eso era increíble, ¿prestigio? ¿Eso era en serio?

—¿Alguien está dispuesto a pagar por *prestigio*? —me burlé.

—En este mundo el prestigio lo vale todo y resulta que la otra familia, la de la chica, es de los «nuevos ricos». Se volvieron multimillonarios en menos de dos generaciones; el abuelo comenzó fundando una pequeña oficina con tres abogados y la continuó el hijo con un bufete que se convirtió en la firma de

abogados más grande de todo el país y que tienen como clientes a las principales corporaciones.

—Y si ya tiene eso, ¿qué más quieren?

—Prestigio. Ser reconocidos por la alta sociedad como uno de ellos y así terminar con el rechazo y el desprecio. Principalmente, que la hija sea aceptada.

—¿Acaso es rechazada?

—Le dicen *La mona de seda*.

Increíble y yo ni siquiera me había enterado que la fría, despectiva y traicionera Bella era tan rechazada como lo había sido yo en el internado.

—Entonces... ¿cuál sería el problema de James? Él aceptó el compromiso.

—Y luego lo rompió.

—¿Lo rompió?

Ese día en la playa no me había mentido. James realmente había roto el compromiso. Madre mía, y yo me había ido del país.

—Sí, pero el dinero ya había sido entregado. Ahora, no sé bien lo que siguió ni el poder que tiene la familia de la chica sobre los O'Connor, pero desde que ocurrió eso, no se ha vuelto a hablar del tema. En vista de que el padre de James sigue con las empresas... el desenlace es más o menos imaginable.

Los habían amenazado con un cobro de una deuda que no se podía pagar a menos que... que le quitaran todo lo que tenían.

Santa mierda, la historia era terrible. Bella había sabido cómo hacer *jaque mate* y estaba exigiendo a su rey, fueran cuales fueran las consecuencias.

—Si lo hubiese sabido antes...

—¿Si hubieras sabido qué? —inquirió Alex—. ¿Te habrías quedado y aceptado eso? No seas ridícula.

Me vino uno de esos ataques de locura que hace tanto tiempo no se hacían presentes. De pronto quería recuperar el tiempo perdido, ya me había dado cuenta de que de nada nos había servido estar separados.

Me puse de pie con la euforia y la adrenalina bombeando por mis venas sin control. Quería recomponer algo quebrado.



—Lo siento, soy una estúpida y ridícula porque lo quiero, Alex —declaré; el pánico se asentó en la expresión de Alex al intuir lo que haría—. Estuve más de un año fuera del país para olvidarlo y no pude, ¿entiendes? No pude ni siquiera cuando me gustabas, y estoy harta de ignorar mis sentimientos y repetirme a mí misma que no siento nada por él cuando no es así.

Intentó agarrarme del brazo, pero yo me solté.

—Leah, tu corazón...

—Probablemente me lo destroce en el proceso de volver a aceptarlo, pero ya estoy harta de escapar y esconderme para evitar eso, cuando lo único que he logrado es rompérmelo más. Si alguien merece quedarse con mi corazón, es el que tanto ha dado por mí. Prefiero vivir con el corazón roto por haberlo intentando, que seguir con él resguardado y frío.

Decidida, salí del departamento para ir a buscar a James. Lo ayudaría a salir del jaque mate, porque eso es lo que hacía una poderosa reina: salvar al príncipe y elegir convertirlo en su rey.

## La contienda interminable de una declaración de amor

Las puertas del ascensor se cerraron atrás de mí y me vi reflejada en sus enormes espejos. Una pelirroja con el pelo total y absolutamente despeinado y los ojos como de mapache por el maquillaje corrido, sin zapatos y con la ropa tan arrugada que parecía salida de la centrifugadora, me regresó la mirada horrorizada. ¿Había estado a punto de ir a declararme a James de esa manera? El ascensor se detuvo en el primer piso y apreté apresuradamente el botón para volver a subir. Otra vez en el departamento de Alex, lo fulminé con la mirada.

—¡Me veo como la mierda y no intentaste detenerme! ¿Qué clase de amigo eres?

Sentado en el sofá leyendo el diario, pasó la página.

—Parecías muy decidida, no quería interrumpirte. —Chillé ultrajada y luego me rendí; había cosas más importantes que mis ridículas e infantiles pataletas.

—¿Tienes algo de ropa para prestarme?

—A menos que quieras ocupar alguna de mis camisetas, no te puedo ayudar.

—¿Ni siquiera tienes algo que sea un poco de mujer?

—¿De mujer?

—Ya sabes, con algunas flores o rosas y ajustado.

Pestañeó lentamente.

—No.

Llevé mis manos a la cabeza. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía ir así, estaba segura de que incluso mi ropa olía mal bajo las axilas tras toda esa sudoración por estrés nervioso.

—Ahora que me acuerdo... —dijo y le presté atención como un perro que

huele comida—, tengo algo tuyo.

—¿En serio? —pregunté con ilusión.

—¿No te acuerdas que tuviste que echar ropa en mi maleta cuando volvimos porque no cabía nada más en la tuya?

No necesité más explicaciones y fui al clóset de su pieza. Encontré la maleta bajo una pila de ropa amontonada (era todo un desorden) y dentro de ella el tesoro más apreciado: tres jeans y dos camisetas. Por supuesto que nada de ropa interior, pero de eso no me preocupaba, sabía que tenía un par escondido en una cajonera de la habitación de Muriel (la mía).

Feliz, desfilé al baño para darme una necesaria ducha.

—¡No te olvides de llevar una toalla! —gritó Alex al verme en el pasillo.

Humillada y sonrojada hasta las orejas, regresé a mi cuarto: la había olvidado.

—Oye —me llamó cuando iba entrando al baño.

—¿Qué quieres ahora? —Le mostré la toalla y la ropa interior—. Mira, calzones, sostenes y toalla, hoy no corres el riesgo de verme desnuda en tu departamento.

Se sonrojó y llevó las manos a los bolsillos del pantalón.

—Solo iba a decirte que iré a comprar algo para comer, luego te puedo ir a dejar.

—Puedo irme sola —aclaré.

—Lo sé, pero soy tu mejor amigo, ¿es que acaso harás un escándalo porque te quiero llevar?

Hice un movimiento con la mano, con mis calzones negros ondeando como bandera de la vergüenza.

—Ya, ya, okey, solo no te demores.

Diez minutos después y oliendo a champú de manzanas, estaba lista para enfrentarme al mundo; solo que había un pequeño inconveniente: Alex aún no llegaba.

Cinco.

Diez.

Quince minutos.

Y no regresaba.

Veinte minutos.

Y no llegaba y yo me desesperé. No podía seguir esperándolo, no cuando mi valentía pendía de un hilo. Tenía que irme ahora si quería olvidar la cobardía, dejar a mi gallina con Klikli y declarar mi amor eterno. Pero tendría que tomar el transporte público si quería ir... Ay, Leah, ¿pero qué te pasa? Cada día tomas el bus perfectamente, ¿y ahora te crees una damisela solo porque alguien se comportó como un caballero contigo? No, no eres una dama, eres una guerrera, una reina guerrera que va a la batalla.

De un brinco me puse de pie y fui a la puerta, donde colgaba un llavero.

Eran las llaves de un auto, ¿acaso Alex había ido a pie? No, no era eso, debían ser las llaves del coche malo, ese que había decidido dejar en el olvido para comprarse un nuevo modelito. ¿Y si lo hacía? ¿Y si me llevaba las llaves y veía si encendía? Los dedos me picaron por tomarlas. Y lo hice. Si la reina iba a ir a la guerra no podía ir a pie, tenía que ser en el mejor corcel.

Huí del departamento antes de arrepentirme. En menos de dos minutos ya estaba en el estacionamiento preguntándome cuál sería el autito de Alex. Apreté el botón de las llaves para activar la alarma y un corcel deportivo, de esos que tenían la parte delantera extremadamente larga, sonó en respuesta, prendiendo y apagando sus luces como si me estuviese saludando e incitando a usarlo.

Fui a él como atraída por un imán y me senté detrás del manubrio, con los dedos blancos aferrados a él. Ya no me sentía tan valiente porque... digamos que yo no sabía conducir demasiado bien. O sea, Alex me había enseñado en Estados Unidos, pero jamás había aprendido del todo; no hacía más que andar a tirones y el motor se me apagaba a cada rato, junto al hecho de que no tenía idea de cómo estacionar y entraba en pánico si había congestión vehicular y quedaba en plena subida.

A pesar de los contras, encendí el motor que ronroneó de placer. Okey, ahora solo me quedaba acelerar y doblar hacia la salida o de lo contrario me estrellaría con un pilar a unos metros.

En el mismo instante en que el auto de Alex se acercaba para estacionar, apreté el acelerador hasta el fondo para no ser alcanzada y obligada a escuchar

treinta minutos de gritos.

Alex frenó de golpe gritando desesperado:

—¡NOOOOOOOOOOOOOOOO, LEAH, NO TIENE FRENOS! ¡NO TIENE FRENOS!

Era demasiado tarde. Desesperada, frené pero seguí en línea recta a toda velocidad. Ups, había apretado mucho el acelerador.

La parte delantera se estrelló contra el pilar que parecía tan lejano y mi cabeza rebotó hacia adelante, golpeándose con la parte alta del manubrio.

Todo se puso borroso.

Alex gritó.

La bocina sonó.

Humito salía del capó arrugado.

La puerta del piloto se abrió.

Las manos de Alex me tocaban.

—N-no... n-no sabía... que n-no... que n-no tenía frenos —tartamudeé.

—No hables —pidió, agarrándome las manos—. Viene una ambulancia.

Confusión sin dolor, en eso se había convertido él. Perdí el conocimiento lo que pareció unos segundos; al recuperarlo estaba recostada en una camilla con los brazos y la cabeza sujetos de la misma manera que hace dos años, cuando había terminado con la mitad de la cabeza abierta.

—Tiene una contusión cerebral —informó una voz desconocida.

Intenté enfocar la vista. Había un paramédico examinándome y Alex estaba a su lado.

—¿Por qué estoy en una ambulancia? —pregunté con la voz rasposa.

—Porque chocaste, Leah, y ahora tienes una contusión cerebral.

Empequeñecí los ojos y quise agitar la cabeza, para eliminar esa sensación de confusión.

—Yo no tengo nada, *estroy*... estoy bien, súper, *dúper* bien.

—Necesito que se tranquilice —pidió el paramédico.

—*But I can't.* —Ups, idioma equivocado—. ¿Qué me harán?

—En el hospital le harán un EEG para analizar sus ondas cerebrales y ver la evolución del golpe.

Traducción: no tengo ni puta idea qué dijo. Podría, en conclusión, estar muriendo pero no lo sabría.

Lancé un suspiro.

—¿Y para qué tanto examen si no estoy grave?

En eso sentí un líquido cálido deslizarse por mi frente, costado de la nariz y bajar hasta la comisura de los labios.

—¿Qué es lo que tengo en mi cara?

—Sangre.

No insistí más con no ir al hospital. James podía esperar.

\* \* \*

Eran las seis y media de la tarde y aún no me dejaban libre. Acostada en una camilla en una habitación blanca y esterilizada, contaba ovejas en espera. Me habían hecho un EEG y todo había resultado normal; me habían hecho preguntas y yo había respondido con lucidez: que no sentía la cabeza pesada, que no veía nublado, que no había perdido la memoria. Estaba bien, mi cráneo era duro y había protegido a mi cerebro a la perfección. Sin embargo, a pesar de que todos sabían que estaba bien, no me dejaban ir. Por decisión de los doctores, y Alex había estado feliz con eso, me tendrían en la habitación por unas horas bajo observación... y ya habían transcurrido seis horas y todavía no había ido un doctor a darme el alta.

Aguanté la espera lo mejor que podía, es decir, le había gritado un poco a Alex y después rogado que hablase con los doctores para que me dejaran ir, también le había lloriqueado y dicho que el valor aún no me abandonaba, y que tenía que hablar con James antes de que me arrepintiera. Se había negado. Al final, me había dejado sola en la habitación.

Ahora lo único que quedaba por hacer era apurar las cosas. ¿Pero cómo lograría...? Una idea inundó mi brillante cabeza y dejé de comerme las uñas. Tenía que poner en acción mi dicho: *Si no puedes contra ellos, huye como un cobarde.* Era la mejor solución, ¿cómo no lo había pensado antes?

Analiqué la situación: en la habitación había una ventana que daba hacia el pasillo, donde veía a los doctores caminar de un lado a otro, y en unos asientos de más allá estaba Alex jugando con su celular. Conclusión: era el momento perfecto para escapar..., si tan solo tuviese mi ropa y no la de hospital que dejaba al descubierto mi ridículo calzón, ese mismo que me había comprado porque prácticamente lo estaban regalando, de algodón negro y con brillantes letras rosadas que decía *sexy* (y para colmo como era un estampado ordinario, se había desprendido parte de la *x* y la verdad decía algo como «*sely*»). Era humillante, si me ponía a correr por el hospital, mi bata iba a aletear por la parte posterior y se podría leer el «*sely*»; no sabía si prefería que me vieran el trasero desnudo o cubierto por algodón... ¿pero qué decía? Me quedaba con el calzón puesto.

De los nervios por el plan, me entró la comezón en el cuello pero, oh, sorpresa, no podía rascarme porque tenía un maldito cuello ortopédico que debería llevar por unos días. De todas formas intenté rascarme y fracasé en el intento.

Con la picazón molestando, cuadré los hombros.

Era hora.

A la cuenta de tres.

Uno...

Me puse en posición de corrida, agradeciendo tener el sostén puesto.

... dos...

Alex miró hacia mi habitación y se percató de mis planes...

¡TRES!

Abrí la puerta y salí caminado velozmente por el lado contrario de donde estaba un paralizado Alex. Recé para que mi camisola de hospital no aleteara demasiado por la entreabierto parte de atrás.

—¡Leah! —Alex gruñó sin alzar la voz porque estábamos en un hospital.

Doblé hacia la izquierda en un deshabitado pasillo; era la oportunidad que estaba buscando. Le obligué a mis cansadas piernas correr en el preciso instante que Alex se acercaba peligrosamente. Volví a doblar a la izquierda y perdí de vista a Alex. Tuve que detenerme de improviso cuando casi produce una colisión

triple con una camilla y su enfermera; y continué por el pasillo a paso apresurado, doblando a la izquierda y regresando al inicio de la carrera: el pasillo que el Dragón Alex había estado custodiando tan fielmente y que tenía como tesoros mis zapatos, chaqueta, camiseta y jeans.

Colgué la ropa en mi hombro y llevé los zapatos en la mano, justo cuando Alex aparecía en el pasillo con la cara sonrojada. Lo seguía una enfermera mosqueada que lo reprendía a viva voz. Pobre, no podía librarse de ella fácilmente y yo no lo ayudaría.

Continué por el pasillo medio trotando, medio saltando mientras intentaba ponerme un zapato; estaba un poco complicada, puesto que no podía girar la cabeza con el cuello ortopédico y tenía que vigilar a Alex. Para mi horror, el traicionero me apuntó y gritó a los cuatro vientos:

—¡Deténganla, está huyendo!

Y yo contesté:

—¡Mentira, voy al baño! ¡Una urgencia! ¡Desangramiento de mujer!

La camiseta, chaqueta y un zapato se me cayeron, pero las dejé tiradas porque Alex venía hacia mí. Al llegar a los ascensores apreté el botón con urgencia sin quitar la mirada de Alex... demonios, ¡no podría escapar! ¡No tenía salvación, la princesa sería alcanzada por el feroz Dragón!

Fui hacia la puerta que ocultaba las escaleras de emergencia, y bajé de dos en dos los escalones. Le había sacado piso y medio de ventaja a Alex, cuando la puerta se abrió y gritó:

—¡Demonios, Leah! —Estaba enojado: él nunca maldecía—. ¡Es por tu propio bien! ¡Vuelve ahora mismo!

—¡Nunca! —contesté, a pesar de que acababa de delatar mi posición—. ¡Tengo que ir a declarar mi amor eterno a James!

Un piso menos.

—¡Por favor, Leah!

—¡Me niego!

Llegué al primer piso, abrí la puerta y la cerré de golpe sin salir; no era más que una distracción, Alex creería que había escapado por ahí. Más despacio, bajé hasta los estacionamientos y esperé a escuchar el portazo de... ahí estaba, había



caído en la trampa. *Muajajá*, era un idiota.

Silbando por la felicidad, me puse el pantalón y el único zapato que había rescatado. Abrí la puerta del nivel menos uno y choqué contra un duro pecho masculino, debatiéndome rápidamente entre los brazos que me agarraron. ¡No podía ser posible! ¡Yo tenía que ser libre! ¡*Corre como el viento, tiro al Bleah!*

—¿Leah?

La nube de angustia desapareció y pude procesar la situación.

—¿Josh?

—Sí, ¿quién más? —Pausa—. ¿Se puede saber qué demonios haces aquí?

—Nada que te importe, ¡ahora suéltame!

Frunció el ceño.

—No, ¿qué haces afuera? ¿Se te murió lo que te quedaba de cerebro?

Intenté una vez más soltarme, pero me agarró con más fuerza. Opté por una solución mucho menos sensata pero efectiva.

—Ay, Josh, ¡suéltame! Tu carota de cerca es mucho más repulsiva que de lejos.

Me dejó ir como si me hubiera convertido en un pedazo de trapo incendiado.

—No empieces, mira que tú estás peor que lo común.

—¿Disculpa? Lo común es que sea hermosa nivel Miss Universo, *soooo...* entonces, debo estar a nivel reina de escuela.

—No, hoy estás fea como un renacuajo aplastado.

Puse los ojos en blanco.

—¿Puedes ser más antipático?

Siguió sin pestañear.

—Es que de una escala del uno al diez... yo diría que estás como en un menos tres. —Le di un golpe en el hombro—. ¡Pero si es verdad! Mira, generalmente eres como un cinco...

—¡¿Un cinco?!

—... y a ese número hay que descontarle el cuello ortopédico; quedaría como

un tres. Con el parche en la frente...

—¿Tengo un parche en la frente?

—... así que iríamos como en cero. Y no podemos olvidarnos de...

—¿Hay más? —gemí.

—... que tienes un ojo medio morado. Eso nos da como resultado un menos tres. Ahora que hemos aclarado eso —tomó aire—, ¿me podrías decir qué haces aquí? Alex llamó a la casa para decir que habías sufrido un accidente y a mamá casi le dio un ataque al corazón. He venido en representación de la familia para ver si teníamos que pedir un préstamo bancario para financiar tu funeral.

La cabeza me daba vueltas. Me incliné hacia atrás para apoyarme en la puerta cerrada y llevarme una mano a los ojos de manera teatral.

—¿Leah, estás bien? —preguntó Josh con un tono urgente—. Oye, si solo era una broma eso del funeral, todos estamos muy preocu...

—Espera un momento —lo corté—. ¿Es que en verdad estoy en un menos tres?

Josh sonrió aliviado.

—Olvidé contar la bata de hospital y que llevas un solo zapato, tendría que ponerte un menos seis. ¿Feliz?

Le agarré la chaqueta con ambas manos.

—¡¿Cómo se te ocurre que estoy *feliz*?! —gemí—. ¡Esto es terrible!

Se soltó.

—Ya, Leah, tranquilízate, si es solo...

—¡No es *solo* nada! Hoy me tenía que ver como un perfecto diez.

—¿Y eso es por...?

—Porque se supone que soy valiente y debo admitir mis sentimientos.

—¿Y? Alex ya te rechazó, ¿es que eres idiota o masoquista?

—¿Tu actualizas tus programas? Él es cosa del pasado, ahora es solo mi amigo. —Hice un movimiento con la mano para restarle importancia.

—¿Y quién es ahora entonces?

—James.

Abrió mucho los ojos.

—¿Cómo? —jadeó—. ¿James? ¿James O'Connor? ¿Tu ex novio que te puso los cuernos y te dejó por tu mejor amiga? ¿Ese James O'Connor?

Las mejillas se me sonrojaron.

—Sí, bueno, hay cosas que todavía tenemos que arreglar.

Como lo del correo. ¿Cómo Bella había obtenido la contraseña de su correo? Caso peor, ¿había estado con él en ese momento y James le había permitido responder porque yo ya me había vuelto insignificante en su vida?

—Espérate un momento. ¿James O'Connor, Leah? Por él tuviste que irte del país, ¿y ahora decides perdonarlo así como si nada?

—No fue así nada más.

Tomó mi brazo.

—No, tú estás locas, ese golpe te estropeó las pocas neuronas que te quedaban.

Empezó a tirar de mí para que subiera las escaleras. Tuve que tomar medidas drásticas que sabía que funcionarían con alguien ruin e interesado como Josh.

—Sí, pero se te olvida que es el mismo James O'Connor que tiene toneladas de dinero.

Si es que todavía lo tenía. Según la historia de Alex, la billetera de James era cada vez más delgada y corriente. Y la idea de que no nos separaran unas montañas de dinero, alegraba esa parte retorcida y malvada de mi corazón egoísta y enloquecido de amor.

Como Josh flaqueó y quedamos a solo dos escalones del encuentro, continué:

—Y es generoso.

—Generoso ¿cómo?

—De los que podrían hacerle regalos a los hermanos de su novia.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

Dejó ir mi brazo e hizo tintinear algo frente mis ojos: un llavero.

—¿Le robaste al auto a Alex?

—Nooooo, él me lo pasó.

—¿En serio?

—En serio, como te estaban haciendo un examen cuando llegué a verte, me ofrecí amablemente para ir a buscar su auto al departamento. Y aquí está.

—Mi examen fue hace seis horas, no me digas que...

Cortó en seco mi protesta sarcástica.

—¿Vas a querer que te lleve o no? Si quieres te dejo tirada aquí para que te las arregles, a ver si te dejan tomar el metro o el bus con esa pinta.

Tragué hasta el pedacito más pequeño de mi orgullo y acepté. Unos minutos más tarde iba en el asiento del copiloto.

Josh encendió el motor, pero no hizo nada más.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Te dio una trombosis? ¡Conduce!

—Y si...

—¿Y si qué?

—Que Alex debe estar buscándote.

—Ya, ¿y?

—Que debe estar en la calle.

—Mm, sí.

No entendía a qué iba todo el tema.

—Entonces no te puedes ir sentada aquí.

—¿Por qué?

Josh apuntó hacia la maleta.

—Digo que deberías irte ahí.

—*Josh...*

—O ahí. —Y apuntó hacia mis pies.

—¿Estás hablando en serio?

—Tú conoces a Alex, ¿crees o no que estará buscándote en la calle?

Me encogí en ese reducido espacio tanto como pude.

—¿Feliz?

No respondió, sino que se limitó a sacarse la chaqueta y a tirármela sobre la cabeza.

—Mucho mejor, tu cabello podría verse a diez mil kilómetros.

Salió disparado del estacionamiento, haciendo que mi cuerpo se pegase contra el asiento. Escondida, a oscuras y a solas con mis pensamientos, evité ocupar mi cerebro. No quería que me viniese la cobardía cuando había hecho tanto para declararme hoy. Así que, con el automóvil tomando curvas e inclinándose ligeramente hacia atrás al salir del estacionamiento, me dediqué a repetir: «Tengo la mente en blanco, tengo la mente en blanco, tengo la mente en blanco». Pero la mente en blanco se fue a negro al escuchar que llegamos a la concurrida calle y una voz conocida llamó a Josh.

Era Alex.

En tensión, intenté apretujarme más y quedarme quieta.

—Es Alex —me dijo en voz baja y continuó más fuerte—. ¡Alex, qué sorpresa!

Por favor, regálenle un premio por elocuencia en el habla.

—Josh, ¿qué haces aquí?

—Venía llegando, iba a estacionar ahora —mintió.

Vaciló.

—¿No deberías venir por la otra calle?

Alex era más inteligente que Josh, eso estaba claro.

—¿En serio? Pero cómo, si yo...

—Olvídalo, tengo que decirte algo urgente —le interrumpió. Su voz se oía flotando sobre mi cabeza, estaba seguramente apoyado contra mi lado de la puerta—. Le pasó algo a Leah.

—¿A Leah? —jadeó Josh con un falso tono de preocupación—. Pero si ella

está en el hospital.

—Y ese es el problema: no está.

—¿Cómo?

—Se escapó. Se le metió en la cabeza una idea...

—Típico de Leah.

Qué apoyo de hermano.

—... y se escapó. ¿Sabes...?

—¿... si es normal? —terminó Josh—. Sí, la última vez que estuvo internada quería escaparse por la ventana para no pagar la cuenta del hospital. Creo que Leah y los hospitales no se llevan demasiado bien.

Un coche tocó la bocina detrás de nosotros, a continuación aceleró y pasó por nuestro lado a toda velocidad.

Fue Alex quien siguió tras la interrupción.

—Sé dónde puede estar.

—¿Quién?

—Josh, estamos hablando de tu hermana.

—Ah, sí. ¿Dónde?

—¿Conoces a James O'Connor?

Ay, no, ¿por qué le había soltado que me iba a declarar a James? Le había regalado todas las pistas de mi paradero.

—¿A James? Sí, lo conozco, Leah estaba enamorada de él hace unos años.

—Según ella, todavía lo está. Creo que fue a hablar con él.

—¡Imposible! —jadeó Josh—. Leah lo odia.

Alex suspiró.

—Pues parece que ya no.

—Entonces, ¿quieres que la vaya a buscar?

Alex lo meditó unos segundos.

—Pensaba ir yo, pero... Leah podría volver. Tal vez ni siquiera salió del hospital.

—Deberías buscarla en los baños y yo voy donde James, él y yo nos entendemos.

Claro, como si Josh y él fueran grandes amigos. De todas formas, convenció al Dragón Alex de dejar escapar a la princesa y le dio la dirección de donde vivía el rey, la misma del castillo de Derek; así que vivían juntos, al parecer el día del incendio James no estaba ahí de paseo. Las cosas en su casa debían andar peor de lo que Alex me había advertido.

Finalmente, Josh se despidió del desamparado rubio y aceleró. Al alejarnos unas calles, saqué la cabeza del escondite con la cara roja y transpirada.

—Si O'Connor me rechaza, juro que lo mataré —comenté tomando asiento, con un horrible dolor de espalda.

Con el sol aún sin intención de esconderse, llegamos a la enorme torre con cientos de metros a la redonda de césped.

—Es aquí —aseguré.

Se nos acercó un guardia que intentaba disimular su curiosidad de verme con la camisa de hospital y un cuello ortopédico. Probablemente creería que me había hecho una innecesaria cirugía estética, como la de alargamiento de cuello o algo así de ridículo.

—Hola, muy buenas tardes —saludó.

—Vengo al departamento de Derek Blair.

—¿Podría darme su nombre, señorita?

—Leah Howard.

El hombre con un dispositivo tecnológico más moderno que todo lo que tenía a mi disposición, buscó mi nombre.

—Que pase una buena tarde —se despidió inclinándose ligeramente, cortés. El otro guardia subió la barrera.

Josh aceleró por el sendero de arbustos y flores. Pasamos por un puente de cemento sobre un enorme lago que bordeaba las tres torres del condominio.

—Dios —jadeó con la boca entreabierta—. No sé cuál departamento es más

impresionante, si el de Alex o este. ¿Cómo puede ser posible que tengan tanto dinero? —Apuntó con indignación la laguna artificial con patos (reales, si me permiten aclarar)—. Ni siquiera sabía que existían cosas así en esta ciudad.

—Te entiendo.

—Y nosotros que tenemos que compartir cuarto.

—Lo sé.

—Es injusto.

—Lo sé.

—Yo quiero...

—Entiendo perfectamente.

Josh estacionó.

Con las piernas como fideos, abrí la puerta y bajé tambaleándome. Las fuerzas me habían abandonado de golpe y el nerviosismo se había apoderado de mis cansadas piernas. Llegamos a los ascensores grandes y apreté el número que correspondía. El piso de Derek era el tercero y al detenerme frente a su puerta volví a sentirme como la vez pasada. El pánico era poderoso cuando uno quería enfrentar sus miedos. Y yo...

—No puedo.

—¿Qué?

Le di la espalda a la entrada.

—No puedo, ¡no puedo! ¿Qué estaba pensando? ¿Por qué vine? No puedo.

Josh me afirmó por los hombros.

—¿Cómo que no puedes?

—¡Que no puedo! ¡No puedo!

—¿Por qué?

Los labios los tenía resecos.

—Porque, ¿y qué pasa si me rechaza? ¿Y qué si ya no le intereso y no quiere volver a intentarlo? ¿Y qué si media universidad se entera de que me rechazó?

Josh rodó los ojos.



—¿Y por qué la universidad tendría que saber eso?

—No lo sé —chillé—. Pero podría suceder. ¿Y qué si se ríe de mí o me dice que está saliendo con alguien? Podría estar ocupado, es demasiado guapo y simpático para estar solo, Josh. ¡He sido una estúpida! ¡Jamás debí haber escapado del hospital para esta mierda! Es decir, ¿cómo podría aceptarme después de todo lo que nos hicimos? ¿Quién me asegura que saldré victoriosa de esta batalla?

—Nadie.

Pasé ambas manos por mi cabello, desesperada.

—¿Ves? No puedo, no puedo hacerlo. Ya me arriesgué una vez y todo salió mal.

—Vamos, ¿desde cuándo eres así de insegura?

—Desde que descubrí que alguien con una simple palabra puede destruir este mundo que tanto tardé en arreglar.

En un gesto atípico de él, me abrazó.

—No tienes que hacer algo que no quieres —dijo tras soltarme.

Y yo asentí con un nudo en la garganta.

Derrotada y con un brazo de Josh en mis hombros para ayudarme a caminar, nos largamos sin llamar a la puerta. Al subirnos al ascensor bajé la mirada, incapaz de ver mi reflejo que expresaba una valentía y una cobardía que se contraponían. Era valiente por decidir no cometer el mismo error, era cobarde por no querer dar segundas oportunidades.

Íbamos caminando con destino al auto de Alex, cuando Josh se detuvo de manera abrupta.

—¿Qué te pasa?

Estaba serio y pálido.

—Creo que el destino te está poniendo a prueba.

Fue en ese momento que escuché unas voces acercarse. Los músculos se me agarrotaron por la tensión. James y Derek venían charlando alegremente, uno con un helado y el otro con un café, respectivamente. Derek estaba haciendo sonidos como de explosiones y gesticulando exageradamente con las manos,

mientras James reía.

—Escapa o enfréntalo, no te quedan más salidas.

Josh retrocedió para volver al edificio dejándome sola para enfrentar mi destino.

Escapar o enfrentarlo.

Escapar.

Enfrentarlo.

Escapar de un posible error.

Enfrentar una segunda oportunidad.

Mis pies se movieron antes de que pudiese decidir, como si ellos ya supieran hace mucho tiempo qué era lo que querían.

—¿Leah...? —James jadeó con el helado colgando de una mano.

Su mirada se deslizó por mi cuello ortopédico, por mi pómulo morado, por el parche blanco en mi frente y después se detuvo en mis ojos decididos.

Cuando quedaba un metro para el encuentro, me detuve y alcé el mentón, buscando valor donde no lo había.

—Leah, ¿qué te...?

Lo interrumpí en seco.

—Estoy cansada de escapar. No puedo olvidarte, lo intento y no puedo.

Lo agarré por la camiseta, tirando su helado al suelo y le obligué a inclinarse.

—No puedo más. Me rindo, ¿entiendes? Me rindo.

Acorté la distancia y lo besé.

## La felicidad de cuando te rindes

Siempre he sido mentirosa, algunas veces más, otras menos; antes menos, ahora más. Mentía generalmente por simple capricho, otras porque llevaba demasiado tiempo inducida en alguna mentira que prácticamente era mi realidad. A muchas personas les había mentido y ellos me la habían devuelto, algunas veces con mentiras sin importancia, otras me habían destruido. Pero ninguna de esas mentiras se me hacía tan horrible como la de tener que mentirme a mí misma para poder soportar algo.

Me mentía constantemente con respecto a James. Al principio convenciéndome de que no lo quería, luego de que no lo amaba, y, finalmente, para olvidar que ya no lo tenía.

Y no solo me mentía, también omitía cosas para poder seguir adelante, cosas como unos correos que yo fingía no haber leído ni respondido hace año y medio. Por ese tiempo, fuera de las redes sociales y en otro país, con un número de teléfono distinto, lo único que mantenía del pasado era mi e-mail. Y hasta ahí había llegado James.

De: James.OConnor@email.com

Para: Leah\_pelirroja@email.com

Asunto: Estás bien?

Mensaje:

«Por favor, te lo suplico, respóndeme, solo quiero saber si estás bien, nada más que eso, te lo pido, dime algo.

James».

Estaba la ira, sí; pero también había algo peor: la debilidad, la necesidad por obtener ese poco y nada que podía conseguir de él. La valentía solo me alcanzó para borrar el mensaje y no responderlo, un claro error de mi parte. Al día

siguiente, la bandeja de entrada mostraba un (1); tenía un mensaje y sabía de quién.

De: James.OConnor@email.com

Para: Leah\_pelirroja@email.com

Asunto: Sé que me odias pero responde

Mensaje:

«Leah, sé que me odias y estás en todo tu derecho, pero, por favor, por los más de tres años desde que nos conocemos... por favor, solo dime si estás bien y prometo jamás volver a escribirte,

James»

Dudé; esta vez mis dedos temblaron ante el botón de *Responder*. Me contuve porque ¿quién me aseguraba que él no viera mi respuesta como un incentivo para seguir hablándome? Peor, ¿y si me contestaba Bella de nuevo? No, muchas gracias.

Clásico del constante y perseverante James, a la mañana siguiente mi correo había recibido un nuevo mensaje.

De: James.OConnor@email.com

Para: Leah\_pelirroja@email.com

Asunto: Leah, por favor, respóndeme

Mensaje:

«Todos me dicen que te deje ir, pero no puedo, no puedo, no puedo, no puedo... Eras, eres y seguirás siendo lo más importante que tengo y no puedo dejarte ir, no pude durante tres años y medio, y no podré ahora... por eso necesito saber si estás bien.

P.D. Y Derek.

James»

Y al otro día.

De: James.OConnor@email.com

Para: Leah\_pelirroja@email.com

Asunto: Te escribiré todos los días hasta que me respondas

Mensaje:

«Leah, sé que estoy haciendo mal en escribirte, pero estoy desesperado. Solo respóndeme algo, lo que sea, no me importa, solo algo.

James»

Y no se rindió, porque esa era una palabra que no entraba en su vocabulario.

De: James.OConnor@email.com

Para: Leah\_pelirroja@email.com

Asunto: Soy un estúpido

Mensaje:

«¿Estás bien? Claro que no, he sido un estúpido por preguntarlo. Me querías y yo a ti, por supuesto que no estás bien.

Solo dame alguna señal.

James»

Pero no se la di, porque él no se merecía nada de mí, nada.

De: James.OConnor@email.com

Para: Leah\_pelirroja@email.com

Asunto: Leah, por favor.

Mensaje:

«Leah, por favor, ¿no crees que me merezco aunque sea alguna señal? ¿O es que lo que sentías por mí nunca ha significado nada para ti? Me merezco una respuesta, me la merezco.

James»

Sabía perfectamente que eso solo lo había hecho para provocarme, para hacerme enojar y entrar en el mar de emociones que me inundaron nada más leer el mensaje. Y caí; más bien, me permití caer, bajar las barreras lo suficiente para contestarle, porque nuestros años juntos merecían algo a pesar de cómo habían terminado las cosas entre nosotros.

De: Leah\_pelirroja@email.

Para: James.OConnor@email.com

Asunto: Vacío

Mensaje:

Mensaje:

«No te debo nada, hijo de perra.

Leah»

Su respuesta tardó exactamente medio minuto en llegar.

De: James.OConnor@email.com

Para: Leah\_pelirroja@email.com

Asunto: Gracias

Mensaje:

«Gracias,

James»

Como lo había prometido, no volvió a ponerse en contacto conmigo. De todas formas, a las semanas había eliminado mi e-mail y hecho uno nuevo, porque él no se merecía tener la remota oportunidad de volver a ponerse en contacto conmigo; no después de todo lo que me había hecho, no luego del correo de Bella.

Y después de todo el proceso, del esfuerzo por olvidarlo, de superarlo lo mejor que podía, de olvidar esos correos, su dirección de e-mail para evitar suplicarle que dejara a Bella y volviésemos a darnos una segunda oportunidad, me había rendido. Me había rendido ante él, a mis sentimientos confusos, a la segunda oportunidad que me había regalado la vida, al amor y a las ventajas y desventajas que conllevaba aceptarlo de nuevo, a intentar ser feliz.

Pero parecía ser que James no estaba preparado o no quería lo mismo que yo. Lentamente, dejé que su chaqueta se escurriera entre mis dedos y luego mis labios se despegaron de los de él sin protestas. Abrí los ojos con esa sensación de estar a unos segundos de ser destruida por alguien. Él estaba inexpresivo.

—¿James?

Agarró mis muñecas y terminó por separar mis manos que habían

permanecido apoyadas en su pecho. Soltó mis brazos sin despegar sus ojos de mí.

—¿James?

No respondió. Se giró para marcharse y de pronto todo ese mundo reconstruido y pegado con cinta se despegó y se desarmó. Me mordí el labio para que dejara de temblar..

—Para. —No lo hizo—. ¡PARA, POR FAVOR!

Se detuvo a una distancia demasiado eterna para mí.

—¿Pero qué haces? —exigí saber, apartándome el cabello de la cara—. No puedes irte y dejarme, no puedes, ¿entiendes?

Continué viendo únicamente su espalda. Tenía que ser una broma, no era más que una broma, ¿cierto? Tenía que serlo, tenía que... Pero no, *tenía que nada*. No lo era, James no estaba bromeando, me estaba rechazando; se había puesto en movimiento y se alejaba, se iba porque no me soportaba, porque lo nuestro parecía ser cosa del pasado y la única broma en todo lo ocurrido es que él había estado jugando con mis sentimientos cuando me decía que todavía no lograba olvidarme.

Con un nudo en la garganta, lo vi desaparecer en la entrada del edificio mientras Derek estaba a unos metros de mí sin reaccionar, tan impactado y sorprendido por el rechazo de James como yo. Y lo enfrenté a él porque era el que se había quedado.

—¡Haz algo!

Con un pestañeo desorientado, me observó.

—Leah...

—Es tu amigo, ¡haz algo!

—¿Qué puedo hacer yo?

—¡Hacerlo reaccionar, algo!

—Leah...

Llegué al límite y las lágrimas brillaron en mis ojos.

—¿Por qué se fue? Se supone que él me quiere y yo lo quiero y que todo iba a

ser felicidad. ¿Por qué me dejó? Yo, de verdad...

No pude continuar. Destrozada, confundida, desesperada, tapé mi rostro con las manos y bajé la cabeza, queriendo esconderme de ese mundo donde James no estaba.

¿En verdad estaba ocurriendo eso...?

—¿Pero qué haces?

La protesta sin sentido de Derek anestesió mis sentimientos. Alcé la cabeza para encontrarme una escena de lo más surrealista: Josh intentaba agarrarle el brazo a Derek mientras este no dejaba de luchar por soltarse una y otra vez con Klikli paseando entre sus pies.

—Oye, pero suéltame, ¿tú quién demonios eres?

—Josh, hermano de Leah.

—Pensé que el hermano de Leah se llamaba Cristóbal, no te recordaba así.

—Ese es el otro, yo soy el del medio.

—Ah.

—¿Y quién eres tú?

—Derek Blair: amigo de James, a tu servicio.

—Ah, así que tú eres Derek.

—En cuerpo y alma.

Josh intentó agarrarlo de nuevo del brazo.

—¿Pero por qué haces eso? ¿Te gusto, acaso?

—Dejemos a Leah sola.

—¿Para qué? James se fue.

—Pero puede volver y Leah tiene que estar sola.

Derek me apuntó.

—¿Tan poco quieres a tu hermana que quieres dejarla así? Mira, está hecha mierda.

—Eso es porque chocó.



—¿Qué? ¿Cómo que chocó?

En mi pecho explotó ese dolor de las esperanzas retomadas.

*James.*

Había regresado y llevaba una caja alargada que daba vueltas entre los dedos.

—Te dije que volvería —comentó Josh en voz baja a Derek—, yo le tengo más fe a tu amigo que tú mismo. Ahora... —Sin importarle que Derek le sacara prácticamente una cabeza de altura, lo agarró del brazo y empezó a arrastrarlo.

—¡Eh! ¿Pero qué haces...?

—Dejar a Leah sola, ya sabrá ella qué hacer con tu amigo.

—¡Leah nunca sabe nada! —objetó, resistiéndose; avanzaban dos centímetros y retrocedían otros diez. En vez de alejarse, prácticamente los tenía encima; peor aún, se habían interpuesto entre James y yo.

—Tenemos-que-dejar-a-Leah. —gruñía Josh, tirándolo.

—¡No!

Percatándose que su amo estaba siendo arrastrado contra su voluntad, Klikli aleteó hacia Derek y atacó con picotazos furiosos a los zapatos de Josh, mientras este le daba patadas para alejarla.

—¡No toques a mi maldita gallina!

Intenté buscar la mirada de James a través de Derek y Josh que se estaban haciendo llaves para inmovilizarse el uno al otro, pero estaba demasiado concentrado viendo a los dos hombres y la gallina pelear como para fijarse en mí y recordar mi propuesta de amor eterno.

Percatándose de que Derek era mucho más grandote y fuerte que él, a Josh no le quedó más que ocupar las tácticas sucias: le enterró los dientes en el antebrazo.

—¡Sin morder!

—¡Que no te mordí!

—¡Que me mordiste el brazo!

—¡Fue un accidente!

—¡Un accidente mis pelotas! ¡Klikli, yo te elijo! ¡Ataque de gallina histórica!

—¡Si no alejas a tu maldita gallina, la mataré!

James me sonrió desde el otro extremo del ring. El pimpollo floreció.

—¡Klikli, mávalo! ¡Picoteo de la muerte!

—¡Suéltame, maldita gallina!

—¡Te dije que era sin morder!

—¡Si tú ocupas a tu gallina, yo ocuparé mis dientes!

—¡¿Por qué mejor no me muerdes esta...?!

Habían caído al suelo y se revolcaban de izquierda a derecha para ganar la batalla Pokémon y coronarse como entrenadores.

Y James me sonreía a mí, feliz, con los ojos brillando en buen humor y amor eterno, por mí, por mí, por mí.

Pasé por un costado de Derek y Josh para acercarme a James y me detuve frente a él.

—Volviste.

—Sabes que siempre lo haré.

Tomó mi congelado dedo con una mano libre, un toque delicado y tímido.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

—Miedo —admitió.

—¿Miedo?

Asintió. Entrelacé sus dedos con los míos, para buscar su consuelo y calor.

—¿Por qué tenías miedo? Te dije que me había rendido.

—Pero lo has hecho antes y has huido. No sabía si era una broma. Me fui para ver tu reacción, para saber si...

—Estaba siendo sincera —terminé por él.

Apretó su mano, aceptándolo.

—Y además aproveché para ir a buscar algo que tenía en mi auto.

—¿La llave de tu corazón? —bromeé.

Cuánto deseaba que eso pudiese ser algo más que un chiste.

—Algo así —contestó.

—¿Y la encontraste?

—Sí.

—¿Ambas cosas?

Se guardó la caja en el bolsillo trasero del pantalón. Su mano soltó la mía y llegó a mi mentón, no intentó alzarlo porque era obvio que con mi cuello ortopédico era caso perdido, por lo que se inclinó hacia mí.

—Encontré algo más importante: mi corazón.

—¿Tu corazón? —susurré con sus labios rozando los míos y mis pestañas aleteando, deseando a gritos cerrarse porque sabían lo que venía.

—Sí.

—¿Y estaba perdido?

—Te lo llevaste.

—Podrías habérmelo dicho para enviártelo por correo.

Pasé mis brazos por su cintura y las entrelacé en su espalda.

La sangre se había agolpado en mi cara y mi respiración se había avivado. Su mano libre peinó mi largo cabello que caía como una cascada. Le sonreí provocativamente.

—Quieres besarme, ¿cierto?

La piedra sin sentimientos estaba coqueteando descaradamente, quién lo diría de mí. James aguardó con expresión intensa.

—Hazlo —dije—, te juro que no muerdo... a menos que quieras.

—Qué asco, Dios...

—Toda la razón, hombre.

Suspiré. Ya se me hacía raro que Josh y Derek no hubieran interferido.

—Les advierto que se vayan —dije.

—¿Por qué?

—Porque le voy a comer la boca a James y no me importa si están mirando.

Fue darle una autorización a James, que nada más al terminar de hablar cogió mi rostro entre sus manos e increíblemente encorvado por la gran diferencia de estatura, encontró mis labios con los suyos y ahora lo único que pude pensar era en el sabor del helado en su lengua y el calor que desprendía su boca, su piel, sus caricias. Todo se sentía como regresar a casa tras una larga, desastrosa y horrible expedición. Era lo que debió haber sentido Odiseo al volver con su esposa Penélope tras veinte largos años de ausencia; una euforia en la garganta, una demencia en la cabeza, una desesperación en las manos, un anhelo en la boca, un ardor en la sangre que fluía como ácido en las venas.

Y James tembló y yo temblé y era algo terrible, una emoción que quería destrozarme mi mente de locura. Nos estábamos besando y no estábamos ebrios y yo probablemente tenía una contusión irremediable en la cabeza por el choque y no me importaba.

Eventualmente me separé de él porque recordé a Derek y Josh y de pronto me bajó el pudor. Pero ambos estábamos sonriendo como maniacos cuando nos separamos y nuestras miradas se reencontraron con una seguridad que solo era explicada por un amor correspondido.

Acababa de entregarle mi corazón y un contrato sin una cláusula de rescisión. Me besó la nariz y solté una risita. Ay, Dios mío, no. El contrato había sido firmado: ya no había vuelta atrás.

—Cuando te fuiste... pensé que me estabas rechazando.

—¿Cómo pudiste pensar eso?

—Eh, te informo que te largaste nada más escuchar mi declaración de amor.

Suspiró.

—Solo lo hice para ponerte a prueba.

Bufé, pero mi humor no cambió en lo más mínimo. Tanta felicidad solo podía ser destruida por el desamor.

—Podrías simplemente habérmelo preguntado —objeté débilmente—. Pensé que me habías olvidado...

Algo debió haber visto en mi rostro, porque agarró mis manos con las suyas y se las llevó a su pecho, a la altura donde latía un enloquecido corazón, un

corazón que estaba así por mí. Y era de locos pensar eso, porque biológicamente el corazón del hombre latía más lento que el de una mujer, por lo que si el suyo estaba así de descontrolado, el mío estaba a nada de sufrir una falla cardíaca.

—Leah, ¿cómo puedes decir algo tan absurdo? Estás tan anclada a mí que intentar soltarme de ti solo me destruiría.

Ay, no, ay, no, ay, no, uno no debería sentir tanto amor por solo una persona porque se convertía en el mundo mismo, capaz de alegrarte el día con un gesto y destruírtelo con otro.

—Ahora dime... ¿cómo chocaste?

Rodé los ojos.

—Es algo súper estúpido, la verdad.

—Dime.

—Bueno... tú sabes que cuando se me mete algo en la cabeza, tengo que hacerlo ahora ya. De hecho, eso es un complejo de capricornio y yo no lo soy, pero *bueh*, tal vez ese sea mi ascendente... lo que sería terrible porque ¿una acuario con ascendencia capricornio? —Me solté—. A ver, déjame un momentito que me quedé con la duda.

—Leah... —protestó al verme sacar el celular y empezar a buscar mi signo ascendente.

—Es solo un segundo...

La página *horoscopodiaadia* cargó y comencé a ingresar todos mis datos, incluida mi localización geográfica al momento de mi nacimiento y, por supuesto, la hora (las cuatro de la mañana, porque yo era insoportable hasta para nacer).

*Su signo ascendente es ¡capricornio!*

—¡Lo sabía! Soy acuario con ascendente capricornio. —Comencé a reír a medida que leía el artículo—. Esto explica muchas cosas de mi personalidad.

Su mano acarició mi nuca.

—Como cuáles.

—Mira, aquí dice... *La combinación astrológica de acuario con ascendencia capricornio produce violentas e inesperadas oscilaciones en su estado anímico.*

Viste, viste, ahora todo calza. Y mira... *Su ascendencia capricornio lo convierte en alguien reservado con los extraños porque ama demasiado la soledad para soportar a gente que no le agrada en su vida. Y mira, aquí entras al juego tú... Su combinación le hace necesitar una pareja amante y constante para sentirse mejor consigo misma, pero eso jamás lo reconocería... oh, qué miedo, esto es como leerme a mí misma... Por lo tanto, el compromiso se le vuelve en extremo difícil y es probable que encuentre el amor a muy temprana edad o que jamás lo logre.*

Por fin guardé el aparato en el bolsillo y alcé la mirada, suspicaz. James sonreía.

—Una suerte que lo hayas encontrado a temprana edad, ¿no?

Nunca más volvería a rechazar a ese hombre porque, por la mierda de signos que me habían tocado, jamás lograría tener una pareja si él desaparecía. Una suerte que tenía a James, toda persona debería tener un James en su vida.

Nació una necesidad tan elevada dentro de mí por confesarle mi amor, por decir esas dos palabras que tanto habían rehuido mi boca, que por primera vez no me las guardé ni contuve.

—Te quiero.

No había sido *te amo*, pero era lo más cercano que me había permitido confesar.

James me abrazó y su aliento tembloroso cosquilleó en mi cuello. Temblaba, su voz tembló al hablar.

—Lo eres todo por mí.

Me refugié en su calor.

—Lo sé.

Y Derek, como siempre, tenía que arruinarlo todo. Sentado en el suelo junto a Josh, que habían dejado de pelear para oír la conversación, exclamó:

—Marica.

## Dos Leah con veinte James y cincuenta Derek

Habíamos decidido subir a su departamento, pero ese *algo* emocionante no estaba en la ecuación. O sea, teníamos a nuestra disposición una enorme cama, en un hogar sin padres y con una chica bastante dispuesta a que las cosas subieran de tono, pero... nada ocurría. Parecíamos una pareja de quince años siendo vigilada por los padres de uno de ellos, cada uno en un extremo de la cama con la puerta abierta y Derek paseándose por el pasillo cada tanto para ver en lo que estábamos.

Como ya le había explicado lo del accidente y los demás inconvenientes de esa contienda interminable de una declaración de amor, nos habíamos quedado sin tema de conversación. Y es que, verán, cuando lo único que haces es decirle cosas desagradables al chico que te gusta, pero luego cada cual acepta sus sentimientos por el otro, ya no hay por qué pelear y te das cuenta de que no sabes ni una mierda de la otra persona, por lo que ni siquiera eres capaz de empezar una conversación. Es que, demonios, ¿de qué mierda hablas con alguien que provoca terremotos dentro de ti solo con sonreírte? La verdad, mis deseos eran bastante primitivos y me conformaba con besarnos y que me metiera mano bajo la ropa, pero no quería quedar mal en la primera instancia con mi... un momento, ¿James era mi novio? *Argh*, ¿y si no lo era?

De pronto, iluminada por los deseos sexuales insatisfechos y los silencios incómodos, recordé la caja, la famosa cajita por la que me había dejado tirada.

—James —dije para comenzar.

Él se giró hacia mí; continuamos separados por el ancho de una cama. Dios, nunca había encontrado tan frustrante una cama.

—¿Sí?

Qué fluidez de conversación, estábamos para dar cátedra. La titularía: «Cómo no hablar con tu peor es nada».

—Si no me equivoco, andabas con una cajita. —Tomé aire para hacer la pregunta de rigor—. ¿Era para mí?

James se apresuró en ponerse de pie y sacar la olvidada y aplastada caja de su bolsillo trasero. Se puso lívido al verla maltrecha.

—No, no, no, no, no...

La abrió para revisar su interior, con la tapa en mi dirección para obstaculizar mi visión, y soltó el aire en alivio. Supuse que no se había roto nada. Fue en ese momento que el miedo me dio una cachetada... no, no podía ser posible, ¿pero y si...? No, no, la caja era rectangular, no podía ser un anillo. Respira, Leah, que hoy no te vas a comprometer con nadie.

De todas formas, cierto pánico permaneció en mí cuando James se acercó e hizo rodar la caja entre los dedos, nervioso.

Ay, no, me iba a pedir matrimonio y con un set de anillos, por eso el tamaño de la caja. Ay, no, yo quería a James, pero no me quería casar. Era demasiado joven y hermosa para eso. ¿Cómo iba a rechazarlo?

—Tiene dos años.

Incliné la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Esto —dijo, apuntando a la cajita.

Ay, no, ¿hace dos años me iba a pedir matrimonio? ¿Pero qué mierda tenía en la cabeza ese chico? Por ese tiempo teníamos diecisiete años, ¡diecisiete años!

Ya, Leah, deja de pensar cosas absurdas, los anillos vienen en las cajitas pequeñas y James no está tan loco como para regalarte un set de anillos de compromiso, ¿cierto? ¡¿Cierto?!

—Ah —contesté.

—Lo mandé a hacer cuando aceptaste ser mi novia y nunca te lo pude entregar por... ya sabes, lo recuerdas mejor que yo.

*Lo mandé a hacer.* Singular, era solo uno. No podía ser un anillo de compromiso... a menos que en la joyería se les hubiesen acabado las cajitas convencionales. O... o tal vez lo había guardado ahí para que no lo descubrieran.

Me entregó la caja.



Caí en pánico. Adiós soltería, fuiste linda mientras duraste. La abrí.

No era un anillo.

Era un hermoso reloj de pulsera que tenía el diseño de un tarrito de cristal entre los números cuya etiqueta ponía *Jaleah*. Oh, era un reloj con un dibujo de un tarro de jalea. Y las manecillas del reloj eran nuestros nombres, *Leah* marcaba la hora y *James* era el minutero, que nunca descansaba en su intento por alcanzar a la hora. Y cómo no, como James era incapaz de dejar a un lado a Derek, su nombre era la manecilla enloquecida que giraba y giraba sumando segundos al día.

Un enorme insecto me había caído en los ojos y por eso lagrimeaban, estaba segura.

—Jaleah... lo recordaste —musité.

—Nunca olvido nada de lo que me dices. —Se removió en sus pies con las manos en los bolsillos—. ¿Te gustó?

Lo saqué de la cajita y me lo puse, el metal enfriando mi piel. Por supuesto que no era de plata, era de platino y veía incrustaciones de diamantes por el borde del tarrito de jalea.

—No me lo quitaré nunca más... —Tuve que aclarar lo siguiente—, excepto cuando esté llegando a mi casa o me lo van a robar.

Frunció el ceño.

—No, ¿pero por qué? Lo pedí lo más sencillo posible.

¿Pero qué tenía en la cabeza James?

—James, es de platino y tiene incrustaciones de diamantes.

—Pero son muy pequeñas, ni se ven.

—Cuando esté llegando a mi casa, se verán en un área de influencia de cincuenta kilómetros.

El reloj pesó en mi muñeca. Tenía prácticamente un auto colgando de mi brazo. Suspiré.

—Entonces... ¿de verdad te gusta?

Al ver su nerviosismo, todo en mí se derritió de ternura. Prometía dar mi vida

por ese reloj.

—Lo amo.

Sonrió, sus ojos curvándose adorablemente en las esquinas y el hoyuelo latente en su mejilla. Había tanto amor para mí.

—Lo siento por lo de Derek, no podía dejarlo afuera.

—Alguien tenía que ser el segundero —le resté importancia, porque desde tiempos inmemoriales que sabía que salir con James significaba salir con Derek también.

Se quitó las manos de los bolsillos.

—Me alegro.

Miré el reloj y me percaté de un pequeño error.

—Oye, James, una cosa...

—¿Sí?

—El reloj anda mal.

—¿Cómo?

—Según él dice que son las *dos Leah con veinte James y cincuenta Derek*.

Soltó una carcajada.

—Creo que se desconfiguró.

Le devolví la sonrisa.

—¿Sabes? Me encanta la idea de ser la hora.

\* \* \*

Había algo que entre solteros jamás se mencionaba, que era prohibido y censurado por los de nuestra raza, para así, de algún modo, sobrevivir en un mundo lleno de parejas y soportar las burlas del amor. Ese algo era lo bien que se sentía tener una pareja, la felicidad estúpida que te llenaba y que te tenía sonriendo como enferma mientras el universo se acababa a tu alrededor.

Por muy patético y romántico que sonase, y yo siendo la reina de todas las reinas del anti romance, no podía, por más que quería, evitar sentirme así. Feliz. Felicidad en su máxima expresión. Y la necesidad, *la necesidad*, la ferviente y

agónica necesidad de verlo, de estar con él un segundo más, de besarlo, de tocarlo, de estar a su lado y agarrarlo con los brazos para que no pudiese escapar. Esa necesidad enfermiza me tenía dando vueltas en mi habitación, comiéndome las uñas mientras Adela me observaba sentada en la cama.

Años sin tenerlo y ahora que sucedía, quería más y más, y sentía que esa necesidad me iba a consumir. Lo había dejado hace menos de dos horas y lo quería de nuevo, ahora. Dios mío, estaba enferma, me había contagiado con la peor enfermedad del mundo y no tenía cura. ¡No tenía cura! ¡Iba a morir! ¡Iba a morir y...!

—Leah, ¿estás bien?

Me detuve de golpe.

Ahí estaba Adela con sus enormes gafas y su expresión comprensiva.

—No, no estoy bien. —Me relamí los labios, resecos—. Creo que estoy enferma, debo estarlo, no es normal sentirse así.

—¿Sentirse cómo?

—Como... como... como con síndrome de abstinencia.

Su boca formó una expresión burlesca.

—Leah, no estás enferma, estás enamo...

—No lo digas —la corté, horrorizada.

Puso los ojos en blanco.

—¿No quieres que admita que estás ena...?

—¡Que no lo digas!

No se alteró en lo más mínimo.

—¿Y por qué no? Se lo admitiste a él, ¿qué te frena ahora?

Llevé una mano a mi cabeza con melodrama.

—Que la enfermedad se ramifique y se vuelva *amoritis crónica* o algo así.

—Estás enamorada, no hay más que eso.

—¿Cómo qué no? Podría enamorarme al cuadrado, al cubo, al... infinito, Adela. Una variable elevada al infinito es infinito... menos si va entre cero y

uno... por lo que mi amor por James elevada el infinito se va al infinito y yo... muero.

Puso los ojos en blanco.

—Entonces controla tu variable y solo déjala en uno.

—¡Mucho peor! Se indetermina. Uno elevado al infinito, ¡se indetermina, Adela!

—¿Y qué con el cero?

—Es cero. Pero mi amor por James no es cero, claramente.

Adela intentaba seguirle el ritmo a mi conversación a duras penas.

Solté un suspiro dramático y me tiré a la cama, de pronto con ganas de hablarle a James en ese código matemático que Adela claramente no entendía. Pero no, no podía escribirle, tenía que resistirme o podría agobiarlo con mi efusividad de loca y... Ah, a la mierda la dignidad.

Saqué el celular de mis pantalones y Adela me lo quitó.

—¡Adela, lo necesito! —supliqué.

—¿Lo ibas a llamar?

Me puse roja como un tomate.

—¡Por supuesto que no! Solo... eh, ¡solo iba a ver la hora! ¿Para qué más podría necesitar mi celular? Es simplemente un aparato que tiene una alarma y un reloj.

Apuntó mi muñeca.

—¿Y eso?

—Todavía no me acostumbro.

Lo último era verdad, para que vean que no siempre miento.

Como Adela no cambió su postura firme y no podía volver a distraerla con el reloj, porque ya me había dicho todo lo que podía haberme dicho de él, no me quedó más que rendirme.

—¡Solo le iba a mandar un mensajito!

—Mientes.

Llevé mi mano a mi pecho con cara de falso impacto.

—Pero ¿qué dices? Si yo no miento... esta vez.

—Querías el celular para ver si te había escrito.

Oh-oh, había sido descubierta.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que en quince minutos lo has revisado veinte veces.

Comenzaba a entender el problema.

—Te dije que estaba enferma, esto no tiene solución.

—Entiendo, pero no... —enmudeció de golpe.

—¿Qué, qué, qué?

Alzó mi celular.

—Vibró.

Se lo quité de una sentada.

—Es un mensaje —solté con un hilo de voz al ver el celular.

—¿Y qué esperas?

—¿Y si no es de James?

La decepción iba a ser profunda y oscura.

—Nunca lo sabrás si no ves el mensaje, Leah.

En el estómago me revoloteaban polillas zombis. Con una larga inspiración, desbloqueé el aparato esperando una declaración de amor.

James:

«.\_\_\_\_\_.

Una ballena».

Era una broma, ¿cierto? Tenía que serlo, la había visto en internet hace un tiempo. Increíble, el primer mensaje que me enviaba James ¿y era eso?

Adela esperaba expectante.

—Y bien, ¿qué dice?

Le mostré el celular.

—Dime que es una broma —rogué.

—Pues parece serlo...

El celular volvió a vibrar.

—Es otro mensaje. —Sonreí—. De seguro es una disculpa diciendo que era Derek.

Lo abrí.

James:

«.\_\_\_\_.

Una ballena bebé».

Con que estábamos en esa. Busqué rápidamente en internet, lo copié y envié.

Leah:

«



Con todo mi amor».

\* \* \*

Sin ningún escrúpulo, al día siguiente decidí faltar a la primera clase para dirigirme a la oficina de Alex, ubicada en los Hoteles Cromwell. Tras media hora esperándolo en recepción con su secretaria, a la espera de que volviera de un desayuno de negocios, la molestia en el estómago, que al principio era leve, se fue haciendo más y más profunda. La secretaria, aunque me dolía admitirlo con toda mi profunda y podrida alma, era demasiado bonita para ser la empleada de Alex. Yo sabía que los jefes se acostaban con sus secretarias y la idea de Alex revolcándose con ella... me contraía el estómago.

¿Cómo era humanamente posible que me sintiera... *celosa*? Estaba *celosa* de la secretaria de Alex, *celosa* de ese bonito cabello negro y largo cayéndole en

una cascada por la espalda. Sentía *celos* cada vez que la miraba y me la imaginaba hablándole a Alex, inclinándose sobre su mesa para que el escote se hiciera más profundo y sonriéndole coquetamente... a ver, a ver, esto tenía que ser aclarado. Cuando yo había decidido ir por James y no por Alex, había tenido claro que lo había hecho porque estaba enamorada de James pero que persistía cierta atracción por Alex; y lo había dejado estar porque sabía a ciencia cierta que esa *atracción* por Alex era insignificante en comparación a la avalancha de emociones que James producía en mí con una simple sonrisa. Así que era obvio que esa clase de comportamientos, como mis celos por la secretaria, persistirían por un tiempo. La verdad, no era algo que me preocupase; además, siempre estaba abierta la posibilidad de recurrir a la terquedad ciega y aplastar los celos con mis zapatos hasta pulverizarlos. Yo siempre decía: «Si no puedes contra tus sentimientos, aplástalos hasta pulverizarlos». Busqué en mi interior cualquier indicio de sentimientos amorosos hacia Alex, los encerré en una ficticia caja y la aplasté con ira.

—Me pregunto qué estarás pensando para tener esa mirada tan decidida.

Frente a mí, inclinado levemente para verme mejor el rostro, estaba Alex Cromwell, mi mejor amigo, ese asqueroso mejor amigo que me lo estaba poniendo difícil, justo en el momento cuando yo por fin podía correr por un campo, lanzando malditas flores de mi jodida canastilla de madera, con trenzas y traje incluido. Me puse de pie de un salto y estuve a un centímetro de golpearle la nariz con mi cabeza.

—¡Nada! —chillé, acalorada.

Confianzudamente, me pasó el brazo por los hombros y lo dejó ahí, obligándome a girar con él hacia la secretaria.

—Que nadie nos moleste —pidió.

Pude ver el fuego salir de los ojos oscuros de la chica. Por un leve instante, el pecho se me hinchó y me sentí bien, mi ego empezaba a recuperarse de tal humillación; no por primera vez me pregunté si, cuando Alex me rechazó, lo que realmente me había dolido habían mis sentimientos destruidos o el ego humillado... en vista de lo rápido que estaba superando lo que había sentido por Alex, la tendencia marcaba claramente la segunda opción.

Entramos a su oficina, una enorme sala rodeada de ventanales con una maravillosa vista a la gran ciudad. Afuera persistía la luminosidad gris con la

que me había encontrado en la mañana al salir de casa.

Alex caminó hacia su escritorio, enorme y de madera oscura, y tomó asiento en una silla de cuero reclinable.

—Y dime, pequeña Leah, ¿a qué debo el placer de tu visita? Y si me permites decirlo, tu ojo se ve peor que ayer.

De pronto, ni siquiera sabía en dónde poner mis manos, así que caminé hacia el asiento libre al otro lado de la mesa de Alex. Me sentía como un jodido pato.

—¿No estás enojado por haberme escapado de ti en el hospital? —quise saber.

Cruzó los brazos sobre su estómago.

—Si me molestara por cada locura que haces, no seríamos amigos. —Sonrisa brillante que iluminó sus ojos verdes. Lástima que había vuelto mi obsesión por el azul.

—Tienes un punto condenadamente bueno —admití.

Alzó levemente las cejas doradas. Me fijé que llevaba el pelo impecablemente peinado, no como el de James que siempre estaba desordenado.

—¿James te dijo que sí?

Las mejillas me flamearon de inmediato.

—¿C-cómo s-supiste? —pregunté, turbada.

—Me concediste un punto, lo que quiere decir que estás feliz y, si estás feliz, es porque las cosas ayer salieron bien y, si las cosas salieron bien, es porque volviste con James.

Pestañeeé lentamente. ¿En serio alguna vez se me había pasado por la cabeza la idea de que sería genial salir con alguien que te conocía tan bien? De verdad yo algunas veces actuaba como una loca.

—Eres odioso —gruñí.

—En el fondo sabes que te encanta.

Lo fulminé con la mirada.

—Simplemente olvídalos, yo vine solo para decirte que James no me rechazó, que no tengo el corazón roto y que, para tu alivio, no tengo intenciones de



suicidarme, por si alguna vez se te pasó por la cabeza la idea. Aunque dudo que te preocupe, porque de ser así me habrías llamado por teléfono anoche, cosa que no hiciste.

—¿Estás intentando decirme que pensaste alguna vez en suicidarte si James te rechazaba?

—Nunca entiendes lo que intento decir.

Se cruzó de brazos, encantado.

—Entonces comienza a *decirlo* en vez de *intentarlo*.

Fruncí el ceño.

—Eres una mierda como amigo, ¿lo sabías? No me hagas tener que contarme las venas para probarte algo, Alex.

—Dios no lo quiera, con tu mala suerte terminarías matando a Gruñón antes de que el cuchillo llegara a tus venas.

Estuve a punto de jalarme el cabello por la desesperación.

—¡*Ugh*, eres exasperante!

Me fui de su oficina con la carcajada de Alex siguiéndome. No me quedó más que volver a la universidad justo para entrar corriendo a la clase de Cálculo, segundos antes de que el Dementor se hiciera presente con toda su *dementoridad*.

James O'Connor entró pegadito al profesor y ambos le dieron la espalda al pizarrón. Los ojos azul de inmediato me buscaron en el mar de gente y yo volteé el rostro antes, me moría de vergüenza de pronto recordar que él y yo habíamos compartido saliva (yo era tan romántica a veces).

—El día de hoy no podré realizar la clase porque nos citaron a una reunión de profesores —anunció el Dementor con su voz de ultratumba—. Nos vemos mañana, los dejaré con el ayudante.

Se fue de la sala dejando frente al mar de ojos curiosos a James, quien se lanzó a explicar la materia nueva sin titubear. Y fue tanto mi nivel de estupidez sumado al nerviosismo, que no pude mirarlo durante toda la clase por el miedo a que nuestras miradas se encontraran y viniera a mi cabeza la avalancha de imágenes del fin de semana: había besado al ayudante, y solo Derek sabía. Él y yo habíamos compartido saliva, y solo Derek sabía. Había probado el fruto

prohibido, ¡y solo Derek sabía! Él estaba enamorado de mí, y solo Derek sabía.

Del otro lado de la sala, ya que yo había llegado atrasada y simplemente había caído en el primer puesto que encontré vacío, Derek, al lado de Camila, me hizo una morisqueta con la lengua, haciéndola rodar para simular un beso. Debía reconocerlo, que Derek fuera el único que estaba enterado de nuestro reencuentro, era lo peor de todo.

Finalmente, solo pude concluir una cosa de la clase: iba a reprobar esa mierda de ramo si seguía pensando en lo que escondía el pantalón del ayudante. Al terminar la clase, asumiendo que no podía dar indicios de un favoritismo, James solo inclinó la cabeza cuando pasó por mi lado y se largó sin más. Pero... Ay, Dios... me siguió por media universidad a la hora de almuerzo hasta que encontró la oportunidad perfecta: un pasillo desierto. Y fui asaltada.

Abrió la puerta de una sala vacía y me tiró dentro de ella, para luego apoyarme contra la puerta y besarme hasta que me olvidé hasta de pensar, solo centrándome en...

Sus labios.

Su lengua.

Su calor.

Sus manos estrechando mi cintura.

Su corazón rebotando contra mi pecho.

Cinco minutos después, salimos y cada uno se fue en su dirección.

—¿Qué te pasó? —preguntó Camila nada más verme.

Peiné mi cabello lo mejor que pude.

—¿Por qué? ¿Estoy muy chascona?

—No solo eso...

—Ya hablamos del choque, Camila.

—No es eso.

—¿Qué entonces?

—Tienes el labio mordido.

No me quedó más que hacerme la desentendida.

—Debe haber sido una abeja.

—¿Una abeja que muerde?

—Increíble, ¿cierto? Pobres abejitas, qué rápido que les ha afectado la evolución.

## Love

Había decidido que lo mío con James debía mantenerse en secreto. No porque quisiera ocultarlo o estuviese todavía reacia a aceptar que había vuelto con un ex, sino por motivos netamente universitarios. James era ayudante y yo su alumna, por lo que era poco ético que saliera conmigo. Más que nada, como muy bien había señalado Camila, podría darse curso a un sumario si alguien se quejaba que yo tenía «mejores» notas (cuando la verdad eran una mierda) porque me revolcaba con el ayudante.

Mi conversación con Camila y Derek, al estar rodeados por estudiantes, había sido algo así:

Yo: ¿Qué creen que pase si el mundo se entera de ya saben qué?

Derek (*con cara de simio mascando una manzana audiblemente*): ¿Qué es lo que sabemos?

Yo (*bajando la voz*): De lo de ya-sabes-quién y yo.

Derek: ¿De Voldemort y tú?

Yo: No estoy hablando de *Harry Potter*, estoy hablando de *ya-sabes-quién*.

Derek: Como reina del sarcasmo, eres una vergüenza.

Yo (*ignorando al orangután*): Y tú, Camila, ¿qué crees?

Camila: Ahora que lo dices... no creo que sea muy aconsejable que el mundo se entere, Leah. Si empiezas a sacar buenas notas...

Derek: Si es que algún día lo logra...

Camila: ... todos pensarán que James las arregló. Incluso, si llegas a aprobar Cálculo con un sobresaliente...

El imbécil de Derek: Cosa que ya es imposible con el dos que se sacó. ¿O era un uno?

Camila: ... la gente inmediatamente creerá que es por James. Y si apruebas con nota mínima...

El monito de Derek: Que es lo más probable, si es que aprueba.

Camila: ... también pensarán que es por James. E imagina si no apruebas...

El tontito simpatiquísimo de Derek: Que es lo que seguramente va a pasar.

Camila: ... no faltará el que hable pestes de la relación, además de que podrían realizar sumario si es que alguien se quejara de tus notas.

Al no recibir la respuesta que quería de Camila, la busqué en Derek.

Yo: ¿Tú qué crees?

Derek: ¿Que yo creo qué cosa?

Yo: Lo de ya-sabes-quién.

Derek: ¿Voldemort?

Yo (*cruzándome de brazos*): Es la última vez que lo preguntaré, ¿qué crees tú?

Derek (*abriendo los ojos de par en par*): ¿Estás pidiendo *mi* opinión? Pensé que no iba a vivir el tiempo suficiente para presenciar esto.

Yo (*apretando los dientes*): Estoy esforzándome para que lo nuestro con quien-ustedes-saben funcione... estoy haciendo un esfuerzo para ser menos terca y fría, y no haces más que burlarte de mí. Nunca he tenido un novio que no fuera James, ni una relación cercana con el sexo opuesto, y no sé cómo funciona esto. ¿Es tan difícil verlo?

Derek (*con la boca llena de manzana*): Solo te besaste con él, no es para tanto.

Yo: Sabes perfectamente que es más que eso, tú sobre todas las personas lo sabe.

Derek (*sintiéndose culpable*): ¿Pero qué otra cosa querías que hiciera? No todos los días tengo el placer de reírme de ti porque estés estresada por lo que vaya a pensar James de ti. Es James, Leah, James. Si decides gritar tu amor eterno por él a medio mundo, recibirá la noticia con esa sonrisa imbécil que tiene registrada para momentos contigo. O, por el contrario, si decides no decirle a nadie, también recibirá la decisión con una sonrisa imbécil. Es James y siempre

tiene sonrisas estúpidas para ti, sea lo que sea que hagas. ¿Feliz ahora? ¿Puedo seguir burlándome de tu inseguridad o tengo que continuar diciendo cosas bonitas sobre James y tú y lo perfecto que parece el universo ahora que están juntos?

Lo tuve que aceptar porque como bien decía: era James.

\* \* \*

En la UE, para ser una universidad tan grande, encontrar un lugar libre de presencia humana que conociera al *ayudante más guapo* era misión imposible, por lo que nuestro próximo encuentro solo se dio el jueves después de su ayudantía. Fingiendo terminar un ejercicio, me quedé en la sala esperando a que todos se fueran. Pero, por el demonio, ¡James tenía tantas admiradoras! Tuve que simular durante quince eternos minutos no entender un gráfico, porque la fila de consultas era eterna.

Para cuando James por fin se desocupó y vino hacia mí, ya no tenía tantas ganas de estar a solas con él. Verlo con su horda de admiradoras me había hecho preguntarme de pronto con cuántas mujeres (u hombres, uno nunca sabía) había estado. Debían ser muchas, porque se le lanzaban. Y era impactante porque yo de verdad creía ilusamente que esas cosas solo pasaban en las películas, pero James era una viva imagen de que la realidad no se alejaba de la ficción.

¿Serían unas veinte? No, yo creo que estaba siendo muy considerada. Tuve dolor de estómago, por lo que cuando apoyó las manos en mi banco para que dejara de mirar el vacío, mi rostro mostraba una clara expresión agria.

—¿Pasa algo?

—Nada.

Y eso en el lenguaje femenino significaba: sí, pasa todo, pero no quiero hablar contigo porque eres una rata y quiero verte aplastado en este mismísimo momento.

—¿Es por las alumnas?

—Nooooo, para nada.

Sus dedos tamborilearon sobre la mesa.

—¿Estás celosa?

—Para estar celosa primero tendría que sentirme inferior a ti.

—¿Y segundo?

—Sentirlas a ellas superiores a mí.

Recibí como reconocimiento un beso.

—Solo me gustas tú.

Empequeñecí los ojos con rencor.

—Más te vale.

Alzó las manos con aire de pura inocencia.

—Oye, que yo no te he preguntado nada sobre si todavía te gusta tu amigo.

Se le sonrojaron las orejas de vergüenza nada más terminó de hablar.

—Pues solo tenías que preguntarlo.

—¿Y me vas a decir la verdad?

Lo medité un instante.

—Sí.

Titubeó antes de hablar, como si se estuviese planteando la idea de no decir nada, pero luego se arrepintió y soltó con un suspiro derrotado:

—Dímelo entonces.

—¿Por qué preguntas algo que podría herirte?

—Porque estoy harto de las mentiras, sabes por qué.

—Él solo me gustaba.

—¿Pasado?

Me quedé en silencio un instante que pareció eterno.

—Todavía hay algo, pero la llama se comporta como una función exponencial elevada a menos x.

Estaba escéptico.

—¿Estás segura?

—Parte de lo que creía sentir por él eran en realidad sentimientos confusos de amistad.

—¿Y...?

Se lamió los labios.

—¿Y qué?

—¿Y con él...?

Había entendido a qué se refería, pero de pronto mi lado malo salió a relucir para torturarlo un poco.

—¿Con él qué?

—Ya sabes...

—No sé, James, si no terminas tus oraciones.

—Olvidalo.

—Solo dilo.

Apretó la mandíbula.

—¿Saliste con él?

—Muchas veces.

Parecía que algo sabía mal en su boca, de seguro era una enorme cucharada de celos.

—¿De verdad?

—Pues sí, es mi amigo, ¿lo recuerdas?

Tomó aire pacientemente.

—Sabes que no te estaba preguntando eso.

Me encantaba saber que era nuestra primera ridícula pelea (desde el reencuentro).

—Entonces, ¿qué?

—¿Fueron novios?

—No.

—¿Hubo...?

Me la estaba pasando en grande. Intenté no reírme en su cara.



—¿Sexo? —indagué.

Volteó los ojos, incómodo.

—¿Lo hubo?

—¿Qué cosa?

—Leah...

—James...

Tuve que morderme el labio para aguantar la sonrisa.

—Tú y tu amigo...

Toqué mi mentón, pensativa.

—Mm, déjame recordar.

—¡Leah!

Le sonreí misteriosamente.

—Una mujer no tiene memoria.

—Leah...

Si bien me seguía pareciendo hilarante y graciosa la conversación, lo detuve.

—¿Y para qué quieres saber? Cada vez que una pareja empieza a tener este tipo de conversaciones es como una bomba nuclear. Yo a ti no te pregunto cuántas mujeres hubo antes y después de mí porque sé que fue medio país y si me pongo a pensarlo fríamente, luego me baja el rechazo y la ira intensa, ¿comprendes?

Asintió distraídamente y no dijo nada más. Hablé tras un momento de silencio:

—Y no, James, no estuve con nadie.

Terminamos besándonos hasta que la puerta se abrió de sopetón. Asustados, nos separamos de golpe. Derek con expresión de aburrimiento estaba en la entrada.

—¿Terminaron ya?

—Gracias a ti sí —respondió un ligeramente cabreado James.

—Genial, porque te recuerdo que quedaste en hacer unos trámites conmigo.

—¿Qué trámites? —curioseé.

—Tengo que sacar el carné de qué te importa.

—Alguien está de malhumor, ¿eh?

—Lo estarías si llevaras media hora afuera de la sala esperando a que tu mejor amigo se deje de besuquear con una alumna.

—¿Y son siameses que no te puedes ir sin él?

—De autos, sí. El mío olvidé dónde lo dejé y dependo de James hasta que me compre otro, ¿feliz?

Pestañeeé lentamente, incrédula.

—¿Y por qué demonios no sabes dónde dejaste tu auto?

—Se emborrachó —explicó James— y se tomó demasiado literalmente el consejo de «Si bebes, entrega las llaves».

—Y las entregué.

—¿Y a quién?

—Ese es el problema, peli-peli, ese es el problema...

\* \* \*

La presencia de James era más bien inconstante en mi vida. Éramos en cierto punto *algo*, pero no tan *algo* como para exigirle más tiempo; y tampoco es que lo tuviéramos, entre sus clases y las mías pasábamos gran parte del día en la universidad, donde ni siquiera podíamos mirarnos para no levantar sospechas. Pero compartir con él los pequeños instantes de la vida, valía la pena toda clase de problemas. Excepto el que James siguiera socialmente libre. Y es que lo que me hacía ruido era que las personas creyesen que por no estar con nadie, automáticamente James pasaba a ser una presa que podía ser cazada. Y me irritaba porque parecía ser únicamente yo la que recordaba que teníamos *algo*. De hecho, un día un tipo se me había acercado de la nada y dijo:

—¿Quieres salir conmigo?

A lo que yo respondí con un cortés *no*.

—¿Por qué no? —insistió—. ¿Tienes novio?

—No.

—Entonces estás libre.

Lo que claramente había provocado cortocircuito en mi interior.

—Que esté soltera no significa que esté disponible.

Así que tal como se ve, yo andaba cortando las alas de esperanza a la menor instancia porque no me interesaba saber el *y qué pasaría si le doy una oportunidad*. Pero James no, muchas gracias. El lindo se andaba haciendo el simpático cuando sabía perfectamente que le estaban coqueteando descaradamente. Y lo había pillado más de una vez, como cuando íbamos con Camila por un pasillo y llegaron a nuestros oídos risas salvajes de un grupo de mujeres. Supe, de inmediato, lo que sucedía.

De manera instantánea frené de golpe antes de doblar por el pasillo y pegué mi cuerpo a la pared, sacando la cabeza para saber lo que sucedía del otro lado.

Lo que sospechaba: James estaba rodeado por un grupo de admiradoras que adulaban su inteligencia mientras fingían no entender simples ejercicios. Volví a esconderme.

—¿Ese era James? —preguntó Camila echando un rápido vistazo.

Comencé a refunfuñar en voz baja.

—Te están picoteando la uva, Leah, yo que tú empezarías a marcar territorio.

La miré como si le hubiera salido otra cabeza.

—¿Estás loca?! ¡Lo hablamos el otro día! Podría traernos complicaciones académicas si se sabe lo nuestro.

Puso los ojos en blanco.

—Como eres tan bonita, se nota que nunca has tenido que siquiera coquetear un poco para llamar la atención de un chico.

—¿A qué te refieres? —pregunté, orgullosa de que el resto reconociera mi perfecta genética.

—Que cuando te digo que *marques* territorio, no digo que debes hacer público lo de ustedes.

—Créeme que no tengo ni puta idea lo que intentas decir.

—Haz algo natural.

—¿Natural?

¿Esa chica hablaba otro idioma?

—¿De verdad no te sabes ninguna táctica? —Estaba impresionada.

—Como tú dijiste, jamás he tenido que hacer nada.

—Increíble. —Lo dejó estar y luego apuntó hacia donde provenían las voces

—. Ve y pasa por al lado de ellos casualmente.

—Sabes que lo casual no va conmigo.

—Simplemente pasa por su lado y lo saludas.

—¿Y me quedo ahí?

—Por supuesto que no, solo lo saludas sin detenerte.

—¿Ni un beso en la mejilla?

—Solo un *hola*.

—¿Y cómo eso va a servir para algo?

—James se muere por ti, yo de verdad que no entiendo cómo nadie se ha percatado.

—¿Y qué tiene que se muera por mí?

—Que te va a ver y te prometo que dejará a las chicas en menos de un minuto.

Me toqué el mentón con aire pensativo.

—Recuérdame pedirte más consejos amorosos, parece que sabes de estas cosas.

Sin más palabras, me arreglé la ropa y dejé que el escote de mi camiseta fuera un poco más profundo. Si con esto no conseguía que James me siguiera, nada lo haría.

He de admitir que mi caminar intentó ser seguro, arrogante, pero al final terminó saliendo como un monito exhibiendo sus movimientos frente a su público.

—Hola —lo saludé cuando pasé por su lado; no me detuve.

Alzó la cabeza de golpe y el cuaderno de la alumna, ese que había estado viendo segundos antes, quedó colgando de su mano, olvidado.

—Hola —contestó él.

El instante terminó y James volvió a centrarse en el cuaderno. Llegué hasta una intercepción y me escondí tras la muralla, a la espera de que apareciera. Le bastó casi un minuto para finiquitar todas las dudas, y en el segundo cincuenta y ocho apareció corriendo con los labios formando un «Leah» que no alcanzó a pronunciarse: me había visto.

—Hola de nuevo.

Como se quedó plantando sin hacer nada, seguí de manera provocativa:

—¿Me buscabas para algo?

El sol de otoño acariciaba suavemente su piel.

—Solo quería decirle que usted es increíblemente maravillosa.

¿Cómo, vida, querías que no me volviera a enamorar de él?

—Y también tengo algo.

Sacó de su bolso unas hojas y las tendió con ligero nerviosismo.

—¿Qué es? —pregunté, agarrándolas.

—Ejercicios, hazlos, te ayudarán mucho.

¿Cómo, universidad, quieres que repruebe un ramo si él se esforzaba tanto para ayudarme?

—Yo a usted le voy a decir que es lo más maravilloso que tengo.

Me sonrió con el pequeño hoyuelo de la mejilla visible y pequeñas las arrugas en la esquina de los ojos, demostrando el más puro y profundo deleite.

Ya era demasiado tarde para detener ese tren que venía a toda velocidad y que amenazaba por descarrilarse ante la menor piedra en el riel.

\* \* \*

A pesar de que era viernes y que podía estar haciendo cosas más interesantes que esa, nada más al llegar a casa me puse a mirar los ejercicios porque faltaba

una semana para la siguiente ronda de pruebas y tenía que irme bien, por el amor de Dios.

Eran cinco funciones para graficar. Fruncí el ceño. James se había traspapelado, porque eso no entraba en la segunda prueba de Cálculo. De todos modos decidí hacerlos, porque él debía tener información confidencial y esta era la única manera, con su ética de mierda, de decirme algo.

Grafica las siguientes funciones:

1.  $y = 1/x$
2.  $x^2 + y^2 = 9$
3.  $y = |-2x|$
4.  $x = -3|\sin y|$
5.  $r = 1 - \sin(\theta)$

Mínimo un *Con amor, James*. Qué poco detallista había sido en esta ocasión, extraño en él. Refunfuñando por lo bajo, hice los gráficos. Los cuatro primeros habían sido en extremo fáciles, porque eso era materia de escuela, y el último justo era de la materia de la primera prueba (que había aprendido, cómo no, después de la prueba; a quién no le ha pasado).

Tardé más de lo previsto en terminarlos porque me entró un ataque de risa al ver el cuarto gráfico: parecía un culo. Me vi en la necesidad de mensajear a James para comentarle mi descubrimiento.

Leah: «La función 4, si la dejo limitada entre  $-3$  y  $3$  solamente, forma un trasero. ¿Es el tuyo? Jaja».

Había terminado de graficar la quinta función, cuando me llegó su respuesta.

James: «Podría ser. ¿Encontraste algo más?».

Leah: «El quinto es de las coordenadas polares, una cardioide... me salió un corazón bastante deforme. ¿Querrá la vida decirme algo?».

James: «Claramente te está diciendo algo».

Leah: «¿Que tu trasero es tan deforme como mi corazón?».

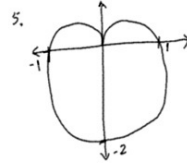
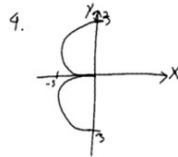
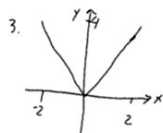
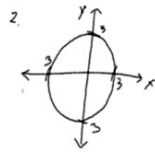
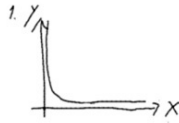
James: «Mm...»

Leah: «¿Mm?».

Y luego apareció *escribiendo...* y se borró y de nuevo *escribiendo...* y después nada. La conversación quedó muerta. Primero que no se podía juntar conmigo hoy en la noche porque tenía que hacer qué sé yo con Derek, a continuación me mandaba una absurda tarea de graficar, ¿y ahora me dejaba en

Visto?

Frustrada, dejé la hoja con los cinco gráficos, y lo vi. Realmente *vi* qué era lo que me quería decir James.



## Él siempre dice te amo

Como me había ido como el reverendo pepino en la primera prueba de Cálculo y James era mi *algo* además de mi ayudante, se puso como meta personal que yo sacara la mejor de las notas. Un poco difícil si nos poníamos a pensar que debía enseñarme la materia desde el principio, porque si no, sería como intentar despejar  $x$  cuando ni siquiera se sabía sumar. Pero, bueno, no era del todo aburrido porque me permitía besarlo cada vez que llegaba al resultado correcto; un pena que me equivocase tanto. Lo malo era que, a pesar de que los fines de semana iba a su departamento, de verdad estudiábamos, nada de *corrernos mano* entre ejercicios, ni mucho menos quedarme a dormir en su camita tan bonita, porque mamá sospechaba que estaba saliendo con alguien y me había puesto horario de llegada como si viviéramos en la época victoriana.

Así que ahí estaba yo, estresada, mordisqueando mi lápiz mientras le pedía silenciosamente ayuda a la hoja prácticamente destrozada por tantos borrones. El condenado ejercicio de las mil putas no salía, ¡no salía! Ya tres veces se lo había mostrado terminado a James, para recibir como respuesta un...

—Está malo.

A continuación borró el ejercicio completo y volvió a tenderme la hoja.

—¿Y mi beso? —exigí yo.

—Cuando me des el resultado correcto.

Hice un puchero con la boca.

—Pero ¿y por el esfuerzo?

—No, Leah, porque el lunes comienza la siguiente ronda de pruebas y tú sigues sin poder resolver este ejercicio que es tan sencillo.

Por la puta, me iba a ir como el forro de nuevo. Cálculo que te parió.

—Te prometo que un beso y me centro al mil por ciento, es para recargar



energías.

Cedió ante mi belleza irresistible. Agarró el respaldo de la silla y la inclinó hacia atrás mientras yo me reía nerviosa con las piernas en el aire. Me besó hasta que los dedos de mis pies se encogieron en deleite. La cabeza me daba vueltas por el remolino de sentimientos cuando se separó.

—Ahora sigue.

Dejó caer mi silla; el golpe de las patas delanteras no me ayudó a salir de la ensoñación. La vida me daba vueltas de felicidad.

—V-vale —tartamudeé. Tosí para aclarar mi voz y mente, pero solo logré lo primero—. Pero siéntate conmigo.

Mientras yo había estado tirándome los pelos de los nervios, el lindo había estado jugando videojuegos en la habitación con Derek.

James le echó un rápido vistazo a la puerta abierta del cuarto donde estaba su amigo.

—Pero estaba jugando...

—Si quieres que termine bien este condenado ejercicio, necesito un incentivo. Cedió porque, como decía, yo era demasiado irresistible.

—¡Derek! —le gritó.

—¡¿Qué?!

—¡A Leah no le sale el ejercicio!

—¡¿Y qué me importa a mí que Leah sea una burra?!

—¡Eh! —intervine yo, ofendida.

—¡Que me voy a quedar aquí ayudándola!

Eso debió provocar algo en Derek, porque de inmediato asomó la cabeza al pasillo. Tenía el entrecejo fruncido y el cabello desordenado.

—¡¿Y el partido?!

—protestó

—¿No está en pausa? —dijo James.

—Ya, pero yo no me puedo poner en pausa.

—Pero puedes esperarme.

—¿Y qué hago mientras?

—Estudiar, por ejemplo.

Frunció la nariz.

—¿Y para qué?

Yo le encontraba toda la razón.

—Porque la siguiente ronda de pruebas empieza el lunes.

—¿Y?

—Dos días, Derek, te queda poco tiempo y son nueve pruebas.

Puso cara de impacto.

—No recuerdo haber dado tantas pruebas para la primera ronda...

—Las diste —lo corrigió James—, y te recuerdo que no te fue muy bien...

—Me fue bien en Cálculo.

—Y en nada más.

—Me fue mejor que a la burra de Leah.

Y tenía que atacarme, si yo tenía que salir siempre al baile.

—Pero a mí me fue bien en todo lo demás —me jacté con orgullo.

—Pero te sacaste un uno en Cálculo —se burló Derek.

—Y me fue bien en las restantes ocho pruebas.

—Pero te fue mal en Cálculo.

—¡Lo sé! Pero me fue bien en...

—Pero te fue mal en Cálculo y a mí bien —recalcó—. Soy más inteligente.

—Ándate a la mierda.

Sonrió e hizo un saludo militar.

—Sigue estudiando, burra.

James tomó asiento a mi lado y yo decidí centrarme en el ejercicio al punto que olvidé que tenía a James a mi lado hasta que su mano se apoyó en mi piel. Di un salto repentino con la adrenalina al tope y volteé el rostro para interrogarlo

con la mirada, era pura inocencia malévola.

—¿Sí? —quiso saber.

—¿Qué haces? —susurré.

Su expresión era solemne.

—Solo toqué tu pierna.

—Casi me muero de un ataque.

—A la próxima seré más precavido.

Contento, se acercó y apoyó la cabeza en mi hombro, como un gatito que buscaba cariño y comprensión. Su mano se sentía como un hierro caliente en mi muslo, a pesar de las medias que llevaba bajo la falda.

Ignoré lo mejor que pude su contacto y continué realizando el ejercicio, inclusive cuando James se separó y comenzó a trazar líneas en el cuaderno. Tras llegar al mismo resultado erróneo que la vez anterior, solté el lápiz frustrada. ¿Pero en qué demonios me estaba equivocando? Me giré hacia James para rendirme de una buena vez y pedirle que me enseñara, pero lo encontré muy feliz rayando una hoja.

—¿Qué haces?

—Nada.

Fue la respuesta que necesité para quitarle el cuaderno. La hoja estaba cubierta hasta el último espacio en blanco con un solo nombre: «Leah».

—Creo que a alguien le gusta mi nombre —comenté en broma.

Apoyó un codo en la mesa para voltearse a verme con más comodidad. Estábamos abrumadoramente cerca, y eso me puso mucho más nerviosa que la sensación de estarlo besando; era la tensión antes de ser rota o resuelta.

—Más que gustar... yo diría que lo amo. «Leah» —lo pronunció con suavidad y lentitud, saboreándolo con su boca: «Lía»—. Suena como «mía». Leah, eres mía.

Por favor, que alguien me pusiera un calzón de castidad. Prácticamente me lancé sobre él para besarlo hasta que el cuerpo comenzó a latirme en lugares demasiado peligrosos; era increíble que tras superar la barrera de *la primera vez* ya nada se volvía incómodo o raro, pasando a ser lo más natural del mundo.

Quién hubiera pensando que hace un tiempo sufrí de filematofobia. Era como si él y yo estuviéramos predestinados a estar juntos.

Al separarnos, no sabría decir quién de los dos parecía más perturbado. Aclarando mi garganta y separados nada más que por un palmo, hablé con los labios aún latiendo:

—Aparte de mi nombre, ¿qué más te gusta?

—Tú.

—Aparte de mí.

—Tus pecas.

—Algo que no tenga que ver conmigo.

Lo meditó unos instantes.

—Estar con Derek.

—Alerta de *bromance* —bromeé.

Se encogió de hombros, sin importarle realmente que la gente malinterpretara su cariño.

—¿Y aparte de Derek y yo? —insistí.

—Soy de los hombres a los que les gustan los pequeños detalles.

—Ahora entiendo por qué me quieres a mí: soy de las mujeres que dan pequeños detalles.

Su dedo tocó mi antebrazo y lo alejó.

—¿Ves cómo el destino hace que las cosas encajen entre nosotros?

—Somos como un rompecabezas.

—Y a mí me encanta armar rompecabezas —admitió—. De pequeño podía pasar semanas hasta terminarlos.

Nuestras manos estaban a milímetros de la otra, pero ninguno de los dos hizo el intento para acercarse: era una distancia perfecta por el momento.

—Nunca me has hablado de tu infancia —susurré.

Desvió la mirada hacia el cuaderno.

—No me gusta hablar de eso.

—Ah.

Me quedé desilusionada y en silencio. No era mi intención presionarlo, pero realmente comenzaba a desear más de James, conocer su pasado para apreciar más a la persona que era.

—Prácticamente me criaron mis abuelos —confesó por fin—. Papá siempre trabajaba y nunca lo veía. Para él yo nunca fui lo suficientemente bueno, no merecía el apellido O'Connor. Decía que mi abuelo, su padre, era un blandengue sin propósitos en la vida. —Soltó una risa suave y baja, que me hizo relajarme suavemente—. Mi abuelo me trataba de «Mocoso» o «Niño», ¿lo puedes creer?

»«Niño, ¿qué haces ahí?». «Mocoso, ¿qué haces con esa monstruosidad?».

»Era gracioso si te pones a pensar que mi abuelo era alto como un árbol, con brazos como jamones y siempre con el ceño fruncido, aunque era una de las mejores personas que he conocido en mi vida.

—¿Conocido...?

Enmudecí de golpe porque lo había recordado: estaba muerto. Pero ya había metido la pata. James asintió sin pena, con una aceptación que me estrujó el alma.

—Como sabes, está muerto. —Me lanzó un rápido vistazo y yo acorté la distancia y le tomé la mano entre las mías.

—Tu abuelo debió ser una gran persona.

—Lo era. — Devolvió mi apretón—. Por otro lado... con mis padres es todo diferente; no sé si en su momento se habrán casado enamorados, pero ahora... no sé, deberías escuchar sus conversaciones: se hablan con una frialdad diametralmente opuesta al tono cariñoso de mis abuelos. —Se encogió de hombros—. Pero, bueno, su relación es un reflejo de ellos. Papá pasa todo el día trabajando y mi mamá en eventos sociales y ese tipo de cosas; solo les importa el dinero y el estatus. Su matrimonio la verdad es que es algo meramente decorativo, como la imagen de la pareja perfecta... de la familia perfecta, si me incluyes a mí.

—¿Pero son cariñosos contigo?

—No —dijo con total naturalidad—. En sus inicios era el orgullo; ya sabes, el

importante descendiente de la familia O'Connor. Luego... conocí a Derek y me desvirtué un poco y ya solo era la vergüenza. Si me presento en eventos y hago lo que quiero, soy el mejor; si no... se entiende. —Cambió el tema y lo dejé porque sabía que ya había dicho mucho—. Yo tampoco sé mucho de tu familia.

—No son la gran cosa. —Continué, ya que parecía interesado—. Tengo un millar de primos y primas, pero la única que me importa es Adela, ¿la recuerdas?

—Tu prima que estaba en el hospital y fue a dejarte al internado.

No podía creer que la recordase.

—La viste cinco minutos, ¿cómo te puedes acordar?

—Me acuerdo de todo lo que tiene que ver contigo.

Dolía que se comportara así, dolía porque hace dos años se había comprometido con mi mejor amiga, dolía porque no habíamos tenido esa conversación, dolía porque en cualquier momento podría reventarse esa burbuja de felicidad, dolía porque no quería enterarme de esa verdad: que probablemente ese compromiso todavía existía.

Aparté esos pensamientos de la cabeza, no servía de nada pensar en el final cuando todavía quedaba el transcurso.

—Y hace poco —seguí— me enteré de que tengo una tía perdida.

—¿Perdida?

—No sabía que existía. Resulta que ella y mamá se enojaron antes de que yo naciera y no volvieron a hablarse.

—¿Y nunca te la encontraste?

—Vive en una isla a horas de aquí. Y tiene una hija de mi edad.

—¿Y es bonita?

Puse cara de muerte en vida.

—Eso es algo que no te importa.

Besó mi mejilla.

—Preguntaba para Derek.

—Ah... en ese caso. —Dudé antes de lanzarlo—. Es más bonita que yo.

Puso cara de impacto.

—Nadie es más bonita que tú.

Retomé el hilo de la conversación porque nunca sabía cómo reaccionar ante ese tipo de halagos a menos que fuera con arrogancia.

—Y, bueno, de la familia de mi padre no sé mucho. Ellos viven en otra ciudad y el contacto es mínimo. Y eso sería mi familia.

—Pero tus padres, tus hermanos, ¿qué hay de ellos?

—Ah, los olvidé. —Volteé los ojos—. Bueno, mi mamá sabe que soy un demonio de nacimiento, así que algunas veces se comporta como un general para hacer que me comporte. Ella y mi padre no tienen un matrimonio feliz desde... que tengo memoria. Ya sabes, lo típico: tazas voladoras por aquí, tazas voladoras por allá y Cristóbal, Josh y yo atrincherados en nuestras habitaciones o, en su defecto, debajo de la mesa si no alcanzábamos a escapar. Era de lo más divertido.

James me observaba como si de pronto me hubiese convertido en una enorme serpiente.

—Leah, eso no es gracioso.

No, no lo era. Me sentí como una paria total.

—Lo siento, pero... intento verle el lado divertido a la cosa para no acordarme... —tomé aire— para no acordarme de mí llorando, por ejemplo, ni gritando para que dejaran de gritar, ni a mis tíos interfiriendo... —Lamí mis labios—. Afortunadamente, maduraron con el tiempo y comenzaron a tratarse bien. No están juntos, pero comparten habitación, son algo así como compañeros con hijos en común. Aunque mi papá es como un fantasma, prácticamente... nunca sabes si está o no porque la verdad es que su cabeza nunca está presente.

La mano de James estaba apoyada en la parte baja de mi espalda y estaba inclinado hacia mí escuchando cada palabra con atención.

—Disculpa que diga esto, pero... ¿por qué no se separan?

—Yo creo que por la misma razón por la que no se separan tus padres, y los padres de cientos de personas que viven lo mismo. Sabes, la otra vez me puse a analizar a los padres de todas las personas que he conocido en mi vida, e intenté dar con algunos que no discutieran ni se agrediesen mutuamente de manera

física y/o mental, y de todos solo di con una: mi prima Adela. Es bastante triste y horrible si lo piensas.

James me besó la mejilla, una caricia suave como una pluma.

—Si hay algo que te puedo prometer, es que siempre tendrás mi respeto.

Eso solo me puso más triste porque yo, por horrible que pareciera, por años había imitado el comportamiento de mis padres con James. Parecía irónico que todo lo que había odiado en mi niñez lo hubiera repetido. Era casi como si hubiera normalizado ese comportamiento por haberme enfrentado a eso de manera constante. Además, cómo no, existía una aceptación social a ese problema. *Quien te quiere te aporrea*, ¿pero qué mierda era eso? No, el que te ama te cuida, fin.

—Sé que es un poco tarde, pero lo siento —dije.

—¿Por qué?

—Por todos los años que te traté mal. —Bajé la mirada—. Te juro que no volveré a hacerlo.

Cayó entre nosotros un pesado manto de silencio culposo e incómodo.

—Leah, yo... tú sabes que si...

Apreté su mano con más fuerza.

—Lo sé, James, lo sé.

Desearía que estos momentos de felicidad fueran eternos.

—Me gustaría que las cosas fueran diferentes, desearía que...

—Pues yo no —lo interrumpí—. Las cosas podrían ser mejores, lo admito. Pero me gustan como están.

Los ojos de James parecieron brillar como dos haces de luz, y luego estaba con la cabeza enterrada entre sus brazos cruzados sobre la mesa, cubriendo su rostro por completo. Los estremecimientos de sus hombros me dieron una pista de lo que estaba ocurriendo y yo me quedé paralizada a su lado.

—¿James...? —Acerqué mi cara a él—. ¿James, estás...?

Un movimiento me hizo callar de golpe: James había volteado la cabeza, pero seguía con la mitad oculta entre las capas de ropa de sus brazos.



—Te amo tanto, Leah.

Era James el que siempre lo decía. Él era siempre el que decía «Te amo», mientras que yo decía «Te quiero». Era como si fuera imposible para mi lengua pronunciar esa pequeña oración, esa suma de dos palabras que cambiaban las reglas de cualquier juego.

¿Por qué no podía decir «Te amo»? Sabía que él las esperaba con una ilusión que dolía, pero no podía, no podía. ¿Sería que todavía tenía rencor en el corazón por lo que me había hecho y por eso nunca más podría confiar en él y, por ende, jamás decirlo? Y no lo hablábamos, ambos teníamos latente esa conversación que tanto podía mejorar o destruir, y por eso no lo hablábamos. Por mi parte todavía me torturaban dos preguntas que no dejaban de darme vueltas en la mente: «¿Por qué Bella respondió desde tu correo?» y «¿Todavía sigues con ella?».

Me dolía el estómago de solo pensar sus respuestas: «Porque estaba con ella», «Porque sigo con ella».

Y yo lo quería, de verdad quería a James.

Pero no podía decirle «Te amo».

## Dímelo al oído

Se dice que cuando se le da una segunda oportunidad a alguien que ya se amó, el resultado de ello puede simplificarse en dos opciones: se restan ambos sentimientos y las personas terminan odiándose o te vuelves a enamorar de esa persona con una intensidad que implica la suma de un amor pasado y la de uno nuevo. Y yo otra vez me estaba enamorado de James O'Connor a un punto del que ya no existía un posible retorno, solo avanzar hasta chocar con un muro.

Me enamoraba de él con simples detalles, como cuando se percataba de mi mirada y me sonreía con el pequeño hoyuelo de la mejilla visible; cuando estiraba la mano y entrelazaba mis dedos con los de él, ocultos en ese rincón recóndito de la universidad. Estaba enamorada de los simples detalles, como cuando tiraba de su camiseta y lo obligaba a doblarse, para así estirar las manos e intentar acomodarle el cabello, mientras él me observaba sin decir palabra; cuando de la nada se acercaba y me besaba fugazmente en la frente, dándome aliento y diciéndome todo lo que me quería; cuando nos despedíamos y me agarraba de la mano para darme un último beso en la punta de la nariz; cuando hacíamos apuestas y terminábamos revolcados en un montón de hojas café muertos de la risa; cuando estábamos lejos de la universidad y me agarraba por los hombros, amenazando con la mirada a cualquier ser viviente que se atreviera a fijarse en mí; cuando me dejaba mensajitos entre mis cuadernos: «Lo eres todo»; cuando se preocupaba por mis pésimas notas y me obligaba a estudiar... No, esperen, eso no me gustaba, ¡me enfermaba!

Verán, me había ido como el reverendo pepino en Cálculo... otra vez. Un hermoso 2,7 decoraba mi prueba, al que si le sumábamos mi anterior 1,4, significaba que tendría que sacarme un 11 para eximirme (algo completamente *súper* alcanzable en una escala de notas que terminaba en siete). Por lo que, lo quisiera o no, ya estaba en la lista para realizar el examen de Cálculo. Ahora bien, para aprobar el ramo... Tenía frente a mí un limitado juego de notas y lo único evidente era que, entre mejor me fuera en la tercera prueba, menos nota

necesitaría en el examen. Y James tenía puestas todas las esperanzas en mí, por lo que durante el último mes me había hecho estudiar hasta que las pestañas se me quemaron, habiendo convertido nuestra relación únicamente en eso: estudio. Ni para besos teníamos tiempo, porque James estaba mucho más estresado que yo por mis mierdas de notas, y no me daba respiro, al punto que hasta en mis sueños resolvía los ejercicios que no había logrado solucionar en la realidad.

A solo dos días de la prueba, James me hizo una proposición que en mi mente enferma encontró su doble sentido.

—Con Derek estudiaremos el sábado hasta la madrugada, ¿por qué no le dices a tu mamá y pasas la noche en el departamento?

Las hormonas me aplaudieron. Por fin nuestra relación iba a *digievolucionar* y James no estaría tan estresado porque su *cuasi* novia era más tonta que una puerta. Podría haber bailado de la maldita felicidad. Acepté, cómo no, de inmediato, pero, naturalmente, no sabía lo que me esperaba.

A las diez de la mañana de ese tan importante sábado 27 de junio, estaba fuera de la casa de Adela gritando que se levantara para ir a ayudarme. Salió vestida a los minutos con sus enormes gafas redondas y el cabello alborotado; tenía la almohada pegada a la cabeza.

—¿Por qué tan temprano? —preguntó entre bostezos—. Ayer me quedé hasta tarde leyendo para la universidad.

—Lo siento, Adela, pero esto es de vida o muerte.

—¿De vida o muerte? —masculló, mientras íbamos caminando al paradero de bus.

Asentí solemnemente.

—En vista de que el lunes empiezan las pruebas y todavía tengo mucho que repasar de Cálculo... ¡James por fin me invitó a dormir!

—¡¿Cómo?!

—O sea, técnicamente me invitó a una noche de estudio, pero también a dormir.

Se llevó una mano al pecho, fingiendo impacto.

—Ah. Pero y si van a estudiar hasta la madrugada, ¿qué haces levantada tan temprano?

—Necesito un pijama.

—¿Para qué?

—Para dormir, obviamente.

—Leah, ¿nunca has ido a una sesión de estudio?

—Eh... esa es mi respuesta.

—Entonces no sabes nada.

—*You know nothing, Leah Snow.*

—¿Qué? —Adela se había quedado marcando ocupado. Como no estaba al tanto de las modas, no estaba ni enterada de GoT y sus épicas frases. Hice un movimiento de la mano para restarle importancia.

—Olvidalo. ¿Cómo es eso de que no sé nada? Yo *saber* muchas cosas.

—Menos el hecho de que te fue mal en Cálculo... otra vez.

Puse mala cara.

—Dos veces que a uno le va mal en un ramo ¡y todos me crucifican! Es súper injusto porque todas mis buenas notas como que ¡paf! se esfumaron por arte de magia y...

—Ya, cállate, Leah, y déjame hablar.

Lo hice de inmediato. Al parecer alguien no había dormido mucho..., oh, *wait*, era por mi culpa, jeje. Adela se acomodó los lentes y continuó:

—Como de nuevo te fue mal en Cálculo y James es tu ayudante, es obvio que te va a sacar el jugo hoy.

—Me imagino que te refieres a *ese* sacar jugo, ¿cierto? Porque si es así, que me exprima hasta...

—¡Leah! —Vaya, alguien estaba de muy mal humor. Suspiró—. Lo siento, hoy no es mi día.

Supe que su estado anímico no tenía mucha relación con su falta de horas de sueño.

—¿Esteban?

Bajó la mirada.

—No quiero hablar de eso.

—Pero...

—Tú nunca quieres hablar y yo lo acepto, así que no empieces.

Me mordí la lengua. Repentinamente se me vino otra idea a la cabeza. ¿Y si el problema no era solo Esteban? ¿Y qué si Adela no aprobaba mi relación con James y por eso se estaba comportando así? No habíamos tenido tiempo de hablarlo, de hablarlo en serio, había habido bromas y relatos sobre lo ocurrido, pero ninguna de las dos había expresado sus pensamientos respecto a este reencuentro.

—Nunca me dijiste qué pensabas de que hubiera vuelto con James —titubeé.

—¿Y de qué serviría, Leah? Siempre haces lo que quieres, por mucho que la gente te aconseje lo contrario.

—No querías, ¿cierto? No aceptas que haya vuelto con James.

Me miró directo a los ojos.

—¿Y cómo crees que lo voy a aceptar? Por culpa de él hace dos años casi te mataron y luego te tuviste que ir del país. Eras como mi hermana y te tuve que dejar partir por culpa suya. Así que no, disculpa que no me guste tu relación con él, pero no te preocupes, que de todas formas tendré que aceptarla porque tú lo quieres y lo has perdonado y todo parece maravilloso.

—Por ahora...

Se quedó desconcertada.

—¿Cómo?

—Que todo parece maravilloso por ahora. —Me crucé de brazos y con el pie comencé a jugar con una piedra—. No puedo decirle que lo amo, lo he intentado y no puedo.

Percatándose de que había metido la pata, Adela intentó salvar la situación.

—Mira, Leah, no me malinterpretes. James parece un tipo maravilloso, pero si bien sabe lo que quiere en la vida, deja que todos interfieran en ella porque parece ser incapaz de decirle que no a la gente. Y vienen de mundos diferentes, ¿eso lo tienes claro?

La garganta se me secó.

—¿A qué te refieres?

—Que por ahora todo parece ir bien, pero llegará un momento en que James tendrá que asumir su responsabilidad y sabes lo que pasará.

Asentí suavemente.

—Lo sé.

Adela inclinó la cabeza hacia un costado.

—Entonces, ¿por qué lo aceptaste de nuevo?

—Porque ese es el punto, que estamos en una brecha del tiempo donde todavía no ocurre la desgracia final y debo aprovecharlo. Es como si supiera que un meteorito fuera a destruir la Tierra y no me voy a quedar encerrada en mi casa llorando por mi muerte inminente, ¿entiendes? Soy consciente de las consecuencias de todo, lo tengo claro.

Derrotada, Adela dejó caer los hombros.

—Y cuando eso ocurra, yo estaré con una caja de pañuelos.

El bus llegó y di por terminada la conversación. Por suerte, al pasar las horas el aire se fue aligerando entre nosotras; ya el problema no era ese, ¿era que no encontraba un maldito pijama para comprarme! Que uno era demasiado sexy, el otro demasiado infantil, que me quedaban demasiado grandes, que era muy corto, que parecía monja, que era de hombre, que esto, que esto otro. Nada me convencía. ¿Qué ropa de dormir tenía que llevar una virgen para el día tan esperado? ¿Un camisón blanco? No, demasiado siglo XVIII. Quería algo que fuera provocativo, pero que pasara desapercibido, ¿era tanto pedir? Debería existir una sección de pijamas titulada «Ropa para dormir con tu novio, casi novio o peor es nada».

Finalmente, sabiendo que no era la mejor opción, me llevé uno que consistía en un pantalón corto multicolor y una camiseta de tiritas celeste; según Adela, me acentuaba el color gris de los ojos.

Como ninguna de las dos había alcanzado a tomar desayuno, nos pasamos a comprar algo para comer. Estábamos en eso cuando saqué un tema que me preocupaba.

—Adela, necesito que me compres condones.

Mi prima, que había estado sorbiendo un batido de chocolate, se atragantó

con él.

—¡¿Q-qué?! —Los lentes le resbalaron por la nariz—. ¿Y para qué los quieres?

—Para hacer globitos para una maldita fiesta, Adela. —Puse los ojos en blanco—. Quiero estar preparada por si, bueno, ya sabes...

—Pero él tendrá que tener, ¿no?

—Es que si tiene, creo que me voy a enojar un montón.

—¿Por querer ser precavido?

—Es que ese es el punto, nadie me aseguraría que los compró para mí.

—Te juro que intento seguirle el hilo a la conversación, pero no puedo.

Con los dedos tamborileé la mesa.

—Que si él tiene una caja de condones, y más si está abierta, significaría que ya la usó, ¿comprendes?

—¿Estás diciendo que te está siendo infiel?

Ay, no me entendía.

—No, digo... ¿qué? No me mires con esa cara, Adela.

—Te estoy mirando con la única que tengo.

—Mentira, me miras como si... ¿viste? Ahí está de nuevo esa cara.

—Es que eres impresionante, Leah.

—¿Por qué?

—¿Estás intentando explicarme que estás celosa porque James ocupó condones con otras chicas?

Algo me supo mal en la boca y medité medio segundo en mentir, pero luego lo superé.

—Sí —admití con un suspiro—. Entonces, a lo que iba, uno no controla los sentimientos en ese momento y quiero, ya sabes, estar preparada porque es mi cuerpo y no tengo por qué cederle una responsabilidad tan importante a él y, aunque pudiera hacerlo, no quiero ocupar la misma caja que utilizó con otras.

—Entiendo.

—¡Genial! Ahora, ¿me vas a comprar una a la farmacia?

—¿Por qué tengo que hacerlo yo?!

—Tienes experiencia. Vamos, Adela, ¿es que nunca has comprado algún paquete con Esteban?

Su piel tomó una tonalidad casi amoratada.

—N-no —tartamudeó. Se subió los lentes por la nariz—. Es él... quien...

Fruncí la nariz.

—¿Y le dejas semejante responsabilidad a él?

—Tomo pastillas también.

—Ah. —Sonreí—. Que no se diga que Adela no es precavida.

Al final, como era costumbre, Adela terminó aceptando mis caprichos y tras pelear en la entrada de la farmacia, yo empujando a Adela y ella intentando afirmarse de un fierro, pidió la bendita caja de condones. Era tan divertido molestar a esa mujer.

\* \* \*

Me presenté por la tarde en el departamento de Derek y James arreglada, bañada (*por su pollo*), perfumada (*doble por su pollo*) y con mi pijama y la caja de condones preparados en mi bolso. El que abrió la puerta fue Derek y tenía una cara de tres metros.

Recorrió mi cuerpo con una ceja alzada.

—Pobre mujer ilusa —se lamentó.

—¿Pero qué hice ahora?

—¿No leíste mi mensaje?

—¿Qué mensaje?

—El que te envié hace una hora.

Pues no, no lo había ni visto porque había estado demasiado ocupada depilándome las piernas.

—¿Qué decía?

—Que no vinieras.



Fruncí el ceño.

—¿Pasó algo?

—Que no debiste haber llegado. —Tenía el cabello revuelto y parecía no haber dormido bien—. Como a ambos nos fue mal en la segunda prueba de Cálculo, James cree que se debe a que nos faltó soltar la mano, a hacer más ejercicios. Así que está decidido a que yo saque una nota excelente y me exima... y que tú, bueno, te presentes al examen con la mejor nota posible.

Derek en la segunda prueba de Cálculo se había sacado un 3,8. De nuevo me había ganado el desgraciado. Por lo que ahora necesitaba un 5,9 si no quería presentarse al examen, algo bastante difícil, la verdad (por no decir imposible con lo idiota que era ese hombre).

—Disculpa, a mí me fue mal en la segunda prueba porque tú me enseñaste.

Frunció el ceño.

—Te hice clases solo una vez, así que no me intentes culpar por ser burra —refutó Blair.

—El burro serás tú.

—Igual me fue mejor que a ti en las dos pruebas de Cálculo.

—¡Y a mí mejor que a ti en todas las demás!

—Pero en Cálculo me fue mejor y yo tengo posibilidad de eximirme y tú ya te fuiste a examen.

Como sabía que había perdido, cambié el tema de conversación.

—Parece que no has dormido mucho... —comenté.

—Es porque no lo he hecho. Tú tienes la suerte de que te puedes ir a tu casa, pero ese demonio vive conmigo y me tuvo ayer hasta las cinco de la mañana estudiando y luego me despertó hoy a las once y me hizo seguir estudiando.

—Qué exagerado eres, no creo que sea tan terrible —defendí a James—. Llevo estudiando con James y sé cómo se comporta... y sí, puede que sea estricto, pero no es tan terrible.

Alzando las cejas, abrió la puerta completamente y me invitó a pasar.

—Yo te lo advertí.

En el comedor estaba James con rostro de pocos amigos y un montón de hojas en dos puestos enfrentados, pero separados por un muro hecho con una pila de libros. Cada torre de hojas tenía tres gomas y cuatro lápices.

—¿Qué pasa aquí? —quise saber, acercándome a él.

Me detuvo con una mano en el hombro.

—Toma asiento.

—¿Pero y mi beso?

—Eso después. Hoy no soy James... digo, hoy soy tu ayudante solamente.

Fue inevitable bromear porque era obvio que se estaba esforzando para comportarse solo como profesor y no como algo más.

—¿Mi ayudante solamente? Pero si yo siempre me como a besos a mi ayudante. —Acaricié su camiseta con el dedo—. ¿Eres esa clase de ayudante?

Inmutable, agarró mi brazo y me hizo tomar asiento frente a la pila de libros. Derek, inclinado peligrosamente sobre su silla para mirarme desde el otro lado del muro, se rio de mí. James, con las manos en su espalda, se aclaró la voz.

—Podrán ver en sus asientos una pila de hojas. Son ejercicios tipo, los que yo creo que podrían entrar en la prueba del lunes...

—Pero en la prueba solo entran tres ejercicios —aclaré al percatarme de que había, por lo menos, diez páginas para cada uno—. No... —Miré la última hoja—. ¿¿25 ejercicios, James?! ¿Cómo demonios quieres que los terminemos todos?

—Tendrán veinte minutos cronometrados para terminar cada uno y luego tocaré el silbato...

—¿Qué silbato...? Ah, ya lo vi.

—... y continuarán con el siguiente, independiente de si alcanzaron o no a llegar a la solución.

—¿Y por qué tendremos tan poco tiempo? —quise saber—. Si en la prueba nos dan hora y media para los tres ejercicios y aun así nos falta el tiempo.

—Porque tienen que mecanizarse —respondió solemnemente—. Veinte minutos es lo que deben demorar en realizar cada ejercicio, así tendrán en la prueba treinta minutos para volver a hacerlo y ver si están bien o no.

—Pero... —Hice cálculos mentales rápidamente—¡Estaremos al menos nueve horas aquí, James! ¿Acaso no pensaste en eso?

—Pobre mujer ilusa —volvió a repetir Derek en un susurro. Parecía encantado con mi horror.

—Pues claro que lo pensé. —Miró la hora—. Son las 20:47. Comenzarán los ejercicios a las nueve en punto; cuando se dé por terminado el tiempo para el quinto ejercicio, habrá un receso de veinte minutos. —Apuntó a la cocina—. Allá hay comida preparada para recargar energías y también café—. Realizarán otros cinco ejercicios, otro receso de veinte minutos y así hasta que terminen a las 5:40 de la mañana.

Me puse de pie de golpe, volcando mi silla en el proceso.

—¿Seis de la mañana?! ¡¿es que tú estás demente?! A las dos de la mañana mi cerebro ya habrá hecho ¡cabúm!

Lo meditó medio segundo.

—Puede que veinticinco ejercicios sea demasiado... dejémoslo en veinte.

—Pero...

—Déjalo, Leah —me pidió Derek—, o le puede volver la locura triplicada y nos agrega otros diez más.

Recogí mi silla y volví a tomar asiento.

James nos permitió hablar hasta que quedaron tres minutos para las nueve y nos obligó a ir al baño, porque no habría permiso para ir entre preguntas. Puntualmente, a las nueve hizo sonar el silbato y comenzó la tortura.

Ya para el segundo receso, todavía quedando la mitad de los ejercicios, estaba hecha mierda. Derek no parecía mucho mejor, por lo que, cuando James tocó el silbato para empezar con la tercera ronda, Derek tiró su lápiz lejos y se paró de un brinco.

—¡Estoy harto de esta mierda!

—Derek, siéntate.

Con sueño y la cabeza a punto de explotar con números, no atiné a ser más que una espectadora.

—Ándate a la mierda, no pienso seguir.

Oh, oh, nunca había visto así de cabreado a Derek y mucho menos contestándole así a James. Supe que me había mentido y que ese estrés nervioso nada tenía que ver con esa prueba interminable.

—Derek.

Pero él no le hizo ni caso y pasó por mi lado. James lo agarró del brazo cuando lo esquivó para dirigirse a su pieza. La tensión se palpó de manera repentina en el departamento, y yo no podía hacer más que mirar.

—Vamos, Derek, siéntate y termina.

—Te dije que no, y suéltame.

Como eran prácticamente de la misma estatura, sus ojos conectaron de frente, unos mucho más desafiantes y furiosos que los otros más tranquilos y preocupados. Sentí que mi presencia olvidada interrumpía esa intimidad y comprensión sin palabras, esa compenetración que solo tenían dos grandes amigos que siempre estaban el uno para el otro.

—Eres mi mejor amigo y por eso no quiero que arruines un perfecto futuro.

El desafío de Derek persistió por leves segundos más y luego aflojó.

Conforme, James asintió y desvió la mirada hacia mí. Y Derek, ajeno a que alguien lo estaba mirando, continuó observando a James. Y vi algo que jamás debí haber visto.

\* \* \*

*Son las cinco de la mañana y yo no he dormido nada...*, así, como el extracto de la canción, era mi vida en ese momento. Cuando James tocó el silbato y dio por terminada esa extraña prueba, comprendí que había pasado los últimos veinte minutos mirando la hoja en blanco, con demasiado sueño para continuar.

Derek ni se inmutó con el fin de la tortura, lo que quería decir que...

—¡Derek, despierta, terminamos!!

Y alzó la cabeza de golpe, tirando la torre de libros a un lado. Tenía los ojos abiertos de par en par y cara de no saber del mundo.

—¿A dormir?

—Sí, puedes irte.

Se arrastró hasta su pieza chocando con las paredes, dejando la puerta abierta. Quedamos James y yo solos. Se me vino a la cabeza intentar provocarlo de alguna manera para hacer cosas, pero... *meh*, estaba tan cansada que lo único que quería hacer era morir con la cabeza en alguna almohada y no saber del mundo. Apuntó al sillón.

—Yo puedo dormir aquí y tú...

—James, no tenemos catorce años.

En extremo incómodo, se removió en sus pies evitando mi mirada. Un momento, ¿qué pasaba aquí? ¿Era mi idea o James no quería dormir conmigo? ¿Pero qué demonios?

—Suéltalo, James.

Puso expresión de horror, de un niño siendo descubierto por su mamá haciendo una travesura.

—Eh, ¿qué cosa?

—¿No quieres dormir conmigo?

—¡No! —exclamó—. Sí quiero dormir contigo, de veras...

Me paralicé en alerta.

—¿Pero...?

No me deseaba, me amaba pero era gay y no me deseaba. ¡Oh, no, no, no, no, todo menos eso!

James no contestaba.

—Habla, ¿qué pasa? ¿Te doy asco?

—¡No, no, no, no, no! —enfaticó con la voz y los brazos—. No es eso. Deseo... sabes que deseo, pero...

Guardó silencio y lo vi tragar saliva con fuerza.

—¡Entonces dime qué...!

—¡TIENE MIEDO! —gritó Derek desde su pieza—. Tiene miedo de acostarse contigo y ser muy grande, ¡¿ahora me dejan dormir de una maldita vez?! ¡SON LAS SEIS DE LA PUTA MAÑANA, NO ESTOY DE HUMOR PARA ESTAR ESCUCHÁNDOLOS!

¿Que James tenía miedo de ser muy grande...?

Mis ojos se desviaron a sus mejillas y luego hacia Demetrio.

—Pensé que era algo más grave —farfullé.

—¿No te lo parece? A mí sí.

Intenté restarle tanta importancia como podía, que era bien poca.

—Es que igual me vas a hacer daño.

Soltó el aire de una.

—Necesito consuelo, no tu pesimismo.

—No es pesimismo, es realidad. Ay, James, no pongas esa cara si es obvio, te lo dije. No estuve con nadie, sigo siendo virgen y...

—¡JAMES, ME DEBES DINERO!

—¡Cállate, Derek!

—¿Apostaron sobre mí? —jadeé horrorizada.

No me lo podía creer el nivel de bajeza al que habían llegado.

—No, no, no, no —enfaticó James, acercándose.

—¿Entonces qué eso de que le debes dinero, ah?

—Que hubo una apuesta... —Lo golpeé en el pecho— ¡pero es sobre otra cosa!

Tomó mis manos.

—Habla rápido o pido un taxi y me voy.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que no habías salido con nadie? Pues le conté a Derek... es mi mejor amigo, Leah, no pongas esa cara porque era obvio que le iba a contar...

—Recuérdame consensuar en otra discusión ese límite: lo que puedes o no decirle a Derek.

—¡Soy su mejor amigo, no puedes ponerle límite a nuestra amistad! —protestó Derek a gritos.

Ambos lo ignoramos.

—Y el punto es que, concluimos que seguías virgen y Derek apostó a que me dirías que lo eras y yo aposté a que nunca me lo dirías hasta... cuando ocurriera.

Fruncí los labios.

—¿Cómo es posible que Derek me conozca más que tú?

Sonrió todo lo inocente que pudo. Nos quedamos en silencio y yo tomé un largo aliento para continuar.

—Mira, James, estoy cansada, tú estás cansado, ambos somos grandes. Podemos dormir sin que pase nada.

—Habla por ti, yo llevo esperando más de cinco años.

Así que al final sí quería que pasara eso tanto como yo, pero lo que lo limitaba era Demetrio; de todas formas, una limitante en extremo grande.

Al ver su expresión de indecisión hablé:

—James, déjalo estar, cuando pase, pasará y fin.

—Es que, Leah, tú no tienes...

—¡¿PUEDEN IR A HABLAR A OTRO MALDITO LUGAR DE LA CASA?! ¡¡NO QUIERO ESCUCHAR ESTO!!

El grito de Derek fue como un balde de agua fría sobre nosotros y concluí la conversación.

—Ninguno de los dos se va a morir por esperar un día más —dije, tajante—. Vamos a dormir y discutamos esto otro día.

Antes de que James pudiese protestar, lo tironeé de la mano y arrastré a su cuarto, cerrando la puerta de un portazo para que Derek se quedara tranquilo ya que no volvería a escucharnos hasta la otra mañana.

Encerrados entre esas cuatro paredes frente a una cama y sin nadie que nos impidiera usarla, me hizo caer en la realidad del nerviosismo. Era técnicamente la primera vez que dormiría con él (a excepción de esa vez que me emborraché hasta no saber de mi alma o cuando habíamos dormitado en el internado) y mi corazón aleteando como colibrí con hiperactividad lo sabía.

Le sonreí de medio lado.

—Iré al baño a cambiarme —anuncié con cierto pudor.

Quería que entre él y yo pasara algo, sin embargo llegaban esos momentos así y a mí me bajaba toda la vergüenza. Probablemente, la reacción de Alex al verme desnuda me traumatizaría de por vida.

El baño de James era como todo en él: grande y magnífico. Me puse el pijama tan rápido como pude y después me quedé frente al espejo, con las manos sobre mi tembloroso estómago. Tenía que reconocer que me veía en cierto punto asustada, y no era para menos. Eran demasiados sentimientos que se contradecían dentro de mí, algunos decían *sí* y otros *no*, y yo no tenía idea de cuáles eran los correctos.

Observándome al espejo, estiré mi pijama. ¿Cómo iba a entrar al cuarto con caminar campante si andaba sin sostén y se me notaba toda mi anatomía? Entraría con los brazos cruzados, sí, buena idea, perfecta, la mejor de todas. James me estaba esperando sentado en la cama, todavía seguía vestido.

—No tengo pijama —anunció con voz hueca—. Fui a buscar uno para ponerme... y no tengo pijama.

Fue inevitable sonreírle, por lo menos no era la única nerviosa esa noche.

—Una camiseta servirá.

Asintió, todavía distraído. Se quitó los zapatos y la camiseta por la cabeza. El pulso se me aceleró de golpe, más todavía cuando se dirigió a su clóset y reapareció solo con una polera y bóxer. He de reconocer que en clases de natación lo había visto mucho más desnudo, al igual que esa vez en las duchas y el camarín, pero nunca en la intimidad presente. Ahora *podría realmente* suceder algo.

Cada uno se quedó detenido en un extremo de la habitación.

Repentinamente, él comenzó a reír.

—¿Qué pasa? —pregunté entre carcajadas nerviosas, esas de cuando alguien se está riendo y tú no sabes si es por ti o no.

Se me acercó con la felicidad bailando en su expresión. Se detuvo a un palmo de mí y a mí se me cayeron los brazos al costado cuando sus manos se deslizaron por mi cuello desnudo. A continuación sentí un tirón y un pedazo de tela apareció frente a mis ojos.

—Tenías la etiqueta puesta.



Ay, no, ahora sabía que me había comprado el pijama para la ocasión.

—Me lo regalaron para la Navidad y lo había tenido guardado —me excusé.

Los dedos de su mano acariciaron mis brazos desnudos.

—¿No tienes frío? Puedo subirle la temperatura al cuarto.

Era una suerte que eso estuviera ocurriendo en su casa y no en la mía, porque hace unos días había comenzado el invierno y mi casa no contaba con esa clase de tecnología, por lo que, o te abrigabas hasta parecer oso polar, o no te abrigabas tanto, pero tenías que sentarte frente a la estufa de parafina hasta que las pestañas se te quemaran. Es decir, no podría haberme puesto ese bello y sugerente pijama, solo uno de polar que me hacía parecer esquimal. De todas formas, fingí un estremecimiento.

—Tengo un poco de frío, pero... —apunté a la cama— se me pasará cuando me tape.

¿De dónde había salido ese atrevimiento? De la desesperación de que estaba muriendo de sueño y si seguíamos así terminaría quedándome dormida de pie.

No quise ver la reacción de James, porque me tiré a la cama y gateé por ella hasta llegar a los cojines, escarbar las sábanas como perro y después meterme debajo. Acomodada ya, lo llamé al ver que seguía sin moverse.

—¿Qué esperas? Son las seis de la mañana.

Caminó hacia mí y se acostó en el otro extremo de la cama condenadamente grande; había mucho espacio entre nosotros.

—No te pongas tímido, que no es la primera vez que dormimos juntos.

Frunció el ceño y luego lo relajó.

—Ah, pero esa vez yo estaba ebrio y tú inconsciente...

Deslizándome por la cama, me acerqué a él; no era el momento para pasar vergüenza o que me paralizara el pudor. Ignoré su último comentario, porque solo me traía malos recuerdos y me enfoqué en lo primero.

—Todavía me pregunto si yo fui la culpable de dormir desnuda esa noche.

Puso expresión molesta.

—Te desnudas tú y termino siendo yo el culpable.

Agarré su brazo y lo estiré para apoyar mi cabeza en él, recostándome contra su calor. James se tensionó leves segundos, para a continuación relajarse y abrazarme con fuerza.

—Te amo demasiado —susurró contra mi cuello. Su aliento me erizó los vellos de la nuca y mi cuerpo se paralizó porque supe lo que vendría—. Sé que tú todavía no estás preparada para decírmelo, pero... quiero que me lo digas al oído cuando lo estés.

—Pensé que querías que lo gritase al mundo.

—No, la primera vez quiero ser solo yo el que lo escuche. Así que... dímelo al oído. Ya después podrás publicarlo hasta en tus redes sociales.

Asentí con mi cabeza enterrada en su pecho, oyendo los latidos enloquecidos de su corazón. Nos quedamos en silencio y juro que yo no había planeado ni siquiera preguntarlo, porque ya había hecho mis averiguaciones con Alex y, sin embargo, fue él quien empezó:

—Anda, pregunta, sé que quieres saberlo.

¿Estaría instándome a lo que yo creía...?

—¿Estás seguro?

Asintió suavemente.

—Lo he estado pensando y sí, estoy seguro.

Me mordí el labio con nerviosismo y lo solté:

—¿Por qué, James? ¿Por qué ese día hiciste eso?

Había dicho que estaba preparado, pero su expresión me dejó claro que no lo estaba, ni de cerca.

—Fui un estúpido.

Necesitaba conocer los detalles que habían llevado a James a hacer algo así cuando siempre era tan centrado. Alex me había contado ya la historia, pero necesitaba saberlo a ciencia cierta, corroborar versiones y ver si James me mentiría respecto a eso.

—Soy un cobarde.

—No eres un cobarde.

—Una persona que se oculta y rehúye los problemas ¿qué es?

—Una persona inteligente.

Soltó una risa agria.

—Y un cobarde si deja de lado lo que quiere por miedo.

Busqué palabras para refutarlo, pero no las encontré. ¿Cuántas veces había pensado que James era un cobarde? Cientos. No era lo suficientemente mal mentirosa para contradecir algo que sí había pensado, se me leería en toda la cara. Aun así lo intenté.

—Tú no eres un cobarde.

—Mientes. Te conozco lo suficiente para saber cuando mientes.

Estaba a punto de volver a contradecirlo ciegamente, pero me interrumpió en seco.

—Quería olvidar —confesó por fin—, ¿no es por eso que la gente se droga?

Parecía tan triste y solo. Deseé ser el refugio que tanto tiempo me había pedido ser.

—Lo hice porque me sentía solo y perdido, de un momento a otro tenía todo lo que había querido en la vida y luego no había nada. No pude luchar ni protestar, no pude hacer más que aceptar que te habías ido, porque era tu decisión y yo nunca, aunque mis más egoístas deseos así lo deseaban, podría haberlo evitado o haberte pedido que te quedaras.

»Pero tu partida no fue más que la gota que rebalsó el vaso. Tenía... —Tras tragar saliva se corrigió—. Tengo problemas y presiones familiares. También lo hice porque no soportaba la culpa por las decisiones que había tomado. Mis problemas familiares, Bella, tú, mi culpa... todo eso fue lo que me hizo colapsar. El problema no fue haberla probado y listo, fue que luego de hacerlo no pude parar durante toda la noche porque me hacía sentir tan bien..., tan poderoso e indestructible. Tan, tan bien conmigo mismo. Y después simplemente todo se apagó y no supe nada hasta que desperté en un hospital.

La voz me sonó rasposa y anegada en lágrimas.

—¿Quién te encontró, James?

—Según Derek, su gallina. Según yo, él.

—¿Qué?, ¿cómo?

—Habíamos estado en un club donde me drogué y luego convencí a Derek de que nos fuéramos a otra fiesta lejos de la ciudad, en una parcela que tenía una granja. En esa fiesta, como en todas a las que vamos, había droga por montones y probé esa noche tanta mierda que... Leah, es suerte que me hayan encontrado. Según lo que me contó Derek, él salió a caminar y como también estaba ebrio y drogado, siguió a una gallina. Y resulta que la gallina lo llevó hasta donde yo estaba.

—¿Y tú qué crees que pasó?

—Que Derek sí estaba ebrio y drogado, pero me salió a buscar porque no me encontraba y presintió que algo malo pasaba.

La cabeza de James se inclinó hacia abajo, rehuendo mi mirada como lo había hecho durante toda la historia.

—Soy débil, Leah.

—James, todos somos débiles.

—Pero además soy un cobarde.

—Se lo dices a la reina de las gallinas.

Nos acostamos en su cama, abrazados y sin hacer más que estar juntos, el uno al lado del otro. En algún momento, James se quedó dormido con la cabeza prácticamente pegada a mi pecho; me maravillé al descubrir que dormía con la boca entreabierta. Las largas pestañas negras proyectaban sombras sobre sus ojeras pronunciadas y parecía tan relajado y en paz consigo mismo.

Si hubiese sabido que ese día sería el último día normal, habría intentado seguir hablando con James para averiguar tantas cosas como pudiese de él. Pero uno jamás sabía lo que le deparaba el destino, y yo no era la excepción. Horas más tarde comprendí que nunca debí haberme levantado esa noche.

## Tanto tiempo

De manera inevitable, las cosas cambiaron y de pronto todo estaba arruinado y ese instante de felicidad muerto. Y la culpa, la traicionera y horrible culpa de haber sido la responsable de haber destruido algo que estaba llegando a tan buen puerto no me dejaba respirar.

Con el corazón latiéndome completamente enloquecido al ritmo de la música proveniente de los enormes altavoces ubicados en cada esquina del estadio, Camila y yo esperábamos en la fila para entrar. Por fin, tras infinitas postergaciones, se estaba realizando la tan esperada y proclamada fiesta en el estadio. Todos parecían estar pasándosela de maravillas, pero entre la pesadilla que se repetía desde el domingo, no podía estar fingiendo una felicidad mental que no tenía.

—Por favor, cambia la cara —me rogó Camila.

Intenté sonreírle, mas estaba segura que parecía un ratón acorralado con un queso entre las patas.

—¿De qué hablas? Estoy bien.

Me había descubierto, lo sabía todo, sabía la verdad, lo sabía, lo sabía, lo sabía.

—Leah, todavía queda el examen para salvar Cálculo. —Así que era eso. Fue inevitable el suspiro de alivio, que Camila confundió con uno de tristeza—. Sé que te fue mal en la primera prueba y en la segunda prueba, pero todavía no sabes nada de la tercera, así que... relájate, estrésate el lunes cuando nos entreguen las notas. —Al ver que yo no reaccionaba, insistió—: Estudiaste con James, no te pudo haber ido tan mal.

Guardó silencio, lo que indicaba que era el momento de mostrar preocupación.

—Mm, no puedo quitarme eso de la cabeza —mentí.

Lo que realmente no podía quitarme de la cabeza era otra cosa, lo que había implicado que no pudiera concentrarme en la prueba de Cálculo del lunes. Camila me puso una mano en el hombro.

—Si te sirve de consuelo, James está a la izquierda.

Corazón en la garganta, susto, culpa, necesidad de esconderme. Ganó el deseo apremiante de verlo. James O'Connor, con un cigarrillo en la mano, estaba parado a unos cinco metros de nosotras hablando con alguien por celular. Llevaba unos jeans oscuros, zapatos, camiseta negra y encima una chaqueta gruesa, porque era un atípico día de invierno donde el sol calentaba como si fuera primavera. Percatándose de mí, alzó la mano para saludarme y yo rápidamente me enfoqué en mis zapatos, esos tan bonitos que había escogido para impresionarlo; me sentí una tonta por pensar que algo tan banal serviría para algo.

De la nada, una mano grande y cálida se posó en mi hombro.

—Hey —saludó James.

No contesté y pronto sus labios estuvieron rozando mi mejilla, mandando choques de electricidad por el cuerpo. Mi rostro ardió, mientras pasaba rápidamente por mi cabeza una escena demasiado perturbadora que obligué a borrar de mi mente inmediatamente. Tras saludar a Camila, se instaló entre nosotros un largo silencio.

—¿Por qué sigues enojada conmigo? —musitó James, explotando al fin por la injusticia.

No estaba molesta, me sentía culpable y por eso había estado evitándolo. El recuerdo de salir del cuarto de James y encontrarme con Derek en el pasillo me paralizó.

—Disculpa, eres tú quien está enojado conmigo —le reocriminé.

James me había estado esperando fuera de la sala de clases tras la prueba de Cálculo para preguntarme cómo me había ido. Y yo, todavía demasiado en shock por lo del domingo en la madrugada, le había dicho la verdad: que prácticamente no había respondido nada. Él se molestó mucho... un momento, ¿y si había tomado como excusa mi ineptitud académica para no confesarme que nos había descubierto a Derek y a mí ese día? La culpa supo de forma amarga en mi boca.

Con la enorme paciencia celestial que lo caracterizaba, dio un suspiro.

—No estaba molesto, estaba...

—Estabas enojado y ni te atrevas a negarlo. —Necesitaba saberlo, necesitaba provocarlo y averiguar si James nos había oído conversando a Derek y a mí esa noche.

Esta vez soltó el aire de manera más brusca y exasperada.

—No estaba molesto, estaba dolido. Quería que te fuera bien, ¿qué hay de malo en ello?

Relamí mis labios.

—Una pena que la Leah inteligente se haya ido por el escusado y quede yo, la estúpida —gruñí—. Acéptalo, Cálculo está muerto.

—No digas eso —susurró.

Lo enfrenté.

—Fue a mí que le fue mal en la prueba, James, supéralo. Si yo soy capaz de no estar llorando, no tienes por qué enojarte tú.

—Es que...

—¿Es que qué?

—No quiero que tomes descontroladamente para ahogar tus problemas.

—Una pena que no quieras, porque es lo que voy a hacer. —Hice una ligera pausa para tranquilizarme—. Y no quiero que tampoco me cuides, viene mi amigo y con él me basta.

Se puso lívido.

—¿Tu amigo ese...?

—Sí, mi amigo ese.

—¿Simplemente porque me molesté, me vas a hacer esto?

—¿Qué es lo que te voy a hacer? ¿Ah? Simplemente me voy a juntar con mi amigo, que por cierto conozco desde mucho antes que a ti, y luego voy a ahogar mis penas en alcohol. Tengo el derecho a hacerlo, me fue mal en todas mis pruebas de Cálculo, James, y me esforcé mucho, lo sabes. Yo no te juzgo, tú no lo hagas conmigo.

Se quedó ahí plantado como a la espera de algo. Y esa maldita culpa que me carcomía por dentro me hizo hablar, soltar algo que realmente no pensaba. Era como si buscara destruir lo nuestro para que las cosas finalizaran antes de que él descubriera nuestra traición, la mía y la de Derek.

—Además que...

—¿Además qué, Leah?

—Que tenemos algo, pero no eres mi papá para decirme con quién puedo o no juntarme.

—Efectivamente, no lo soy.

Lo vi marcharse con ese grito en la garganta que le pedía que me recriminara, que se enojara conmigo y me culpara, pero el miedo a que me odiara superó todo y me mantuve en silencio.

—Creo que me perdí un capítulo —musitó Camila, quien llevaba la máscara del desconcierto en el rostro.

Hice una mueca como respuesta, desviando la mirada hacia donde James hablaba con Derek, que también llevaba una camiseta negra y una chaqueta azul. Parecía ser que James le estaba contando lo que acababa de pasar. La llegada de Shanelle al grupo solo me hizo sentir peor.

Les di la espalda y abrí la caja de vino, dándole un largo trago. El sabor medio dulzón medio agrio me inundó la boca.

—¿Ahogando la culpa en alcohol?

Mi cuerpo se puso tensión. A mi lado había aparecido Derek, que sonreía triste con las manos en los bolsillos. Parecía tan perdido y culpable como yo.

—Piérdete —susurré.

Agarré a Camila del brazo y empecé a moverme por la multitud, importándome poco y nada la desordenada fila para entrar. Llegamos a la entrada entre la enorme masa de universitarios que se empujaban para hacer presión. Se oían gritos y gente peleando, con los guardias cortando las entradas lo más rápido posible para hacernos entrar. Alguien me pegó por accidente (o más le valía que así fuera), otro me pisó y de pronto estaba cayendo hacia adelante. Camila me puso de pie tan rápido como podía y nos arrastramos hacia uno de los guardias para que nos cortara la entrada. Una vez pasadas las enormes



puertas de metal, nos enfrentamos a diez filas para ser revisadas y así asegurarse que no andábamos con armas y botellas de vidrio. Me toquetearon las piernas, los bolsillos y los costados del cuerpo en busca de una ametralladora, una granada o armamento militar, ya saben, algo de todos los días.

La fiesta en el estadio era bastante impresionante. Al final había un escenario donde tocaba una banda, a los metros una isla con un camarógrafo que transmitía las imágenes en la enorme pantalla tras el escenario y en el lado opuesto había una corredera de baños químicos. También había un pequeño puesto de comidas repleto, donde la gente peleaba por hacerse con algo.

Encontramos rápidamente a nuestros compañeros contra una cerca de metal, y nos sentamos con ellos. Por suerte, toda la cancha se llenó rápidamente, lo que me impidió siquiera intentar buscar a James con la mirada.

Como es típico en las fiestas universitarias, para caldear el ambiente empezamos un juego que cumplía un único fin: que el perdedor bebiera. Se llamaba *pato* y se jugaba así:

—Un pato —decía el primero.

—Dos patas —seguía el segundo.

—Pum —el tercero.

—Al agua —el cuarto y así.

—Dos patos.

—Cuatro patas.

—Pum.

—Pum.

—Al agua.

—Al agua.

Ya cuando uno iba como en el tercer/cuarto pato, las cosas estaban demasiado complicadas para recordar qué seguía o cuántos «Pum» o «Al agua» había que decir. Perdí a propósito más de lo que mi orgullo lo permitía, pero es que necesitaba una excusa para beber rápido sin parecer una maldita angustiada.

El reloj marcaba recién las seis de la tarde y Camila y yo ya nos estábamos riendo por todo; yo realmente no sabía cómo iba a llegar hasta medianoche, que

era cuando se terminaba la fiesta. Poco a poco el estadio se había ido llenando hasta que no cabía una persona más; los grupos de música empezaron a tocar, las mujeres bailaban sobre el tierral y los hombres buscaban a una víctima como lobos en cacería.

Pasado las seis recibí la llamada telefónica que había estado esperando.

—Leah, ya entré. ¿Dónde estás?

—¿Que dónde estoy? —Giré en redondo para buscar un punto de referencia —. En el estadio.

Alex rio.

—¿Ya estás ebria?

—¿Y qué si lo estoy?

En eso le entregué el celular a Camila para que diera indicaciones. A los minutos llegó Alex. Iba vestido como un joven normal, había dejado de lado sus elegantes trajes hechos a medida y los había reemplazado por su vestimenta de fin de semana. Afirmándome de la cabeza de Camila, me puse de pie tan indigna como pude. Lo abracé cuando llegó a mi lado.

—Él es Alex, mi mejor amigo —anuncié al grupo.

Se saludaron rápidamente; las miradas de las chicas estaban fijas en él. Ambos tomamos asiento al lado de Camila, quien se había quedado de pronto seria y muy nerviosa.

—Camila, la amiga de Leah —dijo Alex con humor—. ¿Has bebido igual que ella o estás mejor?

—Mejor. —Y ya está, fue lo único que pudo decir.

Era obvio que eso se volvería una conversación unilateral, por lo que intervine con mi caja de dos litros de vino tambaleándose en mi mano.

—Tengo vino, ¿quieres? —le ofrecí a Alex.

Él la recibió.

—Pero, Leah, a esto no le queda ni un cuarto.

—Ups.

—Te tomaste casi una caja, ¿y solo dices *ups*?

—Eh..., ¿doble *ups*?

Soltó el aire de una sentada y luego se tomó todo el vino en largos tragos.

—Listo, ya no tienes más para tomar.

Le apunté otra caja de vino de dos litros.

—¿*Ups*?

No le quedó más que reírse. Apoyé mi cabeza en su hombro y me relajé en él. Finalmente las bandas *amateur* se habían marchado y anunciaban a una muy conocida. El estadio explotó en gritos y aplausos y el ánimo de todos se revolucionó subiendo al tope. De un brinco las personas empezaron a pararse y a bailar, y de la nada me vinieron las ganas a mí; esa era una de las consecuencias de beber en cantidades industriales: el deseo de bailar. Tiré del brazo de Alex mientras me ponía de pie.

—Vení, vení conmigo.

—¿Eres argentina ahora?

—Vení, vení.

Camila me acompañó y pronto Alex fue rodeado por dos borrachas que movían los brazos como si fueran pulpos. De un lado al otro mi cuerpo se mecía descontroladamente por la canción llena de vida que hacía a mis células vibrar, rebotar y estrellarse enloquecidas. Camila, a unos pasos de mí, bailaba con energía, moviendo la cabeza y agitando su cabello en todas direcciones. Yo intentaba hacer lo mismo, pero en vista de que estaba ebria y eufórica de emoción, no hacía más que tambalearme de un lado a otro sin sentido.

En algún instante a Camila la sacaron a bailar y me encontré con Alex agarrándome de la cintura y pegándome a él para llevarme en un baile coordinado.

En algún momento, el sol se puso y el estadio quedó iluminado únicamente por las luces del escenario. La nuca me sudaba y la boca la tenía seca.

—¡SED! —le grité al oído.

—¡VAMOS A COMPRAR!

Me agarró de la mano para no separarnos, pero había mucha gente y de pronto me di cuenta que lo había perdido de vista. Con el suelo tambaleándose debajo

de mí y chocando y pidiendo permiso entre ese mar de gente, me fui abriendo camino hacia la fila de baños químicos. Entre más me alejaba del escenario, la densidad demográfica iba en un claro descenso. Llegué a una de las largas filas únicamente de mujeres, porque a los hombres poco les importaba la suciedad y el pudor y la mayoría orinaba contra una pared.

Tras lo que parecieron horas para mí, salí del baño justo cuando sonaba «Lamento boliviano» de Los Enanitos Verdes. El estadio explotó en gritos, en un conjunto de voces juveniles en éxtasis. Corrí hacia la gente, sin saber dónde estaba Alex, ni Camila, ni nadie. Fui envuelta por la multitud que se mecía para todas partes, aplastada contra cuerpos desconocidos que coreaban en conjunto la canción. Siguiendo con la línea de borrachera, sonó otra canción y la gente se volvió loca, gritaba, bailaba y saltaba, y yo repetí lo mismo.

*Yo quiero cerveza.*

*Hasta que explote la cabeza.*

¡Hasta vomitar!

*No me importaría.*

*Vivir de fiesta todo el día.*

*Toda la semana.*

*Hasta la madrugada.*

La multitud se mecía hacia la derecha y perdí el equilibrio. Caí pesadamente al suelo sobre otra chica en una nube de polvo. Un joven tropezó con mi pie y también se desestabilizó. Pensando que iba a morir aplastada y enceguecida por los cuerpos a mi alrededor y la nube de tierra mezclada con el sudor que me asfixiaba, me agarraron de los brazos y tiraron. Era James O'Connor, mi increíble superhéroe.

—¿Qué estás haciendo sola? —susurró, inclinándose hacia mí. Tenía el cabello pegado al casco y la piel brillante. Llegó nuevamente el coro y la multitud saltó.

*Yo quiero bailar.*

*Y con la banda ir a tomar.*

James tiró de mí lejos del caos. La cabeza me daba vueltas y el corazón golpeaba contra el pecho con locura.

*Yo quiero cerveza.*

*Hasta que explote la cabeza.*

¿Por qué instantes antes había estado tan confundida con él? Ya nadie tenía una real importancia, solo el vivir ese momento, ahora, pegada a él, sudados, bailando, con todos demasiado borrachos para reconocerlo como ayudante, o si lo hacían, ¿qué demonios importaba? Estaba ebria y él igual, a esas alturas nada importaba.

Mis manos vagaron por su espalda y entrecrucé mis brazos por su cintura.

—Bésame —rogué.

—¿Qué hacías sola? —él insistió.

Su aliento cálido estremecía mis músculos y puso mi piel de gallina.

—No sé —contesté.

—¿Te perdiste? ¿Y Camila?

Ida, alcé la vista hacia el cielo oscurecido iluminado por los puntos blancos de las estrellas y la luna. La música vibró en mis venas y la mezcla de alcohol y la sensación de completa libertad me tenían mareada. Junto a James y siendo tocada por él, con su aliento acariciando mi mejilla, me pregunté por qué mi preocupación respecto a Derek, si James estaba ahí y era mío, había tardado cinco años y medio en conseguirlo y ahora era mío, ¿por qué tendría que dejarlo

ir? Que Derek se fuera a la mierda.

—Bésame —supliqué, colocándome de puntillas para intentar alcanzar sus labios, pero la diferencia de altura era demasiada y no llegaba, necesitaba que él se acercara. Tiré de su camiseta con mis manos como garras en la tela—. Eres mío, ¿no? Mío, bésame.

Se inclinó y capturé sus labios con un remolino de fuego en mi interior. El mundo era una vorágine a la que fuimos arrastrados. La piel hervía donde se encontraba con la de él, la sangre bombeaba por mis venas como lava. Al separarnos y verlo con los labios enrojecidos, la mirada brillante y las manos en puños contra mi cadera, volví a inclinarlo hacia mí y nos besamos hasta que mis oídos pitearon y los recuerdos volvieron.

Derek apareció tras mis párpados cerrados.

Me separé de James, quien sonreía como loco.

—¡VOY POR CAMILA! —grité.

Sin esperar su reacción, me interné en la multitud para confundirme con ella. Solo alcancé a desplazarme unos metros cuando me agarraron por la cintura y apegaron a un cuerpo; por su olor supe que era James.

Saqué a Derek de mi mente y tiré a la basura los recuerdos, porque James, para variar, no se merecía que lo tratara así. Intenté relajarme y me dejé caer contra él con una risita nerviosa escapando por mis labios. Si me dijo algo, no me di por enterada. Solo nos mecimos de un lado al otro siguiendo la música y sin mirarnos la cara, lo que por ahora me parecía perfecto.

La música estridente se acabó y, antes de que llegasen los abucheos, empezó otra canción mucho más lenta, que incitaba a pegarse a la pareja y mirarse a los ojos. James parecía estar pensando lo mismo que yo porque me giró y mi rostro quedó contra su hombro cubierto por la camiseta negra. Su corazón latía como loco, era un *pumpumpum* fuerte y constante. El olor a su perfume, mezclado con el sudor y el alcohol, me inundó la nariz y se sintió diferente, ligeramente erróneo... No era James. Me separé de manera brusca.

—Resulta, Leah, que no lo he podido olvidar. —Era Derek—. Prepárate porque esto comienza.

Agarró mi rostro con sus grandes manos y nuestros labios se encontraron. Y ya nada tuvo sentido... hasta que alguien agarró a Derek y lo separó de mí,

quedando libre con un pánico creciente. Pero mi salvador era la persona menos esperada, la única que no quería que me encontrara en esa: James.

Por sobre el hombro de Derek, nuestras miradas se encontraron y no pude enfrentarlo. Me giré en redondo y hui entre la multitud, moviéndome sin una dirección exacta, tambaleándome y tropezando con los bolsos en medio de los grupos. Terminé por alguna razón cerca de las filas para el baño y me quedé ahí detenida sin saber adónde ir. Estaba en eso, todavía ardiendo en furia por algo que realmente no entendía del todo, cuando sentí que alguien metía su mano en mi bolsillo. De manera automática, agarré la muñeca y volteé con el corazón en la boca.

—¿Qué crees...?!

Una chica rubia y alta, con esbeltas piernas y vestida elegantemente, desentonando por completo en el ambiente universitario, me sonrió.

—Hola, Leah, tanto tiempo.

Era Bella Armstrong.

## Estoy harto

Las cosas se arruinaron en el momento en que me puse de pie ese domingo por la madrugada, porque no podía dormir por las cantidades vertiginosas de café ingeridas. James, mientras tanto, dormía a pierna suelta con un brazo sobre mi cintura. En reiteradas ocasiones cerré los ojos e intenté quedarme dormida, pero los ejercicios de matemáticas daban vueltas por mi cabeza como locos, al punto que estuve a nada de despertar a James para preguntarle una duda que me había entrado de sopetón.

Fue ahí cuando escuché ruido en el pasillo: Derek estaba despierto. Él debería tener la respuesta a mi duda existencial. Con cuidado para no despertar al bello durmiente, me desasí de su brazo y escapé de la cama arrastrándome; antes de salir del cuarto agarré mi chaleco y me lo puse.

Al salir estuve a punto de chocar con Derek.

—¡Mi leche! —reclamó, afirmando su taza con las dos manos.

—¿Qué haces en medio del pasillo con un vaso de leche a las seis y media de la mañana?

—Venía de la cocina. —Le dio un sorbo—. ¿Qué? No podía dormir, con todo el café que tomamos y ahora recién hizo efecto. ¿Crees que se anule la cafeína con la leche?

—¿Tengo cara de saberlo?

—Tienes cara de no saber nada.

Cerré la puerta del cuarto de James para que no se despertara con el ruido. Y fue una pésima idea, porque nos quedamos en la oscuridad del pasillo. Derek rápidamente abrió la puerta de su pieza, quedando ahora iluminados únicamente por la precaria luz proveniente de su ventana. Todo tomó matices grises, blancos y negros, ensombreciendo parte de nuestro rostro como si algo quisiera quedar



oculto y solo mostrarnos una faceta.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —preguntó.

—No. —De la nada me fijé en sus desnudas piernas y descubierto torso. Derek andaba solo con bóxer—. Menos ahora que te veo así, ¿por qué no te tapas con algo? Tendré pesadillas.

—¿Para qué? Soy digno de admiración.

Estiré el brazo hacia atrás, en busca de la manilla para volver donde James.

—Ya, ya, me pondré algo.

Entró a su cuarto dejándome plantada en el pasillo.

—¿Y? ¿No vas a entrar? —me llamó.

—¿Para qué?

Asomó la cabeza por la entrada, tenía el entrecejo fruncido.

—Pensé que querías preguntarme algo.

La verdad, ya no me parecía tan buena idea esa reunión nocturna. Si bien eran más de las seis de la mañana, como era invierno todavía faltaba por lo menos una hora y media para que amaneciera. Debería esperar hasta mañana.

—No te voy a violar —informó al ver que no me movía.

Me crucé de brazos.

—Mira, si haces el más mínimo intento por acercarte, te juro que te vas a arrepentir.

Puso los ojos en blanco y desapareció en el interior. Estuve unos segundos sin moverme, todavía preguntándome si sería buena idea adentrarme en ese territorio desconocido. Era de noche y James dormía... las cosas se podrían malinterpretar. O sea, si yo fuera James y me despertara en medio de la noche para descubrir que mi chica está en el cuarto de mi mejor amigo, las consecuencias serían terribles. Pero... Me mordí el labio. Era Derek, quien para mí prácticamente tenía tanta relevancia sexual como un árbol. Así que, qué va, me hice mujer y caminé a lo prohibido, encontrándome con Derek sentado en la enorme cama enfundada en sábanas oscuras; Klikli dormía en el centro de ella. No estaba encendida ninguna luz, pero las cortinas de las ventanas estaban corridas y entraba una luz plateada; ese día la luna brillaba intensamente, tiñendo

todo de un color blanco fantasmal.

A diferencia del resto de la casa, tan fría y decorada por alguien que no había sido Derek, las paredes de la habitación estaban tapadas con pósters de bandas de música. Había un cuaderno usado y estropeado al lado de la cama, en el que se veían lo que parecían ser notas musicales. La cama estaba deshecha y había ropa tirada por todas partes. Inclusive vi una que otra prenda de ropa interior y recé para que estuviese limpia. A pesar de eso, la pieza tenía un agradable olor a eucaliptus, que pronto descubrí que provenía de una mesa donde habían apiladas hojas y cuescos de eucaliptus. Derek se percató de lo que llamaba mi atención.

—Me gusta el olor —comentó—. Cuando voy a la casa en el lago recojo un montón. Además, leí que su aroma ayuda a disminuir el estrés.

Primero, ¿tenía una casa en un lago? Segundo...

—¿Y tú lees? —bromeé.

Agarró la almohada para tirármela, después recordó que yo no era James y la volvió a dejar detrás de su espalda.

—¿Te vas a mover en algún momento o hablaremos así? ¿Tienes miedo?

Le gruñí en respuesta y torpe e insegura caminé directo a la cama. Tomé asiento con las manos sobre el regazo.

—Si quieres prendo la luz del cuarto, no tengo lámpara de noche —propuso Derek.

Lo medité, pero me gustó el aire que tenía la pieza. Sentía de pronto la necesidad de decir algo y sabía que no me atrevería con las luces encendidas, porque la oscuridad cobijaba los secretos y nos daba una valentía que con la mañana se perdía entre las sábanas.

—No, qué va, déjala así.

Alertada por mi presencia repentina, Klikli se removió en la cama.

—Me mentiste ese día —musité.

Derek alzó las cejas, en repentina tensión. Alguien que no guardaba un secretopreciado no se ponía a la defensiva a la menor provocación. Derek me ocultaba algo, ¿pero qué? Era un hombre con demasiados matices para averiguarlo.

—¿En qué? —quiso saber.

—Sobre Klikli —aclaré—. Dijiste que te la habías encontrado durmiendo en tu pecho tras una noche de borrachera, y mentiste. Klikli fue quien te ayudó a encontrar a James.

Los hombros de Derek se relajaron.

—Ah, era eso. —Parecía aliviado—. Sí, bueno, obviamente te mentí porque la verdad es que no sé bien lo que pasó... esa noche yo también estaba drogado, ¿entiendes?

Nos quedamos en un incómodo silencio, donde me limité a mirar los detalles ocultos en su cuarto. Derek parecía ser un fanático de la música (sabía que James igual lo era, pero Derek lo superaba con creces), al punto que tenía un tocadiscos en un rincón junto a una enorme estantería repleta de vinilos.

—¿Se escucha mejor? —pregunté, apuntando a los vinilos.

—No —contestó.

—¿Entonces para qué te los compras?

—¿Por qué te compras un libro en papel si puedes encontrar el mismo contenido en digital?

Empezaba a entender su punto.

—Son recuerdos —siguió—. ¿Quieres escuchar uno?

Se puso de pie mientras yo asentía. Caminó hacia la estantería y escogió uno rápidamente, como si conociera la posición de cada uno de ellos. Cuidadosamente sacó el oscuro disco y lo puso en el tocadiscos. Tras un chirrido sonó una canción.

—Son Los Rolling Stones. —Como la canción no había empezado del principio, sino que en algún momento del final, terminó y siguió otra que Derek reconoció de inmediato—. «As tears go by».

Derek dejó todo en su lugar y caminó hacia su lugar en la cama. Le presté atención a la letra.

«Es el atardecer del día. Estoy sentado viendo cómo juegan los niños. Caras sonrientes es lo que puedo ver. Pero no para mí. Estoy sentado y los miro mientras caen las lágrimas. Mis riquezas no lo pueden comprar todo...».

—No es por hacerme el inteligente —habló sobre la música—, ¿pero no deberíamos estar durmiendo? Digo, mañana te juegas la vida en la prueba.

Recordé por qué en su inicio me había levantado.

—Es que me entró una duda existencial y no podía dormir sin resolverla.

Le expliqué rápidamente lo que me confundía e, igual de rápido, la solucionó.

—Creo que me has salvado la vida —agradecí—. Quería preguntarle a James pero... uf.

Empezó otra canción con un ritmo más animado.

—Acostúmbrate, porque James muere en el instante que apoya la cabeza en la almohada.

Dejó caer su espalda sobre un montón de almohadas y cruzó los brazos detrás de la cabeza. La camiseta negra se alzó unos centímetros y dejó al descubierto la parte baja de su abdomen.

—¿Ni siquiera fuiste capaz de ponerte un pantalón?

Despreció mi comentario con una mueca divertida.

—Me has visto con menos ropa en natación.

De nuevo se nos acabó el tema de conversación y me di cuenta de que ya no tenía por qué seguir ahí, que ahora podía perfectamente volver a dormir con James. Sí, podía, pero... había algo en mí que no quería, que deseaba de una manera loca e incomprensible estirar ese momento hasta romperlo.

Tal vez por esa razón mi boca habló mucho antes de que pudiese procesarlo.

—Tengo miedo.

Derek puso expresión de sorpresa, enderezándose para prestar mayor atención.

—¿Miedo? ¿Acaso te da miedo la oscuridad y por eso no podías dormir?

Negué con la cabeza con las palabras enredadas en la garganta.

—No. —Apreté con fuerza los dientes y después solté la mandíbula—. No estás entendiendo.

—¿No me digas que también tienes miedo de acostarte con él?

Me puse roja como tomate.

—¡No es eso! —Me exasperé conmigo misma por no poder decirlo y con él por no leer entre líneas—. No es eso, no entiendes.

—¿Y cómo demonios voy a entenderte si te expresas como un orangután? ¿Podrías, por el amor de todos los santos, decir algo con claridad? ¿De qué tienes miedo? Si es por James, créeme que hay más probabilidad de que tú le hagas daño a que él te rompa el corazón.

Abrí la boca, indignada.

—¿Cómo puedes decir algo tan horrible?

—Seamos sinceros, eres tú la que pasó más de tres años pisoteándolo hasta que te quedaste sin zapatos.

—¡Pero él se comprometió con mi mejor amiga!

—Por compromiso, es una enorme diferencia.

—¡Pues yo no veo ninguna diferencia!

—¿Puedes hablar más bajo? James duerme como un tronco, pero con tus chillidos hasta los muertos reviven.

—Yo no veo ninguna diferencia —repetí en voz baja.

—Yo veo mucha, por lo menos no tenía sentimientos por otra persona. —Me acusó con la mirada—. Sentir algo por otro..., el engaño sentimental es la peor traición.

Achiqué los ojos.

—¿Qué intentas decir? Y no me vengas con rodeos.

Derek se exaltó visiblemente.

—Estoy intentando decir que hace... ¿cuánto?, ¿dos meses? decías que te gustaba Alex y después saltas de un arbusto a los brazos de James... no sé, con toda esa confusión que tienes por mente, me suena a que le romperás el corazón.

—No le voy a romper el corazón a James, él lo hará conmigo. —Repentinamente estaba parpadeando con fuerza para eliminar el picor—. Un día descubrirá que no soy tan genial como él cree que soy y me dejará.

Derek soltó un bufido.

—James no te dejará nunca. Eres tú la que lo hará cuando tu amiguito decida por fin darte una oportunidad.

Apreté los puños con fuerza.

—¿Es que no lo ves, Derek? Esta vez es diferente a lo del colegio. Le di una segunda oportunidad a James a pesar de todo lo que eso conllevaba y lo elegí por sobre Alex a pesar de todo, ¿y me dices que voy a terminar con él?

Se encogió de hombros.

—Elegiste a James porque Alex te rechazó. Me recuerdas a Klikli, pero hasta ella es menos gallina que tú.

—Habría elegido a James a pesar de todo.

Derek me retó con la mirada.

—No te creo.

—¿Cómo no te das cuenta...? —No pude terminar.

—Pues no, no me doy cuenta de nada.

Me desesperé.

—¿No te das cuenta de que James tendrá algún día que asumir su compromiso? ¿Lo olvidas? Y no sé si voy a poder soportarlo...

Hizo una pausa larga. Su suspiro fue cansado y compasivo por mí.

—James siempre ha tenido esa habilidad, ¿sabes?

—No entiendo.

—James siempre ha tenido la habilidad de hacerte sentir bien con tus defectos, por eso todos quieren ser su amigo. ¿No te has fijado que siempre está rodeado de gente y ni siquiera es gracioso?

¿Que si no lo había visto? Cuando íbamos a la escuela, todos querían a James porque él tenía esa habilidad de hacerte sentir el sol de su galaxia. Sí, muchas veces se comportaba como un real imbécil, pero esa era su parte O'Connor. Y detrás de ese O'Connor se escondía un James, y James era lo mejor que te podía pasar en la vida.

Muchas veces me había preguntado por qué alguien como James se había fijado en mí, porque si bien era muy bonita, tenía algo malo en el alma que

resurgía cada vez que me atemorizaba. Y él, por el contrario, siempre veía lo mejor en las otras personas. Por eso era tan manipulable, él aceptaba primeras, segundas y terceras oportunidades de las personas, se dejaba atropellar, que lo recogieran y volvieran a tirar para pasarle por encima, porque creía sinceramente en las disculpas falsas y las promesas vacías.

Éramos, en pocas palabras, tan opuestos como el agua y el mercurio. James era el agua: sociable, amistoso y simpático; yo era el mercurio: ermitaña, solitaria y arisca. Éramos agua y mercurio. Y el mercurio dañaba, intoxicaba, destruía a la persona que se atrevía a tocarlo. Si yo fuera mejor persona, y no la mierda que algunas veces era, lo habría dejado ir, porque era un atentado contra la humanidad que yo lo quisiera solo para mí. Pero que el mundo me perdone, esta vez yo no lo dejaría ir.

—Sé que nadie me querrá como él, porque en el fondo soy una mierda de persona que solo se preocupa por sí misma.

Derek por primera vez me observó con un dejo de lástima, ya sea por mí o por sí mismo.

—Sé lo que sientes.

Le sonreí sin ganas.

—Somos una mala influencia para él.

—Alguien tiene que hacer su vida menos correcta. —Guardó silencio unos instantes y siguió—: A James desde pequeño le han enseñado que tiene que hacer lo que el deber manda. A decir verdad, de no ser por mí, James habría terminado casado con Bella a los diecisiete años.

Del impacto me puse de pie.

—¿Es una broma?

—Ojalá lo fuera. Cuando concertaron el compromiso fue como... ya, está listo esto, ¿pero para qué hacerlos esperar? Querían casarlos con su consentimiento firmado.

Caí en la cama con un suspiro profundo.

—¿Y qué lo hizo cambiar de opinión?

—Mis mentiras —confesó.

—¿Qué hiciste?

—Le pagué a alguien para que te hackeara el e-mail.

Me volví a poner de pie en un brinco.

—¿Tú hiciste qué?

—Te hackeron el e-mail y le envié un correo a James haciéndome pasar por ti.

Me masajeeé la sien.

—¿Y qué pusiste?

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Si quieres puedo leértelo, tengo una copia impresa para el recuerdo.

Mientras rebuscaba algo en su cajón de noche, hablé:

—Espérate, ¿entonces James sabe que yo no le envié nada?

—Por supuesto, le dije antes de que volvieras a encontrártelo. —Por fin dejó de buscar y sacó una arrugada hoja—. Contexto: todo esto pasó en las vacaciones antes de empezar nuestro último año. Así que, antes de que llegara marzo, le conté la verdad del e-mail.

Pestañeeé lentamente.

—No sé si eres el mejor amigo del mundo o el peor.

—Dejémoslo en un promedio.

A continuación se aclaró la garganta y con la precaria luz de la luna, leyó:

«James:

Mira, sé que crees que esto es una broma, pero no lo es. Soy Leah. Sé que ahora te debes estar preguntando por qué te escribo. Sinceramente, yo también me lo pregunto. Pero no sé, de pronto sentía que tenía que decírtelo, ser sincera contigo y conmigo.

Bueno, aquí va.

Han pasado tres semanas desde que terminó la escuela y no puedo, de verdad que no puedo sacarte de mi cabeza. No sé qué me pasa, ni por qué está ocurriendo esto luego de tantos años desde que nos conocemos. Pero está pasando, lo quiera o no.



De verdad necesito hablar contigo...».

—Espera —lo interrumpí—, ¿fingiste que me iba a encontrar con él?

Sonrió y siguió leyendo:

«... porque creo que mis sentimientos cambiaron y ya no sé si te odio tanto como decía. Y por eso es que quiero encontrarme contigo pero... mira, ahora no puedo porque estoy fuera de la ciudad. Mi mamá me castigó sin celular y me mandó a la casa de mi tía por todo lo que queda del verano (si te lo preguntas, casi incendié la casa... es una larga historia). De hecho, tuve que caminar diez kilómetros para encontrar a alguien con internet y una computadora que me prestara, ¿ves el esfuerzo que hago por ti?

No sé cuándo podré ver este correo, pero te estaré esperando el primer día de clases en la entrada de la escuela.

Se despide,

Leah.

P.D. Si no vas, puedes irte a la mierda desde ahora.

P.D. 2. Si llego el primer día de clases y está pegado este e-mail por toda la escuela, no preguntes por qué te dejé el ojo morado».

Derek dejó de leer en busca de mi reacción.

—¿Y? ¿Qué te pareció?

Tuve que admitir la verdad.

—Podría haberlo escrito yo.

—Soy un genio.

—Lo eres.

—Bueno, el punto es que esta hermosa cartita hizo que James pospusiera el compromiso indefinidamente.

—¿Y lo dejaron?

—Es que James supo hacerlo: le dijo a su padre que iba a estudiar Ingeniería o Economía como él quería, y que si tenía una esposa tendría que encargarse de ella y no podría dedicarse a la universidad. Bella, por su lado, acotó que no quería casarse con alguien que ni siquiera trabajaba.

Increíble. Perra del demonio, siempre sabía cómo hacerlo para quedar como la víctima. Claro, por supuesto que nadie había sospechado de ella nunca, si siempre se había hecho pasar por la pobre damisela encarcelada, víctima de los planes malvados de personas que pretendían casarla para unir dos grandes familias, una por renombre y la otra por dinero. Era imposible no admirarla en cierto punto.

—¿Y luego qué pasó?

—Que todos aceptaron y yo al mes le conté a James lo que había hecho. No me habló por varios días.

Y no era para menos.

—Oye, ¿así que James y tú son amigos desde pequeños? Él me contó parte de la historia del ascensor.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Nos conocemos de pequeños, pero James era demasiado tranquilo, prácticamente una fotografía, y yo muy revoltoso. No nos dirigimos la palabra hasta que mi mamá, desesperada por cómo yo me portaba, me metió a una escuela de modales donde me encontré con James. No nos hicimos amigos, pero, por lo menos, me ayudó en una que otra travesura. Luego mi madre se marchó de la casa con mi hermana mayor, papá se casó con la madre de Emma... mi hermanastra del restaurant... y todas las reglas de la casa cambiaron. La madre de Emma no me soportaba y manipuló a mi padre para que me inscribiera en el internado, alegando que era lo mejor para mí. Al año siguiente, James entró en la escuela, tuvimos nuestros problemas... y finalmente los solucionamos y nos hicimos amigos.

Había escuchado ya la misma versión de la historia, por lo que no me interesé mucho por ella. Fue la mención de Emma la que llamó mi atención.

—Me mentiste ese día en el restaurant.

—¿Cómo?

—Que sí, me mentiste. Dijiste que Emma no te importaba y claramente no es así.

Se refregó un ojo, parecía cansado.

—Ya, pero yo a ella la quiero como una hermana y ella no me ve de la misma

manera. Me alejé de ella para que desistiera de la idea y nada. Inclusive le hablé... —Me lanzó una rápida mirada y después la volvió a desviar—. Es más, le hablé de ti y tampoco nada, solo te creé una enemiga y por eso... ya sabes, el golpe.

Fruncí el ceño.

—Pero —titubeé—, si le dijiste que me querías a mí, ¿por qué no se rindió?

Derek tragó saliva, sus labios estaban resecos.

—Ella dice que si realmente sintiera algo por ti, intentaría luchar a pesar de James.

—Derek...

—Pero ella no entiende que las cosas son más complicadas que eso —siguió sin interrumpirse—. Porque tú jamás me darías una oportunidad aunque lo intentara, ¿cierto?

—Derek, yo... ya hemos tenido esta conversación.

Bajó la vista.

—Tal vez me parezco a Emma, aunque no tengo su perseverancia, me la quitaron. —Su mirada rastreó algo por detrás de mi espalda, como si le avergonzara demasiado darme la cara—. No me respondiste, ¿me darías una oportunidad si me esforzara?

—No insistas, Derek, sabes que...

Se puso de pie, exaltado.

—¿Sabes, Leah? Estoy harto de siempre sonreír y aceptar todo como si no me importara. Sé que no tengo derecho, lo sé, porque James es mi mejor amigo y fue él quien se fijó en ti primero. Pero siento cosas por ti a pesar de que no debiera. —Soltó una carcajada amarga—. Hubo un tiempo en mi vida que tenía todo lo que deseaba, Leah, todo. Ahora todo eso que quiero está prohibido, o no puedo tenerlo, y vivo diciéndome que no debo hacerme ilusiones. Sé que tengo que aprender a vivir con lo que tienen ustedes, pero... ya estoy harto de contentarme con la nada que tengo. Sé que tú no sientes lo mismo por mí, lo sé, pero es más complicado que eso, siempre es más complicado que eso. No tengo nada..., no tengo derecho a nada.

¿Por qué Derek no podía dejar las cosas estar? ¿Por qué volvía con el tema

cada vez que pensaba que podría convertirlo en mi amigo?

—James es tu mejor amigo, lo tienes a él.

Negó suavemente.

—Él te tiene a ti. Él te tiene a ti y a mí, tú lo tienes a él y a mí, y yo no tengo a ninguno de los dos.

—¿Cómo puedes decir eso? James te quiere, eres su mejor amigo.

Derek hizo una mueca amarga y se acercó hacia mí.

—Yo siempre lo he preferido a él antes que todo, tú lo prefieres a él antes que todo, y él te prefiere a ti antes que a todo. No puedo ser egoísta con ninguno de los dos.

Se inclinó para tenerme cerca y posó la mano sobre mi muslo desnudo y helado. Su palma caliente me dio escalofríos.

—¿Por qué ahora no puedo tener lo que quiero? —Se acercó tanto que el aliento me rozó los labios—. Dime, Leah, ¿por qué no puedo tener lo que quiero? ¿Por qué no puedo acercarme —y lo hizo— y tomarlo?

## Madeleine

La furia se fue para ser reemplazada por un sentimiento mucho peor: temor, un miedo denso y oscuro que se arremolinaba en mis entrañas. Ella había sido mi mejor amiga, habíamos compartido cuarto tantas veces que ni las recordaba, pero ahí estaba, atemorizada por esa chica a la que no conocía, porque toda nuestra amistad se había construido sobre una farsa.

—Bella... —musité.

Su cabello ya no era castaño, su maquillaje tampoco sencillo ni mucho menos su vestuario. Estaba más delgada y sofisticada, con sus zapatos en punta y taco de aguja, sus pantalones negros rectos y su chaqueta en V blanca. Era la única mujer que podía andar de blanco en un tierral y que el blanco siguiera siendo blanco. Olía a zorra, se asemejaba a una zorra que acorralaba a su presa.

Relamí mis labios, consciente de que estaba en medio de una multitud y, por tanto, ella no podría atacarme, ¿cierto? No, Bella lo que menos tenía era un pelo de tonta y atacarme ahí implicaría su condena.

—Volviste —dije.

No podía ser posible que Bella, la misma que había arruinado mi vida hace dos años, estuviese frente a mí como si nada. Debía estar alucinando, debía estar seguramente tirada contra una reja con coma etílico.

Sus bonitos labios rojos formaron una mueca burlona.

—Podría decir lo mismo.

En el pasado, Bella había fingido cada día un aprecio por mí que de verdad no sentía, ahora lo había dejado atrás, ya poco importándole aparentar. Frente a mí estaba una perfecta desconocida, fría e intocable.

—Estábamos bien sin ti —solté.

—Así me enteré. —Estaba inmutable.

—Nadie te quiere, ¿te das por enterada?

Chasqueó la lengua.

—Ah, eso no podrías asegurarlo, ¿o sí?

—¿Por qué respondiste el correo de James?

Tamborileó su mejilla con sus largas uñas.

—Mm, a ver, parece que a alguien le siguen ocultando cosas. —El temor se condensó dentro de mí. Su sonrisa se volvió victoriosa al ver mi expresión—. Ah, así que de verdad todavía no lo sabes. Ese día James estaba en mi casa y se le quedó el celular.

—¿Por qué?

—Sabes el porqué.

—Para terminar el compromiso.

—¿Eso es lo que crees? Eres muy ingenua.

—Solo respóndeme.

—¿Para qué? Esta batalla está ganada, querida Leah.

—No ganaste nada porque nunca hubo nada que ganar.

Se cruzó de brazos.

—¿Y James qué es?

—Una persona que toma sus decisiones.

—Pero a la que puedes hacerle *jaque mate* y yo lo hice, gané.

—Si tanto lo amas, ¿por qué sigues manipulándolo?

—Porque puedo.

—Déjalo ser feliz.

Ladeó ligeramente la cabeza, con su cabello como una nube rubia alrededor de su rostro.

—¿Para que esté contigo? —Frunció la boca, pensativa—. No, no me parece.

—Fuimos mejores amigas —musité débilmente.

—Lo sé. Pero James es prioridad.

—¿Y por eso volviste?

—Regresé porque tú lo hiciste, no lo voy a dejar por ti.

Agarré su mano y la apreté con fuerza. El rostro de Bella se contrajo por el dolor.

—Eres una asquerosa puta —escupí.

La solté con brusquedad y Bella dio un paso hacia atrás, tambaleante.

—Te vi besándote con Derek, ¿es que ahora cambiaste de amigo? O dime, querida, ¿ahora te gusta que te compartan?

Su sonrisa volvió, maniaca y desequilibrada, mientras se inclinaba y posaba sus labios en la comisura de los míos de manera imprevista. Se estaba burlando de mí de la mejor manera, diciéndome que ella siempre iría primero y yo segunda. Me estaba humillando, me había humillado. Dos años y seguía riéndose de mí.

El cúmulo de emociones que había ido creciendo en mi interior se soltó como una erupción. Solté un chillido y enloquecí como lo había hecho pocas veces, enloquecí y no fui capaz de hacer nada para calmarme.

Salté hacia Bella con mis dedos enredándose en su cuello. Las garras de ella, que lucían un poco más largas que la última vez que las había visto, aunque todavía coloreadas con ese horrible tono rojo, se agarraron a mi pelo. Ambas caímos al suelo, yo sobre ella estrangulándola mientras ella jalaba mi cabello hasta soltarme lágrimas. Me dio un golpe en la cabeza y me tambaleé hacia un lado, cayendo pesadamente de costado. Fuera de sus cabales, Bella se lanzó sobre mí y nos revolvimos en una nube de polvo. La gente formó un círculo a nuestro alrededor y los celulares aparecieron, pero nadie intervino.

Las piernas de Bella me apretaban la cintura y sus manos mi garganta. Con la adrenalina al tope, la agarré del pelo y lo tiré hasta apartarla de mí. No había alcanzado a estar medio segundo libre, para que sus garras se fueran hacia mi cara arañando mi mejilla, al mismo tiempo que mi puño se estrellaba contra su ceja y luego en sus brazos, que había subido para cubrirse. La golpeé por la despreocupación de Alex por mis sentimientos, por mis celos, por el beso de Derek, por James, por sus mentiras, por las mentiras de todos, por las mías, porque era una perra, porque yo era una perra, porque estaba confundida, porque

quería llorar, porque no sabía qué me ocurría, porque estaba atrapada y harta, porque no podía más, porque me había arruinado la vida, porque me había hecho sentir pequeña e impotente, despreciable.

Haciendo palanca con mis piernas, finalmente la aparté a un lado. Se quedó sentada en el suelo con la ceja sangrando. Estaba a punto de lanzarme sobre ella para golpearla con mis puños hasta que mis nudillos sangraran, cuando sentí unas manos deslizarse por mi cintura y separarme de la pelea. La esquina de mi visión se había opacado por la completa furia de la situación, por el pasado, por lo que me había hecho pasar dos veces. Forcejeé como loca contra el brazo que me afirmaban, dando patadas, rasguñando y chillando como una verdadera desquiciada.

—¡TE VOY A MATAR, MALDITA PERRA DEL DEMONIO! —chillé.

En lo más profundo de mi mente, escondida tras capas y capas de odio, sabía que debía detenerme. Sin embargo, no podía, no podía, no podía, no podía. Ella había planificado mis dos ataques, ¿por qué tendría que tenerle consideración? No la iba a matar, solo machacar un poco.

Separada por unos metros, Bella con la cara ensangrentada intentaba también soltarse.

—¡Quítenme las manos de encima! —gritaba.

Al comprender que tenía mucho menos fuerza que el tipo que la afirmaba, recurrió a la mejor táctica: le mordió la mano. Libre, se tiró hacia mí, agarrándome por la cintura y haciéndome un perfecto tacle. Mi espalda golpeó a la persona que me sujetaba y los tres caímos al piso. En un intento por apartar a Bella, impulsé mi brazo hacia atrás y sentí como mi codo conectaba con el estómago de alguien. Oí al hombre quejarse en mi oído, mientras me revolcaba sobre él con Bella arriba de mí, agarrándome del pelo y tirando tan fuerte que me sacaba lágrimas. Vi a Camila aparecer y saltar sobre Bella para alejarla de mí. Con su ayuda, la aparté de un empujón y me puse de pie rápidamente. Con manos temblorosas y las uñas rotas, me arreglé la ropa y la miré con impotencia, porque en el fondo sabía que su regreso significaba mi derrota.

De pronto supe que no podría seguir ahí. Y por fin hice lo que había estado intentando hacer toda la tarde: huir del estadio, dejando atrás las emociones erróneas, a James, a Derek, a Alex, a Camila y a Bella, pero, principalmente, al mar de confusión, a los sentimientos que me revolvían la cabeza y que no me



dejaban respirar. Temblando violentamente, me incliné contra una pared y vomité.

\* \* \*

Estaba encerrada en el baño de un restaurant de comida rápida. Las manos me temblaban mientras apartaba mi enmarañado pelo de la cara y hacía una trenza con él para mantenerlo en orden, a pesar de que me dolía cada folículo capilar. Mi camiseta tenía una manga rota, mi labio estaba partido y tenía tres marcas de garras bajándose desde la mejilla hasta el lateral del cuello. Además estaba cubierta por una capa de mugre. Di la llave y junté agua con las manos. Comencé a limpiarme lentamente, dejando gotas de suciedad resbalando por mi piel. Al alzar la vista hacia mi reflejo, no me sentí más limpia ni mejor. La cabeza seguía sufriendo por el cúmulo de voces que me gritaban para hacerse oír, unas pidiendo paz y otras sangre.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y el alma se me fue a los pies: el vidrio se habría trizado. Cubriendo mi rostro con las manos, comencé a llorar con una intensidad que me dejó temblando de pies a cabeza. No podía más, me rendía, que Bella ganase, no me importaba, yo no podía, no era la mujer fuerte que decía o creía ser, era débil y no podía más, no más.

No valía la pena sufrir por un hombre.

Ni más tranquila ni aliviada, se me acabaron las lágrimas y volví a mojar mi rostro. Esta vez miré la hora en mi celular, percatándome de que habían pasado ya dos horas desde mi encuentro con Bella, y tenía llamadas perdidas de James, de Camila y de Alex, inclusive una de Derek. Justo en eso apareció una llamada entrante.

«James llamando».

Lo ignoré porque la culpa y la rabia hacia y por él eran demasiado fuertes. James iba a terminar conmigo, lo sabía; iba a terminar porque me había besado con su mejor amigo y porque Bella había regresado. Bajé la cabeza derrotada como pocas veces me había sentido. Los ojos me picaron y me fui del baño del restaurant antes de tener la posibilidad de ponerme a llorar otra vez. Me dirigí hacia la caja e intenté fingir no percatarme de las cejas alzadas de la cajera, que con sus ojos extramaquillados recorrían mi desastroso aspecto.

—Hola, mi nombre es Betty, ¿en qué puedo ayudarla?

Pedí un cuarto de libra, aunque hace años que no comía ahí y no era de mis comidas favoritas. Me puse en la barra a esperar mi hamburguesa y metí las manos en los bolsillos para agarrar el celular, fue entonces cuando recordé que Bella había hecho eso mismo dos horas antes. Saqué el teléfono y rebusqué en los confines finitos de los bolsillos, buscando ese algo que podría haberle interesado a Bella. ¿Sería que habría intentado robar mi celular...? Fue en eso cuando rocé una tarjeta arrugada. La saqué y la estiré:

«Invitación privada, viernes 16 de junio.

Nivel 3

Habitación 834

Piso 8

*Madeleine te complace».*

Era para hoy. El corazón, como tantas veces en esa fatídica noche, pareció paralizarse en mi pecho por un largo segundo y volver con una intensidad dolorosa. Las manos me sudaron y tuve que volver a leer la sencilla pero bonita invitación arrugada. La lengua la sentía pastosa en la boca, al caer en cuenta que la tarjeta no podía ser del todo una mentira. Alex me había contado de Madeleine, me había dicho que ahí fue donde conoció a James y Derek, ¿y ahora Bella me dejaba una invitación privada en el bolsillo? Luego de dos años sin verla, ¿y volvía para dejarme eso? Supe, de inmediato, que me arrepentiría tanto si iba como si no a Madeleine.

El cuarto de libra llegó y me senté a comerla, sin despegar la vista de la invitación, buscando el engaño, buscando el porqué para olvidar todo el resto de mis problemas. Busqué «Madeleine» en internet.

«Madeleine, el mejor bar de la ciudad».

¿Un bar? Alex había mencionado una pista de baile, pero en la página oficial de Madeleine no decía nada de un sitioailable.

Al terminar de comer había decidido no ir. Sin embargo, en una locura de última hora, me pregunté por qué no podía ir al famoso Madeleine como una persona corriente y ver qué tan especial era. Algo no calzaba en todo lo referente a Madeleine... y necesitaba saber qué era lo que Bella se traía entre manos. Además, todavía estaba ebria y, por el amor de Dios, necesitaba hacer algo que no fuera llegar a mi casa y sufrir en silencio el odio eterno de James. Ya había

deambulando por la ciudad por dos horas, debía hacer otra cosa.

Tomé el metro y me bajé con un mar de jóvenes en una estación que no me llevaría a mi casa, ni a la de James y Derek. El barrio, conocido por todos por su enorme densidad de bares y sitios para bailar, era extravagante y a la vez sencillo. Constaba de una calle cerrada, donde la gente caminaba buscando el sitio ideal para sentarse. Ambos lados de la calle estaban repletos de mesas y bares con brillantes carteles anunciando sus productos. Mientras caminaba por el barrio iluminado iba escuchando las conversaciones exaltadas y a los camareros engatusarme para que me quedara a beber ahí. La verdad, el barrio me parecía más bonito de lo que en realidad era (lo había visto miles de veces sobria y no era tan magnífico). Llegué hasta donde las luces terminaban y seguí sin encontrar el famoso Madeleine. Busqué la dirección otra vez en el celular.

Al volver por donde venía, un estruendo horrible, como si el mundo se estuviese acabando, resonó por todas partes; era un ruido proveniente desde la ultratumba y que hizo que todos saltaran y se taparan los oídos, asustados. El cielo oscuro se había plagado por nubes densas, que se iluminaban cada cierto intervalo de tiempo como estrías blancas. Habían anunciado tormenta eléctrica esa noche, mas como era algo que nunca ocurría en la ciudad, no lo había creído y ahora todo se iluminaba de blanco cuando un horrible estallido resonó por todas partes. Un rayo se estrelló en alguna parte de la ciudad e iluminó mi camino. Saltaron las bocinas de los automóviles y la gente se alteró.

Corrí por la calle para refugiarme junto a miles de personas que, minutos antes, habían estado cómodamente bebiendo. Llegué a un pequeño bar, tan poco ostentoso y normal que no llamaba para nada la atención. Un cartel con luces rojas colgaba sobre las puertas dobles de madera oscura; decía «Madeleine». Pude divisar dentro a un par de personas, una barra ruin y decrepita iluminación. Tuve que leer otra vez el cartel, porque no me podía creer que ese bar fuera el tan famoso Madeleine.

Entré exaltada y observando las paredes rayadas, las mesas en mal estado y escuchando horrible música ranchera (su animado ritmo me irritaba). El camarero tras la barra, que mascaba lo que parecía ser tabaco, alzó las cejas. No parecía asustado por los ruidos de la tormenta eléctrica; yo sentía que el mundo se iba a acabar.

—¿Algo para beber? —preguntó.

Negué con la cabeza, de todas formas me acerqué.

—Me preguntaba... ¿es realmente este el bar Madeleine?

El hombre apuntó a otro cartel que colgaba sobre las botellas, que no podrían ser más de treinta. Sí, era efectivamente el Madeleine.

—Por casualidad, ¿no habrá otro Madeleine cerca?

El hombre frunció el ceño con sus gruesas y pobladas cejas negras.

—Este es todo el Madeleine que encontrarás en esta ciudad, muñeca.

—Pero...

—¿Qué es lo que no entiendes?

Me relamí los labios. Comenzaba a llamar la atención de los asistentes, pero eso se debía a que era la única mujer (y, además, por lo guapa que era, claro).

Otro trueno resonó por todas partes.

—¿No había aquí una pista de baile? —grité sobre el ruido.

El barman soltó un bufido y sacó un trapo sucio para limpiar.

—Pues no, esto es todo lo que hay.

No, no, no era todo lo que había, estaba segura, Alex lo había mencionado y Bella me había dejado una invitación privada en el bolsillo... ¡Eso era!

Saqué apresuradamente la tarjeta del pantalón y se la tendí al sujeto, quien la estiró y revisó. A continuación la pasó por una máquina ultravioleta y vi un sello aparecer en el reverso. Al alzar la vista me asintió.

—Los baños están al final del corredor. —Me entregó la invitación y yo la volví a guardar.

¿Pero qué demonios...? Fui igual porque no tenía más opciones si quería encontrar la raíz de todo. Un trueno resonó cuando llegué al final del corredor encontrándome con tres puertas: dos que ponían *Baño* (uno de hombres y el otro de mujeres) y en la puerta frente a mí había una anciana sentada.

Me dijo el precio que saldría ocupar los baños y yo, al igual que lo había hecho con el barman, le entregué la tarjeta.

—Me mandaron para acá.

La anciana, sin decir palabra, se puso de pie y abrió la tercera puerta, mientras

me tendía la invitación. La crucé antes de que se arrepintiera, y la cerró de inmediato. La estancia que hallé debía ser una sala aislada de ruido, prácticamente ya no podía oír el fin del mundo ni el bullicio de la ciudad. Estaba en lo que parecían ser las escaleras de emergencia y, al igual que todo lo anterior, se encontraba tenuemente iluminado.

A pesar de la borrachera, comencé a asustarme y presentir que realmente podría sucederme algo ahí, que debía haberle dicho a Camila o a Alex que me acompañaran. ¿Y si era una trampa y Bella me había engañado? ¿Y si esto no era realmente Madeleine y subía y me encontraba a Bella y me secuestraba y nunca volvía a ver la luz del día? El terror hizo que mis piernas temblaran.

En ese instante, a punto de salir corriendo y poner a salvo mi vida, una puerta se abrió y la música electrónica, que revolucionaba las moléculas, inundó el pasillo. Subí corriendo. Una pareja iba a lo que parecía un tercer nivel. Llegué hasta las puertas dobles que se habían cerrado y las abrí. Las luces estrambóticas me cegaron por leves segundos. Fue como una cachetada de olores y una nube asfixiante de calor. Era una masa de personas apretadas, bailando al ritmo de la música, con movimientos cortados por la iluminación.

Entré en el lugar sintiéndome mareada. Las puertas se cerraron detrás mío, dos hombres enormes las vigilaban. Fui absorbida por la música y por los cuerpos que me presionaban. Sentí unas manos rozarme la cintura y me aparté de inmediato, abriéndome camino entre la gente hasta llegar a la barra, que estaba repleta de personas que se inclinaban sobre ella. Dando empujones, a mi alrededor vi ese polvillo blanco ser soltado sobre bandejas de plata ubicadas por todas partes, vi a hombres y mujeres formar líneas iguales con la droga y aspirarla por la nariz, agarrar el resto con los dedos y pasárselo por las encías.

—¿Quieres? —me ofreció alguien.

Era un chico que no tendría más que mi edad e iba con ropa costosa, marca de diseñador. Tenía un enorme reloj con diamantes incrustados.

Me acarició el cabello y se acercó a mi oreja.

—Para ti es gratis. Tengo una habitación arriba. —Deslizó la mano por mi cintura para ir más abajo—. ¿Vamos?

En mi apuro por huir y alejar esas manos, choqué con un grupo de mujeres y les di vuelta la bebida. Intentaron agarrarme de la camiseta para darme mi merecido, pero logré esquivarlas y dando codazos me abrí espacio hacia la

puerta por la que había llegado. Al intentar abrirla, uno de los guardias me detuvo.

—¿Sube o baja?

Sin saber lo que decía respondí:

—Subo.

Tendió la mano y yo le entregué la invitación, que me fue devuelta tras ser leída. Abrió la puerta y me dejó pasar. Nuevamente en la poca iluminada escalera, me detuve. Tenía que irme, tenía que marcharme, alejarme de ese sitio antes de que me arrepintiera. Sí, eso tenía que hacer.

Alcancé a bajar dos escalones, cuando una risa conocida me congeló en el lugar. Con los pies paralizados volteé la cabeza. Derek Blair venía bajando acompañado de dos botellas de whisky, una la tenía pegada a la boca e iba soltando risitas cada ciertos segundos y derramándose alcohol sobre la camiseta. Se detuvo de golpe al llegar a la puerta y percatarse de que lo estaba observando. Sus ojos oscuros se abrieron de par en par, y la botella abierta le resbaló por las manos y se estrelló en el suelo. Mis jeans se salpicaron de alcohol.

—¿Leah?

Subí los dos escalones y le quité la otra botella. Repentinamente necesitaba recuperar el valor perdido. Rompí el sello y le di un trago.

—¿Qué haces aquí? —jadeó.

El alcohol pareció disminuir en su sangre, mientras que en la mía aumentó. Quería sentirme volar, quería tener la fuerza de voluntad de subir los escalones que faltaban, ver lo que tenía que ver para luego olvidarlo todo.

Sin responder, pasé por su lado y seguí subiendo las escaleras, ahora decidida. Si Derek estaba ahí era porque James andaba cerca. Y si estaba solo, era porque James estaba con otra persona. Y Bella había vuelto esa noche y me había dejado una invitación que me llevaría hasta lo que ahora comenzaba a creer serían habitaciones privadas.

Derek corrió detrás de mí, golpeándose en las canillas un par de veces al tropezar. Me agarró de la muñeca e impidió seguir subiendo. Íbamos en el tercer piso donde también había unas puertas dobles vigiladas por dos hombres.

—Leah, ¿qué estás haciendo aquí?

Me solté de él con brusquedad.

—¡Ni siquiera te atrevas a tocarme! ¿Dónde está James?

Él se limitó a abrir y cerrar la boca, enmudecido.

—No importa —lo corté—, sé dónde está.

En la habitación número 834.

Seguí subiendo.

—No puedes ir, Leah —me rogó Derek, jalándome del brazo.

—¿Por qué no? —gruñí. Saqué la tarjeta y se la mostré—. ¿Qué significa eso?  
¡DIME QUÉ SIGNIFICA!

El rostro de Derek perdió el color. Intentó quitarme el papel, pero se lo impedí.

—¿Quién te la dio?

Solté una carcajada enloquecida.

—¿Pues quién crees tú?

—No puedes subir, Leah.

Le di un empujón con la punta del pie para que me soltara. Perdió el equilibrio y tuvo que dejarme libre para no caer rodando. Comencé a subir los escalones de dos en dos.

—¡ES QUE NO LO ENTIENDES, LEAH! —gritaba Derek medio piso más abajo.

Finalmente, llegué hasta el piso número ocho y abrí las puertas. Es James, pensé desesperada. Tenía que ser James el que estaba en esa habitación, tenía que llegar a él, tenía que saberlo. Tantos secretos, tantos, tantos secretos.

Les entregué la tarjeta a los guardias. Frente a nosotros había únicamente un largo pasillo en forma de T, alfombrado en rojo y con iluminación baja. Cada lado estaba repleto de puertas cerradas con un número que los identificaba. Al final del pasillo había dos ascensores.

Avancé por el corredor, leyendo los números de las puertas y tirando de Derek que afirmaba mi brazo. Tenía que ser James el que estaba en esa habitación, por eso Derek se negaba a que llegase a ella. Tuve que golpearle la mano para que

me soltara, y por fin libre para avanzar a mis anchas, me descubrí clavada en el suelo, observando a Derek.

—Tengo que hacerlo, tengo que saberlo —expliqué con la garganta reseca.

Derek, borracho y angustiado en partes iguales, me rogó silenciosamente que no lo hiciera. Me di vuelta para no seguir observándolo, desesperada y enloquecida.

Era James, tenía que ser él. De solo imaginar en lo que me lo podría encontrar... el estómago se me revolvía. El pasillo estaba en extremo silencioso, con ese silencio que augura algo malo, pésimo, horrible.

Era James, debía ser él, debía prepararme para lo que fuera.

Una puerta se abrió y cerró, y pasó una chica apresuradamente hacia los ascensores. Mi mente era un caos tal que tardé varios segundos en comprender que había salido de la habitación 834, mi destino, el lugar donde estaba James.

Con las piernas temblorosas me acerqué. Estiré la mano y la posé en el pomo. Lo giré suavemente, tan lento como podía, ganando tiempo desesperadamente y a la vez deseando que todo se acabara pronto. Empujé levemente la puerta, dejando una pequeña rendija entre la madera y el marco. Desde dentro de la habitación se escuchó un gemido ahogado, la cama crujir, el sonido seco de los besos y las respiraciones agitadas. El estómago se me contrajo y comencé a llorar incluso antes de que terminara de abrir la puerta.

Era una enorme habitación con una única cama en el centro. Y sobre las sábanas rojas de seda, iluminados levemente por una luz proveniente de una mesita de noche, dos cuerpos: una pareja de rodillas y enfrentados. Pero no estaban solos. Un hombre desnudo estaba mirando desde el sofá.

Por un momento me quedé paralizada en la entrada, creyendo que me había equivocado de puerta. Fue en ese instante, ajenos completamente a mi presencia, que lo vi a él besar su cuello, ceja herida y la curva de sus semidesnudos senos.

Ella era Bella.

Solté un horrible chillido. Los ojos que se desviaron hacia mí, los ojos que se clavaron en mí velados por un profundo placer, no eran azules.

No era James quien estaba ahí.

Era Alex.



## Arrepentimiento

Lo peor no fue verlo en la habitación, lo peor no fue ver su cara de placer, su cuerpo desnudo y la falta de aliento. Lo peor no fue encontrarlo con otro hombre desconocido mirándolos, lo peor no fueron sus ojos horrorizados, el rostro destruido y el deseo de que el mundo dejara de girar ahora, ya, para siempre. Lo peor no fue nada de eso, sino no poder soportarlo, el estómago revuelto y las ganas de cerrar los ojos y desear no haberlo visto. Lo peor fue ver a Bella con él, su piel bronceada bajo la suave luz.

Lo peor no fue haber descubierto esa perversión sexual, lo peor fue verlo protegerla, verlo agarrarla con fuerza y desesperación, cubriéndola para que nadie más la viera, escondiéndola, ocultándola a mis ojos como si para él fuera lo más importante de la vida. Lo peor fue descubrir que Alex sentía algo por ella, se le veía en la manera angustiada con la que intentaba ayudarla, en lo poco que le interesaba que yo lo hubiese visto con Bella y otro hombre, porque lo que le importaba era ella. Lo peor no fue comprender que estaba acostándose con Bella, sino ver sus sentimientos por la mujer que había arruinado mi vida..., pero que nadie sabía que lo había hecho, porque me había ido, porque no se lo había contado a nadie. Lo peor de todo fue haber descubierto que mi cobardía la había hecho triunfar, porque tenía a James y Alex, dos de las personas que más me importaban en el mundo. Y descubrir eso había sido la ruina.

Ahora, no sabía si Alex conocía o no a la mujer que realmente era Bella. Y si lo desconocía, era por mi culpa, por no hablar, por haber escapado, por haber pasado todo eso sola y con la boca cerrada, por no haber denunciado a pesar de todo, por no haberlo intentado, por no haber luchado por la verdad. Todo era mi culpa, todo lo que estaba sucediendo era mi culpa, mi culpa y solamente mi culpa.

Cuánto me arrepentía. Cuánto, cuánto me arrepentía.

## Nuestra traición

—Dime, Leah, ¿por qué no puedo tener lo que quiero? ¿Por qué no puedo acercarme y tomarlo?

Los labios de Derek y los míos se rozaron y quedaron así, suspendidos a un milímetro de distancia. Lo vi cerrar los ojos con fuerza y, finalmente, su boca se encontró con la mía y la presionó sin un atisbo de delicadeza; era ira contenida y culpa en partes iguales. El beso terminó en el instante en que reaccioné a lanzarme hacia atrás, y luego Derek tenía enterrado su rostro en mi cuello y sus hombros se estremecían y mi piel se mojaba de lágrimas calientes.

—Lo siento —musitó—. No puedo hacerle eso, no puedo hacerte esto. Yo...

Se detuvo. Sus manos subieron por mis brazos, se posaron en mis hombros y se apartó tambaleante de mí. Desorientado y con la cabeza baja, dio una vuelta sin sentido frente a mí. Actué sin meditación, estiré el brazo y agarré su mano entre las mías. Suavemente lo presioné para que se acercara a mí. Tomó asiento al costado de la cama, con sus rodillas rozando mis piernas y su cabello mal cortado cubriéndole la mirada y las lágrimas que brillaban en sus mejillas.

—Derek, habla conmigo —le rogué. Él negó suavemente con la cabeza, miserable y ruin—. Sé que esto escapa de tus manos, habla conmigo.

Nos quedamos en un largo silencio, con mi espalda apuntando a la entrada de la habitación. Había cosas más importantes que mi dignidad de virgen, había cosas más importantes, como la inminente explosión de Derek, sin embargo... apreté los puños y enredé las sábanas entre mis dedos. Le lancé un rápido vistazo a la puerta abierta y aguardé, prestándole atención al silencio que había dejado el tocadiscos al terminar la música. Quería saber si alguien nos estaba escuchando, pero no sentí a nadie.

Volví a centrar mi atención en Derek y se me reseco la boca ante el posible motivo de por qué estaba así.

—¿James está en problemas?

El chico negó suavemente con la cabeza y se detuvo.

—Derek, no estoy entendiendo nada.

—Debes saberlo, Leah.

Me volví a sentir como hace dos años, cuando Derek había escogido unas palabras similares. Antes de que lo dijera lo sabía.

—James sigue comprometido con Bella.

Alex me había dicho que el compromiso estaba roto. Nada calzaba, nada tenía sentido, pero... lo había sentido, había sabido que con Bella jamás estaría el círculo cerrado hasta que uno de los tres abandonase el plano terrenal para pasar a una mejor vida. Lo sabía, lo sabía y seguía insistiendo en algo que tenía un fin demasiado inevitable.

—Sigue —lo apremié, intentando no entrar en pánico, intentando no dejarme dominar por la angustia y la completa y absoluta locura. Ya una vez había tomado decisiones apresuradamente, sin meditar, preguntar y averiguar hasta el último detalle. Debía aprender de mis errores, debía madurar a pesar de que dolía, debía aguardar y escuchar a pesar de las ganas de cerrar los ojos y huir para evitar el dolor. ¿Por qué la verdad tenía que ser tan dolorosa? ¿Por qué no podía ser como la mentira, llena de posibilidades?

—Cuando te fuiste nunca supiste por qué James tomó la decisión que tomó.

Tragué saliva. Derek se apartó el flequillo de los ojos y su mirada chocolate se entrelazó con la mía.

—James no quería que te lo dijera, porque sabía lo que significaría.

—Solo dilo —lo corté.

Inspiró.

—El abuelo de James casi llevó a la firma O'Connor a la quiebra, y cuando el padre de James tomó el control de las empresas, hizo lo imposible para salvarlas. Y lo hizo por un tiempo, pero los gastos se mantenían en la familia y las ganancias bajaban para cubrir deudas. —Su voz tembló y se refregó la cara con las manos, agotado física y emocionalmente—. Comenzaron a comerse la fortuna O'Connor, hasta que se vieron obligados a pedir, pero nadie quería invertir en un negocio que no era rentable, hasta que... había una persona

interesada en hacerlo, pero pedía a cambio un trato muy particular: si James y su hija se casaban, gran parte del dinero no tendría que ser devuelto.

Eso era lo mismo que Alex ya me había contado.

—¿Y qué pasó? —insistí.

—Que aceptaron, porque la chica era Bella, y James y ella eran amigos de la infancia. No se podían creer el buen trato que habían hecho. Luego, ocurrió lo que te conté... lo del correo falso y todo se postergó indefinidamente. Pero parte del dinero ya había sido entregado.

—Espera un momento, ¿y no había más opciones que aceptar ese dinero?

—No, porque la firma estaba siendo obligada a ser declarada en bancarrota por los acreedores que demandaban un pago que la firma no podía realizar. Así que o se declaraba en quiebra para tener la protección de la ley de quiebras e intentaban recapitalizarse con un dinero que no tenían, pero con la ventaja de que los acreedores no podrían interferir por ese período de tiempo. O vendía todo antes de la quiebra o se declaraba en quiebra y vendía o... aceptaban el dinero que nadie más les ofrecía y así no tenían que declararse en quiebra, perder contratos ni vender parte de las empresas.

—¿Y tú, Derek?

—¿Yo qué?

—¿Por qué no fuiste tú el que ofreció dinero?

—Porque ese dinero es de mi familia, no es mío, no son mis empresas y ni siquiera pienso trabajar ahí.

Acaricé mi sien en busca de idea o soluciones que aparecieran de la nada.

—¿Y qué pasaría si no le pagaran al padre de Bella? O sea, que James no se case y no tengan cómo devolver el dinero.

—Que es un acreedor garantizado.

—Sigo sin entender.

—Que tienen como respaldo una garantía.

—¿Y cuál es la garantía?

—Todo lo que tienen los O'Connor: casas, tierras, empresas, todo, solo así

podrían devolver la cantidad de dinero prestada.

—Entonces...

Asintió.

—Si no pagan, se quedan sin nada.

—Pero... —Derek esperó a que ordenara mis pensamientos—. Pero yo sabía que James había roto el compromiso.

Derek se rascó la nuca.

—Y así había sido. Cuando te fuiste, James intentó romper el compromiso, pero... le bastó con tener una charla con su padre sobre todo lo que iban a perder, para hacerlo desistir de la idea de hacerlo.

Ambos hicimos una pausa; fui yo la que rompió el silencio:

—Entonces, el problema que tiene ahora James...

—Sí, es porque todavía cree que puede romper el compromiso para estar contigo. Vive en una especie de realidad paralela donde cree que todo se solucionará mágicamente porque está enamorado y es correspondido.

Me cubrí el rostro con las manos y después las dejé caer de manera brusca y repentina, en una explosión de sentimientos.

—¡Es que eso no puede ser posible! ¡Es hora de que James madure y se dé cuenta de que no vivimos en un mundo donde todo termina en un final feliz!

Las lágrimas me cerraban la garganta. Tuve que detenerme y mirar el cielo para poder seguir hablando.

—Esto me supera, Derek. La estupidez de James me supera. Quiero ayudarlo, de verdad que quiero, pero él no hace más que tomar decisiones sin sentido. Cuando... —Tragué saliva con los ojos ardientes—. Cuando acepté salir con James fue sabiendo todo esto, fue teniendo en claro que un día Bella iba a reaparecer y que todo tendría que terminar. Y aun así acepté. ¿Es que James no lo entiende? No le estoy pidiendo nada...

Derek se acercó y acarició mi cabello suavemente.

—¿De verdad que James piensa que puede escapar de su destino? —musité, todavía incrédula.

Suspiró.

—Hasta ahora lo ha logrado porque Bella está desaparecida y no tiene contacto con ella desde hace meses.

Tragué saliva.

—¿Por qué James no habló conmigo de todo esto?

—¿Y para qué? Ibas a dejarlo y eso es lo que está evitando.

Bajé la mirada.

—Podríamos haber llegado a una solución mucho menos terrible. Él no confía en mí, no hace más que mentirme.

—Leah, no es que la gente te esté mintiendo específicamente a ti. Ellos mienten porque tienen miedo, no para perjudicarte o hacerte sufrir. Si fuera tan fácil ir por la vida diciendo la verdad, todos lo harían. Pero créeme que, independiente de si te ofende y enoja que te mientan, lo seguirán haciendo. Tampoco digamos que tú eres un libro abierto, así que deja de hacerte la víctima, que si tú lo estás pasando mal... imagínate cómo deben sentirse ellos. Imagínate que sienten tanto miedo que prefieren enfrentarse a las consecuencias de una mentira que decir la verdad.

Sus palabras fueron como pequeñas puñaladas. Se me secó la garganta. Dejé caer la mirada y me observé las manos con impotencia, con un deseo ferviente de estrangular el delicado cuello de Bella. Una vez más, Bella había sido más inteligente que yo, había atacado con su mejor arma y, con ello, se había ganado a James para siempre.

Entonces fue cuando caí en la cuenta de algo. Derek no me habría contado todo eso de no necesitar mi ayuda.

—Está bien, Derek —susurré en aceptación.

El chico me agarró los hombros con las manos calientes.

—¿Me ayudarás?

Asentí, sintiendo que era incapaz de hablar sin ponerme a llorar.

—Hazlo por él —me pidió con voz suave

—Lo haré.

—Necesitamos que James te deje ir, ¿lo entiendes?

Porque a veces era mejor un pájaro en una jaula, que uno en libertad con el rifle del cazador apuntándolo en un tiro mortal.

Alcé los ojos y nuestras miradas se encontraron.

—¿Qué quieres de mí?

—Mucho.

—¿Pero qué necesitas?

—Que te enamores de mí.

## Claustrofobia

Solté la manilla de la habitación 834, donde Bella había ganado otra batalla y tal vez la guerra, porque yo no daba más, porque no podía seguir con esa presión psicológica que jamás terminaría. Bella estaba loca y con una persona así no se podía tratar. Era morir en el intento o rendirse antes de tiempo, y yo me rendía.

Alex ni siquiera intentó pronunciar palabra.

Giré y me enfrenté a un corredor donde las luces parpadeaban. Después las puertas metálicas del ascensor estaban frente a mí, mi dedo clavado en el botón de bajar y mis ojos puestos en el número que marcaba el piso en que se hallaba. Los oídos me piteaban, pero a pesar de eso escuchaba el alboroto en la habitación dejada atrás y a Derek intentando convencerme para que me fuera por otro lado. Ignoré todo y me moví como una autómatas.

Las puertas se abrieron y entré. Apreté el primer piso, mientras veía a Derek en la entrada, observando con agonía la caja de metal en la que yo estaba. Sabía desde un principio que no era buena idea meterme en el ascensor, pero qué me importaba eso en ese momento. Estalló el pitido que anunciaba el cierre de puertas y Derek se movió en el último segundo, entrando y quedando atrapado conmigo en el interior. De inmediato, sus ojos se mostraron angustiados y su postura reflejó estrés, pero yo lo único que realmente veía era a Alex besar con amor el rostro de Bella tan machacado por mí.

—Creo que se va a cortar la luz —habló con voz estrangulada.

Sus movimientos nerviosos me hicieron descongelar parte de mi petrificado corazón.

—Lo sabías —lo acusé—. Lo sabías.

Derek había cerrado los párpados con fuerza.

—¿Que sabía qué? —susurró. Su boca parecía reseca y sus labios estaban



agrietados.

—Sabías que Alex estaría ahí con Bella, siempre lo supiste, y por eso no me dejabas subir. —Me sentía abrumada por la impresión y el asco—. ¿Cómo pudiste hacerme esto de nuevo?

No contestó, se limitó a abrir los ojos y clavarlos en el marcador digital, que iba anunciando nuestro piso: el siete.

—¡Te estoy hablando! —chillé indignada—. ¡Lo sabías! ¡Lo sabías y me impediste subir para que no averiguara la verdad! ¡Me hiciste creer que era James! ¡Me hiciste creer que James estaba con Bella! ¡Creí que estábamos juntos en esto!

Pero Derek me ignoraba. Fuera de mis cabales, estrellé mis puños en su pecho para hacerlo reaccionar, para que se sintiera tan mierda como me sentía yo en ese preciso instante.

—¡Ten la valentía de responderme!

Nuestras respiraciones se entrelazaron. Derek sudaba frío, la piel se le había humedecido y demacrado, y sus manos no dejaban de retorcerse entre ellas, mientras sus labios pronunciaban palabras sin sentido.

—¡Dices amarme y no haces más que mentirme!

En su mirada brilló el pánico enfermizo, algo que se escapaba de su control, algo que no tenía nada que ver con lo que habíamos averiguado. Ante eso, todo el resto de mis emociones se esfumó.

—¿Derek?

Sus labios reseco tiritaron. Volvió a fijarse en el marcador digital: quinto piso.

—¿Derek...?

Sus ojos aterrados y en ese momento llenos de oscuros secretos, se clavaron en los míos.

—N-no... p-puedo... r-r-respirar.

Lo agarré por los hombros.

—¿Derek, qué...?

En el mismo instante en que recordaba que Derek Blair sufría de claustrofobia y me daba cuenta de que no sabía qué hacer, porque no estaba preparada para una situación de ese tipo, el ascensor se detuvo de golpe y ambos perdimos el equilibrio, cayendo al suelo estrepitosamente. La luz del ascensor se fue. La respiración de Derek se volvió más fuerte y superficial, y luego sus uñas raspaban el metal.

—No, no, no, no, no, no, no, no...

Era lo único que decía. Sus puños golpearon las paredes, sus pies se arrastraron por el suelo y sus dedos toquetearon los botones del panel, primero suavemente y después con fuerza e insistencia.

—¿¿ALÓ?! —Sus dedos machacaron los botones—. ¿¿ALÓ?!

Pero nadie contestaba.

—¡ESTAMOS ATRAPADOS! ¡ESTAMOS ATRAPADOS! ¡QUE ALGUIEN VENGA A SACARNOS! ¡AYUDA! ¡AYUDA, POR FAVOR! ¡QUE ALGUIEN NOS SAQUE DE AQUÍ! ¡AYUDA, POR FAVOR, POR FAVOR, POR FAVOR...! Por favor, por favor... por... favor...

Un puño se estrelló contra la puerta de metal y a continuación, nada. Angustiada, estiré los brazos y palpé el aire para encontrarlo. Sus gemidos desde un rincón me dijeron dónde estaba. Me arrastré hasta él y mis manos tocaron su piel mojada y helada, sus músculos que tiritaban. Sus dedos se dispararon hacia mi brazo como garras y apretaron con una desesperación de alguien que está reviviendo su peor pesadilla.

—Sácame, sácame de aquí, por favor, por favor, seré bueno, por favor, no quiero, sácame de aquí, sácame de aquí, sácame-sácame-sácame-sácame...

Busqué su rostro con mi brazo libre y le aparté los mechones sudorosos de su frente.

—Derek, soy Leah... Leah. Escucha mi voz, soy yo.

Se movió de manera violenta, su cabeza azotándose de un lado a otro.

—No, no, no, no, nonononono, sácame de aquí, sácame, no quiero, por favor, no quiero...

En el mismo instante en que yo me estiraba para intentar palpar los botones de emergencia del ascensor y encender alguna luz, Derek se movió de manera

brusca y luego se oyó un sonido que resonó como ollas aporreadas. Mi dedo alcanzó los botones y empecé a apretarlos a tontas y a locas. Una débil luz fantasmagórica se encendió sobre nosotros y quedé enceguecida leves instantes, el tiempo suficiente para que Derek, quien me había estado dando la espalda, se volteara a verme.

Sus ojos, tan amenos y divertidos siempre, eran demenciales, la locura giraba en ellos sin control. Su cabello se había pegado al casco y tenía los puños ensangrentados. Una de esas uñas que mantenía largas para tocar la guitarra, se había desprendido dejando la piel expuesta.

Se lanzó nuevamente hacia las puertas, incrustando sus dedos entre las rendijas para intentar abrirlas. Lo logró medio centímetro y después volvieron a cerrarse. Gritó desesperado. Fui hacia él cuando una nueva uña se le desprendió de raíz; intenté afirmarlo de los brazos, mientras se debatía como loco y me plantaba un codazo en el centro del pecho que me mandó hacia atrás por la falta de aire.

Luché conmigo misma para no hacerme un ovillo y largarme a llorar tan amargamente como quería.

—¡Basta, basta, basta! —grité.

—¡Abran la puerta! ¡Abran la...!

Su mano se estrelló contra el tablero de botones, hundiendo parte de ellos. La luz del ascensor se esfumó y quedamos sumidos de nuevo en la oscuridad.

¿Cuánto tiempo habría pasado? Ni dos minutos y todo parecía tan lejano y eterno en ese encierro. Un ruido seco, las rodillas de Derek. Un llanto cortado más abajo, Derek debía haberse desplomado. Volví a arrastrarme hacia él mientras su gímoteo débil resonaba en ese espacio tan limitado.

—Por favor —suplicaba con la voz rota—. Por favor, sáqueme de aquí, por favor, le juro... le juro que no haré nada. Por favor, por favor, por favor, sáqueme de aquí.

Eso no era simple claustrofobia, era algo mucho peor. ¿Qué le habían hecho? Dios mío, ¿qué le habían hecho?

—Derek...

Palpé el suelo hasta que encontré su cabeza y terminé de arrastrarme para

ponerla sobre mi regazo.

—Soy Leah, ¿me entiendes? Yo... yo no te voy a hacer nada... no dejaré que n-nadie te haga nada.

Él siguió estremeciéndose, jadeando y suplicando que abrieran las puertas. Desenredé suavemente, pero con insistencia, sus dedos que jalaban su cabello hasta el punto de arrancárselo.

—Escucha mi voz, soy Leah, no hay nadie más.

Hizo un movimiento que no capté.

—Yo... por favor, por favor, por favor. Tengo miedo, sácame de aquí. No quiero estar más aquí, ayúdame, por favor.

Me mordí el labio para que no escuchara mi llanto, tenía que ser fuerte, tenía que ser fuerte para él, por Derek.

—Ya vamos a s-salir —prometí—. Cuenta co-conmigo.

Busqué el celular en mi pantalón y encendí la pantalla activando la aplicación de linterna. La cabina del ascensor se iluminó lo suficiente para ver el cuerpo de Derek derrumbado contra mis piernas, dándome la espalda. Dejé el celular en el suelo y lo volteé para verle el rostro.

—Derek, necesito que vuelvas. Cuenta conmigo.

Las manos me temblaban cuando finalmente agarré el celular e intenté marcar. La señal estaba muerta. Derek se removió en el suelo para hacerse un ovillo. Y luego, nada, se quedó dándome la espalda, paralizado. Temía tocarlo y comprobar si estaba bien. Pasó un silencio que se hizo eterno.

—¿Sabes por qué los ascensores de la escuela nunca se arreglaron? —Su voz se escuchó vacía y sin fuerzas, muerta. Estaba drenado de la adrenalina y solo era un cascarón vacío en su interior.

Busqué desesperadamente mi voz para poder responderle.

—Por el terremoto —solté al fin.

—No. —Silencio—. Fue por mí.

Me incliné ligeramente hacia adelante para intentar verle el rostro. Me lo encontré contemplando la nada sin pestañear con las lágrimas congeladas en su lugar.

—Llevaba ya un tiempo en la escuela cuando mis compañeros de ese entonces empezaron a sospechar que jamás subía por el ascensor. Siempre tenía una excusa para quedarme atrás y no tardaron en burlarse y provocarme para que me subiera a uno, pero yo no cedí porque sabía las consecuencias. Hasta que un día...

Se le quebró la voz. Soltó un suspiro que lo hizo estremecerse por completo.

—Hasta que un día me agarraron entre todos y me metieron dentro.

Busqué en la oscuridad su mano y se la tomé. Hizo otra eterna pausa.

—Me dije a mí mismo que solo serían unos segundos, que nada pasaría y que si me quedaba ahí le probaría a todos que podía subir en un maldito ascensor. Así que dejé que las puertas se cerraran —continuó—. Olvidé lo cruel que uno es a esa edad... —Se removió y se soltó de mi mano, queriendo aislarse de todo y consolándose a sí mismo—. A ellos les pareció que no había nada más gracioso que cortar la luz del edificio mientras yo estaba dentro.

Cerré los ojos con fuerza.

—Dios mío, Derek...

—Pero fui afortunado —susurró, interrumpiéndome—. Dentro del ascensor iba otro chico. Se había subido conmigo James O'Connor, el niño nuevo y del que me había reído durante días. Y a pesar de eso, él me ayudó. Ni siquiera nos conocíamos y él me ayudó, me contuvo cuando quise azotarme contra las puertas, a pesar de que estaba enloquecido y lo golpeé hasta que las manos me sangraron. Y cuando estuve demasiado cansado para seguir, se limitó a sentarse a mi lado y decirme que se llamaba James. Después de eso, ¿cómo no iba a...? ¿Cómo podía no sentir...?

Lentamente, como si le doliera hacerlo, se volteó y nuestras miradas se encontraron. Y en ese instante, encerrados en ese pequeño lugar apartado del mundo, lo supe.

El mundo se desplomó sobre mí.

Sus párpados se cerraron cansados después de tan ardua carrera. Su cabeza cayó levemente hacia el costado con una lágrima solitaria yéndose por su mejilla y muriendo en su cabello. Y por fin, tras años de mentiras y fingir cosas innecesarias, creí saber la verdad, creí comprender lo que habían significado los últimos días y por qué se habían desarrollado las cosas como lo habían hecho. Y

todo empezó a tener sentido para mí en ese momento; ¿no era que acaso Derek tenía sentimientos por James? ¿Podía ser eso posible o solo eran ideas enfermas que solo mi lunática cabeza podía imaginar?

No volvimos a hablar y perdimos la percepción del tiempo, con Derek en un rincón del ascensor hecho un ovillo, como si se hubiese muerto o dormido. Comprobé la hora tras desorientarme y sentir que llevábamos toda una vida ahí. Diez minutos, llevábamos diez minutos encerrados y sentía como si ese lugar fuera lo último que verían mis ojos.

Más de una vez quise encontrar mi voz y preguntar lo que daba vueltas por mi cabeza: ¿Sientes algo por James más allá de una amistad? Pero no me atreví, porque sabía que el instante había muerto y Derek ya se había refugiado en sí mismo, dejándome afuera de sus pensamientos y sentimientos.

Un horrible ruido llenó la cabina sacándonos del estupor. A continuación, la luz del ascensor se encendió y se puso en marcha con una sacudida brusca. Incrédulos, nos miramos. Yo me puse de pie con las piernas temblorosas y Derek me imitó sin fuerzas, agotado a un punto que poco le importó limpiarse los rastros de lágrimas en sus mejillas; era como si le dijera al mundo, ya está, aquí estoy destrozado.

Llegamos hasta el siguiente nivel y las puertas del ascensor se abrieron hacia un corredor iluminado por luces de emergencia y una fila de personas que nos apuntaron con sus linternas. Derek, con ojeras que demacraban su bello rostro, continuó apoyado contra una de las paredes, pálido y visiblemente temblando.

Una de las personas se adelantó al grupo.

Era James.

Y lo demás pasó como un pestañeo.

Derek volteó el rostro para sonreírme resignado, como diciéndome que estaba bien, que seguramente James me abrazaría a mí y luego se iría a comprobar cómo estaba él, y que a él le parecía perfecto porque hace mucho tiempo que había asumido que era la segunda opción.

Pero no fue así.

La primera reacción de James fue meterse dentro de esa caja metálica que apestaba a sudor y encierro. Ni siquiera titubeó y ya sus brazos estaban alrededor de Derek, abrazándolo y permitiéndole ser el pilar que tanto necesitaba su amigo

en la vida.

El rostro de Derek se asomó sobre el hombro de James, con sus ojos grandes y en shock se clavaron en mí, para empezar a cerrarse lentamente en un alivio insuperable. Sus dedos se enterraron en la espalda de James y su rostro quedó escondido en su cuello, aferrándose a él como si fuera su salvavidas.

Derek se había equivocado con respecto a James, se había equivocado porque eran mejores amigos y, como tal, James siempre lo elegiría antes que a mí, y eso era algo que yo aceptaba y esperaba de una manera que nunca nadie podría entender.

## Un final demasiado inminente

Desde la ventana de una de las habitaciones que nos habían brindado tras ser rescatados, le echaba un vistazo a la ciudad sumida en un completo desastre, y tan oscura como podía estarlo producto de un corte de electricidad ante la caída de un rayo. La gente fuera del Madeleine corría sin sentido para buscar refugio al lugar más cercano, cuando un nuevo rayo alumbró todo. Mi rostro se iluminó con un aire cadavérico, mientras intentaba fundirme con la pared del cuarto.

Volteé levemente el rostro para mirarlos y el estómago se me contrajo. James y Derek, sentados en la cama del cuarto, hablaban en voz baja. Era una conversación que quería, y a la misma vez no, escuchar. Pero sabía que era privada, que ambos la necesitaban y, venciendo mi curiosidad, no hice ningún intento por oír. Estaban de espaldas a mí y sus hombros se rozaban cuando algunos de los dos se movía para enfatizar algo. Derek parecía destruido y sabía que James intentaba decir algo para ayudarlo, pero no parecía estar dando mucho resultado. Parecían... Dios mío, ¿realmente había entendido bien? Eran suposiciones graves.

Derek dejó caer la cabeza con expresión derrotada. James, viendo a su amigo así, le agarró el mentón con una mano y lo obligó a alzar la mirada, esquiva y escurridiza. De pronto, los ojos chocolate de Derek se encontraron con los de James y sentí que todo en el mundo se caía a mí alrededor y un estado de creciente pánico me llenó. Yo... me sentí de pronto como un estorbo, y unas ansias desesperantes se hicieron presentes en mí. Repentinamente, quería que entre ellos sucediera algo. ¿Era realmente enfermo por mi parte desear que Derek besara aunque fuera una vez a James? La respuesta era: sí. Era una enferma de mierda, estaba mal de la cabeza.

Nada ocurrió. Derek se zafó de James finalmente y sus ojos se clavaron en mí. La mirada de James llegó después y pareció rogarme mil cosas que no comprendía. Me estaba pidiendo ayuda para que consolara a su mejor amigo,



¿pero de qué manera? ¿No se daba cuenta que Derek sentía cosas por él? ¿No se daba cuenta de que Derek me quería de una retorcida manera, pero a él también? ¿Cómo era posible conocer tanto a una persona y a la misma vez desconocer ese secreto que luchaba por quedar libre? ¿O era yo la que, con la confusión y la locura de esa noche se estaba imaginando cosas? ¿Sería posible que tantos secretos me estuvieran haciendo ver secretos donde no los había?

—Leah —dijeron los labios de James de manera queda.

Iba a terminar conmigo. Tal vez no hoy, tal vez no mañana, pero sí cuando las aguas se calmaran un poco y la vida ya no pareciera un volcán a punto de explotar.

Quedé en tensión, preparada para lo que sería esa guerra en la que había luchado incontables batallas y salido perdedora en la mayoría, porque Alex salía con Bella, James seguía comprometida con ella y Derek parecía tener sentimientos dormidos por su mejor amigo; ¿era esto posible o me estaba volviendo loca?! Porque si era James a quien quería, ¿por qué Derek insistía en decirme que me quería a mí? Las suposiciones en mi cabeza parecían tan equivocadas y a la vez tan acertadas.

James se puso de pie y el pánico escapó de mi control. En un pestañeo estaba a su lado, afirmando su muñeca con fuerza.

—¿Dónde vas? —musité—. ¡No puedes dejar a Derek solo! ¡No me puedes dejar a mí cuando por fin me he rendido a ti!

Agarró con suavidad mi mano y se soltó del agarre. Parecía triste, pero más que triste, era como si quisiera borrar esos malos recuerdos de su cabeza y, por más que la sacudía, no pudiera apartarlos de ella.

Los labios se me marchitaron como una flor sin agua.

—Derek debe decirte algo y yo solo estorbo aquí.

Su mirada rehuyó la mía, que intentaba buscarla desesperadamente para ver que nada había terminado, que todo estaba bien entre nosotros, que el mundo podía ser un desastre, pero nos teníamos y eso, por ahora, valía la felicidad de una vida.

—Estaré afuera —sentenció.

Se largó antes de que pudiese convencerlo de algo que no entendía con

claridad. Hice un ademán de ir hacia la puerta que se había cerrado detrás de James.

—Leah —me llamó Derek con suavidad.

Apreté los puños y lo dejé estar, dejé que James se fuera porque en ese momento era mucho más importante Derek y su trauma que mis sentimientos.

—Leah, ven, hablemos.

Iba a confesarme que estaba enamorado mi novio, quien era su mejor amigo, lo sabía, tenía que ser eso.

—Esto es algo que James sabe hace mucho tiempo.

¿James lo sabía?, ¿sabía que Derek lo amaba? Ya, ¡basta! Eran suposiciones, nada más que suposiciones, ¿por qué lo estaba tomando como algo real?

En estado de estupefacción, obligué a mis piernas a moverse y tomar asiento a su lado. Sin haberlo planeado con antelación, agarré su mano entre las mías.

—No tienes que contarme nada que no quieras —musité.

Tomó aire y lo dejó escapar con un suspiro tembloroso.

—Quiero, y lo voy a hacer.

Tuve que prepararme mentalmente para lo que vendría.

—Por favor, solo te voy a pedir que... que nunca le cuentes a nadie lo que te voy a decir.

Asentí de manera ida, con medio cerebro en la habitación y el resto en explosión de pánico.

Parecía un niño enfrentado a su peor pesadilla.

—De pequeño yo era consentido —comenzó de manera pausada—, extremadamente consentido. O me daban todo lo que quería o mis padres sufrían las consecuencias. —Soltó una sonrisa incrédula por algún recuerdo del pasado—. Pero transcurrió el tiempo y mi padre conoció a Giorgia; mi madre no fue capaz de soportar esta infidelidad de mi padre y pidió rápidamente el divorcio. Y ya conoces el resto de la historia: me fui con mamá, papá luchó por mi custodia, la tuvo y terminé viviendo con una madrastra y una hermanastra.

»Con el tiempo, lo quisiera o no, tuve que acostumbrarme a ambas. Papá,

como pocas veces en la vida, parecía realmente feliz con ellas; y mi padre de verdad que es una gran persona, se merecía aquella alegría. Pero los problemas en la casa comenzaron mucho antes de que Emma me besara, porque... ella estaba obsesionada conmigo y me seguía a todos lados, hasta el punto que un día se encaramó a un árbol cuando yo estaba con una chica y cayó sobre nosotros cuando nos besamos. Y era un chico y me habían arruinado la cita y me enojé tanto que le grité, sin ser capaz de controlarme y ella se fue llorando. Cuando volví del hospital con un yeso en el brazo por culpa de Emma, Giorgia me estaba esperando...

Cerró los ojos con fuerza y se estremeció involuntariamente, mientras sus hombros caían levemente hacia adelante, como protegiéndose a sí mismo de lo que estaba por venir.

—En mi arrogancia, pensé que ella no sería capaz de hacerme nada, porque yo se lo contaría a papá y él tomaría partido por mí. Así que me enfrenté a ella, preparándome para el golpe... pero solo habló, pidiéndome amablemente que fuéramos al sótano de la casa. —Soltó un bufido despectivo—. Qué estúpido era y qué arrogante. La seguí con altivez, y una vez ahí abrió un viejo congelador y sostuvo la puerta abierta.

»“Entra”, pidió.

«“¿Estás loca?!””, le grité desconcertado.

»“¿Eres acaso un cobarde?”.

—Frente a esa provocación, ¿adivina qué fue lo que hice? —me preguntó.

—Te metiste —respondí.

Asintió suavemente.

—La verdad, lo hice sin pensarlo, nunca le había tenido miedo a la oscuridad o a los lugares cerrados, nunca, para mí eso no era más que una estúpida prueba. Así que me metí al congelador, solo para desafiarla.

»“Alguien debe enseñarte un poco de disciplina, niño mimado”, dijo y luego nada, la puerta se había cerrado. Tuve el descaro de quedarme dormido y cuando Giorgia fue a buscarme supe que había ganado. Pero, claro, ella no se rindió. Cada vez que yo me portaba mal, me pedía ir al sótano y encerraba en el congelador y yo siempre respondía con lo mismo: quedándome dormido.

La última palabra casi fue inaudible, la garganta parecía habersele cerrado y tuvo que tomar aire para controlarse. Los hombros le temblaron ligeramente y sus ojos brillaron, conteniendo las lágrimas con la cabeza hacia atrás y enfocado en un punto en el cielo raso. La nuez de Adán subió y bajó. Se refregó la cara con las manos, quitándose algo invisible y continuó:

—Como yo no aprendía sus *lecciones*, fue dejándome cada vez más tiempo encerrado. Y como yo seguía sin aprender, persuadió a mí papá de que Highlands era lo mejor para mí y así terminé en el internado. En venganza, le hice una broma: mandé a la modista el vestido que iba a llevar a una cena en la empresa de papá, y le pedí que le descosiera las costuras de tal modo que, tras forzarlas un poco, cedieran.

»La broma resultó mejor de lo que imaginé. Mi padre había terminado de dar su discurso, cuando mi madrastra tomó asiento y todas las costuras se rompieron a la vez. Y si bien ella no tenía pruebas para culparme, sabía que yo era el responsable, así que era cuestión de tiempo para que yo pagara. Esperó hasta que papá se fue de viaje y me pidió que bajara al sótano. Como siempre, Giorgia sostenía la puerta del congelador y yo me metí dentro.

Volvió a apretar los ojos con fuerza y sacudió la cabeza con brusquedad.

—Siempre me sonreía antes de cerrar la puerta del congelador, como si quisiera decirme que esta vez sí caería ante ella. Y esta vez tenía razón: escuché un clic cuando la puerta se cerró.

Me llevé las manos a la boca.

—¿Le puso candado?

Derek tragó, intentando buscar su voz perdida en los recuerdos.

—Sí. Era un congelador viejo e industrial, de esos grandes que tenían un cerrojo para ponerle candado, pero ella nunca lo había hecho hasta ese momento. Lo del congelador nunca había sido un real castigo, yo siempre había tenido la oportunidad de salir cuando quisiera, pero esta vez no.

»Me puse a golpear el congelador y a gritarle que me sacara de ahí. Pero no, nada de eso. Me había encerrado y no tenía forma de escapar.

Se quedó en silencio repentinamente y estático, con el mismo pánico pasado brillando en sus ojos y deformando su expresión. Se retorció las manos hasta que sus dedos tomaron una coloración amoratada y después, de un brinco, se puso de

pie y dio una patada a una lámpara de noche que se destruyó con un estruendo al chocar contra la pared.

Di un respingo.

—¿Sabes siquiera lo que se siente estar encerrado así? Es lo más cercano a ser enterrado vivo y yo estaba ahí, sin poder hacer nada. Y pasó el tiempo y caí en cuenta de que mi vida dependía de ella... de esa mujer que nunca sintió por mí ni un poco de afecto.

Me acerqué, deslicé mis manos por su cintura y pegué mi cuerpo a su espalda, porque podía entender lo que se sentía.

—Luego... —la voz se le cortó—. Luego ella me había dejado libre. —Tomó aire y lo abracé con más fuerza por la cintura—. Fui incapaz de contarle a nadie lo que había ocurrido, me aterraba volver a molestarla y que volviera a hacerme algo así. A los meses, comenzó otro año escolar y pasó ese incidente en el ascensor con James y el resto ya es historia conocida: Emma me besó y Giorgia nos descubrió.

—Y con todo lo que te había pasado, ¿fuiste al sótano igual?

Sus hombros se pusieron tensos. Lentamente, se dio vuelta y quedamos uno al frente del otro, mirándonos a los ojos a pesar de la diferencia de estatura. Su asimétrico cabello apuntaba en todas direcciones y su rostro sudaba frío.

—No, estaba cenando, luego nada y después estaba en el congelador. Intenté llamar por teléfono, pero obviamente estaba la señal muerta... y fue entonces que apareciste tú.

—¿Yo?

Sus manos se apoyaron en mi nuca.

—En mi desesperación me puse a ver las fotos y... ahí estabas, tan fuerte, tan indestructible que por primera vez deseé que todo eso fuera mío. —Hizo una pausa—. Y las horas pasaron y... como que llega un momento que uno simplemente acepta lo que viene, es terrible pero es así, y yo de verdad creía que iba a morir. Pero papá volvió temprano ese día y ya sabes lo que siguió.

—Y Emma... ¿ella nunca supo nada?

—De lo mío no. Siempre me he preguntado si Giorgia hacía lo mismo con ella, porque Emma evitaba estar en casa tanto como podía pero...

Lo interrumpió en seco un grito desgarrador que provenía del pasillo. Ambos nos pusimos en alerta de inmediato.

—¡James, no, por favor!

Ay, no, era Bella.

En el pasillo iluminado tenuemente por un par de lámparas de emergencia, estaban Bella y James discutiendo. Bella tenía agarrado a James por la camisa, como si le estuviese suplicando algo.

—¡No puedes hacerlo! —musitaba entre lágrimas.

—Bella, no sigas, por favor... no voy a cambiar de opinión.

Fue en ese momento cuando Bella se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

—¡Todo es su culpa! —No me apuntó, por lo que ni James ni ella se habían percatado de nuestra presencia; de todas formas, sabía que se refería a mí—. ¡Todo es su culpa! ¿Por qué me castigas a mí, si yo lo único que he hecho en la vida es amarte y ayudarte? Siempre has sabido que tienes mi corazón, ¡y no has hecho más que utilizarme cada vez que lo necesitas!

Se lo ganó solo como Bella sabía hacerlo. James dejó de forcejear y tomó sus manos, su postura decía culpabilidad y «lo siento» en la misma proporción.

—Sé que no eres culpable de nada... ¿pero cómo quieres que me sienta, Bella? Me están obligando a estar contigo. Tu padre está presionando al mío para mantener el compromiso o nos quitará todo.

—No tiene que ser una obligación si tú quieres.

Y James, siempre el considerado y amable James, por primera vez no lo fue.

—Pero no quiero, ese es el punto. Yo a ti no te amo.

El rostro de Bella se petrificó en una expresión de horror. Y supe que nada de eso era actuación, que Bella había dejado caer sus defensas por James, porque él era todo lo que siempre había amado. Por primera vez me pregunté si Bella realmente era la mala de la película o si era esa mujer que estaba dispuesta a dejar todo por el hombre que llevaba amando desde pequeña. Por primera vez también me pregunté si el verdadero culpable era James.

—Bella, debes entenderlo, tú y yo no somos los mismos de antes. No puedes pedirme que deje de amarla solo porque tú me amas a mí, es ridículo.

—¿Amarla? —preguntó desconcertada.

Y James insistió, como si quisiera destrozarla hasta convertirla en pedazos.

—No puedes obligarme a casarme contigo —insistió.

Bella llegó al límite y lo golpeó en el pecho con sus puños, su rostro amoratado por mi culpa, brillaba en dolor.

—¡Tú fuiste el que me pidió ayuda! Tú me contaste los problemas que estaba sufriendo tu familia y yo te ofrecí ayudarte como podía... ¿y ahora me haces esto? Yo le pedí a papá que les prestara el dinero, ¡pero él se negó porque ustedes estaban en la mierda!

—Jadeó en busca de aire—. La única culpa que tengo es de haberle insistido, pero no es mi culpa que la única solución que él haya encontrado fuera que nos comprometiéramos. Papá empeñó parte de su fortuna en ese préstamo, ¿y ahora yo soy la culpable?

La cabeza me dio vueltas en hipótesis, acentuándose la que culpaba a James de que las cosas se hubieran complicado por sus problemas financieros.

Pero Bella no había terminado de hablar, porque ella sabía cuándo enterrar la daga y producir el máximo daño.

—Ahora soy yo la culpable cuando fuiste tú el que me pidió que aceptara. Te recuerdo que yo no quería, porque sabía que no me amabas. Pero ¿qué hiciste tú?, ¿te lo recuerdo?

James estaba paralizado.

—Dijiste que nada podía ser mejor, porque éramos amigos desde los cinco años y nada podría ser mejor que casarse con tu mejor amiga. Y yo, como una estúpida, acepté a pesar de que sabía que mentías, que solo lo hacías porque tu familia estaba en la quiebra y sin la ayuda de mi padre, todos ustedes estarían en la ruina. Te ayudé y... —Bella comenzó a llorar— y ahora te atreves a culparme y despreciarme y todo por ella.

Los sentimientos se encontraron en mi interior, por una parte entendiendo por qué James había hecho las cosas y por otra parte detestándolo, porque no era realmente el James que yo conocía y del que me había enamorado. No era ese hombre desinteresado que siempre hacía las cosas pensando en los demás. Sentí al mismo tiempo pena y desprecio por Bella.

—No pienses mal de James —susurró Derek en mi oído. —Mi cuerpo se estremeció—. Lo hizo todo por su familia.

Intenté ir contra mi naturaleza y no juzgarlo.

—Bella... —susurró James—. La amo, pero esto lo estoy haciendo por mí.

—¡Siempre haces las cosas por ti! —rugió Bella fuera de sus cabales—. ¡Yo siempre hago las cosas por ti y solo recibo lo peor! ¡Ella es la culpable de todo! ¡Ella que nunca hizo nada por ti, solo dejarte abandonado ante la primera dificultad! Yo conozco todos tus defectos y ella solo lo mejor, ¡y la prefieres a ella! ¡La acepté como mi amiga por ti, porque tú me lo pediste! ¡Le hablé cuando nadie quería hablarle porque todos siempre han sabido que no vale nada!

Prediciendo lo que iba a ocurrir, Derek intentó agarrarme de los brazos para evitarlo; pero reaccionó demasiado tarde y yo me deslicé lejos de él para darle frente a la batalla.

—¿Así es que yo soy la culpable de todo?

James se dio vuelta rápidamente y su rostro se quebró por el pánico.

—Leah, no...

Pero *Leah*, no nada, esto acababa aquí.

—¡No es mi culpa que seas una loca malnacida! —grité—. ¡No es mi culpa que te hayas enamorado de alguien que no te correspondía! ¡No es mi culpa haber conocido a James! ¡No es mi culpa que no lo hayas soportado! ¡No es mi culpa que nos hayamos enamorado! ¡Y no me voy a sentir culpable por eso! ¡Pero de lo que sí soy culpable es de haberme ido porque tuve demasiado miedo para hacerle frente a todo y decir la verdad, y de haberte dado tanto control sobre mí! ¡Pero ya no lo voy a permitir más! ¡Dos veces lo hiciste, pero no más!

La única que se movió fue Bella, agarrando el brazo de James con una desesperación que rayaba la locura.

—¿Dos veces hizo qué? —preguntó James.

Me acerqué hacia ellos para percatarme de que Alex, un poco apartado, estaba presente observando todo con horror. Lo apunté a él y le hablé a James:

—Él es mi mejor amigo y el chico del que creí estar enamorada. ¿Y sabes por qué Derek y yo terminamos encerrados en un ascensor? Por su culpa. —Señalé a Bella con mi mentón—. Ella se hizo presente hoy en el estadio y me entregó



esto. —Saqué la tarjeta y se la estampé a James en el pecho—, porque lo que quería era que descubriera los perversos gustos sexuales de Alex y lo despreciara por ello, pero ¿sabes qué ocurrió? Que la machaqué a golpes y debió creer que no vendría, porque cuando llegué al cuarto, acababa de salir una chica y dentro estaba ella con Alex y un tercer hombre mirando.

Bella comenzó a llorar, mientras sus hombros se estremecieron violentamente. Y por un largo instante se sintió tan real que fue inevitable detenerme y preguntarme si debía o no destruirla con las verdades que estaba dando a conocer. La duda duró hasta que James le limpió una lágrima con el pulgar.

—¡Suéltala! —rugí, lanzándome hacia ellos y empujando a Bella con una fuerza que la estampó contra la pared. Me proponía volver a machacarla con mis puños, se defendiera o no, pero James me lo impidió agarrándome el brazo.

—¿Pero qué demonios estás haciendo?! —gruñó.

Me sentí tremendamente desconcertada. ¿James la estaba defendiendo a ella? Claro, una vez más, se veía como la víctima de la historia.

Dejé caer el brazo y él me soltó. Le pedí explicaciones con la mirada. Él habló:

—¿Y qué con que hayas descubierto lo de Alex? Le gustan otras cosas, ¿y qué?

¿Y qué? Su amiga me había dejado una tarjeta para que lo descubriera en primera persona, ¿y eso era lo que tenía para decirme? Pero tenía razones para hacerlo, James no conocía la otra parte de la historia y veía a Bella simplemente como la víctima que solo había cometido el error de amarlo.

—¡Ella estaba con él! —chillé—. Dice que te ama y estaba con otro.

—Pero él está contigo —respondió Bella, pasándose la mano por el rostro—. Que lo ame no significa que deba esperarlo eternamente.

Sus manos volvieron a James y agarraron su brazo, escudándose tras él. Fui a lanzarme de nuevo por ella, pero todos interfirieron esta vez. James tomó a Bella por el brazo y Alex hizo lo mismo conmigo, mientras yo me retorecía y gritaba y Derek se quedaba entre nosotros como una muralla.

—¡SUÉLTALO! ¡SUÉLTALO, SUÉLTALO, CÓMO TE ATREVES!

Caí en la cuenta de que no podría acercarme a ella y me zafé de Alex solo para golpearlo.

—¡Entre todas las malditas mujeres, Alex! —Golpe, lágrimas—. ¡Entre todas las malditas mujeres, ¿por qué ella?! ¡¿Por qué ella?! Si sabías que yo me había ido del país por problemas y Bella pertenecía al grupo de James... ¡¿Cómo no se te ocurrió que ella podía ser la culpable?! ¡¿Cómo no te diste cuenta de que si James y Bella estaban comprometido y yo había salido con James a la misma vez, uno de los dos tenía que ser el culpable de mi partida?! —Temblé violentamente—. Entre tantas, ¿por qué ella?

Sequé mis lágrimas con la palma de la mano, mientras el resto guardaba silencio para escuchar mis desconsoladas palabras.

—Quiero que entiendas que no me importan tus gustos sexuales, eres mi mejor amigo... ¿cómo no me lo dijiste? ¿Cómo pudiste creer que te rechazaría por eso? No, por eso nunca, pero... no puedo aceptar que la ames a ella.

Hice el ademán de irme, porque nuevamente me rendía y quería dejarlo todo estar, que se pudrieran todos, porque yo me salía de ese grupo. Alex me detuvo tomándome por el codo.

—¿Por qué? —quiso saber con sus ojos verdes brillando de pena y consternación.

—¿Es que no ves cómo es? —Lo apunté a él, a James y finalmente a Derek—. Los tiene a todos engañados.

Los dedos de Bella se enterraron en la ropa de James.

—Hablas desde el rencor —susurró—. Me odias porque, lo quieras o no, voy a terminar casándome con el hombre que amas.

Me giré hacia Alex y le rogué con los ojos.

—Alex, debes creerme, sé que te dolerá escuchar esto, pero... pero ella solo te utilizó para llegar a mí, ¿cómo no te das cuenta? No te quiere como la quieres tú porque siempre ha amado a James.

—¿Cómo sabes que yo...?

Toqué el dorso de su mano con un dedo.

—Eres mi mejor amigo, ¿de verdad creías que no me daría cuenta?

—Pero... —Alex tragó saliva y miró a Bella, quien todavía sujetaba a un James totalmente inexpresivo—. Dijiste que solo estabas comprometida con James por obligación y lo entendí... pero me mentiste.

Bella no se atrevió a responder porque sabía que perdía dijera lo que dijera.

Alex apretó con fuerza la mandíbula y asintió con suavidad.

—Habla, Leah —me pidió.

Sus ojos verdes me miraron con un claro mensaje: «Quiero acabar hasta con el último sentimiento que tengo por ella».

—Alex...

—Es mejor un corazón destruido que un amor con falsas ilusiones.

No rebatí. Esta vez fue Derek el que insistió.

—Ya es hora, Leah —dijo—. Termina con los secretos.

La verdad sea dicha, el único que me preocupaba en ese instante era James y cómo reaccionaría con mis confesiones. Busqué su opinión con la mirada pero él estaba estático, como congelado por esa terrible noche que parecía jamás terminar. Y hablé, a pesar de las quejas y los gritos de Bella, de sus súplicas e interrupciones; solté eso que tenía atascado en mi garganta desde hace tanto tiempo, porque algunas veces decir la verdad era el único camino para solucionar los problemas.

Comencé con un:

—Bella fue la responsable de mis ataques en el internado.

Y terminé con un:

—Y entonces me entregó la invitación creyendo que, si descubría los gustos sexuales de Alex, lo alejaría y me quedaría sola. Pero el tiro le salió por la culata, porque —le sonreí— jamás creíste que nos encontraríamos todos aquí la misma noche, ¿cierto?

Luego de un instante de silencio, James fue el primero en reaccionar, lo que fue la ruina para mí.

—A Bella la conozco desde los cinco años y a ti desde los catorce, y ambos sabemos que ninguno de los dos conoce realmente al otro.

—Pero...

—¿Cuál es mi segundo nombre, Leah? —No lo sabía—. ¿Y mi segundo apellido? —Tampoco lo sabía—. Entonces, ¿cómo pretendes que te crea a ti cuando no has hecho más que mentirme y besarte con mi mejor amigo, mientras que Bella solo me ha ayudado?

No, no, no, no, tenía que ser una broma, tenía que serlo, no podía ser posible que *mi* James estuviera haciéndome eso. El corazón me bailó en el pecho por la adrenalina, más al ver la expresión de triunfo y añoranza que brillaba en el rostro de Bella.

—No estoy mintiendo.

Pero él insistió:

—Creí que te habías besado con Derek por mi culpa, porque habías descubierto que seguía comprometido con Bella y te estabas vengando de mí por ser la mierda de novio que he sido para ti.

—Apretó la mandíbula, los ojos le ardían—. Y le envié un mensaje pidiéndole a Bella que nos encontráramos aquí para hablar porque yo quería terminar el compromiso.

—Dijeron que llevaban más de un año sin saber de ella —lo acusé, clavando mi mirada en Derek.

—Yo nunca perdí el contacto con Bella —confesó James—. No sabía dónde estaba, que es diferente a no saber nada de ella.

Por qué, cómo era posible que tras por fin ser valiente y enfrentar mis miedos, Bella de igual manera estuviera ganando la batalla. Ella siempre ganaba, siempre...

—¿Crees que inventé lo de los ataques?

Alex y Derek habían decidido no interferir en la conversación, a pesar de que Derek parecía estarse asfixiando por las ganas de hablar. Bella, por otro lado, continuó en silencio porque, aun sin decir nada, llevaba la delantera.

—No, no —soltó James. Se revolvió el cabello—. Solo digo que si inventó ese plan malévolo para destruir tu vida de nuevo, ¿por qué se arriesgaría a hacerlo el mismo día que yo me encontraría con ella?

Y eso era lo que a mí tampoco me cuadraba en la cabeza, ¿sería posible que

hubiera hecho todo eso adrede para que termináramos en esto y James desconfiara de mí? Era un plan que pedía mucha inteligencia y que contenía muchas variables que podían haberle salido mal. Claramente, mis acusaciones no cuadraban del todo y no lo harían a menos que Bella hablase, pero no lo hacía, había optado por guardar silencio y esperar a que James y yo nos atacáramos mientras ella esperaba su turno para coronarse como reina.

—Te está mintiendo —susurró Bella a su lado—. ¿A quién descubriste hoy besando a tu mejor amigo?

Supe que esa era mi perdición.

—Lo que sucedió entre Derek y Leah no te incumbe —la cortó James. Lentamente se soltó de las manos de Bella—. Seas o no inocente respecto a esta noche, no me interesa. Lo que a mí me importa fue lo de hace dos años, es tu única oportunidad para confesar, ¿fuiste o no la responsable de los ataques a Leah?

Si ella lo negaba, lo que claramente haría, quedaríamos en lo mismo, porque James solo tenía la versión de cada una sin... ¡pruebas!

—¡Díselo, Derek!

Blair reaccionó con un respingón.

—¿Que diga qué?

—Lo del peluche. Dilo. Dile a James que el peluche del gato era de Bella.

Se cruzó de brazos.

—Ya lo dijiste tú...

—¿Qué peluche? —preguntó James—. ¿El que encontramos en la pieza de Leah?

Yo asentí tan fervientemente que el mundo giró.

—¡Simone lo agarró! —se excusó Bella, desesperada—. Ella es mi prima, ¿cómo puedo ser culpable por algo que ella tomó sin mi permiso?

Y volvíamos a estar en nada, porque la única que tenía las pruebas era yo y era mi palabra contra la suya. Bella intentó volver a agarrar del brazo a James. Él se soltó de manera brusca, pero ella volvió con todo.

—James, por favor, no puedes creerle. ¡No puedes creerle! ¡Fue Simone, no

yo!

—¡Y Simone siempre hizo todo lo que tú le pedías! —gruñó—. No lo puedo creer. —Se agarró la cabeza y luego dejó caer los brazos—. Fuiste tú, ¿cómo no lo vi antes?

Bella comenzó a llorar porque el tablero se había volteado a mi favor, no lo podía creer.

—¡No me puedes hacer esto, no me puedes dejar! —suplicó—. ¡James, por favor!

Y en respuesta, su eterno amor la destruyó.

—Me das asco, no puedo siquiera mirarte, ¿y pretendes que sigamos siendo amigos? No, tú ya no eres nadie.

No lo podía creer, ¡había ganado, yo había ganado! Pero no, yo no había ganado nada; ambas habíamos perdido esa noche.

James nos dio la espalda y se largó hacia las escaleras por el pasillo tenuemente iluminado.

—James, ¿pero qué haces? ¡Espérame!

Pretendía ir hacia él, pero me detuvo en seco.

—No.

—¿No?

Tomó aire, cuadró los hombros y se giró.

—De todos los años que llevo enamorado de ti, jamás creí que podría sentir otra cosa que no fuera amor. Y hoy no puedo ni mirarte a la cara sin que... —Negó suavemente con la cabeza—. Nos hemos mentido demasiado, ambos somos culpables de todo.

Derek cerró los ojos anticipando lo que venía.

—¿Culpables de mentirnos? —musité.

—Culpables de nuestro final. —Sus ojos azules brillaban sin rastros de compasión, y luego se giraron hacia Derek—. Y tú lo sabías, ¿cierto? Siempre supiste que había sido Bella y jamás dijiste nada. Me lo podría esperar de Leah, pero no de ti, no de alguien que dice ser mi mejor amigo mientras me miente y,

al menor descuido, besa a mi novia.

Apreté los puños e intenté calmarme, juro que intenté controlarme porque sabía que, en el instante en que abriese la boca, lo iba a perder. Pero no pude.

—¿Sabes qué, James? ¡Vete a la mierda, me tienes harta! No te soporto más, no soporto más tus indecisiones y tus forzadas culpas. Porque sí, eres un cobarde, ¿entiendes? Un maldito y...

—Leah, no creo...

—¡Cállate, Derek, y deja de defenderlo por una vez en la vida! —Apunté a James, que estaba paralizado en medio del corredor—. Es él quien se comprometió con una loca, ¿y ahora pretende culparnos a nosotros? No, él nos mintió, él me mintió y fingió que todo estaba bien entre nosotros, cuando seguía con otra persona.

—Leah...

—¡No, James, no quiero escuchar tus patéticos intentos de enmendar tus errores! Vete a la mierda, tú y esa hija de perra, váyanse los dos a la mierda. Me rindo, ¿entiendes? Me rindo, quédate con ella, porque yo no pienso seguir luchando por ti.

Con las mandíbulas apretadas, asintió suavemente. A continuación se dirigió a las puertas dobles. Antes de abrirlas e irse habló dándonos la espalda:

—Por cierto, mi segundo nombre es Nikolas.

No intenté seguirlo, porque algunas veces por más que uno se esforzara, se iba a fracasar y había que saber aceptarlo. Y ambos habíamos fracasado en ello estrepitosamente.

## Labios compartidos

James había desaparecido. Su teléfono estaba apagado y no había vuelto al departamento hasta ese entonces. Yo intenté que no me afectara su partida, pero si bien había dicho que estaba harta de él y toda esa nube tóxica que lo rodeaba, lo amaba y uno no podía desactivar sus sentimientos simplemente porque así lo quisiera. La impotencia y el dolor luchaban dentro de mí cada vez que pensaba en él.

—Esto se siente peor que cuando tú te fuiste.

No sabía cómo se había sentido Derek cuando yo me había ido, pero por lo menos ahora compartíamos en cierto punto la misma preocupación porque, lo creyésemos o no, James nos había abandonado a los dos y ninguno podía hacer algo para cambiarlo.

Lo peor de la situación es que ni siquiera teníamos la oportunidad de distraernos con la universidad, porque las clases habían terminado, dejándonos únicamente una semana para prepararnos para la ronda de exámenes y finalizar el semestre. Y yo no tenía para qué prepararme, porque había aprobado milagrosamente mis otros ramos y reprobado Cálculo I sin ni siquiera la oportunidad de rendir examen.

—No me importa —aseguré—, que siga desaparecido porque yo no lo voy a aceptar de nuevo en mi vida.

La música en ese bar de poca clase sonaba lo suficientemente fuerte para enmudecer nuestros pensamientos, pero no así para evitar la conversación.

—Esa boquita miente demasiado —dijo Derek mirando su cerveza con depresión.

—Si no puedo engañar a mi corazón, puedo intentar hacerlo con mi mente.

Habían pasado dos semanas completas desde que James se había largado de



Madeleine y yo todavía seguía repitiéndome lo mismo como si fuera un mantra: *no te importa, no lo vas a recibir en tu vida, no te importa, no te importa.*

—Eres una necia.

—No voy a esperarlo eternamente mientras decide qué hacer con su vida.

—Estás hablando de quien te esperó tres años, ¿y no eres capaz de hacerlo unas semanas?

La cerveza me supo agria en la boca.

—Yo no le pedí que me esperara.

—Pero lo hizo.

—Deja de defenderlo siempre.

—Es mi mejor amigo.

—Y no por eso tienes que encontrarle la razón en todo.

Guardó silencio porque sabía que, en ese punto, yo tenía razón.

—Hablando de mejores amigos, ¿has sabido de Alex?

El corazón se me estrujó en un puño. Alex se había marchado del país. No sabía si por la vergüenza o por su corazón roto: fuera cual fuera la razón, no me lo había explicado y se había ido sin decir adiós. Peor de lo peor: me había enterado tras comerme mis sentimientos e ido a visitar a su oficina el día lunes.

—El señor Cromwell no podrá recibirla, regresó hace unos días a Estados Unidos.

Mi alma se había catapultado directo a los pies.

—No... no es posible... él no dijo... él no me dijo nada. No pudo haberse ido.

Recibí como única respuesta una hoja que decía: «No intentes contactarme, lo necesito». Y lo tuve que aceptar, porque no tenía más opción.

—No, no he sabido nada de él —le contesté a Derek tras darle un sorbo al vaso.

—¿Y de Camila?

Otra daga directa al corazón; al parecer ese día Derek solo me atacaría con

recuerdos dolorosos.

Había destruido mi precaria, débil e innecesaria amistad con Camila, y no había forma de que volviera a resurgir. Desde que James había desaparecido, no había hecho más que preguntarme cómo Bella sabía tanto de mí, por lo que, tras recibir el rechazo en la oficina de Alex, me había dirigido a la universidad a buscar mis calificaciones (y, de pasada, enterado que había reprobado Cálculo), donde me había encontrado con Camila.

Si bien no quería hablar del viernes, tuve que hacerlo porque ella, al fin de cuentas, había presenciado y puesto fin a mi pelea con Bella. Tras contarle rápidamente y sin detalles lo que había ocurrido, Camila cayó en la cuenta de que la chica de la pelea era la misma que me había destruido en el pasado.

Su palidez fue tan notoria que atacó y ella finalmente confesó. Camila había sido la informante secreta de Bella.

—Yo no tenía idea, te lo juro —lloró—. Un día, tras despedirme de ti, se me acercó para pedirme unas indicaciones y... ella fue tan simpática, Leah, yo de verdad, pero de verdad que no sabía. Y comenzamos a hablar y nos hicimos amigas, ¿cómo querías que supiera que ella era quien te había arruinado la vida?

—Claro, no tenías cómo saberlo, ¿pero por qué le contaste cosas mías?

—¡Porque eso es lo que se hace con los amigos!

Podría haberla perdonado, pero no; ella y yo no estábamos echas la una para la otra, y había usado la excusa de su traición para separarme de ella.

—Tampoco he sabido de Camila —le contesté a Derek—, ni quiero hacerlo.

La conversación hizo una pausa y retomó en un tema mucho peor.

—Me retiro de la universidad —soltó Derek de golpe.

De la sorpresa tiré mi cerveza que se extendió por la mesa de madera hasta gotear por un costado. Agarré un montón de servilletas y las tiré sobre el líquido para formar una barrera hacia nosotros.

—¡¿Pero por qué?! ¡Aprobaste Cálculo I!

—Y reprobé todo lo demás. —Se encogió de hombros—. No me interesa, nunca quise quedarme a estudiar, solo entré porque me aburría y ahora con James fuera... no hay necesidad de seguir postergando algo que tenía un final demasiado inminente.

«Final demasiado inminente», todo en mi vida parecía ser eso.

—¿Estás seguro? —pregunté, alzando la mano y haciendo señas para que me trajeran otra cerveza. Esa noche quería olvidar como tantas otras.

—Sí, no hay caso con seguir.

Asentí suavemente.

—Lo entiendo, pero no lo acepto —dije.

No quería confesarle que ahora sin James, Camila y él, volvería a estar sola. ¿Cómo era posible que tuviese tantos problemas para relacionarme con las personas y siempre acabase sola?

—No te preocupes, iré a visitarte y haré tu vida más divertida —dijo de pronto.

Había caído a lo más profundo de la fosa del desprecio propio; era en cierto punto en extremo patética. Nerviosa, me fijé que nuestras manos estaban a milímetros de rozarse.

Llegó mi cerveza y me la bebí de una sentada para desprender de mi cabeza la alocada idea que había aparecido de la nada.

—Eh, eh, eh, más despacio que luego si vomitas, te dejo tirada aquí.

Dejé el vaso vacío sobre la mesa con un sonido seco y pedí otro.

—Si vomito lo haré apuntando en tu dirección, para que no tengas más remedio que llevarme.

—Alguien parece que quiere olvidar...

—Eso agradéceselo a tu amigo.

Y Derek me acompañó en la perdición, porque esa era la mayor virtud suya: siempre te apoyaba. Siempre.

En el sexto vaso todo se apagó... y volvió a encenderse para encontrarme recostada en un sillón, en el departamento de Derek que daba vueltas sobre mi cabeza. A lo lejos se escuchaba el ruido de una maquinilla.

Desorientada, tomé asiento y tuve que quedarme quieta para que el mundo se estabilizara. Apestaba a alcohol y la chaqueta me colgaba de un solo brazo, por lo que terminé de quitármela. Tomando abundante aire, me puse de pie y caminé

tambaleante hacia la única luz anaranjada encendida en el departamento, encontrándome con Derek rapándose ese lado de su cabello que ya llevaba más corto.

—¿Por qué no me contaste lo de Alex? —le pregunté de manera abrupta.

La máquina se detuvo leves segundos.

—Porque era su secreto, Leah. —Siguió con lo suyo—. Era el secreto de Alex y si él no te lo había contado era por vergüenza, y tú le quitaste la oportunidad de ser valiente y hablar contigo.

Tuve que apoyarme contra el marco de la puerta cuando mis piernas se doblaron solas.

—¿Pero sabías que se acostaba con Bella?

—Eso nadie lo sabía, ¿es que tú crees que Bella hace las cosas a tontas y a locas?

—¿Entonces por qué no querías que subiera?

Volvió a detener la máquina y se giró hacia mí.

—James había quedado de juntarse con Bella para hablar. Cuando dejé a James solo, lo hice creyendo que Bella estaba a punto de llegar. Luego te encontré en las escaleras y por supuesto que no quería que vieras a James con Bella.

Nos quedamos en silencio. Derek continuó rapándose.

—Creí que te lo estabas dejando crecer —comenté.

—Me lo había dejado crecer porque ya no debía recordar nada —contestó pasándose la máquina y dejándose una línea.

—¿No era una apuesta?

Sus ojos se clavaron en el espejo y buscó mi mirada en el reflejo. La borrachera se presentó más densa en mi cerebro.

—Nunca fue una apuesta. Me corté parte del pelo porque te habías ido y comencé a dejármelo crecer cuando volviste. Pero ahora no está James y a una parte de mí le vuelve a faltar algo.

Activó la máquina y vi cómo lentamente toda su cabellera iba cayendo al

suelo y amontonándose en la baldosa. Y con ese gesto tan sencillo me había dejado en claro que para él James valía todo lo que tenía en su cabeza.

Lo dejé solo con sus pensamientos y entré al cuarto de James. Fue como una cachetada de recuerdos y terminé acostada en su cama, observando las cosas que había dejado ahí, el enorme desorden que nadie había tocado, porque ambos esperábamos a que él volviese y arreglase todo.

Tras terminar con su corte de cabello, Derek comenzó a pasearse ansiosamente por el departamento. Lo escuché rasgando las cuerdas de su guitarra, a Klikli persiguiéndolo, pasos y luego estaba en la puerta del cuarto, paralizado porque era la primera vez que entraba ahí desde que James había desaparecido.

—James nunca fue muy ordenado que digamos... —musitó.

Las lágrimas vinieron tan rápido y de manera tan repentina, que me destrozaron como pequeños cuchillos por todo el cuerpo. Yo no había llorado una sola vez desde su partida y ahora los sentimientos se habían acumulado en una pequeña caja que simplemente había dinamitado gracias al alcohol.

—Habías tardado en asumirlo —dijo.

Se acercó sin decir más palabras y tomó asiento a mi lado, pasando su brazo por mis hombros y permitiéndome refugiarme en él como siempre lo había hecho con James. Empezó como un abrazo torpe que se fue distendiendo.

—¿Por qué no vuelve? Le dije que se fuera a la mierda, pero no lo decía en serio..., de verdad que no lo decía en serio.

—Apesta a alcohol —me reprendió—. Nunca debí haberte dejado tomar tanto.

—Tomo porque quiero y tú no me puedes decir nada.

—Que él se haya ido no significa que tengas que desaparecer tú también.

Puse los ojos en blanco.

—Es la primera vez que me emborracho desde...

—Que se fue, dilo.

—Eso, que se fue. Yo me he emborrachado una vez y tú... ¿nueve? No vengas con hipocresías, has pasado cada día pegado a la botella.

—Ya, pero yo me emborracho siempre, no porque mi maldito mejor amigo nos abandonó. —Me lanzó una mirada que era una mezcla de sentimientos—. No estás siendo la Leah terca, fuerte y valiente que conocí.

Bajé la vista.

—Lo sé, soy un asco.

De repente, una idea navegó por mis venas alcoholizadas desde mi cerebro a

mi boca.

—¿Y si no ha vuelto porque lo tienen secuestrado?

—¿Cómo lo van a tener secuestrado? Reacciona, Leah, y deja de decir estupideces para excusarlo. Nadie lo está obligando a nada, él tomó sus decisiones. Acéptalo. Acéptalo y déjalo estar, es mejor que lo recuerdes por lo que era.

Me acurruqué en la almohada de James. Lo había esperado durante tantos años, ¿para qué? ¿Para terminar así? ¿Para colocarlo como única opción en mi vida cuando él me tenía en segundo lugar?

—Elegí mal.

—¿Qué? ¿Pero qué dices ahora, mujer?

—Que elegí mal.

Tomé asiento de nuevo a su lado y agarré sus manos, con un sentimiento de pronto intenso en el pecho. Tantas veces que lo había rechazado por esperar a James, ¿y para qué? Durante años había agarrado hasta el sentimiento más pequeño e incorrecto que había tenido por Derek y guardado en una caja en el fondo de mi corazón, ¿y para qué? Por James, porque Derek era su mejor amigo. Pero James no estaba ahora. Él no estaba y podía desempolvar la vieja y olvidada caja y aceptar que existía y que estaba repleta de pequeños detalles, miradas, rubores, nervios y conversaciones que habíamos compartido Derek y yo. ¿Para qué seguirme esforzando en ocultar esa caja de sentimientos, detalles y recuerdos si James se había ido y Derek había sido el que se había quedado? Y esos últimos días sin su presencia, algo había crecido, algo había nacido entre nosotros y yo lo había estado justificando solo como amistad y manteniendo a raya por James, siempre por él. Parecía ser que Derek y yo no hacíamos más que vivir a merced de las decisiones de James.

Me acerqué a Derek con los sentimientos en la comisura de los labios. Probablemente solo fuera amistad, ¿pero cómo podría saber si solo era eso o algo más si nunca me había atrevido a dar el paso? ¿Cómo podía saber si ese sentimiento por él era más potente si siempre lo había mantenido encarcelado para no complicar las cosas entre dos mejores amigos?

—Leah...

Hablé antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que estaba pasando.

—Sé que tú jamás sacrificarías tu amistad con James y yo nunca he pensado en ti más que como un amigo, pero ¿qué pasa ahora que James no está? Yo nunca he sido tu primera opción, de la misma manera que tú jamás has sido la mía; pero si nuestra primera opción se fue, ¿por qué tenemos que seguir esperándolo si existe una perfecta segunda opción?

No, no teníamos por qué.

No tenía por qué seguir a la eterna espera del número uno cuando existía un perfecto número dos. Además...

Me gustaba la relación que a tropezones y con negativas, Derek y yo habíamos comenzado. No éramos amigos convencionales ni nos llevábamos demasiado bien, pero éramos Derek y Leah. Y, al igual que Jaleah, nuestros nombres combinados eran Deah, que sonaba a «día» como lo nuestro: algo que funcionaba días sí, días no.

Y podría empezar a funcionar más días sí que no, si nos esforzábamos y dejábamos de centrarnos en un tercero al que ni siquiera le importábamos lo suficiente como darnos una explicación por su partida.

—¿Leah...?

Lo silencé con mis labios sobre los suyos, con mis manos sobre sus temblorosos músculos y con las suyas enredadas en mi cabello, presionándome contra él con la desesperación de una persona que lleva aguardando algo por mucho tiempo. El corazón me latía en los oídos y las sensaciones eran un torbellino dentro de mí. Se sintió como libertad y culpa a la vez, como la libertad de por fin quitarse una duda y la culpa de estar haciendo algo incorrecto.

¿Cómo algo tan confuso podía hacerme sentir tan bien? Fue como armar un rompecabezas con piezas dispares y que no calzaban realmente, pero Derek me estaba tocando y se sentía bien, lo hacía de manera inapropiada y se sentía tan bien.

Se detuvo de manera abrupta.

—Esto está mal —susurró contra mi mejilla—. Esto está mal, Leah.

Pero para mí y mi mente de cerveza no estaba mal.

—Para ambos todo ha girado en torno a James por demasiado tiempo. —Me relamí los labios—. Como tú mismo dijiste, es hora de rendirse y dejarlo partir.

Se puso de pie.

—Pero es que yo no quiero rendirme.

Sus ojos dijeron lo que su boca enmudeció.

—Te pediré un taxi —anunció y salió del cuarto con el celular en la mano.

Con el orgullo herido, me puse de pie y acomodé la ropa con la cabeza dándome vueltas.

—No es necesario —dije.

Caminé hacia la puerta pasando por su lado en el pasillo.

—Leah... —suplicó intentando agarrarme la mano.

—Espero que un día aprendas a vivir por ti y no por él.

Salí del departamento sin atreverme a mirarlo, sin querer reconocer algo que siempre había aceptado y sabido: que era la segunda opción también para Derek.

Iba ya bajando en el ascensor con el rostro quebrado en tres y reflejado en el espejo, cuando me di cuenta de que había olvidado mis cosas en el departamento. Tragándome el orgullo volví a subir. La puerta de entrada estaba sin pestillo y entré a la vacía sala de estar. ¿Y Derek dónde estaba?

—¿D...?

Me tragué todo de golpe porque alguien había hablado.

—¿Nos viste? —Era la voz de Derek y venía desde su habitación.

¿Con quién estaba hablando?

—¿Si los vi besándose?, ¿eso es lo que quieres saber?

Se me hizo un vacío en el estómago al reconocer su voz: era James. Luché con mi deseo de correr hacia sus brazos, pero me contuve y con el corazón al tope fui hacia el pasillo. La puerta del cuarto de Derek estaba entreabierta, permitiéndome ver parte de su cama ocupada por un ojeroso James. Derek estaba de pie frente a él con expresión de haberse comido un limón.

—¿Por qué volviste? ¿Acaso ya solucionaste tus cosas?

Se tomó su tiempo para responder.

—Algo así.



Hubo una larga pausa.

—Estás drogado —lo acusó de Derek con la voz cargada de reproche.

—Fue solo un poco... y una vez.

—¿Por qué volviste a hacerlo?!

—Lo necesitaba.

—¿Y para qué?

—Tenía que ser fuerte, ¡tú no lo entiendes!

—¿Fuerte para qué mierda?!

—Porque...

—¿Porque qué?

Hubo otra pausa eterna.

—Rompí el compromiso con Bella.

El alma me colgó de un hilo. Oh, no...

Derek cambió su actitud de inmediato y se tranquilizó.

—¿Y tu familia...?

—Ahora no tengo nada. —Estiró sus desnudas manos—. Ya no soy un O'Connor.

—¿Te desheredaron?

Se pasó las manos por el rostro.

—Para ser desheredado tendría que haber una herencia, Derek. Y mi familia dentro de poco no tendrá nada.

—¿Y tú tienes claro que yo a ti nunca dejaré que te falte nada?

James se relamió los labios y bajó la cabeza, avergonzado.

—Gracias, pero no.

—Pero...

—Mi abuelo antes de morir me dejó algo dinero que nunca necesité ocupar por... ya sabes, tenía la tarjeta infinita de papá.

—Pero si algún día necesitas...

—Lo sé, Derek, gracias.

Por fin sus ojos se clavaron en Derek y entre ellos se entrelazó un hilo mágico de entendimiento y profundo cariño.

—¿Cómo te sientes?

—Como un pájaro desplegando las alas para alzar el vuelo, pero teniendo un cazador a unos metros apuntándome con una flecha y con la certeza de que me dará en el corazón.

Ante esa confesión del alma, Derek pareció sentirse superado porque habló:

—El beso mío con Leah en el estadio fue planificado.

—¿Y el de hoy también?

Derek frunció los labios y no respondió.

—¿Y por qué? ¿Por qué lo hicieron?

—Sabíamos las consecuencias que habría si terminabas con Bella.

James estaba desconcertado y herido, una muy mala combinación.

—¿Solo por eso?

—Para mí Leah dejó hace mucho tiempo de ser solo tu novia y pasó a ser simplemente Leah. No intentes desentrañar los sentimientos que tengo, porque son demasiado complejos, ni yo los entiendo.

James bajó la mirada.

—Entonces la quieres —susurró.

—Sí. Pero... —Derek se tropezó con sus palabras—. Pero nunca... tú sabes, la quiero, pero nunca pelearía contigo por ella.

James soltó una risa despectiva.

—¿Y no es eso precisamente en lo que estabas recién? ¿Acaso no me la estabas quitando?

Un tenso silencio se instaló entre ellos y que James rompió:

—Si hubieras mostrado interés por Leah, lo habría aceptado. Eres mi mejor amigo, ¿cómo...? —Tragó saliva y soltó el aire lentamente—. ¿Cómo pretendes

que yo sea feliz con ella si eso a ti te causa infelicidad? No puedo hacerte esto.

—No te preocupes por mí, yo no seré un problema.

—Lo sé. —Los ojos azules se clavaron en Derek—. Pero ese no es el problema.

—¿Cuál es entonces?

—Ambos sabemos que Leah tomó una decisión al volver a aceptarnos en su vida.

Derek esperó.

—No entiendo, ¿cuál es el problema entonces?

—Que ambos la queremos.

Para mí el mundo se detuvo. Derek se cruzó de brazos e intentó mostrarse desinteresado, cuando la verdad brillaba en su mirada.

—Hace mucho tiempo que acepté verlos juntos a Leah y a ti.

James se puso de pie y agarró a Derek por los hombros. Con la luna plateada iluminando sus siluetas, él insistió:

—Derek, no te sigas mintiendo a ti mismo ni a mí. —Fue en el instante que James tragó saliva, que comprendí lo importante de la declaración que vendría—. No quiero seguir siendo feliz con ella cuando tú no puedes serlo.

—¿Qué...?

De seguro había oído mal.

—Eres mi mejor amigo y ambos la queremos. No puedo ser feliz si mi mejor amigo no lo es y mucho menos si la culpa es mía. No puedo seguir siendo egoísta porque te quiero, ¿entiendes?

—¿Qué estás intentando decir?

El labio de James tembló levemente al hablar.

—Leah no tiene por qué ser solo mía o solo tuya, puede ser de los dos.

¡Sígueme en mis redes sociales!

 lily\_delpilar  
 Lily-DelPilar  
 Lily Del Pilar  
 @Lily-DelPilar  
 Saga Leah es un desastre

---

1 Entiéndase como una anomalía de los escalafones sociales, que consiste básicamente en ser tan rechazada que se pasa a ser popular.

2 Un libro que muerde a quien se le acerque.

3 Polluelo(a) Rebelde.

4 Movimiento del juego Mortal Kombat, donde el vencedor de un combate asesina a su rival.